THE LIBRARY OF CONGRESS

THE LIBRARY OF CONGRESS

24

NOVELAS

EJEMPLARES Y AMOROSAS

DE

DOÑA MARIA DE ZAYAS

Y SOTOMAYOR,

NATURAL DE MADRID.

193
1398
Pl 6

PRIMERA Y SEGUNDA PARTE.

PARIS.

BAUDRY, LIBRERIA EUROPEA.

N° 3, QUAI MALAQUAIS, CERCA DEL PUENTE DES ARTS.

1847.

PQ6498
.Z5
1847

NOVELAS EJEMPLARES

Y AMOROSAS

DE DOÑA MARIA

DE ZAYAS Y SOTOMAYOR,

NATURAL DE MADRID.

PRIMERA PARTE.

INTRODUCCION.

JUNTARONSE á entretener á Lisis, hermoso milagro de la naturaleza y prodigioso asombro de esta corte (á quien unas atrevidas cuartanas tenian rendidas sus hermosas prendas), la hermosa Lisarda, la discreta Matilde, la graciosa Nise y la sabia Filis, todas nobles, ricas, hermosas y amigas, una tarde de las cortas de diciembre, cuando los hielos y terribles nieves dan causa á guardar las casas, y gozar de los prevenidos braseros que en competencia del mes de julio quieren hacer tiro á las cantimploras, y lisonjear las damas para que no echen menos el prado, el rio, y las demas holguras que en Madrid se usan. Pues como fuese tan cerca de Navidad, tiempo alegre y digno de solemnizarse con fiestas, juegos y burlas, habiendo gas-

(1) Doña Maria de Sayas y Sotomayor nació en Madrid muy á principio del siglo XVII: su padre, don Fernando, madrileño tambien, fué caballero del hábito de Santiago y capitan de infantería.

La primera parte de sus novelas, que comprende diez, se imprimió en Madrid en 1636, en 8°, con el título de *Honesto y entretenido sarao*: dos años despues se reimprimió en Zaragoza, en 8°. La segunda parte, ó sean las diez últimas novelas, se imprimieron igualmente en Zaragoza con el título de *Desengaños*, en 1647, en 4°. Ya despues se han reimpreso siempre juntas con el título de *Novelas amorosas y ejemplares de doña María de Zayas*.

Lope de Vega hace en su *Laurel de Apolo* un elogio de esta escritora, y Baena, en sus *Hijos de Madrid*, dice que tambien compuso *otros varios papeles y aun comedias*; pero no han llegado á nuestra noticia.

tado la tarde en honestos y regocijados coloquios, porque Lisis, con la agradable conversacion de sus amigas, no sintiese el enfadoso mal, concertaron entre sí un sarao, entretenimiento para la noche buena y los demas dias de pascua; convidando para este efecto á don Juan, caballero mozo, galan, rico, y bien entendido, primo de Nise y querido dueño de la voluntad de Lisis, á quien pensaba ella entregar en legítimo matrimonio las hermosas prendas de que el cielo la habia hecho gracia; si bien don Juan, aficionado á Lisarda, prima de Lisis, á quien deseaba para dueño, negaba á Lisis la justa correspondencia de su amor, sintiendo la hermosa dama el tener á los ojos la causa de sus zelos, y haber de fingir agradable risa en el semblante, cuando el alma, llorando mortales sospechas, habia dado motivo á su mal y ocasion á su tristeza, y mas viendo que Lisarda, contenta como estimada, soberbia como querida; y falsa como competidora, en todas ocasiones llevaba lo mejor de la amorosa competencia. Convidado don Juan á la fiesta, y agradecido por principal de ella, á peticion de las damas se acompañó de don Alvaro, don Miguel, don Alonso y don Lope, en nada inferiores á don Juan, por ser todos en nobleza, gala y bienes de fortuna iguales y conformes, y todos aficionados á entretener el timpo discreta y regocijadamente: juntos pues todos en un mismo acuerdo, dieron á la bella Lisis la presidencia de este gustoso entretenimiento, pidiéndole que ordenase á cada uno lo que se habia de hacer; la cual excusándose como enferma, viéndose importunada de sus amigas, sustituyendo á su madre en su lugar, que era una noble y discreta señora, á quien el enemigo comun de las vidas quitó su amado esposo, se salió de la sala, obligacion en que sus amigas la habian puesto. Laura, que este es el nombre de la madre de Lisis, repartió en esta forma la entretenida fiesta: á Lisis su hija, que como enferma se excusaba, y era razon, dió cargo de prevenir de músicos la fiesta; y para que fuese mas gustosa, mandó expresamente que les diese las letras y romances que en todas cinco noches se hubiesen de cantar. A Lisarda su sobrina, y á la hermosa Matilde, mandó que inventasen una airosa máscara, en que ellas y las otras damas con los caballeros mostrasen su gala, donaire, destreza y bizarría la primera noche despues de haber danzado. Y porque los caballeros no se quejasen de que á las damas se les daba la preeminencia, mezclando á los unos con los otros, salió la segunda noche por don Alvaro y don Alonso. La tercera á Nise y Filis. La cuarta á don Miguel y don Lope. Y la quinta y última noche á la misma Laura, y que la acompañase don Juan: feneciendo la pascua con una grandiosa cena, que quiso Lisis, como la principal de la fiesta, dar á los caballeros y damas, para la cual convidaron á los padres de los caballeros y á las madres de las damas, por ser todas ellas sin padres, y estos sin madres, que la muerte no deja á los mortales los gustos cumplidos. Lisis, á quien tocaba dar principio á la fiesta, hizo buscar dos músicos los mas diestros que pudieron hallarse, para que acompañasen con sus voces la angélica suya, que con este favor quiso engrandecerla. Quedaron avisados que al recogerse el dia y descoger la noche el negro manto, luto bien merecido por el rubicundo señor de Delfos, que por dar á los indios los alegres dias daba á nuestro hemisferio con su ausencia oscuras sombras, se juntasen todos para solemnizar la noche buena con el concertado entretenimiento en el cuarto de la hermosa Lisis, en una sala que aderezada de unos costosos paños flamencos, cuyos boscages, flores y arboledas parecian las selvas de Arcadia, ó los pensiles huertos de Babilonia. Coronaba la sala un rico estrado con almohadas de terciopelo verde, á quien las borlas y guarniciones de plata hermoseaban sobremanera: haciendo competencia á una vistosa camilla, que al lado del vario estrado habia de ser trono, asiento y resguardo de la bella Lisis, que como enferma pudo gozar de esta preeminencia, y era asimismo de brocado verde, con flecos y alamares de oro. Estaba ya la sala cercada toda al rededor de muchas sillas de terciopelo verde, y de infinitos taburetes pequeños, para que sentados en ellos los caballeros, pudiesen gozar de un brasero de plata,

que alimentado de fuego y diversos olores, cogia el estrado de parte á parte. Desde las tres de la tarde empezaron las señoras, y no solo las convidadas, sino otras muchas, que á las nuevas del entretenido festin se convidaron ellas mismas á ocupar los asientos, recibidos con grandísimo agrado de la discreta Laura y hermosa Lisis, que vestida de la color de sus zelos, ocupaba la camilla, que por la honestidad y decencia, aunque era el dia de la cuartana, quiso estar vestida. Ya la sala parecia á los campos alumbrados del rubio Apolo, cuando vertiendo risa alegran los ojos que los miran; tantas eran las velas que daban luz á la rica sala, cuando los músicos, que cerca de la cama de Lisis tenian sus asientos, prevenidos de un romance, que despues de haber danzado se habia de cantar, empezaron con una gallarda á convidar á las damas y caballeros á ir saliendo de una cuadra con hachas encendidas en las manos, para que fuese mas bien vista su gallardía. El primero que dió principio al airoso paseo fué don Juan, que por guia y maestro empezó solo, tan galan, de pardo, que llevaba los ojos de cuantos le veian, cuyos botones y cadenas de diamantes parecian estrellas. Siguióle Lisarda y don Alvaro, ella de las colores de don Juan, y él de las de Matilde, á quien sacrificaba sus deseos. Venia la hermosa dama de noguerado y plata; acompañábale don Alonso, galan, de negro, porque salió asi Nise, saya entera de terciopelo liso, sembrada de botones de oro; traíala de la mano don Miguel, tambien de negro, porque aunque miraba bien á Filis, no se atrevió á sacar sus colores, temiendo á don Lope, por haber salido como ella de verde, creyendo que seria dueño de sus deseos. Habiendo don Juan mostrado en su gala un desengaño á Lisis de su amor, viendo á Lisarda favorecida hasta en las colores; la cual dispuesta á disimular, se comió los suspiros y ahogó las lágrimas, dando lugar á los ojos para ver el donaire y destreza con que dieron fin á la airosa máscara, con tan intrincadas vueltas y graciosos laberintos, lazos y cruzados, que quisieran que durara un siglo. Mas viendo á Lisis, que con pedazos de cristal, acompañada de los dos músicos, queria enseñar en la destreza de su voz sus gracias, tomando asiento todos por su órden, dieron lugar á que se cantara este romance:

Escuchad, selvas, mi llanto,
Oid, que á quejarme vuelvo,
Que nunca á los desdichados
Les dura mas el contento.
Otra vez hice testigos
A vuestros olmos y fresnos,
Y á vuestros puros cristales
De la ingratitud del cielo.
Oistes tiernas mis quejas,
Y entretuvistes mis zelos
Con la música amorosa
De estos mansos arroyuelos.
Vió tierno su sinrazon,
Probó mi firmeza Celio,
Procuró pagar finezas,
Sino que se cansó presto.
Salí á gozar mis venturas,
Alegre de ver que en premio
De mi amor, si no me amaba,
Le agradecia á lo menos.
Pequeña juzgaba el alma,
De su viveza aposento,
Estimando por favores
Sus desdenes y despegos.
Adoraba sus engaños,
Aumentando en mis deseos
Sus gracias para adorarle,
¡Qué engañado devaneo!
¿Quién pensara, dueño ingrato,
Que estas cosas que refiero
Aumentáran de tu olvido
El apresurado intento?
Bien haces de ser cruel,
Injustamente me quejo,
Pues siempre son los dichosos
Aquellos que quieren menos.
Tu amor murmura la aldea,
Mirando en tu pensamiento
Nuevo dueño de tu gusto,
Y en tus ojos nuevo empleo.
Y como te quiero, lloro tu olvido,
Y tus desdenes siento.

No fuera verdaderamente agradecido tan ilustre auditorio si no diera á la hermosa Lisis las gracias de su voz; y así con las mas corteses y discretas razones que supo don Francisco, padre de don Juan, en nombre de todos mostró cuánto estima-

ban tan engrandecido favor, dando con esto á la hermosa dama, á pesar del mal, aumento á su belleza, con los nuevos colores que á su rostro vinieron: ya don Juan, para caer en la cuenta de su poco agradecimiento, si bien volviendo á mirar á Lisarda, volvió á enredarse en los lazos de su hermosura, mas viéndole prevenirse de asiento mas acomodado para referir la maravilla que le tocaba decir esta primera noche, la cual viendo que todos, colgados de su dulce boca y bien entendidas palabras, aguardaban que empezase, buscando las mas discretas que pudo delatarle su claro entendimiento y extremado donaire, dijo así.

NOCHE PRIMERA.

NOVELA PRIMERA.

AVENTURARSE PERDIENDO.

El nombre, hermosísimas damas y nobles caballeros, de mi maravilla es Aventurarse perdiendo; porque en el discurso de ella vereis cómo, para ser una mujer desdichada, cuando su estrella inclina á serlo, no bastan ejemplos ni escarmientos : si bien servirá el oirla de aviso para que no se arrojen al mar de sus desenfrenados deseos, fiadas en la barquilla de su flaqueza, temiendo que en él se aneguen, no solo las flacas fuerzas de las mujeres, sino los claros y heróicos entendimientos de los hombres, cuyos engaños es razon que se teman, como se verá en mi maravilla, que es la siguiente.

Por entre las ásperas peñas de Monserrate, suma y grandeza del poder de Dios y milagrosa admiracion de las excelencias de su divina Madre, donde se ven en divinos misterios efectos de sus misericordias, pues sustenta en el aire la punta de un empinado monte á quien han desamparado los demas, sin mas ayuda que la que le da el cielo, que no es la de menos consideracion el milagroso y sagrado templo, tan adornado de riquezas como de maravillas : tantos son los milagros que hay en él, y el mayor de todos aquel verdadero retrato de la serenísima reina de los ángeles y señora nuestra. Despues de haberla adorado, ofreciéndola el alma llena de devotos afectos, y mirando con atencion aquellas grandiosas paredes, cubiertas de mortajas y muletas, con otras infinitas insignias de su poder, subia Fabio, ilustre hijo de la noble villa de Madrid, lustre y adorno de su grandeza, pues con su excelente entendimiento y conocida nobleza, amable condicion y gallarda presencia, la adorna y enriquece tanto como cualquiera de sus valerosos fundadores, y de quien ella, como madre, se precia mucho. Llevaba este virtuoso mancebo por tan ásperas malezas deseos piadosos de ver en ellas las devotas celdas y penitentes monges que han muerto al mundo por vivir para el cielo. Despues de haber visitado algunas, y recibiendo sustento para el alma y cuerpo, y considerando la santidad de sus moradores, pues obligan con ella á los fugitivos pajarillos á venir á sus manos á comer las migajas que les ofrecen; caminando á lo mas remoto del monte por ver la nom-

brada cueva que llaman de san Anton; así por ser la mas áspera, como prodigiosa, respecto de las cosas que allí se ven, tanto de las penitencias de los que la habitan, como de los asombros que les hacen los demonios; que se puede decir que salen de ellas con tanta calificacion de espíritu, que cada uno por sí es un san Anton. Cansado de subir por una estrecha senda, respecto de no dar lugar su aspereza á ir de otro modo que á pié, y haber dejado en el convento la mula y un criado que le acompañaba, se sentó á la márgen de un pequeno arroyuelo, que derramando sus perlas entre menudas yerbecillas, descolgándose con sosegado rumor de una hermosa fuente, que en lo alto del monte goza regalado asiento, pareciendo allí fabricada mas por manos de ángeles que de hombres, para recreo de los santos ermitaños que en él habitan; cuya música y cristalina risa, ya que no la veian los ojos, no dejaba de agradar á los oidos. Y como el caminar á pié, el calor del sol y la aspereza del camino le quitasen parte del animoso brio, quiso recobrar allí el perdido aliento. Apenas dió vida á su cansada respiracion, cuando llegó á sus oidos una voz muy suave, que en bajos acentos mostraba no estar muy léjos el dueño. La cual tan baja como triste, por servirle de instrumento la humilde corriente, y pensando que nadie la escuchaba, cantó así:

¿Quién pensara que mi amor,
Escarmentado en mis males,
Cansado de mis desdichas,
No hubiera muerto cobarde?
¿Quién le vió escapar huyendo
De ingratitudes tan grandes,
Que crea que en nuevas penas
Vuelva de nuevo á enlazarme?
Mal hayan de mis finezas
Tan descubiertas verdades,
Y mal haya quien llamó
A las mujeres mudables.
Cuando de tus sinrazones
Pudiera, Celio, quejarme,
Quiere amor que no te olvide,
Quiere amor que mas te ame.
Desde que sale la aurora,
Hasta que el sol va á bañarse
Al mar de las playas indias,
Lloro firme y siento amante.
Vuelve á salir y me halla
Repasando mis pesares,
Sintiendo tus sinrazones,
Llorando tus libertades.
Bien conozco que me canso,
Sufriendo penas en balde;
Que lágrimas en ausencia
Cuestan mucho y poco valen.
Vine á estos montes huyendo
De que ingrato me maltrates;
Pero mas firme te adoro,
Que en mí es sustento el amarte.
De tu vista me libré,
Pero no pude librarme
De un pensamiento enemigo,
De una voluntad constante.
Quien vió cercado castillo,
Quien vió combatida nave,
Quien vió cautivo en Argel,
Tal estoy, y sin mudarme.
Mas pues te elegí por dueño,
Matadme, penas, matadme;
Pues por lo menos dirán:
Murió, pero sin mudarse.
¡Ay bien sentidos males!
Poderosos sereis para matarme,
Mas no podeis hacer
Que amor se acabe.

Con tanto gusto escuchaba Fabio la lastimosa voz y bien sentidas quejas, que aunque el dueño de ellas no era el mas diestro que hubiese oido, casi le pesó de que acabase tan presto. El gusto, el tiempo, el lugar y la

montaña le daban deseo de que pasara adelante, y si algo le consoló el no hacerlo, fué el pensar que estaba en parte que podria presto con la vista dar gusto al alma, como con la voz habia dado aliento á los oidos; pues cuando la causa fuera mas humilde, oir cantar en un monte era de no pequeño alivio para quien no esperaba sino el ahullido de alguna bestia fiera. En fin Fabio, alentado mas que ántes, prosiguió su camino en descubrimiento del dueño de la voz que habia oido, pareciéndole no estar en tal parte sin causa, llevándole enternecido y lastimado á oir quejas en tan áspera parte. Notable piedad y generosa accion enternecerse de la pasion agena. Iba Fabio tan deseoso de hablar al lastimado músico, que no hay quien sepa encarecerlo: y porque no se escondiese, iba con todo el silencio posible. Siguiendo en fin por la márgen de la cinta de cristal, buscando su hermoso nacimiento, pareciéndole que seria el lugar que atesoraba la joya que á su parecer buscaba con alguna sospecha de lo mismo que era; y no se engañó, porque acabando de subir á un pradillo que en lo alto del monte estaba, morada solo para la casta Diana ó para alguna desesperada criatura, al cual hacia por una parte espaldas una blanca peña, de donde salia un grueso pedazo de cristal, sabroso sustento de las flores, verdes romeros y graciosos tomillos, vió recostado en ellos un mozo, que al parecer su edad estaba en la primera de sus años, vestido sobre un calzon pardo, una blanca y erizada piel de algun cordero, su zurron y cayado junto á sí, y con sus abarcas y montera. Apenas le vió, cuando conoció ser el dueño de los cantados versos, porque le pareció estar suspenso y triste, llorando las pasiones que habia cantado. Y si no le desengañara á Fabio la voz que habia oido, creyera ser figura desconocida, hecha para adorno de la fuente: tan inmóbil le tenian sus cuidados. Tenia un nudo hecho de sus blancas manos, tales que pudieran dar envidia á la nieve, si ella de corrida no hubiera desamparado la montaña. Si su rostro se la daba al sol, dígalo la poca ofensa que le hacian sus rayos, pues no les habia concedido tomar posesion en su belleza, ni ejercer la comision que tienen contra la hermosura. Tenia esparcidas por entre las olorosas yerbas una manada de ovejas, mas por dar motivo á su trage, que por el cuidado que mostraba tener con ellas, porque mas eran causa de traerle perdido. Era la suspension del hermoso mozo tal, que dió lugar á Fabio de llegarse tan cerca, que pudo notar que las doradas flores del rostro descendian al trage, porque á ser hombre ya debia dorar la boca el tierno velo; y para ser mujer era el lugar tan peligroso, que casi dudó lo mismo que veia; mas viéndose en parte, que casi el mismo engaño le culpaba de poco atrevido, se llegó mas cerca, y le saludó con mucha cortesía. A la cual el embelesado zagal volvió en sí con un ay tan lastimoso, que parecia ser el último de su vida; y como aun no le habia la montaña quitado la cortesía, viendo á Fabio levantóse, haciéndosela con discretas caricias, preguntándole de su venida por tal parte. A lo cual Fabio, despues de agradecer sus corteses razones, satisfizo de esta suerte: Yo soy un caballero de Madrid, vine á negocios importantes á Barcelona, y como les dí fin, y era fuerza volver á mi patria, no quise ponerlo en ejecucion hasta ver el milagroso templo de Monsér-

rate. Visité devoto, y quise piadoso ver las ermitas que hay en esta montaña. Y estando descansando entre esos olorosos tomillos, oí tu lastimosa voz, que me suspendió el susto y animó el deseo por ver el dueño de tan bien sentidas quejas, conociendo en ellas que padeces firme y lloras mal pagado; y viendo en tu rostro y en tu presencia que tu ser no es lo que muestra tu trage, porque ni viene el rostro con el vestido, ni las palabras con lo que procuras dar á entender, te he buscado, y hallo que tu rostro desmiente á todo, pues en la edad pasas de muchacho, y en las pocas señales de tu barba no muestras ser hombre; por lo cual te quiero pedir en cortesía me saques de esta duda, asegurándote primero que si soy parte para tu remedio, no lo dejes por imposibles que le estorben, ni me envies desconsolado, que sentiré mucho hallar una mujer en tal parte y con ese trage, y no saber la causa de su destierro, y asimismo no procurarle remedio. Atento escuchaba el mozo al discreto Fabio, dejando de cuando en cuando caer unas cansadas perlas, que con lento paso buscaban por centro el suelo. Y como lo vió callar, y que aguardaba respuesta, le dijo: No debe querer el cielo, señor caballero, que mis pasiones esten ocultas, ó porque haya quien me las ayude á padecer, ó porque se debe de acercar el fin de mi cansada vida, y pretende que queden por ejemplo y escarmiento á las gentes; pues cuando creí que solo Dios y estas peñas me escuchaban, te guió á tí, llevado de tu devocion, á esta parte, para que oyeses mis lástimas y pasiones, que son tantas y venidas por tan varios caminos, que tengo por cierto que te haré mas favor en callarlas que en decirlas, por no darte que sentir; demas de que es tan larga mi historia, que perderás tiempo si te quedas á escucharla. Antes, replicó Fabio, me has puesto en tanto cuidado y deseo de saberla, que si me pensase quedar hecho salvage á morar entre estas peñas, miéntras estuviere en ellas no he de dejarte hasta que me la digas, y te saque, si puedo, de esa vida, que sí podré, á lo que en tí miro; pues á quien tiene tanta discrecion no será dificultoso persuadirle que escoja mas descansada y menos peligrosa vida, pues no la tienes segura, respecto de las fieras que por aquí se crian, y de los bandoleros que en esta montaña hay; que si acaso tienen de tu hermosura el conocimiento que yo, de creer es que no estimáran tu persona con el respeto que yo la estimo. Pues si es así, dijo el mozo, siéntate, señor, y oye lo que hasta ahora no ha sabido nadie de mí, y estima el fiar de tu discrecion y entendimiento cosas tan prodigiosas, y no sucedidas sino á quien nació para extremo de desventura, que no hago poco sin conocerte, supuesto que de saber quién soy corre peligro la opinion de muchos deudos nobles que tengo, y mi vida con ellos; pues es fuerza que por vengarse me la quiten. Agradeció Fabio lo mejor que supo, y supo bien, el quererle hacer archivo de sus secretos, y asegurándole, despues de haberle dicho su nombre, de su peligro, y sentándose juntos cerca de la fuente, empezó el hermoso zagal su historia de esta suerte.

Mi nombre, discreto Fabio, es Jacinta, que no se engañaron tus ojos en mi conocimiento; mi patria Baeza, noble ciudad de la Andalucía, mis padres nobles, y mi hacienda bastante á sustentar la opinion de su no-

bleza. Nacimos en casa de mi padre un hermano y yo, él para tristeza suya, y yo para su deshonra; tal es la flaqueza en que las mujeres somos criadas, pues no se puede fiar á nuestro valor nada, porque tenemos ojos que á nacer ciegos menos sucesos hubiera visto el mundo, que al fin viviéramos seguras de engaños. Faltó mi madre al mejor tiempo, que no fué pequeña falta, pues su compañía, gobierno y vigilancia, fuera mas importante á mi honestidad, que no los descuidos de mi padre, que no le tuvo en mirar por mí, y darme estado (yerro notable de los que aguardan á que sus hijas le tomen sin gusto): queria el mio á mi hermano ternísimamente, y esto era solo su desvelo, sin que se le diese yo en cosa ninguna: no sé qué era su pensamiento, pues habia hacienda bastante para todo lo que quisiera emprender. Diez y seis años tenia yo, cuando una noche estando durmiendo, soñaba que iba por un bosque amenísimo, en cuya espesura hallé un hombre tan galan, que me pareció (¡ ay de mí ! y cómo hice despierta experiencia de ella) no haberlo visto en mi vida tal; traia cubierto el rostro con el cabo de un ferreruelo leonado, con pasamanos y alamares de plata. Paréme á mirarle, agradada del talle, y deseosa de ver si el rostro conformaba con él: con airoso atrevimiento llegué á quitarle el rebozo, y apenas lo hice, cuando sacando una daga, me dió un golpe tan cruel por el corazon, que me obligó el dolor á dar voces, á las cuales acudieron mis criadas, y despertándome del pesado sueño, me hallé sin la vida del que me hizo tal agravio, la mas apasionada que puedas pensar, porque su retrato se quedó estampado en mi memoria, de suerte que en largo tiempo no se apartó de ella. Deseaba yo, noble Fabio, hallar para dueño un hombre de su talle y gallardía, y traíame tan fuera de mí esta imaginacion, que le pintaba en ella, y despues razonaba con él, de suerte que á pocos lances me hallé enamorada, sin saber de quién; y me puedes creer, que si fué Narciso moreno, Narciso era el que ví. Perdí con estos pensamientos el sueño y la comida, y tras esto el color de mi rostro, dando lugar á la mayor tristeza que en mi vida tuve; tanto, que casi todos reparaban en mi mudanza. ¿Quién vió, Fabio, amar á una sombra? pues aunque se cuenta de muchos que han amado cosas increibles y monstruosas, por lo menos tenian forma á quien querer. Disculpa tiene conmigo Pigmalion, que adoró la imágen que despues Júpiter le animó; y el mancebo de Atenas, y los que amaron el árbol y el delfin; mas yo que no amaba sino una sombra y fantasía, ¿qué sentirá de mí el mundo? ¿Quién duda que no creerá lo que digo, y si lo cree me llamará loca? Pues dóite mi palabra, á ley de noble, que ni en esto ni en lo demas que te dijere, adelante nada mas de la verdad. Las consideraciones que hacia, las reprensiones que me daba, créeme que eran muchas; y asimismo que miraba con atencion los mas galanes mozos de mi patria, con deseo de aficionarme de alguno que me librase de mi cuidado; mas todo paraba en volverme á querer á mi amante soñado, no hallando en ninguno la gallardía que en aquel. Llegó á tanto mi amor, que me acuerdo que hice á mi adorada sombra unos versos, que si no te cansases de oirlos te los diré, que aunque son de mujer, tanto mas grandeza, porque á los hombres

no es justo perdonarles los yerros que hicieren en ellos, pues estan adornados y purificados con arte y estudio; mas una mujer que solo se vale de su natural, ¿quién duda que merece disculpa en lo malo, y alabanza en lo bueno? Dí, hermosa Jacinta, tus versos, dijo Fabio, que serán para mí de mucho gusto, porque aunque los sé hacer con algun acierto, préciome tan poco de ellos, que te juro que siempre me parecen mejor los agenos que los mios. Pues si así es, replicó Jacinta, mientras durare mi historia no he menester pedirte licencia para decir los que hicieron á propósito; y así digo que los que hice son estos:

Yo adoro lo que no veo,
Y no veo lo que adoro;
De mi amor la causa ignoro,
Y hallar la causa deseo:
Mi confuso devaneo
¿Quién le acertará á entender?
Pues sin ver vengo á querer
Por sola imaginacion,
Inclinando mi aficion
A un ser que no tiene ser.
Que enamore una pintura,
No será milagro nuevo,
Que aunque tal amor no apruebo,
Ya en efecto es hermosura:
Mas amar á una figura
Que acaso el alma fingió,
Nadie tal locura vió;
Porque pensar que he de hallar
Causa que está por criar,
¿Quién tal milagro pidió?
La herida del corazon
Vierte sangre, mas no muero:
La muerte con gusto espero,
Por acabar mi pasion:
De estado fuera razon,
Cuando no muero, dormir;
¿Mas cómo puedo pedir
Vida ni muerte á un sugeto,
Que no tuvo de perfecto
Mas ser que saber herir?
Dame, cielo, si has criado
Aqueste ser que deseo,
De mi voluntad empleo,
Y ántes que nacido amado;
¿Mas qué pide un desdichado,
Cuando sin suerte nació?
¿Porque á quién le sucedió
De amor milagro tan feo,
Que le ocupase el deseo
Amante que en sueños vió?

¿Quién pensara, Fabio, que habia de ser el cielo tan liberal en darme aun lo que no le pedí? Porque como deseaba imposibles, no se atrevia mi libertad á tanto, si no fué en estos versos, que fué mas gala que peticion. Mas cuando uno ha de ser desdichado, tambien el cielo permite su desdicha. Vivia en mi mismo lugar un caballero natural de Sevilla, del nobilísimo linage de los Ponces de Leon, apellido tan conocido como calificado, que habiendo hecho en su tierra algunas travesuras de mozo, se desnaturalizó de ella, y casó en Baeza con una señora su igual, en quien tuvo tres hijos, la mayor y menor hembras, y el de en medio varon. La mayor casó en Granada, y con la mas pequeña entretenia la soledad y ausencia de don Felix, que este era el nombre del gallardo hijo, que deseando que luciese en el valor y valentía de sus ilustres antecesores, seguia la guerra, dando ocasion con sus valerosos hechos á que sus deudos, que eran muchos y nobles, como lo publican las excelentes casas de los duques de Arcos y condes de Bailen, le conociesen por rama de su descendencia. Llegó este noble caballero á la florida edad de veinte y cuatro años, y habiendo alcanzado por sus manos una bandera, y des-

pues de haberla servido tres años en Flandes, dió la vuelta á España para pretender sus acrecentamientos; y miéntras en la corte se disponian por mano de sus deudos, se fué á ver á sus padres, que habia dias que no los habia visto, y que vivian con este deseo. Llegó don Felix á Baeza al tiempo que yo sobre tarde ocupaba un balcon, entretenida en mis pensamientos; y siendo forzoso haber de pasar por delante de mi casa, por ser la suya en la misma calle, pude, dejando mis imaginaciones, poner los ojos en sus galas, criados y gentil presencia, y deteniéndome en ella mas de lo justo, ví tal gallardía en él, que querértela significar fuera alargar esta historia y mi tormento. Ví en efecto el mismo dueño de mi sueño, y aun de mi alma, porque si no era él, no soy yo la misma Jacinta que le vió y le amó mas que á la misma vida que poseo. No conocia yo á don Felix, ni él á mí, respecto de que cuando fué á la guerra quedé tan niña, que era imposible acordarme, aunque su hermana doña Isabel y yo éramos muy amigas. Miró don Felix al balcon, viendo que solos mis ojos hacian fiesta á su venida, y hallando Amor ocasion y tiempo, ejecutó en él el golpe de su dorada saeta, que en mí ya era excusado su trabajo, por tenerlo hecho. Y así de paso me dijo: Tal, ó ya será mia, ó yo perderé la vida. Quiso el alma decir: Ya lo soy, mas la vergüenza fué tan grande como el amor, á quien pedí con hartas sumisiones y humildades me diese ocasion y ventura, pues me habia dado causa. No dejó don Felix perder ninguna de las que la fortuna le dió á las manos; y fué la primera que habiéndome doña Isabel avisado de la venida de su hermano, fué fuerza visitarla, en cuya visita me dió don Felix en los ojos á conocer su amor tan á las claras, que pudiera yo darle albricias de mi suerte; y como yo le amaba no pude negarle en tal ocasion las justas correspondencias. Y con esto le dí ocasion para pasear mi calle de dia y de noche, y que al son de una guitarra, con la dulce voz y algunos versos, en que era diestro, me diese mejor á conocer su voluntad. Acuérdome, Fabio, que la primera vez que le hablé á solas por una reja, me dió causa este soneto:

Amar el dia, aborrecer el dia,
Llamar la noche y despreciarla luego,
Temer el fuego y acercarse al fuego,
Tener á un tiempo pena y alegría;
Estar juntos valor y cobardía,
El desprecio cruel y el blando ruego,
Tener valiente entendimiento ciego,
Atada la razon, libre osadía;
Buscar lugar en que alterar los males,
Y no querer del mal hacer mudanza,
Desear sin saber qué se desea;
Tener el gusto y el disgusto iguales,
Y todo el bien librado en la esperanza:
Si aquesto no es amor, no sé qué sea.

Dispuesta tenia amor mi perdicion, y así me iba poniendo los lazos en que me enredase y los hoyos donde cayese: porque hallando la ocasion

que yo misma buscaba, desde que oí la música me bajé á un aposento bajo de un criado de mi padre, llamado Sarabia, mas codicioso que leal, donde me era fácil hablar, por tener una reja baja, tanto que no era difícil tomar las manos. Y viendo á don Felix cerca, le dije : Si tan acertadamente amais como lo decis, dichosa será la dama que mereciere vuestra voluntad. Bien sabeis vos, señora mia, respondió don Felix, de mis ojos, de mis deseos y de mis cuidados, que siempre manifiestan mi dulce perdicion, que sé mejor querer que decirlo ; que vos sepais que habeis de ser mi dueño mientras tuviere vida, es lo que procuro, y no acreditarme ni de buen poeta ni mejor músico. ¿Y paréceos, repliqué yo, que me estará bien creer eso que vos decis? Sí, respondió mi amante, porque hasta dejar quererse, y querer al que ha de ser su marido, tiene licencia una dama. ¿Pues quién me asegura á mí que vos lo habeis de ser? le torné á decir. Mi amor, dijo don Felix, y esta mano, que si la quereis en prendas de mi palabra, no será cobarde aunque le cueste á su dueño la vida. ¿Qué mujer, viéndose rogada con lo mismo que desea, amigo Fabio, despreció jamas la ocasion de casarse, y mas del mismo que ama, que no acepte luego cualquier partido, pues no hay mayor cebo en que pique la perdicion de una mujer que este? y así no quise poner en condicion mi dicha, que por tal la tuve, y tendré siempre que traiga á la memoria este dia. Y sacando la mano por la reja, tomé la que me ofrecia mi dueño, diciendo : Ya no es tiempo, señor don Felix, de buscar desdenes á fuerza de engaños, ni encubrir voluntades á costa de despegos, suspiros y lágrimas; yo os quiero no tan solo desde el dia que os ví, sino ántes; y para que no os tengan confuso mis palabras, os diré cosas que espanten, y luego le conté todo lo que te he dicho de mi sueño. No hacia don Felix, miéntras yo le decia estas novedades, para él y para cuantos lo oyen, sino besarme la mano que tenia en las suyas, como en agradecimiento de mis penas; en cuya gloria nos cogiera el dia, y aun el de hoy, si no hubiera llegado nuestro amor á mas atrevimiento. Despedímonos con mil ternezas, quedando muy asentada nuestra voluntad, y con propósito de vernos todas las noches en la misma parte; venciendo con oro el imposible del criado, y con mi atrevimiento el poder llegar allí, respecto de haber de pasar por delante de la cama de mi padre y hermano para salir de mi aposento. Visitábame muy á menudo doña Isabel, obligándola á esto, despues de su amistad, el dar gusto á su hermano, y servirle de fiel tercera á su amor. En este sabroso estado estaba el nuestro, sin tratar don Felix de volver por entónces á Italia, cuando entre las damas á quien rindió su gallarda presencia, que eran casi todas las de la ciudad, fué una prima suya, llamada doña Adriana, la mas hermosa que en toda aquella tierra se hallaba. Era esta señora hija de una hermana del padre de don Felix, que como he dicho, era de Sevilla, y tenia cuatro hermanas; las cuales por muerte de su padre habia traido á Baeza, poniendo las dos menores en religion. Allí mismo se casó la que se seguia tras ella, quedándose la mayor, sin querer tomar estado, con esta hermana ya viuda, á quien habia quedado, para heredera de mas de cincuenta mil ducados, esta sola hija, á la cual amaba como puedes pensar,

siendo sola y tan hermosa como te he dicho. Pues como doña Adriana gozase muy á menudo la conversacion de don Felix respecto del parentesco, le empezó á querer con tanto extremo que no pudo ser mas, como verás en lo que sucedió. Conoció don Felix el amor de su querida prima, y como tenia tan llena el alma del mio, disimulaba cuanto podia, excusándose el darle ocasion á perderse mas de lo que estaba; y así cuantas muestras doña Adriana le daba de su voluntad, con un descuido desdeñoso se hacia desentendido. Tuvieron pues tanta fuerza con ella estos desdenes, que vencida de su amor, combatida de ellos dió consigo en la cama, dando á los médicos muy poca seguridad de su vida: porque demas de no comer, ni aun dormir, no queria que se le hiciese ningun remedio. Con que tenia puesta á su madre en la mayor tristeza del mundo, que como discreta, dió en pensar si seria alguna aficion el mal de su hija; y con este pensamiento, obligando con ruegos á una criada de quien doña Adriana se fiaba, supo el caso, y quiso como cuerda ponerle remedio. Llamó á su sobrino, y habiéndole dado á entender con lágrimas la pena que tenia del mal de su hija, y la causa que la tenia en tal estado, le pidió apretadamente que fuese su marido, pues en toda Baeza no hallaria casamiento mas rico, y ella alcanzaria de su hermano que lo tuviese por bien. No quiso don Felix ser causa de la muerte de su prima, ni dar con una desabrida respuesta pena á su tia. En esta conformidad le dijo, fiado en el tiempo que habia de pasar en venir la dispensacion, que lo tratase con su padre, que como él quisiese lo tendria por bien. Y entrando á ver á su prima, le llenó el alma de esperanzas, mostrando su contento en su mejoría, acudiendo á menudo á su casa, que así se lo pedia su tia; con que doña Adriana cobró entera salud. Faltaba don Felix á mis visitas por acudir á las de su prima; y yo desesperada maltrataba mis ojos, y culpaba su lealtad. Una noche que quiso satisfacer mis zelos, y que por excusar murmuraciones de los vecinos habia facilitado con Sarabia el entrar dentro, viendo mis lágrimas, mis quejas y sentimientos, como amante firme é inculpable en mis sospechas, me dió cuenta de todo lo que con su prima pasaba; enamorado, mas no cuerdo, porque si hasta allí eran solos temores los mios, desde aquel punto fueron zelos declarados. Y con una cólera de mujer zelosa, que no lo pondero poco, le dije que no me hablase en su vida si no le decia á su prima que era mi esposo, y que no lo habia de ser suyo. Quise con este enojo irme á mi aposento, y no lo consintió mi amante; mas amoroso y humilde, me prometió que no pasaria el dia que aguardaba sin obedecerme; que ya lo hubiera hecho, si no fuera por guardarme el justo decoro. Y habiéndome dado nuevamente palabra delante del secretario de mis libertades, le dí posesion de mi alma y cuerpo, pareciéndome que así le tendria mas seguro. Pasó la noche mas aprisa que nunca, porque habia de seguirle el dia de mis desdichas; para cuya mañana habia determinado el médico que doña Adriana, tomando un acerado jarabe, saliese á hacer ejercicio por el campo, porque como no podia verse el mal del alma, juzgaba por el perdido color que era opilaciones. Y para este tiempo llevaba tambien mi esposo librado el desengaño de su amor, y satisfaccion de mis zelos; por-

que como un hombre no tiene mas de un cuerpo y un alma, aunque tenga muchos deseos, no puede acudir á lo uno sin hacer falta á lo otro: y la pasada noche don Felix, por haberla tenido conmigo, habia faltado á su prima; y lo mas cierto es que la fortuna, que guiaba las cosas mas á su gusto que á mi provecho, ordenó que doña Adriana madrugase á tomar su acerada bebida, y saliendo en compañía de su tia y criadas, la primera estacion que hizo fué á casa de su primo, y entrando en ella con alegría de todos, que le daban como á un sol el parabien de su venida y salud, se fué con doña Isabel al cuarto de su hermano, que estaba reposando lo que habia perdido de sueño en sus amorosos empleos, y le empezó delante de su hermana á pedirle cuenta de haber faltado la noche pasada; á quien don Felix no satisfizo, mas desengañó de suerte, que en pocas palabras le dió á entender que se cansaba en vano, porque demas de tener puesta su voluntad en mí, estaba ya desposado conmigo, y prendas de por medio, que si no era faltándole la vida, era imposible que faltasen. Cubrió estas razones un desmayo los ojos de doña Adriana, que fué fuerza sacarla de allí, y llevarla á la cama de su prima, la cual vuelta en sí, disimulando cuanto pudo las lágrimas se despidió de ella, respondiendo á los consuelos que doña Isabel le daba con grandísima sequedad y despego. Llegó á su casa, donde en venganza de su desprecio hizo la mayor crueldad que se ha visto, consigo misma, con su primo y conmigo: ¡ó zelos, qué no haréis, y mas si os apoderais de pecho de mujer! En lo que dió principio á su furiosa rabia fué en escribir á mi padre un papel, dándole cuenta de lo que pasaba, diciéndole que velase y tuviese cuenta con su casa, que habia quien le quitaba el honor; y con esto aguardó la mañana, que tomando su pictima, y dando el papel á un criado que le llevase á mi padre, ya con el manto puesto para salir á hacer ejercicio, se llegó á su madre algo mas enternecida que su cruel corazon le daba lugar, y le dijo: Madre mia, al campo voy; si volviere, Dios lo sabe. Por su vida, señora, que me abrace, por si no la volviere á ver. Calla, Adriana, dijo alterada su madre, no digas tales disparates, si no es que tienes gusto de acabarme la vida: ¿porqué no me has de volver á ver, si ya estás tan buena que ha muchos dias que no te he visto mejor? Vete, hija mia, con Dios, y no aguardes á que entre el sol. ¿Porqué vuestra merced no me quiere abrazar? replicó doña Adriana: y volviendo (preñados de lágrimas los ojos) las espaldas, llegó á la puerta de la calle, y apenas salió por ella y dió dos pasos, cuando arrojando un lastimoso ay, se dejó caer en el suelo. Acudió su tia, sus criadas y su madre que venia tras ella, y pensando que era desmayo, la llevaron á la camilla, llamando al médico para que hiciese las diligencias posibles; mas no hubo ninguna bastante, por ser su desmayo eterno; y declarando que era muerta, la desnudaron para amortajarla, hundiéndose la casa á gritos; y apenas la desabotonaron el jubon que llevaba puesto cuando entre sus hermosos pechos le hallaron un papel que ella misma escribia á su madre, en que le decia que ella propia se habia quitado la vida con soliman, que habio echado en el jarabe, porque mas queria morir que ver á su ingrato primo en brazos de otra. Quien á este

punto viera á la triste de su madre, de creer es que se le partiera el corazon por medio de dolor, porque ya de traspasada no podia llorar, y mas cuando vieron que despues de frio el cuerpo, se puso muy hinchada y negra; porque no solo consideraba el ver muerta á su hija, sino el haber sido desesperadamente; y así puedes considerar, Fabio, cuál estaria su casa y la ciudad, y yo que en compañía de doña Isabel fuí á ver este espectáculo, inocente y descuidada de lo que estaba ordenado contra mí, aunque confusa de ser yo la causa de tal suceso, porque ya sabia por un papel de mi esposo lo que habia pasado con ella. No se halló al entierro don Felix, por no irritar al cielo en venganza de su crueldad, aunque yo lo eché á sentimiento. Enterraron á la desgraciada y malograda dama, facilitando su riqueza y calidad los imposibles que pudiera haber, habiéndose ella muerto por sus manos. Y con esto yo me torné á mi casa, deseando la noche para ver á don Felix, y apenas eran las nueve, cuando me avisó que ya estaba en su aposento (pluguiera á Dios le durara su pesar, y no viniera): á mi parecer se disponia mejor el verle que otras noches, porque aunque mi padre, estando ya avisado por el papel de doña Adriana, se acostó mas temprano, haciendo recoger á mi hermano y la demas gente, y yo hice lo mismo por mas disimulacion, no obstante, ayudado de sus desvelos, y á pesar de su cuidado, se durmió tan pesadamente, que le duró el sueño hasta las cuatro de la mañana. Yo, como le ví dormido, me levanté, y descalza, con solo un faldellin, me fuí á los brazos de mi esposo, y en ellos procuré quitarle con caricias y ruegos el pesar que tenia, tratando con admiraciones el suceso de doña Adriana. Estaba Sarabia sentado en la escalera por espía de mis travesuras, á tiempo que mi padre despavorido despertó, y levantándose fué á mi cama, y como no me hallase tomó un pistolete y su espada, y llamando á mi hermano, le dió cuenta del caso; mas no pudieron hacerlo con tanto silencio, que una perrilla que habia en casa no avisase con voces á mi criado, el cual escuchando atento, oyó pasos, llegó á nosotros, y nos dijo que si queríamos vivir le siguiésemos, porque éramos sentidos. Hícímoslo así, aunque muy turbados, y ántes que mi padre tuviese lugar de bajar la escalera, ya los tres estábamos en la calle y la puerta cerrada por defuera, que esta astucia me enseñó mi necesidad. Considérame, Fabio, con solo un faldellin de damasco, y descalza, porque de esta suerte habia bajado la escalera á verme con mi deseado dueño, el cual con la mayor prisa que pudo me llevó al convento donde estaban sus tias, siendo ya de dia; llamó á la portería, y entrando dentro al torno, dándoles cuenta del suceso, en menos de una hora me hallé detras de una reja, llena de lágrimas y cercada de confusion, aunque don Felix me alentaba cuanto podia, y sus tias me consolaban, asegurándome todas el buen suceso, pues, pasada la cólera, tendria mi padre por bien el casamiento. Y por si le quisiesen pedir á don Felix el escalamiento de la casa, se quedó retraido él y Sarabia en el mismo monasterio, en una sala que para su estancia mandaron aderezar sus tias, desde donde avisó á su padre y hermana el suceso de sus amores. Su padre, que ya por las señas se imaginaba que me queria, y no le pesaba de ello,

por conocer que en Baeza no podria su hijo hallar mas principal ni rico casamiento, pareciéndole que todo vendria á parar en ser mi marido; fué luego á verme en compañía de doña Isabel, que proveido devestidos y joyas que supliesen la falta de las mias, miéntras se hacian otras, llegó donde yo estaba, dándome mil consuelos y esperanzas. Esto pasaba por mí, miéntras mi padre, ofendido de accion tan escandalosa, como era haberme salido de su casa, si bien lo fuera mas si yo aguardara su furia, pues por lo menos me costaria la vida, remitió su venganza á sus manos (accion noble) sin querer por la justicia hacer ninguna diligencia ni mas alboroto, ni mas sentimiento que si no le hubiera faltado la mejor joya de su casa y la mejor prenda de su honra. Y con este propósito honrado puso espías á don Felix, de suerte que hasta sus intentos no se encubrian. Y ántes de muchos dias halló la ocasion que buscaba, aunque con tan poca suerte como las demas, por estar hasta entónces la fortuna de parte de don Felix, el cual una noche, cansado ya de su resolucion, y estando cierto que yo estaba recogida en mi celda con sus tias, que me querian como hija, venciendo con dineros la facilidad de un mozo que tenia las llaves de la puerta de la casa, le pidió que le dejase salir, que queria llegar hasta la de su padre, que no estaba léjos, que luego daria la vuelta. Hízolo el poco fiel guardador, previniéndole su peligro: y él facilitándolo todo, lleno de armas y galas salió, y apenas puso los piés en la calle, cuando dieron con él mi padre y hermano, las espadas desnudas, que hechos vigilantes espías de su opinion, no dormian sino á las puertas del convento. Era mi hermano muy atrevido, cuanto don Felix prudente, causa porque á la primera ida y venida de las espadas le atravesó don Felix la suya por el pecho, y sin tener lugar ni aun de llamar á Dios, cayó en el suelo de todo punto muerto. El mozo que tenia las llaves, como aun no habia cerrado la puerta, por ser todo en un instante, recogió á don Felix ántes que mi padre ni la justicia pudiesen hacer las diligencias que les tocaba. Vino el dia, súpose el caso, dióse sepultura al malogrado; y yo ignorante del caso salí á un locutorio á ver á doña Isabel que me estaba aguardando llena de lágrimas y sentimientos, porque pensaba ella, siendo yo mujer de su hermano, serlo del mio, á quien amó tiernamente. Prevínome del suceso y de la ausencia que don Felix queria hacer de Baeza y de toda España, porque se decia que el corregidor trataba de sacarle de la iglesia miéntras venia un alcalde de la corte, por quien se habia enviado á toda prisa. Considera, Fabio, mis lágrimas con tan tristes nuevas, que fué mucho no costarme la vida, y mas viendo que aquella misma noche habia de ser la partida de mi querido dueño á Flandes, refugio de delincuentes y seguro de desdichados; como lo hizo, dejando órden para mi regalo y cuidado á su padre, y de amansar las partes y negociar su vuelta. Con esto, por una puerta falsa que se mandaba por la estancia de las monjas, y no se abria sino con licencia del vicario y abadesa, salió dejándome en los brazos de su tia, casi muerta, donde me trasladó de los suyos por no aguardar á mas ternezas, tomando el camino de Barcelona, donde estaban las galeras que habian traido las compañías que para la expulsion

de los moriscos habia mandado venir la magestad de Felipe III, y aguardaban al excelentísimo don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, que iba á ser virey y capitan general del reino de Nápoles. Supo mi padre la ausencia de don Felix, y como discreto, trazó, ya que no se podia vengar de él, hacerlo de mí. Y la primera traza que para esto dió, fué tomar los caminos, para que ni á su padre ni á mí viniesen cartas, tomándolas todas: y no fué mal acuerdo, pues así sabia el camino que llevaba, que los caballeros de la calidad de mi padre en todas partes tienen amigos á quien cometer su venganza. Pasaron veinte dias de ausencia, pareciéndome á mí veinte mil años, sin haber tenido nuevas de mi ausente. Ya un dia que estaba conmigo mi suegro y cuñado entró un cartero, y dió á mi suegro una carta, diciendo ser de Barcelona, que con lo que despues supe, habia sido echada en el correo. Decia así:

« Mucho siento ser el primero que dé á usted tan malas nuevas; mas
» aunque quisiera excusarme, no es justo dejar de acudir á mi amistad
» y obligacion. Anoche, saliendo el alferez don Felix Ponce de Leon, su
» hijo de usted, de una casa de juego, sin saber quién ni cómo le dieron
» de puñaladas, sin darle lugar ni aun á imaginar quién fuese el agre-
» sor. Esta mañana le enterramos, y despacho esta para que usted lo
» sepa, á quien consuele nuestro Señor, y dé la vida que sus servidores
» deseamos. A Sarabia pasaré conmigo á Nápoles si usted no manda
» otra cosa. Barcelona, 20 de junio.

» El capitan Diego de Mesa. »

¡Ay Fabio, y qué nuevas! No quiero traer á la memoria mis extremos; basta decir que las creí por ser este capitan muy amigo de don Felix, con quien él tenia correspondencia, y á quien pensaba seguir en este viage; y pues las creí, por esto podrás conjeturar mi sentimiento y lágrimas. No quieras saber mas, sino que, sin hacer mas informacion, á otro dia tomé el hábito de religiosa, y conmigo, para consolarme y acompañarme, doña Isabel, que me queria ternísimamente. Ve prevenido, discreto Fabio, de que mi padre fué el que hizo este engaño, y escribió esta carta; y como cogia todas las que venian, supo que don Felix, como llegó á Barcelona, halló embarcado al virey, y sin tener lugar de escribir mas que cuatro renglones, avisando de como ese dia partian las galeras, se embarcó, y con él Sarabia, que no le habia querido dejar, temeroso de su peligro: pedia que le escribiésemos á Nápoles, donde pensaba llegar, y desde allí dar la vuelta á Flandes. Pues como su padre y yo no recibimos esa carta, pues en su lugar vino la de su muerte, y la tuviésemos por cierta, no escribimos mas ni hicimos mas diligencia que, cumplido el año, hacer doña Isabel y yo nuestra profesion con mucho gusto, particularmente yo, pareciéndome que, faltando don Felix, no quedaba en el mundo quien me mereciese. A un mes de mi profesion murió mi padre, dejándome heredera de cuatro mil ducados de renta, los cuales no me pudo quitar por no tener hijos, que aunque tenia enojo, en aquel punto acudió á su obligacion. Estos gastaba yo largamente en

cosas del convento; y así era señora de él, sin que se hiciese en todo mas que mi gusto. Don Felix llegó á Nápoles, y no hallando cartas allí, como pensó, enojado de mi descuido, sin querer escribir, viendo que se partian cinco compañías á Flandes, y que en una de ellas le habian vuelto á dar la bandera, se partió, y en Bruselas, para desapasionarse de mis cuidados, dió los suyos á damas y juegos, en que se divirtió de manera, que en seis años no se acordó de España ni de la triste Jacinta que habia dejado en ella: pluguiera á Dios se estuviera hasta hoy, y me hubiera dejado en mi quietud, sin haberme sujetado á tantas desdichas; pues para traerme á ellas, al cabo de este tiempo, trayendo á la memoria sus obligaciones, dió la vuelta á España, donde entrando al anochecer, sin ir á la casa de sus padres, se fué derecho al convento, y llegando al torno á tiempo que querian cerrarle, preguntó por doña Jacinta, diciendo que la traia unas cartas de Flandes. Era tornera una de sus tias, y deseosa de saber lo que me queria, pareciéndome novedad que me buscase nadie fuera del padre de don Felix, que era la visita que yo siempre tenia, se apartó un poco, y llegándose luego, preguntó: ¿Quién busca á dona Jacinta, que yo soy? Ese engaño no á mí, dijo don Felix, que el soldado que me dió la carta me dió tambien á conocer su voz. Viendo la sutileza la mensagera, á toda diligencia me envió á llamar por saber tales enigmas, y como llegué preguntando quien me buscaba, y conociese don Felix mi voz, se llegó, diciendo: ¿Era tiempo, Jacinta mia, de verte? ¡O Fabio, y qué voz para mí, ahora parece que la escucho, y siento lo que sentí en aquel punto! Así como conocí en la habla á don Felix, considerando en un punto las falsas nuevas de su muerte, mi estado, y la imposibilidad de poseerle, despertando mi amor, que habia estado dormido, dí un gran grito, formando en él un ay tan lastimoso como triste, y dí conmigo en el suelo con un desmayo tan cruel, que me duró tres dias estar como muerta; y aunque los médicos declaraban que tenia vida, por mas remedios que se hacian no podian volverme en mí. Recogióse don Felix á una cuadra dentro de la sala, que debió de ser la misma en que primero estuvo, donde vió á su hermana, porque habia en ella una reja donde nos hablamos, de quien supo lo hasta allí sucedido, y viendo que estaba profesa, fué milagro no perder la vida. Encargóle el cuidado de mi salud y el secreto de su venida, porque no queria que la supiese su padre, que ya su madre era muerta. Yo volví del desmayo, y mejoré del mal; porque guardaba el cielo mi vida para mas desdichas, y salí á ver á don Felix. Lloramos los dos, y concertamos de que Sarabia fuese á Roma por licencia para casarnos, pues la primera palabra era la valedera. Miéntras yo juntaba dineros que llevase, pasaron quince dias, en cuyo tiempo volvió á revivir el amor, y las persuasiones de don Felix á tener la fuerza que siempre habian tenido, y mi flaqueza á rendirse. Y pareciéndonos que el breve del papa estaba seguro, fiándonos en la palabra dada ántes de la profesion, dí órden de haber la llave de la puerta falsa por donde salió don Felix para ir á Flandes, la cual le dí á mi amante, hallándome mas gozosa que con un reino. ¡O caso atroz y ri-

guroso! Casi todas ó las mas noches entraba á dormir conmigo, pues era fácil, por haber una celda que yo habia labrado de aquella parte. Cuando considero esto, no me admiro, Fabio, de las desdichas que me siguen, y ántes alabo y engrandezco el amor y misericordia de Dios en no enviar un rayo contra nosotros. En este tiempo se partió Sarabia á Roma, quedándose don Felix escondido, con determinacion de que no se supiese que estaba allí hasta que el breve viniese. Pues luego que Sarabia llegó á Roma, presentó los papeles y un memorial que llevaba para dar á su santidad, en el cual se daba cuenta de toda la sustancia del negocio, y como entraba en el convento. Sorprendió esto tanto á su santidad, que mandó que pena de excomunion mayor *latæ sententiæ*, pareciese don Felix ante su tribunal, donde sabiendo el caso mas por menor daria la dispensacion, dando por ella cuatro mil ducados. Pues cuando aguardábamos el buen suceso, llegó Sarabia con estas nuevas: y yo empecé á sentir con mayores extremos la ausencia de don Felix, temiendo sus descuidos; el cual con la misma pena me pidió que me saliese del convento, y fuese con él á Roma, y que juntos alcanzaríamos mas fácilmente la licencia para casarnos. Díjolo á una mujer que amaba, que fué facilitar el caso, porque la siguiente noche, tomando yo cantidad de dineros y joyas que tenia, dejando escrita una carta á doña Isabel, y dejándole el cuidado y gobierno de mi hacienda, me puse en poder de don Felix, que en tres mulas que tenia Sarabia prevenidas, cuando llegó el dia ya estábamos bien apartados de Baeza, y en otros doce nos hallamos en Valencia, y haciéndonos á la vela, con harto riesgo de las vidas y mil trabajos llegamos á Civitavecchia, y en ella tomamos tierra, y un coche en que llegamos á Roma. Tenia don Felix amistad con el embajador de España, y algunos cardenales que habian estado en Baeza, con cuyo favor nos atrevimos á echarnos á los piés de su santidad, el cual mirando nuestro negocio con piedad, nos absolvió, mandando que diésemos dos mil ducados al hospital real de España que hay en Roma; y luego nos despachó con condicion, y en penitencia del pecado, que no nos juntásemos en un año, y si lo hiciésemos quedase la pena y castigo reservado á él mismo. Estuvimos en Roma visitando aquellos santuarios, y confesándonos generalmente, en cuyo intermedio supo don Felix como la condesa de Galves doña Leonor de Portugal se embarcaba para venir á Zaragoza, de donde habian hecho á don Diego Pimentel, su marido, virey. Y pareciéndole buena ocasion para venir á España y á nuestra tierra á descansar, me trajo á Nápoles, y acomodó por via del marques de Santa Cruz con las damas de la condesa, y él se llegó á la tropa de los acompañantes. Tuvo la fortuna el fin que se sabe, porque forzados de una tormenta, nos obligó á venir por tierra; bastaba que viniese yo allí. Finalmente mi esposo y yo vinimos á Madrid, y en ella me llevó á casa de una deuda suya, viuda, y que tenia una hija tan dama como hermosa, y tan discreta como gallarda, donde quiso que estuviese, respecto de haber de estar apartados lo que faltaba del año. Él presentó los papeles de sus servicios en el consejo de guerra, pidiendo una compañía, pareciéndole que con título de capitan y nuestra hacienda seria rey en Baeza,

premisas ciertas de su pretension. Habia salido órden de su magestad, que todos los soldados pretendientes fuesen á servirle á la Mamora, que á la vuelta les haria mercedes; y como don Felix, respecto de haber servido tan bien, le honrasen para esta ocasion con el deseado cargo de capitan, no le dejaron sus honrados pensamientos acudir á las obligaciones de mi amor. Y así un dia que se vió conmigo ante sus parientas, me dijo: Amada Jacinta, ya sabes en la ocasion que estoy, que no solo á los caballeros obliga, mas á los humildes, si nacieron con honra; esta empresa no puede durar mucho tiempo, y caso que dure mas de lo que ahora imagino, como un hombre tenga lo que ama consigo, y no le falte una posada honrada, vivir en Argel ó en Constantinopla, todo es vivir, pues el amor hace los campos ciudades, y las chozas palacios. Dígote esto porque mi ausencia no se excusa por tan justos respectos, que si los atropellase daria mucho que decir. Tan honrosa causa disculpa el amor, si quieres dar ese nombre á mi partida. La confianza que tengo de tí me excusa el llevarte, que si no fuera esto, me animara á que en mi compañía empezaras á padecer de nuevo, ó ya viéndome á mí cercado de trabajos, ó llegando ocasion de morir juntos. Mas será Dios servido que en sosegándose estas revoluciones, tenga yo lugar de venir á poseerte, ó por lo menos enviar por tí donde me emplee en servirte, que bien sé la deuda en que estoy á tu valor y voluntad; mi esposa eres, y siete meses nos faltan para poder yo libremente tenerte por mia. La honra y acrecentamiento que yo tuviere es tuya. Ten por bien, señora mia, esta jornada, pues ahorrarás con esto parte del pesar que has de tener y yo tengo. En casa de mi tia quedas, y con la deuda de ser quien eres. Lo necesario para tu regalo no te ha de faltar. A mi padre y hermano dejo escrito, dándoles cuenta de mis sucesos; á tí vendrán cartas y dineros. Con esto y las tuyas tendré mas ánimo en las ocasiones, y mas esperanzas de volverte á ver. Yo me he de partir esta tarde, que no he querido hasta este punto decirte nada. Por tu vida y la mia, que mostrando en esta ocasion el valor que en las demas has tenido, excuses el sentimiento, y no me niegues la licencia que te pido. Con un mar de lágrimas en mis ojos escuché á mi don Felix, pareciéndome en aquel punto mas galan y mas amoroso, y mi amor mayor que nunca; habíale de perder, ¿qué mucho que para atormentarme urdiese mi mala suerte esta cautela? Queríale responder, y no me daba lugar la pasion, y en este tiempo consideré que tenia razon en lo que decia: y así le dije con muy turbadas palabras, que mis ojos respondian por mí, pues que ellos hacian tal sentimiento, pasando entre los dos palabras tan amorosas, que servian para aumentar mas y mas nuestras penas. Llegó la hora en que le habia de perder para siempre: partióse al fin don Felix, y quedé como el que ha perdido el juicio, porque ni podia llorar ni hablar, ni oir los consuelos que á porfia me daban doña Guiomar y su madre. Finalmente me costó la pérdida de mi dueño tres meses de enfermedad, que estuve ya para desamparar la vida. ¡Pluguiera al cielo que me hiciera este bien! ¿mas cuándo le reciben los desdichados ni aun de quien tiene tantos que dar? En todo este tiempo no tuve cartas de don Felix, y aunque pudieran con-

solarme las de su padre y hermana, que alegres de saber el fin de tantas desdichas, y prevenidas de mil regalos y dineros, me daban el parabien, pidiéndome que en volviendo don Felix, tratásemos de irnos á descansar en su compañía, no era posible que hinchiesen el vacío de mi cuidadosa voluntad, la cual me daba mil sospechas de mi desdicha; porque tengo para mí que no hay mas ciertos astrólogos que los amantes. Mas habian pasado de cuatro meses que tenia esta vida, cuando una noche, que parece que el sueño se habia apoderado mas de mí que otras (porque como la fortuna me dió á don Felix en sueños, quiso quitármele de la misma suerte), soñaba que recibia una carta suya, y una caja que parecia traer algunas joyas, y yéndola á abrir, hallé dentro la cabeza de mi esposo. Considera, Fabio, que fueron tan grandes los gritos y las voces que dí, despertando con tantas lágrimas, congojas y ansias, que parecia que se me acababa la vida; y desmayándome, no volví en mí sino á las voces que me daba doña Guiomar, y agua que me echaban en el rostro. Contéles el sueño, y ella, su madre y las criadas no osaban apartarse de mí por el temor con que estaba, pareciéndome que á todas partes que volvia la cabeza via la de don Felix. Llegada la mañana, determinaron llevarme á mi confesor para que me confesase, por ser sacerdote muy entendido y teólogo consumado. Al tiempo de salir de mi casa oí una voz, aunque las demas no la oyeron: Muerto es, sin duda, don Felix. Con tales agüeros puedes creer que no hallé consuelo en el confesor, ni le tenia en cosa criada. Pasé así algunos dias, al cabo de los cuales vinieron las nuevas de lo que sucedió en la Mamora, y con ellas la relacion de los que en ella se ahogaron, viniendo casi en los primeros don Felix. De aquí algunos dias llegó Sarabia, que fué la nueva mas cierta, el cual contó como yendo á tomar puerto las naves, en competencia unas de otras, dos de ellas se hicieron pedazos, y se fueron á pique, sin poderse salvar de los que iban en ellas ni tan solo un hombre. En una de estas iba don Felix, armado de unas armas dobles, causa de que, cayendo en el mar, no volvió á parecer mas; echó algunos fuera, él no fué visto. Así acabó la vida en tan desgraciada ocasion el mas galan mozo que tuvo la Andalucía, porque á treinta años acompañaban las mayores gracias que pudo formar la naturaleza. Cansarte en contar mi sentimiento, mis ansias, mi llanto, seria pagarte mal el gusto con que me escuchas; solo te digo que en tres años ni supe qué fué alegría ni salud. Supieron su padre y hermana el suceso, trataron de llevarme y restituirme á mi convento; mas yo, aunque sentia con tantas veras la muerte de mi esposo, no lo acepté, por no volver á los ojos de mis deudos sin su amparo, ni menos con las monjas, respecto de haber sido la causa de su escándalo; demas que mi poca salud no me daba lugar de ponerme en camino, ni volver de nuevo á sufrir la carga de la religion; antes dí órden que Sarabia, á quien ya tenia por compañero en mis fortunas, se fuese á gobernar mi hacienda, y yo quedé en compañía de doña Guiomar y su madre, que me tenian en lugar de hija; y no hacian mucho, pues gastaba con ellas toda mi renta. Aconsejábanme algunas amigas que me casase, mas yo no hallaba otro don Felix que satisfaciese mis ojos, ni hinchiese el

vacío de mi corazon, aunque no lo estaba de su memoria, ni mis compañeras quisieran que le hallara; mas para mi desdicha le halló amor, que quizá estaba sentido de mi descuido. Visitaba á doña Guiomar un mancebo noble, rico y galan, cuyo nombre es Celio, tan cuerdo como falso, pues sabia amar cuando queria, y olvidar cuando le daba gusto; porque en él las virtudes y los engaños estan como los ramilletes de Madrid, mezclados ya los olorosos claveles, como hermosas mosquetas, con las flores campesinas, sin olor ni virtud alguna. Hablaba bien, y escribia mejor, siendo tan diestro en amar como en aborrecer. Este mancebo que digo, en mucho tiempo que entró en mi casa jamas se le conoció designio alguno, porque con llaneza y amistad entretenia la conversacion; siendo tal vez el mas puntal en prevenir consuelos á mi tristeza, unas veces jugando con doña Guiomar, y otras diciendo algunos versos, en que era muy diestro. Pasaba el tiempo, teniendo en todo lo que intentaba mas acierto que yo quisiera. Igualmente nos alababa; sin ofender á ninguna nos queria; ya engrandecia la doncella; ya encarecia la viuda; y como yo tambien hacia versos, competia conmigo en ellos, admirándole, no el que yo los compusiese, pues no es milagro en una mujer, cuya alma es la misma que la del hombre, ó porque naturaleza quiso hacer esa maravilla, ó porque los hombres no se desvaneciesen, siendo ellos solos los que gozan de sus grandezas, sino porque los hacia con algun acierto. Jamas miré á Celio para amarle, aunque nunca procuré aborrecerle; porque si me agradaba de sus gracias, temia sus despejos, de que él mismo nos daba noticia; particularmente un dia, que nos contó como era querido de una dama, y que la aborrecia con las mismas veras que le amaba, gloriándose de las sinrazones con que pagaba sus ternezas. ¿Quién pensara, Fabio, que esto dispertara mi cuidado, no para amarle, sino para mirarle con mas atencion que fuera justo? De mirar su gallardia renació en mí un poco de deseo, y con desear se empezaron á enjugar mis ojos, y fuí cobrando salud, porque la memoria empezó á divertirse tanto, que del todo le vine á querer, sí bien callaba mi amor por no parecer liviana, hasta que él mismo trajo la ocasion por los cabellos, y fué pedirme que hiciera un soneto á una dama, que mirándose á un espejo, dió en él el sol, y la deslumbró. Y yo aprovechándome de ella, hice este soneto:

En el claro cristal del desengaño
Se miraba Jacinta descuidada,
Contenta de no amar sin ser amada,
Viendo su bien en el ageno daño.
Mira de los amantes el engaño,
La voluntad, por firme, despreciada,
Y de haberla tenido escarmentada,
Huye de amor el proceder extraño.
Celio, sol de esta edad, casi envidioso
De ver la libertad con que vivia,
Exenta de ofrecer á amor despojos,
Galan, discreto, amante y dadivoso,

Reflejos que animaron su osadía,
Dió en el espejo, y deslumbró los ojos.
Sintió dulces enojos,
Y apartando el cristal, dijo piadosa:
Por no haber visto á Celio fuí animosa.
Y aunque llegué á abrasarme,
No pienso de sus rayos apartarme.

Recibió Celio con tanto gusto este papel, que pensé que ya mi ventura era cierta: y no fué, sino que á nadie le pesa de estar querido; alabó su ventura, encareció su suerte, agradeció mi amor, dando muestras del suyo, y dándome á entender que me le tenia desde el dia que me vió; solemnizó la traza de darle á entender el mio, y finalmente armó lazos en que acabase de caer, solemnizando en un romance mi hermosura y su suerte. ¡Ay de mí! que cuando considero las estratagemas con que los hombres rinden las mujeres, digo que todos son traidores, y el amor guerra y batalla campal, donde el amor combate á sangre y fuego al honor, alcaide de la fortaleza del alma. De mí te digo, Fabio, que aunque ciega, y mas cautiva á esta voluntad, no dejo de conocer lo que he perdido por ella; pues cuando no sea sino por haber dejado de ser cuerda, queriendo á quien me aborrece, basta este conocimiento para tenerme arrepentida si durase este propósito. En fin, Celio es el mas sabio para engañar que yo he visto, porque supo dar tal color de verdadero á su amor, que le creyera no solo una mujer que sabia la verdad de un hombre que se preció de tratarla, sino á las mas astutas y sagaces. Sus visitas eran contínuas, porque mañana y tarde estaba en mi casa, tanto que sus amigos llegaron á conocer (en verle negar á su conversacion) que la tenia con persona que la merecia; en particular uno de su nombre, con quien la conservó mas que con ninguno, y á quien contaba sus empleos, que segun me dijo el mismo Celio, me tenia lástima, y le rogaba no me hablase si me habia de dar el pago que á otras. Sus papeles eran tantos, que fueron bastantes á volverme loca. Sus regalos tan en tiempo, que parecia tener de su mano los movimientos del cielo. Yo simple, ignorante de estas traiciones, no hacia sino aumentar amor sobre amor, y si bien se le tuve siempre, fué con propósito de hacerle mi esposo, que de otra manera ántes me dejara morir que darle á entender mi voluntad: y en ello entendí hacerle harto favor. Celio no debia de pensar esto, segun pareció, aunque no ignoraba lo que ganara en tal casamiento; mas yo con mi engaño estaba tan contenta en ser suya, que ya de todo punto no me acordaba de don Felix; solo en Celio estaban empleados mis sentidos, sí bien temerosa de su amor, porque desde que le empecé á querer, temí perderle: y para asegurarme de este temor, un dia que le ví mas galan y mas amante, le conté mi pensamiento, diciéndole que si como tenia cuatro mil ducados de renta, tuviera todas las riquezas del mundo, de todas le hiciera señor. Seguia Celio las letras, y en ellas tenia mas acierto que yo ventura, con lo que cortó á mi pretension la cabeza, diciendo que él habia gastado sus años en estudios de le-

tras divinas, con propósito de ordenarse de sacerdote, y que en eso tenian puesto sus padres los ojos, fuera de haber sido esta su voluntad; y que supuesto esto, que le mandase otras cosas de mi gusto, que no siendo esta, las demas haria, aunque fuese perder la vida: y que en razon de asegurarme de perderle, me daba su fe y palabra de amarme mientras durase la que tenia. Lo que sentí en ver defraudadas mis esperanzas, confirmándose en todo mis temores y recelos, pues siendo quien soy, no era justo querer si no era al que habia de ser mi legítimo marido, y respecto de esto habia de tener fin nuestra amistad, dieron lágrimas mis ojos, y mas viendo á Celio tan cruel, que en lugar de enjugarlas, pues no podia ignorar que nacian de amor, se levantó, y se fué dejándome bañada en ellas; y así estuve toda aquella noche y otro dia, hasta que allá á la tarde vino Celio á disculparse, con tanta tibieza, que en lugar de enjugarlas las aumentó. Esta fué la primera ingratitud que Celio usó conmigo, y como á una siguen muchas, empezó á descuidarse de mi amor, de suerte que ya no me veia sino de tarde en tarde, ni respondia á mis papeles, siendo otras veces objeto de su alabanza. A estas tibiezas daba por disculpa sus ocupaciones y amigos, y con ellas ocasion á mis tristezas y desasosiegos, tanto, que ya las amigas, que adoraban mis donaires y entretenimientos, huian de mí, viéndome con tanto disgusto. Acompañó su desamor con darme zelos. Visitaba damas, y decíalo que era lo peor, con que irritando mi cólera y ocasionando mi furor, empecé á ganar en su opinion nombre de mal acondicionada; y como su amor fué fingido, ántes de seis meses se halló tan libre de él como si nunca le hubiera tenido; y como ingrato á mis obligaciones, dió en visitar á una dama libre, y de las que tratan de tomar placer y dineros, y hallóse tan bien con esta amistad, porque no le recelaba ni apretaba, que no se le dió nada que yo lo supiese, ni hacia caso de las quejas que yo le daba por escrito y de palabra las veces que venia, que eran pocas. Supe el caso por una criada mia que le siguió, y supo los pasos en que andaba. Escribí á la mujer un papel, pidiéndola no le dejase entrar en su casa. Lo que resultó de eso fué no venir mas á la mia, por darse mas enteramente á la otra. Yo triste y desesperada pasaba los dias y las noches llorando: ¿mas para qué te canso con estas cosas? pues con decir que cerró los ojos á todo, basta.

Fué fuerza en medio de estos sucesos irse á Salamanca: y por no volver á verme, se quedó allí aquel año. Lo que en esto sentí, te lo dirá este trage y este monte, donde siendo yo quien sabes, me has hallado. A pocos dias que estaba en Salamanca, supe que andaba de amores, por nuevo, por galan y cortesano; cuyas nuevas sentí tanto, que pensé perder el juicio. Escribíle unas cartas, no tuve respuesta. En fin me determiné ir á aquella famosa ciudad, y procurar con caricias volver á su gracia; y ya que no estorbase sus amores, por lo menos llevaba determinacion de quitarme la vida. Mira, Fabio, en qué ocasiones se vió mi opinion; ¿mas qué no hará una muger zelosa? Comuniqué mi pensamiento con doña Guiomar, con quien descansaba, y viendo que estaba resuelta, no quiso dejarme partir sola. Entraba en casa un gentilhombre,

cuya amistad y llaneza era de hermano, al cual rogó doña Guiomar y su madre que me acompañase: él lo aceptó, y alquilando dos mulas, salimos de Madrid bien prevenidos de joyas y dineros. Y como yo sé tan poco de caminos, porque los que habia andado en compañia de don Felix habia sido con mas recato, en lugar de tomar el camino de Salamanca, el traidor que me acompañaba tomó el de Barcelona, y ántes de llegar á ella media legua, me quitó cuanto llevaba, y con las mulas se volvió por do habia venido. Quedé en el campo sola y desesperada, con intento de hacer un disparate. En fin, á pié empecé á caminar, hasta que salí del monte al camino real, donde hallé gente, á quien pregunté ¿ qué tanto estaba de allí Salamanca? De que se rieron, respondiéndome que mas cerca estaba de Barcelona, en lo que ví el engaño del traidor, que por robarme me trajo allí. Animéme, y a pié llegué á Barcelona, donde vendiendo una sortijilla de hasta diez ducados, que por descuido me quedó en el dedo, compré este vestido, y me corté el cabello. De esta suerte vine á Monserrate, donde estuve tres dias, pidiendo á aquella santa imágen me ayudase y favoreciese en mis trabajos, y llegando á pedir á los padres me diesen algo que poder comer, me preguntaron si queria servir de zagal para traer al monte este ganado: yo, viendo tan buena ocasion para que Celio ni nadie sepa de mí, y yo pueda llorar mis desdichas, acepté el partido, donde ha cuatro meses que estoy, con propósito de no volver eternamente donde nadie me vea. Esta es la ocasion de mis desdichadas quejas, que te dieron motivo á buscarme: en estas ocasiones me ha puesto amor, y en ellas pienso acabar mi vida.

Atento habia estado Fabio á las razones de Jacinta, y viendo que habia dado fin, la respondió así: Por no cortar el hilo, discreta Jacinta, á tus lastimosos sucesos, tan bien sentidos como bien dichos, no he querido decirte, hasta que les dieses fin, que soy Fabio, el amigo de Celio, que dijiste que estaba tan lastimado de tu empleo, cuanto deseoso de conocerte. Con tales colores has pintado su retrato, que cuando yo no supiera tus desdichas, y por ellas conociese, desde que le nombraste, que eras el dueño de las que yo tengo tan sentidas como tú, conociera luego tan ingrato amante, á quien no culpo, por ser esa su condicion, y tan sujeto á ella, que jamas en esto se valió de su entendimiento para poder vencerle: muchas prendas le he conocido, y á todas ha dado ese mismo pago, y tenido esa misma correspondencia. De lo que puedo asegurarte, despues de decirte que pienso que su estrella le inclina á querer donde es aborrecido, y aborrecer donde le quieren, es que siempre oí en su boca tus alabanzas, y en su veneracion tu persona, tratando de tí con aquel respeto que mereces. Señal de que te estima, y si tú le quisieras menos de lo que le has querido, ó no lo mostraras, por lo menos, ni estuvieras tan quejosa, ni él hubiera sido tan ingrato: mas ya no tiene remedio, porque si amas á Celio con intencion de hacerle tu dueño, como de ser quien eres creo, y de tu discrecion siempre presumí, ya es imposible; porque él tenia ya las puertas cerradas á esas pretensiones y á cualesquiera que sean de esta calidad, por tener ya órdenes, impedimento para casarse, como sabes. Para su condicion solo este estado le conviene, por-

que imagino que si tuviera mujer propia, á puros rigores y desdenes la matara, por no poder sufrir estar siempre en una misma parte, ni gozar una misma cosa. Pues que quieras, forzada de tu amor, lograrle de otra suerte, no lo consentirá el ser cristiana, tu nobleza y opinion, que seria desdecir mucho de ella; pues no es justo que ni el padre de don Felix ni su hermana, tus deudos y el monasterio donde estuviste y fuiste tanto tiempo religiosa, sepan de tí esa flaqueza, que imposible será encubrirse: y estar aquí donde estás, hay peligro de ser conocida de los bandoleros de esta montaña, y de la gente que para visitar estas santas ermitas la pasan, ni es decente ni seguro; pues como yo te conocí, lo podrán hacer los demas. Tu hacienda está perdida, tus deudos y los de tu muerto esposo confusos, y quizá sospechando de tí mayores males de los que tú piensas, ciega con la desesperacion de tu amor y la pasion de tus zelos, tanto, que no das lugar al entendimiento para que te aconseje. Yo que miro las cosas sin pasion, te suplico que consideres y pienses que no me he de apartar de aquí sin llevarte conmigo, porque de lo contrario entendiera que el cielo me habia de pedir cuenta de tu vida; y esto sin mas interes que el de la obligacion en que me has puesto con decirme tu historia, y descubrirme tus pensamientos, la que tengo á ser quien soy, y la que debo á Celio mi amigo, del cual pienso llevar muchos agradecimientos, si tengo suerte de apartarte de este intento, tan contrario á tu honor y fama; porque no me quiero persuadir á que te aborrece tanto, que no estime tu sosiego, tu vida y tu honra tanto como la suya. Esto te obligue, Jacinta hermosa, á desviarte de semejante designio. Vamos á la corte, donde en un monasterio principal de ella estarás mas conforme á quien eres; y si acaso allí te saliese ocasion de casarte, hacienda tienes con que poder hacerlo, y discrecion para olvidar con las caricias verdaderas de tu legítimo esposo las falsas y tibias de tu amante; y si olvidándole, y conociendo las desdichas que has pasado y las malas correspondencias de los hombres, tomases estado de religiosa, pues ya sabes que es el mas perfecto, tanto mas gusto darias á los que te conocemos. Ea, bella Jacinta, vamos al convento, que se viene la noche, y entregarás á los frailes sus corderos, porque mañana, poniéndote en tu trage, pues ese no es decente á lo que mereces, recibirás una criada que te acompañe, y alquilarémos un coche en que volver á Madrid, que desde hoy, con tu licencia, quiero que corra solo por mi cuenta tu opinion, y agradecerme á mí mismo el ser la causa de tu remedio. Y si no puedes vivir sin Celio, yo haré que Celio te visite, trocando el amor imperfecto en amor de hermano. Y miéntras con esto entretienes tu amorosa pasion, querrá el cielo que mudes de intento, y te envie el remedio que yo deseo, al cual ayudaré como si fueras mi hermana, y como tal irás en mi compañía. Con estos brazos, noble y discreto Fabio, replicó Jacinta, llenos los ojos de lágrimas, enlazándolos al cuello del bien entendido mancebo, quiero, sino pagar, agradecer la merced que me haces; y pues el cielo te trajo á tal tiempo por estos montes inhabitables, quiero pensar que no me tiene olvidada; iré contigo mas contenta de lo que piensas, y te obedeceré en todo lo que de mí quisieres ordenar, y no haré mucho, pues todo es tan

á provecho mio. La entrada en el monasterio acepto; solo en lo que no podré obedecerte, será en tomar uno ni otro estado si no se muda mi voluntad, porque para admitir esposo, me lo estorba mi amor, y para ser de Dios, amo á Celio; porque aunque es la ganancia diferente, para dar la voluntad á tan divino esposo, es justo que esté muy bien libre y desocupada. Bien sé lo que gano por lo que pierdo, que es el cielo ó el infierno, que tal es de mis pasiones; mas no fuera verdadero mi amor si no me costara tanto. Hacienda tengo; bien podré estarme en el estado que poseo sin mudarme de él. Soy fenix de amor; quise á don Felix hasta que me le quitó la muerte, quiero y querré á Celio hasta que ella triunfe de mi vida. Y si tú haces que Celio me vea, con esto estoy contenta, porque como yo le vea, eso me basta, aunque sé que ni me ha de agradecer esta fineza, esta voluntad, ni este amor, mas aventuraréme perdiendo; pues ni él dejará de ser tan ingrato como yo firme, ni yo tan desdichada como he sido, mas por lo menos comerá el alma el gusto de su vista, á pesar de sus despegos é ingratitud. Con esto se levantaron, y dieron la vuelta á la santa iglesia, donde reposaron aquella noche, y otro dia partieron á Barcelona, donde mudó Jacinta de trage, y tomando un coche y una criada, dieron la vuelta á la corte, donde hoy vive en un monasterio de ella, tan contenta que le parece que no tiene mas bien que desear, ni mas gusto que pedir. Tiene consigo á doña Guiomar, porque murió su madre, y ántes de su muerte la pidió la amparase hasta casarse, de quien supe esta historia, para que la pusiese en este libro por maravilla, que lo es, y suceso tan verdadero; porque á no ser los nombres de todos supuestos, fueran de muchos conocidos.

Con tanto donaire y agrado contó la hermosa Lisarda esta maravilla, que colgados los oyentes de sus dulces razones y prodigiosa historia, quisieran que durara toda la noche, y así conformes y de un parecer comenzaron á alabarla y darla las gracias de favor tan señalado, y mas don Juan, que como amante se despeñaba en sus alabanzas, dándola á Lisis con cada una la muerte, tanto que, por estorbarlo, tomando la guitarra que sobre la cama tenia, llorando el alma cuando cantaba el cuerpo, hizo señas á los músicos, los cuales atajaron á don Juan las alabanzas, y á Lisis el pesar de oirlas con este soneto:

No desmaya mi amor con vuestro olvido,
Porque es gigante armado de firmeza,
No os canseis con tratarle con tibieza,
Pues no le habeis de ver jamas vencido.
Sois miéntras mas ingrato mas querido,
Que amar por solo amar, es gran firmeza;
Sin premio sirvo, y tengo por riqueza
Lo que suelen llamar tiempo perdido.
Si mis ojos en lágrimas bañados,
Quizá viendo otros ojos mas queridos,
Se niegan á sí mismo el reposo,
Les digo, amigos, fuísteis desdichados,
Y pues no sois llamados y escogidos,
Amar por solo amar es premio honroso.

Pocos hubo en la sala que no entendiesen que los versos cantados por la bella Lisis se dedicaron al desden con que don Juan premiaba su amor, aficionado á Lisarda, y naturalmente les pesó de ver tan mal pagada la voluntad de la dama, y á don Juan tan ciego, que no estimase tan noble casamiento; porque aunque Lisarda era deuda de Lisis, y en la nobleza y hermosura iguales, le aventajaba en las riquezas. Quien mas reparó en la pasion de Lisis fué don Diego, amigo de don Juan, que sabia la voluntad de Lisis y despegos de don Juan, por haberle contado la dama sus deseos; y viendo ser tan honestos, que no pasaban los límites de la vergüenza, propuso pedirle á don Juan licencia para servirle, y tratar su casamiento. Y así por principio comenzó á engrandecer, ya los versos, ya la voz; y Lisis, ó agradecida ó falsa, quizá con deseos de venganza, comenzó á estimar la merced que le hacia, con cuyo favor don Diego pidió licencia para que la última noche de la fiesta sus criados representasen algunos entremeses y bailes, y darles la cena á todos los convidados; y concedida, tan contento como don Juan enfadado de su atrevimiento, dió lugar á Matilde para contar su maravilla; la cual habiendo trocado con Lisarda, empezó así: Ya que la bella Lisarda ha probado en su maravilla la firmeza de las mujeres, cifrada en las desdichas de Jacinta, razon será que siguiendo yo su estilo en la mia, á lo que estamos obligadas, que es á no dejarnos engañar de las invenciones de los hombres, ó ya que como flacas y mal entendidas caigamos en sus engaños, saber buscar la venganza, pues la mancha del honor solo sale con sangre del que le ofendió. El caso sucedió en esta corte, y empieza así.

NOVELA SEGUNDA.

LA BURLADA AMINTA, Y VENGANZA DEL HONOR.

Fué el capitan don Pedro (cuyo apellido por justos respetos se calla) natural de la ciudad de Vitoria, una de las principales de Vizcaya, por su amenidad, grandeza y nobleza que en sí cria. Desde sus tiernos años se inclinó á las armas, ejercicio usado entre nobles. Gastó la flor de su mocedad en la guerra, si se puede decir gastar, sirviendo á su rey con tanto valor, por cuyo bien empleado trabajo alcanzó del católico y prudente don Felipe II honrosos cargos en ella, hasta que pidiendo su noble ejercicio el merecido premio de sus servicios, el cristiano rey don Felipe III honró su persona con un hábito de Santiago, y seis mil ducados de renta, librados en la encomienda del mismo hábito. Casó en Segovia (ilustre ciudad de Castilla, tan adornada de edificios como de grandeza de caballeros, enriquecida de mercaderes que con sus tratos extienden su nombre hasta las mas remotas provincias de Italia) con una dama igual en nobleza y bienes de fortuna. De este matrimonio tuvo un hijo, el cual llegando á los años de discrecion, heredando los nobles y alentados respetos y pensamientos de su padre, á imitacion suya, y codicioso de sus hazañas, quiso mostrar su mocedad en mostrar su valor, y grangear alguna de las que á su padre sobraban, y así con gusto suyo, y una bandera, cuyo suplimiento alcanzaron los méritos de su padre, pasó á Italia á servir á su rey en la famosa guerra que tenia con el duque de Saboya. Tenia el capitan don Pedro un hermano que por ser mayor gozaba el mayorazgo de sus padres, que no era de los peores de su tierra, y por heredera la mas bella hija que en toda aquella provincia se hallaba. Era Aminta de catorce años cuando á la puerta de los de su padre llamó la muerte, cruel fiscal de las vidas. Y sintiendo el cristiano caballero mas que la partida de este mundo el dejar su hermosa hija sin mas amparo que el del cielo, pues aunque le quedaba bastante hacienda para casar noblemente, viéndola quedar sin madre que la gobernase y enseñase, era para su corazon nuevo tormento, aunque la virtud de su hija le animaba, y viendo que sin remedio se llegaba el fin de su vida, hizo su testamento, y dejando á su hija por dueño de todo, nombró á su hermano por testamentario y cumplidor de su alma, suplicándole por una carta que ántes de su muerte escribió, tomase á su cargo el remediar y casar á su sobrina, pidiéndole encarecidamente la emplease en quien la

mereciese. Y hecho esto durmió el último sueño, rindiendo el alma á su Criador y el cuerpo á la tierra. Recibió el capitan la carta de su hermano, solemnizando con lágrimas las ternezas de ella, y pareciéndole que estaria mejor su sobrina en su compañía y en el amparo y crianza de su mujer, se partió para ella, con acuerdo de los dos, de que estaria bien empleada en su hijo, pareciéndole, y era bien, que no podia emplearla mejor. Llegóse el capitan á su tierra, y despues de estar en ella algunos dias, acomodando y poniendo en órden la hacienda, dejando en su administracion un mayordomo fiel que la gobernase, dió la vuelta á Segovia; entró en ella la hermosa Aminta, si bien en el nublado del luto, para ser su sol, su asombro y su admiracion, dando á las damas envidia, y á los galanes deseos, con tal extremo, que en pocos dias se llenó la ciudad de su fama; no teniéndose por dichoso quien no la habia visto; alabando cada uno lo que mas en ella estimaba: unos la hermosura, otros la discrecion; este la riqueza, y el otro la virtud. Finalmente de todos era llamada milagro de esta edad, y la octava maravilla de este tiempo. No faltando luego ojos atrevidos y deseos codiciosos, que aficionados á sus gracias y honestos desenfados, quisiesen por medio del matrimonio ser dueños de tal joya, y algunos ó los mas, que viendo que su tio cerraba la puerta á todos, con decir que Aminta habia de ser mujer de su hijo, pretendiese rendir por amor el honesto pecho de la dama, la cual contenta de que su tio la emplease tan bien, apartaba cuanto podia sus ojos de estas ocasiones, esperando con mucho gusto la venida de su primo y esposo, que ya le habia enviado á llamar, pareciéndole que no habia otro bien sino su vista; como mujer que no sabia de amor, ni de otra cosa que de la voluntad y gusto de sus tios. Miéntras el primo venia, pasaba Aminta una vida alegre, libre y regalada; tanto, que gozando al lado de su tia todas las fiestas y holguras de la ciudad, á pocos meses olvidó la pena de la muerte de su padre, siendo su vista, para los miserables que defraudados de gozarla no se hallaban sino cargados de penas y amorosos deseos, un basilisco que mataba sin dar esperanzas de vida; y con saber que esto era sin remedio, no desmayaban, ni volvian atras de su pretension. Las músicas eran continuas, los paseos ordinarios, y los galanes sin cuenta, pareciendo su calle, en siendo de noche, los montes de Arcadia ó las selvas de amor. Aquí sonaban suspiros, y acullá instrumentos, sin que jamas Aminta lo escuchase; y si lo oia, era para hacer burla y reirse de todos. Mas no se fie nadie de su libertad ni de sus fuerzas, que tal vez amor gusta mas de cazar voluntades libres, que gustar los sujetos, y siempre se vé cautivo el libre, enfermo el sano, y vencido el valiente; pues suele amor empezar burlando, y acabar de veras. Duerman los ojos de Aminta libre y descansadamente; que ántes de mucho juzgarán á costa de hartas perlas por verdadera mi opinion. Fué pues el caso que á negocios importantes vino á Segovia un caballero, á quien llamarémos don Jacinto. Era mozo, galan, y mas inclinado á gusto que á penitencia, pues no trataba de ella sino de jueves á jueves santo, como hacen los que tienen las ocasiones dentro de su casa: esta tal, por no hacerla sino á su gusto, jamas apartaba de sí la ocasion de él, que era

una dama libre y mas desenfadada que es menester que sean las mujeres; pues aunque traten de solo su gusto, parece bien que sean honestas. Traíala don Jacinto con título de hermana, y de esta suerte le acompañaba siempre, dejando por esto de hacer vida con su legítima mujer, que era tan desdichada como hermosa, la cual se habia quedado en Madrid. Dió don Jacinto en ir á oir misa en un monasterio no léjos de la casa de la discreta Aminta, y donde siempre la hermosa dama acudia con su tia; y como la hermosura, las galas y el acompañamiento fuese para mirar, puso en ella don Jacinto los ojos con tan atento afecto, que no paró la hermosa vista hasta el alma. Empezó don Jacinto á sentirse mal de la penetrante herida que le habia dado en el corazon la grande belleza de Aminta, y considerando su nobleza, riqueza y honestidad, que de todo se informó, y ser imposibles sus pensamientos, pues el ser quien era Aminta, y el estado de él lo dificultaba todo, le traia fuera de sí, que no parecia hombre con alma, sino cuerpo ó fantasma sin ella. Vínole á poner en tal cuidado su pasion, que del poco comer y mal dormir vino á perder la salud, de suerte que cayó en la cama de melancolia, con que negó á Flora la conversacion; siendo su vista tan enfadosa á sus ojos, que quisiera por no verla no tenerlos. Sentia Flora la repentina mudanza de don Jacinto con mucha pena; si bien por lo que hizo no se puede juzgar fuese verdadera; y como llegase á preguntarle la causa de su pena, y él se la negase, que no quiero sentir que fuese amor, dió en andar á la mira hasta saberlo. No la fué dificultoso, porque como amor es ciego, él y ellos hacen las cosas de suerte que pocas veces se encubren, y así un dia que don Jacinto estaba rendido á sus cuidados, ya que le pareció que Flora estaba fuera, por haberlo dicho ella así, y como él ya no la amaba, no examinaba sus cosas como solia; ántes él mismo la pedia que saliese á pasearse y ver la ciudad, deseando la soledad para darse todo á su Aminta. Y creyendo estar solo, tomando un laud, cantó así:

Del fugitivo Eneas llora Dido
El desprecio cruel de su partida;
De rabia ciega en cólera encendida,
Maltrata el rostro por vengar su olvido.
Llama á su amante sin razon querido
La mano al pomo de una espada asida,
Con que cortando en flor su triste vida,
Ganó el laurel á su lealtad debido.
Elisa bella, aunque tu triste suerte
Te forzó á darte muerte rigurosa,
Yo trocaré mi vida por tu muerte.
Porque si no te amare, es cierta cosa
Que imposible le fuera aborrecerte,
Y pues te amó, ¿qué suerte mas dichosa?
Empresa fué famosa,
Con que á la fama tienes envidiosa;
Y pues fuiste querida,
No lamentes el ser aborrecida.

Con tan dulce memoria
No hay pena que no sea mayor gloria.
¡Mas ay de una firmeza,
Pagada con desden y con tibieza!
Aquesta sí que es pena,
Que la tuya lo fué de gloria llena;
Mas triste del que muere,
Aminta ingrata, sin que en mal tan grave
Jamas espere gloria ni se acabe.

Ya no será posible, amado don Jacinto, salió diciendo Flora, que escondida estaba, el negarme la causa de tu tristeza, porque ya la has declarado en tus versos; y si he de decir verdad, dias ha que la sospecho, por ver en tu boca tantas alabanzas de Aminta, la sobrina del capitan: ni pienses que me pesa que hayas puesto en ella tus pensamientos, porque no puedo tener por agravio querer mujer que me excede en todo; y así en lugar de enojo te tengo lástima, por ver cuán imposibles han de ser tus deseos si no te vales del engaño; porque si yo te quisiera de burlas, diérasme zelos con ese amor, nuevamente en tí nacido; pues cuando fuera posible que pudieras gozar de Aminta, no por eso temo yo que me olvides, que ántes viéndome desear y procurar tu gusto, me has de querer mas. Yo siempre he tenido por necedad los zelos; y así hice juramento, el dia que me alisté debajo de la bandera de amor, de aborrecerlos, y no procurar conocer tan mala cosa como dicen que es. La dificultad que yo hallo en esta pretension es que Aminta no se ha de rendir si no es por casamiento, que su desden es risa, pues si llegase á leer el papel y escuchar tus amorosas razones, ¿quién duda que te ha de querer? No hay para las mujeres lazo como el del casamiento: déjala tú que vea tu gala, y ármasele, y verás si caerá; pues aunque por la ciudad se dice que aguarda á un primo suyo para ser su marido, mas hará un amante de tus prendas y talle que su primo ausente y con esperanzas. Viste galas, y envíale joyas, que yo por mi parte tenderé mis redes, haré mis tramoyas, y á título de que soy tu hermana, me haré su amiga, y procuraré hablarla siempre que le viere en la iglesia: y si llega á darme oidos, yo la pintaré de suerte tus amorosas pasiones, y con tales colores, que aunque mas en los estribos de su honor vaya, no dejará de caer; y amándote, fácil será el gozarla á título de marido, y si pasare mas adelante la voluntad, sacarla de casa de su tio, y llevarla donde no se sepa de ella; y si con gozarla se acabare, con irnos á nuestra casa, ni ella sabrá el autor de su daño, ni osará decirlo, por no verse infamada, y quizá muerta de su tio. Y el premio de todo esto que por tí hago, no quiero que sea mas que el gusto que has de recibir. Suspenso estaba don Jacinto oyendo el canto de aquella sirena, y así, ó que creyese que lo hacia de amor, por no verle padecer, ó que quiesiese pasar por ello por lograr su deseo, la respuesta que la dió fué enlazarla al cuello los brazos, llamándola consuelo y remedio suyo y restauradora de su vida, y al fin quedaron de concierto de hacer lo que Flora le aconsejaba; empezando don Jacinto su engaño desde aquel mismo dia. Galan como rico, y alentado como galan, seguia su pretension:

de dia asistia á sus puertas, de noche rondaba su calle : unas veces solo, y otras acompañado de Flora, que en hábito de hombre iba cuando habia de darle música. Vivia en una sala baja de la casa de Aminta una mujer entre señora y sierva. Habia sido mujer de un mercader, era curiosa y amiga de saber, y no de las que hacen milagros de las cosas que suceden, ni deseaba hacerlos en razon de santidad, si bien los disimulaba con muestras de virtud, tanto que el capitan no extrañaba que entrase en su casa. Esta, como vió el pájaro nuevo que venia á picar en el cebo de la hermosura de Aminta, una noche que le vió cerca de la puerta, se llegó á él, y le preguntó qué buscaba, sabiendo como era público en toda la ciudad que aquella dama era prenda de un primo suyo que estaba en Milan, y le aguardaban por puntos para ser su esposo. No quiso mas don Jacinto que esta ocasion, y asiéndola por el copete, la contó sus amores conforme al engaño que tenian él y Flora concertado; dióla á entender que tenia cuatro mil ducados de renta, prometiéndole cosas imposibles, diciéndola que no queria que hiciese por él otra cosa mas que llevarle un papel; y diciendo y haciendo le puso en las manos un bolsillo con cincuenta escudos, con cuyo milagroso encanto se enterneció doña Elena (que es este el nombre de esta señora) mas de lo que fuera justo, y así le dijo que fuese á escribir, y diese la vuelta con el papel, que ella se lo llevaria á Aminta, y cobraria la respuesta. Volvió don Jacinto á su casa, y contando á Flora su ventura, escribió un papel : y volviendo con él donde le estaba aguardando doña Elena, se le dió, y con él una sortija do un diamante extremado. Este, dijo, darás á la hermosa Aminta por prenda y señal de mi amor. Prometió doña Elena hacerlo, y que otro dia le daria la respuesta. Él se fué, y ella se subió al cuarto de Aminta, la cual de noche de ordinario estaba escribiendo á su primo y esposo; y llegándose á ella le puso el papel y sortija en la mano, diciendo : Léeme, hermosa Aminta, por tu vida este papel, que es de un amante, que, como si yo fuera hermosa, me pretende, y me lo envió con esta joya. Bien pensó Aminta que el papel y sortija seria de alguno de los muchos que la pretendian; mas llevada de una curiosidad, por no pecar de melindrosa, ó bien porque su suerte empezaba á perseguirla, solemnizando con risa las palabras de doña Elena, leyó lo que se sigue :

« Cuando la voluntad pelea, el temor se rinde, y por esta causa sin te-
» mer de enojarte, y forzado de ella, hermoso dueño mio, me atrevo á
» decirte mi amor; que cuando diga que nació, no desde que ví tu belle-
» za, sino desde que nací, pues me dicta el corazon que te habia de criar
» el cielo para ser su señora, no diré mentira : bien sé el imposible que
» intento, pues aguardas para esposo tu venturoso primo, mas por lo me-
» nos no quiero morir sin que sepas que eres la causa. Si no eres tan cruel
» como el mundo dice, sírvete, mientras viene el dichoso que te ha de
» merecer, de darme la vida, aunque no sea con mas que tu vista; y esa
» sortija no recibas por prenda mia, sino por retrato tuyo. »

¿ Quién es, amiga, replicó Aminta, el enfermo tan peligroso que pide

remedio tan aprisa? Quien te merece, respondió doña Elena, mejor que el que aguardas para esposo, por noble, galan, rico y muy discreto; pues aunque tu primo es tu sangre, don Jacinto lõ es de lo mejor de España. ¡Ah codicia y bolsillo de escudos, qué presto calificas en la opinion de esta mujer la que apenas se habia visto! No sé, bellísima Aminta, cómo eres tan ingrata, prosiguió la engañosa mensagera, á lo que es tan favorable; mírate bien en ello, y conocerás tu engaño: y dí, ¿qué diré á don Jacinto? Si no basta decir que me le diste, respondió Aminta algo tierna, díle que le leí, que no me parece, amiga mia, que le he hecho poca merced. Y diciendo esto, puso el anillo en el dedo. Bien quisiera doña Elena hallar luego á don Jacinto para darle las buenas nuevas, y pedirle albricias; mas como no aguardaba tan buen despacho, quiso saberlo mas tarde, y así se habia recogido en su posada. ¿Quién podrá decir los varios pensamientos de Aminta, las veces que leyó el papel, y la suerte con que amor hizo suerte en su libre y descuidado corazon? pues aunque sabia que habia de ser mujer de su primo, hasta aquel punto aun no habia tenido lugar en él; y así, deseando el dia, pasó la noche mas inquieta que fuera justo. Apenas la luz dió señal de su venida, cuando se vistió, y quizá se adornó con mas gala y puntualidad que otras veces, deseando ver la causa de su desasosiego, y pues le desea ver, no está léjos de amar; mas ¡qué mucho, si dió oidos á las asechanzas que amor le puso en las palabras de doña Elena! Oyó Aminta, y dió lugar á ello su cruel condicion, y luego cayó en el lazo. Era dia de fiesta, y al tiempo de salir de su casa con su tia y criadas á misa, halló en el portal á doña Elena hablando con don Jacinto, con cuya vista, que luego de las acciones de los dos conoció el sugeto, si ya su alma no se lo habia dicho, y si alguna parte le habia dejado libre á las razones del papel, lo entregó todo á su talle con señales ciertas de rendimiento; porque aunque don Jacinto tenia treinta años, era tan galan y tan despejado, que mirado sin el afecto de su estado, rendia con su gracia cuanto miraba; el cual como discreto, conociendo en el rostro de la dama señales ciertas de amor, se empezó á prometer dichosas esperanzas, porque desde el lugar en que la vió hasta el en que estaba el coche, mudó mil colores, y puso sus ojos en dos mil ocasiones de atrevidos; y mas cuando oyó decir á doña Elena: Vaya vuesa merced con Dios, señor don Jacinto, que la labor está en estado, que no tardará mucho en acabarse. Aquí fué cuando la hermosa Aminta tropezó, y vino á dar con el cuerpo casi á los piés de su amante, que ya se habia despedido de la discreta tercera de sus amores, é iba á darlos á entender á la causa de ellos de todas las maneras que supiese; y como fuese fuerza usar en esta ocasion de la debida cortesía, fué á dar la mano á la muy discreta Aminta, diciendo así: Paso de esposo, si amor y fortuna estan de mi parte. A quien respondió la dama, dándole la suya sin guante, mejor que con palabras, con enseñarle en ella el rico diamante, que bastó para que el galan quedase sobre contento pagado. Agradeció su tia el favor que don Jacinto habia hecho á su sobrina, el cual, por recibirle mas cumplido, quitando el estribo del coche, dió lugar á que se pusiese el sol entre nubes de seda. Fuése al punto

á contar á Flora sus venturas, y decirle como Aminta quedaba en la iglesia. Tomó Flora su manto, y en compañía de su hermano se fué á la misma iglesia donde estaba Aminta, y sentándose junto á ella, dijo á don Jacinto que la acompañaba : Aguarda, hermano, no pasemos de aquí, que ya sabes que tengo el gusto mas de galan que de dama, y donde las veo, y mas tan bellas como esta hermosa señora, se me van los ojos tras ellas. No será maravilla que Aminta dé las gracias á Flora en albricias de saber que es hermana de don Jacinto, pues desde que le vió entrar en la iglesia con ella, estaba casi difunta, acabando casi los zelos de romper la herida, y abrir la puerta del amor, y así la respondió : Donde hay tanta hermosura (que es cierto que mas puede dar envidia que tenerla) no sé para qué buscais otra, pues tomando un espejo en las manos, mirándoos en él, satisfaréis vuestros deseos, porque mas mereceis que os enamoren, que no que enamoreis; mas por lo menos me pienso estimar desde hoy en adelante en mas que hasta aquí, y enriquecerme con la merced que me haceis, pues de amores tan castos no podrá dejar de sacarse el mismo fruto; y así os suplico me digais qué es lo que en mí mas os agrada y enamora, para que yo lo tenga en mas y me precie de ello. Toda vos, replicó Flora, porque sois tal, que pienso no me engaño en creer por muy cierto que sois la bella y discreta Aminta, cuya gallardía y hermosura es basilisco de toda esta ciudad. Aminta soy, replicó la dama; en lo demas vos, señora, podreis juzgar la poca razon que tienen en darme este nombre. Diestramente iba la cauta Flora poniendo lazos á la inocente Aminta para traerla á suma perdicion, y así de lance en lance le dió á entender todo lo que quiso, diciendo como don Jacinto su hermano habia venido desde Valladolid, donde tenia su casa y hacienda, solo á ver si era verdadera la fama que de su hermosura volaba por todas partes, con deseo de hacerla su dueño si fuese tal como se decia, y que como se habia informado del intento de su tio, no se habia atrevido á tratar nada. Engrandecióle su amor, su sangre, su renta, y las premisas ciertas que tenia de un hábito para cuando se casase; que asimismo ella le habia pedido le trajese consigo para que si acaso no tuviese efecto su solicitud, pudiese con mas seguridad tratar con ella estas cosas. Finalmente Flora pintó á su amante tan enamorado, tan rico y noble, diciéndole por remate que pensaba que si su hermano no la alcanzaba por mujer, seria su vida muy corta. Disimuló Flora su mentira con tantas muestras de verdad, que no fué mucho en Aminta lo creyese, y mas como ya amor la tenia rendida. Feneció Flora la plática con suplicarle tuviese compasion de su hermano, pues estaba en tiempo de poder hacerlo, y que no aguardase á que, venido su primo, todo tuviese desdichado fin. ¡Ay amiga! dijo Aminta, ¿cómo puede ya dejar de tenerle, supuesto que aunque yo quiera remediar á tu hermano, y hacerme á mí dichosa, casándome con él, mi tio, que ya me tiene para su hijo, no lo ha de consentir? pues negar yo que desde que anoche me dieron un papel de tu hermano no dí con mi honesto pensamiento en tierra, será negar al amor su fortaleza y la obediencia que le he prometido, tanto, que ya si algunos deseos tenia de la vista de mi primo, se han trocado en desear su muerte, ó que su ausencia

dure hasta que llegue mi remedio ó el fin de mi vida : ya tengo lástima de los que me han querido desdeñados, solo de mí no la tengo, pues estoy dispuesta á no mirar honra ni opinion, tal efecto ha hecho en mí la vista de tu hermano. Y pues me he llegado á declarar, dime tú qué haré, pues no amarle es imposible, y remediarle tambien, que si atrevida no miro lo que pierdo, cuerda temo lo que ha de suceder. No quiso Flora mas que esto, y así respondió : Cuando por ser mujer de mi hermano lo dejes de ser de tu primo, no pierdes nada, ántes ganas marido que le iguala en nobleza y hacienda. Y si bien tu tio al principio se mostrare enojado, despues viendo lo que ganas ha de hacer paces contigo, y para amansar á tu primo, ya que yo no te iguale en hermosura, suplirá esta falta veinte mil ducados que tengo de dote, y el ser tu cuñada. Y cuando suceda tan mal que nada de esto baste, déjales tu hacienda, que mi hermano con sola tu persona se contenta. Y pues dices que no se podrá acabar nada con tu tio, buen remedio : doña Elena, que es la que te dió el papel, es buena amiga, en su casa podrás hablar á mi hermano, pues no se recela de ella, y así se concertará el casarte, y despues de iros ante el vicario, te vendrás á mi casa, donde cuando lo sepa tu tio, ya estarás en poder de tu marido, y viendo que es tal como es, será fuerza que se tenga por contento, y á tí por venturosa. Estaba ya Aminta tan ciega, que concedia con todo, y más como temia la venida de su primo que le aguardaba por puntos. Y así dijo á Flora que á la tarde viniese ella y su hermano al aposento de doña Elena, donde miéntras su tio estaba en visita, hablarian mas de espacio. Y despidiéndose con señales de eterna amistad, Aminta y su compañía se volvió á su casa, donde aunque su tio la habia visto hablar con Flora, no sospechó cosa, conociendo su recato. Contó Flora á don Jacinto el concierto, si bien de industria le dió algunos picones, alcanzando por las nuevas mil tiernos y amorosos favores; y despues de comer se vinieron juntos á la casa de doña Elena, que ya estaba avisada de Aminta de lo sucedido; la cual amaba tan de veras á don Jacinto, que ya no miraba sino verse esposa suya, y entre el sí y el no la traian inquieta varios pensamientos del suceso; si bien guardó el secreto en sí misma, sin querer dar parte á ninguna criada, pareciéndole (como es así) que no hay quien descubra los secretos sino ellas; pues cuando mas se les encarga el callar, lo publican mas. Pues como vió la mal aconsejada señora á su tia divertida con algunas señoras amigas, y que su tio estaba fuera, fingiendo forzosa ocasion, se entró en otra sala, y de allí avisando á las criadas que si la llamasen estaba en casa de doña Elena, se fué á buscar los autores de sus desdichas. Recibiéronse con los brazos Aminta y Flora, dando á don Jacinto justa envidia : el cual despues de declararse con razones bien entendidas, ofrecióse con promesas, acreditándose con lágrimas, y acrecentando el amor de Aminta con amorosas caricias, le dió la mano de esposo, con cuya seguridad gozó algunos regalados y honestos favores, cogiendo flores y claveles del jardin jamas tocado de persona nacida, que estaba reservado á su ausente primo. Solemnizaban la fiesta Flora y doña Elena con mil donaires, viendo á don Jacinto tan atrevido como Aminta vergonzosa. Y quedó concertado que

otro dia, miéntras sus tios dormian la siesta, don Jacinto traeria allí una silla, donde Aminta iria á casa del vicario, encubriendo su nombre, porque no pudiese dar luego cuenta del suceso, y de allí á su posada, donde estaria encubierta hasta que se fuesen á su tierra, desde donde avisarian de todo á su tio; encargando á doña Elena el secreto, á lo cual ella se ofreció de buena voluntad, por el temor que tenia al capitan: del cual pasado el tiempo del enojo seria mas fácil alcanzar perdon. Y así despidiéndose con mil abrazos, ella se subió á su cuarto, y don Jacinto y Flora se volvieron á su casa muy contentos y satisfechos de lo bien que habian negociado. ¡O engañada Aminta! precipitada en un mal tan grande, sin mirar los grandes inconvenientes que atropellas, y en el peligro que te pones, caro te costará tu atrevimiento. ¡O engañoso don Jacinto, causa irremediable de la destruccion de esta dama! ¡O falsa Flora, en quien el cielo quiso criar la cifra de los engaños! castigo vendrá sobre tí: de tu amante eres tercera, ¿habrá quien dé crédito á tal maldad? Sí, porque siendo una mujer mala, lleva ventaja á todos los hombres. Amaneció otro dia, que debió de ser mártes, si es cierto que tiene algun azar: ya Aminta con el sol estaba vestida, porque el suceso de sus cosas no la daba reposo, habiendo soñado mil impedimentos y disgustos en ellas. Vestida en fin, aquí cayendo y acullá tropezando, y oyendo algunas palabras, pronósticos todos de sus desdichas, aunque ciega y sorda, sujeta á su amor, y embebida toda en sus pensamientos, tomó todas cuantas joyas tenia, púsolas en un lienzo, y metiéndolas en la manga, y el manto en la otra, comió con sus tios inquietamente, y apenas los vió rendidos al primer sueño, cuando se bajó al portal, donde se puso el manto, y se metió en la silla que estaba prevenida, encomendando de nuevo á doña Elena el secreto. Lleváronla en casa del vicario, porque los mozos de la silla, que eran criados de don Jacinto, estaban bien avisados de lo que habian de hacer, y hallando allí á su amante, que por no ser conocido en la ciudad, y ser cada dia frecuentada de pasageros y mercaderes, podia salir y entrar por donde queria, llegaron á la presencia del vicario, encubriéndose Aminta por no ser conocida: donde al tomarles las manos, un rico anillo de una esmeralda que la dama traia en el dedo se partió por medio, dando el pedazo que saltó en el rostro á don Jacinto; el cual aunque vió á su dama turbada, no haciendo caso de agüeros, se volvió con ella á su posada. Recibió Flora á su cuñada (que así la llamarémos) con los brazos, y para que don Jacinto, gozando, se arrepintiese, y Aminta acabase de encadenarse en su desdicha, despues de una muy bien ordenada cena, los llevó á su cama, donde los dejó, y se retiró á otro aposento en la misma posada, aguardando por premio de estos engaños quedarse con su amante, dejando á Aminta con su deshonor y desventura. Dejémoslos á todos pasar esta noche, á los unos traidores, y á la otra inocente, y á cada uno amenazando su castigo, estando el cielo por fiscal de todo: y vamos á la casa de Aminta, donde á este tiempo todo era confusion, todo llantos, todo amenazas, y todo sin provecho. Los extremos que su tio hacia eran de hombre sin juicio. En fin, enterándose de que no parecia, ni nadie la habia visto, empezó á hacer algunas dili-

gencias ocultas, por no manifestar su deshonra, mas todo era excusado; porque como sola doña Elena lo sabia, y ello callaba, no se podia dar alcance á nada. Al fin, los llantos de su tia y las voces de sus criadas publicaron el suceso por la ciudad, tanto que fué necesario que la justicia hiciese algunas diligencias sin fruto; pues aunque el vicario dijo que á las dos de la tarde habia desposado una señora y un caballero, y como no supo decir quién fuese, aunque sospechó que fuese Aminta, no sirvió de mas que de dar un pregon para que supiesen todos lo que no sabian. Llegaron otro dia estas nuevas á los oidos de don Jacinto, que aplacado el fuego de su apetito pudo considerar su peligro y el mal que habia hecho, y temiendo que doña Elena, si le apretasen algo, diria el suceso y su posada, y que se habia de ver en peligro su vida y su opinion, la noche siguiente llamó á una reja baja, que de su aposento salia á la calle, y estando hablando con ella, y contándole lo que pasaba, le apuntó al corazon con un pistolete, con que sin poder llamar á Dios ni manifestar sus pecados, rindió el alma, y llevó el merecido premio de lo que habia hecho. Y como dicen que un yerro sigue á otro, y un mal á otro, como el de don Jacinto era tan grande, temeroso del suceso, y pareciéndole que si buscaban las posadas, que seria mal caso hallar en la suya á la triste Aminta, teniendo por cierto que la muerte de doña Elena daria motivo á la justicia para hacer esta diligencia, aconsejándose con los temores de Aminta, que estaba con ellos casi muerta, y con las astucias de Flora, y principalmente con su arrepentimiento, salió por acuerdo que miéntras don Jacinto negociaba la partida, llevase á Aminta en casa de una principal señora conocida de don Jacinto, que vivia á las postreras casas de la ciudad, dándole á entender á la triste señora, que si fuese hallada, estaria mejor allí, y que entónces se publicaria su casamiento, y que si no la buscasen, él tendria lugar de enviar por un coche á Valladolid para irse, y que una vez allá todo se haria como ellos quisiesen. Concedió Aminta con todo, y don Jacinto, llevando adelante su engaño, se fué en casa de una señora deuda suya, que era viuda, y no tenia sino solo un hijo para heredero de su hacienda. Llamábase el mancebo don Martin, y era de los mas gallardos de su tiempo. Díjole don Jacinto á la señora que miéntras él iba á un negocio importante á Valladolid, el cual acabado pensaba dar la vuelta á su tierra, se sirviese de que se quedase en su compañía una dama, merecedora de todo el favor que le hiciese. Doña Luisa, que este era el nombre de esta señora, como conocia las mocedades de don Jacinto desde que vivia en su tierra, creyendo fuese dama suya, deseosa de darle gusto, concedió con el de don Jacinto, y así esta noche la trajo á su casa á Aminta, tan confusa y triste, como él alegre de verse fuera de aquella carga; trayendo la dama, demas de sus joyas, otras que su traidor esposo le habia dado: el cual como volvió á su posada, sin aguardar mas sucesos que los pasados, con la traidora dama se partió á su tierra, sin mas cuidado que el de llegar á ella. Quedó Aminta en casa de doña Luisa con nombre de doña Vitoria, porque el suyo era muy conocido en Segovia, y pudo muy bien disimularse, por cuanto doña Luisa habia poco que vivia en ella, y hasta aquel punto no habian llegado á sus oidos

los sucesos de Aminta, aunque eran públicos en la ciudad, y como su hijo no estaba en ella, que habia cuatro dias que habia ido á caza, no sabia ninguna cosa. Vino don Martin de su caza, y como luego que llegó se pusiese de rua, y se saliese por la ciudad, supo lo que su madre y los de su casa ignoraban; y así dando la vuelta á ella, sentado á la mesa para cenar, mandó doña Luisa llamar á su huéspeda, que vista por don Martin, quedó fuera de sí, pareciéndole tener delante de sus ojos algun ángel. Cenaron, y don Martin, tan fuera de sí cuanto Aminta descuidada de su nuevo pensamiento, y aun de su desdicha, sobre cena contó á su madre lo que habia hallado nuevo en la ciudad: y dijo como de casa del capitan don Pedro habia faltado el dia ántes una sobrina suya, que habia de ser mujer de su hijo, que estaba en Milan, y como dicen ser la mas hermosa de toda Castilla, y que no se podia saber qué causa ó qué motivo la habia obligado á tal: porque en cuanto al casamiento, lo llevaba con gusto, y en el recogimiento y cordura era tan virtuosa y discreta como hermosa, y que se habia dado un pregon, que pena de la vida ninguno la encubriese. Y lo que mas espanta (añadió) es que esta mañana amaneció muerta de un pistolete por el corazon cierta doña Elena, que vivia en una sala baja de su casa. Prendieron al capitan y á sus criados, y uno dijo que por una ventana que salia á la calle la habia visto esa misma noche hablar con un hombre. Este, y otro dicho que dice una criada, que su señora Aminta (que así se llama la dama que falta) bajaba muchas veces á su casa, recatándose de que no se supiese, ha dado que sospechar que por la causa de la dicha Aminta la habian muerto, por lo cual se ha quedado preso el capitan y su familia. Temblando estaba Aminta de oir tales nuevas, cuando don Martin preguntó, dejando la plática empezada, ¿de dónde habia venido tan linda huéspeda, que á sus ojos creia que del cielo? Don Jacinto, replicó doña Luisa, la trajo mientras va á Valladolid á un negocio, el cual acabado volverá por ella para llevarla á su tierra. ¿Es acaso esta señora su mujer? preguntó don Martin. No lo quiera Dios, respondió doña Luisa, que por lo que veo en ella me pesara que estuviera tan mal empleada. ¿Cómo mujer? dijo Aminta con turbada voz, ¿es casado, señora mia, don Jacinto, ó pretendió serlo? ¿Qué don Jacinto? dijo doña Luisa; el que aquí te trajo, niña, no se llama de este nombre, porque el mismo suyo es don Francisco, y es casado en Madrid. ¿Sabeislo bien, señora mia? dijo Aminta. Y cómo que lo sé, replicó doña Luisa, cinco años ha que estando yo en su misma tierra, donde viví desde que me casé, le ví casar con una dama natural de Madrid, de quien se enamoró, viéndola en la boda de una prima suya, á cuya fiesta vino con sus padres; si bien dentro de un año no hizo vida con ella. Conocí sus padres y parientes, y sé que es tan rico como vicioso. ¿No tiene una hermana (tornó á replicar la confusa y engañada dama) que se dice Flora? ¡Ay amiga, dijo doña Luisa, y qué engañada vives! esta mujer ha mucho que es amiga suya, y es la que le incita á mil maldades, que si no tuviera los brazos que en la corte tiene de algunos deudos suyos, le hubieran ya quitado la vida por el mal ejemplo que da y ha dado con la publicidad de sus apetitos; vicio en los nobles mas mirado que en los de-

mas. Y por tu vida, hermosa doña Vitoria, que me declares estos enigmas, que no son sin causa estas lágrimas que te estan haciendo fuerza por salir; y advierte que si te ha dicho que no es casado miente, que su mujer se llama doña María, y por no poder sufrir sus demasías se volvió á casa de sus padres. No son mis males, respondió Aminta, de los que se pueden contar sin mucho escándalo : dame ahora licencia para recogerme, que á su tiempo sabrás los mayores engaños y traiciones que de Sinon cuentan las historias. Era prudente doña Luisa, y así no quiso importunarla, casi adivinando lo que podia ser, aunque no quién era. Levantóse, y tomándola por la mano, la llevó á su cámara que era una hermosa cuadra, cuyas ventanas con hermosos balcones caian á un jardin junto á otra semejante en que dormia su hijo, con una puerta que se mandaba á ella, si bien cerrada por quitar la ocasion. Quedó don Martin tan confuso con su madre, y tan enamorado de su huéspeda, que parecia ya imposible vivir sin ella; y como la vió ir llorosa, y por las palabras que le habia oido, sospechase alguna gran maravilla, sabiendo donde estaba aposentada doña Vitoria, entró en su aposento, y viendo cerrada la puerta que caia al de la dama, conoció la causa de la prevencion de su madre. Salió fuera, y entre otras llaves que estaban sobre un escritorio, tomó la de aquella puerta, y se tornó á recoger, dando muestras de acostarse; mas no lo hizo así, ántes se puso por el pequeño lugar de la llave á oir lo que decia. Doña Luisa, dejando á Aminta despues de haberla dicho algunos consuelos, tan ciegos como su confusion, se fué á su cama. Quedó la triste Aminta en su aposento tan llena de lágrimas y congojas, como ignorante de que nadie la oyese, y así en voz ni baja ni alta empezó á dar lugar á sus quejas, al modo de cuando á una fuente le estorban, poniendo la mano para que no vierta sus pedazos de cristal, que en quitándola sale con mas abundancia; así las palabras detenidas en la garganta de Aminta, viéndose á solas, empezaron á dar clara señal de sus pasiones. ¡Ay! (decia, arrancando las hebras de sus hermosos cabellos, y sacando con las perlas de sus dientes pedazos de la nieve de sus manos, á vueltas de arroyos de fino rosicler) Aminta, y qué desdicha ha sido la tuya! Ya puedes ser fábula del mundo, y ejemplo de mujeres, y aun escarmiento suyo, si fuesen cuerdas, y no necias como yo he sido. ¡Ay desventurada de mí, y cómo por ser fácil he sido causa de tantos escándalos y desdichas! ¡Ay, quién me vió tres dias ha con honra, gusto y riqueza, adorada de mis tios, y respetada de toda la ciudad, y me veo hoy ser fábula y asombro de ella! Ay querido tio, ¡y qué satisfaccion podré dar de las penas y deshonras que por mí pasas! ¡Y qué será de tí cuando sepas por entero mi desdicha! ¡Ay, doña Elena, inventora de mis trabajos, castigue el cielo en tu alma, como lo hizo en tu cuerpo, mi perdicion! ¡Ay, Flora cruel, mas traidora y engañosa que la pasada, por quien en Roma tienen en tan poco las de tu nombre! ¡Ay, don Jacinto, y cómo tuviste corazon para burlar una mujer de mi estado, sin mirar que has de ser causa, no solo de mi muerte, mas de la tuya, pues en sabiendo mi tio lo que has hecho, si su muerte no le ataja, ha de procurar la tuya, y cuando él falte, queda en el mundo mi primo, que en fin ha de tomar por su cuenta mi agravio,

no solo como deudo, mas tambien como esposo! ¿Mas cómo podré yo tener paciencia ni aguardar á tal, teniendo manos y valor con que quitarme la vida? Y diciendo esto, sacó un cuchillo de su estuche para abrir con él las venas de sus brazos, pareciéndole que hasta la mañana habria tiempo para desangrarse y acabar; mas don Martin, que viéndola con tal determinacion, admirado de lo que veia, si bien no apercibia bien sus razones, habia puesto la llave en la cerradura, y temeroso de algun mal suceso, abrió apriesa la puerta, y salió apresuradamente : con cuyo ruido la hermosa Aminta recibió tal turbacion, que junto con sus pesares se dejó caer de un profundo desmayo, dando á don Martin lugar para que tomándola en sus brazos gozase el favor que si estuviera con su sentido fuera muy dificultoso, respecto de su honesto recato, el cual no pudiera ser vencido si no es con el engaño que se ha visto. Enternecido don Martin con su sol eclipsado en sus brazos, contemplaba las pasiones que la veia padecer, la hermosura, los pocos años, que siendo todo tan igual á su amor, le daban ocasion á mil amorosos atrevimientos : componíale el revuelto cabello, enjugábale las lágrimas, y recibia á vueltas de penosos suspiros regalados favores, cogiendo claveles de aquel jardin de hermosura. Tornó desde á poco en sí Aminta, y viéndose en los brazos de don Martin, con un honesto desenfado se cobró á sí misma de poder del amante, y no sé si tan libre como ántes; porque la ocasion, la gala y la fuerza de sus agravios la iban trocando el amor de don Jacinto en cruel venganza : viéndose allá burlada, y aquí rogada; que no hay tal cebo para cazar á una mujer como el amor del presente cuando se ve despreciada del ausente. Y así con muestras de algun enojo le dijo : ¿A qué venis, don Martin? ¿Por ventura paréceos que ha menester una desdichada mas testigo de su muerte que su desventura? Volveos á vuestro aposento, pues con la muerte de solo una mujer se restauran las honras de tantos hombres. No lo permita Dios, amado dueño mio (replicó don Martin) sino es que yo os acompañe en tal ocasion : yo desde que os ví os adoré; y si no quereis que sea yo el que lo pague todo, pues tengo vida, que es vuestra, y esta daga que ejecutará vuestro deseo, merezca yo que me recibais por vuestro esclavo; con lo cual quedaré mas contento que si fuera señor de todo lo que alcanzó Alejandro. No me conoceis, dijo Aminta, pues me decis con tal libertad vuestro deseo, y no penseis que aunque estoy en este lugar, dejo de ser lo que soy, y si por los engaños de un traidor os parece que estoy sin honra, lo que á mi me ha sucedido pudiera suceder á la mas cuerda y recatada. Mas supuesto que ni vos habeis de ser mi marido ni yo admitiros, solo os suplico que os volvais á vuestra estancia, y no me deis ocasion que llame á vuestra madre y á todo el mundo, y publicando á voces mi miseria, me entregue á la espada de los que con mi muerte quedarán satisfechos de la infamia que por mí padecen. Parecióle á don Martin en la determinacion con que Aminta decia esto, que lo iba á hacer, porque la vió acometer á la puerta; y así la detuvo, suplicándola que le escuchase, porque no era justo que creyese que él pretendia ser suyo, menos que siendo su marido, y que si le queria recibir por tal, tendria su suerte por muy dichosa. Miraba á don Martin la

dama con el afecto que le decia estas y otras razones, como era que le dijese cómo y quién la habia ofendido. Que si el no tener (como decia) honor, era algun hombre la causa, se declarase, y veria como la servia : y que hasta que quedase satisfecha no queria que hiciese por él lo que le pedia. Y casi desesperada de remedio, si bien agradecida de las promesas de su nuevo amante, le respondió : Yo soy Aminta, señor don Martin, la misma de quien esta noche dijistes que era escándalo de esta ciudad. La causa de estar en vuestro poder os quiero contar, y si oida quereis hacer lo que decis, yo estoy puesta á daros gusto. Contóle en breves razones lo que queda escrito, dejando con su historia á don Martin mas enamorado que ántes, y tan enternecido de ver burlada la ignorancia de Aminta, que quisiera á costa de su vida remediarla, con tal que no perdiese él la presa que en su poder tenia : y así dándole de nuevo palabra de vengarle, le dió la mano de esposo, la cual Aminta recibió con gusto, por no estar en tiempo de otra cosa. No ha de ser así mi venganza, dijo Aminta, porque supuesto que yo he sido la ofendida y no vos, yo sola he de vengarme, pues no quedaré contenta si mis manos no me restauran lo que perdió mi locura. Y así aunque os doy palabra de esposa, no se ha de conseguir vuestro deseo hasta que yo le quite la vida á este traidor, para lo cual no quiero otra cosa sino que me acompañeis para la seguridad de mi persona, que con vos, y mudando trage (pues el de hombre es mas seguro), si me poneis en su tierra, yo daré traza para engañarle como él me engañó á mí. Y hecho esto nos podrémos ir á Madrid, y allí viviremos seguros. Concedió don Martin con todo, y no es mucho, pues que amaba, y aventuraba el gozar tan hermosa dama, tanto que ya disculpaba á don Jacinto. Al fin con este concierto Aminta, esperando verse presto vengada, y don Martin ser su esposo, se despidió de ella, llegando en prendas á sus brazos, dejando ordenado partirse otro dia, que venido se previno don Martin de todo lo necesario para el camino. Llegó la noche, que al parecer de los nuevos amantes se detenia mas de lo justo, y despues de recogida la gente, y acostada doña Luisa, don Martin se fué al aposento de Aminta, llevándole un vestido acomodado para lo que habia de fingir, y no dejándole de sus hermosos cabellos mas de los necesarios, se le puso, quedando tan hermosa, que si alguna parte habia dejado libre amor en el alma de don Martin, allí quedó todo rendido. Y dejando á su madre escrito un papel, en que le pedia el secreto de su partida hasta conseguir cierto efecto porque importaba á su vida y á la honra de aquella dama, se pusieron en la calle, y de allí en dos famosas mulas, pareciendo don Martin en su trage el mozo de ellas. Salieron de Segovia, y otro dia al anochecer se hallaron en Madrid, famosa corte del católico rey don Felipe Tercero, y sin querer entrar en ella, siguieron sus caminos, que les duró algunos dias; tanto era el deseo que Aminta llevaba de su venganza. Llegaron, como digo, á la ciudad sin nombre, que importa que no le tenga, un sábado en la noche, y tomando posada segura, reposaron hasta la mañana, y acordaron entre los dos que don Martin se quedase encubierto en ella, por ser natural de aquella tierra, y tenia en ella algunos amigos, si bien no se quiso descubrir á ninguno, y que Aminta saliese á entablar su

pretension. Suplicábale don Martin que le dejase á él la satisfaccion de aquel agravio, pues podia fiar de su amor mayores ocasiones, sin que se pusiese ella en ningun disgusto; mas no fué posible acabarlo con Aminta, diciendo que si habia de ser suya, que la dejase serlo con honra. Yo soy (decia Aminta) la que siendo fácil, la perdí, y así he de ser la que con su sangre la he de cobrar: ya sabeis que las mujeres en aprendiendo una cosa, tarde se arrepienten; pues siendo esto así, como lo es, dejadme que os merezca por mí misma, que si vos por vuestras manos vengais mi afrenta, poco tendreis que agradecerme. Tanto le supo decir, y él la escuchaba tan tierno, que hubo de condescender con ella, aunque no sin zelos, y así entre burlas y veras le dijo que si lo hacia por ver á don Jacinto. El suceso lo dirá, dijo Aminta, y apartándose de él con mas cuidado que don Martin quisiera, porque como empezaba á temer, empezaba á penar, se fué á buscar á su enemigo, seguida y zelada de su amante, que la amaba mas tierno que quisiera. Llegó Aminta á la iglesia mayor, y como entrase en ella, ántes que tuviese lugar de mirarla, ni hacer la acostumbrada oracion, vió en su fingido don Jacinto y verdadero don Francisco, con otros caballeros: conocióle al punto, y es de creer que fué necesario el ánimo que el trage varonil le iba dando para no mostrar su sobresalto y flaqueza. Tomó aliento, y esforzándose lo mas que pudo, acercándose á ellos, dió lugar á ser vista, y aunque le dijese don Jacinto si mandaba alguna cosa, casi mudada la color, por darle algun aire de quien era Aminta, con mas esfuerzo que el que su flaqueza requeria le dijo que si habia entre sus mercedes quien necesitase de un criado. ¿De donde sois? replicó don Jacinto. De Valladolid, dijo Aminta. Juguéle á mi padre algunos cuartos, y mientras se le pasa el enojo me he puesto en fuga, para que con mi ausencia, en sintiendo mi falta, me perdone y busque. Mucho sabeis para ser tan mozo. No supe sino muy poco, pues estoy donde veis. Paréceme que os he visto, replicó don Jacinto: ó es que os pareceis á una persona que yo quise veinte y cuatro horas. Harto cuidado os debe esa persona, dijo Aminta, y no me espantaria que tuviese deseos de pagaros. Eso es quimera, pues cuando yo ignorase quien soy, hay muchos inconvenientes para ello; mas porque tú le pareces tanto, quiero que me sirvas, por verme servir de un retrato de quien yo serví. ¿Cómo te llamas? que pues has de estar conmigo, menester es saber tu nombre. Jacinto, replicó Aminta, y si por ser retrato de esa persona me recibes en tu servicio, tengo que agradecer á naturaleza que me ha hecho á su estampa; porque de mí te digo que desde el punto que te ví te quise bien. ¿Pasaste por Segovia? dijo don Jacinto. Sí, señor, respondió la dama, mas no quise detenerme allí, por el grande escándalo que andaba en ella por falta de una dama, que dicen se llamaba Aminta, que piensan se la tragó la tierra, porque no parece muerta ni viva. Una doña Elena, que se creia sabia de ella, amaneció una mañana muerta, y por eso estan presos muchos caballeros. ¿No se sabe, dijo don Jacinto, si la llevó alguno? No se sospechaba tal, dijo Aminta; lo que se piensa es que ella misma huyó por no casarse con un primo suyo, con quien estaban he-

chos los conciertos. Ahora bien, Jacinto, vamos á casa. Eso mismo digo yo, respondió Aminta, vamos donde mandáredes, y en sabiendo la casa, volveré á mi posada por una maleta en que traigo mi limpieza. ¿Quién duda que estaria en esta ocasion Aminta reventando? Mas como no era necia, disimulaba: y así fué con su nuevo amo y antiguo enemigo á su casa, donde le dió por ama y señora á la falsa Flora, diciéndola que la regalase, y al fingido Jacinto que la sirviese con mucho cuidado. Mirábale Flora, y tornábale á mirar, sintiendo cada vez una alteracion y desmayo, que parecia acabársele la vida, mas no se atrevia á decir lo que sentia, aunque siempre le parecia que veia á la engañada Aminta, no osando en ninguna manera decírselo á su amante, por no traerle á la memoria, viéndole tan olvidado de ella. Tomó Aminta la posesion en su nueva casa, y volvió luego á dar aviso á su amante don Martin de su buena y presta ventura, asegurándole con mil caricias de los zelos que tenia de verla en ella, prometiéndole abreviar con sus deseos, y se volvió con sus nuevos amos; á los cuales empezó á servir con tanto agrado, que se tenian por muy contentos de él. Mostró sus gracias, como era leer, escribir y contar, y otras muchas. Y sobre todo cantar y tañer, tanto, que ni don Jacinto ni Flora sabian estar sin él un punto. Y así un dia que estaban comiendo, por mandado de Flora tomó una guitarra, y cantó asi:

Si á tu hermosa Celia adoras,
Y su imágen reverencias,
Sacrificando tu gusto
A su adorada belleza;
Si sus bellísimos ojos,
Como soles los respetas,
Como luceros los miras,
Como cielos los celebras;
Si conoces que su boca
Es caja de hermosas perlas,
Y sus cabellos dorados
Madejas de Arabia bellas;
Si sabes que son sus manos
Blancas y nevadas sierras,
Y de otra divina Venus,
Su gracia talle y presencia:
Si á tu perfecta hermosura,
Y alabada gentileza,
La manzana hermosa ofrecen,
Que á Troya tan caro cuesta;
Y finalmente, si tienes
Alma, sentidos, potencias,
La memoria y voluntad
Presos en sus rubias hebras:
¿Para qué, Jacinto ingrato,
Causa de mi eterna pena,
Con falso y fingido amor
Engañaste mi inocencia?

Suspenso estaba el engañado don Jacinto, no admirando la voz, aunque era muy buena, sino sintiendo las razones del romance, como si viera quejarse á Aminta. Y así le dijo: Enternecida está esa dama, amigo Jacinto. Tal la trataba yo, replicó Aminta, pues cuando creyó tener marido, gozó de mi ausencia. ¿Luego has querido? dijo don Jacinto. ¿Tan necio te parezco? respondió la dama: pues cree que he sabido querer y aborrecer, y que tambien sé dar disgustos y fingir cuidados, porque soy mas hombre de lo que mis barbas dan muestra; pues aunque Flora mi señora dice que le parezco capon ó muger, algun dia he de ser gallo, á pesar del bellaco que me ganó mi caudal, y me puso en el estado en que

estoy : mas pues gustas de ver quejas de mujer, oye estos madrigales, que se hicieron al mismo sugeto.

Al tiempo que á Diana
Febo sus rayos ofrecer queria,
Y ella hermosa y lozana,
De visitar los indios se venia,
Porque el pastor amado
Fuese en su ausencia consolado;
Matilde diligente
Salió á buscar á su Jacinto ausente.
Con paso apresurado
Las flores del florido prado pisa;
El semblante turbado,
Porque ya el corazon su mal le avisa,
A un valle hermoso llega,
Que un manso y cristalino arroyo riega,
Adonde entretenido
Vió á Jacinto en Isbella divertido.
Detuvo un poco el paso,
Y oyó cómo Jacinto le decia :
Zagala, yo me abraso,
Sosiegue tu favor la pena mia;
Las manos le tomaba,
Y con tiernos suspiros la besaba,
É Isbella le decia :
Si te viese Matilde, ¿qué diria?
Deja, Isbella divina,
Esas quimeras, mira mis pasiones,
Que sola tú eres digna
De rendir los soberbios corazones,
Pues si Apolo te viera,
Tras Dafne fugitivo no corriera,
Y á Venus, sacra diosa,
Ganaras la manzana por hermosa.
Tú de Júpiter fueras
La Europa que cual Toro conquistara,
Si en su tiempo nacieras,
En cisne transformado te gozara,
Y como lluvia de oro
Bajara á verte de su eterno coro,
Y cual Calixto tuvieras
Asiento celestial en las esferas.
No gozara de Egina
Como pastor en el ameno prado,
Menos á Proserpina,
Porque de tu belleza enamorado,
Soli en tí se empleara,
Y á todas las del mundo despreciara :
Ni Juno se ofendiera
Aunque gozarte de su esposo viera.
Dijo, y determinado,
Cuando Isbella del todo ya rendida,
A su cuello ha enlazado
Los brazos, y tomando la medida
Con su boca á su boca,
Dejó á Matilde con sus zelos loca,
Que de rabia perdida,
Salió cual cierva del venablo herida.
Desleal, atrevido,
Ingrato y falso mas que los nacidos,
Yo os quitaré la vida,
Dijo, y con pasos atrevidos
Quiso llegar á ellos,
Huyó Morfeo de sus ojos bellos,
Que cual rios estaban,
Creyendo ser verdad lo que soñaban.
Que si como dormida,
Despierta este suceso le pasara,
Entre sus tiernas manos los matara,
Que, aunque niño, Cupido
Es (si zelos le ayudan) atrevido.

Alabáronle con grandes encarecimientos, y mostraron estimar sus donaires, con darle don Jacinto un vestido, y Flora una sortija, lo que recibió Aminta con muestras de alegría, porque respecto de vengarse, pasaba plaza de bufon, no descuidándose de visitar á don Martin, y contarle lo que pasaba, ni él de suplicarla abreviase, ó que le dejase á él hacerlo, porque no podia sufrir verse encerrado en casa, ni á ella en la de un hombre que habia sido su primer amor. Enojóse Aminta de verle tan desconfiado, y así le dijo que si se cansaba se volviese á su casa, pues ni le debia ni la debia; pues el acompañarla accion de caballero habia sido, y así le dejó sin querer hacer amistades, de que don Martin quedó apasionadísimo. Llegó Aminta algo tarde á su casa, y halló á sus

dueños cenando, que le riñeron la tardanza. A poco rato llegó don Martin á la puerta, haciendo cierta seña que acostumbraba otras noches. Salió Aminta, y despues de ruegos y enojos, quedando amigos, se volvió á su posada, y ella se entró á reposar. Un mes estuvo Aminta en casa de su amo, en cuyo tiempo habia escrito don Martin á Segovia á un amigo suyo, para que le avisase lo que pasaba: el cual le avisó de todo, pues encareciéndole la pena con que su madre estaba, le contó como el capitan don Pedro salió en fiado de la cárcel, y que entrando en su casa se habia caido muerto; y que á los demas presos habia sacado de la cárcel don Luis su hijo, que habia venido de Italia, el cual andaba haciendo grandes diligencias por saber de su prima y esposa, de la cual no sabian nuevas ningunas. Doblósele á la hermosa Aminta la pasion y la rabia con las nuevas de la muerte de su tio, y venganza que prometia la cólera de su primo don Luis, y mas viendo á don Jacinto gozar tan libremente de Flora, el uno y el otro causa de su desdicha. No tenia zelos, mas sentia agravios, que quien quiere saber si ha querido, aunque aborrezca, vea lo que ha querido en otros brazos; así viendo la valerosa Aminta que no era tiempo de quejas, sino de venganzas, apercibió á su querido amante don Martin para aquella noche, el cual avisado de lo que habia de hacer, se puso en espera del suceso. Aguardó Aminta tiempo y lugar, y viéndolos á todos dormidos, y la ciudad en silencio, entró en la cuadra de sus enemigos, no siendo de nuevo en ella, por entrar todas las noches por los vestidos de su amo para limpiarlos; y sacando la daga, se la metió á don Jacinto por el corazon, de suerte que el quejarse y rendir el alma todo fué uno. Al ruido despertó Flora, y queriendo dar voces, no la dió lugar Aminta, que la hirió por la garganta, diciendo: Traidora, Aminta te castiga y venga su deshonra. Y volviéndola á dar otras tres puñaladas, envió su alma á acompañar la de su amante; y cerrando la puerta á la cuadra, tomó su capa y maleta, y valiéndose de una llave que habia mandado hacer, por haber perdido la de la puerta de la calle, de industria, dejándola cerrada, se salió, y fué á la posada de don Martin, el cual sabido el suceso, y viendo que era forzoso ponerse en camino, tomando sus mulas y ropa, se partieron, caminando con toda prisa hasta el primer lugar, donde descansaron, vistiéndose Aminta de dama, y don Martin asimismo de caballero. Sosegaron allí dos dias, donde confirmando los dos la palabra que se habian dado, y con ella el amor, no pudo Aminta negarle á don Martin, como á su esposo, ningun favor que le pidiese. Allí recibió don Martin dos criados y una criada, y tomando el carruage necesario, se pusieron en camino para Madrid. Pues como viniese la mañana que se siguió á la triste noche para los desventurados que estaban en el infierno, pues la vida era conforme á la muerte, y la muerte lo fué á la vida, como los demas criados viesen que Jacinto no parecia, ni su amo ni Flora se levantaban, entraron en la cuadra, y viendo el desgraciado suceso, dieron gritos, alzando las criadas el alarido; á las cuales se juntaron todos cuantos habia en la ciudad, y la justicia con ellos, tomando sus confesiones á todos; y no habiendo otro indicio mas que la falta de Jacinto, y haber llevado su maleta, los lleva-

ron á todos presos, y visitando las casas de posadas, vinieron á dar en la que habian estado los autores del daño; si bien no sabian dar razon de nombres, ni tierra; ni pudieron saber mas de que á las doce habian partido; y como se llamaban hermanos, siempre se encerraban para hablar. Con estos indicios salieron tras de ellos algunos alguaciles, y aun el mismo corregidor, mas aunque encontraron con don Martin y su dama, que iban la vuelta de Madrid, como los vieron ir con tanta autoridad y reposo, y conocieron á don Martin por uno de los nobles de aquella ciudad, y sabian que vivia en Segovia, no cayeron en sospecha alguna, y mas habiendo entendido de él que iba con aquella señora, y que la traia para su esposa de un lugar de allí cerca; ántes le contaron lo que buscaban, y ellos se hicieron muy maravillados del caso; y no hay que espantar, porque si buscando un mozo de mulas y un pagecillo, hallaron un caballero tan principal y una dama tan hermosa, ¿quién no se diera por vencido? Comió don Martin y el corregidor, porque aunque en el campo, iban proveidos; y no hallando rastro de lo que buscaban, se volvieron á la ciudad, y ellos siguieron su camino. Y viendo la justicia la poca culpa de los presos, los soltaron y confiscaron la hacienda, parte para el rey, y parte para la viuda, mujer de don Jacinto. Don Martin y su esposa llegaron á Madrid, tomando casa y aderezos para ella, y sacando licencia del nuncio, se desposaron, corriendo despues los términos de las amonestaciones. Hecho esto, envió don Martin por su madre, la cual con su casa y hacienda se vino á Madrid, contenta de tener tal nuera, que sabiendo quién era, se tenia por dichosa, donde hoy viven, llamándose Aminta doña Vitoria, la mas querida y contenta de su esposo don Martin, que solo le falta á esta buena señora tener hijos para del todo ser dichosa. Su primo vive, y por su respecto no goza doña Vitoria la hacienda que le dejó su padre, aunque es muy gruesa, solo por no darse á conocer á su primo, ni don Martin quiere tratar de eso, por estar el secreto de este caso entre los tres; que si ella misma no lo manifestara, para que con nombres supuestos se escribiera, nadie pudiera dar noticia de ello.

Apenas dió la bella y discreta Matilde fin á su maravilla, dicha con tanto donaire y discrecion que á todos los caballeros y damas que la escuchaban tenia elevados y absortos, cuando don Diego, nuevo amante de Lisis, haciendo seña á los músicos, y dando aviso á dos criados suyos que eran diestros en danzar, á un mismo tiempo atajaron las alabanzas que para la bella Matilde se prevenian, pareciéndole que habiendo de quedar cortos en ellas, era mas acertado pasarlas en silencio; y dándolo así á entender á todos aquellos caballeros y damas, aprobando su parecer, emplearon la vista en las graciosas vueltas y airosas cabriolas que los dos criados de don Diego hacian. Y despues de haber dado fin á la danza, dieron principio á una suntuosísima colacion que Lisis tenia prevenida para sus convidados, donde en competencia las ensaladas de los dulces, y los dulces de muchas suertes de frutas, que en la mesa sirvieron, como en tales noches es costumbre, se mostró el buen gusto del dueño; y Lisis dándole á don Juan mil desdeñosas muestras, acompaña-

das de un gracioso ceño, con que al desaire le miraba; y por el contrario á don Diego mil honestos favores, de que don Juan se abrasaba; porque aunque queria á Lisarda, gustaba de ser querido de Lisis, y así haciendo mil regalos á Lisarda por picar á Lisis, y Lisis á don Diego por desesperar á don Juan, y los demas caballeros y damas, unos á otros, tocaron á maitines en el Cármen, y determinando oirlos con la misa del gallo, para dormir descuidados, avisados para la segunda noche, se despidieron de Lisis y su madre, que no quisieron oirlos; desocuparon la casa, acompañando todos aquellos caballeros á las hermosas damas en esta piadosa ocasion, si bien don Diego, llegándose á Lisis, se le ofreció por esclavo, agradeciendo la dama el favor, con que se dió fin á la fiesta de la primera noche.

NOCHE SEGUNDA.

Ya Febo se recogia debajo de las celestes cortinas, dando lugar á la noche que con su manto negro cubriese el mundo, cuando todos aquellos caballeros y damas se juntaron en casa de la noble Laura siendo recibidos de la discreta señora y su hermosa hija con mil agrados y cortesías. Y así por la misma órden que en la pasada noche se fueron sentando, avisados de don Diego que sus criados habian de dar principio á la fiesta con algunos graciosos bailes y un sazonado entremes que de repente quisieron hacer. Y viendo aquellas señoras que les tocaba danzar aquella noche, se acomodaron por su órden. Estaba Lisis vestida de una lama de plata morada, y al cuello una firmeza de diamantes, con una cifra del nombre de don Diego, joya que aquel mismo dia le envió su nuevo amante en cambio de una banda morada que ella le dió para que pendiese la verde cruz que traia; dando esto motivo á don Juan para algun desasosiego; si bien Lisarda con sus favores le hacia que se arrepintiese de tenerle. Ya se prevenia la bella Lisis de su instrumento, y de un romance que aquel dia habia hecho, y puesto todo, cuando los músicos le suplicaron los dejase aquella noche, guardando para la tercera fiesta sus versos, porque el señor don Juan los habia prevenido de lo que habian de cantar; que por ser parto de su entendimiento, era razon lograrlos. A todos pareció bien, porque sabian que don Juan era en esto muy acertado, y dándoles lugar cantaron así:

A la cabaña de Menga
Anton un disante fué;
Ya está rostrituerta Gila,
Zelos debe de tener.
De ella se queja el zagal,
Bien justa su queja es,
Que sospechas sin razon
Son desaires de la fe.
Sin culpa le da desvíos,
¿Cómo no se ha de ofender,

Que ella los da tan de balde,
Costándole tanto á él?
Hablar á Menga agradable,
No es culpa, que bien se ve,
Si no hay querer con agrados,
No hay agrados sin querer.
Quisiera que huyese Anton
De Menga, ¡rigor cruel!
Darle lo favorecido
A precio de descortés.
No es la misma permision
En el hombre y la mujer,
Que en ellos es grosería
Lo que en ellas es desden.
No hay quien se ponga á razones
Con los zelos, y pardiez,
Gente que razon no escucha,
Muy necia debe de ser.
Los vanos recelos, Gila,
No aseguran, que tal vez
Temer donde no hay tropiezos,
Dispone para caer.
Vedarle que mire á Menga,
Si es cordura no lo sé,
Que una hermosura vedada,
Dicen que apetito es.
Sujeciones hay civiles,
Bastaba, Anton, á mi ver,
Estar sujeto á unos ojos,
Sin que á su engaño lo estés.
Esto es amor en los hombres,
Ser su lisura doblez,
Sus inocencias delitos;
Mal haya el amor, amen.

Quien mirara á la bella Lisis miéntras cantó este romance, conociera en su desasosiego la pasion con que le escuchaba; viendo cuan al descubierto don Juan reprehendia en él las sospechas que de Lisarda tenia, y á estarle bien respondiera : mas cobrándose de su descuido, viendo á don Diego melancólico de verla inquieta, alegró el rostro y serenó el semblante : mandó como presidente de esta fiesta á don Alvaro que dijese su maravilla; el cual obedeciendo dijo asi :

Es la miseria la mas perniciosa costumbre que se puede hallar en un hombre, pues en siendo miserable luego es necio, enfadoso y cansado. Esto se verá claramente en mi maravilla, la cual es de esta suerte.

NOVELA TERCERA.

EL CASTIGO DE LA MISERIA.

A servir á un grande de esta corte vino de un lugar de Navarra un hijodalgo, tan alto de pensamientos como humilde de bienes de fortuna; pues no le concedió esta madrastra de los nacidos mas riqueza que una pobre cama, en la cual se recogia á dormir y se sentaba á comer: este mozo, á quien llamarémos don Márcos, tenia un padre viejo, y tanto, que sus años le servian de renta para sustentarse, pues con ellos enternecia los mas empedernidos corazones. Era don Márcos cuando vino á este honroso entretenimiento de doce años, habiendo casi los mismos que perdió á su madre de un repentino dolor de costado, y mereció en casa de este príncipe la plaza de page, y con ella los usados atributos, picardía, porquería, sarna y miseria; y aunque don Márcos se graduó en todas, en esta última echó el resto, condenándose él mismo de su voluntad á la mayor laceria que pudo padecer un padre del yermo, gastando los diez y ocho cuartos que le daban con tanta moderacion, que si podia, aunque fuese á costa de su estómago y de la comida de sus compañeros, procuraba que no se disminuyesen, ó ya que algo gastase, no de suerte que se viese mucho su falta. Era don Márcos de mediana estatura, y con la sutileza de la comida se vino á transformar de hombre en espárrago. Cuando sacaba de mal año su vientre era el dia que le tocaba servir la mesa de su amo, porque quitaba de trabajo á los mozos de plata llevándoles lo que caia en sus manos mas limpio que ellos lo habian puesto en la mesa, proveyendo sus faltriqueras de todo aquello que sin peligro se podia guardar para otro dia. Con esta miseria pasó la niñez, accompañando á su dueño en muchas ocasiones dentro y fuera de España, donde tuvo principales cargos. Vino á merecer don Márcos pasar de page á gentilhombre, haciendo en esto su amo con él lo que no hizo el cielo. Trocó pues los diez y ocho cuartos por cinco reales y tantos maravedís: pero ni mudó de vida, ni alargó la racion á su cuerpo, ántes como tenia mas obligaciones, iba dando mas nudos á su bolsa. Jamas se encendió en su casa luz, y si alguna vez se hacia esta fiesta, era el que le concedia su diligencia y el descuido del repostero, algun cabo de vela, el cual iba gastando con tanta cordura, que desde la calle se iba desnudando, y en llegando á casa dejaba caer los vestidos y al punto le daba la muerte. Cuando se levantaba por la mañana, tomaba un jarro que tenia sin asa, y salia á la puerta de la calle, y al primero que veia le pedia remediase su necesidad, y esto le duraba dos ó tres dias, porque lo gastaba con mucha estrechez. Luego se llegaba donde jugaban los muchachos, y por un cuarto

llevaba uno que le hacia la cama, y si tenia criado, se concertaba con él que no le habia de dar racion mas de dos cuartos y un pedazo de estera en que dormir; y cuando estas cosas le faltaban, llevaba un pícaro de cocina que lo hacia todo, y le virtiese una extraordinaria vasija en que hacia las inexcusables necesidades; era al modo de un arcaduz de noria, porque habia sido en un tiempo jarro de miel, que hasta en verter sus excrementos guardó la regla de la observancia. Su comida era un panecillo de un cuarto, media libra de vaca, un cuarto de zarandajas, y otro que daba al cocinero porque tuviese cuidado de guisarlo limpiamente; y esto no era cada dia, sino solo los feriados, que lo ordinario era un cuarto de pan y otro de queso. Entraba en el estrado donde comian sus compañeros, y llegaba al primero, y decia: Buena debe de estar la olla, que da un olor que consuela, en verdad que la he de probar; y diciendo y haciendo, sacaba una presa; y de esta suerte daba la vuelta de uno en uno á todos los platos: que hubo dia que en viéndole venir, el que podia se comia de un bocado lo que tenia delante; y el que no, ponia la mano sobre su plato. Con el que tenia mas amistad era con un gentilhombre de casa, que estaba aguardando verle entrar á comer ó cenar, y luego con su pan y queso en la mano entraba diciendo: Por cenar en conversacion os vengo á cansar, y con esto se sentaba en la mesa, y alcanzaba de lo que habia. Vino en su vida lo compró, aunque lo bebia algunas veces en esta forma: poníase á la puerta de la calle, y como iban pasando las mozas y muchachos con el vino, les pedia en cortesía se lo dejasen probar; obligándoles lo mismo á hacerlo. Si la moza ó muchacho eran agradables, les pedia licencia para otro traguillo. Viniendo á Madrid en una mula, y con un mozo, que por venir en su compañía se habia aplicado á servirle por ahorrar de gasto, le envió en un lugar por un cuarto de vino, y miéntras que fué por él se puso á caballo, y se partió, obligando al mozo á venir pidiendo limosna. Jamas en las posadas le faltó un pariente, que haciéndose gorra con él, le ahorraba la comida. Vez hubo que dió á su mula paja del jergon que tenia en la cama, todo á fin de no gastar. Varios cuentos se decian de don Márcos, con que su amo y sus amigos pasaban tiempo, tanto que ya era conocido en la corte por el hombre mas regalado de los que se conocian en el mundo. Vino don Márcos de esta suerte, cuando llegó á los treinta años, á tener nombre y fama de rico; y con razon, pues vino á juntar á costa de su opinion, y hurtándoselo al cuerpo, seis mil ducados, los cuales se tenia siempre consigo, porque temia mucho las retiradas de los genoveses; pues cuando mas descuidado ven á un hombre le dan manotada como zorro. Y como don Márcos no tenia fama de jugador ni de amancebado, cada dia se le ofrecian varias ocasiones de casarse, aunque lo regateaba, temiendo algun mal suceso: parecíales bien á las señoras que lo deseaban para marido, y quisieran mas fuese gastador que guardoso, que con este nombre calificaron su miseria. Entre muchas que desearon ser suya, fué una señora que no habia sido casada, si bien estaba en opinion de viuda, mujer de buen gusto y de alguna edad, aunque lo encubria con las galas, adornos é industria; poque era viuda galan, con su mongil de tercianela,

tocas de reinas, y su poquito de moño. Era buena señora, cuyo nombre es doña Isidora, muy rica en hacienda, segun decian todos los que la conocian, y su modo de tratarse lo mostraba. Y en esto siempre se adelantaba el vulgo mas de lo que era razon. Propusiéronle á don Márcos este matrimonio, pintándole á la novia con tan perfectos colores, y asegurándole que tenia mas de catorce ó quince mil ducados, diciéndole haber sido su difunto consorte un caballero de lo mejor de Andalucía, que asimismo decia serlo la señora, dándole por patria á la famosa ciudad de Sevilla; con la cual nuestro don Márcos se dió por casado. El que trataba el casamiento era un gran socarron, tercero no solo de casamientos, sino de todas mercaderías, tratante en grueso de buenos rostros y mejores bolsas, pues jamas ignoraba lo malo y lo bueno de esta corte, y era la causa haberle prometido buena recompensa: ordenó llevar á don Márcos á vistas, y lo hizo la misma tarde que se lo propuso, porque no hubiese peligro en la tardanza. Entró don Márcos en casa de doña Isidora, casi admirado de ver la casa, tantos cuadros, tan bien labrada, y con tanta hermosura; y miróla con atencion, porque le dijeron que era su dueño la misma que lo habia de ser de su alma, á la cual halló entre tantos damascos y escritorios, que mas parecia casa de señora de título, que de particular, con un estrado tan rico, y la casa con tanto aseo, olor y limpieza, que parecia no tierra, sino cielo, y ella tan aseada y bien prendida, como dice un poeta amigo, que pienso que por ella se tomó este motivo de llamar así á los aseados. Tenia consigo dos criadas, una de labor, y otra de todo, y para todo, que á no ser nuestro hidalgo tan compuesto, y tenerle el poco comer tan mortificado, por solo ellas pudiera casarse con su ama, porque tenian tan buenas caras como desenfado, en particular la fregona, que pudiera ser reina si se dieran los reinos por hermosura. Admiróle sobre todo el agrado y discrecion de doña Isidora, que parecia la misma gracia, tanto en donaire como en amores, y fueron tantas y tan bien dichas las razones que dijo á don Márcos, que no solo le agradó, mas le enamoró, mostrando en sus agradecimientos el alma, que la tenia el buen señor bien sencilla y sin doblez. Agradeció doña Isidora al casamentero la merced que le hacia en querer emplearle tan bien, acabando de hacer tropezar á don Márcos en una aseada y costosa merienda, en la cual hizo alarde de la bajilla rica y olorosa ropa blanca, con las demas cosas que en una casa tan rica como la de doña Isidora era fuerza hubiese. Hallóse á la merienda un mozo galan, desenvuelto, y que de bien entendido picaba en pícaro, al cual doña Isidora regalaba á título de sobrino, cuyo nombre era Agustinico, que así le llamaba su señora tia. Servia á la mesa Ines, porque Marcela, que así se llamaba la doncella, por mandado de su señora tenia ya en las manos un instrumento, en el cual era tan diestra, que no se le ganara el mejor músico de la corte, y esto acompañaba con una voz que mas parecia ángel que mujer, y á la cuenta era todo. La cual con tanto donaire como desenvolura, sin aguardar á que la rogasen, porque estaba cierta que lo haria bien, ó fuese acaso ó de pensado, cantó así:

Claras fuentecillas,
Pues murmurais,
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad que vive
Libre y descuidado,
Y que mi cuidado,
En el agua escribe;
Que pena recibe
Si sabe mi pena,
Que es dulce cadena
De mi libertad:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad que tiene
El pecho de hielo,
Y que por consuelo
Penas me previene:
Responde que pene
Si favor le pido,
Y se hace dormido
Si pido piedad:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad que llama
Cielos otros ojos,
Mas por darme enojos,
Que porque los ama,
Que mi ardiente llama
Paga con desden,
Y quererle bien
Con quererme mal:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Y si en cortesía
Responde á mi amor,
Nunca su favor
Duró mas de un dia,
Do la pena mia
Rie lisonjero,
Y aunque ve que muero,
No tiene piedad:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad que ha dias
Tiene la firmeza,
Y que con tibieza
Paga mis porfías:
Mis melancolías
Le causan contento,
Y si mudo intento,
Muestra voluntad:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad, que he sido
Eco desdichada,
Aunque despreciada,
Siempre le he seguido;
Y que si le pido
Que escuche mi queja,
Desdeñoso deja
Mis ojos llorar:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad que altivo,
Libre y desdeñoso
Vive, y sin reposo,
Por amarle, vivo,
Que no da recibo
A mi eterno amor,
Antes con rigor
Me intenta matar:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad sus ojos
Graves y severos,
Aunque bien ligeros
Para darme enojos,
Que rinde despojos
A su gentileza,
Cuya altiva alteza
No halla su igual:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad que ha dado
Con alegre risa
La gloria á Belisa,
Que á mí me ha quitado,
No de enamorado,
Sino de traidor,
Que aunque finge amor
Miente en la mitad:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad mis zelos
Y penas rabiosas,
Hay fuentes hermosas,
A mis ojos cielos,
Y mis descconsuelos,
Penas y disgustos,
Mis perdidos gustos,
Fuentes murmurad;
Y tambien á Narciso
Que no sabe amar.

No me atreveré á determinar en qué halló nuestro don Márcos mas gusto, si en las empanadas y hermosas tortadas, lo uno picante y lo otro dulce, sin el sabroso pernil y fruta fresca y gustosa, acompañado todo con el licor del santo remedio de los pobres, que á fuerza de brazos estaba virtiendo hielo, siendo ello mismo fuego, que por eso llamaba un aficionado á las cantimploras remedio contra el fuego; ó en la dulce voz de Marcela, porque al son de su letra él no hacia sino comer, tan regalado de doña Isidora y de Agustinico, que no lo pudiera ser mas si él fuera el rey, porque si en la voz hallaba gusto para los oidos, en la merienda recreo para su estómago, tan ayuno de regalos como de sustento. Regalaba tambien doña Isidora á don Agustin, sin que don Márcos, como poco escrupuloso, reparase en nada mas de sacar de mal año sus tripas; porque creo, sin levantarle testimonio, que sirvió la merienda de aquella tarde de ahorro de seis dias de racion, y mas con los buenos bocados que doña Isidora y su sobrino atestaban y embutian en el baul vacío del buen hidalgo, provision bastante para no comer en mucho tiempo. Fenecióse la merienda con el dia, y estando ya prevenidas cuatro bujías en sus hermosos candeleros, á la luz de las cuales y al dulce son que Agustinico hizo en el instrumento que Marcela habia tocado, bailaron ella é Ines lo rastreado y soltillo, sin que se quedase la capona olvidada, con tal donaire y desenvoltura, que se llevaba entre los piés los ojos y el alma del auditorio, y tornando Marcela á tomar la guitarra, á peticion de don Márcos, que como estaba harto queria bureo, feneció la fiesta con este romance:

Fuése Bras de la cabaña:
Sabe Dios si volverá,
Por ser firmísima Menga,
Y ser muy ingrato Bras.
Como no sabe ser firme,
Desmayóle el verse amar,
Que quien no sabe querer,
Tampoco sabe estimar.
No le ha dado Menga zelos,
Que no se los pudo dar,
Porque si supiera darlos,
Supiera hacerse estimar.
Es Bras de condicion libre,
No se quiere sujetar,
Y así viéndose querido,
Supo el modo de olvidar.
No solo á sus gustos sigue,
Mas sábelos publicar,
Que quiere á fuerza de penas
Hacerse estimar en mas.
Que no volverá es muy cierto,
Que es cosa la voluntad,
Que cuando llega á trocarse
No vuelve á su ser jamas.
Por gustos agenos muere,
Pero no se morirá,
Que sabe fingir pasiones
Hasta que llega á alcanzar.
Desdichada la serrana
Que en él se viene á emplear,
Pues aunque siempre aficion,
Solo penas cogerá.
De ser poco lo que pierde,
Certísima Menga está,
Pues por mal que se aventure,
No puede tener mas mal.
Es franco de disfavores,
De tibieza liberal,
Pródigo de demasías,
Escaso de voluntad.
Dice Menga que se alegra,
No sé si dice verdad,
Que padecer despreciada
Es dudosa enfermedad.
Suelen publicar salud
Cuando muriéndose estan,
Mas no niego que es cordura
El saber disimular.

Esconderse por no verla,
Ni de sus cosas hablar,
Ni tarde de su alabanza,
Indicios de salud da.
Pero de vivir contenta,
Y ella en secreto llorar,
Llevar mal que mire á otras,
De amor parece señal.
Lo que por mi teología
He venido á pergeñar
Es que aquel que dice injurias
Cerca está de perdonar.
Préciase Menga de noble:
No sé si querrá olvidar,
Que una vez eleccion hecha,
No es noble quien vuelve atras.
Mas ella me ha dicho á mí;
Que en llegandó á averiguar
Injurias, zelos y agravios,
Afrenta el verle será.

Al dar fin al romance se levantó el corredor de desdichas, y le dijo á don Márcos que era hora de que la señora doña Isidora reposase, y así se despidieron los dos de ella y de Agustinico, y de las otras damiselas, y dieron la vuelta á su casa, yendo por la calle tratando lo bien que le habia parecido doña Isidora, y descubriendo enamorado don Márcos, mas del dinero que de la dama, el deseo que tenia de verse ya su marido, y así le dijo que diera un dedo de la mano por verlo ya hecho, porque era sin duda que le estaba muy bien, aunque no pensaba tratarse despues de casado con tanta ostentacion y grandeza, pues que aquello era bueno para un príncipe, y no para un hidalgo particular, como él era, pues con su racion y alguna cosa mas habia para el gasto; y que seis mil ducados que tenia, y otros tantos que mas podia hacer de cosas excusadas que habia en casa de doña Isidora; pues bastaba para la casa de un escudero de un señor cuatro cucharas, un jarro, una salvilla y una buena cama, y á este modo cosas que no se pueden excusar: todo lo demas era cosa sin provecho, que mejor estaria en dineros, y puestos en renta, vivirian como un príncipe, y podian dejar á sus hijos, si Dios se los diese, con qué pasar muy honradamente, y cuando no los tuviesen, pues doña Isidora tenia aquel sobrino, para él seria todo, si fuese tan obediente que quisiese respetarle como á padre. Hacia estos discursos don Márcos tan en su punto, que el casamiento lo dió por concluido, y así le respondió que él hablaria otro dia á doña Isidora, y se efectuaria el negocio, porque en estos casos de matrimonio tantos tienen deshechos las dilaciones como la muerte. Con esto se despidieron, y él se volvió á contar á doña Isidora lo que con don Márcos habia pasado, codicioso de las albricias; y este á casa de su amo, donde hallándolo todo en silencio, por ser muy tarde, sacando un cabo de vela de la faltriquera, se llegó á una lámpara que estaba en la calle alumbrando una cruz, y puesta la vela en la punta de la espada, la encendió, y despues de haberle suplicado con una breve oracion que fuese la que se quería echar á cuestas para bien suyo, se entró en su posada, y se acostó, aguardando impaciente el dia, pareciéndole que se le habia de despintar tal ventura. Dejémosle dormir, y vamos al casamentero, que vuelto á casa de doña Isidora le contó lo que pasaba, y cuán bien le estaba. Ella que lo sabia mejor que no él, como adelante se dirá, dió luego el sí, y cuatro escudos al tratante por principio, y le rogó que luego por la mañana volviese á don Márcos, y le dijese como ella tenia á gran suerte el ser suya, que no le dejase de la mano, ántes

gustaria que se le trajese á comer con ella y su sobrino, para que se hiciesen las escrituras y se sacasen los recados. ¡Qué dos nuevas para don Márcos : convidado y novio! y con ellas por ser tan buenas, madrugó el casamentero, y dió los buenos dias á nuestro hidalgo don Márcos, al cual halló ya vistiéndose (que amores de blanca niña no le dejaban reposar). Recibió con los brazos á su buen amigo, que así llamaba al procurador de pesares, y con el alma la resolucion de su ventura, y acabándose de vestir de las mas costosas galas que su miseria le consentia, se fué con su norte de desdichas á casa de su dueño, su señora, donde fué recibido de aquella sirena con la agradable música de sus caricias, y de don Agustin, que se estaba vistiendo, con mil modos de cortesías y agrados; donde en buena conversacion y agradecimiento de su ventura y sumisiones del cauto mozo, en agradecimiento del lugar que de hijo le daba, pasaron hasta que fué hora de comer, que de la sala del estrado se entraron á otra cuadra mas adentro, donde estaba puesta la mesa y aparador, como pudiera en casa de un gran señor. No tuvo necesidad doña Isidora de gastar muchas arengas para obligar á don Márcos á sentarse á la mesa, porque ántes él rogó á los demas que lo hiciesen, sacándolos de esta penalidad, que no es pequeña. Satisfizo el señor convidado su apetito en la bien sazonada comida, y sus deseos en el compuesto aparador, tornando en su memoria á hacer otros tantos discursos como la noche pasada, y mas como veia á doña Isidora tan liberal y cumplida, como aquella que habia de ser suya, le parecia aquella grandeza vanidad excusada y dinero perdido. Acabóse la comida, y preguntaron á don Márcos si queria, en lugar de dormir la siesta, por no haber en aquella casa cama para huéspedes, jugar al hombre. A lo cual respondió que servia á un señor tan virtuoso y cristiano, que si supiera que criado suyo jugaba, ni aun al quince, no estuviera una hora en su casa, y que como él sabia esto, habia tomado por regla el darle gusto; demas de ser su inclinacion buena y virtuosa, pues no tan solamente no sabia jugar al hombre, mas que no conocia ni una carta, y que verdaderamente hallaba por su cuenta que valia el no saber jugar muchos ducados por año. Pues el señor don Márcos (dijo doña Isidora) es tan virtuoso que no sabe jugar (¡qué bien le digo yo á Agustinillo, que es lo que está mejor al alma y á la hacienda!), ve, niño, y dile á Marcela que se dé prisa á comer, y traiga su guitarra, é Inesita sus castañuelas, y en eso entretendrémos la siesta hasta que venga el notario que el señor Gamarra (que así se llamaba el casamentero) tiene prevenido para hacer las capitulaciones : fué Agustinico á lo que su señora tia le mandaba, y mientras venia prosiguió don Márcos, y asiendo la plática desde arriba : Pues en verdad, dijo, que puede Agustin, si pretende darme gusto, no tratar de jugar ni salir de noche, y con eso seremos amigos : de hacerlo habria mil rencillas, porque soy muy amigo de recogerme temprano la noche que no hay que hacer : y que en entrando, no solo se cierre la puerta, mas se clave, no porque soy zeloso, que harto ignorante es el que lo es, teniendo mujer honrada; mas porque las casas ricas nunca estan seguras de ladrones, no quiero que me lleven con sus manos lavadas lo que á mí me costó tanto afan y

fatiga el ganarlo; y así yo le quitaré el vicio, y sobre esto seria el diablo. Vió doña Isidora tan colérico á don Márcos, que fué menester mucho de su despejo para desenojarle, y así le dijo que no se disgustase, que el muchacho haria todo lo que fuese de su gusto, porque era el mozo mas dócil que en su vida habia tratado, que al tiempo daba por testigo. Esto le importa (replicó don Márcos), y atajó la plática don Agustin y las damiselas, que venian cada una con su instrumento, y la desenvuelta Marcela dió principio á la fiesta con estas décimas:

Lauro, si cuando te amaba,
Y tu rigor me ofendia,
Triste de noche y de dia,
Tu ingrato trato lloraba;
Si en ninguna parte hallaba
Remedio de mi dolor,
Pues cuando solo un favor
Era paz de mis enojos,
Siempre en tus ingratos ojos
Hallé crueldad por amor.
Si cuando pedí á los cielos
La muerte por no mirarte,
Y maltratarme y culparte
Eran todos mis desevelos:
Supe seguida de zelos,
Mereciendo ser querida,
Quise quitarme la vida:
Dime, ¿cómo puede haber
Otro mayor mal, que ser
Cruelmente aborrecida?
Yo lo tengo por mayor
Que no vivir olvidada,
Que siéndolo, no te enfada
Como otras veces mi amor:
Tengo el verte por favor,
Que tu descuido me ofrece
La paz que aquel que aborrece
Niega al que adorando está;
Luego el olvido será
Mayor daño que parece.
Y así á pedirte favor,
Con disfavor me convidas,
Porque al fin como me olvidas,
No te ofendas de mi amor:
Que alguna vez tu rigor
Vendrá á tomar por partido
Amar en lugar de olvido;
Y si has de aborrecer,
Mas quiero, Lauro, no ser,
Que aborrecida haber sido.

No sabré decir si lo que mas agradó á los oyentes fué la suave voz de Marcela ó los versos que cantó: finalmente á todo dieron alabanza, pues aunque las décimas no eran las mas cultas, ni mas acendradas, el donaire de Marcela les dió tanta sal, que supliera mayores faltas; y porque mandaba doña Isidora á Ines que bailase con Augustin, le previno don Márcos, que fenecido el baile volviese á cantar, pues lo hacia divinamente, lo cual Marcela hizo con mucho gusto, dándosele al señor don Márcos con este romance:

Ya de mis desdichas
El colmo veo,
Y en agenos favores
Miro mis zelos.
Ya no tengo que esperar
De tu amor, ingrato Ardenio,
Aunque tus muchas tibiezas
Mida con mi sufrimiento.
Que ya en mi fuego te hieles,
Ni que me encienda en tu hielo,
Que mueran mis esperanzas,
Ni que viva en mi tormento.
Como en mi confusa pena
No hay alivio ni remedio,
Ni le busco, ni le pido,
Desesperada padezco.
Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en agenos favores
Miro mis zelos.

¿Qué tengo ya que esperar,
Ni cómo obligar pretendo
A quién de solo matarme
Atrevido lleva intento?
A los hermanos imito,
Que por pena en el infierno,
Tienen trabajo sin fruto,
Y servir fuera de tiempo.
Acaba, saca la espada,
Pasa mi constante pecho,
Acabaré de penar,
Si no es mi tormento eterno.
Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en agenos favores
Miro mis zelos.
Quiérote bien, ¡qué delito
Para castigo tan fiero!
Pero tú te desobligas,
Cuando ya obligarte pienso.
¿Quién creyera que mis partes,
Que alguno estimó por cielos,
Son infiernos á tus ojos,
Pues de ellas andas huyendo?
Siempre decis que buscais
Los hombres algun sugeto,
Que sea en aquesta edad
De constancia claro ejemplo.
Y si acaso hallais alguno,
Le haceis tal tratamiento,
Que aventura por vengarse,
No una honra, sino ciento.
Míralo en tí y en mi amor,
No quieras mas claro espejo,
Y verás como hay mujeres
Con amor y sufrimiento.
Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en agenos favores
Miro mis zelos?
Hasta aquí pensé callar,
Tus sinrazones sufriendo,
Mas pues voluntad publicas,
¿Como callaré con zelos?
Sepa el mundo que te quise,
Sepa el mundo que me has muerto,
Y sépalo esa tirana
De mi gusto y de mi dueño.
Poco es brasas, como Porcia,
Poco es como Elisa, acero,
Mas es morir de sospechas,
Fuego que en el alma siento.
Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en agenos favores
Miro mis zelos.
Poco puedo, Ardenio ingrato,
Y hoy pienso que puedo menos,
Pues sufriendo no te obligo,
Ni te obligué padeciendo.
Yo gusto que tengas gustos,
Pero tenlos con respeto,
De que me llamaste tuya,
O de veras, ó fingiendo.
Cuando en tus ojos me miro,
En ellos miro otro dueño,
¿Pues qué has menester decirme
Lo que yo tengo por cierto?
Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en agenos favores
Miro mis zelos.
Ingrato, si ya tus glorias
No te caben en el pecho,
Guárdalas, que para mí
Son mas que gloria, veneno.
Mas tú debes de gustar
De verme vivir muriendo,
Que el querer y aborrecer
En tí viene á ser extremo.
Y si de matarme gustas,
Acaba, mátame presto;
Pero si zelosa vivo,
¿Para qué otra muerte quiero?
Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en agenos favores
Miro mis zelos.

Como era don Márcos de los sanos de Castilla, y sencillo como un tafetan de la China, no se le hizo largo este romance, ántes quisiera que durara mucho mas, porque la llaneza de su ingenio no era como los fileteados de la corte, que en pasando de seis estancias, se enfadan. Dió las gracias á Marcela, y le pidiera que pasara adelante, si á este punto no entrara el buen Gamarra con un hombre, que dijo ser notario; si bien mas

parecia lacayo que otra cosa, y se hicieron las escrituras y conciertos, poniendo doña Isidora en la dote doce mil ducados, y aquellas casas; y como don Márcos era hombre tan sin malicia, no se metió en mas averiguaciones, con lo que el buen hidalgo estaba tan contento, que posponiendo su autoridad, bailó con su querida esposa, que así llamaba á doña Isidora. Cenaron aquella noche con el mismo aplauso y ostentacion que habian comido, si bien todavía el tema de don Márcos era la moderacion del gasto: pareciéndole, como dueño de aquella casa y hacienda, que si de aquella suerte iba, no habia dote para cuatro dias; mas hubo de callar hasta mejor ocasion. Llegó la hora de recogerse, y por excusar trabajo de ir á su posada, quiso quedarse con su señora, mas ella con muy honesto recato dijo que no habia de poner hombre el pié en el casto lecho que fué de su difunto señor, miéntras no tuviese las bendiciones de la iglesia, con lo que tuvo por bien don Márcos de irse á dormir á su casa (que no sé si diga que mas fué velar, supuesto que el cuidado de sacar las amonestaciones le tenia ya vestido á las cinco). En fin se sacaron, y en tres dias de fiesta que la fortuna trajo de los cabellos, que á la cuenta seria el mes de agosto, que las trae de dos en dos, se amonestaron, dejando para el lúnes, que en las desgracias no tuvo que envidiar al mártes, el desposar y el velarse todo junto, á uso de grandes: lo cual se hizo con grande aparato y grandeza, así de galas como en lo demas, porque don Márcos, humillando su condicion, y venciendo su miseria, sacó fiado, por no descabalar los seis mil ducados, un rico vestido y faldellin para su esposa, haciendo cuenta que con él y la mortaja cumplia, no porque se le vino al pensamiento la muerte de doña Isidora, sino por parecerle que poniéndosele solo de una Navidad á otra, habria vestido hasta el dia del juicio. Trajo asimismo de casa de su amo padrinos, que todos alababan su eleccion y engrandecian su ventura, pareciéndoles acertamiento haber hallado una mujer de tan buen parecer y tan rica, pues aunque doña Isidora era de mas edad que el novio, contra el parecer de Aristóteles y otros filósofos antiguos, lo disimulaba de suerte, que era milagro verla tan bien aderezada. Pasada la comida, y estando ya sobre tarde alegrando con bailes la fiesta, en los cuales Ines y don Augustin mantenian la tela, mandó doña Isidora á Marcela que la engrandeciese con su divina voz, á la cual no haciéndose de rogar, con tanto desenfado como donaire cantó asi:

Si se rie el alba,
De mí se rie,
Porque adoro tibiezas,
Y muero firme.
Cuando el alba miro,
Con alegre risa
Mis penas me avisa,
Mis males suspiro;
Pero no me admiro
De verla reir,
Ni de presumir
Que de mí se rie:
Porque adoro tibiezas,
Y muero firme.
Ríese de verme
Con cien mil pesares,
Los ojos dos mares,
Viendo aborrecerme;
Cuando ingrato duerme
Mi querido dueño,
Mi dolor el sueño
Triste despide:

Porque adoro tibiezas,
Y muero firme.
Rie el ver que digo
Que no tengo amor,
Cuando su rigor
De secreto sigo,
Por haber sido obligado
A tratarme bien,
Al mismo desden
Que en matarme vive:
Porque adoro tibiezas,
Y muero firme.
Rie que me alejo
De aquello que sigo;
Llamado enemigo
Por lo que me quejo,
Que pido consejo,
Amando sin él;
Despido cruel
Lo que no me sigue:
Porque adoro tibiezas,
Y muero firme.
Rie el ver mis ojos
Publicar tibieza,
Cuando mi firmeza
Les da mil enojos,
Ofrecer despojos,
Y encubrir pasion,
Mirar á traicion
Unos ojos libres:
Porque adoro tibiezas,
Y muero firme.
Rie el que procura
Encubrir mis zelos,
Que estoy sin desvelos
Cuando miento y juro,
El descuido apuro,
Lo que me da pena,
Porque amor ordena
Mi muerte triste:
Porque adoro tibiezas,
Y muero firme.

Llegóse en estos entretenimientos la noche, principio de la posesion de don Márcos, y mas de sus desdichas, pues ántes de tomarla empezó la fortuna á darle con ellas en los ojos, y así fué la primera darle á don Agustin un accidente: no me atrevo á decir si le causó el ver casada á su señora tia; solo digo que puso la casa en alboroto, porque doña Isidora empezó á desconsolarse, acudiendo mas tierna que fuera razon á desnudarle, para que se acostase, haciéndole tantas caricias y regalos, que casi dió zelos al desposado, el cual viendo ya al enfermo algo sosegado, miéntras su esposa se acostaba, acudió á prevenir con cuidado que se cerrasen las puertas, y echasen las aldabas á las ventanas; cuidado que puso en las desenvueltas criadas de su querida mujer la mayor confusion y aborrecimiento que se puede pensar, pareciéndoles achaque de zeloso; y no lo era cierto, sino de avaro; porque como el buen señor habia traido su ropa, y con ella sus seis mil ducados, que aun apenas habian visto la luz del cielo, queria acostarse seguro de que lo estaba su tesoro. En fin él se acostó con su esposa; las criadas en lugar de acostarse se pusieron á murmurar y llorar, exagerando la prevenida y cuidadosa condicion de su dueño. Empezó Marcela á decir: ¿Qué te parece, Ines, á lo que nos ha traido la fortuna, pues de acostarnos á las tres y á las cuatro, oyendo músicas y requiebros, ya en la puerta de la calle, ya en las ventanas, rodando el dinero en nuestra casa, como en otras la arena, hemos venido á ver á las once cerradas las puertas y clavadas las ventanas, sin que haya atrevimiento en nosotras para abrirlas? Mal año abrirlas, dijo Ines; Dios es mi Señor, que tiene traza nuestro amo de echarles siete candados como á la cueva de Toledo: ya, hermana, esas fiestas que dices se acabaron, no hay sino echarnos dos hábitos, pues mi ama ha querido esto: ¿qué poca necesidad tenia de haberse casado, pues no le faltaba nada, y

no ponernos á todas en esta vida, que no sé cómo no la ha enternecido ver al señor don Agustin cómo ha estado esta noche, que para mí esta higa si no es la pena de verla casada el accidente que tiene: y no me espanto, que está enseñado á holgarse y regalarse, y viéndose ahora enjaulado como jilguerillo, claro está que lo ha de sentir como yo lo siento: que malos años para mí, que me pudieran ahogar con una hebra de seda cendalí. Aun tú, Ines, replicó Marcela, que sales fuera por todo lo que es menester, no tienes que llorar; mas triste de quien por llevar adelante este mal afortunado nombre de doncella, ya que en lo demas haya tanto engaño, ha de estar padeciendo todos los infortunios de un zeloso, que las hormiguillas la parecen gigantes; mas yo lo remediaré, supuesto que por mis habilidades no me ha de faltar la comida. Mala pascua para el señor don Márcos si yo tal sufriere. Yo, Marcela, dijo Ines, será fuerza que sufra, porque si te he de confesar verdad, don Agustin es la cosa que mas quiero; si bien hasta ahora mi ama no me ha dado lugar de decirle nada, aunque conozco de él que no me mira mal, mas de aquí adelante será otra cosa, que habrá de dar mas tiempo, acudiendo á su marido. En estas pláticas estaban las criadas, y era el caso que el señor don Agustin era galan de doña Isidora, y por comer, vestir y gastar á título de sobrino, no solo llevaba la carga de la vieja, mas otras muchas, como eran las conversaciones de damas y galanes, juegos y bailes y otras cosillas de este jaez, y así pensaba sufrir la del marido, aunque la mala costumbre de dormir acompañado le tenia aquella noche con alguna pasion; pues como Ines le queria, dijo que queria ir á ver si habia menester algo miéntras se desnudaba Marcela, y fué tan buena su suerte, que como don Agustin era muchacho, tenia miedo, y así la dijo: Por tu vida, Ines, que te acuestes aquí conmigo, porque estoy con el mayor asombro del mundo, y si estoy solo, en toda la noche podré sosegar de temor. Era piadosísima Ines, y túvole tanta lástima, que al punto le obedeció, dándole las gracias de mandarle cosas de su gusto. Llegóse la mañana, mártes al fin, y temiendo Ines que su señora se levantase, y la cogiese con el hurto en las manos, se levantó mas temprano que otras veces, y fué á contar á su amiga sus venturas; y como no hallase á Marcela en su aposento, fué á buscarla por toda la casa, y llegando á una puertecilla falsa que estaba en un corral, algo á trasmano, la halló abierta, y era que Marcela tenia cierto requiebro, para cuya correspondencia tenia llave de la puertecilla, por donde se habia ido con él, quitándose de ruidos; y aposta, por dar á don Márcos tártago, la habia dejado abierta: y visto esto, fué dando voces á su señora, á las cuales despertó el miserable novio, y casi muerto de congoja saltó de la cama, diciendo á doña Isidora que hiciese lo mismo, y mirase si le faltaba alguna cosa, abriendo á un mismo tiempo la ventana; y pensando hallar en la cama á su mujer, no halló sino una fantasma ó imágen de la muerte, porque la buena señora mostró las arrugas de la cara por entero, las cuales encubria con el afeite, que tal vez suele ser encubridor de años, que á la cuenta estaban mas cerca de cincuenta y cinco que de treinta y seis, como habia puesto en la carta de dote, porque los cabellos eran pocos y blancos por la nieve

de muchos inviernos pasados. Esta falta no era mucha, merced á los moños y á su autor, aunque en esta ocasion se la hizo á la pobre dama, respecto de haberse caido sobre las almohadas con el descuido del sueño, bien contra la voluntad de su dueño: los dientes estaban esparcidos por la cama, porque, como dijo el príncipe de los poetas, daba perlas de barato, á cuya causa tenia don Márcos uno ó dos entre los bigotes, demas de que parecian tejado con escarcha, de lo que habian participado de la amistad que con el rostro de su mujer habian hecho. Cómo se quedaria el pobre hidalgo se deja á la consideracion del pio lector, por no alargar pláticas en cosa que pueda la imaginacion suplir cualquiera falta; solo digo que doña Isidora, que no estaba menos turbada de que sus gracias se manifestasen tan á letra vista, asió con una presurosa congoja su moño, mal enseñado á dejarse ver tan de mañana, y atestósele en la cabeza, quedando peor que sin él; porque con la prisa no pudo ver como le ponia, y así se le acomodó cerca de las orejas. ¡O maldita Marcela! causa de tantas desdichas, no te lo perdone Dios, amen. En fin mas alentada, aunque con menos razon, quiso tomar un faldellin para salir á buscar su fugitiva criada, mas ni él ni el vestido rico con que se habia casado, ni los chapines con viras, ni otras joyas que estaban en una sala; porque esto y el vestido de don Márcos, con una cadena que valia doscientos escudos que habia traido puesta el dia ántes, la cual habia sacado de su tesoro para solemnizar su fiesta, no pareció, porque la astuta Marcela no quiso ir desapercibida. Lo que haria don Márcos en esta ocasion, ¿qué lengua bastará á decirlo, ni qué pluma á escribirlo? Quien supiere que á costa de su cuerpo lo habia ganado, podrá ver cuan al de su alma lo sentiria, y mas no hallando consuelo en la belleza de su mujer, porque bastaba á desconsolar al mismo infierno. Si ponia los ojos en ella, veia una estantigua; si los apartaba, no veia sus vestidos y cadena, y con este pesar se paseaba muy aprisa, así en camisa por la sala, dando palmadas y suspiros. Miéntras él andaba así, doña Isidora se fué al jordan de su retrete y arquilla de baratijas; se levantó Agustin, á quien Ines habia ido á contar lo que pasaba, riéndose los dos de la vision de doña Isidora, y la bellaquería de Marcela, y á medio vestir salió á consolar á su tio, diciéndole los consuelos que supo fingir y encadenar mas á lo socarron que á lo necio. Animóle con que se buscaria la agresora del hurto, y obligóle á paciencia el decirle que eran bienes de fortuna, con lo que cobró fuerzas para volver en sí y vestirse; y mas como vió venir á doña Isidora tan otra de lo que habia visto, que casi creyó que se habia engañado, y que no era la misma. Salieron juntos don Márcos y don Agustin á buscar por dicho de Ines las guaridas de Marcela, y en verdad que si no fueran, los tuviera por mas discretos, á lo menos á don Márcos; que don Agustin para mí pienso que lo hacia de bellaco mas que de bobo, que bien se deja entender que no se habia puesto en parte donde fuese hallada. Mas viendo que no habia remedio, se volvieron á casa, conformándose con la voluntad de Dios á lo santo, y con la de Marcela, á lo de no poder mas, y mal de su grado hubo de cumplir nuestro miserable con las obligaciones de la tornaboda, aunque el mas triste del mundo, porque tenia

atravesada en el alma su cadena. Mas como no estaba contenta la fortuna, quiso seguir en la prosecucion de su miseria. Y fué de esta suerte, que sentándose á comer, entraron dos criados del señor almirante, diciendo que su señor besaba las manos de la señora Isidora, y que se sirviese enviar la plata, que para prestada bastaba un mes, que si no lo hacia la cobraria de otro modo. Recibió la señora el recado, y la respuesta no pudo ser otra que entregarle todo cuanto habia, platos, fuentes y lo demas que lucia en casa, y que habia colmado las esperanzas de don Márcos, el cual se quiso hacer fuerte, diciendo que era hacienda suya, y que no se habia de llevar, y otras cosas que le parecian á propósito, tanto que fué menester que un criado fuese á llamar al mayordomo, y el otro se quedase en resguardo de la plata. Al fin la plata se llevó, y don Márcos se quebró la cabeza en vano, el cual ciego de pasion y de cólera empezó á decir y hacer cosas como hombre fuera de sí : quejábase de tal engaño, y prometia la habia de poner pleito de divorcio; á lo cual doña Isidora con mucha humildad le dijo, por amansarle, que advirtiese que ántes merecia gracias que ofensas, que por grangear un marido como él cualquiera cosa, aunque tocase en engaño, era cordura y discrecion, y que pues el pensar deshacerlo era imposible, lo mejor era tener paciencia. Húbolo de hacer el buen don Márcos, aunque desde aquel dia no tuvieron paz, ni comian bocado con gusto. A todo esto don Agustin comia y callaba, metiendo las veces que se hallaba presente paz, y pasando muy buenas noches con Ines, con la cual reia las gracias de doña Isidora y desventuras de don Márcos. Con estas desdichas, si la fortuna le dejara en paz, con lo que le habia quedado se diera por contento, y lo pasara honradamente. Mas como se supo en Madrid el casamiento de doña Isidora, un alquilador de ropa, dueño del estrado y colgadura, vino por tres meses que le debia de su ganancia, y asimismo á llevarlo; porque mujer que habia casado tan bien, coligió que no lo habria menester, pues lo podia comprar y tenerlo por suyo. A este trago acabó don Márcos de rematarse : llegó á las manos con su señora, andando el moño y los dientes de por medio, no con poco dolor de su dueño, pues le llegaba el verse sin él tan á lo vivo. Esto, y la injuria de verse maltratar tan recien casada, la dió ocasion de llorar, y hacer cargos á don Márcos por tratar asi á una mujer como ella, y por bienes de fortuna, que ella los da y los quita; pues aun en casos de honra era demasiado castigo. A esto respondió don Márcos que su honra era su dinero, mas con todo esto no sirvió de nada para que el dueño del estrado y colgadura no lo llevase, y con ello lo que le debia un real sobre otro, que se pagó del dinero de don Márcos, porque la señora, como ya habia cesado su trato, no sabia de qué color era. A las voces y gritos bajó el señor de la casa, la cual nuestro hidalgo pensaba ser suya, porque la mujer le habia dicho que era huésped, y que le tenia alquilado aquel cuarto por un año. Le dijo pues que si cada dia habia de haber aquellas voces, que buscasen casa y fuesen con Dios, que era amigo de quietud. ¿Cómo ir? respondió don Márcos, él es el que se ha de ir, que esta casa es mia. ¿Cómo vuestra? dijo el dueño; loco atreguado, idos con Dios, que yo os juro que si no mirara

que lo sois, la ventana fuera vuestra puerta. Enojóse don Márcos, y con la cólera se atreviera si no se metieran de por medio doña Isidora y don Agustin, desengañando al pobre don Márcos, y apaciguando al señor de la casa, con prometerle desembarazarla á otro dia. ¿Qué podia don Márcos hacer aquí? ó callar, ó ahorcase; porque lo demas, ni él tenia ánimo para otra cosa, y con tantos pesares estaba como atónito y fuera de sí. Y de esta suerte tomó su capa, y se salió de casa, y don Agustin por mandado de su tia con él, para que le reportase. En fin los dos buscaron un par de aposentos cerca de palacio, por estar cerca de la casa de su amo; y dando señal, quedó la mudanza para otro dia, y así le dijo á don Agustin que se fuese á comer, porque él no estaba por entónces para volver á ver aquella engañadora de su tia. Hízolo así el mozo, dando la vuelta á su casa, y contando lo sucedido á doña Isidora, entre ambos trataron el modo de mudarse. Vino el miserable á acostarse rostrituerto, y muerto de hambre; pasó la noche, y á la mañana le dijo doña Isidora que se fuese á la casa nueva para que recibiese la ropa, miéntras Ines traia un carro en que llevarla. Hízolo así, y apenas el buen necio salió, cuando la traidora doña Isidora, y su sobrino y criada tomaron cuanto habia, y lo metieron en un carro, y ellos con ello se partieron de Madrid la vuelta de Barcelona, dejando en casa las cosas que no podian llevar, como platos, ollas y otros trastos. Estuvo don Márcos hasta cerca de las doce esperando, y viendo la tardanza, dió la vuelta á su casa, y como no los halló, preguntó á una vecina si eran idos. Ella respondió que rato habia. Con lo que pensando ya estarian allá, tornó á toda prisa porque no aguardasen, llegó sudado y fatigado, y como no los halló, se quedó medio muerto, temiendo lo mismo que era, y sin parar tornó donde venia, y dando un puntapié á la puerta que habian dejado cerrada, y como la abrió y entró dentro, y viese que no habia mas de lo que nada valia, acabó de tener por cierta su desdicha; y empezó á voces y carreras por las salas, dándose de camino algunas calabazadas por las paredes, diciendo: Desdichado de mí; mi mal es cierto, en mal punto hice este desdichado casamiento, que tan caro me cuesta. ¿Adónde estás, engañosa sirena y robadora de mi bien y de todo cuanto yo, á costa de mí mismo, tengo grangeado para pasar la vida con algun descanso? Estas y otras cosas decia, á cuyos extremos entró alguna gente de la casa: y uno de los criados, sabiendo el caso, le dijo que tuviese por cierto el haberse ido, porque el carro en que iba la ropa y su mujer, sobrino y criada, era de camino, y no de mudanza, y que él preguntó que dónde se mudaba, y que le habian respondido que fuera de Madrid. Acabó de rematarse don Márcos con esto; mas como las esperanzas animan en mitad de las desdichas, salió con propósito de ir á los mesones á saber para qué parte habia ido el carro donde iba su corazon entre seis mil ducados que llevaban en él, lo cual hizo; mas su dueño no era cosario, sino labrador de aquí de Madrid, que en eso eran los que le habian alquilado mas astutos que era menester, y así no pudo hallar noticia de nada, pues querer seguirlo era negocio cansado, no sabiendo el camino que llevaban, ni hallándose con un cuarto, si no lo buscaba prestado, y mas hallándose cargado con la deu-

da del vestido y joyas de su mujer, que ni sabía cómo ni de donde pagarlo. Dió la vuelta, marchito y con mil pensamientos, á casa de su amo: y viniendo por la calle Mayor, encontró sin pensar con la cauta Marcela, y tan cara á cara, que aunque ella quiso encubrirse, fué imposible, porque habiéndola conocido don Márcos, asió de ella, descomponiendo su autoridad, diciendo: Ahora, ladrona, me dareis lo que me robásteis la noche que os salistes de mi casa. ¡Ay señor mio! dijo Marcela llorando, bien sabia yo que habia de caer sobre mí la desdicha desde el punto que mi señora me obligó á esto. Oigame por Dios ántes que me deshonre, que estoy en buena opinion, y concertada de casar, y seria grande mal que tal se dijese de mí, y mas estando como estoy inocente: entremos aquí en este portal, y óigame de espacio, y sabrá quién tiene su cadena y vestidos, que ya habia yo sabido cómo usted sospechaba su falta sobre mí, y lo mismo le previne á mi señora aquella noche, pero son dueños, y yo criada. ¡Ay de los que sirven, y con qué pension ganan un pedazo de pan! Era don Márcos, como he dicho, poco malicioso, y así dando crédito á sus lágrimas, se entró con ella en el portal de una casa grande, donde le contó quién era doña Isidora, su trato y costumbres, y el intento con que se habia casado con él, que era engañándole, como ya don Márcos lo experimentaba bien á su costa: díjole asimismo como don Agustin no era sobrino suyo, sino su galan: y que era un bellaco vagamundo, que por comer y holgar estaba como le veia amancebado con una mujer de tal trato y edad, y que ella habia escondido su vestido y cadena, para dársele junto con el suyo y las demas joyas; que le habia mandado que se fuese, y pusiese en parte donde él no la viese, dando fuerza á su enredo, con pensar que ella se lo habia llevado. Parecióle á Marcela ser don Márcos hombre poco pendencioso, y así se atrevió á decir tales cosas, sin temor de lo que podia suceder; ó ya lo hizo por salir de entre sus manos, y no miró en mas, ó por ser criada, que era lo mas cierto. En fin concluyó su plática la traidora con decirle que viviese con cuenta, porque le habian de llevar, cuando menos se pensase, su hacienda. Yo le he dicho á usted lo que me toca y mi conciencia me dicta; ahora, repetia Marcela, haga usted lo que fuere servido, que aquí estoy para cumplir todo lo que fuere su gusto. A buen tiempo, replicó don Márcos, cuando no hay remedio, porque la traidora y el ingrato mal nacido se han ido, llevándome cuanto tenia; y luego juntamente él contó todo lo que habia pasado con ellos desde el dia que se habia ido de su casa. ¡Es posible! dijo Marcela. ¡Ay tal maldad! ¡Ay señor de mi alma! y cómo no en balde le tenia yo lástima, mas no me atrevia á hablar, porque la noche que mi señora me envió de su casa quise avisar á usted viendo lo que pasaba, mas temí; que aun entónces, porque le dije que no escondiese la cadena, me trató de palabra y obra cual Dios sabe. Ya, Marcela, decia don Márcos, he visto lo que dices, y es lo peor que no lo puedo remediar, ni saber dónde ó cómo puedo hallar rastro de ellos. No le dé eso pena, señor mio, dijo la fingida Marcela, que yo conozco un hombre, y aun pienso, si Dios quiere, que ha de ser mi marido, que le dirá á usted dónde los hallará como si los viera con los ojos, porque sabe conjurar demo-

nios, y hacer otras admirables cosas. ¡Ay Marcela! y cómo te lo serviria yo, y agradeceria si hicieses eso por mí: duélete de mis desdichas, pues puedes. Es muy propio de los malos en viendo á uno de caida, ayudarle á que se despeñe mas presto, y de los buenos creer luego: así creyó don Márcos á Marcela; y ella se determinó á engañarle y estafarle lo que pudiese, y con este pensamiento le respondió que fuese luego, que no era muy léjos la casa. Yendo juntos encontró don Márcos otro criado de su casa, á quien pidió cuatro reales de á ocho para dar al astrólogo, no por señal, sino de paga; y con esto llegaron á casa de la misma Marcela, donde estaba con un hombre que dijo ser el sabio, y á la cuenta era su amante. Habló con él don Márcos, y concertáronse en ciento y cincuenta reales, y que volviese de allí á ocho dias, que él haria que un demonio le dijese dónde estaban, y los hallaria; mas que advirtiese que si no tenia ánimo, que no habria nada hecho, que mejor era no ponerse en tal, ó que viese en qué forma lo queria ver, si no se atrevia que fuese en la misma suya. Parecióle á don Márcos, con el deseo de saber de su hacienda, que era ver un demonio ver un plato de manjar blanco. Y así respondió que en la misma que tenia en el infierno, en esa se le enseñase, que aunque le veia llorar la pérdida de su hacienda como mujer, que en otras cosas era muy hombre. Con esto y darle los cuatro reales de á ocho se despidió de él y Marcela, y se recogió en casa de un amigo, si los miserables tienen alguno, á llorar su miseria. Dejémosle aquí, y vamos al encantador (que así le nombrarémos), que para cumplir lo prometido, y hacer una solemne burla al miserable, que ya por la relacion de Marcela conocia el sugeto, hizo lo que diré. Tomó un gato, y encerróle en un aposentillo, al modo de despensa, correspondiente á una sala pequeña, la cual no tenia mas ventana que una, del tamaño de un pliego de papel, alta cuanto un estado de hombre, en la cual puso una red de cordel que fuese fuerte; y entrábase donde tenia el gato, y castigábalo con un azote, teniendo cerrada una gatera que hizo en la puerta, y cuando le tenia bravo, destapaba la gatera, y salia el gato corriendo, y saltaba la ventana, donde cogido en la red, le volvia á su lugar. Hizo esto tantas veces, que ya sin castigarle, en abriéndole, iba derecho á la ventana. Hecho esto, avisó al miserable que aquella noche en dando las once le enseñaria lo que deseaba. Habia (venciendo su inclinacion) buscado nuestro engañado lo que faltaba para los ciento y cincuenta reales prestados, y con ellos vino á casa del encantador, al cual puso en las manos el dinero, para animarle á que fuese el conjuro mas fuerte; el cual despues de haberle apercibido el ánimo y valor, se sentó de industria en una silla debajo de la ventana, la cual tenia ya quitada la red. Era como se ha dicho despues de las once, y en la sala no habia mas luz que la que podia dar una lamparilla que estaba á un lado, y dentro de la despensilla, todo lleno de cohetes, y con el mozo avisado de darle á su tiempo fuego y soltarle á cierta seña que entre los dos estaba puesta. Marcela se salió fuera porque ella no tenia ánimo para ver visiones. Y luego el astuto mágico se vistió una ropa de bocací negro, y una montera de lo mismo, y tomando un libro de unas letras góticas en la mano, algo viejo el pergamino, para

dar mas crédito á su burla, hizo un cerco en el suelo, y se metió dentro con una varilla en las manos, y empezó á leer entre dientes, murmurando en tono melancólico y grave, y de cuando en cuando pronunciaba algunos nombres extravagantes y exquisitos, que jamas habian llegado á los oidos de don Márcos, el cual tenia abiertos (como dicen) los ojos de un palmo, mirando á todas partes si sentia ruido para ver el demonio que le habia de decir todo lo que deseaba. El encantador heria luego con la vara en el suelo, y en un brasero que estaba junto á él con lumbre echaba sal, azufre y pimienta, y alzando la voz decia: Sal aquí, demonio Calquimorro, pues eres tú el que tienes cuidado de seguir á los caminantes, y les sabes sus designios y guaridas, y di aquí en presencia del señor don Márcos y mia, qué camino lleva esta gente, y dónde y qué modo se tendrá de hallarlos; sal presto, ó guárdate de mi castigo; estás rebelde, y no quieres obedecerme, pues aguarda, que yo te apretaré hasta que lo hagas, y diciendo esto, volvia á leer en el libro: á cabo de rato tornaba á herir con el palo en el suelo, refrescando el conjuro dicho y zahumerio, de suerte que ya el pobre don Márcos estaba ahogándose. Y viendo ya ser hora de que saliese, dijo: O tú que tienes las llaves de las puertas infernales, manda al Cerbero que deje salir al Calquimorro, demonio de los caminos, para que nos diga dónde estan estos caminantes, ó sino te fatigaré cruelmente. A este tiempo, ya el mozo que estaba por guardian del gato habia dado fuego á los cohetes, y abierto el agujero, que como vió arder, salió dando ahullidos y truenos, brincos y saltos, y como estaba enseñado á saltar en la ventana, quiso escaparse por ella, y sin tener respeto á don Márcos, que estaba sentado en la silla, pasó por encima de su cabeza, abrasándole de camino las barbas y cabellos, y parte de la cara, y dió consigo en la calle, con cuyo suceso, pareciéndole que no habia visto un diablo, sino todos los del infierno, dando muy grandes gritos se dejó caer desmayado en el suelo sin tener lugar de oir una voz que se dió en aquel punto, que dijo: En Granada los hallarás. A los gritos de don Márcos y ahullidos del gato, viéndole dar bramidos y saltos por la calle, respecto de estarse abrasando, acudió gente, y entre ellos la justicia; y llamando, entraron, y hallaron á Marcela y su amante procurando á fuerza de agua volver en sí al desmayado, lo cual fué imposible hasta la mañana. Informóse del caso el alguacil, y no satisfaciéndose aunque le dijeron el enredo, echaron sobre la cama del encantador á don Márcos, que parecia muerto, y dejando con él y Marcela dos guardas, llevaron á la cárcel al embustero y su criado, que hallaron en la despensilla, dejándolos con un par de grillos á cada uno á título de hombre muerto en su casa. Dieron á la mañana noticia á los señores alcaldes de este caso, los cuales mandaron salir á visita los dos presos, y que fuesen á ver si el hombre habia vuelto en sí, ó si habia muerto. A este tiempo don Márcos habia vuelto en sí, y sabia de Marcela el estado de sus cosas, y se confirmaba el hombre mas cobarde del mundo. Llevóles el alguacil á la sala, y preguntado por los señores de este caso, dijo la verdad, conforme lo que sabia, trayendo al juicio el suceso de su casamiento, y como aquella moza le habia traido á aquella casa, donde le dijo que sa-

bria los que llevaban su hacienda, dónde los hallaria, y que él no sabia mas, sino que despues de largos conjuros que aquel hombre habia hecho leyendo en un libro que tenia, habia salido por un agujero un demonio tan feo y tan horrible, que no habia bastado su ánimo á escuchar lo que decia entre dientes, y los grandes ahullidos que iba dando; y que no solo esto, mas que habia embestido con él, y puéstole como veian; mas que él no sabia qué se hizo, porque se le cubrió el corazon, sin volver en sí hasta la mañana. Admirados estaban los alcaldes, hasta que el encantador los desencantó, contándoles el caso como se ha dicho, confirmando lo mismo el mozo y Marcela, y gato que trajeron de la calle, donde estaba abrasado y muerto; y trayendo tambien dos ó tres libros que en su casa tenia, dijeron á don Márcos conociese cuál de ellos era el de los conjuros. Él tomó el mismo, y le dió á los señores alcaldes, y abierto vieron que era el de Amadis de Gaula, que por lo viejo y letras antiguas habia pasado por libro de encantos: con lo que enterados del caso fué tanta la risa de todos, que en gran espacio no se sosegó la sala, estando don Márcos tan corrido, que quiso matar al encantador, y luego hacer lo mismo de sí; y mas cuando los alcaldes le dijeron que no se creyese de ligero ni se dejase engañar á cada paso. Y así los enviaron á todos con Dios, saliendo tal el miserable, que no parecia el que ántes era, sino un loco. Fuése á casa de su amo, donde halló un cartero que le buscaba con una carta, que abierta, vió que decia de esta manera:

« A don Márcos Miseria, salud. Hombre que por ahorrar no come, » hurtando á su cuerpo el sustento necesario, y por solo interes se casa, » sin mas informacion que si hay hacienda, bien merece el castigo que » usted tiene, y el que le espera andando el tiempo. Vuesa merced, se- » ñor, no comiendo sino como hasta aquí, ni tratando con mas ventaja » que siempre hizo á sus criados, y como ya sabe, la media libra de » vaca, un cuarto de pan, y otros dos de racion al que sirve y limpia la » estrecha vasija en que hace sus necesidades, vuelva á juntar otros seis » mil ducados, y luego me avise que vendré de mil amores á hacer con » usted vida maridable; que bien lo merece marido tan aprovechado.

» Doña Isidora Venganza. »

Fué tanta la pasion que don Márcos recibió, que le dió una calentura que en pocos dias le acabó los suyos miserablemente. A doña Isidora, estando en Barcelona aguardando galeras en qué embarcarse para Nápoles, una noche don Agustin y su Ines la dejaron durmiendo, y con los seis mil ducados de don Márcos, y todo lo demas que tenia, se embarcaron, y llegados que fueron á Nápoles, él asentó plaza de soldado, y la hermosa Ines puesta en paños mayores se hizo dama cortesana, sustentando con este oficio en galas y regalos á su don Agustin. Doña Isidora se volvió á Madrid, donde renunciando el moño y las galas, anda pidiendo limosna, la cual me contó mas por entero esta maravilla, y me deter-

miné á escribirla, para que vean los miserables el fin que tuvo este, y viéndolo, no hagan lo mismo, escarmentando en cabeza agena.

Con grandísimo gusto oyeron todos la maravilla que don Alvaro dijo, viendo castigado á don Márcos. Y viendo que don Alonso se prevenia para la suya, trocando su asiento con don Alvaro, hizo don Juan señas á los músicos, los cuales cantaron así:

Visitas de Anton á Menga,
Y en su cabaña tambien,
A fe si se ofende Gila,
Que tiene mucho por qué.
El anticipar sus quejas,
Señal sospechosa es,
Que quien con darlas previene,
Quiere que no se las den.
Para mostrarse ofendida
Sobrada la causa fué,
Que es basilisco un agravio,
Y no ha de llegarse á ver.
Agradóse, y sin amor,
Zagales, pero creed
Que conversacion y agrado
Son amigos de querer.
Descuidado del indicio,
No es poco, que ya se ve,
Que lo que es hablarse hoy,
Fué diligencia de ayer.
Mal fuego en su cortesía,
Que saben los hombres bien,
Para desmentir lo falso,
Valerse de lo cortés.
No hay temer, si no hay tropiezos,
Mas Menga le busca á él,
Los dos solos, ella hermosa,
Si es tropiezo no lo sé.
Necios llaman á los zelos,
Mal los conocen pardiez,
Que ántes el zeloso peca
De advertido y bachiller.
Esos ahullidos, Anton,
Solo con Gila han de ser,
Porque un crédito en balanzas
Muy léjos anda del fiel.
¡O cuán bien saben los hombres
Con disculpas ofender!
Mas pues amor los descubre,
Bien haya el amor. Amen.

No sé si temeroso don Juan de la indignacion de Lisis, quiso con este segundo romance disculparse de los agravios que le hacia en el primero; aunque á costa de los enojos de Lisarda, que enfadada de este cuanto gloriosa del otro, le mostró en un gracioso ceño con que miró á don Juan de lo que el falso amante se holgaba, porque á no ser así, tratara con mas secreto y cordura esta voluntad, y no tan á descubierto, que él mismo se preciaba de amante de Lisarda, y mal correspondiente de Lisis. Prestaron luego todos muy grande atencion y cuidado á don Alonso, que empezó su maravilla de esta suerte.

Ya suele suceder, auditorio ilustre, á los mas avisados, y que van mas en los estribos de una malicia, caer en lo mismo que temen, como lo vereis en mi maravilla, para que ninguno se confie de su entendimiento, ni se atreva á probar á las mujeres, sino que teman lo que les puede suceder, estimando y poniendo en su lugar á cada una, pues al fin una mujer discreta no es manjar de un necio, ni una necia empleo de un discreto: y para certificacion y prueba de esto mismo, digo de esta suerte.

NOVELA CUARTA.

EL PREVENIDO ENGAÑADO.

Tuvo la ilustre ciudad de Granada (milagroso asombro de las grandezas de la Andalucía) por hijo á don Fadrique, cuyo apellido y linage no será justo que se diga, por los nobles deudos que en ella tiene; solo se dice que su nobleza y riqueza corrian parejas con su talle, siendo en lo uno y lo otro el de mas nombre, no solo en su tierra, sino en otras muchas donde era conocido, no dándole otro que el del rico y galan don Fadrique. Murieron sus padres, quedando este caballero muy mozo, mas él se gobernaba con tanto acuerdo, que todos se admiraban de su entendimiento, porque no le parecia de tan pocos años como tenia; y como los mozos sin amor, dicen algunos que son jugadores sin dinero, ó danzantes sin son, empleó su voluntad en una gallarda y hermosa dama de su misma tierra, cuyo nombre era Serafina, y un serafin en belleza, aunque no tan rica como don Fadrique. Apasionóse tanto por ella cuanto ella desdeñosa le desfavorecia, por tener ocupado el deseo en otro caballero de la ciudad (lástima por cierto bien grande que llegase un hombre de las cualidades de don Fadrique á querer donde tenga otro tomada la posesion); no ignoraba don Fadrique el amor de Serafina, mas parecíale que con su riqueza venceria mayores inconvenientes, y mas siendo el galan que la dama amaba, ni de los mas ricos ni de los mas principales. Seguro estaba don Fadrique de que apenas pediria á Serafina á sus padres, cuando la tendria; mas Serafina no estaba de ese parecer, porque esto del casarse tras el papel, el desden hoy, y mañana el favor, tiene no sé qué sainete que enamora y embelesa el alma y hechiza el gusto. Y por esta misma causa procuró don Fadrique grangear primero la voluntad de Serafina que la de sus padres, y mas viendo competidor favorecido, si bien no creia de la virtud y honestidad de su dama, que se extendia á mas su amor que amar y desear.

Empezó con estas esperanzas á regalar á Serafina y á sus criadas, y ella á favorecerle mas que hasta allí, porque aunque queria á don Vicente (que así se llamaba su amado) no queria ser aborrecida de don Fadrique; y las criadas á fomentar sus esperanzas, por cuanto creia el amante que era cierto su pensamiento en cuanto á alcanzar mas que el otro galan; y

con este contento, una noche que las astutas criadas habian prometido tener á su ama en un balcon, cantó al son de un laud este soneto:

Que muera yo, tirana, por tus ojos,
Y que gusten tus ojos de matarme,
Que quiera con tus ojos consolarme,
Y que me den tus ojos mil enojos.
Que rinda yo á tus ojos por despojos
Mis ojos, y ellos en lugar de amarme,
Pudiendo en mis enojos alegrarme,
Las flores me conviertan en abrojos.
Que me maten tus ojos con desdenes,
Con rigores, con zelos, con tibiezas,
Cuando mis ojos por tus ojos mueren.
¡Ay dulce ingrata, que en los ojos tienes
Tan grande ingratitud como belleza
Contra unos ojos que á tus ojos quieren!

Agradecieron y engrandecieron á don Fadrique las que escuchaban la música la gracia y destreza con que habia cantado, mas no se diga que Serafina estaba á la ventana, porque desde aquella noche se negó de suerte á los ojos de don Fadrique, que por diligencias que hizo no la pudo ver en muchos dias, ni por papeles que la escribió pudo alcanzar respuesta, y la que le daban las criadas á sus importunas quejas era que Serafina habia dado en una melancolía tan profunda, que no tenia una hora de salud. Sospechoso don Fadrique que seria el mal de Serafina el verse defraudada de las esperanzas que quizá tenia de verse casada con don Vicente, porque no le veia pasear la calle como solia, creyó que por su causa se habia retirado. Y pareciéndole que estaba obligado á restaurarle á su dama el gusto que le habia quitado, fiado en que con su talle y riqueza le grangearia la perdida alegría, la pidió á sus padres por mujer. Ellos que (como dicen) viéron el cielo abierto, no solo le dieron un sí acompañado de infinitos agradecimientos, mas se ofrecieron á ser esclavos suyos. Y tratando con su hija este negocio, ella que era discreta, dió á entender que se holgaba mucho, y que estaba presta para darles gusto si su salud le ayudase; que les pedia entretuviesen á don Fadrique algunos dias hasta que mejorase, que luego se haria cuanto mandaban en aquel caso. Tuvieron los padres de la dama esta respuesta por bastante, y á don Fadrique no le pareció mala; y así pidió á sus suegros que regalasen mucho á su esposa para que cobrase mas presto salud, ayudando él por su parte con muchos regalos, paseando su calle aun con mas puntualidad que ántes, tanto por el amor que la tenia, cuanto por los recelos con que le hacia vivir don Vicente. Serafina tal vez se ponia á la ventana, dando con su hermosura aliento á las esperanzas de su amante, aunque su color y tristeza daban claros indicios de su mal, y por esto estaba lo mas del tiempo en la cama; y las veces que la visitaba su esposo, que con este título lo hacia algunas, le recibia en ella, y en presencia de su madre, por quitarle los atrevimientos que este nombre le podia dar. Pasá-

ronse algunos meses, al cabo de los cuales don Fadrique desesperado de tanta enfermedad, y resuelto á casarse, estuviese con salud ó sin ella, una noche, que como otras muchas estaba á una esquina velando sus zelos, y adorando las paredes de su enferma señora, vió á mas de las dos de la noche abrir la puerta de su casa, y salir una mujer, que en el aire y hechura del cuerpo le pareció ser Serafina. Admiróse, y casi muerto de zelos, se fué acercando mas, donde claro conoció ser la misma, y sospechando que iba á buscar la causa de su temor, la siguió, y vió entrar en una como corraliza, en que se solia guardar madera, y por estar sin puertas, solo servia de esconder y guardar á los que por algunas travesuras amorosas entraban dentro. Aquí pues entró Serafina; y don Fadrique, ya cierto de que dentro estaria don Vicente, irritado á una colérica accion, como á quien le parecia que le tocaba aquella venganza, dió la vuelta por la otra parte, y entrando dentro, vió como la dama se habia bajado á una parte, en que estaba un aposentillo derribado, y que tragándose unos gemidos sordos, parió una criatura, y los gritos desengañaron al amante de lo mismo que estaba dudando. Pues como Serafina se vió libre de tal embarazo, recogiéndose un faldellin, se volvió á su casa, dejándose aquella inocencia á lo que sucediese. Mas el cielo, que á costa de la opinion de Serafina y de la pasion de don Fadrique, quiso que no muriese sin bautismo por lo menos, llegó donde estaba llorando en el suelo, y tomándola, la envolvió en su capa, haciéndose mil cruces de tal caso, coligiendo que el mal de Serafina era este, y que el padre era don Vicente, por cuyo hecho se habia retirado, y dando infinitas gracias á Dios que le habia sacado de su desdicha por tal modo, se fué con aquella prenda á casa de una comadre, y la dijo que pusiese aquella criatura como habia de estar, y le buscase una ama, que importaba mucho que viviese. Hízolo la comadre, y mirándola con grande atencion, vió que era una niña tan hermosa, que mas parecia ángel del cielo que criatura humana. Buscóse el ama, y don Fadrique luego el siguiente dia habló con una señora deuda suya para que en su propia casa se criase Gracia, que aqueste era el nombre que se le puso en el bautismo. Dejémosla criar, que á su tiempo se tratará de ella como de la persona mas importante de esta historia, y vamos á Serafina, que ya guarecida de su mal, dentro de quince dias, viéndose restaurada en su primera hermosura, dijo á sus padres que cuando gustasen se podia efectuar el casamiento con don Fadrique, el cual temoroso y escarmentado de tal suceso, se fué á la casa de su parienta, la que tenia en su poder á Gracia, y la dijo que á él le habia dado deseo de ver algunas tierras de España, y que en esto queria gastar algunos años, y que la queria dejar poder para que gobernase su hacienda, que hiciese y deshiciese en ella, y que solo la suplicaba tuviese grandísimo cuidado con doña Gracia, haciendo cuenta que era su hija, porque en ella habia un un grandísimo secreto, y que si Dios la guardaba hasta que tuviese tres años, que la pedia encarecidamente la pusiese en un convento, donde se criase, sin que llegase á conocer las cosas del mundo, porque llevaba cierto designio que andando el tiempo le sabria. Y hecho esto, haciendo llevar toda su ropa en ca-

sa de su tia, tomó grandísima cantidad de dineros y joyas, y escribiendo este soneto, se le envió á Serafina, y con solo un criado se puso á caballo, guiando su camino á la muy noble y riquísima ciudad de Sevilla. Recibió Serafina el papel, que decia:

Si cuando hacerme igual á tí podias,
Ingrata, con tibiezas me trataste;
Y á fuerza de desdenes procuraste
Mostrarme el poco amor que me tenias;
Si á vista de ojos, de glorias mias,
El premio con engaño me quitaste,
Y en todas ocasiones me mostraste
Montes de nieve en tus entrañas frias;
Ahora que no puedes, ¿porqué quieres
Buscar el fuego entre cenizas muertas?
Déjale estar, ten lástima á mis ojos.
Imposibles me ofreces, falsa eres,
No avives estas llamas que no aciertas,
Que á tu pesar ya he visto desengaños.

Este papel, si bien tan ciego, dió mucho que temer á Serafina, y mas que aunque hizo algunas diligencias por saber qué se habia hecho la criatura que dejó en la corraliza, no fue posible, y confirmando dos mil sospechas con la repentina partida de don Fadrique, y mas sus padres, que decian que en algo se fundaba, viendo que Serafina gustaba de ser monja, ayudaron su deseo, y así se entró en un monasterio, harto confusa y cuidadosa de lo que habia sucedido, y mas del desalumbramiento que tuvo en dejar allí aquella criatura, creyendo que se habria muerto, ó la habrian comido perros, cargando su conciencia con tal delito, motivo para que procurase con su vida y penitencia no solo alcanzar perdon de su pecado, sino el nombre de santa, y así era tenida por tal en Granada. Llegó don Fadrique á Sevilla, tan escarmentado en Serafina, que por ella ultrajaba á todas las demas mujeres, no haciendo excepcion de ninguna: cosa tan contraria á su entendimiento, pues para una mala hay ciento buenas. Mas en fin él decia que no habia de fiar de ellas, y mas de las discretas, porque de muy sabias y entendidas daban en traviesas y viciosas, y que con sus astucias engañaban á los hombres; pues una mujer no habia de saber mas de hacer su labor y rezar, gobernar su casa y criar su hijos, y lo demas eran bachillerías y sutilezas, que no servian sino de perderse mas presto. Con esta opinion, como digo, entró en Sevilla, y se fué á posar en casa de un deudo suyo, hombre principal y rico, con intento de estarse allí algunos meses, gozando de las grandezas que se cuentan de esta ciudad, y como muchos dias la pasease en compañía de aquel su deudo, vió en una de las mas principales calles de ella, á la puerta de una hermosísima casa, bajar de un coche una dama en hábito de viuda, la mas bella que habia visto en toda su vida: era, sobre hermosa, muy moza, y de gallardo talle, y tan rica y principal, segun dijo aquel su deudo, que era de lo mejor y mas ilustre de Sevilla; y aun-

que don Fadrique iba escarmentado del suceso de Serafina, no por eso rehusó el dejarse vencer de la belleza de doña Beatriz, que este es el nombre de la bellísima viuda. Pasó don Fadrique la calle, dejando en ella el alma, y como la prenda no era para perder, pidió á su camarada que diesen otra vuelta. A esta accion le dijo don Mateo (que así se llamaba): Pienso, amigo don Fadrique, no dejareis á Sevilla tan presto, pues sois demasiado tierno. A fe que lo ha puesto bueno la vista de esta dama. Yo siento de mí lo mismo, respondió don Fadrique, aun gustaria, si pensase ser suyo, los años que el cielo me diese de vida. Conforme fuera vuestra pretension, dijo don Mateo, porque la hacienda, nobleza y virtud de esta dama no admite si no es la del matrimonio, aunque fuera el pretendiente el mismo rey, porque ella tiene veinte y cuatro años; cuatro estuvo casada con un caballero igual, y dos ha que está viuda; y en este tiempo no ha merecido ninguno sus paseos doncella, ni su vista casada, ni su voluntad viuda, con haber muchos pretendientes de este bien. Mas si vuestro amor es de la calidad que me significais, y quereis que yo le proponga vuestras prendas, pues para ser su marido no os faltan las que ella puede desear, lo haré, y podrá ser que entre los llamados seais el escogido. Ella es deuda de mi mujer, á cuya causa la hago algunas visitas, y ya me prometo buen suceso, porque veisla allí se ha puesto en el balcon, que no es poca dicha haber favorecido vuestros deseos. ¡Ay, amigo! dijo don Fadrique, ¡y cómo me atreveré yo á pretender lo que á tantos caballeros de Sevilla ha negado, siendo forastero! Mas si he de morir á manos de mis deseos, sin que ella lo sepa, muera á manos de sus desengaños y desdenes; habladla, amigo, y demas de decir mi nobleza y hacienda, le podreis decir que muero por ella. Con esto dieron los dos vuelta á la calle, haciéndola al pasar una cortés reverencia; á la cual la bellísima doña Beatriz, que al bajar del coche vió con el cuidado que la miró don Fadrique, pareciéndole forastero, y viéndole en compañía de don Mateo, con cuidado luego que dejó el manto, ocupó la ventana, y viéndose ahora saludar con tanta cortesía, habiendo visto que miéntras hablaban la miraban, hizo otra no menos cumplida. Dieron con esto la vuelta á su casa muy contentos de haber visto á doña Beatriz tan humana, quedando de acuerdo que don Mateo la hablase otro dia en razon del casamiento; mas don Fadrique estaba tal, que quisiera que luego se tratara. Pasó la noche, y no tan presto como el enamorado caballero quisiera; dió prisa á su amigo para que fuese á saber las nuevas de su vida ó muerte; y así lo hizo. Habló en fin á doña Beatriz, proponiéndole todas las calidades del novio; á lo cual respondió la dama que le agradecia mucho la merced que le hacia, y á su amigo el desear honrarla con su persona; mas que ella habia propuesto el dia que enterró á su dueño no casarse hasta que pasasen tres años, por guardar mas el decoro que debia á su amor, que por esta causa despedia cuantos le trataban de esto; mas que si este caballero se atrevia á aguardar el año que le faltaba, que ella le daba su palabra de que no seria otro su marido; porque si habia de tratar verdad, le habia agradado su talle sin afectacion, y sobre todo las relevantes prendas que le habia propuesto, porque ella

deseaba que fuese así el que hubiese de ser su dueño. Con esta respuesta volvió don Mateo á su amigo, no poco contento, por parecerle que no habia negociado muy mal. Don Fadrique cada hora se enamoraba mas, y si bien le desconsolaba la imaginacion de haber de aguardar tanto tiempo, determinó estarse aquel año en Sevilla, pareciéndole buen premio la hermosa viuda, si llegaba á alcanzarla: y como iba tan bien abastecido de dineros, aderezó un cuarto en la casa de su deudo, recibió criados, y empezó á echar galas, para despertar el ánimo de su dama; á la cual visitaba tal vez en compañía de don Mateo, que menos que con él no se le hiciera tanto favor. Quiso regalarla, mas no le fué permitido, porque doña Beatriz no quiso recibir un alfiler: el mayor favor que le hacia, á ruegos de sus criadas (que no las tenia el granadino mal dispuestas, porque lo que su ama regateaba el recibir, ellas lo hicieron costumbre, y así no le desfavorecian en este particular su cuidado) era cuando ellas le decian que estaba en la calle, salir al balcon, dando luz al mundo con la belleza de sus ojos; y tal vez acompañarlas de noche, por oir cantar á don Fadrique, que lo hacia diestramente. Y una, entre muchas, que le dió música, cantó este romance, que él mismo habia hecho, porque doña Beatriz no habia salido aquel dia al balcon, enojada de que le habia visto en la iglesia hablar con una dama. En fin, él cantó así:

Alta torre de Babel,
Edificio de Nembrot,
Que pensó subir al cielo,
Y en un grande abismo dió.
Parecen mis esperanzas,
Que segun atendí yo,
Al cielo de mis deseos,
Llegará su pretension.
Mas como fué su cimiento
El rapacillo de Amor,
Sin méritos, para ser
Reverenciado por dios.
Mudó como niño al fin
Su traviesa condicion,
Siendo ciego para ver
De mi firmeza el valor.
¡Ay mal logrados deseos,
Caidos como Faeton,
Porque quisísteis subiros
Al alto carro del sol!
Esperanzas derribadas,
Marchitas como la flor,
Horas alegres, que ahora
Sereis horas de dolor.
¿Dónde pensabas subir,
Gallarda imaginacion,
Si tus alas son de cera,
Y este signo es de Leon?
Bien pensaste que te diera
Manos y brazos aficion;
Vano fué tu pensamiento,
Si en eso se confió.
En el balcon del oriente
Hoy ha salido mi sol,
Encubriendo con nublados
La luz de su perfeccion.
Caros vende amor sus gustos,
Y si los da es con pension,
Que son censos al quitar,
Que es la desdicha mayor.
Mueras quemado en mi fuego,
Ciego lince, niño dios,
Mas, perdona, Amor, mi ofensa,
Que humilde á tus piés estoy.

El favor que alcanzó don Fadrique esta noche fué oir á doña Beatriz, que dijo á sus criadas que ya era hora de recoger, dando á entender con esto que le habia oido, con lo que fué mas contento que si le hubieran hecho señor del mundo. En esta vida pasó nuestro amante mas de seis meses, sin que jamas pudiese alcanzar de doña Beatriz licencia para

verla á solas, cuyos honestos recatos le tenian tan enamorado, que no tenia punto de reposo. Y así una noche que se halló en la calle de su dama, viendo la puerta abierta, por mirar de mas cerca su hermosura, se atrevió con algun recato á entrar en su casa, y sucedióle tan bien, que sin ser visto de nadie llegó al cuarto de doña Beatriz, y desde la puerta de un corredor la vió sentada en su estrado con sus criadas, que estaban velando, y dando muestras de querer desnudarse para irse á la cama, le pidieron ellas (como si estuvieran coechadas de don Fadrique) que cantase un poco. A lo que doña Beatriz se escusó con decir que no estaba de humor, que estaba melancólica; mas una de las criadas, que era mas desenvuelta que las demas, se levantó y entró en una cuadra, de donde salió con una harpa, diciendo: A fe, señora, que si hay melancolía, este es el mejor alivio; cante usted un poco, y verá cómo se halla mas aliviada. Decir esto y ponerle la harpa en las manos fué todo uno; y ella por darlas gusto cantó así:

Cuando el alba muestra
Su alegre risa,
Cuando quita alegre
La negra cortina
Al balcon de oriente,
Porque salga el dia:
Cuando muestra hermosa
La madeja rica,
Derramando perlas
Sobre clavellinas;
Y en fin cuando el campo
Vierte alegría,
Llora ausente de Albano
Zelos Marfisa.
Cuando alegre apresta
La carroza rica,
A Febo que viene
De las playas indias:
Cuando entre cristales,
Claras fuentecillas
Murmuran de engaños,
Aljófar destilan:
Cuando al son del agua
Cantan las ninfas,
Llora ausente de Albano
Zelos Marfisa.
Cuando entre claveles
Con claras linfas,
Guarnicion de plata
En sus ojos pinta:
Cuando dan las aves,
Con sonoras liras,
Norabuena á Febo
De su hermosa vista:
Cuando en los serranos
Mil gustos se miran,
Llora ausente de Albano
Zelos Marfisa.
Fué aquesta zagala
Monstruo de la villa,
De los ojos muerte,
De la muerte vida.
Fiero basilisco,
Causa de desdichas,
Porque con sus desdenes
Veneno tenia:
Cuando á sus donaires,
Que eran sal decian,
Llora ausente de Albano
Zelos Marfisa.
Rindió sus desdenes
A la bizarría
De un serrano ingrato,
Que ausente la olvida:
Y cuando él alegre,
Nueva prenda estima,
Bellezas defiende,
Finezas publica:
Hermosuras rinde,
Y á glorias aspira,
Llora ausente de Albano
Zelos Marfisa.

Dejó con esto la harpa, diciendo que la viniesen á desnudar, dejando á don Fadrique (que le tenia embelesado el donaire, la voz y dulzura de

la música) como en tinieblas. No tuvo sospecha de la letra, porque como tal vez se hacen para agradar á un músico, pinta el poeta como quiere. Y viendo que doña Beatriz se habia entrado á acostar, se bajó al portal para irse á su casa, mas fué en vano, porque el cochero, que posaba allí en un aposentillo, habia cerrado la puerta de la calle, seguro de que no habia quien entrase ni saliese, y se habia acostado. Pesóle mucho á don Fadrique, mas viendo que no habia remedio se sentó en un poyo para aguardar la mañana, porque aunque fuera fácil llamar que le abriese, no quiso, por no poner en opinion ni en lenguas de criadas la honra de doña Beatriz, pareciéndole que miéntras el cochero abria siendo de dia, se podia esconder en una entrada de cueva. Dos horas habria que estaba allí, cuando sintiendo ruido en la puerta del cuarto de su dama, que desde donde estaba sentado se veia la escalera y corredor, puso los ojos donde sintió el rumor, y vió salir á doña Beatriz, nueva admiracion para quien creia que estaba durmiendo. Traia la dama sobre la camisa un faldellin de vuelta de tabi encarnado, cuya plata y guarnicion parecian estrellas, sin traer sobre sí otra cosa mas que un rebocillo del mismo tabi, aforrado en felpa azul, puesta tan al desgaire, que dejaba ver en la blancura de la camisa los bordados de hilo de pita: sus dorados cabellos cogidos en una redecilla de seda azul y plata, aunque por algunas partes descompuestos, para componer con ellos la belleza de su rostro; en su garganta dos hilos de gruesas perlas, conformes á las que llevaba en sus hermosas muñecas, cuya blancura se veia sin embarazo, por ser la manga de la camisa suelta, á modo de manga de fraile. De todo pudo el granadino dar muy bastantes señas; porque doña Beatriz traia en una de sus blanquísimas manos una bujía de cera encendida, en un candelero de plata, á la luz de la cual estuvo contemplando en tan angélica figura, juzgándose por dichoso si fuere él el sugeto que iba á buscar. En la otra mano traia una salva de plata, y en ella un vidrio de conserva, y una limetilla con vino, y sobre el brazo una tohalla blanquísima. ¡Válgame Dios! decia entre sí don Fadrique, mirándola desde que salió de su aposento, hasta que la vió bajar por la escalera, ¿quién será el venturoso á quién va á servir tan hermosa la maestresala? ¡ay si yo fuera, y cómo diera en cambio cuanto vale mi hacienda! Diciendo esto, como la vió que habiendo acabado de bajar, enderezaba sus pasos hácia donde estaba, se fué retirando hasta la caballeriza, y en ella por estar mas encubierto, se entró; mas viendo que doña Beatriz encaminaba sus pasos á la misma parte, se metió detras de uno de los caballos del coche. Entró en fin la dama en tan indecente lugar para tanta belleza, y sin mirar en don Fadrique, que estaba escondido, enderezó hácia un aposentillo que al fin de la caballeriza estaba. Creyó don Fadrique de tal suceso, que algun criado enfermo despertaba la caridad y piadosa condicion de doña Beatriz á tal accion; aunque mas competente era para alguna de las muchas criadas que tenia, que no para tal señora: mas atribuyéndolo todo á cristiandad, quiso ver el fin de todo; y saliendo de donde estaba caminó tras ella, hasta ponerse en parte que veia todo el aposento, por ser tan pequeño que apenas cabia una cama. Grande fué el valor de don Fadrique en tal caso, porque así como llegó cerca,

y descubrió todo lo que en el aposento se hacia, vió á su dama en una ocasion tan terrible para él, que no sé cómo tuvo paciencia para sufrirla. Es el caso que en una cama que estaba en esta parte que he dicho estaba echado un negro tan atezado, que parecia su rostro hecho de un bocací. Parecia en la edad de hasta veinte y ocho años, mas tan feo y abominable, que no sé si fué pasion, ó si era la verdad, le pareció que el demonio no podia serlo tanto. Parecia asimismo en su desflaquecido semblante que le faltaba poco para acabar la vida, con lo que parecia mas abominable. Sentóse doña Beatriz en entrando sobre lo cama, y poniendo sobre una mesilla la vela y lo demas que llevaba, le empezó á componér la ropa, pareciendo en la hermosura ella un ángel y él un fiero demonio. Puso tras esto una de sus hermosísimas manos sobre la frente, y con enternecida y lastimada voz le empezó á decir: ¿Cómo estás, Anton? ¿No me hablas, mi bien? Oye, abre los ojos, mira que está aquí Beatriz; toma, hijo mio, come un bocado de esta conserva, anímate por amor de mí, si no quieres que yo te acompañe en la muerte, como te he querido en la vida: ¿óyesme, amores? ¿No quieres responderme ni mirarme? Diciendo esto, derramando por sus ojos gruesas perlas, juntó su rostro con el del endemoniado negro, dejando á don Fadrique, que la miraba, mas muerto que él, sin saber qué hacerse ni qué decirse, unas veces determinándose á perderse, y otras considerando que lo mas acertado era apartarse de aquella pretension. Estando en esto abrió el negro los ojos, y mirando á su ama, con voz debilitada y flaca la dijo, apartándola con las manos el rostro que tenia junto con el suyo: ¿Qué me quieres, señora? Déjame ya por Dios; ¿qué es esto? ¿Que aun estando yo acabando la vida me persigues? ¿No basta que tu viciosa condicion me tiene como estoy, sino que quieres que cuando estoy ya en el fin de mi vida, acuda á cumplir tus viciosos apetitos? Cásate, señora, cásate, y déjame ya á mí, que ni te quiero ver, ni comer lo que me das. Y diciendo esto, se volvió del otro lado, sin querer responder á doña Beatriz, aunque mas tierna y amorosa le llamaba, ó fuese que se murió luego, ó no quisiese hacer caso de sus lágrimas y palabras. Doña Beatriz cansada ya, volvió á su cuarto, la mas llorosa y triste del mundo. Don Fadrique aguardó á que abriesen la puerta, y apenas la vió abierta, cuando salió huyendo de aquella casa, tan lleno de confusion y aborrecimiento cuanto primero de gusto y gloria. Acostóse en llegando á su casa, sin decir nada á su amigo, y saliendo á la tarde, dió una vuelta por la calle de la viuda por ver qué rumor habia, á tiempo que vió sacar á enterrar al negro. Volvióse á su casa, siempre guardando secreto; y en tres ó cuatro dias que volvió á pasear la calle, ya no por amor, sino por enterarse mas de lo que aun no creia, nunca vió á doña Beatriz: tan sentida la tenia la muerte de su negro amante. Al cabo de los cuales, estando sobre mesa hablando con su amigo, entró una criada de doña Beatriz, y en viéndole, con mucha cortesía le puso en las manos un papel que decia así:

« Donde hay voluntad, poco sirven los terceros; de la vuestra estoy sa-
» tisfecha, y de vuestras finezas pagada: y así no quiero aguardar lo que

» falta del año para daros la merecida posesion de mi persona y hacien-
» da, y así cuando quisiéredes se podrá efectuar nuestro casamiento, con
» las condiciones que fuéredes servido, porque mi amor y vuestro mere-
» cimiento no me dejan reparar en nada. Dios os guarde.

« Doña Beatriz. »

Tres ó cuatro veces leyó don Fadrique este papel, y aun no acababa de creer tal; y así no hacia mas que darle vueltas, y en su corazon admirarse de lo que le sucedia, que ya dos veces habia estado á pique de caer en tanta afrenta, y tantas le habia descubierto el cielo secretos tan importantes. Y como viese claro que la determinada resolucion de doña Beatriz nacia de haber faltado su negro amante, en un punto hizo la suya, y se resolvió á una determinacion honrada: y diciendo á la criada que se aguardase, salió á otra sala, y llamando á su amigo, dijo estas breves razones: Amigo, a mí me importa la vida y la honra salir dentro de una hora de Sevilla, y no me ha de acompañar mas que el criado que traje de Granada. Esa ropa que ahí queda venderéis despues de haberme partido, y pagaréis con el dinero que dieren por ella á los demas criados: el porqué no os puedo decir, porque hay opiniones de por medio; y ahora miéntras escribo un papel, buscadme dos mulas, y no querais saber mas. Y luego, escribiendo un papel á doña Beatriz, y dándole á la criada que le llevase á su ama, y habiéndole ya traido las mulas se puso de camino, y saliendo de Sevilla, tomó el de Madrid con su antiguo tema de abominar de las mujeres discretas, que fiadas en su saber, procuran engañar á los hombres. Dejémosle ir hasta su tiempo, y volvamos á doña Beatriz, que en recibiendo el papel, vió que decia así:

« La voluntad que yo he tenido á usted ha sido solo con deseo de poseer
» su belleza; porque he llevado la mira á su honra y opinion, como lo
» han dicho mis recatos. Yo, señora, soy algo escrupuloso, y haré cargo
» de conciencia en que usted, viuda anteayer, se case hoy; aguarde usted
» siquiera otro año á su negro malogrado, que á su tiempo se tratará de lo
» que usted dice, cuya vida guarde el cielo. »

Pensó doña Beatriz perder con este papel su juicio, mas viendo que don Fadrique era ido, dió el sí á un caballero que le habian propuesto, remediando con el marido la falta del muerto amante. Por sus jornadas contadas (como dicen) llegó don Fadrique á Madrid, y fuése á posar á los barrillos del Cármen, en casa de un tio suyo, que tenia allí casas propias. Era este caballero rico, y tenia para heredero de su hacienda un solo hijo, llamado don Juan, gallardo mozo, y de mas de su talle, discreto y muy afable. Teníale su padre desposado con una prima suya muy rica, aunque el matrimonio se dilataba hasta que la novia tuviese edad, porque la que en este tiempo alcanzaba era diez años. Con este caballero tomó don Fadrique tanta amistad, que pasaba el amor del parentesco, que en pocos dias se trataban como hermanos. Andaba don Juan muy melancólico, en

lo cual reparando don Fadrique, despues de haberle obligado con darle cuenta de su vida y sucesos, sin nombrar parte, por parecerle que no es verdadera amistad la que tenia reservado algun secreto á su amigo, le rogó le dijese de qué procedia aquella tristeza. Don Juan, que no deseaba otra cosa, por sentir menos su mal comunicándole, le respondió : Amigo don Fadrique, yo amo tiernamente una dama de esta corte, á la cual dejaron sus padres mucha hacienda con obligacion de que se casase con un primo suyo que está en Indias. No ha llegado nuestro honesto amor á mas que una conversa, reservando el premio de él para cuando venga su esposo, porque ahora ni su estado ni el mio dan lugar á mas amorosas travesuras; pues aunque no gozo de mi esposa, me sirve de cadena para no disponer de mí. Deciros su hermosura será querer cifrar la misma belleza á breve suma, pues su entendimiento es tal que en letras humanas no hay quien la aventaje : finalmente doña Ana (que este es su nombre) es el milagro de esta edad, porque ella y doña Violante su prima son las sibilas de España, entrambas bellas, discretas, músicas y poetas. En fin en las dos se halla lo que en razon de belleza y discrecion está repartido en todas las mujeres. Hanle dicho á doña Ana que yo galanteo una dama, cuyo nombre es Nise, porque el domingo pasado me vieron hablar con ella en San Ginés, donde acude. En fin muy zelosa me dijo ayer que me estuviese en mi casa, y no volviese á la suya. Porque sabe que me abraso de zelos cuando nombra á su esposo, me dijo enojada que en solo él adora, y que le espera con mucho gusto y cuidado. Escribíle sobre esto un papel, y en su respuesta me envió otro, que es este, porque en hacer versos es tan extremada como en lo demas. Esto dijo, sacando un papel, el cual tomándole don Fadrique, vió que era de versos, á que naturalmente era aficionado, y que decia así :

Tus sinrazones, Lisardo,
Son tantas, que ya me fuerza
Mi agravio á darte la culpa,
Y quedarme con la pena.
Mas no me quiero poner
Con tu ingratitud en cuentas,
Porque siempre los ingratos
Ceros por números dejan.
Preside apetito solo,
Lisardo, y es bien que tema,
Que cuentas de obligaciones,
A todas horas las niega.
Y así no quiero traerte
A la memoria mis penas;
Pues jamas diste recibo
De cosa que tanto pesa.
Vayan al aire suspiros,
Pues lo son, y no se metan
En contar, pues no los llaman,
Cuantos sus millares sean.
Las lágrimas á la mar,
Los cuidados á mis quejas,
Y mi aficion á tu hielo,
Para que quede sin fuerzas.
Decir, Lisardo, que ya,
Por entretener ausencias,
Esfuerzo mi voluntad,
Engáñante tus quimeras.
Si quisiera entretenerme,
Pastores tiene la aldea,
Que aunque les doy disfavores,
Mis pobres partes celebran,
En quien pudiera escoger
Alguno que me tuviera
Con amor entretenida,
Y con interes contenta.
Y tú, Lisardo, aunque alcanzas
Favores que otros desean,
Tan solo no los estimas,
Sino que ya los desprecias.
Lisardo, creyera yo
Que la mujer de mis prendas

Con solo un mirar suave,
Favor y premio te diera.
Mas como siempre quisiste
Ser ingrato á mis finezas,
Ni estimas mi voluntad,
Ni con la tuya me premias.
Que no sabes qué es amor,
Tengo por cosa muy cierta;
No has entrado en los principios,
Y ya los fines deseas.
Lo que da lugar mi estado
Te favorezco, no quieras
Que me alargue á mas, si el tuyo
Tiene á mi gusto la rienda.
Y temas que el mayoral,
Que ha de ser mi dueño, venga:
Si tu remedio aborreces,
Lisardo, ¿de qué te quejas?
Pides salud, y si aplico
El remedio, desesperas;
Eso es querer que te sangren,
Sin que te rompen la vena.
Lo cierto es que ya, Lisardo,
Te mata nueva nobleza,
Y haces mi amor achacoso,
Ya lo entiendo, no soy necia.
Maldiga, Lisardo, el cielo,
A quien con gracias agenas,
A lo que adora enamora,
Tal como á mí le suceda.
Canta el músico en la calle,
Hace versos el poeta,
Apasiónase la dama,
Y olvida al que la requiebra.
Ya conozco tus engaños,
Ya conozco tus cautelas,
Mas pues yo te alabé á Nise,
¿Qué mucho que tú la quieras?
Goces, ingrato Lisardo,
Mil años de su belleza,
Tantos favores te rinda,
Como á mí me matan penas.
Bebe sus dulces engaños,
Los mios amargos deja,
Que yo al tiempo de mi fe
Pienso colgar la cadena.
Desde allí estaré mirando,
Como el que mira al que juega,
Al naipe en que aventuras
Tu verdad y tu cautela.
No me quejo de este agravio,
Lisardo, porque mis quejas
No te volverán amante,
Y es darte venganza en ellas.
Tú estás muy bien empleado,
Porque sus tinadas hebras
Es ébano en que se engasta
Su hermosura y sus finezas.
Sus ojos, negros luceros,
En cuyas niñas traviesas
Hallará tu guerra paz,
Y bonanza tu tormenta.
Tú vestirás sus colores,
Con que saldrás, aunque negras,
Mas galan que con las mias,
Pues con gusto las desprecias.
Podrás tomar por devoto,
Para alivio de tus penas,
Al glorioso san Ginés,
Que es de tu Nise la iglesia.
Con esto pido al amor,
De tu inconstancia se duela.
Dios te guarde. De mi casa,
La que tu gusto desea.

No hay mucho que temer á este enemigo, dijo acabando de leer el papel don Fadrique, porque muestra estar mas rendida que furiosa. La muger escribe bien, y si como decis es tan hermosa, haceis mal en no conservar su amor hasta coger el premio de él. Este es, respondió don Juan, una tilde, una nada, conforme á lo que hay en belleza y discrecion, porque ha sido muchas veces llamada la sibila española. Por Dios, primo, replicó don Fadrique, que temo á las mujeres que son tan sabias mas que á la muerte, que quisiera hallar una que ignorara las cosas del mundo, al paso que esta las comprehende, y si la hallara, vive Dios que me habia de emplear en servirla y amarla. ¿Lo decis de veras? dijo don Juan, porque no sé qué hombre apetece una mujer necia, no solo para aficionarse, mas para comunicarla un cuarto de hora, pues dicen

los sabios que en el mundo son mas celebrados que el entendimiento es manjar del alma, pues miéntras los ojos se ceban en la blancura, en las bellas manos, en los lindos ojos, y en la gallardía del cuerpo, y finalmente en todo aquello digno de ser amado en la dama; no es razon que el alma no solo esté de balde, sino que no se mantenga de cosas tan pesadas y enfadosas como las necedades; pues siendo el alma tan pura criatura, no la hemos de dar manjares groseros. Ahora dejemos esta disputa, dijo don Fadrique, que en eso hay mucho que decir, que yo sé lo que en este caso me conviene; y respondamos á doña Ana, aunque mejor respuesta era ir á verla, pues no la hay mas tierna y de mas sentimiento que la misma persona, y mas que deseo ver si me hace sangre su prima, para entretenerme con ella el tiempo que he de estar en Madrid. Vamos allá, dijo don Juan, que si os he de confesar verdad, por Dios que lo deseo; mas advertid que doña Violante no es necia, y si es que por esta parte os desagradan las mujeres, no teneis que ir allá. Acomodaréme con el tiempo, respondió don Fadrique. Con esto, de conformidad se fueron á ver las hermosas primas; de las cuales fueron recibidos con mucho gusto, si bien doña Ana estaba como zelosa zahareña, aunque tuvo muy poco que hacer don Juan en quitarle el ceño. Vió don Fadrique á doña Violante, pareciéndole una de las mas hermosas damas que hasta entónces habia visto, aunque entrasen en ellas Serafina y doña Beatriz. Estábase retratando (curiosidad usada en la corte), y para esta ocasion estaba tan bien aderezada, que parece que de propósito para rendir á don Fadrique se habia vestido con tanta curiosidad y riqueza. Tenia puesta una saya entera negra, cuajada de lentejuelas y botones de oro, cintura y collar de diamantes, y un apretador de rubíes. A cuyo asunto, despues de muchas cortesías, tomando don Fadrique una guitarra, cantó este romance:

Zagala, cuya hermosura
Mata, enamora y alegra,
Siendo del cielo milagro,
Y gloria de nuestra aldea.
¿Qué pincel habrá tan sabio,
Supuesto que Apeles sea
El que le gobierna y rige,
Para imitar tu belleza?
¿Qué rayos, aunque el sol
Nos dé los de su madeja,
Que igualen á la hermosura
De esas tus castañas trenzas?
¿Qué luces á las que miro
En esas claras estrellas;
Vislumbres que á los diamantes
Eclipsan sus luces bellas?
¿Qué azucenas á tu frente,
Qué arcos de amor á tus cejas,
De viras á tus pestañas,
A tu vista qué saetas?
¿Qué rosas Alejandrinas
A tus mejillas, pues quedan
A su encarnado vencidas,
A su hermosura sujetas?
¿Qué rubíes con esos labios?
Sin duda, zagala, que eran
Con los fines de tu boca
Falsos los de tu cabeza.
Tus palabras son claveles,
Y tus blancos dientes perlas,
De las que llorando el alba,
Borda los campos con ellas.
Cristal tu hermosa garganta,
Columna en que se sustenta
Un cielo donde amor vive,
Si como dios se aposenta.
¿Qué nieve iguala á esas manos,
En cuyas nevadas sierras

Los atrevidos se pierden
Cuando pasarlos intentan?
De lo que encubre el vestido,
Zagala hermosa, quisiera
Decir muchas alabanzas,
Mas no se atreve mi lengua.
Que si cual otra Campaspe,
Mostrais tan divinas prendas;
¡Ay del Apeles que os mira,
Y sin esperanzas de ellas!
Decid, zagala, al Apeles,
Cuyos pinceles se emplean
En trasladar de este cielo
Vuestra hermosura á la tierra.
Que él y yo serémos cortos,
Pincel y plumas se quedan
Sin saber sacar la estampa,
Que al natural se parezca.
Pues el molde en que os formó
La sabia naturaleza,
Ya el mundo no lo posee,
Porque otra cual vos no tenga.
Diamantes, oro, cristal,
Luceros, rosas, azucenas,
Cielos, estrellas, rubíes,
Claveles, jazmines, perlas:
Todo en vuestra presencia
Pierde el valor,
Y sin belleza queda.
¿Qué pincel ni qué pluma
Harán de tal belleza
Breve suma?

Encarecieron doña Ana y su prima la voz y los versos de don Fadrique; y mas doña Violante, que como se sintió alabar, empezó á mirar al granadino, dejando desde esta tarde empezado el juego de la mesa de Cupido, y don Fadrique tan aficionado y perdido, que por entónces no siguió la opinion de aborrecer las discretas y temer las astutas, porque otro dia ántes de ir con don Juan á la casa de las bellas primas, envió á doña Ana este papel:

Por cuerda os tiene amor en su instrumento,
Bella y divina prima; y tanto estima
Vuestro suave son, que ya de prima
Os levanta á tercera, y muda intento.
Discreto fué de amor el pensamiento,
Y con vuestro valor tanto se anima,
Que siendo prima, quiere que se imprima
En vuestro ser tan soberano acento.
Bajar á prima suele una tercera,
Mas siendo prima el ser tercera es cosa
Divina, nueva, milagrosa y rara;
Y digo que si Orfeo mereciera
Hacer con vos su música divina,
A los que adormecia enamorara.
Mas, pluma mia, pára, que en esta prima bella,
Amor que lo posee canta de ella.
Lo que yo le suplico es que, siendo tercera,
Diga á su bella prima que me quiera.

La respuesta que doña Ana dió á don Fadrique fué decirle que en eso tenia ella muy poco que hacer, porque doña Violante estaba muy aficionada á su valor. Con esto quedó tan contento, que ya estaba olvidado de los sucesos de Serafina y Beatriz. Pasáronse muchos dias en esta volun-

tad, sin extenderse á mas los atrevimientos amorosos que á solo aquello que sin riesgo del honor se podia gozar, teniendo estos impedimentos tan enamorado á don Fadrique, que casi estaba determinado á casarse, aunque Violante jamas trató nada acerca de esto, porque verdaderamente aborrecia el casarse, temerosa de perder la libertad que entónces gozaba. Sucedió pues que un dia estándose vistiendo los dos primos para ir á ver las dos primas, fueron avisados por un recado de sus damas, como el esposo de doña Ana era venido tan de secreto, que no habian sido avisadas de su venida, y que esta accion las tenia tan espantadas, creyendo ellas que no sin causa venia así, sino que le habia obligado algun temeroso designio; que era fuerza hasta asegurarse vivir con recato; que le suplicaban, que armándose de paciencia, como ellas hacian, no solo no las visitasen, mas que excusasen el pasar por la calle hasta tener otro aviso. Nueva fué esta para ellos pesadísima, y que la recibieron con muestras de mucho sentimiento, y mas cuando supieron dentro de cuatro dias como se habia desposado doña Ana, poniendo el dueño tanta clausura y recato en la casa, que ni á la ventana era posible verlas, ni ellas enviaron á decirles mas palabra, ni aun á saber de su salud, dona Ana por la ocupacion de su esposo, y doña Violante por lo que se dirá á su tiempo. Aguardando nuevo aviso con impacientes ansias y penosos pensamientos pasaron don Juan y don Fadrique un mes, bien desesperados; y viendo que no habia memoria de su pena, se determinaron á todo riesgo á pasear la calle y procurar ver á sus damas ó alguna criada de su casa. Anduvieron en fin un dia y otro, en los cuales veian entrar al marido de doña Ana en su casa, y con él un hermano suyo estudiante, mozo, y muy galan: mas no fué posible verlas, ni aun una sombra que pareciese mujer; algunos criados sí: mas como no eran conocidos, no se atrevian á decirles nada. Con estas ansias madrugaban y trasnochaban, y un domingo muy de mañana fué su ventura tal, que vieron salir una criada de doña Violante, que iba á misa, á la cual don Juan llegó á hablar, y ella con mil temores, mirando á una parte y á otra, despues de haberles contado el recato con que vivian, y la zelosa condicion de su señor, tomando un papel que don Juan llevaba escrito para cuando hallase alguna ocasion, se fué con la mayor priesa del mundo: solo les dijo que anduviesen por allí otro dia, que ella procuraria la respuesta. Ella le llevó á su señora, y leido decia así:

« Mas siento el olvido que los zelos, porque ellos son mal sin remedio, » y él le pudiera tener si dura la voluntad: la mia pide misericordia, si » hay alguna centella del pasado fuego, úsese de ella en caso tan cruel. »

Leido el papel por las damas, dieron la respuesta á la misma criada, que como vió á los caballeros se le arrojó por la ventana, y abierto decia estas palabras:

« El dueño es zeloso y recien casado, tanto que aun no ha tenido lu-

» gar de arrepentirse ni descuidarse. Mas él ha de ir dentro de ocho
» dias á Valladolid á ver unos deudos suyos, entónces pagaré deudas y
» daré disculpas. »

Con este papel, á quien los dos primos dieron mil besos, haciéndole mil devotas recomendaciones, como si fuera oráculo, se entretuvieron algunos dias: mas viendo que ni se les avisaba de lo que él les prometia, ni habia mas novedad que hasta allí en casa de sus señoras, porque ni en la calle ni en la ventana era posible verlas, tan desesperados como ántes de haberle recibido, empezaron á rondar de dia y de noche. Pues un dia que acertó don Juan á entrar en la iglesia del Cármen á oir misa, vió entrar á su querida doña Ana (vista para él harto milagrosa), y como viese que se entró en una capilla á oir misa, la fué siguiendo los pasos, y á pesar de un escudero que la acompañaba, se arrodilló á su mismo lado, y despues de pasar entre los dos largas quejas y breves disculpas, conforme lo que da lugar la parte donde estaban, le respondió doña Ana que su marido, aunque decia que se habia de ir á Valladolid, no lo habia hecho, mas que ella no hallaba otro remedio para hablarle un rato despacio, si no era que aquella noche viniese, que le abriria la puerta, mas que habia de venir con él su primo don Fadrique, el cual se habia de acostar con su esposo, en su lugar, y que para esto hacia mucho al caso el estar enojado con él, tanto que habia muchos dias que no le hablaba: y que demas de que el sueño se apoderaba bastantemente de él, era tanto el enojo, que sabia muy cierto que no echaria de ver la burla: y que aunque su prima pudiera suplir la falta, era imposible, respecto de que estaba enferma, y que si no era de esta suerte, que no hallaba modo de satisfacer sus deseos. Quedó con esto don Juan mas confuso que jamas: por una parte veia lo que perdia, y por otra temia que don Fadrique no habia de querer venir en tal concierto. Fuése con esto á su casa, y despues de largas peticiones y encarecimientos le contó lo que doña Ana le habia dicho. A lo cual don Fadrique le respondió que si estaba loco, porque no podia creer que si tuviera juicio dijera tal disparate. Y en estas demandas y respuestas, suplicando el uno y excusándose el otro, pasaron algunas horas: mas viéndole don Fadrique tan rematado, que sacó la espada para matarle, bien contra su voluntad, concedió con él en ocupar el lugar de doña Ana, al lado de su esposo; y así se fueron juntos á su casa, y como llegasen á ella, la dama que estaba con cuidado, conociendo de su venida que don Fadrique habia aceptado el partido, les mandó abrir, y entrando en fin en una sala, ántes de llegar á la cuadra donde estaba la cama, mandó doña Ana desnudar á don Fadrique, y obedecia de mal talante: ya descalzo y en camisa, estando todo sin luz, se entró en la cuadra, y poniéndole junto á la cama, le dijo paso que se acostase, y en dejándole allí, muy alegre se fué con su amante á otra cuadra. Dejémosla, y vamos á don Fadrique, que así como se vió acostado al lado de un hombre, cuyo honor estaba ofendiendo él con suplir la falta de su esposa, y su primo gozándola, considerando lo que podia su-

ceder, estaba tan temeroso y desvelado, que diera cuanto le pidieran por no haberse puesto en tal estado; y mas cuando suspirando entre sueños el ofendido marido, dió vuelta hácia donde creyó que estaba su esposa, y echándole un brazo al cuello, dió muestras de querer llegarse á él; si bien como esta accion la hacia dormido, no prosiguió adelante: mas don Fadrique, que se vió en tanto peligro, tomó muy paso el brazo del dormido, y quitándole de sí, se retiró á la esquina de la cama, no culpando á otro que á sí de haberse puesto en tal ocasion por solo el vano antojo de dos amantes locos. Apenas se vió libre de esto, cuando el engañado marido, extendiendo los piés, los fué á juntar con los del temeroso compañero, siendo para él cada accion de estas la muerte. En fin el uno procurando llegarse, y apartarse el otro, se pasó la noche, hasta que ya la luz empezó á mostrarse por los resquicios de las puertas, poniéndole en cuidado el ver que en vano habia de ser lo padecido, si acababa de amanecer ántes que doña Ana viniese: pues considerando que no le iba en salir de allí menos que la vida, se levantó lo mas presto que pudo, y se fué atentando hasta dar con la puerta, que como llegase á intentar abrirla, encontró con doña Ana, que á este punto la abria, y como le vió, con voz alta le dijo: ¿Dónde vais tan aprisa, señor don Fadrique? ¡Ay, señora! respondió con voz baja, ¿cómo os habeis descuidado tanto, sabiendo mi peligro? Dejadme salir por Dios, que si despierta vuestro dueño, no lo librarémos bien. ¿Cómo salir? replicó la astuta dama, por Dios que ha de ver mi marido con quien ha dormido esta noche, para que vea en qué han parado sus zelos y sus cuidados. Y diciendo esto, sin poder don Fadrique estorbarlo, respecto de su turbacion, y ser la cuadra pequeña, se llegó á la cama, y abriendo una ventana, tiró las cortinas, diciendo: Mirad, señor marido, con quien habeis pasado la noche. Puso don Fadrique los ojos en el señor de la cama, y en lugar de ver el esposo de doña Ana, vió á su hermosísima doña Violante, porque el marido de doña Ana ya caminaba mas habia de seis dias. Parecia la hermosa dama al alba cuando sale alegrando los campos. Quedó con la burla de las hermosas primas tan corrido don Fadrique, que no hablaba palabra, ni la hallaba á propósito, viéndolas á ellas celebrar con risa el suceso, contando Violante el cuidado con que le habia hecho estar. Mas como el granadino se cobrase de su turbacion, dándoles lugar doña Ana, cogió el fruto que habia sembrado, gozando con su dama muy regalada vida, no solo estando ausente el marido de doña Ana, sino despues de venido, que por medio de una criada entraba á verse con ella, con harta envidia de don Juan, que como no podia gozar de doña Ana, le pesaba de las dichas de su primo. Pasados algunos meses que don Fadrique gozaba de su dama con las mayores muestras de amor que pensar se puede, tanto que se determinó á hacerla su esposa si viera en ella voluntad de casarse; mas tratando de mudar estado, lo atajaba con mil forzosas excusas. Al cabo de este tiempo, cuando con mas descuido estaba don Fadrique de tal suceso, empezó Violante á aflojar en su amor, tanto que excusaba lo mas que podia el verle: y él zeloso, dando la culpa á nuevo empleo, se hacia mas enfadoso y desesperado de verse caido de su dicha cuando mas en la

cumbre de ella estaba. Cohechó con regalos, y acarició con promesas una criada, y supo lo que diera algo por no saberlo, porque la traidora le dijo que se fingiese malo, y que ella daria á entender á su señora que estaba en la cama, porque descuidada de su venida no estuviese apercibida como otras noches, y que viniese aquella, que dejaria la puerta abierta. Podia hacerse eso con facilidad, respecto que Violante desde que se casó su prima posaba en un cuarto apartado, donde estaba sin intervenir con doña Ana ni con su marido, cuya condicion llevaba mal doña Violante, que ya enseñada á su libertad, no queria tener á quien guardar decoro, si bien tenia puerta por donde se correspondia con ellos, y comia muchas veces, obligando su agrado á desear el esposo de doña Ana su conversacion. Es el caso que el hermano del marido de doña Ana, como todo lo demas del tiempo asistia con él y su cuñada, se aficionó de doña Violante: ella obligada de la voluntad de don Fadrique, no habia dado lugar á su deseo; mas ya, ó cansada de él, ó satisfecha de las joyas y regalos de su nuevo amante, dió al través con las obligaciones del antiguo, cuyo nuevo entretenimiento fué causa para que le privase de todo punto de su gloria, no dando lugar á los deseos y afectos de don Fadrique: pues esta noche que le pareció que por su indisposicion estaba seguro, avisó á su amante, y él vino al punto á gozar de la ocasion. Pues como don Fadrique hallase la puerta abierta, y no le sufriese el corazon esperar, oyendo hablar, llegó á la de la sala, y entrando halló á la dama ya acostada, y al mozo que se estaba descalzando para hacer lo mismo. No pudo en este punto la cólera de don Fadrique ser tan cuerda, que no le obligase á entrar con determinacion de molerle á palos, por no ensuciar la espada en un mozuelo de tan pocos años; mas el amante que vió entrar aquel hombre tan determinado, y se vió desnudo y sin espada, se bajó al suelo, y tomando un zapato, le encubrió en la mano, como si fuese un pistolete, y diciéndole que si no se tenia afuera le mataria, cobró la puerta, y en poco espacio la calle, dejando á don Fadrique temeroso de su accion. Pues como Violante, ya resuelta á perder de todo punto la amistad de don Fadrique, le viese quedar como helado, mirando á la puerta por donde habia salido su competidor, empezó á reir muy de propósito la burla del zapato. De esto mas ofendido el granadino que de lo demas, no pudo la pasion dejar de darle atrevimiento, y llegándose á Violante la dió de bofetadas, que la bañó en sangre, y ella perdida de enojo le dijo que se fuese con Dios, que llamaria á su cuñado, y le haria que le costase caro. Él que no reparaba en amenazas, prosiguió en su determinada cólera, asiéndola de los cabellos, y trayéndola á mal traer, tanto que la obligó á dar gritos, á los cuales doña Ana y su esposo se levantaron, y vinieron á la puerta que pasaba á su posada. Don Fadrique, temeroso de ser descubierto, se salió de aquella casa, y llegando á la de don Juan, que era tambien la suya, le contó todo lo que habia pasado, y ordenó su partida para el reino de Sicilia, donde supo que iba el duque de Osuna á ser virey, y acomodándose con él para este pasage, se partió dentro de cuatro dias, dejando á don Juan muy triste y pesaroso de lo sucedido. Llegó don Fadrique á Napoles,

y aunque salió de España con ánimo de ir á Sicilia, la belleza de esta ciudad le hizo que se quedase en ella algun tiempo, donde le sucedieron varios y diversos casos, con los cuales confirmaba la opinion de todas las mujeres que daban en discretas, destruyendo con sus astucias la opinion de los hombres. En Nápoles tuvo una dama, que todas las veces que entraba su marido le hacia parecer una artesa arrimada á una pared. De Nápoles pasó á Roma, donde tuvo amistad con otra, que por su causa mató á su marido una noche, y le llevó á cuestas metido en un costal á echarle en el rio. En estas y otras cosas gastó muchos años, habiendo pasado diez y seis que salió de su tierra. Pues como se hallase cansado de caminar, falto de dineros, pues apenas tenia los bastantes para volver á España, lo puso por obra: y como desembarcase en Barcelona, despues de haber descansado algunos dias, y hecho cuenta con su bolsa, compró una mula para llegar á Granada, en que partió una mañana solo, por no haber ya posibilidad para criado. Poco mas habria caminado de cuatro leguas, cuando pasando por un hermoso lugar, de quien era señor un duque catalan, casado con una dama valenciana, el cual por ahorrar gastos estaba retirado en su tierra, al tiempo que don Fadrique pasó por este lugar, llevando propósito de sestear y comer en otro que estaba mas adelante, estaba la duquesa en un balcon, y como viese aquel caballero caminante pasar algo de prisa, y reparase en su airoso talle, llamó un criado, y le mandó que fuese tras él, y de su parte le llamase. Pues como á don Fadrique le diesen este recado, y siempre se preciase de cortés, y mas con las damas, subió á ver qué le mandaba la hermosa duquesa; ella le hizo sentar, y preguntó con mucho agrado de dónde era, y porqué caminaba tan aprisa; encareciendo el gusto que tendria en saberlo, porque desde que le habia visto se habia inclinado á amarle, y así estaba determinada que fuese su convidado, porque el duque estaba en caza. Don Fadrique, que no era nada corto, despues de agradecerle la merced que le hacia, le contó quién era, y lo que le habia sucedido en Granada, Sevilla, Madrid, Nápoles y Roma, con los demas sucesos de su vida, feneciendo la plática con decir que la falta de dinero y cansado de ver tierras, le volvia á la suya, con propósito de casarse, si hallase mujer á su gusto. ¿Cómo ha de ser, dija la duquesa, la que ha de ser de vuestro gusto? Señora, dijo don Fadrique, tengo mas que medianamente lo que he menester para pasar la vida, y así cuando la mujer que hubiera de ser mia no fuera muy rica, no me dará cuidado, como sea hermosa y bien nacida: lo que mas me agrada en las mujeres es la virtud, esa procuro, que los bienes de fortuna Dios los da y Dios los quita. Al fin, dijo la duquesa, si hallásedes mujer noble, hermosa, virtuosa y discreta, presto rindiérades el cuello al amable yugo del matrimonio. Yo os prometo, señora, dijo don Fadrique, que por lo que he visto, y á mí me ha sucedido, vengo tan escarmentado de las astucias de las mujeres discretas, que de mejor gana me dejaré vencer de una mujer necia, aunque sea fea, que no de las demas partes que decis. Si ha de ser discreta una mujer, no ha menester saber mas que amar á su marido, guardarle su honor, y criarle sus hijos, sin meterse en mas bachillerías. ¿Y cómo, dijo la du-

quesa, sabrá ser honrada la que no sabe en qué consiste el serlo? ¿No advertis que el necio peca, y no sabe en qué; y siendo discreta, sabrá guardarse de las ocasiones? Mala opinion es la vuestra, que á toda ley una mujer bien entendida es gusto para no olvidarse jamas, y alguna vez os acordaréis de mí. Mas dejando esto aparte, yo estoy tan aficionada á vuestro talle y entendimiento, que he de hacer por vos lo que jamas creí de mí, y diciendo esto se entró con él á su cámara, donde por mas recato quiso comer con su huésped, de lo cual estaba él tan admirado, que ninguno de los sucesos que habia tenido le espantaba tanto. Despues de haber comido y jugado un rato, convidándoles la soledad y el tiempo caloroso, pasaron con mucho gusto la siesta, tan enamorado don Fadrique de las gracias y hermosura de la duquesa, que ya se quedara de asiento en aquel lugar si fuera cosa que sin escándalo lo pudiera hacer. Ya empezaba la noche á tender su manto sobre las gentes, cuando llegó una criada, y le dijo como el duque era venido. No tuvo la duquesa otro remedio sino abrir un escaparate dorado que estaba en la misma cuadra, en que se conservaban las aguas de olor, y entrarle dentro, y cerrando despues con la llave, ella se recostó sobre la cama. Entró el duque, que era hombre de mas de cincuenta años, y como la vió en la cama, la preguntó la causa. A lo cual la hermosa dama respondió que no habia otra mas de haber querido pasar la calorosa siesta con mas silencio y reposo. Venia el duque con alientos de cenar, y diciéndoselo á la duquesa, pidieron que les trajesen la vianda allí donde estaban, y despues de haber cenado con mucho espacio y gusto, la astuta duquesa, deseosa de hacerle una burla á su concertado amante, le dijo al duque si se atrevia á decir cuántas cosas se hacian del hierro: y respondiendo que sí, finalmente, entre la porfía del sí y no, apostaron entre los dos cien escudos, y tomando el duque la pluma, empezó á escribir todas cuantas cosas se pueden hacer del hierro: y fué la ventura de la duquesa tan buena, para lograr su deseo, que jamas el duque se acordó de las llaves. La duquesa que vió este descuido, y que el duque, aunque ella le decia mirase si habia mas, se afirmaba no hacerse mas cosas, logró en esto su esperanza, y poniendo la mano sobre el papel, le dijo: Ahora, señor, miéntras se os acuerda si hay mas que decir, os he de contar un cuento el mas donoso que habreis oido en vuestra vida. Estando hoy en esa ventana, pasó un caballero forastero, el mas galan que mis ojos vieron, el cual iba tan de prisa, que me dió deseo de hablarle y saber la causa: llaméle, y venido, le pregunté quién era; díjome que era granadino, y que salió de su tierra por un suceso, que es este; y contóle cuanto don Fadrique la habia dicho, y lo que habia pasado en las tierras que habia estado, feneciendo la plática con decirme que se iba á casar á su tierra si hallase una mujer boba, porque venia escarmentado de las discretas. Yo despues de haberle persuadido á dejar tal propósito, y él dádome bastantes causas para disculpar su opinion, pardiez, señor, que comió conmigo, y durmió la siesta, y como me entraron á decir que veníades, le metí en ese cajon, en que se ponen las aguas destiladas. Alborotóse el duque, empezando á pedir aprisa las llaves. A lo que respondió la duquesa con mucha risa: Paso, señor, paso,

que esas son las que se os olvidaron decir que se hacen del hierro, que lo demas fuera ignorancia vuestra creer que habia de haber hombre que tales sucesos le hubiesen pasado, ni mujer que tal dijese á su marido. El cuento ha sido porque os acordeis, y así, pues habeis perdido, dadme luego el dinero, que en verdad que lo he de emplear en una gala, para que lo que os ha costado tanto susto, y á mí tal artificio, juzgueis como es razon. ¡Hay tal cosa! respondió el duque; demonio sois; miren por qué modo me ha advertido en mi olvido, yo me doy por vencido. Y volviendo al tesorero que estaba delante, le mandó que diese luego á la duquesa los cien escudos. Con esto se salió fuera á recibir algunos de sus vasallos que venian á verle, y saber cómo le habia ido en la caza. Entónces la duquesa, sacando á don Fadrique de su encerramiento, que estaba temblando la temeraria locura de la duquesa, le dió los cien escudos ganados, y otros ciento suyos, y una cadena con un retrato suyo, y abrazándole y pidiéndole la escribiese, le mandó sacar por una puerta falsa, que cuando don Fadrique se vió en la calle, no acababa de hacerse cruces de tal suceso. No quiso quedarse aquella noche en el lugar, sino pasar á otro, dos leguas mas adelante, donde habia determinado ir á comer si no le hubiera sucedido lo que se ha dicho. Iba por el camino admirando la astucia y temeridad de la duquesa, con la llaneza y buena condicion del duque, y decia entre sí: Bien digo yo que á las mujeres el saber las daña. Si esta no se fiara en su entendimiento, no se atreviera á agraviar á su marido, ni á decírselo: yo me libraré de esto si puedo, ó no casándome, ó buscando una mujer tan inocente que no sepa amar ni aborrecer. Con estos pensamientos entretuvo el camino hasta Madrid, donde vió á su primo don Juan ya heredero, por muerte de su padre, y casado con su prima, de quien supo como Violante se habia casado, y doña Ana ídose con su marido á las Indias. De Madrid partió á Granada, en la cual fué recibido como hijo, y no de los menos ilustres de ella. Fuése en casa de su tia, de la cual fué recibido con mil caricias; supo todo lo sucedido en su ausencia, la religion de Serafina, su penitente vida, tanto que todos la tenian por una santa, y la muerte de don Vicente de melancolía de verla religiosa, arrepentido del desamor que con ella tuvo, debiéndola la prenda mejor de su honor. Habia procurado sacarla del convento, y casarse con ella: y visto que Serafina se determinó á no hacerlo, en cinco dias, ayudado de un tabardillo, habia pagado con la vida su ingratitud. Y sabiendo que doña Gracia, la niña que dejó en guarda á su tia, estaba en un convento ántes que tuviera cuatro años, y que tenia entónces diez y seis, la fué á ver otro dia acompañando á su tia, donde en doña Gracia halló la imágen de un ángel, tanta era su hermosura, y al paso de ella su inocencia y simplicidad, tanto que parecia figura hermosa, mas sin alma. Y en fin en su plática y descuido conoció don Fadrique haber hallado el mismo sugeto que buscaba, aficionado en extremo de la hermosa Gracia, y mas por parecerse mucho á Serafina su madre. Dió parte de ello á su tia, la cual desengañada de que no era su hija, como habia pensado, aprobó la eleccion. Tomó la hermosa Gracia esta ventura como quien no sabia qué era gusto, bien, ni mal; porque naturalmente era boba é igno-

rante, lo cual era agravio de su mucha belleza, siendo esto lo mismo que deseaba su esposo. Dió órden don Fadrique en sus bodas, sacando galas y joyas á la novia, y acomodando para su vivienda la casa de sus padres, herencia de su mayorazgo, porque no queria que su esposa viviese en la de su tia, sino de por sí, porque no se cultivase su rudo ingenio. Recibió las criadas á propósito, buscando las mas ignorantes, siendo este el tema de su opinion, que el mucho saber hacia caer á las mujeres en mil cosas; y para mí, él no debia de ser muy cuerdo, pues tal sustentaba, aunque al principio de su historia dije diferente, porque no sé qué discreto puede apetecer á su contrario, mas á esto le puede disculpar el temor de su honra, que por sustentarla le obligaba á privarse de este gusto. Llegó el dia de la boda, salió Gracia del convento admirando los ojos su hermosura, y su simplicidad los sentidos. Solemnizóse la boda con muy grande banquete y fiesta, hallándose en ella todos los mayores señores de Granada, por merecerlo el dueño. Pasó el dia, y despidió don Fadrique la gente, no quedando sino su familia, y quedando solo con Gracia, ya aliviada de sus joyas, y como dicen, en paños menores, y solo con un jubon y un faldellin, y resuelto á hacer prueba de la ignorancia de su esposa, se entró con ella en la cuadra donde estaba la cama, y sentándose sobre ella, le pidió le oyese dos palabras, que fueron estas: Señora mia, ya sois mi mujer, de lo que doy mil gracias al cielo, para miéntras viviéremos; conviene que hagais lo que ahora os diré, y este estilo guardaréis siempre: lo uno porque no ofendais á Dios, y lo otro para que no me deis disgusto. A esto respondió Gracia con mucha humildad, que lo haria muy de voluntad. ¿Sabeis, replicó don Fadrique, la vida de los casados? Yo, señor, no la sé, dijo Gracia, decídmela vos, que yo la aprenderé como el Ave María. Muy contento don Fadrique de su simplicidad, sacó luego unas armas doradas, y poniéndoselas sobre el jubon, como era peto y espaldar, gola y brazaletes, sin olvidarse de las manoplas, le dió una lanza, y le dijo que la vida de los casados era, que miéntras él dormia, le habia ella de velar paseándose por aquella sala. Quedó vestida de esta suerte tan hermosa y dispuesta, que daba gusto verla, porque lo que no habia aprovechado en el entendimiento, lo hacia en el gallardo cuerpo, que parecia con el morrion sobre los ricos cabellos, y con espada ceñida, una imágen de la diosa Palas. Armada como digo la hermosa dama, le mandó velar miéntras dormia, que lo hizo don Fadrique con mucho respeto, acostándose con mucho gusto, y durmió hasta las cinco de la mañana. Y á esta hora se levantó, y despues de estar vestido, tomó á doña Gracia en sus brazos, y con muchas ternezas la desnudó y acostó, diciéndola que durmiese y descansase; y dando órden á las criadas no la despertasen hasta las once, se fué á misa, y luego á sus negocios, que no le faltaban, respecto de que habia comprado un oficio de veinticuatro. En esta vida pasó mas de ocho dias, sin dar á entender á Gracia otra cosa, y ella como inocente entendia que todas las casadas hacian lo mismo. Acertó á este tiempo suceder en el lugar algunas contiendas, para lo cual ordenó el consejo que don Fadrique se partiese por la posta á hablar al rey, no guardándole las leyes de recien casado la necesidad del negocio,

por saber que como habia estado en la corte, tenia en ella muchos amigos. Finalmente no le dió lugar este suceso para mas que para llegar á su casa, vestirse de camino, y subiendo en la posta decirle á su mujer que mirase que la vida de los casados, la misma habia de ser en ausencia suya, que habia sido en presencia: ella lo prometió hacer así, con lo cual don Fadrique partió muy contento. Y como á la corte se va por poco, y se está mucho, le sucedió á él de la misma suerte, deteniéndose, no solo dias, sino meses, pues duró el negocio mas de seis. Prosiguiendo doña Gracia su engaño, vino á Granada un caballero cordobés á tratar un pleito á la chancillería, y andando por la ciudad los ratos que tenia desocupados, vió en un balcon de su casa á doña Gracia las mas tardes haciendo su labor, de cuya vista quedó tan pagado, que no hay mas que encarecer, sino que cautivo de su belleza la empezó á pasear. Y la dama, como ignorante de estas cosas, ni salia ni entraba en esta pretension, como quien no sabia las leyes de la voluntad y correspondencia: de cuyo descuido sentido el cordobés, andaba muy triste, las cuales acciones viendo una vecina de doña Gracia, conoció por ellas el amor que le tenia á la recien casada; y así un dia le llamó, y sabiendo ser su sospecha verdadera, le prometió solicitarla, que nunca faltan hoyos en que caiga la virtud. Fué la mujer á ver á doña Gracia, y despues de haber encarecido su hermosura con mil alabanzas, la dijo como aquel caballero que paseaba su calle la queria mucho y deseaba servirla. Yo lo agradezco en verdad, dijo la dama, mas ahora tengo muchos criados, y hasta que se vaya alguno no podré cumplir su deseo, aunque si quiere que yo se lo escriba á mi marido, él por darme gusto podrá ser que lo reciba. Que no, señora, dijo la astuta tercera, conociendo su ignorancia, que este caballero es muy noble, tiene mucha hacienda, y no quiere le recibais por criado, sino serviros con ella, si le quereis mandar que os envie alguna joya ó regalo. ¡Ay amiga! dijo entónces doña Gracia, tengo yo tantas, que muchas veces no sé dónde ponerlas. Pues si así es, dijo la tercera, que no quereis que os envie nada, dadle por lo menos licencia para que os visite, que lo desea mucho. Venga enhorabuena, dijo la boba señora, ¿quién se lo quita? Señora, replicó ella, ¿no veis que los criados, si le ven venir de dia públicamente, lo tendrán á mal? Pues mirad, dijo doña Gracia, esta llave es de la puerta falsa del jardin, y aun de toda la casa, porque dicen que es maestra, y llevadla, y entre esta noche, y por una escalera de caracol que hay en él, subirá á la propia sala donde duermo. Acabó la mujer de conocer su ignorancia, y así no quiso mas batallar con ella, sino tomando su llave, se fué á ganar las albricias, que fueron una rica cadena; y aquella noche don Alvaro, que este era su nombre, entró por el jardin como le habian dicho, y subiendo por la escalera, así como fué á entrar en la cuadra vió á doña Gracia armada, como dicen, de punta en blanco, y con su lanza, que parecia una amazona: la luz estaba léjos, y no imaginando lo que podia ser, creyendo que era alguna traicion, volvió las espaldas y se fué. A la mañana dió cuenta á su tercera del suceso, y ella fué luego á ver á doña Gracia, que la recibió con preguntarla por aquel caballero, que debia de estar muy malo, pues no habia venido por

donde le dijo. ¡ Ay mi señora! dijo ella, y cómo que vino, mas dice que halló un hombre armado, que con una lanza se paseaba por la sala. ¡ Ay Dios! dijo doña Gracia, riéndose muy de voluntad, ¿ no vé que soy yo, que hago la vida de los casados? Este señor no debe de ser casado, pues pensó que era hombre; dígale que no tenga miedo, que como digo, soy yo. Tornó con esta respuesta á don Alvaro la tercera; el cual la siguiente noche fué á ver á su dama, y como la vió así la preguntó la causa. Ella respondió riéndose: ¿ Pues cómo tengo de andar sino de esta suerte para hacer la vida de los casados? ¿ Qué vida de casados, señora? respondió don Alvaro, mirad que estais engañada, que la vida de los casados no es esta. Pues, señor, esta es la que me enseñó mi marido; mas si vos sabeis otra mas fácil, me holgaré de saberla, que esta que hago es muy cansada. Oyendo el desenvuelto mozo esta simpleza, la desnudó él mismo, y acostándose con ella, gozó lo que el necio marido habia dilatado por hacer probanza de la inocencia de su mujer. Con esta vida pasaron todo el tiempo que estuvo don Fadrique en la corte, que como hubiese acabado los negocios, y escribiese que venia, y don Alvaro hubiese acabado el suyo, se volvió á Córdoba. Llegó don Fadrique á su casa, y fué recibido de su mujer con mucho gusto, porque no tenia sentimiento, como no tenia discrecion. Cenaron juntos, y como se acostase don Fadrique, por venir cansado, cuando pensó que doña Gracia se estaba armando para hacer el complimiento de la órden que la dejó, la vió salir desnuda, y que se entraba con él en la cama, y admirado de esta novedad, la dijo: ¿Pues cómo no haceis la vida de los casados? Andad, señor, dijo la dama, ¡ qué vida de casados, ni qué nada! harto mejor me iba á mí con el otro marido, que me acostaba con él, y me regalaba mas que vos. Pues cómo, replicó don Fadrique, ¿ habeis tenido otro marido? Sí, señor, dijo doña Gracia, despues que os fuisteis vino otro marido tan galan y tan lindo, y me dijo que él me enseñaria otra vida de casados mejor que la vuestra. Y finalmente le contó cuanto le habia pasado con el caballero cordobés, mas que no sabia qué se habia hecho, porque así como vió la carta de que él venia, no le habia visto. Preguntóle el desesperado y necio don Fadrique de dónde era, y cómo se llamaba. Mas á esto respondió doña Gracia que no lo sabia, porque ella no le llamaba sino otro marido. Y yiendo don Fadrique esto, y que pensando librarse habia buscado una ignorante, la cual no solo le habia agraviado, mas que tambien se lo decia, tuvo su opinion por mala, y se acordó de lo que le habia dicho la duquesa. Y todo el tiempo que despues vivió alababa las discretas que son virtuosas, porque no hay comparacion ni estimacion para ellas; y si no lo son, hacen sus cosas con recato y prudencia. Y viendo que ya no habia remedio, disimuló su desdicha, pues por su culpa sucedió: que si en las discretas son malas pruebas, ¿ qué pensaba sacar de las necias? Y procurando no dejar de la mano á su mujer porque no tornase á ofenderle, vivió algunos años. Cuando murió, por no quedarle hijos, mandó su hacienda á doña Gracía si fuese monja en el monasterio en que estaba Serafina, á la cual escribió un papel, en que le declaraba como era su hija. Y escribiendo á su primo don Juan á Madrid, le envió

escrita su historia de la manera que aquí va. En fin don Fadrique, sin poder excusarse por mas prevenido que estaba, y sin ser parte las tierras vistas y los sucesos pasados, vino á caer en lo mismo que temia, siendo una boba quien castigó su opinion. Entró doña Gracia monja con su madre, contentas de haberse conocido las dos; porque como era boba, fácil halló el consuelo, gastando la gruesa hacienda que le quedó en labrar un grandioso convento, donde vivió con mucho gusto, y yo le tengo de haber dado fin á esta maravilla.

A los últimos acentos estaba don Alonso de su entretenida y gustosa maravilla, y todos absortos y elevados en ella, cuando los despertó de este sabroso éxtasis el son de muchos y muy acordes instrumentos, que en una sala ántes de llegar á esta en que estaban se tocaron. Y volviendo á ver quién hacia tan dulce armonía vieron entrar hasta doce mancebos vestidos de vaqueros y monteras de raso morado, y guarnicion de plata, con hachas blancas encendidas en las manos, danzando diestramente, y despues de haber hecho un concertado paseo, se dividieron en dos órdenes, y uno de ellos, el mas airoso y galan, empezó á danzar solo con una hacha en la mano, y despues de dar la vuelta por la sala, se fué á la hermosa Lisarda, y con una cortés reverencia la sacó á danzar. Obedeció la dama, y despues de ponerla en su puesto, volvió el airoso mozo á la discreta Matilde, y tras de ella á Nise, y tomando por compañero á don Juan, como en la danza de la hacha se usa, la danzaron con grandísimo desenfado y donaire, y dejando la hacha á Lisarda, vueltas las otras dos damas á sus asientos, prosiguió la dama, sacando á don Miguel, don Lope y don Diego, el cual yendo por la sala, suplicó á Lisarda sacase á su prima: y ella, como á quien no le estaba mal esta voluntad, se llegó á la camilla donde Lisis estaba, y con una hermosa reverencia y muy corteses palabras la suplicó que se sirviese de honrar la fiesta, pues sus cuartanas eran tan corteses, que desde el primer dia que se empezó no la habian molestado. Obedeció Lisis, mas por dar gusto á don Diego que á su prima, y danzó tan divinamente, que á todos dió notable contento, y mas á don Diego, que miéntras duró la danza, y al volverla á su asiento, le dió á entender su voluntad, y ella á él cuán agradecida estaba, juntamente con licencia para tratar con su madre y deudos su casamiento. Finalmente, miéntras los criados de don Diego se aderezaban para el ridículo entremes, no quedó caballero ni dama en la sala que no danzase. Empezóse á representar, y como para dar lugar se mudasen algunos asientos, vinieron á sentarse don Diego y don Juan juntos. Y don Juan como agraviado le dijo á don Diego: Favorecido estás de Lisis, y si bien por haber sido pretensor suyo, me pesa por no verme molestado de sus quejas, lo doy por muy bien empleado: mas bueno fuera haberme dado parte de esto, pues soy mejor para amigo que para enemigo. Así es, replicó don Diego con enfado, que un poeta, si es enemigo, es terrible, porque no hay navaja como su pluma; y á Lisis deseo servir, y como ella es libre, yo con su beneplácito me contento. Lisarda es vuestro cuidado, debeis contentaros con ella, y no querer una para estimar, y otra para maltratar. Licencia tengo de Lisis para pedirla á su

madre para mi esposa, y si de esto os agraviais, aquí estoy para daros la satisfaccion que quisiéredes y como quisiéredes. Soy contento, replicó don Juan, ya no por Lisis, que pues ella quiere ser vuestra, yo no quiero sea mia; acabada es sobre esto la cuestion; sino porque sepais que si soy poeta con la pluma, soy caballero con la espada. Sea así, dijo don Diego, mas no es razon que perturbemos el gusto á estas damas, atajando la fiesta; tres dias faltan, dejemos que se acaben, y despues tratarémos de esto donde fuéredes servido. Soy contento, dijo don Juan: y con esto se volvieron á ver el entremés que andaba en los últimos fines. Bien oyó Lisis lo que habia pasado, y aunque quisiera remediarlo, lo sufrió, viendo que don Juan y don Diego dejaban su desafío para despues de la fiesta, y que habia lugar para impedir su intento.

NOCHE TERCERA.

Tenian tan picado el gusto todos aquellos señores y señoras de las dos sabrosas noches que habian pasado, que apenas llegó la tarde de la tercera, cuando ya empezaron á juntarse en casa de la hermosísima Lisis, la cual los recibió á todos con su acostumbrada cortesía, y haciendo señal á los músicos, cantaron este soneto, cuyo asunto fué el rey don Felipe IV:

Sol que en la cuarta esfera al sol le quita
Valor, grandeza, luz y resplandores;
Perla que tuvo ser en los amores
Del sol Felipe, y nácar Margarita;
Fenix que en nuestra España resucita
Para darle mas ser, glorias mayores;
Jardin de hermosas purpúreas flores,
Pues que tal flor de lis en ella habita;
Júpiter que gobierna el sacro coro,
Y en dulce ambrosía en luz le baña,
Siendo á sus ninfas músico sonoro;
Y si la vista á la verdad no engaña,
Tierno Cupido con arpones de oro,
Es Felipe sol nuestro rey de España.

De industria la hermosa Lisis quiso, como ya desengañada de don Juan, y agradecida á don Diego, mudar de estilo en sus versos, porque no causase el tratar de amor ni desamor mas disgusto en los dos competidores, los cuales se miraron á lo falso; si bien Lisarda tenia tomada la

palabra á don Juan, de que gustando á don Diego, serian amigos: pues viendo Nise que le tocaba á ella la quinta maravilla en esta tercera noche, ocupando el asiento que para este caso estaba prevenido, empezó así:

La fuerza del amor ninguno hay que la ignore, y mas si se apodera de nobles pechos: porque amor es como el sol, que hace los efectos conforme por do pasa. En mi maravilla se verá claro, la cual es de esta suerte.

NOVELA QUINTA.

LA FUERZA DEL AMOR.

En Nápoles, insigne y famosa ciudad de Italia por su riqueza, hermosura y agradable sitio, nobles ciudadanos y gallardos edificios, coronados de jardines y adornados de cristalinas fuentes, hermosas damas y gallardos caballeros, nació Laura, peregrino y nuevo milagro de naturaleza, tanto que entre las mas gallardas y hermosas fué tenida por celestial extremo; pues habiendo escogido los curiosos ojos de la ciudad entre todas ellas once, y de estas once tres, fué Laura de las once una, y de las tres una. Fué tercera en el nacer, pues gozó del mundo despues de haber nacido en él dos hermanos tan nobles y virtuosos, como ella hermosa. Murió su madre del parto de Laura, quedando su padre por gobierno y amparo de los tres gallardos hijos, que si bien sin madre, la discrecion del padre suplió medianamente esta falta. Era don Antonio (que este es el nombre de su padre) del linage y apellido de Carrafa, deudo de los duques de Nochera, y señor de Piedra Blanca. Criáronse don Alejandro, don Cárlos y Laura, con la grandeza y cuidado que su estado pedia, poniendo su noble padre en esto el cuidado que requeria su estado y riqueza; enseñando á los hijos en las buenas costumbres y ejercicios que dos caballeros y una tan hermosa dama merecian, viviendo la bella Laura con el recato y honestidad que á mujer tan rica y principal era justo, siendo los ojos de su padre y hermanos y alabanza de la ciudad. Quien mas se señalaba en querer á Laura era don Cárlos, el menor de los hermanos, que la amaba tan tierno, que se olvidaba de sí por quererla; y no era mucho, que las gracias de Laura obligaban, no solo á los que tan cercano deudo tenian con ella, mas á los que mas apartados estaban de su vista. No hacia falta su madre para su recogimiento, demas de ser su padre y hermanos vigilantes guardas de su hermosura; y quien mas cuidadosamente velaba á esta señora eran sus honestos pensamientos: si bien cuando llegó á la edad de discrecion no pudo negar su compañía á las principales señoras sus deudas, para que Laura pagase á la desdicha lo que debe la hermosura. Es costumbre en Nápoles ir las doncellas á los saraos y festines que en los palacios del virey y casas particulares se hacen: aunque en algunas tierras de Italia no lo aprueban por acertado, pues en las mas de ellas se les niega ir á misa, sin que basten á derogar esta ley que ha puesto en ellas la costumbre las penas que los ministros eclesiásticos y seglares les imponen. Salió en fin Laura á ver y ser vista, tan acompañada de hermosura como de honestidad;

aunque á acordarse de Diana, no se fiara de su recato. Fueron sus bellos ojos basiliscos de las almas, su gallardía monstruo de las vidas, y su riqueza y nobles prendas cebo de los deseos de mil gallardos y nobles mancebos de la ciudad, pretendiendo por medio de casamiento gozar de tanta hermosura.

Entre los que pretendian servir á Laura se aventajó don Diego de Piñatelo, de la noble casa de los duques de Monteleon, caballero rico y galan. Vió en fin á Laura, y rindióle el alma con tal fuerza, que casi no la acompañaba sino solo por no desamparar la vida (tal es la hermosura mirada en ocasion); túvola don Diego en un festin que se hacia en casa de un príncipe de los de aquella ciudad, no solo para verla, sino para amarla, y despues de amarla darla á entender su amor tan grande en aquel punto como si hubiera mil años que la amaba. Usase en Nápoles llevar á los festines un maestro de ceremonias, el cual saca á danzar á las damas, y las da al caballero que le parece. Valióse don Diego en esta ocasion del que en el festin asistia; ¿quién duda que seria á costa de dinero? pues apenas calentó con él las manos al maestro, cuando vió en las suyas las de la bella Laura el tiempo que duró el danzar una gallarda; mas no le sirvió de mas que de arderse con aquella nieve; pues apenas se atrevió á decir: Señora, yo os adoro, cuando la hermosa dama, fingiendo justo impedimento, le dejó y se volvió á su asiento, dando que sospechar á los que miraban, y que sentir á don Diego; el cual quedó tan triste como desesperado, pues en lo que quedaba del dia no mereció que Laura le favoreciese siquiera con los ojos. Llegó la noche, que don Diego pasó revolviendo mil pensamientos, ya animando con la esperanza, ya desesperando con el temor, miéntras la hermosa Laura, tan agena de sí cuanto propia de su cuidado, llevando en la vista la gallarda gentileza de don Diego, y en la memoria el yo os adoro que le habia oido, ya se determinaba á querer, y ya pidiéndose estrecha cuenta de su libertad y perdida opinion, como si en solo amar se hiciese yerro, arrepentida se reprendia á sí misma, pareciéndole que ponia en condicion, si amaba, la obligacion de su estado, y si aborrecia, se obligaba al mismo peligro. Con estos pensamientos y cuidados empezó á negarse á sí misma el gusto, y á la gente de su casa la conversacion, deseando ocasiones para ver la causa de su descuido; y dejando pasar los dias (al parecer de don Diego) con tanto descuido, que no se ocupaba en otra cosa sino en dar quejas contra el desden de la enamorada señora, la cual no le daba, aunque lo estaba, mas favores que los de su vista, y esto tan al descuido, y con tanto desden, que no tenia lugar ni aun para poderle decir su pena, porque aunque la suya la pudiera obligar á dejarse pretender, el cuidado con que la encubria era tan grande, que á sus mas queridas criadas guardaba el secreto de su amor. Sucedió que una noche de las muchas que á don Diego le amanecia á las puertas de Laura, viendo que no le daban lugar para decir su pasion, trajo á la calle un criado, que con un instrumento fuese tercero de ella, por ser su dulce y agradable voz de las buenas de la ciudad, procurando declarar en un romance su amor, y los zelos que le daba un caballero muy querido de los

hermanos de Laura, y que por este respeto entraba á menudo en su casa. En fin el músico, despues de haber templado, cantó el romance siguiente :

Si el dueño que elegiste,
Altivo pensamiento,
Reconoce obligado
Otro dichoso dueño;
¿Porqué te andas perdido,
Sus pisadas siguiendo,
Sus acciones notando,
Su vista pretendiendo?
¿De qué sirve que pidas
Ni su favor al cielo,
Ni al amor imposibles,
Ni al tiempo sus efectos?
¿Porqué á los zelos llamas,
Si sabes que los zelos,
En favor de lo amado
Imposibles han hecho?
Si á tu dueño deseas
Ver ausente, eres necio
Que por matar, matarte,
No es pensamiento cuerdo.
Si á la discordia pides
Que haga lance en su pecho,
Bien ves que á los disgustos
Los gustos vienen ciertos.
Si dices á los ojos
Digan su sentimiento,
Ya ves que alcanzan poco,
Aunque mas miren tiernos.
Si quien pudiera darte
En tus males remedio,
Que es amigo piadoso,
Siempre agradecimiento :
Tambien preso le miras
En ese ángel soberbio,
¿Cómo podia ayudarte
En tu amoroso intento?
Pues si de sus cuidados,
Que tuvieras por premio,
Si su dueño dijera :
De tí lástima tengo.
Mira tu dueño, y miras
Sin amor á tu dueño,
Y aun este desengaño,
¿No te muda el intento?
A Tántalo pareces,
Que el cristal lisonjero,
Casi en los labios mira;
Y nunca llega á ellos.
¡Ay Dios, si mereciera
Por tanto sentimiento
Algun fingido engaño,
Por tu muerte temo!
Fueran de purgatorio
Tus penas, pero veo
Que son sin esperanza
Las penas del infierno.
Mas si eleccion hiciste,
Morir es buen remedio,
Que volver las espaldas
Será cobarde de hecho.

Escuchando estaba Laura la música desde el principio de ella por una menuda celosía, y determinó á volver por su opinion, viendo que la perdia, en que don Diego por sospechas como en sus versos mostraba, se la quitaba; y así lo que el amor no pudo hacer, hizo este temor de perder su crédito, y aunque batallando su vergüenza con su amor, se resolvió á volver por sí, como lo hizo, pues abriendo la ventana, le dijo : Milagro fuera, señor don Diego, que siendo amante no fuérais zeloso, pues jamas se halló amor sin zelos, mas son los que teneis tan falsos, que me han obligado á lo que jamas pensé, porque siento mucho ver mi fama en lenguas de la poesía, y en las cuerdas de ese laud, y lo que peor es, en boca de ese músico, que siendo criado será fuerza ser enemigo : yo no os olvido por nadie, que si alguno en el mundo ha merecido mis cuidados, sois vos, y sereis el que me habeis de merecer, si por ellos aventurase la vida. Disculpe vuestro amor mi desenvoltura, y el verme ultrajar

mi atrevimiento, y tenedle desde hoy para llamaros mio, que yo me tengo por dichosa en ser vuestra. Y creedme que no dijera esto si la noche con su oscuro manto no me excusara la vergüenza y colores que tengo en decir estas verdades. Pidiendo licencia á su turbacion, el mas alegre de la tierra, quiso responder y agradecer á Laura el enamorado don Diego, cuando sintió abrir las puertas de la propia casa, y saltearle tan brevemente dos espadas, que á no estar prevenido y sacar tambien el criado la suya, pudiera ser que no le dieran lugar para llevar su deseos amorosos adelante. Laura, que vió el suceso y conoció á sus dos hermanos, temerosa de ser sentida, cerró la ventana, y se retiró á su aposento acostándose, mas por disimular que por desear de reposo. Fué el caso que como don Alejandro y don Cárlos oyesen la música, se levantaron á toda prisa, y salieron como he dicho, con las espadas desnudas en las manos; las cuales fueron, sino mas valientes que las de don Diego y su criado, á lo menos mas dichosas, pues siendo herido de la pendencia, hubo de retirarse, quejándose de su desdicha, aunque mejor fuera llamarla ventura, pues fué fuerza que supiesen sus padres la causa, y viendo lo que su hijo grangeaba con tan noble casamiento, sabiendo que era este su deseo, pusieron terceros que lo tratasen con el padre de Laura. Y cuando pensó la hermosa Laura que las enemistades serian causa de eternas discordias, se halló esposa de don Diego. ¿Quién viera este dichoso suceso y considerara el amor de don Diego, sus lágrimas, sus quejas, y los ardientes deseos de su corazon, que no tuviese á Laura por muy dichosa? Quién duda que dirán los que tienen en esperanzas sus pensamientos: ¡O quién fuera tan venturoso que mis cosas tuvieran tan dichoso fin como el de esta noble dama, y mas las mujeres que no miran en mas inconvenientes que su gusto! Y de la misma suerte, ¿quién verá á don Diego gozar en Laura un asombro de hermosura, un extremo de riqueza, un colmo de entendimiento, y un milagro de amor, que no diga que no crió otro mas dichoso el cielo? Pues por lo menos siendo las partes iguales, ¿no es fácil de creer que este amor habia de ser eterno? y lo fuera, si Laura no fuera como hermosa desdichada, y don Diego como hombre mudable; pues á él no le sirvió el amor contra el olvido, ni la nobleza contra el apetito, ni á ella la valió la riqueza contra la desgracia, la hermosura contra el remedio, la discrecion contra el desden, ni el amor contra la ingratitud, bienes que en esta edad cuestan mucho y se estiman en poco. Fué el caso que don Diego ántes que amase á Laura habia empleado sus cuidados en Nise, gallarda dama de Nápoles, sino de lo mejor de ella, por lo menos no era de lo peor, ni tan falta de bienes de naturaleza y fortuna, que no la diese muy levantados pensamientos, mas de lo que su calidad merecia; pues los tuvo de ser mujer de don Diego; y á este título le habia dado todos los favores que pudo, y él quiso; pues como los primeros dias y aun meses de casado se descuidase de Nise, que todo cansa á los hombres, procuró con las veras posibles saber la causa, y dióse en eso tal modo en saberla, que no faltó quien se lo dijo todo; demas que como la boda habia sido pública, y don Diego no pensaba ser su marido, no se recató de nada. Sintió Nise con grandísimo extremo ver

casado á don Diego, mas al fin era mujer, y con amor, que siempre olvida agravios, aunque sea á costa de opinion. Procuró gozar de don Diego, ya que no como marido, á lo menos como amante, pareciéndole no poder vivir sin él; y para conseguir su propósito solicitó con palabras y obligó con lágrimas á que don Diego volviese á su casa, que fué la perdicion de Laura; porque Nise supo con tantos regalos enamorarle de nuevo, que ya empezó Laura á ser enfadosa como propia, cansada como zelosa, y olvidada como aborrecida; porque don Diego amante, don Diego solícito, don Diego porfiado, y finalmente don Diego que decia á los principios ser el mas dichoso del mundo, no solo negó todo esto, mas se negó á sí mismo lo que se debia: pues los hombres que desprecian tan á las claras estan dando alas al agravio; y llegando un hombre á esto, cerca está de perder el honor. Empezó á ser ingrato, faltando á la cama y mesa; y no sintiendo los pesares que daba á su esposa, desdeñó sus favores, y la despreció diciendo libertades, pues es mas cordura negar lo que se hace, que decir lo que no se piensa. Pues como Laura veia tantas novedades en su esposo, empezó con lágrimas á mostrar sus pesares, y con palabras á sentir sus desprecios, y en dándose una mujer por sentida de los desconciertos de su marido, dése por perdida, pues como era fuerza decir su sentimiento, daba causa á don Diego para no solo tratar mal de palabras, mas á poner las manos en ella. Solo por cumplimiento iba á su casa la vez que iba; tanto la aborrecia y desestimaba, pues le era el verla mas penoso que la muerte. Quiso Laura saber la causa de estas cosas, y no faltó quien le dió larga cuenta de ellas. Lo que remedió Laura fué el sentirlas mas, viéndolas sin remedio, pues no le hay si el amor se trueca. Lo que ganó en darse por entendida de las libertades de don Diego, fué darle ocasion para perder mas la vergüenza, é irse mas desenfrenadamente tras sus deseos, que no tiene mas recato el vicioso, que hasta que es su vicio público. Vió Laura á Nise en una iglesia, y con lágrimas la pidió desistiese de su pretension, pues con ella no aventuraba mas que perder la honra, y ser causa de que ella pasase mala vida. Nise, rematada de todo punto, como mujer que ya no estimaba su fama, ni temia caer en mas bajeza que en la que estaba, respondió á Laura tan desabridamente, que con lo mismo que pensó la pobre dama remediar su mal y obligarla, con eso la dejó mas sin remedio, y mas resuelta á seguir su amor con mas publicidad. Perdió de todo punto el respeto á Dios y al mundo, y si hasta allí con recato enviaba á don Diego papeles, regalos y otras cosas, ya sin él ella y sus criados le buscaban, siendo estas libertades para Laura nuevos tormentos y firmísimas pasiones; pues ya veia en su desventura menos remedio que primero: con lo que pasaba sin esperanzas la mas desconsolada vida que decir se puede. Tenia zelos: ¡qué milagro! como si dijésemos rabiosa enfermedad. Notaban su padre y hermanos su tristeza y deslucimiento, y viendo la perdida hermosura de Laura, vinieron á rastrear lo que pasaba, y los malos pasos en que andaba don Diego, y tuvieron sobre el caso muchas rencillas y disgustos, hasta llegar á pesadumbres declaradas. De esta suerte andaba Laura algunos dias, siendo miéntras mas pa-

saban mayores las libertades de su marido, y menos su paciencia. Como no siempre se pueden llorar desdichas, quiso una noche que la tenian desvelada sus cuidados y la tardanza de don Diego, cantando divertirlas, y no dudando que estaria don Diego en los brazos de Nise, tomó una harpa, en que las señoras italianas son muy diestras, y unas veces llorando, y otras cantando, disimulando el nombre de don Diego con el de Albano, cantó así:

¿Porqué, tirano Albano,
Si á Nise reverencias,
Y á su hermosura ofreces
De tu amor las finezas:
Porque de sus ojos
Está tu alma presa,
Y á los tuyos su cara
Es imágen bella:
Porqué si en sus cabellos
La voluntad enredas,
Y ella á tí agradecida,
Con voluntad te premia:
Porqué si de su boca,
Caja de hermosas perlas,
Gustos de amor escuchas,
Con que tu gusto aumentas:
A mí que por quererte
Padezco inmensas penas,
Con deslealtad y engaños
Me pagas mis finezas?
Y ya que me fingiste
Amorosas ternezas,
Dejárasme vivir
En mi engaño siquiera.
¿No ves que no es razon
Acertada ni cuerda
Despertar á quien duerme,
Y mas cuando pena?
¡Ay de mí desdichada!
¿Qué remedio me queda,
Para que el alma mia
A este su cuerpo vuelva?
Dame el alma, tirano,
Mas ¡ay! no me la vuelvas,
Que mas vale que el cuerpo
Por esta causa muera.
Mal haya, amen, mil veces,
Cielo tirano, aquella
Que en prisiones de amor
Prender su alma deja.
Lloremos, ojos mios,
Tantas lágrimas tiernas,
Que del profundo mar
Se cubran las arenas.
Y al son de aquestos zelos
Instrumentos de quejas,
Cantarémos llorando
Lastimosas endechas.
Oid atentamente,
Nevadas y altas peñas,
Y vuestros ecos claros
Me sirvan de respuesta.
Escuchad, bellas aves,
Y con arpadas lenguas
Ayudaréis mis zelos
Con dulces cantinelas.
Mi Albano adora á Nise,
Y á mí penar me deja;
Estas sí son pasiones,
Y aquestas sí son penas.
Su hermosura divina
Amoroso celebra,
Y por cielos adora
Papeles de su letra.
¿Qué dirás, Ariadna,
Que lloras y lamentas
De tu amante desvíos,
Sinrazones y ausencias?
Y tú, afligido Fenicio,
Aunque tus carnes veas
Con tal rigor comidas
Por el águila fiera;
Y si, atado al Caucaso,
Padeces, no lo sientas,
Que mayor es mi daño,
Mas fuertes mis sospechas.
Desdichado Ixion,
No sientas de la rueda
El penoso ruido,
Porque mis penas sientas.
Tántalo, que á las aguas,
Sin que gustarlas puedas,
Llegas, y no alcanzas,
Pues huyen si te acercas:
Vuestras penas son pocas,
Aunque mas se encarezcan;

Pues no hay dolor que valga,
Sino que zelos sean.
Ingrato, plegue al cielo
Que con zelos te veas
Rabiando como rabio,
Y que cual yo padezcas.
Y esta enemiga mia
Tantos te dé, que seas
Un Midas de cuidados,
Como el de las riquezas.

¿A quién no enterneciera Laura con quejas tan dulces y bien sentidas, sino á don Diego, que se preciaba de ingrato? El cual entrando al tiempo que ella llegaba con sus endechas á este punto, y las oyese, y entendiese el motivo de ellas, desobligado con lo que pudiera obligarse, y enojado de lo que fuera justo agradecer y estimar, empezó á maltratar á Laura de palabras diciéndola tales y tan pesadas, que la obligó á que virtiendo cristalinas corrientes por su hermoso rostro le dijese: ¿Qué es esto, ingrato? ¿Cómo das tan largas alas á la libertad de tu mala vida, que sin temor del cielo ni respeto alguno te enfadas de lo que fuera justo alabar? Córrete de que el mundo entienda, y la ciudad murmure tus vicios tan sin rienda, que parece que estás despertando con ellos tu afrenta y mis deseos. Si te pesa de que me queje de tí, quítame la causa que tengo para hacerlo, ó acaba con mi cansada vida, ofendida de tus maldades. ¿Así tratas mi amor? ¿Así estimas mis cuidados? ¿Así agradeces mis sufrimientos? Haces bien, pues no tomo á la causa de estas cosas, y la hago entre mis manos pedazos. ¿Qué espera un marido que hace lo que tú, sino que su mujer, olvidando la obligacion de su honor, se le quite? No porque yo lo he de hacer aunque mas ocasiones me des, que el ser quien soy, y el grande amor que por mi dicha os tengo, no me darán lugar; mas temo que has de darlo á los viciosos como tú, para que pretendan lo que tú desprecias; y á los maldicientes y murmuradores, para que lo imaginen y digan: ¿pues quién verá una mujer como yo, y un hombre como tú, que no tengan tanto atrevimiento como tú descuido? Palabras eran estas para que don Diego, abriendo los ojos del alma y del cuerpo, viese la razon de Laura; pero como tenia tan llena el alma de Nise, como desierta de su obligacion, acercándose mas á ella y encendido en una tan infernal cólera, la empezó á arrastrar por los cabellos, y maltratarla de manos; tanto que las perlas de sus dientes presto tomaron forma de corales bañados en la sangre que empezó á sacar en las crueles manos; y no contento con esto, sacó la daga para salir con ella del yugo tan pesado como el suyo, á cuya accion las criadas que estaban procurando apartarle de su señora, alzaron las voces dando gritos, llamando á su padre y á sus hermanos, que desatinados y coléricos subieron al cuarto de Laura, y viendo el desatino de don Diego, y la dama bañada en sangre, creyendo don Cárlos que la habia herido, arremetió á don Diego, y quitándole la daga de la mano, se la iba á meter por el corazon, si el arriesgado mozo, viendo su manifiesto peligro, no se abrazara con don Cárlos, y Laura haciendo lo mismo le pidiera que se reportase diciendo: ¡Ay hermano! mira que en esa vida está la de tu triste hermana. Reportóse don Cárlos, y metiéndose su padre por medio apaciguó la pendencia, y volviéndose á sus aposentos, temiendo don Antonio que

si cada dia habia de haber aquellas ocasiones, seria perderse, se determinó no ver por sus ojos tratar mal á una hija tan querida; y así otro dia tomando su casa, hijos y hacienda, se fué á Piedrablanca, dejando á Laura en su desdichada vida tan triste y tierna de verlos ir, que la faltó poco para perderla. Causa porque oyendo decir que en aquella tierra habia mujeres que obligaban por fuerza de hechizos á que hubiese amor, viendo cada dia el de su marido en menoscabo, pensando remediarse por este camino, encargó que la trajesen una.

No fué muy perezoso el tercero á quien la hermosa y afligida Laura encargó que le trajese la embustera, y le trajo una, á quien la discreta y cuidadosa Laura, despues de obligada con dádivas (sed de semejantes mujeres) enterneció con lágrimas, y animó con promesas, contándole sus desdichas, y en tales razones la pidió lo que deseaba, diciéndola: Amiga, si tú haces que mi marido aborrezca á Nise, y vuelva á tenerme el amor que al principio de mi casamiento me tuvo, cuando él era mas leal y yo mas dichosa, tú verás en mi agradecimiento y liberal satisfaccion de la manera que estimo tal bien, pues pensaré que quedo corta con darte la mitad de toda mi hacienda. Y cuando esto no baste, mide tu gusto con mi necesidad, y señálate tú misma la paga de este beneficio, que si lo que yo poseo es poco, me venderé para satisfacerte. La mujer, asegurando á Laura de su saber, contando milagros en sucesos agenos, facilitó tanto su peticion, que ya Laura se tenia por segura: á la cual la mujer dijo que habia menester (para ciertas cosas que habia de aderezar para traer consigo en una bolsilla) barbas, cabellos y dientes de un ahorcado; las cuales reliquias con las demas cosas harian que don Diego mudase la condicion, de suerte que se espantaria: y que la paga no queria que fuese de mas valor, que conforme á lo que le sucediese. Y creed, señora, decia la falsa enredadora, que no bastan hermosuras ni riquezas á hacer dichosas, sin ayudarse de cosas semejantes á estas, que si supieses las mujeres que tienen paz con sus maridos por mi causa, desde luego te tendrias por dichosa, y asegurarias tus temores. Confusa estaba la hermosa Laura, viendo que le pedia una cosa tan difícil para ella, pues no sabia el modo cómo viniese á sus manos, y así dándole cien escudos en oro, le dijo que el dinero todo lo alcanzaba, que los diese á quien la trajese aquellas cosas. A lo cual replicó la taimada hechicera (que con esto queria entretener la cura, para sangrar la bolsa de la afligida dama y encubrir su enredo), que ella no tenia de quien fiarse; demas que estaba la virtud en que ella lo buscase y se lo diese, y con esto, dejando á Laura, en la tristeza y confusion que se puede pensar, se fué.

Discurriendo estaba Laura cómo podia buscar lo que la mujer pedia, y hallando por todas partes muchas dificultades, el remedio que halló fué hacer dos rios caudalosos sus hermosos ojos, no hallando de quien poderse fiar, porque le parecia que era afrenta que una mujer como ella anduviese en tan mecánicas cosas. Con estos pensamientos no hacia sino llorar; y hablando consigo misma decia, asidas sus blancas manos una con otra: Desdichada de tí, Laura, y como fueras mas venturosa, si como le costó tu nacimiento la vida á tu madre, fuera tambien la tuya sa-

crificio de la muerte. ¡ O amor enemigo de las gentes! Y qué de males han venido por tí al mundo, y mas á las mujeres, que como en todo somos las mas perdidosas y las mas fáciles de engañar, parece que solo contra ellas tienen el poder, ó por mejor decir el enojo. No sé para qué el cielo me crió hermosa, noble y rica, si todo habia de tener tan poco valor contra la desdicha, sin que tantos dotes de naturaleza y fortuna me quitasen la mala estrella en que nací. O ya que lo soy, ¿para qué me guarda la vida? Pues tenerla un desdichado, mas es agravio que ventura. ¿A quién contaré mis penas que me las remedie? ¿Quién oirá mis quejas que se enternezca? ¿Y quién verá mis lágrimas que me las enjugue? Nadie por cierto, pues mi padre y hermanos por no oirlas me han desamparado, y hasta el cielo, consuelo de los afligidos, se hace sordo por no dármele. ¡Ay don Diego! ¿y quién lo pensára? mas sí debiera pensar si mirara que eres hombre, cuyos engaños quitan el poder á los mismos demonios; y hacen ellos lo que los ministros de maldades dejan de hacer. ¿Dónde se hallará un hombre verdadero? ¿En cuál dura la voluntad un dia? Y mas si se ven queridos. Mal haya la mujer que en ellos cree, pues al cabo hallará el pago de su amor, como yo le hallo. ¿Quién es la necia que desea casarse, viendo tantos y tan lastimosos ejemplos? ¿Cómo es mi ánimo tan poco, mi valor tan afeminado, y mi cobardía tanta, que no quito la vida, no solo á la enemiga de mi sosiego, sino al ingrato que me trata con tanto rigor? ¡Mas ay que tengo amor! Y en lo uno temo perderle, y en lo otro enojarle: ¿porqué, vanos legisladores del mundo, atais nuestras manos para las venganzas, imposibilitando nuestras fuerzas con vuestras falsas opiniones, pues nos negais letras y armas? ¿Nuestra alma no es la misma que la de los hombres? Pues si ella es la que da valor al cuerpo ¿quién obliga á los nuestros á tanta cobardía? Yo aseguro que si entendiérais que tambien habia en nosotras valor y fortaleza, no os burlaríais como os burlais; y así por tenernos sujetas desde que nacemos, vais enflaqueciendo nuestras fuerzas con los temores de la honra, y el entendimiento con el recato de la vergüenza; dándonos por espadas ruecas, y por libros almohadillas. ¡Mas triste de mí! ¿De qué sirven estos pensamientos, pues ya no sirven para remediar cosas tan sin remedio? Lo que ahora importa es pensar cómo daré á esta mujer lo que pide. Diciendo esto, se ponia á pensar qué haria, y luego volvia de nuevo á sus quejas. Quien oyera las que está dando Laura, dirá que la fuerza del amor está en su punto, mas aun faltaba otro extremo mayor, y fué que viendo cerrar la noche, y viendo ser la mas escura y tenebrosa que en todo aquel invierno habia hecho (respondiendo á su pretension su opinion), sin mirar á lo que se ponia y lo que aventuraba si don Diego venia y la hallaba fuera, diciendo á sus criadas que si venia le dijesen que estaba en casa de alguna de las muchas señoras que habia en Nápoles, poniéndose un manto de una de ellas, con una pequeña linternilla se puso en la calle, y fué á buscar lo que ella pensaba habia de ser su remedio.

Hay en Nápoles, como una milla apartada de la ciudad, camino de Nuestra Señora del Arca, imágen muy devota de aquel reino, y el mismo

por donde se va á Piedrablanca, como un tiro de piedra del camino real, á un lado de él, un humilladero de cincuenta piés de largo, y otros tantos de ancho : la puerta del cual está hácia el camino, y en frente de ella un altar con una imágen pintada en la misma pared. Tiene el humilladero estado y medio de alto, el suelo es una fosa de mas de cuatro en hondura, que coge toda la dicha capilla, y solo queda al rededor un poyo de media vara de ancho, por el cual se anda todo el humilladero. A estado de hombre, y menos, hay puestos por las paredes unos garfios de hierro, en los cuales cuelgan á los que ahorcan en la plaza; y como los tales se van deshaciendo, caen los huesos en aquel hoyo, que como está sagrado, les sirve de sepultura. Pues á esta parte tan espantosa guió sus pasos Laura, donde á la sazon habia seis hombres, que por salteadores habian ajusticiado pocos dias hacia : la cual llegando á él con ánimo increible (que se lo daba amor), tan olvidada del peligro, cuanto acordada de sus fortunas, pues podia temer, sino á la gente con quien iba á negociar, á lo menos caer dentro de aquella profundidad, donde si tal fuera jamas se supiera de ella.

Ya he contado como el padre y hermanos de Laura, por no verla maltratar, y ponerse en ocasion de perderse con su cuñado, se habian retirado á Piedrablanca, donde vivian (sino olvidados de ella, á lo menos desviados de verla). Estando don Cárlos acostado en su cama, al tiempo que llegó Laura al humilladero despertó con riguroso y cruel sobresalto, dando tales voces que parecia se le acababa la vida. Alborotóse la casa, vino su padre, acudieron sus criados; todos confusos y turbados y solemnizando su dolor con lágrimas, le preguntaban la causa de su mal, la cual estaba escondida aun al mismo que la sentia. El cual vuelto mas en sí, levantándose de la cama, y diciendo : En algun peligro está mi hermana, se comenzó á vestir á toda diligencia, dando órden á un criado para que luego al punto le ensillase un caballo, el cual apercibido, saltó en él, y sin querer aguardar que le acompañase algun criado, á todo correr de él partió la via de Nápoles con tanta prisa, que á la una se halló en frente del humilladero, donde paró el caballo de la misma suerte que si fuera de piedra. Procuraba don Cárlos pasar adelante, mas era porfiar en la misma porfía; porque atras ni adelante era posible volver, ántes como arrimándole la espuela queria que caminase, el caballo daba unos bufidos espantosos. Viendo don Cárlos tal cosa, y acordándose del humilladero, volvió á mirarle, y como vió luz que salia de la linterna que su hermana tenia, pensó que alguna hechicería le detenia, y deseando saberlo de cierto, probó si el caballo queria caminar hácia allá, y apenas hizo la accion, cuando el caballo sin apremio alguno hizo la voluntad de su dueño; y llegando á la puerta con su espada en la mano, dijo : Quien quiera que sea quien está ahí dentro, salga luego fuera, que si no lo hace, por vida del rey que no me he de ir de aquí hasta que con la luz del dia vea quién es, y qué hace en tal lugar. Laura, que en la voz conoció á su hermano, pensando que se iria, y mudando cuanto pudo la suya, le respondió : Yo soy una pobre mujer, que por cierto caso estoy en este lugar; y pues no os importa saber quien soy, por amor de Dios que os

vayais : y creed que si porfiais en aguardar, me arrojaré luego al punto en esa sepultura, aunque piense perder la vida y el alma. No disimuló Laura tanto la habla, que su hermano, que no la tenia tan olvidada como ella pensó, dando una gran voz, acompañada con un suspiro, dijo : ¡Ay hermana! grande mal hay, pues tú estás aquí; sal fuera, que no en vano me decia mi corazon este suceso. Pues viendo Laura que ya su hermano la habia conocido, con el mayor tiento que pudo, por no caer en la fosa, salió arrimándose á las paredes, y tal vez á los mismos ahorcados, y llegando donde su hermano lleno de mil pesares la aguardaba, no sin lágrimas se arrojó en sus brazos, y apartándose á un lado supo de Laura en breves razones la ocasion que habia tenido por venir allá, y ella de él la que le habia traido á tal tiempo; y el remedio que don Cárlos tomó fué ponerla sobre su caballo, y subiendo asimismo él, dar la vuela á Piedrablanca, teniendo por milagrosa su venida, y lo mismo sintió Laura, mirándose arrepentida de lo que habia hecho. Cerca de la mañana llegaron á Piedrablanca, donde sabido de su padre el suceso, haciendo poner un coche, metiéndose en él con sus hijos é hija, se vino á Nápoles, y derecho al palacio del virey, á cuyos piés arrodillado le dijo que para contar un caso portentoso que habia sucedido, le suplicaba mandase venir allí á don Diego Piñatelo, su yerno, porque importaba á su autoridad y sosiego. Su excelencia lo hizo así : y como llegase don Diego á la sala del virey, y hallase en ella á su suegro, cuñados y mujer, quedó absorto, y mas cuando Laura en su presencia contó al virey lo que en este caso queda escrito, acabando la plática con decir que ella estaba desengañada de lo que era el mundo y los hombres; y que así no queria mas batallar con ellos, porque cuando pensaba lo que habia hecho, y dónde se habia visto, no acababa de admirarse; y que supuesto esto, ella se queria entrar en un monasterio, sagrado poderoso para valerse de las miserias á que las mujeres estan sujetas. Oyendo don Diego esto, y negándole al alma el ser causa de tanto mal, en fin como hombre bien entendido, estimando en aquel punto á Laura mas que nunca, y temiendo que ejecutase su determinacion, no esperando él por sí alcanzar de ella cosa alguna, segun estaba agraviada, tomó por medio al virey, suplicándole pidiese á Laura que volviese con él, prometiendo la enmienda de allí adelante. Hízolo el virey, mas Laura, temerosa de lo pasado, no fué posible que lo aceptase, ántes mas firme en su propósito, dijo que era cansarse en vano, que ella queria hacer por Dios, que era amante mas agradecido, lo que por un ingrato habia hecho; con que este mismo dia se entró en la Concepcion, convento noble, rico y santo. Don Diego desesperado se fué á su casa, y tomando las joyas y dineros que halló, se partió sin despedirse de nadie de la ciudad, donde á pocos meses se supo que en la guerra que la magestad de Felipe III tenia con el duque de Saboya habia acabado la vida.

Con grande admiracion oyeron todos la discreta maravilla que la hermosa Nise habia referido, y habiéndose sosegado el aplauso, y cantando los músicos, comenzó la hermosa Lisis la maravilla que la tocaba en esta forma.

NOVELA SEXTA.

EL DESENGAÑADO AMADO, Y PREMIO DE LA VIRTUD.

En la imperial ciudad de Toledo, silla de reyes, y corona de sus reinos, como lo publica su hermosa fundacion, agradable sitio, nobles caballeros y hermosas damas, hubo no ha muchos años un caballero, cuyo nombre será don Fernando. Nació de padres nobles y medianamente ricos, y él por sí tan galan, alentado y valiente, que si no desluciera estas gracias de naturaleza con ser mucho mas inclinado á travesuras y vicios que á virtudes, pudiera ser adorno, alabanza y grandeza de su patria. Desde su tierna niñez procuraron sus padres criarle é instruirle con las costumbres que requieren los ilustres nacimientos para que lleven adelante la nobleza que heredaron de sus pasados; mas estos virtuosos estilos eran tan pesados para don Fernando, como quien en todo seguia su traviesa inclinacion, sin vencerse en nada, y mas que al mejor tiempo le faltó su padre; con que don Fernando tuvo lugar de dar mas rienda á sus vicios. Gastó en esto alguna parte de su patrimonio, falta que se veia mucho, como no era de los mas abundantes de su tierra. En medio de estos vicios y distraimiento de nuestro caballero, le sujetó amor á la hermosura, donaire y discrecion de una dama que vivia en Toledo medianamente rica, y sin comparacion hermosa, cuyo nombre será doña Juana. Sus padres, habiendo pasado de esta á mejor vida, la habian dejado encomendada á solo su valor, que en Toledo no tenian deudos, por ser forasteros. Era doña Juana de veinte años, edad peligrosa para la perdicion de una mujer, por estar entónces la bella vanidad y locura aconsejadas con la voluntad, causa porque no escuchando á la razon ni al entendimiento, se dejen cautivar de deseos livianos. Dejábase doña Juana servir y galantear de algunos caballeros mozos, pareciéndole tener por esta parte mas seguro su casamiento. De esta dama se aficionó don Fernando con grandes veras; solicitóle la voluntad con papeles, músicas y presentes, balas que asestan luego los hombres para rendir las flacas fuerzas de las mujeres. Miraba bien doña Juana á don Fernando, y no le pesaba verse querida de un caballero tan galan y tan noble, pareciéndole que si le pudiese obligar á ser su marido, seria felicísimamente venturosa, puesto que no ignoraba sus travesuras, y decia, como dicen algunas (dicen mal), que eran cosas de mozos; porque el que no tiene asiento á los principios poco queda que aguardar á los fines. Era don Fernando astuto, y conocia que no se habia de rendir doña Juana menos que casándose, y así daba muestras de desearlo, diciéndolo á quien le parecia que

se lo diria, en particular á las criadas, las veces que hallaba ocasion de hablarlas. La dama era asimismo cuerda, y para amartelarle mas se hacia de temer, obligándole con desdenes á enamorarse mas, pareciéndole que no hay tal cebo para la voluntad como las asperezas, las cuales sentia don Fernando sobre manera, ó porque si al principio empezó de burlas, ya la queria de veras, ó por haber puesto la mira en rendirla; y le debia de parecer que perdia de su punto si no vencia su desden, y mas conociendo de su talle ser poderoso para rendir cualquiera belleza. Una noche del verano con otros amigos le trajo amor, como otras, á su calle, les pidió que cantasen, y obedeciendo los músicos cantaron :

De dos premios que ha querido
Dar amor á un desdichado,
Mayor que ser olvidado
Es el ser aborrecido;
Que el que olvida, aquel olvido
En amor puede volver;
Mas quien llega á aborrecer,
Cuando se venga á acordar,
Será para maltratar,
Que no para bien querer.
El olvido es privacion
De la memoria importuna,
Consiste en mala fortuna;
Pero no es mala intencion :
Mas quien ciego de pasion,
Contra la ley natural,
Aborrece en caso igual,
Mas que olvido es el desden,
Pues sobre no querer bien,
Está deseando mal.
Y si en fin aborrecer
Es agraviar, bien se infiere,
Que el que ingrato aborreciere,
Está cerca de ofender :
Y si hay quien quiera querer
Ser ántes aborrecido,
Tome por suyo el partido;
Que si me han de maltratar,
Por no verme despreciar
Quiero anegarme en olvido.

No cantó don Fernando con tan poco acierto estas décimas, si bien dichas sin propósito, pues hasta entónces no podia juzgar de la voluntad de su dama si se inclinaba á quererle, si á aborrecerle, que no hallasen lugar en su pecho sus gracias, que á caer sobre menos travesuras lucieran mucho. Mas ya determinada á favorecerle, se dejó ver, que hasta entónces habia oido la música encubierta, y dió á entender con palabras que habia estimado sus versos, asistiendo al balcon miéntras se cantaron. Y con el favor que doña Juana hizo á don Fernando aquella noche, se partió el mas contento que imaginar se puede, pareciéndole que para ser el primero no habia negociado mal, respecto del desden con que siempre le habia tratado; y continuando sus paseos, y perseverando en su amor, acrecentando los regalos, vino á grangear de suerte la voluntad de la dama, que ya era la enamorada y perdida, y don Fernando el que se dejaba amar y servir (condicion de hombre amado y ventura de mujer rendida), porque aunque don Fernando queria bien á doña Juana, no de suerte que se rematase ni dejase por su amistad las demas ocasiones.

Venció don Fernando y rindióse doña Juana, y no es maravilla, pues se vió obligar con la palabra que le dió de ser su esposo, oro con que los hombres disimulan la píldora amarga de sus engaños. Vivia la madre de don Fernando, y este fué el inconveniente que puso para no casarse luego, diciendo que temia disgustarla, y que por no acabarla del todo á

fuerza de disgustos era necesario disimular hasta mejor ocasion. Creyóle doña Juana, y de esta suerte sufria con gusto las excusas que le daba, pareciéndole que ya lo mas estaba grangeado, que era la voluntad de don Fernando, con la cual se aseguraba de cuantos temores se le ofrecian miéntras la fortuna se inclinaba à favorecerla, ó porque ya no podia vivir sin su amante, que era lo mas cierto. En esta amistad pasaron seis meses, dándola don Fernando cuanto habia menester, y sustentándole la casa como pudiera la de su misma mujer, porque con tal intento era admitido. En este tiempo que doña Juana amaba tan rendida, y don Fernando amaba como poseedor, y ya la posesion le daba enfado, sucedió que una amiga de doña Juana, mujer de mas de cuarenta y ocho años, si bien muy agraciada y gallarda, y que aun no tenia perdida la belleza que en la mocedad habia alcanzado, animándolo todo con grandísima cantidad de hacienda que tenia, y habia grangeado en Roma, Italia y otras tierras que habia corrido, siendo calificada en todas ellas por grandísima hechicera, aunque esta habilidad no era conocida de todos, porque jamas la ejercitaba en favor de nadie sino en el suyo, por cuya causa tambien doña Juana la ignoraba, si bien por las semejanzas no tenia entera satisfaccion de Lucrecia, que ese era el nombre de esta buena señora, porque era natural de Roma, mas tan ladina y españolizada como si fuera nacida y criada en Castilla. Esta pues, como era muy familiar en casa de doña Juana, con quien se daba por amiga, se enamoró de don Fernando, tanto como puede considerar quien sabe lo que es voluntad favorecida del trato, pues no era este el primer lance que en este particular Lucrecia habia tenido. Procuró que su amante supiese su amor, continuando las visitas á doña Juana, y el mirar tierno á don Fernando, del cual no era entendida, porque le parecia que ya Lucrecia no estaba en edad para tratar de galantería ni amores. Ella que ya amaba á rienda suelta, viendo el poco cuidado de don Fernando y el mucho de doña Juana, que sin sospecha de su traicion era estorbo de su deseo, porque como amaba no se apartaba de la causa de su amor, se determinó la astuta Lucrecia á escribir un papel, del cual prevenida hasta hallar ocasion, aguardó tiempo, lugar y ventura, que hallándole, se le dió, el cual decia así:

« Disparate fuera el mio, señor don Fernando, si pretendiera apartar-
» os del amor de doña Juana, entendiendo que no habia de ser vuestra
» mujer; mas viendo en vuestras acciones y en los entretenimientos que
» traeis que no se extiende vuestra voluntad mas que á gozar de su her-
» mosura, he determinado descubriros mi aficion: yo os amo desde el
» dia que os ví, que un amor tan determinado como el mio no es menes-
» ter decirle por rodeos; hacienda tengo con que regalaros; de esta y de
» mí sereis dueño: con que os digo cuanto sé y quiero.

» LUCRECIA. »

Leyó don Fernando el papel, y como era vario de condicion, aceptó el

partido que le hacia acudiendo desde el mismo dia á su casa, no dejando por esto de ir á la de doña Juana, disfrazando sus visitas para con Lucrecia, que le quisiera quitar de todo punto de ellas con sus obligaciones. Doña Juana, que por las faltas que hacia su amante, y haber visto en Lucrecia acciones de serlo, y tambien en verla retirada de su casa, sospechando lo mismo que era, dió en seguirle y escudriñar la causa : á pocos lances descubrió toda la celada, y supo con la frecuencia que Lucrecia le daba hacienda para que gastase y destruyese : tuvo sobre esto la dama con su ingrato dueño muchos disgustos, mas todos sirvieron de hacerse mas pesada, mas enfadosa y menos querida; porque don Fernando no dejaba de hacer su gusto, ni la pobre señora de atormentarse, la cual viendo que no servian los enojos mas que de perderle, tomó por partido el disimular, hasta ver si conseguia su amor el fin que deseaba, que no vivia sin don Fernando, cuya tibieza le traia sin juicio. Lucrecia se valia de mas eficaces remedios, porque acontecia estar el pobre caballero en casa de doña Juana, y sacarle de ella, ya vestido, ya desnudo, como lo hallaba el engaño de sus hechizos. Viendo en fin doña Juana cuan de caida iban sus cosas, quiso hacerle guerra con las mismas armas, pues las de su hermosura ya podian tan poco : y andando inquiriendo quien le ayudaria en esta ocasion , no faltó una amiga que le dió noticia de un estudiante que residia en la famosa villa de Alcalá, tan ladino en esta facultad, que solo en oirle se prometió dichoso fin. Y para que los terceros no dilatasen su suerte, quiso ser ella la mensagera de sí misma; para lo cual (fingiendo haber hecho una promesa), alcanzada la licencia de don Fernando, que no le fué muy dificultoso alcanzar, para hacer una novena al glorioso san Diego en su santo sepulcro, se metió en un coche, y fué á buscar lo que le pareció que seria su remedio con cartas de la persona que le dió nuevas del estudiante; del cual, como llegó á Alcalá y á su casa fué recibida con mucho agrado; porque con las cartas le puso en las manos veinte escudos. Contóle sus penas la afligida señora, pidiéndole su remedio : á lo cual respondió el estudiante que cuanto á lo primero era menester saber si se casaria con ella, y que despues entraria el apremiarle á que lo hiciese; y para esto le dió dos sortijas de unas piedras verdes, y la dijo que se volviese á Toledo, y que aquellos anillos los llevase guardados, y que no los pusiese hasta que don Fernando la fuese á ver, y en viéndole entrar, los pusiese en los dedos, las piedras á las palmas, y tomándole las suyas le tratase de su casamiento, y que advirtiese en la respuesta que le daba, que él seria con ella dentro de ocho dias, y le diria lo que habia de hacer en este; mas que le advertia que se quitase luego los anillos, y los guardase como los ojos, porque los estimaba en mas que un millon. Con esto dejándole memoria de su casa y nombre, para que no errase cuando la fuese á buscar, la mas contenta del mundo se volvió á Toledo. Así como llegó avisó á don Fernando de su venida, el cual recibió esta nueva con mas muestras de pesar que gusto, si bien el estar cargado de obligaciones le obligó á disimular su tibieza , y así fué luego á verla por no darle ocasion para que tuviese quejas. Pues viendo doña Juana lo que le ofrecia su fortuna, y ponién-

dose luego sus anillos, conforme á la órden que tenia, tomó las manos á don Fernando, y entre millares de caricias le empezó á decir que cuándo habia de ser el dia en que pudiese ella gozarle en servicio de Dios. A esto respondió don Fernando que si pensara no dar disgusto á su madre aquella misma noche la hiciera suya; mas que el tiempo haria lo que le parecia que estaba tan imposible. Con esta respuesta, y quedarse allí aquella noche, le pareció á doña Juana que ya estaba la fortuna de su parte, y que don Fernando era ya su marido: quitóse sus sortijas, y dióselas á la criada que las guardase. La fregona que las vió tan lindas y lucidas, púsoselas en las manos, sacó agua del pozo, fregó, y otro dia las llevó al rio, dando pavonada con estas, no solo este, mas todos los otros que faltaban hasta venir el estudiante, quitándolas solo para ir delante de su señora, porque no las viera. Al cabo de este tiempo vino el estudiante á Toledo, y fué bien recibido de doña Juana, la cual despues de haberle regalado le volvió sus sortijas, y le dijo lo que don Fernando habia respondido. El estudiante agradecido á todo se partió otro dia, dejándole dicho que él miraria con atencion su negocio, y la avisaria qué fin habia de tener. Mas apenas salió el miserable una legua de Toledo, cuando los demonios que estaban en las sortijas se le pusieron delante, y derribándole de la mula le maltraron, dándole muchos golpes, tantos, que poco le faltaba para rendir la vida. Decíanle en medio de la fuga: Bellaco, traidor, que nos entregaste á una mujer que nos puso en poder de su criada, que no ha dejado rio ni plaza donde no nos ha traido, sacando agua, fregando con nosotros: de todo esto eres tú el que tienes la culpa, y así serás el que lo has de pagar. ¿Qué respuesta piensas darle? ¿Piensas que se ha de casar con ella? No por cierto, porque juntos como estan acá estan ardiendo en los infiernos, y de esa suerte acabarán, sin que ni tú ni ella cumplais vuestro deseo. Y diciendo esto le dejaron ya por muerto, hasta otro dia por la mañana, que unos panaderos que venian á Toledo le hallaron ya casi espirando, y movidos de compasion le pusieron en una mula, y le trajeron á la ciudad, y pusieron en la plaza para ver si lo conocia alguna persona, porque el pobre no estaba para decir quién era, ni donde lo habian de llevar. Acertó en este tiempo á ir la criada de doña Juana á comprar de comer, y al punto le conoció, con cuyas nuevas fué luego á su señora, que en oyéndolo tomó su manto, y se fué á la plaza, y como le conoció, le mandó llevar á su casa para hacerle algunos remedios. Hízolo así, y acostándole en su cama, y llamando los médicos, le hicieron tal cura, que mediante ella fué Dios servido que volviese en sí. El cual en el tiempo que duró su mal contó á doña Juana la causa de él, y la respuesta que los demonios le habian dado de su negocio. Causó en la dama tal temor el decirle que estaba en el infierno como en el mundo, que bastó para irla desapasionando de su amor, y desapasionada miró su peligro, y así procuró remediarle, tomando otro camino diferente del que hasta allí habia llevado.

Sanó el estudiante de su enfermedad, y ántes de partirse á su tierra le pidió doña Juana que pues su saber era tanto, que le ayudase á su remedio. A lo cual el mozo agradecido le prometió hacer cuanto en su mano

fuese. Es pues el caso que al tiempo que don Fernando se enamoró de ella, la servia y galanteaba un caballero genovés, hijo de un hombre muy rico, que asistió en la corte, que con sus tratos y correspondencias en toda Italia habia alcanzado con grandes riquezas el título de caballero para sus hijos. Era segundo, y su padre tenia otro mayor, y dos hijas, la una casada en Toledo, y la otra monja. Pues este mancebo, cuyo nombre era Octavio, que por gozar de la vista de doña Juana lo mas del tiempo asistia en la ciudad con sus hermanos, y su padre lo tenia por bien, respecto del gusto que ellas tenian con su vista; como á los principios por no haber entrado don Fernando en la pretension se habia visto mas favorecido; y despues que doña Juana cautivó su voluntad, le empezase á dar de mano, y Octavio supiese que él era la causa de no mirarle bien su dama, determinó de quitarle de en medio; y así una noche que don Fernando con otros amigos estaba en la calle de doña Juana, salió á ellos con otros que le ayudaron, y tuvieron unas crueles cuchilladas; de las cuales salieron de una y otra parte algunos heridos. Octavio desafió á don Fernando; el cual ya en este tiempo gozaba á doña Juana con palabra de esposo: pues como la dama supo el desafío, temerosa de perder á don Fernando, escribió un papel á Octavio, diciéndole que el mayor extremo de amor que podia hacer con ella era guardar la vida de su esposo mas que la suya misma; porque hiciese cuenta que la suya no se sustentaba sino con ella; y otras razones tan discretas y sentidas, de que el enamorado Octavio recibió tanta pasion, que le costó muchos dias de enfermedad. Y para guardar mas enteramente el gusto y órden de doña Juana, despues de responder á su papel mil ternezas y lástimas, le dió tambien palabra de guardarle, como veria por la obra, y esta misma tarde vestido de camino, dijo á doña Juana viéndola en un balcon casi con lágrimas en los ojos: Ingrata mia, basilisco hermoso de mi vida, á Dios para siempre. Y dejando con esto á Toledo, se fué á Génova, donde estuvo algunos dias, y de allí se pasó á servir al rey en el reino de Nápoles. Pues como doña Juana, dando crédito á lo que el estudiante le decia, y pareciéndole que si Octavio volviera á España seria el que le estaria mas á propósito para ser su marido, así dando cuenta al estudiante de esto, le pidió, obligándole con las dádivas, á que le hiciese venir con sus conjuros y enredos. El estudiante, escarmentado de la pasada burla, la respondió que él no habia de hacer en eso mas de decirle lo que habia de hacer para que consiguiese su deseo, y que dentro de un mes volveria á Toledo, y que conforme le sucediese le pagaria. Dióle con esto un papel, y ordenóle que todas las noches se encerrase en su aposento, é hiciese lo que decia; con esto se volvió á Alcalá, dejando á la dama instruida en lo que habia de hacer, la cual, por no perder tiempo, desde esta misma noche empezó á ejercer su obra. Tres serian pasadas, cuando (ó que las palabras del papel tuviesen la fuerza que el estudiante habia dicho, ó que Dios, que es lo mas cierto, quiso con esta ocasion ganar para sí á doña Juana) estando haciendo su conjuro con la mayor fuerza que sus deseos la obligaban, sintiendo ruido en la puerta, puso los ojos en la parte donde sonó el rumor, y vió entrar por ella cargado de cadenas y cercado de

llamas de fuego á Octavio, el cual la dijo con espantosa voz: ¿Qué me quieres, doña Juana? ¿No basta haber sido mi tormento en vida, sino en muerte? Cánsate ya de la mala vida en que estás, teme á Dios, y la cuenta que has de dar de tus pecados y distraimientos, y déjame á mí, que estoy en las mayores penas que puede pensar una miserable alma que aguarda en tan grandes dolores la misericordia de Dios; porque quiero que sepas que dentro de un año que salí de esta ciudad fué mi muerte saliendo de una casa de juego, y quiso Dios que no fuese eterna. Y no pienses que he venido á decirte esto por la fuerza de tus conjuros, sino por particular providencia y voluntad de Dios que me mandó que viniese á avisarte que si no miras por tí, ¡ay de tu alma! Diciendo esto, volvió á sus gemidos y quejas, arrastrando sus cadenas, y se salió de la sala, dejando á doña Juana llena de temor y penas, no de haber visto á Octavio, sino de haberle oido tales razones, teniéndolas por avisos del cielo, pareciéndole que no estaba léjos su muerte, pues tales cosas le sucedian. Considerando pues esto, y dando voces á sus criadas, se dejó caer en el suelo, vencida de un cruel desmayo; entraron á los gritos, no solo las criadas, mas las vecinas, y aplicándole algunos remedios tornó en sí para de nuevo volver á su desmayo, porque apenas se le quitaba uno, cuando le volvia otro, y de esta suerte, ya sin juicio, ya con él, pasó la noche sin atreverse las que estaban con ella á dejarla. Vino en estas confusiones el dia, sin que doña Juana tuviese mas alivio, aunque á pura fuerza la habian desnudado y metido en la cama; y como era de dia, vino don Fernando tan admirado de su mal, cuanto lastimado de él; y sentándose sobre su cama, le preguntó la causa, y asimismo qué era lo que sentia. A lo cual la hermosa doña Juana (siendo mares de llanto sus ojos) le contó cuanto le habia sucedido, así con el estudiante como con Octavio, sin que faltase un punto en nada, dando fin á su plática con estas razones: Yo, señor don Fernando, no tengo mas de una alma, y esa perdida, no sé qué me queda mas que perder: los avisos del cielo ya pasan de uno, ne será razon aguardar á cuando no haya remedio: yo conozco de vuestras tibiezas, no solo que no os casaréis conmigo, mas que la palabra que me dísteis no fué mas de por traerme á vuestra voluntad; dos años ha que me entreteneis con ella, sin que haya mas novedad mañana que hoy: yo estoy determinada de acabar mi vida en religion, que segun los preludios que tengo no durará mucho, y no penseis que por estar defraudada de ser vuestra mujer escojo este estado, que os doy mi palabra que aunque con gusto vuestro y de vuestra madre quisiérades que lo fuera, no aceptara tal, porque desde el punto que Octavio me dijo que mirase por mi alma, propuse de ser esposa de Dios, y no vuestra; así lo he prometido, y lo que solo quiero de vos es que atento á las obligaciones que me teneis, supuesto que mi hacienda es tan corta, que no bastará á darme el dote y lo demas que es necesario, me ayudeis con lo que faltare, y negocieis mi entrada en la Concepcion, que este sagrado elijo para librarme de los trabajos de este mundo. Calló doña Juana, dejando á los oyentes admirados y á don Fernando tan contento, que diera la misma vida en albricias (tal le tenian los embustes de Lucrecia), y abrazando á

doña Juana, y alabando su intento, y prometiendo hacer en eso mil finezas, se partió á dar órden en su entrada en el convento, la cual se concertó en mil ducados, que los dió don Fernando con mucha liberalidad, con los demas gastos de ajuar y propinas; porque otros mil que hizo doña Juana de su hacienda los puso en renta para sus niñerías, y pagando á sus criadas, y dándoles sus vestidos y camisas, que repartió con ellas, junto con las demas cosas de la casa, ántes de ocho dias se halló con el hábito de religiosa, la mas contenta que en su vida estuvo, pareciéndole que habia hallado refugio adonde salvarse, y que escapando del infierno se hallaba en el cielo.

Libre ya don Fernando de esta carga, acudió á casa de Lucrecia con mas puntualidad, y ella viéndole tan suyo, y que ya estaba libre de doña Juana, no apretaba tanto la fuerza de sus embustes, pareciéndole que bastaba lo hecho para tenerle asido con su amistad, con lo cual don Fernando tuvo lugar de acudir á las casas de juego, donde jugaba y gastaba largo. De esta suerte se halló en poco tiempo con muchos ducados de deuda, pareciéndole que con la muerte de su madre se remediaria todo, creyendo que segun su edad no duraria mucho. La cual sabiendo que ya estaba libre de doña Juana, cuyos sucesos no se le encubrian, trató de casarle, creyendo que esto seria parte para sosegarle. Con el parecer de don Fernando, que, como he dicho, no estaba tan apretado de los hechizos de Lucrecia, viendo que ya no tenia á quién temer, puso la mira en una dama de las hermosas que en aquella sazon se hallaban en Toledo, cuyas virtudes corrian parejas con su entendimiento y belleza. Esta señora, cuyo nombre es doña Clara, era hija de un mercader, que con su trato calificaba su riqueza, por llegar con él no solo á toda España, sino pasar á Italia y á las Indias. No tenia mas hijos que á doña Clara, y para ella, segun decian, gran cantidad de dinero, si bien en eso habia mas engaño que verdad, porque el tal mercader se habia perdido, aunque para casar su hija conforme su merecimiento disimulaba su pérdida. En esta señora, como digo, puso la madre de don Fernando los ojos, y en ella los tenia asimismo puestos un hijo de un título, y no menos que el heredero y mayorazgo, no con intento de casarse, sino perdido por su belleza, y ella le favorecia; que ni en Toledo alcanzaba fama de liviana, ni tampoco la tenia de cruel. Dejábase pasear y dar músicas, estimar y engrandecer su belleza, mas jamas dió lugar á otro atrevimiento, aunque el marques (que por este título nos entenderémos) facilitara en mas su virtud que su riqueza. Puso en fin la madre de don Fernando terceros nobles y muy cuerdos para el casamiento de su hijo, y fué tal su suerte, que no tuvo mucha dificultad en alcanzarlo del padre de la dama; y ella como no estimaba al marques en nada, por conocer su intento, dió luego el sí, con que hechos los conciertos, precediendo las necesarias diligencias, se desposó con don Fernando, dándole luego el padre de presente seis mil ducados en dinero, porque lo demas dijo estar empleado: y que pues no tenia mas hijos que á doña Clara, cosa forzosa era ser todo para ella. Contentóse don Fernando, por tapar con este dinero sus trampas y trapazas, entrando en poder del lobo la cordera, que así lo podemos decir.

Dentro de un mes de casada doña Clara, vió su padre que era imposible cumplir la promesa que le habia hecho á su hija, y juntando lo mas que pudo despues de los seis mil ducados que dió, se ausentó de Toledo, y se fué á Sevilla, donde se embarcó para las Indias, dejando por esta causa metida á su hija en dos mil millares de disgustos; porque como don Fernando se habia casado con ella por solo el interes, y los seis mil ducados se habian ido en galas y cosas de casa, y pagar las deudas en que sus vicios le habian puesto, á dos dias sin dinero, salió á plaza su poco amor, y fué trocando el que habia mostrado, que era poco, en desabrimiento y odio declarado, pagando la pobre señora el engaño de su padre; si bien la madre de don Fernando, viendo su inocencia y virtud, volvia por ella, y le servia de escudo. Supo Lucrecia el casamiento de don Fernando á tiempo que no lo pudo estorbar, y por estar ya hecho, y por vengarse, usando de sus endiabladas artes, dió con él en la cama, atormentándole de manera que siempre le hacia estar en un ay, sin que en mas de seis meses que le duró la enfermedad se pudiese entender de dónde le procedia, ni le sirviesen los continuos remedios que se hacian. Hasta que, viendo esta Circe que el tenerle así mas servia de perderle que de vengarse, dejó de atormentarle, con lo que don Fernando empezó á mejorar: mas mudando la traidora de intento, encaminó sus cosas á que aborreciese á su mujer, y fué de suerte que estando ya bueno, tornó á su acostumbrada vida, pasando lo mas del tiempo con Lucrecia. El marques, desesperado de ver á doña Clara casada, tambien habia pagado con su salud su pena, y ya mejor de sus males, aunque no de su amor, tornó de nuevo á servir y solicitar á doña Clara, y ella á negarle de suerte sus favores, que ni aun verla era posible, con cuyos desdenes se aumentaba mas su fuego. En este tiempo murió la madre de don Fernando, perdiendo en ella doña Clara su escudo y defensa, y don Fernando el freno que tenia para tratarla tan ásperamente, como de allí adelante hizo, porque se pasaban los dias y las noches sin ir á su casa, ni aun á verla, lo cual sentia la pobre señora con tanto extremo, que no habia consuelo para ella, y mas cuando supo la causa que traia á su marido sin juicio. No ignoraba el marques lo que doña Clara pasaba, mas era tanta su virtud y recogimiento, que jamas podia alcanzar de ella ni que recibiese un papel, ni una joya, con ser su necesidad bien grande; porque las deudas de don Fernando, los juegos y el poco acudir á grangear su hacienda, la fué acabando de suerte, que no habia quedado nada, tanto que ya se atrevia á sus joyas y vestidos, sustentando dos niñas que en el discurso de cuatro años que habia que estaba casada tenia, y una criada con el trabajo de sus manos, porque don Fernando no acudia á nada: y con todo no pudieron alcanzar de ella sus amigas ni su criada que recibiese algunos regalos que el marques le enviaba con ellas; ántes á cuanto acerca de esto le decian daba por respuesta que la mujer que recibia cerca estaba de pagar. Pasando todo este tiempo, la justicia de oficio, como era público el amancebamiento de don Fernando y Lucrecia, dió en buscarle, siguiéndole á él los pasos. No faltó quien dió de esto aviso á Lucrecia, la cual no tuvo otro remedio sino poner tierra en medio; y to-

mando su hacienda, acompañada de su don Fernando, que ya habia perdido de todo punto la memoria de su mujer é hijas, se fué á Sevilla, adonde vivian juntos, haciendo vida como si fueran marido y mujer. Sintió doña Clara este trabajo como era razon, tanto que fué milagro no perder la vida, si no la guardara Dios para mayores extremos de virtud, la cual estuvo sin saber de su marido mas de año y medio, pasando tantas necesidades, que llegó á no tener criada, sino puesta en traje humilde, ademas de trabajar de dia y de noche para sustentarse á sí y sus dos niñas, se vió obligada á ir ella misma á llevar y traer la labor á una tienda. Sucedió en este tiempo hallarse velando una noche para acabar un poco de labor que se habia de llevar á la mañana, y forzada del amor, del dolor, de la tristeza y soledad, ó lo mas cierto, por no dejarse vencer del sueño, cantó así:

Fugitivo pajarillo
Que por el aire te vas,
Inconstante á mis finezas,
Ingrato á mi voluntad:
Si estuvieras por la tuya
Prendado, no hay que dudar,
Que una prision tan suave
Pudiera cansar jamas.
Nunca presumí ignorancias,
Porque de saber amar,
Supe conocer tu amor,
Agradecido no mas.
Jamas se engaña quien ama,
Aunque se deja engañar,
Que amor tambien en su corte
Razones de estado da.
¿Qué puede hacer el que adora,
Aunque sepa que le dan
Disimulado el veneno,
Sino beber y callar?
Dejé engañar mis temores,
Aunque conocí mi mal;
Pero como tú fingias,
Te cansaste de engañar.
Tan remontado te miro,
Tan tibio y tan desleal,
Que aunque el reclamo te llama,
No lo quieres escuchar.
Escucha, pájaro libre,
Las ternezas con que está
Llamándote en tono triste,
Oye las voces que da.
Pajarillo lisonjero,
Vuelve, vuelve, ¿dónde vas?
A la jaula de mi pecho,
Ten de mis penas piedad.
Cuando me miras cautivo,
Pretendes tu libertad,
Paga prision con prision,
Y así perfecto serás.
En lágrimas de mis ojos,
Que son por tu causa un mar,
Hallarás tierno bebida,
Sin que te pueda faltar.
Mi corazon por comida,
Por cárcel mi libertad,
Y por lazos estos brazos,
Que ya aguardando te estan.
Huyes sin oir mis quejas,
Plega á Dios que donde vas,
Como me tratas te traten,
Sin que te quieran jamas.
Que yo llorando mi engaño
La vida pienso acabar,
Sintiendo en tus sinrazones,
Mi muerte y tu libertad.
Esto dijo á un pajarillo,
Que de su prision se va,
Un pecho de amor herido,
Una firmeza leal.
Y al fin de sus tristes quejas,
Instrumento sin templar,
Cantó á su pájaro libre,
Que fugitivo se va:
Pájaro libre, tú te perderás,
Que el regalo que dejas no le hallarás.

Era baja la sala en que estaba doña Clara, y correspondia una reja á la

calle, á la cual estaba escuchando don Sancho, que este es el nombre del marques su amante : pues como oyese las quejas, y en un corazon que ama es aumentar su pena oir la pena de otros, tan enternecido como amante, porque le tocaban en el alma los pesares de doña Clara, llamó á la reja, á cuyo ruido la dama alterada preguntó quién era. Yo soy, hermosa Clara, dijo don Sancho, yo soy, escúchame una palabra : ¿quién quieres que sea, ó quién te parece que podia ser sino el que te adora, y estimando tus desdenes por regalados favores, anima con esperanzas su vida ? No sé de qué las podeis tener, señor don Sancho, dijo doña Clara, ni quién os las da, pues despues que me casé no he dado lugar ni á vuestros deseos, ni á quién los ha solicitado, para que vivan animados; y si os fiais en la cortesía con que ántes de tener marido me dejé servir de vos, advertid que aquella fué galantería de doncella, que sin ofensa de su honor pudo, ya que no amar, dejarse amar. Yo tengo dueño; justo ó injusto, el cielo me lo dió; miéntras no me lo quitare le he de guardar la fe que prometí; supuesto esto, si me quereis, la mayor prueba que haré de este amor, será que excuseis lo que la vecindad puede decir de un hombre poderoso y galan como vos, pasear las puertas de una mujer moza y sin marido, y mas no ignorando la ciudad mi necesidad, pues creerán que habeis comprado con ella mi honor. Esto quiero yo remediar, hermosa Clara, dijo don Sancho, sin otro interes que el haber sido el remedio de vuestros trabajos. Servíos de recibir mil escudos, y no me hagais otro favor, que yo os doy palabra, como quien soy, de no cansaros mas. No hay deudas, señor don Sancho, respondió doña Clara, que mejor se paguen que las de la voluntad; efecto de ella es vuestra largueza, yo ni me tengo de fiar de mí misma, ni obligarme á lo que nunca he de poder pagar. Yo tengo marido, él mirará por mí y por sus hijas, y si no lo hiciere, con morir, ni yo puedo hacer mas, ni él me puede pedir mayor fineza. Con esto cerró la ventana, dejando á don Sancho mas amante y mas perdido, sin que dejase por esto de perseverar en su amor, ni ella en su virtud.

Año y medio habia pasado desde que don Fernando se ausentó de Toledo, sin que se supiese dónde estaba, hasta que viniendo á Toledo unos caballeros que habian ido á Sevilla á ciertos negocios, dijeron á doña Clara como le habian visto en aquella ciudad : nuevas de tanta estima para doña Clara, que no hay ponderacion que lo diga, y desde este punto se determinó de ir á ponérsele delante, y ver si le podia obligar á que volviese á su casa. Y andando buscando dónde dejar sus niñas miéntras hacia este camino, doña Juana que ya profesa, y con muy buena renta, la mas contenta del mundo, no ignoraba estos sucesos, y dando gracias á Dios porque no habia sido ella la desdichada, estaba en su convento haciendo vida de una santa, supo la necesidad de doña Clara, y como buscaba dónde dejar las niñas, que en aquel tiempo tenia la una cuatro años, y la otra cinco, la envió á llamar, y despues de decirle quién era, por si no lo sabia, y las mercedes que el cielo la habia hecho en traerla á tal estado, lo que le pesaba de sus trabajos, y en lo que estimaba la virtud y prudencia con que los llevaba, le dijo como estaba informada que queria ir á Sevi-

lla, y que buscaba quién le tuviese sus hijas, que se las trajese, que ella las recibiria por suyas, y como á tales, en siendo de edad las daria el dote para que fuesen religiosas en su compañía, y que creyese que esto no lo hacia por amor que tuviese á su padre, sino por lástima que la tenia. Agradeció doña Clara la merced que le hacia, y por no dilatar mas su camino, el poco aparato de casa que le habia quedado, como era una cama y otras cosillas, llevó con sus hijas á doña Juana, la cual tenia ya licencia del arzobispo para recibirlas. Y al tiempo que abrió la portería para que entrasen, apretando entre los brazos á doña Clara con los ojos llenos de lágrimas, la metió en las manos un bolsillo con cuatrocientos reales en plata. Y despidiéndose de ella, esta misma tarde se puso en camino en un carro que iba á Sevilla, dejando á doña Juana muy contenta con sus nuevas hijas. Llegó doña Clara á Sevilla; y como iba á ciegas, sin saber en qué parte habia de hallar á don Fernando, y siendo la ciudad tan grande, y teniendo tanta gente, fué de suerte que en tres meses que estuvo en ella no pudo saber nuevas de tal hombre. En este tiempo se le acabó el dinero que llevaba, porque pagó en Toledo algunas deudas que tenia, y no le quedaron sino cien reales. Pues viéndose morir (como dicen) de hambre, ya desahuciada de no hallar remedio, y volver á Toledo era lo mismo, determinó quedarse en Sevilla, hasta ver si hallaba á don Fernando: para esto procuró una casa donde servir, y encomendándolo á algunas personas, particularmente en la iglesia, le dijo una señora que ella le daria una donde se hallaria muy bien, para acompañar á una señora ya mayor; si bien temia que por tener el marido mozo, y ser ella de tan buena cara, no se habian de concertar. Doña Clara, con una vergüenza honesta, le suplicó le dijese la casa, que probaria suerte. Dióle la señora las señas, y un recado para la tal señora que era su amiga; con las cuales doña Clara se fué á la casa, que era junto á la iglesia mayor, y entrando en ella, la vió toda muy bien aderezada (señal clara de ser los dueños ricos), y como hallase la puerta abierta, se entró sin llamar hasta la sala del estrado, donde en uno muy rico vió sentada á Lucrecia, la amiga de su marido, que luego la conoció por haberla visto una vez en Toledo, y junto á ella don Fernando, desnudo, por ser verano, con una guitarra cantando este romance, que por no impedirle, no quiso dar su recado, admirada de lo que veia, y mas de ver que no la habian conocido:

Ya por el balcon de oriente,
El alba muestra sus rizos,
Vertiendo la copa hermosa
Sobre los campos floridos.
Ya borda las bellas flores
De aljofarado rocío,
De cuya envidia las fuentes
Vierten sus cristales limpios.
Ya llama el querido hermano,
Que está alumbrando á los indios,
Y en la carroza dorada
Siembra claveles y lirios.
Ya retozan por las peñas
Los pequeños corderillos,
A la música divina
Que entonan los pajarillos.
Ya mirándose los cielos
En los bulliciosos rios,
Vuelven los blancos cristales
De turquesados zafiros.
Ya es el invierno verano,
Y primavera el estío,

Hermosos cielos los valles,
Y los campos paraisos.
Porque su frescura pisan
De Anarda los piés divinos,
Dulce prision de las almas,
De la vista basilisco.
Siguiendo viene sus pasos
Un gallardo pastorcillo,
Que por ser Narciso en gala,
Será su nombre Narciso.
Por quien Vénus olvidada
Ya de su Adonis querido,
Solo por verle bajara
De sus estrados divinos.
Y por quien Salmacis bella,
Tomara por buen partido,
En su amada compañía
Ser eterno hermafrodito.
Engañando los recelos
De un sospechoso marido,
Saltó Anarda de su aldea,
A verse con su Narciso.
Llegando á una clara fuente,
Que adornan sauces y mirtos,
Agradables se reciben,
Amándose agradecidos.
Enternecidos se sientan
Junto aquel árbol divino,
Triunfo del señor de Delo,
Y de su dama castigo.
Y sedientos de favores
En este agradable sitio,
Beben de su aliento el nectar
En conchas de coral fino.
Al campo cerró las puertas
El rapaz de Vénus hijo,
Que poner puertas al campo
Solo pudiera Cupido.
Lo demas que sucedió
Vieron los altos alisos,
Haciendo sus hojas ojos,
Y sus cogollos oidos.

Como acabó de cantar don Fernando, Lucrecia preguntó á doña Clara si buscaba alguna cosa; á lo cual respondió que la señora doña Lorenza su amiga la enviaba para que su merced viese si valia algo para el efecto que buscaba de criada. A esto puso don Fernando los ojos en ella, que ya Lucrecia la habia mandado sentar en frente de él, mas aunque hizo esta accion, no la conoció mas que si en su vida no la hubiera visto, de lo cual doña Clara estaba admirada, y daba entre sí gracias de haber por tal modo hallado lo que tan caro le costaba el buscarlo, sintiendo en el alma el verle tan desacordado y fuera de sí, conociendo como discreta la causa de que procedia tal efecto, que eran los hechizos de aquella Circe que tenia delante. Preguntóle Lucrecia, agradada de su cara y honestidad, que de dónde era. De Toledo soy, respondió doña Clara. ¿Pues quién os trajo á esta tierra? replicó Lucrecia. Señora, dijo doña Clara, aunque soy de Toledo, no vivia en él, sino en Madrid: vine con unos señores que iban á las Indias, y al tiempo de embarcarse caí muy mala, y no pude menos de quedarme con harto sentimiento suyo; en cuya enfermedad, que me ha durado tres meses, he gastado cuanto tenia, y me dejaron, y viéndome con tan poco remedio, pregunté hoy á la señora doña Lorenza, que por suerte la ví en la iglesia, si queria una criada para acompañar, como en esta tierra se usa, y su merced me encaminó aquí, y así, si usted no ha recibido ya quien la sirva, crea de mí que sabré dar gusto, porque soy mujer noble y honrada, y me he visto en mi casa con algun descanso. Agradóse Lucrecia con tanto extremo de Clara, viendo su honestidad y cordura, que sin reparar la una ni la otra en el concierto, ni mas demandas ni respuestas, se quedó en casa, contenta por una parte, y por la otra como era razon que estuviese quien veia lo

mismo que venia á buscar, tan fuera de sí, que sin conocerla hacia delante de sus ojos regalos y favores á una mujer que no los merecia. Entrególe Lucrecia á su nueva criada las llaves de todo, dándole el cargo del regalo de su señor, y el gobierno de dos esclavas que tenia : solo un aposento que estaba en un desvan no le dejó ver, porque reservó solo á su persona la entrada en él, guardando la llave sin que ninguna persona entrase con ella cuando iba á él con tanto cuidado, que aunque Clara procuraba ver lo que allí habia no le fué posible; bien es verdad que siempre estaba con sospecha de que era aquel aposento la oficina de los embustes con que tenia á don Fernando tan ciego , que no sabia de sí, ni cuidaba de mas que de querer y regalar á su Lucrecia , haciendo con ella muy buen casado, tanto que con la mitad se diera Clara por muy contenta y pagada. En esta vida pasó mas de un año, siendo muy querida de sus amos, escribiendo cada ordinario á doña Juana los sucesos de su vida, y ella animándola con sus cartas y consuelos, para que no desmayase, ni lo dejase hasta ver el fin. Al cabo de este tiempc cayó Lucrecia en la cama de una muy grave enfermedad, con tanto sentimiento de don Fernando, que parecia que perdia su juicio. Pues como las calenturas fuesen tan fuertes que no la diesen lugar á levantarse poco ni mucho, al cabo de tres ó cuatro dias que estaba en la cama llamó á Clara, y con mucha terneza la dijo estas palabras : Amiga Clara, un año ha que estás conmigo; el tratamiento que te he hecho mas ha sido de hija que de criada, y si yo vivo de hoy adelante será mejor, y en caso que muera, yo te dejaré con que vivas : estas son obligaciones, y mas en tí que eres agradecida, bien serán parte para que me guardes un secreto que te quiero decir : toma, hija, esta llave, y ve al desvan donde está un aposento que ya le habrás visto; entrando en él, hallarás un arca grande de estas antiguas, en esta un gallo; échale de comer, porque allí en el mismo aposento hallarás trigo : y mira, hija mia, que no le quites los anteojos que tiene puestos, porque me va en ello la vida; ántes te pido que si de este mal muriere, ántes que tu señor ni nadie lo vea, hagas un hoyo en el corral, y así como está con sus anteojos y cadena con que está atado le entierres, y con él el costal de trigo que está en el mismo aposento; que este es el bien que me has de hacer y pagar. Oyó Clara con atencion las razones de su ama, y en un punto revolvió en su imaginacion mil pensamientos, y todos paraban en un mismo intento. Y porque Lucrecia no concibiese alguna malicia de su silencio, le respondió agradeciéndole la merced que le hacia de fiar en ella un secreto tan importante y de tanto peso, prometiendo de hacer con puntualidad lo que mandaba; y tomando la llave, con todo cuidado y con toda diligencia se fué á ver su gallo. Subió al desvan, y abriendo el aposento entró en él, y llegando cerca del arca, como considerase á lo que iba, y la fama que Lucrecia tenia en Toledo, la cubrió un sudor frio y un miedo tan grande y tan temeroso, que casi estuvo para volverse ; mas cobrando ánimo, y esforzándose lo mejor que pudo, abrió el arca, y así como la abrió, vió un gallo con una cadena asida de una argolla que tenia á la

garganta, y en otra que estaba asida al arca, y asimismo preso, y á los piés tenia unos grillos, y luego tenia puestos unos anteojos, al modo de los de caballo, que le tenian privada la vista. Quedóse Clara viendo todas estas cosas tan absorta y embelesada, que no sabia lo que le habia sucedido; por una parte se reia, y por otra se hacia cruces, y sospechando si acaso en aquel gallo estaban hechos los hechizos de su marido, á cuya causa estaba tan ciego, que no la conocia, como lo mas cierto es desear las mujeres lo mismo que les privan, le dió deseo de quitarle los anteojos, y apenas lo pensó, cuando lo hizo, y habiéndoselos quitado, le puso la comida, y cerrando como estaba de primero, se volvió adonde su ama la aguardaba, que como la vió, le dijo: ¿Amiga mia, diste de comer al gallo? ¿Quitástele los anteojos? No, señora, respondió Clara, ¿quién me metia á mí en hacer lo que usted no me mandó? añadiendo á esto que creyese que la servia con mucho gusto, y así hacia lo que mandaba con el mismo. Llegóse en esto la hora de comer, y vino don Fernando á su casa, y despues de haber preguntado á Lucrecia como se sentia, se sentó á la mesa, que estaba cerca de la cama; metieron las esclavas la comida, porque Clara estaba en la cocina poniéndola en órden, y enviando los platos á la mesa, hasta que al fin de ella salió donde estaban sus amos, y apenas puso don Fernando los ojos en ella, cuando la conoció, y con admiracion la dijo: ¿Qué haces aquí, doña Clara? ¿Cómo viniste? ¿quién te dijo donde yo estaba? ¿qué hábito es este? ¿dónde estan mis hijas? Porque, ó yo sueño, ó tú eres mi mujer, á quien por ser yo desordenado dejé en Toledo pobre y desventurada. A esto respondió doña Clara: Buen descuido es tuyo, esposo mio, pues al cabo de un año que estoy en tu casa sirviéndote como una miserable esclava, sujeta á los engaños de esta Circe que está en esta cama, sales con preguntarme qué hago aquí. ¡Ay traidora! dijo á esta sazon Lucrecia, y cómo le quitaste los anteojos al gallo; pues no pienses que has de gozar de don Fernando, ni te han de valer nada tus sutilezas. Y diciendo esto saltó de la cama con mas ánimo del que parecia tener cuando estaba en ella, y sacando de un escritorio una figura de hombre, hecha de cera, con un alfiler grande que tenia en el mismo escritorio se lo pasó por la cabeza abajo hasta esconderse en el cuerpo, y se fué á la chimenea, y la echó en medio del fuego, y luego llegando á la mesa, y tomando un cuchillo, con la mayor crueldad que se puede pensar se lo metió á sí misma por el corazon, cayendo junto á la mesa muerta. Fué todo esto hecho con tanta presteza, que ni don Fernando ni doña Clara, ni las esclavas la pudieron socorrer. Alzaron todos las voces, dando gritos, á cuyo rumor se llegó mucha gente, entre todos la justicia, y asiendo de don Fernando y de los demas, empezaron á hacer informacion, tomando su confesion á las esclavas, las cuales declararon lo que habian visto y oido á don Fernando, diciendo como Lucrecia era su amiga, y lo que con ella le habia pasado desde el dia en que la conocia hasta aquel punto. Al decir doña Clara su dicho, dijo que no habia de decir palabra si no era delante del asistente; y que importaba para la declaracion de aquel caso no ir ella á su presencia,

sino que viniese el asistente á aquella casa. Fueron á darle cuenta de todo, y decirle lo que aquella mujer decia, y como lo supo, vino luego acompañado de los mas principales señores de Sevilla, que sabiendo el caso, todos le seguian; en presencia de los cuales dijo doña Clara quién era y lo que le habia sucedido con don Fernando y con la maldita Lucrecia, sin dejarse palabra por decir. Y haciendo traer allí el arca en que estaba el gallo, abrió ella misma con la llave que estaba debajo de la almohada de Lucrecia, donde todos pudieron ver al pobre gallo con sus grillos y cadenas, y los anteojos que doña Clara le habia quitado, allí junto á él. El asistente, admirado, tomó él mismo los anteojos, y se los puso al gallo : al punto don Fernando quedó como primero, sin conocer á Clara mas que si en su vida la hubiera visto; ántes viendo á Lucrecia en el suelo, bañada en sangre, y el cuchillo atravesado por el corazon, se fué á ella, y tomándola en sus brazos, decia y hacia mil lástimas, pidiendo justicia de quien tal crueldad habia hecho. Tornó el asistente á quitar al gallo los anteojos, y luego don Fernando volvió á cobrar su entero juicio. Tres ó cuatro veces se hizo esta prueba, y tantas sucedió lo mismo, con que el asistente acabó de caer en la cuenta, y creyó ser verdad lo que todos decian. Mandó echar fuera la gente, y cerrar la puerta de la casa, y mirando cofres y escritorios, hasta los mas apartados rincones y agujeros, hallaron en el escritorio de Lucrecia mil invenciones y embelecos que causaron temor y admiracion, con que Lucrecia parecia á los ojos de don Fernando gallarda y hermosa. En fin satisfecho de la verdad, si bien, por ver si las esclavas eran parte en aquellas cosas, las puso en la cárcel, dieron á don Fernando y doña Clara por libres, confiscando la hacienda para el rey, y públicamente quemaron todas aquellas cosas, el gallo y lo demas con el cuerpo de la miserable Lucrecia, cuya alma pagaba ya en el infierno sus delitos y mala vida, siendo la muerte muy parecida á ella.

Acabados de quemar los hechizos enfermó don Fernando, yéndose poco á poco consumiendo y acabando. Vendió doña Clara un vestido y algunas cosillas que habia grangeado en casa de Lucrecia : con esto y lo que por órden de la justicia se le dió en pago de lo que habia servido, se metieron en un coche ella y don Fernando, que ya estaba muy enfermo, y dieron la vuelta á Toledo, creyendo que con ser su natural, con los aires en que habia nacido cobraria salud, segun decian los médicos, mas fué cosa sin remedio, porque como llegó á Toledo, cayó en la cama, donde á pocos dias murió, habiendo dado muchas muestras de arrepentimiento. Sintió doña Clara su pérdida con tanto extremo, que casi no habia consuelo para ella, y estuvo bien poco de seguir el mismo camino, porque aunque le tenia enfermo, y estaba con tanta necesidad, quisiera que viviera muchos años, ayudándola á este sentimiento el ver lo que don Fernando la queria, y el poco tiempo que le duró la vida. Hallóse sobre todo esto sin mas remedio que el de Dios para enterrarle; ni se atrevia á ir con esta necesidad á doña Juana, considerando que harto hacia en tenerle y sustentarle sus hijas. Determinóse pues á vender su pobre cama

aunque no tuviese despues en qué dormir; mas no estaba á este tiempo Dios olvidado de la virtud y sufrimiento de doña Clara, y así ordenando que don Sancho, que todo el tiempo que ella habia estado fuera de Toledo habia estado en su estado (que ya le habia heredado por muerte de su padre, sin haberse querido casar, aunque se le habian ofrecido muchas ocasiones, conforme á quien era), supiese por cartas de un criado que en Toledo estaba casado lo que pasaba, y deseoso de volver á ver al querido dueño de su alma, amante firme, y no fundado en el apetito, vino á la ciudad, y entró en ella el dia en que estaba doña Clara en esta desdicha, y como supiese lo que pasaba, no pudo sufrir el enamorado mozo tal cosa; y así se entró por las puertas de la dama, y despues de haberla dado el pésame breve y amorosamente, ordenó el entierro de don Fernando con la mayor grandeza que pudo, llevándole con tanto acompañamiento como si fuera su padre, acompañándole él mismo, y á su imitacion los caballeros de Toledo. Dada sepultura al cuerpo, y vuelto con toda aquella ilustre compañía á la pobre casa de doña Clara, en presencia de todos la dijo estas palabras: Hermosa Clara, yo he cumplido con lo que á caridad debo, dando sepultura al cuerpo de tu difunto esposo: la voluntad con que lo he hecho bien sabes tú y sabe esta ciudad que no ha sido fomentada mas que con mis deseos, por no haber jamas alargado los tuyos á mas que á un agradecimiento honesto, y esto fué ántes que tuvieses dueño; que en teniéndole, ni aun tu vista merecí, no habiéndome faltado á mí diligencias, mas todas sin provecho respecto de tu virtud, de la cual si ántes me enamoraba tu hermosura, hoy me hallo mas enamorado. Ya no tengo padre que me impida, ni tú ocasion para que no seas mia; justo es que pagues este amor y deudas en que estás á mi firmeza con un solo sí que te pido; y yo á tí asimismo, pues no solo yo, sino todos los hombres del mundo, deben portarse de este modo con las mujeres que á fuerza de virtudes grangean la voluntad de los que las desean. No dilates mi gloria, ni te quites el premio que mereces: tus hijas tendrán padre en mí, y tú un esclavo que toda la vida adore tu hermosura. No tuvo otra respuesta que dar doña Clara á don Sancho, sino echarse á sus piés, diciendo que era su esclava, y que por tal la tuviese. Con esto los que habian venido á dar los pésames, dieron las enhorabuenas. Siguiéronse las órdenes de la iglesia en amonestaciones y lo demas, estando doña Clara miéntras pasaban en casa del corregidor, que era deudo de don Sancho, donde cumplido el tiempo se desposaron, alcanzando don Sancho licencia del rey para hacer su casamiento, que todo sucedió como quien tenia al cielo de su parte, deseoso de premiar la virtud de doña Clara. Hiciéronse en fin las bodas, dotando don Sancho á las hijas de doña Clara, que quisieron quedarse monjas con doña Juana, cuya discreta eleccion dió motivo á esta maravilla para darle nombre de *Desengañado amado*, que no es poca cordura que quien ama se desengañe. Doña Clara vivió muchos años con su don Sancho, de quien tuvo hermosos hijos, que sucedieron en el estado de su padre, siendo por su

virtud la mas querida y regalada que se puede imaginar, porque de esta suerte premia el cielo la virtud.

NOCHE CUARTA.

La noche siguiente, vueltos á juntar estos caballeros y todas estas damas, viendo don Miguel que á él le tocaba la maravilla de aquella noche, comenzó de esta suerte.

NOVELA SÉPTIMA.

AL FIN SE PAGA TODO.

Estando la corte del católico rey don Felipe III en la rica ciudad de Valladolid, salió de una casa de conversacion, á mas de las doce, donde fué á entretener las largas y pesadas noches del mes de diciembre, un caballero de los mas nobles hijos que tuvo la villa de Madrid. Al atravesar por una de las principales calles de la ciudad para venir á su posada, al doblar de una esquina, que hacia una encrucijada, vió abrir la puerta de una casa, y á empellones arrojar por ella un bulto blanco, que como estuviese de la otra parte, y la calle fuese ancha y espaciosa, no pudo divisar qué fuese, aunque le pareció ser persona, que de un apresurado salto, que de un escalon que la puerta tenia, dió consigo un grandísimo golpe en el suelo, que á causa de helar fortísimamente estaba como hecho de jaspe. Vió tras esto que cerraron de golpe la puerta, y que aquel bulto estaba sin menearse, solo que en bajos sollozos decia: ¿Qué es esto, cielos? ¿A mi desdicha estais sordos, á mis quejas ingratos, y á mis lágrimas sin sentimiento? Procuraba tras esto levantarse, mas del tormento de la caida no era posible; movióse don García (que este era el nombre del caballero) á lástima con estas quejas, y llegándose mas cerca, le preguntó qué tenía, y le ofreció su persona. ¡Ay, señor hidalgo! respondió el caido, por la pasion de Dios, si hay en vos mas piedad que en los que me han puesto de este modo, que me ayudeis á levantar, y me pongais en alguna parte que tenga mas segura la vida. Oyendo esto don García, espantado por parecerle mujer la que hablaba, se llegó mas cerca, y á la poca luz que la luna daba vió como no era engañosa su sospecha, porque era mujer, y desnuda en camisa, causa de mas admiracion: y deseoso de saber mas por entero el caso le dió la mano, y luego quitándose el ferreruelo, se le echó encima, aunque la dama estaba tan maltratada, que casi no podia tenerse en pié. Ayudóla don García, cargándola sobre sus brazos, y animándola la llevó hasta sacarla de aquella calle; y viendo la dama que se paraba para saber qué pensaba hacer de su persona, le dijo con tiernas lágrimas: Señor caballero, no es tiempo de desmayar en el bien que habeis empezado á hacerme; mi vida está en muy gran peligro si soy hallada, y á esta hora ya habrá muchos que me busquen; ruégoos, si teneis alguna parte secreta y segura, me ampareis esta noche, hasta que mañana dé órden de entrar en un monasterio. Señora mia, soy recien llegado á esta corte, replicó don García, y os doy mi palabra que no ha

quince dias que estoy en ella, y no conozco persona de quien fiar la vuestra si no es de mí mismo : si gustais de venir á mi posada, no os receleis de poneros en poder de un hombre mozo y forastero; con ella os podré servir. Vamos, señor, á vuestra posada, replicó la dama, que las partes donde yo puedo ir todas son sospechosas, y sea ántes que nos hallen, y pague yo sin culpa la que pensé cometer, si bien á los ojos del vulgo me la han de dar por haber restaurado mi honor, y vos el deseo que teneis de ayudarme. Y diciendo esto, caminaron á la posada de don García, si bien con mucho trabajo, porque la dama no podia tenerse aunque mas se animaba. De esta suerte, ayudándola don García, llegaron á su posada, y entraron dentro : tuvo entonces lugar de ver el hallazgo que habia tenido, y mirando su nueva camarada, creyó sin duda que no era mujer, sino ángel : tanta era su belleza y la honestidad y compostura de su rostro. Era al parecer de hasta veinte y cuatro años, y tan hermosa, que sin ser parte el guardarla, le robó el alma con la belleza de sus ojos, tanto que si no se le pusiera por delante la fe que debia guardar á quien se habia fiado de él, casi se atreviera á ser Tarquino de tan divina Lucrecia; mas favoreciendo don García mas á su nobleza que á su amor, á su recato que á su deseo, y á la razon mas que á su apetito, procuró con muchas caricias el reposo de aquella hermosísima señora, á la cual por estar maltratada y desnuda, como don García no tenia por el pronto vestidos, y ser hora de acudir mas á la quietud que al desvelo, la suplicó se acostase en su cama. Hízolo á mas no poder la dama, y dándole don García lugar para que reposase, sin querer preguntarle por entónces nada de su persona, ni la causa de haberla hallado así, se salió cerrando la puerta por defuera; y se fué al aposento de otro huéspede que estaba en la misma casa, con quien habia tratado amistad, dándole á entender que habia perdido la llave de su aposento, y que hasta otro dia que se descerrajase era imposible entrar dentro. De esta suerte pasó lo que faltaba de la noche, que á su parecer fué un siglo; tanto le tenia rendido la hermosa dama, y deseaba saber la causa que la habia puesto en tal desdicha. Y así apenas fué de dia cuando se vistió, y dandó á entender que habia parecido la llave, entró en su aposento, y halló á su bella huéspeda que al parecer habia dormido muy poco y llorado mucho. Sentóse don García sobre la cama, y despues de preguntarla cómo se hallaba, y ella dándole gracias por el bien que la habia hecho, le preguntó qué habia de nuevo en Valladolid, si acaso habia salido por ella. No, señora, respondió don García, porque si os he de decir la verdad, no me ha dado lugar el deseo de veros, y saber vuestras penas; así os suplico que no me tengais mas confuso, porque lo estoy tanto como el caso requiere. No me espanto, señor don García, replicó la dama, que ya sabia su nombre, que mis cosas admiren á quien las ve, y mas cuando sepais desde el principio mi historia, que es tal, que mas os parecerá fábula que caso verdadero; os lo contaré desde el principio de mi niñez, para que tengais que contar en vuestra tierra cuando Dios fuere servido de llevaros á ella.

Mi nombre, señor, es Hipólita; nací en esta ciudad, de padres tan ricos como nobles, y nació conmigo la desdicha, que siempre sigue á las

hermosas, que por tenerme por tal toda esta tierra, me atrevo á hacerme yo mismo esta lisonja. Apenas llegué á los años en que florece la belleza, gallardía, discrecion y donaire de una mujer, cuando ya tenian mis padres infinitos pretendientes, que deseaban por medio mio, á título de mi belleza, mas que al de su ríqueza', emparentar con ellos, que aunque esta era mucha, mas por la hermosura que por los bienes de fortuna deseaban mi casamiento. Entre los muchos que desearon esto, fueron los que mas se señalaron dos caballeros vecinos nuestros, tanto que entre su casa y la mia no habia mas division que la de una pared, entrambos hermanos, y entrambos con el hábito de Alcántara en los pechos, calificacion de su nobleza. Y como yo hasta entónces no sabia de amor, ni hasta dónde llegaba su poder y jurisdiccion, no me inclinaba á mas de lo que mis padres quisiesen escoger; los cuales satisfechos de lo bien que me estaba cualquiera de los dos hermanos, eligieron á don Pedro, que era el mayor, quedando don Luis, que era el menor, y debia de ser el que me amaba mas, pues fué el mas desdichado. Estimó esta ventura don Pedro como hombre que conocia cuánto habia alcanzado en mi valor, y así lo conocí en sus caricias y regalos. Pluguiera á Dios hubiera yo sido cuerda, y supiera agradecer este amor, y hubiera excusado las desdichas que padezco, y las que temo me faltan por padecer. Ocho años gocé de las caricias de mi esposo, y él de un amor muy verdadero, porque me enseñaba á quererle en las importunaciones de mi cuñado, que aun no tuvieron fin con verme casada con su hermano, el cual como me queria, las veces que hallaba ocasion me lo decia, no creyo yo que con intencion de remedio, porque era cristiano y cuerdo, sí bien amor derriba cualquiera prevencion de estas; y así pienso ahora que sucedia en él, supuesto que en ocasiones que pudo, casándose, apartarse de este amor, no lo hizo, aunque le ofrecí una prima mia, mas rica y mas hermosa que yo. Llevaba yo esto con la mayor cordura que podia: unas veces, dándole á entender que comprendia sus intentos, y otras reportándole y reprendiéndole, y dándole en ocasiones los mas sabios y virtuosos consejos que mi entendimiento alcanzaba; tal vez riñéndole y afeándole su atrevimiento, jurando decírselo á su hermano si no se abstenia de tal maldad y locura. Con lo cual don Luis, unas veces triste y otras alegre, y siempre amante y celebrador de mi belleza, pasó todo este tiempo, sustentando su vida con sola mi vista, trato y conversacion, que por ser las casas juntas, eran muy ordinarias sus visitas, y crecia á cada paso su amor con ellas. En este tiempo se vino como veis la corte á esta ciudad: pluguiera á Dios hubiera oido los gemidos, clamores y lágrimas de los que, sintiendo esta mudanza, clamaban sin ser oidos, pues con esto se hubieran excusado mis desdichas; que fué el principio de ellas y el venir entre los muchos pretendientes que siguen la corte uno, cuyo nombre es don Gaspar, portugues de nacion, y en la profesion soldado, que deseoso de alcanzar premios de los muchos servicios que habia hecho á su rey en Flandes y otras partes, siguió á todos los demas que vinieron tras los consejos, ó por mejor decir, tras este caos de confusion, que tal es la corte y los que la siguen. Y como los negocios no se despachen á gusto de los pretendientes, y es fuerza

aguardar un mes y otro mes, un año y otro año, y los de don Gaspar fuesen despacio, empezó travieso á buscar las casas de juego, donde destruir su opinion y hacienda, y ocioso algun sugeto con que entretenerse, y fuílo yo por mi desdicha; porque viéndome un dia en Nuestra Señora de San Llorente, dijo que cautivé su alma, y lo que pensaba buscar por entretenimiento hubo de solicitar por pasion de voluntad; y fuélo cierto, porque él me robó la voluntad, la opinion y el sosiego, pues ya para mí acabó en una hora. Era su gallardía, entendimiento y donaire tanto, que sin tener las demas gracias que el mundo llama dones de naturaleza, como son música y poesía, bastara á rendir y traer á quererle cualquiera dama que llegase á verle, cuanto mas la que se vió solicitada, pretendida y alabada. ¡ Ay de mí, y cuán presentes estan en mi alma sus gracias, ya no para estimarlas, sino para sentir que fueran ellas las que me tienen en el estado que estoy, tan fuera de parecer quien soy cuanto de volver á verme en la vida dichosa que gocé antes de conocerle! Supe su amor por medio de una criada (esfinge fiera y astuta perseguidora de mi honor), y él supo de ella misma mi agradecimiento y voluntad, escribiéndonos por su medio algunas veces, que imposibilitados de vernos por el recato de mi marido, entreteníamos de esta suerte nuestros amorosos deseos.

Sentia don Gaspar sumamente el verme casada, yo más que él, porque no hay mayor desdicha para quien ama que tener dueño, y mas si le aborrece, que esto era fuerza en mí, supuesto que queria á don Gaspar; y cuando no fuera por esto, por lo menos por estorbo de mi amor no habia de ser gustosa su compañía. Decíame sobre esto don Gaspar la vez que me hablaba, que era en la iglesia, mil lástimas acompañadas de tantas ternezas, que ya cuanto mas apriesa subia mi amor, bajaba mi honor, y daba pasos atras, y en sus papeles mas por entero, porque en ellos se habla sin el estorbo del recato, y dícense las razones mas sentidas. Acuérdome que una noche que quiso que fuese yo testigo de su divina voz, fué con unas endechas, que si gustais de oirlas las diré para que me disculpeis de mi yerro; pues no es milagro quo se rinda la fragilidad de una mujer á unas quejas bien dichas. A esto respondió don García (ya de todo punto rendida su voluntad á la belleza y donaire con que la hermosa Hipólita contaba su tragedia) que ántes le pedia que no pasase en silencio nada, porque la oia con tanto gusto, que quisiera que su historia durara un siglo. Pues si es así, respondió la dama, las endechas yo las aprendí de memoria, y creo no se me olvida ninguna: ellas decian así:

Un imposible adoro,
Por esto me atormento,
Por él doy mil suspiros,
Por él lágrimas vierto.
Por él dejo los gustos,
Por él las penas quiero:
Apetezco los males,
Y los bienes desprecio.
¡ Ay desdichadas quejas,
Ay amor verdadero,
Suspiros mal logrados,
Cuidados sin efecto!
Dichoso pastorcillo,
De la ventura extremo,
Por quien zeloso lloro,
Y despreciado temo.
El dia que los ojos
De mi ingrato te vieron,
O cegaran los suyos,
O yo naciera ciego.

Si para darme penas
Crió tu gracia el cielo,
Que yo nunca naciera,
Fuera piadoso intento.
Y pues hay en la villa
Otros rostros tan bellos,
Exceptuando á mi ingrato,
Pudieras triunfar de ellos.
Mas si nací cuitado
Y sin ventura, ¿que espero?
Sin razon me lastimo,
Y sin causa me quejo.
Gózala (¡mas qué digo!)
No la goces, que muero
Solo en pensar que tuya
La llama todo el pueblo.
Caminen mis suspiros
A mi ingrata derechos,
Y en su pecho de mármol
Se conviertan en fuego.
Mas si la quiero ¿cómo
Tan mal la deseo?
Mejor es que yo muera,
Que soy el que padezco.
Así canta llorando
Imposibles desvelos,
Pasadas sinrazones,
Y rigurosos zelos
Un zagalejo amante,
Su ganado siguiendo,
Perdido por ganarle
Su ganado el deseo.

No pudo la terneza de mi pecho ni la fuerza de mi voluntad sufrir el ver padecer á don Gaspar sin alentar su amor, siquiera con un dia de favor y contento, para que pudiese con él llevar con gusto tantos pesares como los que habia de padecer, respecto de las pocas ocasiones que me daba mi esposo; porque aunque vivia seguro de mí, ó fuese respeto de su honor, ó fuerza de su amor, recelóse como cuerdo, picaba tal vez en zeloso necio; mas amor, que algunas veces, apiadado de ver padecer á sus súbditos, les trae por los cabellos algun breve gusto, ordenó que convidase á mi esposo un caballero su amigo para ir á caza, en cuyo ejercicio se habian de entretener dos ó tres dias Aceptó don Pedro el viage, y yo, aunque me alegré sumamente, fingí desabrimiento, extrañando la novedad. En fin él se partió á su caza, y aquella secretaria de mi flaqueza á dar aviso á don Gaspar de esta venturosa suerte, á quien dijo por un papel viniese aquella noche por la puerta falsa de un jardin que caia á las espaldas de mi casa, que allí me hallaria, y por señas la puerta abierta, porque no me atreví á que entrase por la principal, respecto que mis padres, en cuya casa yo vivia con mi esposo, no le sintiesen. Era verano, y para aguardar á mi amante, hice sacar al jardin dos colchoncillos de raso, y ponerlos debajo de unas parras, tomando por achaque el calor, y era la causa el retirarme de las demas criadas, que si me vieran vestida, no se entráran á acostar, y no era esto lo que yo queria, pues mas deseaba la soledad que la compañía, aguardando sola la de mi amante. En fin ellas dejándome desnuda, y á su parecer dormida, se entraron á recoger: solo quedó conmigo la que sabia mis cosas, y esto con órden de irse luego, y dejarme en el lugar donde habia de combatir mi amor y mi honor, quedando este vencido y aquel triunfante y vencedor; cuando estando con la puerta abierta, que por no ser el jardin muy grande lo podia hacer sin que entrase nadie que no fuese visto, llegaron las criadas á decirme que su señor y mi esposo era venido; que habiendo el que iba en su compañía dado una gran caida, y lastimádose mucho, se volvieron, no pudiendo proseguir la caza. Pues como yo viese á don Pedro en

casa, y la dicha de mi mano en no haber venido don Gaspar, y el peligro en que estaba su vida y la mia si acertase á venir, mandé á mi secretaria que cerrase la puerta por donde habia de entrar con llave, pareciéndome que cuando viniese y la hallase cerrada se volveria, y que á la mañana, avisándole lo que pasaba, quedaria satisfecho, como era razon lo estuviese, pues con el legítimo dueño no hay excusas. Hecho esto, llegó don Pedro con los brazos abiertos, á quien hube de recibir con los mismos, aunque con ánimo diferente, y él, alabando el lugar y la cama para remedio del calor, me dió cuenta de su venida, y desnudándose se acostó, ocupando el lugar que estaba para mi amante, el cual como dentro de poco tiempo que sucedió esto llegase á la puerta, y la hallase cerrada, cosa tan fuera de nuestro concierto, concibiendo de esta ocasion pesados y locos zelos, no pudiendo pensar que fuese la ocasion que le estorbaba su entrada sino otra ocupacion amorosa (porque siendo una mujer fácil, hasta con los mismos que la solicitan se hace sospechosa), ayudándole un criado, saltó las tapias, que no eran muy altas, y paso á paso, por no ser sentido, se vino á buscar la causa de su atrevimiento. Habia á este tiempo acabado la luna su carrera, y escondídose en su primera casa, con que estaba todo en confusas tinieblas, y nosotros rendidos al sueño, y así tuvo lugar de rodear el jardin, y venir á dar junto á la cama en que yo y mi esposo estábamos; y como en la vislumbre viese que en ella habia dos personas, no creyendo fuese don Pedro, se bajó y puso de rodillas, diciendo entre sí que no era su sospecha vana, y llevado de la cólera, sacó una daga, y como quisiese dar con ella á mi inocente dueño, el cielo, que mira con mas piedad las cosas, permitió que á este punto, dando don Pedro vuelta en la cama suspiró, con lo que conoció don Gaspar su engaño, coligiendo lo que podia ser; y dando gracias al cielo de su aviso, se puso de mi lado, y dando lugar á esto el sueño de don Pedro y su atrevimiento, me dispertó: yo, conociendo su temeridad en tal caso, le pedí por señas que se fuese, lo cual hizo viendo mi temor, llevando en prendas con mis brazos las flores de mis labios, fruto diferente del que él pensó coger aquella noche. Con esto, tornando á saltar las tapias don Gaspar, que por la parte de dentro eran mas bajas, se volvió á su posada con la pena que se puede creer; y otro dia recibí este papel que me envió, que con esto quiso hacer alarde de su gracia y de lo que sentia el verse en tal estado, el cual hizo en mí tal efecto, que á no estar tan perdida pudiera acabar de perderme, tan bien me parecian sus cosas.

Quién puede contra el cielo
Tener cólera y rabia,
Que si con ella escupe,
No le caiga en la cara?
¿Quién, si está desarmado,
Contra aquel que trae armas,
De victoria seguro,
Puede entrar en batalla?
Quién contra un poderoso,
Siendo de humilde casta,
Aunque viva ofendido,
Podrá tomar venganza?
¿Qué pobre contra un rico,
En banquetes y galas
Podrá en igual fortuna
Pasar la vida larga?

¿ Quién, si amor le persigue,
Contra quien no le ama,
Aunque de amor se precie,
Tendrá cierta esperanza?
¿ Quién contra un venturoso,
Si en posesion se halla,
Podrá, si es desdichado,
Salir con lo que aguarda?
¡ Ay cielo! cuando quise
Gozar tu hermosa cara,
En poder de otro dueño
Mi desdicha te halla.
Marchita mi ventura,
Dudosa mi esperanza,
Propio el dueño que tiene
Posesion de tus gracias.
¿ A quién le ha sucedido
Tan notable desgracia,
Que entrando á poseerte,
Sin posesion se halla?

Como fué tan desgraciado mi amor en la primera ocasion, temia aventurarme en la segunda; mas eran los ruegos de mi amante tantos y con tantas veras, que hube de determinarme; y así aconsejándome con aquella criada secretaria de mi amor, me respondió que se espantaba de una mujer que decia tenerle que tuviese tan poco ánimo, y se aventurase tan poco; que viniese don Gaspar, y entrase de noche ántes de cerrarse las puertas, que ella le tendria escondido en su aposento, y que yo (despues de acostado don Pedro) podria, fingiendo algun achaque, levantarme de su lado. Concedí con el entrar, y verme en su estancia con él. Avisé á don Gaspar del concierto, ordenando el modo que habia de tener: vino la noche, y con ella mi cuidado, porque don Gaspar y mi esposo casi entraron á un tiempo. Escondió mi criada en su aposento á don Gaspar, y yo fingiendo sueño y alguna indisposicion, hice recoger la gente, y acostar á mi esposo, harto desconsolado de verme indispuesta. Estando pues aguardando que se durmiese para levantarme, oí grandes voces en la calle, y consecutivamente llamaban á la puerta diciendo: Que se quema esta casa, fuego, fuego, señor don Pedro, mire que se abrasan; póngase en salvo, que por la parte de arriba salen grandes llamas. Levantéme alborotada, y apenas salí á un corredor, cuando ví arder mi casa, siendo el incendio tal que el humo y fuego no dejaba ver el cielo. Y como conociese el peligro, empecé á dar gritos llamando á don Pedro, y él á los criados para que acudiesen al remedio. Y fué el caso que una negra que tenia á cargo la cocina pegó una vela á un madero, junto á su cama, y quedándose dormida se cayó la vela sobre ella; y encendiéndose la ropa pagó con la vida el descuido. Estas desgraciadas nuevas, junto con mi peligro, me quitaron de suerte el sentido, que cuando volví en mí fué cerca de la mañana, hallándome en casa de mi cuñado don Luis, donde me pasaron para salvarme la vida. El fuego aplacado, si bien quemada gran parte de mi hacienda, envié á saber si mi criada habia escapado de tal desdicha, por saber si le habia tocado algo de ello á don Gaspar. En fin ella vino adonde yo estaba, de quien supe que entre los que acudieron al fracaso pudo don Gaspar librarse sin ser sentido. Pasado este alboroto del fuego, como el de mi corazon era mayor, envié á saber de don Gaspar, el cual no acabando de encarecer su desdicha, lastimadísimo de mi indisposicion, me escribió un papel con mil tiernas quejas; al cual respondí mil locuras, dándole palabra de que á la primera ocasion se vengaria de todas estas desventuras. Algunos dias se pasaron en reparar

el daño del fuego y aderezarse la casa, estando yo en la de mi cuñado, como he dicho, y entreteniéndonos mi amante y yo con papeles, hasta que vuelta á la mia y enternecida de sus ruegos, y olvidada de los pasados estorbos que me ponia el cielo (para excusar en lo que ahora me veo), dí órden de ejecutar el concierto pasado, en cuya conformidad avisé á don Gaspar viniese como la vez pasada. Mas fué la suerte que esta noche vino don Pedro mas temprano que don Gaspar; y fué la causa que andaban por prender á un amigo de mi esposo por una muerte, y como por ser tan principal se respetaba mi casa como la de un embajador, le trajo consigo, y por estar mas seguro, mandó en entrando cerrar las puertas, no dejando á ninguno el cuidado de responder ni abrir á los que llamasen, sino tomándole para sí, de suerte que cuando don Gaspar vino ya la puerta estaba cerrada y todos recogidos. Hallando tan mala suerte, hizo una contraseña, á la cual salió mi criada á un balcon, y culpando su tardanza le contó lo que pasaba, y que si por una ventanilla que estaba en un aposento bajo no entraba, era imposible abrir ya la puerta. Agradecióselo don Gaspar con mil palabras y promesas, y la rogó que bajase á abrir la ventana, la cual por caer á una callejuela sin salida, y ser pequeña, estaba sin reja. Hízolo así mi tercera, previniéndole de que no podia entrar por ella, mas él que con su amor lo hallaba todo fácil, pareciéndole bastante, se entró por ella, y entrando la cabeza y hombros, se quedó atravesado en el marco por la mitad del cuerpo, de suerte que ni atras ni adelante fué posible pasar. Viéndose mi criada en esta tribulacion, y que si no era desencajando el marco era imposible salir, fué á llamar otra compañera, dándole á entender que era requiebro suyo; y entre las dos y el criado que traia don Gaspar, con las dagas y otros hierros sacaron el marco de la pared, mas no tan sin ruido, que oyéndolo los criados, dieron voces, pensando ser ladrones, á las cuales se alborotó la casa, siendo fuerza á don Gaspar el correr metido en su marco, y á mis criadas recogerse.

Estaba yo descuidada que fuese mi amante el ladron que alborotó la casa; porque como decian que un hombre habia sido hallado quitando el marco de la ventana, no hice mas diligencia en saberlo, hasta que saliendo de cama mi esposo, entró mi criada á darme de vestir, la cual me dió cuenta del suceso; y como las desdichas no empiezan por poco, creyendo que don Pedro no vendria tan presto, ya determinada de dar á don Gaspar el premio de tantos trabajos y fatigas, le envié volando á llamar con mi criada; y por ser todo cerca, vino luego, y entrando donde estaba, le recibí con los brazos, siendo este el segundo favor que en el discurso de un año que nos duró ese entretenimiento le dí, porque el que alcanzó la noche que quiso matar á mi esposo fué el primero. Estando los dos solemnizando con mucho gusto la entrada de la ventana, mi criada, que estaba en una de las de mi casa sirviendo de atalaya y espía, entró alborotada, diciendo: ¡Ay, señora mia! perdidos somos, que mi señor viene; y tan aprisa, que á esta hora está dentro de casa. Con tales nuevas aunque pudiera enflaquecer mi ánimo, no lo hizo, ántes abriendo un baul grande que estaba en un retrete mas adentro, saqué de presto cuan-

to habia en él, y echándolo sobre una rima de colchones, hice entrar en él á don Gaspar. A este punto entró don Pedro pidiendo á gran priesa en qué hacer las necesidades ordinarias, que ese desconcierto le habia vuelto á casa. En eso, y en tomar unos bizcochos, por no haberse desayunado, se entretuvo mas de hora y media, y aun creo que no saliera tan presto si no oyera tocar á misa. Y como salió de casa, yo con el mayor gusto del mundo, viendo que ya de aquella vez no podia la fortuna quitarme el bien de gozar de mi amante, abrí el baul; mas fué en vano, porque don Gaspar estaba muerto. Viendo en fin que no bullia pié ni mano, le puse desatinada la mano sobre la boca, y asegurada de mi desventura, sintiéndole falto de alientos, en esto, y en verle frio, me aseguré de todo punto que estaba ahogado. Entró á este punto mi criada, que no con menos lástimas que yo habia cerrado el baul, me sacó fuera, pidiéndome ella á mí, y yo á ella, con lágrimas y suspiros, consejo para tener modo de sacarle de allí, porque en todo hallamos mil dificultades. Estando pues las dos solemnizando lastimosamente la muerte del malogrado don Gaspar, entró mi cuñado don Luis, el cual como me halló tan ansiada y llorosa, empezó á preguntarme la ocasion, la cual le dije, fiada en el grande amor que siempre me habia tenido, aun ántes de ser mujer de su hermano; y así rematada, y casi desesperada de la vida, le dije: Señor don Luis, á mí me ha sucedido la mayor desdicha que á mujer en el mundo ha sucedido, la cual es tan sin remedio de mi parte, que por eso me atrevo á daros cuenta de ella. En fin le dije cuanto os he dicho, concluyendo con estas palabras: Caballero sois, si me quereis socorrer, oblígueos mi desdicha, suponiendo que es Dios testigo, por quien os juro que no he ofendido á mi marido de obra, si bien con el pensamiento no ha podido ser menos; y si sois tan cruel, que lo creeis, y se lo quereis decir, haced lo que quisiéredes, que con una vida que tengo pagaré, sin quedar á deber mas. Admirado don Luis me dijo que me quietase, y llamando un hombre, hizo cargar el baul, y llevarlo á casa de un amigo suyo, á quien dió cuenta del caso. Abrieron el baul, y sacando de él á don Gaspar, le echaron sobre una cama, y le desnudaron; y tentándole el pulso, vieron que no estaba muerto: acostándole en la misma cama, y poniéndole paños de vino en las narices y en los pulsos, y calentadores que ponian dentro de la cama, conocieron en él señales de vida. Viendo esto, le cerraron con llave, dejándole solo, porque todo esto lo supe yo despues. Volvió don Gaspar en sí cerca ya de la noche, y como se hallase en aquella casa desnudo en la cama, y conociese que no era en la que estaba la mia, acordándose que yo le habia puesto en el baul, empezó á discurrir, buscando la verdad, mas por mas que pensaba hallarla, no acertaba con ella. Estando en esto sintió abrir la puerta, y atendiendo á ver quién entraba, conoció á don Luis, el cual suceso le dió tal susto que fué milagro no morirse de veras, y mas cuando llegándose don Luis á él, y sentándose sobre la cama, le dijo: ¿Conocéisme, señor don Gaspar? ¿Sabeis que soy hermano de don Pedro y cuñado de doña Hipólita? Sí por cierto, respondió don Gaspar. ¿Sabeis, prosiguió don Luis, mi calidad y la suya? ¿Acordaos de lo que ha pasado hoy? Pues os juro por esta

cruz (diciendo esto, puso la mano en la que traia en el pecho) que el dia que supiese que volveis á las mismas pretensiones, ó pasais por su calle, he de hacer la venganza que ahora dejo de hacer, por haberse una miserable y loca mujer fiado de mí, y estar enterado de que la ofensa de mi hermano no se ha ejecutado de obra, si bien los deseos eran merecedores de castigo. Prometió don Gaspar obedecerle, asegurándole con mil juramentos, y agradeciéndole con mil sumisiones el darle la vida, que habia estado y estaba en su mano quitarle Y vistiendose, se fué determinado á no verme jamas, como lo hizo, porque fué mi nombre á sus oidos la cosa mas aborrecible que tuvo, como sabreis en lo que falta de este discurso. Yo, cuidadosa de lo que habia sucedido, sin tener atrevimiento de preguntarle á don Luis qué cobro habia puesto en aquel desgraciado cuerpo, viendo que él no me decia nada, encargué á mi secretaria se informase en la posada de don Gaspar diestramente, y qué se habia hecho; y fué tan á tiempo, que le halló pasando su ropa á otra posada muy léjos de aquellas calles, por cumplir la palabra que habia dado á don Luis. El cual apenas vió á Leonor, que así se llamaba la criada secretaria de mis devaneos, cuando le dijo que se fuese con Dios, que ya bastaban mis enredos y engaños, y sus desdichas. Y dándole cuenta en breves palabras de cuanto le habia pasado, y la que habia dado á don Luis, concluyó con decir que me dijese que mujer tan ingrata y traidora como yo hiciese cuenta que en su vida le habia visto, que bien echaba de ver que habia sido traza mia esta y las demas para traerle al fin que pudiera tener, á no dolerse el cielo de su miseria. Y diciendo esto se fué, dejando á Leonor confusa; mas con todo le siguió por saber la casa á que se pasaba. Con estas nuevas volvió á mí, y el contento de la vida de don Gaspar se me volvió en tristeza, viéndome inocente en la culpa que me daba, y aborrecida de un hombre que tanto queria, y por quien tantas veces me habia visto con la muerte al ojo y la espada á la garganta. Con estos pensamientos dí en melancolizarme, poniendo á mi esposo en gran cuidado el verme tan triste y agena de todo gusto. Y mas viéndome perseguida de don Luis, que habiéndole dado alas el saber mi flaqueza, empezó á atreverse á decirme su voluntad sin rebozo, pidiendo sin respeto de Dios y de su hermano el premio de su amor. Estas cosas me traian tan fuera de mí, que me quitaron de todo punto las fuerzas, dando conmigo en la cama de una gravísima enfermedad, que si Dios permitiera llevarme de ella hubiera sido mas dichosa.

Mas de un mes estuve en la cama con bien pocas esperanzas de mi vida; mas no quiso el cielo que la perdiese para mas atormentarme con ella. Visitábame muy á menudo mi cuñado don Luis; y ya con amenazas, ya con regalos, ya con caricias, procuraba traerme á su voluntad. Considerad, señor don Garcia, mi confusion, que era en esta ocasion la mayor que mujer tuvo: por una parte me veia despreciada de don Gaspar, amándole por esta causa mas que hasta entónces, si bien quebradas las alas de mis deseos: porque aunque él me quisiera, ya en mí no habia atrevimiento para ponerme en mas peligros que los pasados; por otra me veia amada y solicitada de mi cuñado, y amenazada de él, de suerte

que me decia, viéndome abrir la boca para refrenarle y reprenderle, que pues habia querido á don Gaspar le habia de querer á él; por una parte temerosa, cerrando los ojos á Dios, queria darle gusto, y por otra consideraba la ofensa que al cielo y á mi marido hacia; y de todo esto no esperaba remedio sino con la muerte. Ya os dije que su casa y la mia estaban juntas, y que sola una pared las dividia: pues sabreis que por un desvan que estaba junto con otro mio, tan á trasmano, que raras veces se entraba en él, abrió una pequeña puertecilla, cuanto podia entrar una persona: y esta misma noche, despues de haberme recogido, entró por la parte que digo en mi casa. y como quien tan bien la sabia, tomó las llaves y abrió la puerta de la calle, seguro de cualquier impedimento, como ladron de casa, y abierta se fué á la cabelleriza, soltó los caballos que habia en ella, que eran seis, dos de rua y cuatro del coche; los cuales empezaron á hacer grandísimo ruido, al cual despertó el criado que cuidaba de ellos, y á grandes voces empezó á pedir ayuda para recogerlos, que andaban sueltos corriendo por la calle. Mi marido que lo oyó se levantó, y tomando una ropa llamó á los demas criados, salió á la calle, riñendo al mozo por el descuido que habia tenido. Don Luis, que desnudo en camisa estaba en parte que lo pudo ver salir, aguardó un poco, y luego se vino á la cama donde yo estaba, y fingiendo ser mi esposo, se entró en ella, llegándose á mí con muchos amores y ternezas. Pues como el tiempo es tan frio como veis, esto me obligó á decirle: Jesus, señor, ¿cómo venis tan helado? Hace mucho frio, respondió el cauteloso don Luis, disimulando cuanto pudo la voz. ¿Recogísteis los caballos? repliqué yo. Allá andan en eso, dijo mi traidor cuñado, y diciendo esto, y cogiéndome en sus brazos, poseyó todo cuanto deseaba, deshonrando á su hermano, agraviándome á mí y ofendiendo al cielo. Hecho esto, viendo que ya era hora de volver su hermano, dándome á entender que iba á ver si acababan los criados de recoger los caballos, se ausentó, sin que en mí cayese sospecha de malicia alguna, y se volvió á entrar en su casa por la parte que habia salido. No tardó mucho en venir don Pedro, dejando ya quieto el alboroto de los caballos y recogidos los criados; y entrándose en la cama, como venia traspasado de hielo, se quiso llegar á mí; y así le dije, reportándole algo de su deseo: ¡Válgame Dios, señor, y qué travieso que estais esta noche, que no ha un instante que estuvísteis aquí, y ahora pretendeis lo mismo! ¿Sueñas, Hipólita? respondió don Pedro, ¿yo he vuelto aquí desde que salí á recoger los caballos? Respuesta fué esta que me dejó muy confusa, como quien sabia tan bien que no era sueño; y así pensando en el caso, casi sospeché la traicion, y aun me quitó el sueño pensar en ella, si bien no me atreví á replicar á don Pedro. Amaneció aun mucho mas tarde de lo que mi desasosiego permitia; y habiéndome vestido, me fuí á misa, y al entrar en la iglesia ayer por la mañana, porque antenoche fué la tragedia de mi honra, hallé á don Luis junto á la pila del agua bendita, el cual como me vió, llegó tan galan como ufano á darme el agua; y como el contento no le cabia en el cuerpo, ó por mejor decir, su traicion misma disponia los instrumentos de mi venganza, al tiempo que yo cortés y severa tomé el agua de su mano, apretándome la mia, me dijo paso, y

con mucha risa : Jesus, señora, ¿y cómo venis tan helada? Con cuya palabra acabé de caer en la cuenta de todo. Volví á mi casa despues de haber oido misa con la inquietud que podeis pensar. Y en comiendo, como don Pedro se salió fuera, no dejé paso ni lugar en toda mi casa, por escondido que fuese, que no busqué, ventana y puerta que no hice prueba de ella : y como lo hallase todo cerrado y sin mácula, sospechando que con ayuda de alguna criada mia habia hecho tal atrevimiento, subí al desvan, mas por acabar de enterarme, que porque creyese hallar en él lo que hallé, que fué la pequeña puerta, la cual no habia cerrado, quizá por venir por ella otras veces. Con esto ya de todo punto satisfecha, sin decir palabra me volví á mi aposento : pensando el modo de mi venganza estuve hasta que mi esposo don Pedro vino á cenar, y como fuese ya tarde acostóse, y yo con él, aguardando con mucho sosiego la quietud de todos los criados. Viendo pues á mi esposo dormido, me levanté y vestí, y tomando su daga y una luz me subí al desvan, y entrando por la pequeña puerta, llegué hasta el mismo aposento de don Luis, al cual hallé dormido, no con el cuidado que su traicion pedia, sino con el descuido que mi venganza habia menester, pues como ya habia cumplido sus deseos dormia su apetito sin darle cuidado; y apuntándole al corazon, de la primera herida dió el alma, sin tener lugar de pedir á Dios misericordia : y luego tras esto le dí otras cinco puñaladas con tanta rabia, como si con cada una le hubiera de quitar la vida. Volvíme á mi aposento, y no mirando si por esto le podia venir á mi inocente esposo algun daño, porque por una parte mi furor y por otra mi turbacion me tenian fuera de mí, puse la daga en la vaina sin limpiar la sangre, ni mirar el desacierto que hacia, pues cuando la justicia me prendiese, la verdad habia de ser de mi parte, y la maldad de don Luis. Abrí un escritorio, y puse en un lienzo todas mis joyas, que valdrian mas de dos mil ducados; y abriendo las puertas, sin ser sentida, ni dar á ninguno cuenta de mi locura, me salí de casa, y fuí á la posada de don Gaspar, que ya otras veces me habia informado de mi criada dónde era. Llamé á la puerta, la cual me abrió un criado que ya sabia nuestras desdichas, y como me vió muy espantada, me dijo que su señor no habia venido, porque estaba jugando. No importa, dije, yo le aguardaré; y así lo hice, aunque sabe Dios que fué con harto temor. Vino al fin don Gaspar, y como entrando me viese, haciéndose mil cruces, con una cólera increible me dijo : ¿Qué libertad es esta, señora doña Hipólita? ¿qué buscais en mi casa? ¿No bastan los trabajos que me costais, y los peligros en que me habeis puesto, y el mas cruel y de mayor afrenta el último en que estuve, pues con intento traidor y cruel me enviaste á llamar para ponerme en poder de vuestro cuñado y amante? Habíale yo dado cuenta al ingrato de cómo don Luis me queria, y por esta causa sospechó tal bajeza en mí; y así porque no pasase adelante en su dañada intencion, con un mar de lágrimas le dije : ¡Ay, don Gaspar, señor mio! y qué diferencia hay en todo de lo que imaginais, porque entregaros á mi cuñado bien veo que fué desconcierto de mi turbacion : ¿mas qué podia hacer una mujer que se veia con un hombre muerto, que tal creí que estábais, y aguardando á su

marido? Bien parece que no sabeis lo que pasa. A don Luis dejo muerto por mis propias manos, para lavar con su sangre la mancha de mi afrenta, la cual intentó y consiguió como amante desesperado: mi casa puesta en el peligro que se dirá mañana, y yo no fuera de él. Lo que importa es que al punto me saques de Valladolid, y me lleves á Lisboa que joyas traigo para todo. ¡Ah traidora liviana! dijo don Gaspar, ahora confirmo mi pensamiento, que fué entregarme á tu galan para que me diese la muerte, cansada de mi firme amor, enfadada de mis importunaciones; y ahora que te has hartado de él, cual otra Lamia lasciva y adúltera Flora, cruel y desleal Pandora, le has quitado la vida, y quieres que yo tambien acabe por tu causa. Pues ahora verás que como hubo amor habrá aborrecimiento, y como tuviste mal trato habrá castigo. Y diciendo esto, me desnudó hasta dejarme en camisa, y con la pretina me puso como veis (diciendo esto la hermosa dama mostró á don García lo mas honesta y recatadamente que pudo los cardenales de su cuerpo, que todos ó los mas estaban para verter sangre), sin ser bastante su criado para que dejase su crueldad, hasta que ya de atormentada caí en el suelo, tragándome mis propios gemidos por no ser descubierta; y viéndome el traidor así, abrió la puerta, y me arrojó en la calle, diciendo que no me acababa de matar por no ensuciar su espada en mi vil sangre, donde, á no llegar vuestra piedad, á esta hora estuviera, sino muerta, á lo menos en las manos de los que ya me deben andar buscando.

Esta es, piadoso don García, mi desdichada historia: ahora es menester que me aconsejeis qué podrá hacer de sí una mujer, causa de tantos males. Por cierto, hermosa Hipólita, dijo don García, tan lastimado de verla bañada en lágrimas como enamorado de su belleza, que estoy tan airado contra el ingrato don Gaspar, cuanto sentido de tus desdichas. Pluguiera á Dios que estuviera en mi mano el remediarlas, aunque pusiera en cambio mi vida: no puedo yo crer que en don Gaspar hay noble sangre, pues usó contigo tal vileza; pues cuando no mirara lo que te habia querido, y verte rendida á su poder, por mujer pudiera guardarte mas cortesía; mas yo te prometo que él no quedará sin castigo, pues el cielo tiene cargo de tus venganzas, como hizo la de don Luis. Reposa ahora, que quiero, con tu licencia y las señas de tu casa, ir á ella, y saber en qué ha parado tu falta y su muerte, y luego tomarémos el mejor acuerdo. Agradecióselo la dama con los mayores encarecimientos que pudo, con lo que don García, obligado y en algo pagado de su amor, se fué en casa de doña Hipólita por ver qué habia de nuevo; y apenas llegó á ella cuando vió sacar á don Pedro, que le llevaban preso á título de matador de su hermano, cuyos indicios confirmaba la puerta que se halló en el desvan, la daga que estaba dentro de la vaina llena de sangre, y el decir las criadas que su señora era amada de don Luis; diligencias que supo muy bien hacer la justicia, visitando la casa y lo demas, tomando su confesion á los criados y criadas. De todas estas cosas estaba el pobre caballero tan inocente, como embelesado de ver la falta de su mujer, pues el faltar asimismo las joyas y el manto, y haber hallado abierta la puerta le daba mas que sospechar; y así sin dar disculpa ni razon fué lle-

vado á la cárcel, dejando guardas en las casas, tanto del muerto como del preso, sin perdonar de ningun modo los criados y criadas, ni aun á los padres de doña Hipólita. Lleno de compasion el noble don García de ver tal espectáculo, y encendido en cólera, con intento de castigar la bajeza de don Gaspar, á cuya venganza le daba fuerza el amor que á Hipólita tenia, pareciéndole que con su vida pagaria el haberla maltratado y quitado sus joyas, llegó á su posada, y preguntando por él, le dijo la huéspeda que aquella misma mañana habia partido por la posta á Lisboa, donde le habia dicho su criado que iban, porque estaba su padre muy malo.

Pues viendo don García el poco fruto que tenia su deseo, y que era fuerza poner cobro en aquella dama por su peligro y el suyo, si fuese hallada en su poder, porque á esta hora ya se daban pregones que á quien dijese de ella darian cien escudos, y en cuyo poder se hallase pena de muerte, por esto, y mas por su amor, que le tenia tanto que no se atrevia á fiarle de sí mismo, pues que casi disculpaba á don Luis de su yerro, se fué á la ropería, y tomando un gallardo y rico vestido, y con él los demas adherentes que eran menester para que doña Hipólita pudiese salir de allí, lo llevó el mismo, y sin querer fiarse de nadie se volvió á su posada, contando á la bella Hipólita lo que pasaba, y como se decia que querian dar tormento á su marido: nuevas que sintió tanto, que determinada y loca quiso ir á ponerse en poder de la justicia, para que por su ocasion no padeciese el noble don Pedro y tantos inocentes criados: mas don García, reprobando su determinacion, la reportó, y haciéndola vestir y comer un bocado, fué por una silla, y en ella la llevó á un convento de religiosas, pagando liberalmente cuanto era menester; y estando allí, la aconsejó que negociase la libertad de su marido, pues estaba inocente. Hízolo la dama, escribiendo un papel al presidente, en que decia que si queria saber el agresor de la muerte de don Luis viniese á verla, que ella se lo diria. El presidente, deseoso de saber caso semejante, como todos eran principales, y aun ella deuda suya, vino con otros señores del consejo al monasterio, á los cuales contó doña Hipólita todo lo que queda dicho, declarándose ella por matador de su aleve cuñado, diciendo que su marido y criados estaban inocentes, y tambien los del muerto. Con esta relacion fué el presidente á hablar á su majestad, el cual viendo cuan justamente se habia vengado doña Hipólita, la perdonó y dió por libre; y asimismo á su marido y todos los demas presos, que ántes de cuatro dias se vieron en libertad. Solo doña Hipólita no quiso volver con su marido, aunque él lo pidió con hartos ruegos, diciendo que honor con sospechas no podia criar perfecto amor ni conformes casados, no por la traicion de don Luis, que esa, vengada por sus manos, estaba bien satisfecha, sino por la voluntad de don Gaspar, de quien su marido entre el sí y el no habia de vivir receloso. Lo que se le pidió fueron sus alimentos, que el noble don Pedro le concedió liberalmente. Este disgusto trajo al pobre caballero á tanta tristeza, que sobreviniéndole una grande enfermedad, ántes de un año murió, dejando á su mujer é hija herederas de toda su hacienda, de quien no se tenia por ofendido, ántes el tiempo que

vivió la visitaba en todas ocasiones. Viéndose doña Hipólita libre, moza, rica, y en deuda á don García de haberla amparado, visitado y animado todo el tiempo que estuvo en el convento, en el cual la regalaba con muchísima puntualidad, y mas obligada del amor que sabia que la tenia, de que en el convento le habia dado claras muestras, agradada de su talle y satisfecha de su entendimiento, cierta de su nobleza y segura de que estimaria su persona, se casó con él, haciéndole señor de su belleza y de su gruesa hacienda, que sola esta le faltaba para ser en todo perfecto; pues aunque tenia una moderada pasadía, no era bastante para suplir las faltas que siendo tan noble era fuerza tuviese. El cual, agradecido al cielo, y querido de su hermosa doña Hipólita, vive hoy con hijos, que han confirmado su voluntad, y extendido su generosa nobleza. Andando el tiempo, trajeron á Valladolid preso un hombre por salteador, y este, estando ya al pié de la horca, confesó que, sin el delito porque moria, merecia aquel castigo por haber muerto camino de Lisboa á su señor don Gaspar, por quitarle gran cantidad de joyas que él habia robado á una dama que se habia venido á valer de él, contando el suceso de doña Hipólita en breves razones; por donde se vino á conocer que el cielo dió á don Gaspar el merecido castigo por la mano de su mismo criado, que era este que se castigaba.

Este suceso pasó en nuestros tiempos, del cual he tenido noticia de los mismos á quienes sucedió, y yo me he animado á escribirle, para que cada uno mire lo que hace, pues al fin se paga todo.

Dió tanto gusto la maravilla referida por don Miguel, que la celebraron con mil alabanzas, dándole las gracias con agradecidos encarecimientos. Y como don Lope estuviese satisfecho de que la suya no daria menos gusto que la de su compañero, se empezó á prevenir para decirla, la cual comenzó de esta suerte:

NOVELA OCTAVA.

EL IMPOSIBLE VENCIDO.

Salamanca, ciudad nobilísima, y la mas bella y amena que en la Castilla se conoce, donde la nobleza compite con la hermosura, las letras con las armas, y cada una de por sí piensa aventajarse y dejar atras á cuantas hay en España, fué madre y progenitora de don Rodrigo y doña Leonor, entrambos ricos y nobles. Era don Rodrigo segundo en su casa, culpa de la dicha, que quiso por esta parte quitarle los méritos que por la gallardía y discrecion tenia merecidos, y que por lo menos fuese defecto que quitase el emprender famosas empresas, pues lo era para él doña Leonor, única y sola en la casa de sus padres, y heredera de un riquísimo mayorazgo. Vivian uno frontero de otro, y tan amigos los unos de los otros, que casi se hacia la amistad sangre, siendo la de los padres causa de que los hijos desde sus mas tiernos años se amasen, hasta que llegando á los de discrecion, cansado amor de las burlas, solicitó llevar plaza de veras (y halló en esto favor de su paladar, cuanto quiso y pudo desear), porque los dos amantes habian nacido en la estrella de Píramo y Tisbe, por cuyo ejemplo puesto en los ojos de los padres de doña Leonor, empezaron á temer, no el fin, sino el principio; y porque les parecia que atajado este, no tendria lugar el otro, procuraron estorbar en cuanto les fué posible la comunicacion de doña Leonor y don Rodrigo, pues por lo menos quitaron que fuese con la llaneza que en la niñez. Y como amor, cuando trata cosas de peso, él mismo se recata y recela de sí mismo, empezaron estos dos amantes á recelarse hasta de sus mismos pensamientos, buscando para hablarse los lugares mas escondidos, tomando amor de las niñerías entera posesion de las almas, y mas viendo el estorbo que les hacian sus padres, aumentando de tal suerte la voluntad, que ya no trataban sino del efecto de su amor y cumplimiento de sus deseos, determinándose los dos juntos, y cada uno de por sí, á morir primero, que dar paso atras en su voluntad. Las dádivas facilitaron la fidelidad de los criados, y amor el modo de verse, supliendo tal vez los amorosos papeles las ocasiones de hablarse, expresándose en ellos con tanta llaneza, que sin recato, pero sí con vergüenza,que siempre malogra muchos deseos, se declaraban sus mas íntimos pensamientos. Pues como la hermosura de doña Leonor cada dia iba en mayor aumento, se le ofrecian á cada paso á don Rodrigo mil competidores, que deseosos de su casamiento se decla-

raban por sus pretendientes. Temeroso de que alguna vez no le quitasen á fuerza de merecimientos la prenda que mas estimaba, se determinó fiado en los suyos, que aunque menor en su casa, eran muchos, de pedírsela á sus padres, poniendo por solícitos terceros para ello á los suyos, que satisfechos de su nobleza y bienes de fortuna, con que ademas del mayorazgo podian dar algunos á su hijo, se prometieron buen suceso; mas salióles tan al reves esta confianza, que llegando al fin del negocio, se vieron de todo punto defraudados de ella; porque los de doña Leonor respondieron que su hija era única heredera de su casa, y que aunque don Rodrigo merecia mucho, no era prenda para un menor, y que esto solo hacia estorbo á sus deseos, los cuales, si el mayor no fuera casado, se lográran con mucho gusto de todos; demas que doña Leonor estaba prometida por mujer á un caballero de Valladolid, cuyo nombre era don Alonso. Sintieron esto los padres de don Rodrigo, pareciéndoles agravio preferir á ninguno mas que á su hijo: y de esto nació entre los deudos de una parte y otra una grandísima enemistad, tanto que no se trataban como primero. Quien mas lo sintió fué don Rodrigo, tanto que perdia el juicio, haciendo tantos extremos como los de su amor le obligaban, y mas cuando supo que para acabar de todo punto este negocio, y que muriese el amor á fuerza de la ausencia, trataron sus padres de enviarle á Flandes, haciéndole trocar por esta ocasion los hábitos de estudiante en galas de soldado.

Inocente y descuidada estaba doña Leonor de este suceso, pues don Rodrigo no le habia querido dar parte de su determinacion porque no la estorbase, temiendo lo mismo que habia de responder su padre, por tener mas puesta la mira en la hacienda que en su gusto, hasta que el mismo dia que don Rodrigo tuvo la respuesta desgraciada de su infeliz pretension, y se determinó su partida, escribió á doña Leonor un papel, en que la daba cuenta de la resolucion de sus padres y de la brevedad de su viage.

El sentimiento de doña Leonor con estas nuevas quede á la consideracion de los que saben qué pena es dividirse los que se quieren bien, y lo mostró mas largamente, cayendo en la cama de una repentina enfermedad que puso á todos en cuidado; mas animándose una mañana que le dió su madre (con haber salido fuera) lugar para escribir, respondió á su amante de esta suerte:

« La pena de este suceso os dirá mi enfermedad; el remedio no le
» hallo: porque demas de no haber en mí atrevimiento para dar á mi
» padre este disgusto, la brevedad de vuestra partida no da lugar á
» nada. No perdais el ánimo, pues yo no le pierdo. Dad gusto á vuestros
» padres, que yo os prometo de no casarme en tres años, aunque aven-
» ture en ello la vida: esto determino, para que alcanceis con vuestras
» valerosas hazañas, no los méritos para merecerme, que de esos estoy
» pagada y contenta, sí los bienes de fortuna, que es en solo lo que re-
» para la codicia de mi padre. El cielo os dé vida para que yo vuelva á
» veros tan firme y leal como siempre. »

Leyó don Rodrigo este papel con tantos suspiros y lágrimas como doña Leonor despidió al escribirle, que fueron hartas, que llorar los hombres cuando los males no tienen remedio nos es flaqueza, sino valor; y así la tornó á suplicar en respuesta que aliviándose algun tanto diese órden que la viese, para que por lo menos no llevase este dolor en tan largo destierro. Procuró doña Leonor dar gusto á su amante, y así engañando el mal, ó que fuese amor quien hizo este milagro, á pesar de los médicos y de sus padres se levantó el mismo dia que don Rodrigo se habia de partir, y para que mas pudiese gozarle, pidió á su madre que fuesen á oir misa á una imágen que en esta ocasion se señalaba en Salamanca con muchos milagros. Cumplióle este deseo la desdicha, que tal vez deja que sucedan algunas cosas bien, para que despues se sientan mas los males y penas que continuamente vienen tras las alegrías. Aguardaba don Rodrigo el coche en que iba su dama con su madre cerca de la iglesia, tan galan como triste y tan airoso como desdichado. Llegó el coche al lugar de la muerte (que tal se puede llamar este), pues habia de ser en el que se habian de apartar las almas de los cuerpos, siendo la despedida sola una vista; y como doña Leonor iba con el cuidado que es de creer, luego amor le encaminó la suya adonde estaba su dueño, guisado (como dicen) para partir con botas y espuelas, de que recibió tanta alteracion, considerando que en el mismo instante que le veia le habia de perder, que en respuesta de la cortesía que don Rodrigo la hizo con una atenta y amorosa reverencia, le dió un pesar harto grande, pues le recibió el amante viéndola caer en los brazos de su madre sin ningun sentido. La noble señora, inocente de estos sucesos, por no haberle dado su marido parte de las pretensiones de don Rodrigo, dando la culpa al haberse levantado, hizo que diese la vuelta el coche para volverse á casa; de suerte que cuando doña Leonor volvió de su desmayo ya estaba en su cama, y cercada de médicos y criadas, que con remedios procuraban darle la vida, que creian tener perdida.

Aunque don Rodrigo tenia prevenida su partida, no le dió lugar amor para hacerla, dejando su sol eclipsado, y así la suspendió hasta que por la esclava, tercera de su amor, supo como doña Leonor, mas aliviada de su mal, aunque no de su pena, estaba reposando Con cuyas nuevas se partió el mismo dia, quedando la dama al combate de las persecuciones de su padre, que como discreto no ignoraba de qué podia proceder el mal y disgusto con que siempre la veia, teniendo la ausencia de don Rodrigo por el autor de todo, mas no por eso dejaba de prevenir lo necesario para que cuando don Alonso viniese no hallase dificultad en su casamiento. Llegó don Rodrigo á Flandes, y fué recibido del duque de Alba, que á este tiempo gobernaba aquellos estados, con el gusto que podia tener un caballero tan noble como don Rodrigo, á quien desde luego comenzó á ocupar en cargos y oficios convenientes á su persona y calidad, sucediendo á cada paso ocasiones en que don Rodrigo mostraba su valor y hazañas, de las cuales el duque satisfecho y contento, cada dia le hacia mil honras y favores, siendo su gala y persona, discrecion y nobleza, los ojos de la ciudad. Sucedió en este tiempo, que estando un dia con el duque de

Alba no solo don Rodrigo, sino todos los mas nobles y principales caballeros y valerosos soldados del ejército, entró una principal señora flamenca, y arrodillada á los piés del duque le pidió que oyese un caso portentoso y notable que venia á contarle. El duque, que conocia la nobleza y calidad de doña Blanca, se levantó y la recibió con aquella acostumbrada cortesía de que tanto se preció y era dotado; y haciéndola sentar, la dijo que manifestase el suceso que tanto encarecia. Entónces doña Blanca contó en presencia de los circunstantes como hacia un año que habia muerto su marido, y desde entónces se oia en su casa un grandísimo ruido, pero que habia cuatro meses que se veia en ella una fantasma, tan alta y temerosa, que no tenia ella y sus criados otro remedio mas, que en dando las once de la noche (que es la hora en que se dejaba ver) encerrarse en un retrete, y aguardar allí hasta que dadas las doce se desaparecia, porque nunca jamas entraba en aquella parte donde ellas se retiraban. Acabó su plática con pedirle que mandase hacer en este caso alguna diligencia. El duque, que, como sabio, consideró que si fuera fantasma como doña Blanca decia, no tuviera lugar separado, ni llaves ni cerraduras que le impidieran el entrar adonde doña Blanca se recogia, discurriendo en estas imaginaciones un poco, mandó á todos los que estaban allí guardar en aquel caso secreto; y como en varias ocasiones tenia experiencia del valor, ánimo y prudencia de don Rodrigo, le mandó que asistiese á la casa de doña Blanca, y viese qué fantasma era aquella que la inquietaba. Besó don Rodrigo la mano al duque por la merced que le hacia en elegirle á él para aquel caso, habiendo en la sala personas mas beneméritas y de mas valor que él, humildades que mas hacian lucir su valerosa condicion.

Volvióse doña Blanca á su casa, con órden de no decir en ella que don Rodrigo habia de ir á verse con aquella figura espantosa que en ella se advertia, porque en esto le pareció al duque que consistia el saber qué era. Vino la noche, y con mas espacio que el animoso don Rodrigo quisiera, tal era el deseo con que estaba de ver el fin de este negocio; el cual se fué en casa de doña Blanca bien armado y prevenido, y despues de haber estado en conversacion hasta las diez, sin que en este tiempo hubiese tratado de la causa á qué iba, como vió que ya podia prevenirse, la habló á parte, informándose del modo que la fantasma venia, y despues la ordenó que llamase un criado de los que la servian para que le acompañase, sin que el tal entendiese para qué era llamado. Condescendió doña Blanca en todo, tan aficionada á la gallardía de don Rodrigo, que muy bien le hiciera dueño de su persona y de todo cuanto poseia, diciéndole tales razones que casi se lo daba á entender. Viniendo el criado, ignorante de todo, le ordenó doña Blanca que previniese una hacha, y creyendo que era para ir alumbrando á aquel caballero, lo hizo, y como estuvo encendida, bajó don Rodrigo con él, y cerró la puerta de la calle, guardando él mismo las llaves. Vuelto arriba, sin dejar un punto al criado, ni darle lugar á que se apartase de él, le dijo á doña Blanca que se fuese á recoger con sus mujeres; la cual obedeciendo, se encerró con ellas en el retrete acostumbrado que estaba inmediato á la sala en que don Ro-

drigo con su compañía quiso aguardar la fantasma. Todas estas cosas tenian admirado al criado de doña Blanca; y mas se admiró cuando don Rodrigo, juntando la puerta de la sala, le mandó que se sentase, porque le habia de hacer compañía; de que quisiera excusarse, mas no tuvo remedio, ántes con esto confirmó mas la sospecha de don Rodrigo; si bien el mozo disculpaba su turbacion con su miedo; pero ya determinado en lo que habia de hacer, aguardó su buena ó mala suerte. Tenia por órden de don Rodrigo el hacha encendida en la mano, y como dieron las once se empezaron á oir unos grandes y espantosos golpes, y dar unos temerosos gemidos, los cuales se venian encaminando adonde estaban, de cuyo temor el mozo empezó á temblar. Don Rodrigo, que no era necio, con mas ciertas sospechas que nunca, le dijo embrazando un broquel, y desenvainando la espada: Gentilhombre, cuenta con la luz, que la fantasma conmigo lo ha de ver. A este tiempo, viendo entrar aquella figura, el mozo, fingiendo un desmayo, se dejó caer en el suelo, con propósito de matar de esta suerte la luz, como despues se supo; mas no le sucedió tan bien, porque aunque la hacha cayó en el suelo, no se mató; lo cual visto por don Rodrigo, acudió con mucha presteza á ella, y tomándola en la mano en que tenía la rodela, embistió con la fantasma, que ya á este tiempo estaba en medio de la sala: y de la estatura de un hombre que entró por la puerta, se habia hecho tan alta y disforme, que llegaba al techo, y con un baston que traia en las manos, del cual pendia cantidad de cadenas, daba golpes, con que amedrentaba á las inocentes y flacas mujeres. Don Rodrigo, que con la luz y su espada se habia llegado cerca, y pudo notar que en las manos traia guantes, le tiró un golpe á las piernas, que no fué menester mas para rendirle, porque como venia fundado sobre unos palos muy altos, y este cimiento era falso, dió el edificio en tierra una terrible caida, á cuyo golpe doña Blanca y sus mujeres, que ya por el ruido se habian venido hácia la puerta, salieron fuera con una vela encendida, porque la hacha que tenia don Rodrigo se habia muerto con el aire del golpe, el cual acudiendo al caido, le halló tan aturdido y desmayado que dió lugar á que se viese quién era, porque en quitándole unos lienzos en que venia envuelto, fué conocido de don Rodrigo; porque era un caballero flamenco su vecino, que enamorado de ella desde que murió su marido, la solicitaba y perseguia, al cual la hermosa doña Blanca habia despedido ásperamente por ser casado. Acudieron con agua, aplicándosela al rostro para que volviese del desmayo: y vuelto de él, harto avergonzado del suceso, viendo descubierta su malicia, le dijo don Rodrigo: ¿Qué disfraz es ese, señor Arnesto, tan ageno de vuestra opinion y trato? ¡Ay, señor don Rodrigo! replicó Arnesto, si sabeis qué es amor, no os maravilleis de esto que hago, sino de lo que dejo de hacer; y pues ya es fuerza que lo sepais, de este embeleco y disfraz, como vos le habeis llamado, es la causa mi señora doña Blanca, á la cual me inclinó á amar mi desdicha; y como el ser yo casado, y ser ella quien es, estorba y ataja mi ventura, harto de solicitarla y pretenderla, y de oir ásperas palabras de su boca, me aconsejé con este criado que está caido en el suelo, y entre los dos dimos esta traza, metiéndome él en su aposento desde

primera noche, para que con el miedo de mis ahullidos y golpes se escondiesen estas criadas, y yo pudiese haber á mi voluntad á la causa de mis desatinos; y aunque ha muchos dias que hago esta invencion sin fruto, todavía perseveré en ella, por ver si alguna vez la fortuna me daba mas lugar que hasta aquí he tenido. Esta noche vine como las demas, descuidado de hallar quien me descubriese, que aunque este mozo me avisaba de todo, y lo hizo de que estábais aquí cuando previno la hacha, como lo ví todo en silencio, creí que os habíais ido, y que todo estaba seguro, porque aunque él no volvió al aposento, pensé que era ido á sus ocupaciones, como hace otras veces, y así me atreví á perderme como lo he hecho, pues descubierto este enredo es fuerza que no tenga yo buen suceso.

Mas piadoso que admirado escuchaba don Rodrigo al apasíonado flamenco, disculpando su yerro con su amor, y al uno y al otro la hermosura de doña Blanca; y á no ser casado el amante, hiciera cuanto pudiese por conformar sus voluntades y lograr su amor. Mas esto, y ser el delito tan grave, por ser el dueño tan noble, atajaba todos sus designios, y así le dijo que le tenia mucha lástima, por padecer sin remedio, como el ser quien era aquella señora lo decia: mas que ya no era tiempo de estas consideraciones, sino de ir delante del duque á darle cuenta del caso, pues que por su mandado habia venido á descubrirle. Esto sintió mas Arnesto que la misma muerte, y así con buenas palabras advirtió á don Rodrigo de su peligro, mas él se excusó con decir que no podia hacer menos, mas que le daba su palabra de hacer cuanto pudiese por librarle. Con esto abriendo don Rodrigo una ventana, y sacando por ella una hacha encendida, hizo señas á cuatro amigos que tenia prevenidos, hombres de ánimo y valor, que vista la seña fueron todos á la puerta, la cual abierta por don Rodrigo, cogiendo en medio á Arnesto, y asiendo al criado de doña Blanca, se fueron al palacio del duque, que aun no estaba acostado; el cual en sabiendo la venida de don Rodrigo, salió á recibirle, y como le viese tan acompañado, al punto conoció la causa, y mas viendo al flamenco, á quien conocia, y sabia que era vecino de doña Blanca, y como supo por entero el caso, contándole don Rodrigo cómo habia pasado, coligiendo del delito no ser merecedor de perdon, por querer un hombre casado con tal invencion forzar una señora tan principal y noble como doña Blanca, sin admitir los ruegos de don Rodrigo y sus amigos, mandó poner en una torre á Arnesto, y en la cárcel pública á su compañero, donde estuvieron hasta que, sustanciado el proceso, y verificado el delito con su confesion y declaracion de las criadas de doña Blanca, y estando ella firme en pedir justicia, ántes de ocho dias la hicieron de los dos, degollando al uno y ahorcando al otro: justo premio de quien se atreve á deshonrar mujeres de tal valor y nombre como la hermosa doña Blanca; la cual quedó tan enamorada de don Rodrigo, que por prevenciones que hacia para apartarle de su memoria, era imposible, hallándose cada dia mas enamorada. Era doña Blanca, demas de ser tan hermosa, muy moza, muy principal, y de tan ricas prendas, que á no estar don Rodrigo tan empeñado en Salamanca, pudiera

muy bien estimarla para casarse; mas las memorias de doña Leonor le tenian tan fuera de sí, que en lugar de vivir en su ausencia, aun era milagro tenerle, si bien por no parecer descortés, ni tan para poco, que viéndose querer estuviese tímido, tibio y desdeñoso, procedia en la voluntad de doña Blanca agradecido mas que amante; con lo cual la hermosa dama, unas veces favorecida, y otras despreciada, vivia una vida ya triste y ya alegre; porque las finezas de un hombre, mas cortés que amante, son penas del infierno á quien las padece sin remedio, que se sienten y no se acaban. Visitábala don Rodrigo, unas veces obligado con ruegos y regalos, que aunque regateaba el recibirlos, muchas veces los tomaba por no parecer ingrato, sacando de deuda á su atrevimiento con enviar otros de mas valor, y otras por no dar motivo á quejas y desesperaciones, que en una mujer despreciada suelen ser de mucho sentimiento. ¡Ay de tí, doña Blanca, qué mármol conquistas, y con qué enemigos peleas! ¿Amante prendado de otra hermosura quieres para tí? Pues un dia en que don Rodrigo fué á pagar las finezas que doña Blanca con él tenia, la halló cantando este romance, que á lo que en él se ve se habia hecho al particular de su amor y de don Rodrigo, de quien sin duda sospechabá que amaba en otra parte:

Oid, selvas, mis desdichas
Si acaso sabeis de amor,
Escuchad las sinrazones
De aqueste tirano dios.
Un tirano dueño adoro,
Si bien en mi corazon
Tuve secreto este fuego,
Por venganza y por temer.
Era el sugeto que amaba
Tan sugeto á otra aficion,
Que temí poner la mia
En contraria condicion.
Con solo amarle pagaba
Al alma lo que perdió
De gusto, reposo y sueño,
Amando sin galardon.
Pluguiera al cielo que el alma
Muda estuviera hasta hoy,
Que experimentar desdenes
Sirve de mayor dolor.
Declaréme, selvas mias,
La voluntad se anegó,
Pues he ganado tibiezas,
Conquistado disfavor.
Satisfizo agradecido,
Mas ¡ay de mí! que fingió;
Que si me amara de veras,
No estuviera como estoy.
Si adoras, tirano dueño,
A la divina Leonor,
Pedir favor es pedir
Tinieblas al mismo sol.
Lloremos, selvas amigas,
Este mal logrado amor,
Estos zelos sin remedio,
Cantando con triste voz.
Desdichado es amor,
Cuando empieza con zelos su pasion.

Era la hermosa doña Blanca hija de español y de flamenca, y así tenia la belleza de la madre y el entendimiento y gallardía del padre, hablando demas de esto la lengua española como si fuera nacida en Castilla, y así cantó con tanto donaire y destreza, que casi dejó á don Rodrigo rendido á quejas tan bien dichas; mas amor, que estaba entónces de parte de la hermosa Leonor mas que de la favorecida doña Blanca, quizá obligado de algunos sacrificios que la ausente dama le hacia, estorbó esta aficion, que desde este dia se empezaba á entender de esta manera. Habia en la

ciudad un caballero español, cuyo nombre era don Beltran, tan igual en nobleza y bienes de naturaleza á la hermosa doña Blanca, cuanto corto en los de fortuna, aunque tenia un muy buen destino, y alguna buena parte de hacienda que sus padres, que habian muerto en la misma tierra, le habian dejado. Mas era tan estimado y tan bien recibido, que cuando los ánimos ociosos trataban de casar las damas mozas de la ciudad, de comun parecer empleaban á la hermosa doña Blanca en el galan don Beltran, el cual la amaba con tanto extremo que casi perdia por ella el juicio. No miraba mal doña Blanca á don Beltran hasta que llegó á ver á don Rodrigo, mas en el punto que amor cautivó su voluntad, olvidó de suerte á don Beltran, que hasta su nombre aborrecia. Pues como anduviese deseoso de saber la causa de este mudanza, y las dádivas puedan mas que la fidelidad de las criadas, por ser en guardar secreto poco fieles, supo de una de las que la servian como su dama queria á don Rodrigo, y como él correspondia con ella, mas por cortesía que por voluntad. Y fiándose en esto, quiso llevarlo por valentías y bravatas, hasta ver si por buenas razones le obligaba; y esa noche, al tiempo que don Rodrigo salia de casa de doña Blanca, mas agradecido á su amor que otras veces, se llegó á él y le suplicó le oyese dos palabras. Conocióle don Rodrigo, porque los soldados, ya que no sean todos amigos, se conocen unos á otros, y con mucha cortesía le respondió que su posada estaba cerca, que si queria ir á ella, ó si era negocio que requeria otro lugar. Vuestra posada es á propósito, señor don Rodrigo, respondió don Beltran, que con los amigos no son menester esos lugares que pensais. Con cuya respuesta se fueron juntos á la posada de don Rodrigo, y entrando en ella, y sentados juntos, don Beltran le dijo estas razones: Bien sé, señor don Rodrigo, que sabeis amar, y que no ignorais las penas á que está sujeto un corazon que no alcanza lo que desea, y despues que con amar, servir, solicitar y callar, ha alcanzado méritos para que sea suya la prenda que estima; y así me escucharéis piadoso, y os lastimaréis tierno de mis desdichas, que siendo vos, como sois, la causa de ellas, espero, sino remedio, á lo menos favor para vencerlas. Yo, señor don Rodrigo, no os quiero cansar en contaros mi nobleza, pues con decir que soy hijo de uno de los mas calificados caballeros de Guadalajara, se dice todo: solo os digo que amé desde mis tiernos años á la hermosa doña Blanca, pues aun ántes que se casase la adoraba. Fuí correspondido de su voluntad en todo aquello que una principal señora, sin desdorar su opinion, pudo favorecerme, si bien no debia de ser amor con las veras que yo juzgaba, pues en una ausencia que hice á España á tratar mis acrecentamientos, dió la mano á su difunto esposo, con quien apenas vivió casada un año. Murió en fin, y como amor vivia aun en medio de los agravios, viendo muerto al dueño de mi prenda, empezaron á alentarse mis esperanzas, volviendo á verme tan favorecido de mi dama como primero, y cuando pensé verme en su compañía atado con el yugo del matrimonio, se trocó su voluntad de la suerte que sabeis, pues la tiene puesta en vos desde el dia que vencísteis aquella fantasma, inventada para mi desdicha, de la cual yo triunfara, quitándoos á vos y al duque de cuidado, si doña Blanca me diera de su traicion

parte. Aconsejábame mi cólera que quitase de por medio vuestra persona, y lo hiciera, no porque me confieso mas animoso y valiente que vos, mas porque un cuidadoso puede triunfar fácilmente de un descuidado; mas puse los ojos en mi señora doña Leonor, que, segun he sabido, es y ha de ser vuestra prenda, y así me determiné venir á pedir por su vida, pues la estimais tanto, tengais lástima de mis desdichas, y pues doña Blanca no ha de ser para vos, que sea para mí, haciendo cuenta que con su belleza comprais un esclavo, que lo seré mientras yo viviere. Con esto y algunas lágrimas dió fin don Beltran á sus razones, dejando no menos obligado que compasivo á don Rodrigo, que como era diestro en amar, hubo menester poco para enternecerse, y menos para creerle, y despues de darle á entender que quisiera querer mucho á doña Blanca, para hacer mas en dársela de lo que entónces hacia, supuesto que jamas habia correspondido con su voluntad, sino con una discreta aficion y prudente correspondencia, le ofreció hacer por él cuanto fuese posible; mas que le parecia que doña Blanca estaba en estado, segun se mostraba su amante, que si no se valian de algun engaño, seria por demas el reducirla; y así quedaron de concierto que don Rodrigo prosiguiese con su amor con muestras de agradecimiento, hasta poner á don Beltran en posesion de la cruel dama, como lo hizo, visitándola otro dia, hallándola muy ufana con los favores que la noche ántes habia recibido. Don Rodrigo, que si algun deseo habia tenido, viéndose obligado de don Beltran, con haberse sujetado á pedirle remedio, se le habia olvidado, viendo á doña Blanca tan puesta en favorecerle, la suplicó que esa noche le viese sin tantos testigos, pues amor no los ha menester, y que se atrevia á pedirle este favor ántes de que se casasen, porque no queria que el duque imaginase ni supiese que miéntras durase la guerra él mudaba estado. Aceptó doña Blanca el partido por no perder ocasion, y así le dijo que viniese á las once, hora en que sus criadas y gente dormia, y que por señas, si era músico, cantase alguna cosa, porque queria gozar de sus gracias, y que ella propia le abriria la puerta, para que, mediante su palabra, tomando posesion, conociese su amor. Pidióle don Rodrigo, despues de besarle muchas veces las manos, licencia para que le acompañase un amigo, de quien se fiaba, y á quien queria hacer testigo de su ventura. Concedió en todo doña Blanca, porque como ganaba, á su parecer, un tesoro, desperdiciaba aprisa favores. Despidióse don Rodrigo de su engañada dama, y fué á buscar á don Beltran para darle cuenta de lo que estaba trazado, que le recibió con el gusto que tales nuevas dan. Y así juntos, á la hora señalada se fueron adonde la dama, ya recogida su gente, los aguardaba en un balcon. Entrados en la calle, empezó don Beltran, haciendo alarde de una divina voz de que era dotado, la seña concertada, con un laud, y este romance:

Selvas, que fuísteis testigos
De mis dichas algun tiempo,
Cuando yo fuí mas dichoso,
Y mas constante mi dueño:

Si alguna vez, por ventura,
Os obligó mi deseo,
Os aduló mi alabanza,
Y os alabaron mis versos:

Haced vuestras hojas ojos,
Para verme cómo vuelvo
A obligaros con mi llanto
A mil nuevos sentimientos.
Segunda vez, selvas mias,
Aqueste llanto os ofrezco,
Para que aumenteis con él
Vuestros mansos arroyuelos.
Quiero á Laura, y no os espante
Que no diga que la quiero,
Porque quisiera obligarla,
Diciendo que la aborrezco.
Deprendí á tener amor,
Amándola, porque fueron
Verdaderas mis finezas,
Y mis cuidados inmensos.
Tratóme como sabeis,
Que repetirlo no quiero,
Mi estrella tuvo la culpa,
O mi fineza á lo menos.
Que á un amor verdadero
Le siguen penas, y le matan zelos.

Estaba ya doña Blanca tan olvidada de don Beltran, que aunque habia oido otras veces su voz, no le conoció, y creyendo ser el que cantaba don Rodrigo, bajó á abrirle, y al entrar le preguntó la dama si entraba para ser su esposo. El galan, que no deseaba otra cosa, le dió un sí con los brazos, y llamando al amigo que estaba en la calle, un poco apartado, prometió serlo delante de él, quedando con esto, segun la costumbre de Flandes, tan confirmado el matrimonio como si estuvieran casados. Y con esta seguridad, creyendo que el que entraba era don Rodrigo, le dejó doña Blanca gozar cuanto quiso, y habia conquistado con tanta perseverancia, entreteniendo en esto alguna parte de la noche, que como donde estaban no habia luz, por mas seguridad, pudo doña Blanca engañarse, creyendo que el que estaba con ella era don Rodrigo, y no don Beltran, el cual pareciéndole que era descortesía tener tanto tiempo á su amigo en la calle, y viendo que casi queria amanecer, se despidió de su esposa, y bajando juntos á la puerta, al ruido de la llave llegó don Rodrigo, que viendo ser tiempo de descubrir su engaño, se dió á conocer á la dama, descubriéndole quién era el que tenia por él, suplicándole encarecidamente perdonase su yerro; que las pasiones de don Beltran, y su crueldad con él, le habian obligado á tal. Demas que él no se podia casar sino con la hermosa doña Leonor, á quien tenia hecha cédula de ser su esposo Con harto sentimiento y lágrimas escuchó la hermosa doña Blanca el suceso, mas viendo que era sin remedio, se despidió de ellos, pidiendo á don Rodrigo, que pues habia sido el tercero de aquel engaño, hablase á sus deudos y al duque para que con gusto de todos se hiciese el casamiento con don Beltran.

En este estado estaba don Rodrigo, negociando el bien de su nuevo amigo, en que se dió tan buena maña, que ántes de tres dias los tenia ya desposados, con general gusto de todos, miéntras doña Leonor en Salamanca pasaba una vida bien triste y sin consuelo, por ver que no solo se habian pasado los tres años puestos por concierto entre ella y don Rodrigo, sino que para llegar á los cuatro faltaba bien poco, entreteniendo su amor con algunas cartas que de tarde en tarde recibia, y á sus padres con su poca edad y menos salud (que á fuerza de tristezas la tenia bien gastada), y ellos á su esposo, que ya estaba un mes habia en la ciudad, con las mismas excusas, no atreviéndose á disgustar á su hija, que por no tener otra la querian ternísimamente. Pues un dia que la hermosa dama,

combatida de sus padres, apretada de su amor, y desesperada de esta ausencia, se hallase sola en un retrete, no pensando que habia quien la escuchase, soltando las corrientes de sus divinos ojos, empezó á quejarse de su poca dicha, de la dilacion de don Rodrigo y de la violencia con que sus padres la querian casar á su disgusto, entregándola á un hombre que aborrecia, y apartándola de otro en quien habia puesto toda su felicidad. Oyó su madre las tiernas quejas de doña Leonor, y conociendo la causa de no quererse casar su hija, determinó de remediarlo por el mejor medio que fuese posible; y para mas asegurarse, esa misma noche, en sintiéndola dormida, la cogió las llaves de un escritorio, y en él halló bastante desengaño con las cartas de don Rodrigo, las cuales, despues de leidas, dejó como estaban, y tornando á cerrar, puso la llave adonde la habia hallado. Habló del caso á su padre, y viendo ambos que persuadirla amando era excusado, ordenaron entre los dos una carta, poniéndola en nombre de un criado que don Rodrigo habia llevado, y ellos conocian, en que le avisaba como su señor se habia casado con una señora flamenca, muy rica y hermosa, cuyo dote habia venido á su propósito. Esta carta se dió á los padres de don Rodrigo, los cuales, aunque no la tuvieron por muy cierta, por no avisarle su hijo de ello, con todo esto la divulgaron por la ciudad, de suerte que como las nuevas en siendo malas no se encubren, llegaron á los oidos de doña Leonor, que midiendo la inconstancia de los hombres con su desdicha, y viendo que el tiempo que decian habia que se habia casado era el mismo, poco mas ó menos, que don Rodrigo no la escribia, las creyó luego; y desesperada de remedio, cuanto deseosa de venganza, pareciéndole que no la podia tomar mayor de sí misma y de su amante, que con rendirse á un tirano dueño, que así llamaba al esposo que sus padres la daban, si bien llorosa y triste, en sabiendo su desdicha dió la mano á don Alonso, celebrándose en Salamanca sus bodas. Quien viese á doña Leonor casada hoy con diferente dueño del que sus pasiones prometian, parece que podrá culpar la inconstancia de las mujeres; pues habrá quien diga que no debiera creerse tan de ligero de la primera informacion; mas de esta culpa la absuelve el haber pasado un año mas del concierto. Pero lo que mas disculpará y hará verdadero su amor, será el suceso que del casamiento resultó. Y así en tanto que goza á su disgusto los enfadosos regalos de su esposo, á quien aborrecia aun ántes de casarse, porque no tan solo en dándole la mano se arrepintió, mas aun ántes de habérsela dado, por cuyo disgusto se dejó vencer de una tan profunda melancolía, que tenia, no solo á su marido, mas tambien enfadados á todos. Súfrala, pues creyó un engaño tan grande, que yo me paso á Flandes. Don Rodrigo inocente, y temeroso de este suceso, despues de ver á doña Blanca y á don Beltran en posesion de su amor, el galan mas enamorado y la dama muy contenta, siguiendo muy valerosamente en su ejercicio de la guerra, y teniendo el duque en esta ocasion muy valerosos soldados en su compañía, y viendo ser don Rodrigo de los que mas señaladamente se aventajaban en todas ocasiones, le honró con una compañía de caballos, en cuyo ejercicio hizo valerosas hazañas. Sucedió en este tiempo el saco de Amberes, tan

solemnizado y sabido de todos, y viendo don Rodrigo que á traer la nueva á la católica y prudente magestad del rey don Felipe II habia de venir algun caballero, y considerando que esta ocasion era la misma que él siempre deseaba, fiado en sus valerosos hechos, pidió por merced al duque le honrase con este cargo. Concedióle el duque esta peticion, y mucho mas que pidiera, por conocer ser merecedor de mayores acrecentamientos, con lo cual, mas contento que en su vida estuvo, se puso por la posta en España. Llegó á la corte, dió las nuevas, y en albricias de ellas, despues de haberle hecho su magestad mil honras, le hizo merced de un hábito de Santiago, y cuatro mil ducados de renta, y con todas estas grandezas, fenecida la ocasion de estar en la corte, se fué á descansar á su patria, con intento de pedir por esposa á su querida señora; ó en caso que se la negasen mostrando la cédula sacarla por el vicario. Llegó á Salamanca, y despues de haber desengañado á sus padres de las falsas nuevas que de su casamiento habian tenido, con pedirles de nuevo tornasen á tratar sus bodas con la bellísima doña Leonor, y oido de ellos una respuesta tan cruel como la de haberse casado, el mas desesperado, triste y confuso que en su vida estuvo, harto de lastimarse y sentir tal desdicha, y cansado de atormentarse con imaginaciones, se salió de casa con intento de hablar á doña Leonor, y en diciéndole su sentimiento, culpando su poca lealtad, dar la vuelta á Flandes, y morir sirviendo al rey. Llegó á su casa á tiempo que estaba la triste señora en un balcon de ella mas rendida que nunca á sus tristezas y melancólicos pensamientos; porque demas de haberse casado, como he dicho, por parecerle irritada de cólera que se vengaba de su ingrato dueño, y estos casamientos hechos con tales designios siempre paran en aborrecimiento, era el marido zeloso y no de mejor condicion que otro, y tras esto amigo de seguir sus apetitos y desconciertos, sin perdonar las damas ni el juego, causas para que doña Leonor le hubiese del todo aborrecido, y él viendo su despego, no la trataba muy amorosamente, y estas cosas la traian sin gusto; pues como don Rodrigo la vió tan triste, se paró muy turbado á mirarla, tanto que la dama tuvo lugar, volviendo de su suspension de reparar en aquel soldado, que tan galan y cuidadoso la miraba, y conociendo á don Rodrigo, dando un grandísimo grito, se cayó de espaldas en el suelo, dando con el cuerpo un grandísimo golpe, dejando á don Rodrigo tan turbado, que le pesó mil veces de haberse puesto delante de sus ojos, por no darle tal pesar. Al ruido que hizo con la caida acudieron su madre y criados, y hallándola á su parecer sin ningun sentido, creyendo ser algun desmayo, la llevaron á la cama, y desnudándola, la pusieron en ella, y con toda priesa enviaron criados, unos á buscar su marido, y otros á traer los médicos; y estos venidos, haciéndola mil diligencias y remedios sin provecho, ya con unturas y fomentos, ya con crueles garrotes, cansados de atormentarla, declararon que era muerta; nueva bien rigurosa, no solo para su casa, sino para toda la ciudad, que como se publicó su repentino fin, generalmente la lloraban, sintiendo todos como propia suya la pérdida de tan hermosa dama; pues si á los que no les tocaba esta desdicha la sentian, ¿ qué seria á quien la tenia en el alma, que era don Ro-

drigo? Este aun no habia salido de la calle, esperando saber de algunos el suceso de tan cruel desmayo, de que le desengañaron presto los gritos que en casa de la dama se daban: pero queriendo mas por entero saber un suceso tan lastimoso, lo preguntó á un criado que salia, que como le dijo que su señora habia caido muerta, fué milagro no morir tambien. Recogióse á su casa luego que supo que por órden de los médicos la guardaban treinta y seis horas, donde hacia y decia las lástimas que en tal caso se puede pensar.

Pasó el término señalado, y visto que era en vano aguardar mas, la llevaron á la iglesia mayor, donde tenia su capilla y entierro, y poniéndola en una caja de terciopelo negro, como todos los de su linage, la metieron en la bóveda, que era una hermosa sala debajo de tierra, con unos poyos donde ponian las cajas: tenia en la testera un rico altar de un devoto crucifijo, en el cual se decian muchas misas. Supo don Rodrigo como su querida Leonor estaba ya en la bóveda, y con las ansias amorosas que le apretaban el corazon, apenas fué de noche cuando se fué á la iglesia, donde halló al sacristan que estaba cerrando con llave la puerta de la bóveda, porque subia de encender las lámparas; y despues de muchos ruegos le dió una cadena de valor de cien escudos, y pidió que le dejase ver la hermosa doña Leonor: no fué muy dificultoso el alcanzarlo del sacristan, visto el interés, á quien todo es fácil; y así cerrando la iglesia se bajaron juntos á la funesta bóveda, y descubriendo la caja, empezó el amante caballero á abrazar el difunto cadáver, como si tuviera algun sentimiento, á quien bañado en lágrimas, empezó á decir: ¿Quién pensara, querida Leonor, que cuando habias de estar en mis brazos, habia de ser á tiempo que no tuvieras alma ni sentimiento para oirme? ¡Ay de mí, y cómo has pagado bien el yerro que hicistes en casarte siendo yo vivo! Cruel estuviste en hacerlo, mas mucho mas lo has estado en darme tan crecida venganza; vivieras tú, hermoso dueño mio, aunque fuera en poder ageno, que á mí me bastara sola tu vista para vivir alegre. Diciendo estas y otras palabras de tanto sentimiento, que ya el sacristan que le acompañaba le ayudaba con muchas lágrimas, volvió los ojos al altar en que estaba el devoto crucifijo, y como ni por amante ni por desdichado perdiese la devocion, se arrodilló delante de él, y despues de haberle pedido perdon de haber en su presencia hablado con aquella difunte de aquella suerte, con una devota y fervorosa oracion le pidió su vida, pues para darla á los muertos habia ofrecido la suya en la cruz, proponiéndole una promesa de gran valor. ¡O fuerza de la oracion, que tanto alcanzas! ¡O piadoso Dios, que así oyes á los que de veras te llaman! Pues apenas acabó don Rodrigo de pedir con piadoso y devoto afecto, cuando fué oido con misericordia, porque sintiendo ruido en el ataud en que estaba doña Leonor, volvió la cabeza, y vió que alzando la dama las manos, se las puso en el rostro con un ay muy debilitado, á cuyo sentimiento acudió don Rodrigo y el sacristan, y vieron que, aunque no habia abierto los ojos, empezaba á cobrar aliento; y así determinaron sacarla de allí, porque si volviese de todo punto, no se hallase en tan temerosa parte; y con esto, dando don Rodrigo gracias á Dios, cargó

con el amable peso, mandando al sacristan cerrase la caja como estaba, y subiendo con él á la iglesia, la puso en una alfombra, pidiendo al sacristan que fuese por un poco de vino y bizcochos para darle algun aliento si volviese del todo. Fué el sacristan, y apenas le vió don Rodrigo fuera de la iglesia, cuando tomando en brazos á su dama se fué con ella á su casa, donde la quitó el hábito en que estaba metida, y la acostó en su cama. Cuando el sacristan volvió, y no halló al caballero ni la dama, y no conociese el ladron del amoroso hurto, no hizo mas que cerrar la iglesia, y subirse á su aposento, con lo que pudo recoger de vestidos y camisa; y dejando las llaves colgadas de un clavo, se fué en casa de un amigo, donde estuvo retirado hasta ver en qué paraba este suceso.

Don Rodrigo muy contento por ver que doña Leonor iba cobrando aprisa con el calor la vida, la empezó á llamar por su nombre, rociándole el rostro con vino, y aplicándola paños mojados, y lo mismo á las narices, con que acabó de cobrar sentido. Y como abriendo los ojos vió á don Rodrigo, sin que otra persona estuviese á su cabecera sino él, admirada de verse allí, como quien mejor sabia donde se habia visto, como despues se dirá, le preguntó admirada el lugar donde estaba, porque hasta entónces no sabia donde habia estado: á lo cual don Rodrigo satisfizo, contándola lo que queda dicho, confirmando doña Leonor el milagro de haber vuelto á este mundo con lo que adelante se verá. Concertaron los amantes de irse otro dia á Ciudad Rodrigo, donde don Rodrigo tenia deudos; y desde allí sacando recados para sus amonestaciones, desposarse pasados los términos de ellas: para lo cual, ántes de ponerlo por obra, consultó don Rodrigo el caso con un teólogo, el cual le dijo que lo hiciese, haciendo leer sus amonestaciones en Salamanca, teniendo por sin duda que Dios habia vuelto á doña Leonor á este mundo para que cumpliese la primera palabra. Dió don Rodrigo á entender á sus padres que se iba á Ciudad Rodrigo á divertirse con sus deudos; y con esta licencia y su dama se partió esa noche misma, siendo la segunda de haber cobrado doña Leonor la vida: la cual habia cobrado el ánimo, mas no la color, que esa jamas volvió á su rostro. En estando en Ciudad Rodrigo nuestro caballero, envió á sus padres un propio, pidiéndoles que para cosas que importaban su quietud, se viniesen por ocho dias á aquella ciudad, que venidos á ella, con lo que sabrian le disculparian de tal peticion. Ellos, que ya otras veces solian hacer este viage cuando iban á ver á sus parientes, y holgarse con ellos, se pusieron en un coche, y se fueron á ver con su hijo, y como entrasen en su posada, que era la casa de una hermana de su madre, viuda muy rica, y viesen á doña Leonor, no dando crédito á sus ojos, le preguntaron quién fuese, satisfaciendo don Rodrigo á su pregunta con decirles lo que queda dicho; y todos juntos daban muy contentos gracias á Dios, que tantas mercedes les habia hecho. Sacáronse los recados para amonestarse, y enviáronlos á Salamanca al cura de la iglesia mayor, que era la parroquia de todos, el cual aunque echó menos al sacristan, como halló la plata y ornamentos de la iglesia cabal, creyó que le hubiese sucedido algun caso que le movió á ausentarse, mas no se echó menos la dama. Sucedió que todas tres

veces que se leyeron las amonestaciones estaban en la iglesia los padres y marido de doña Leonor; mas aunque oyeron el nombre de su hija, y los suyos mismos, estando seguros de que era muerta, y la habian enterrado, no cayeron en ello, creyendo que en una ciudad tan grande como en Salamanca habria otros del mismo apellido y nombre. Pues como los términos de las amonestaciones pasaron sin ver impedimento alguno, aunque de industria se leian públicamente, se desposaron, gozando don Rodrigo de su amada prenda, y quedando de concierto de allí á un mes venirse á velar á Salamanca; y porque entónces se habian de hacer unas fiestas muy grandiosas de toros y cañas, se volvieron sus padres á su casa á prevenir lo necesario para las bodas.

Llegado el aplazado dia, habiendo cuatro que don Rodrigo y su esposa con muchas damas y caballeros habian llegado de secreto á Salamanca, y aposentádose en casa de sus padres, cubiertos todos de galas y riquezas, entraron en la iglesia para velarse á tiempo que los padres y marido de la novia estaban en ella oyendo misa, porque don Alonso, aficionado á una dama que asistia en ella, era muy puntual en galantearla: pues como viesen una boda de tanto aparato y grandeza, pusieron los ojos en la bien aderezada y gallarda novia, y como naturalmente la conociesen por ser los unos sus padres, y el otro su marido, aun no creyendo á sus mismos ojos, cada uno por su parte preguntaron quién era, porque al novio ya le habian conocido: y como les dijesen su nombre, mas admirados, engañándose á sí mismos, y no pudiendo creer que fuese la misma. por haberla visto muerta, entre el sí y el no dieron lugar que se velasen. Habia en este tiempo don Alonso salídose de la iglesia á llamar algunos amigos, y avisar la justicia, enterado de que era su muger la misma que habia visto casar. Pues como aun se quedasen los nuevos casados y su acompañamiento en la iglesia, la madre de doña Leonor, con menos sufrimiento que los demas, llegándose cerca de ella la estuvo mirando atentamente, y como de todo punto la conociese, con pasos desatentados se fué á abrazar con ella, diciendo: ¡Ay, querida Leonor, hija mia, y como es posible que tu corazon puede sufrir el no abrazarme! Doña Leonor, que vió á su madre tan cerca de sí, abrazándose con ella, empezó á llorar. Llegó en esto su padre y el de don Rodrigo, y visto que allí era alborotar la gente, procurando saber el fin de este caso, las apartaron, y todas juntas se entraron en los coches, donde miéntras tardaron en llegar á una casa que en la plaza tenian aderezada para comer y ver las fiestas, supieron el caso como queda dicho: y sabiendo que don Rodrigo y sus padres no determinarian de hacer tal sin acuerdo de teólogos y letrados, considerando los caminos que Dios tiene para efectuar su voluntad y descubrir sus secretos, le dieron muchas gracias, disponiéndose á defender por justicia la causa, si don Alonso, como pensaban, les pusiese pleito. Llegando en fin donde les esperaban las mesas, y habiéndose servido la comida, se salieron á los balcones á ver las fiestas, donde en uno muy aderezado y guarnecido se sentaron los novios. Don Alonso, que solo esto aguardaba, cercado de sus amigos, todos á caballo pasearon la plaza, siendo siempre el blanco y paradero de

sus paseos en frente del balcon en que estaban los recien casados, ya recelosos de lo que don Alonso intentaba. El cual, como con sus amigos, y entre ellos el corregidor, se acabaron de resolver de que aquella dama era su misma mujer, la que habian visto muerta y la que habian enterrado dos meses habia, don Alonso pidió justicia al mismo corregidor, dando querella de doña Leonor y don Rodrigo; y con esto la gente comenzó á alborotarse. Hizo el corregidor su embargo, á lo cual don Rodrigo, que no aguardaba otra cosa, se puso de pechos sobre el balcon, y dijo : Señores, yo no niego que esta dama es doña Leonor, hija de los señores don Francisco y doña María, que estan presentes, y mujer que fué del señor don Alonso; mas tambien advierto que estoy legítimamente casado con ella. El cómo me casé con ella diré en otro lugar; dejen pasar las fiestas, que pues esto ha de constar por informacion, yo la tengo tan en mi favor, que no recelo siniestra sentencia. Daba voces don Alonso que depositasen á doña Leonor en parte segura. Hízolo el corregidor, mandando á su mujer, que estaba en la plaza, que llevase consigo á doña Leonor. Con esto quitaron las espadas á don Alonso y don Rodrigo, y mandáronlos sobre su palabra que pasadas las fiestas tuviesen por prision su casa.

Otro dia los padres de don Rodrigo, viendo que aquel pleito era mas de justicia eclesiástica que de seglar, pidieron al obispo por una exposicion, que pidiese los presos, el cual lo hizo, y tomando su confesion á don Alonso, que ya habia hecho su pedimento ante él, dijo que doña Leonor, que era la misma que don Rodrigo llamaba su mujer, era suya, á la cual vencida de un desmayo grande, por engaño de los médicos habian enterrado : y que supuesto que faltaba de la bóveda donde la habian puesto, y estaba viva, que él queria que ántes de todas cosas se le entregase la dama, y con ella su dote, de que estaba despojado, por las falsas nuevas de su muerte. A lo cual respondió don Rodrigo que doña Leonor era legítimamente su mujer por una cédula, la cual no habia cumplido por la fuerza que sus padres la habian hecho, engañándola y diciéndola que él se habia casado en Flandes. Y que cuando sin engaño se hubiera casado, que ya no podia el primer marido tener ningun derecho, porque la muerte disuelve el matrimonio, y respecto de esto aquella señora era suya, y no de don Alonso, porque ella habia sido verdaderamente muerta, y no desmayada, como constaba de la declaracion de tres médicos, y haberla tenido treinta y seis horas despues de muerta, doce mas de las que manda la ley; y que él viéndola enterrar, habia vencido con dineros la fidelidad del sacristan, deseoso de ver en sus brazos muerta la que no habia merecido viva, y que por fin habia entrado en la bóveda, donde cansado de llorar se habia vuelto á un devoto crucifijo que allí estaba, á quien fervorosamente habia pedido su vida; y que su divina Magestad, como el mas justo juez, se lo habia concedido, como veian, dándola nueva vida, para que él como legítimo dueño la gozase; y de que era verdadero poseedor lo decian sus diligencias, siendo con justo título su mujer; pues para su casamiento, demas de haberse aconsejado con teólogos, habian precedido todas las solemnidades que pide el

santo concilio de Trento. Mandó el obispo venir á doña Leonor, y que hiciese su declaracion; la cual dijo que ella era verdadera mujer de don Rodrigo por muchas causas. La primera, que ella le habia dado palabra, la cual no habia cumplido por haberla forzado sus padres con amenazas, y darle á entender que se habia casado; y que por esta causa habia dado el sí forzada, como lo podia decir el mismo don Alonso, pues jamas habia podido acabar con ella que consumasen el matrimonio. Demas de esto que ella naturalmente habia sido muerta, refiriendo algunas cosas que bastaron á hacer patente esta verdad, que por no ser de importancia al suceso se ocultan, y últimamente que ella estaba en poder de don Rodrigo, al cual conocia por marido, y no á otro.

Visto esto, y el parecer de muchos teólogos y letrados, mandó el obispo que la dama se entregase á don Rodrigo, desposeyendo á don Alonso de la mujer y hacienda: con lo cual el dicho don Rodrigo gozó de la hermosa doña Leonor muchos años, aunque pocos segun su amor. Murió primero que su marido, dejando un hijo que hoy vive casado, siendo en su tierra muy querido. Con que da fin la célebre maravilla don Lope, en que se ve claro el imposible vencido.

NOCHE QUINTA.

NOVELA NONA.

EL JUEZ DE SU CAUSA.

Tuvo entre sus grandezas la nobilísima ciudad de Valencia, por nueva y milagrosa maravilla de tan celebrado asiento, la sin par belleza de Estela, dama ilustre, rica y de tantas prendas, gracias y virtudes, que cuando no tuviera otra cosa de qué preciarse sino de tenerla por hija, pudiera alabarse entre todas las ciudades del mundo de su dichosa suerte. Era Estela única en casa de sus padres, y heredera de mucha riqueza, que para sola ella les dió el cielo, á quien agradecidos alababan por haberles dado tal prenda. Entre los muchos caballeros que deseaban honrar con la hermosura de Estela su nobleza, fué don Cárlos, mozo noble, rico, y de las prendas que pudiera Estela elegir un noble marido : si bien Estela, atada su voluntad á la de sus padres, como de quien sabia que procuraban su acrecentamiento, aunque entre todos se agradaba mas de las virtudes y gentileza de don Cárlos, era con tanta cordura y recato, que ni ellos ni él conocian en ella ese deseo, pues ni despreciaba cruel sus pretensiones, ni admitia liviana sus deseos, favoreciéndole con un mirar honesto y un agrado cuerdo, de lo cual el galan satisfecho y contento, seguia sus pasos, adoraba sus ojos y estimaba su hermosura, procurando con su presencia y continuos paseos dar á entender á la dama lo mucho que la estimaba. Habia en Valencia una dama de mas libres costumbres que á una mujer noble y medianamente rica convenia; la cual viendo á don Cárlos pasar á menudo por su calle, por ser camino para ir á la de Estela, se aficionó de suerte que sin mirar en mas inconvenientes que á su gusto, se determinó á dárselo á entender del modo que pudiese. Poníasele delante en todas ocasiones, procurando despertar con su hermosura su cuidado : mas como los de don Cárlos estuviesen ocupados y cautivos de la belleza de Estela, jamas reparaba en la solicitud con que Claudia (que este era el nombre de la dama) vivia : pues como se aconsejase con su amor y el descuido de su amante, y viese que nacia de alguna voluntad, procuró saberlo de cierto, y á pocos lances descubrió lo mismo que quisiera encubrir á su misma alma, por no atormentarla con

el rabioso mal de los zelos. Y conociendo el poco remedio que su amor tenia, viendo al galan don Cárlos tan bien empleado, procuró por la via que pudiese estorbarlo, ó ya que no pudiese mas, vivir con quien adoraba, para que su vista aumentase su amor, ó su descuido apresurase su muerte. Para lo cual, sabiendo que á don Cárlos se le habia muerto un page, que de ordinario le iba acompañando, y le servia de fiel consejero de su honesta aficion, aconsejándose con un antiguo criado que tenia, mas codicioso de su hacienda que de su hermosura y quietud, le pidió que diese traza como ella ocupase la plaza del muerto siervo, dándole á entender que lo hacia por procurar apartarle de la voluntad de Estela, y traerle á la suya, ofreciéndole, si lo conseguia, gran parte de su hacienda. El codicioso viejo, que vió por este camino gozaria de la hacienda de Claudia, se dió tal maña en negociarlo, que el tiempo que pudiera gastar en aconsejarla lo contrario, ocupó en negociar lo de su trage en el de varon, y en servicio de don Cárlos, y su criado con la gobernacion de su hacienda, y comision de hacer y deshacer en ella: venció la industria los imposibles; y en pocos dias se halló Claudia page de su amante, grangeando su voluntad de suerte que ya era archivo de los mas escondidos pensamientos de don Cárlos; y tan valido suyo que solo á él encomendaba la solicitud de sus deseos. Ya en este tiempo se daba don Cárlos por tan favorecido de Estela, habiendo vencido su amor los imposibles del recato de la dama, que á pesar de los ojos de Claudia, que con lágrimas solemnizaba esta dicha de los dos amantes, le hablaba algunas noches por un balcon, recibiendo con agrado sus papeles, y oyendo con gusto algunas músicas que le daba su amante algunas veces. Pues una noche que entre otras muchas quiso don Cárlos dar una música á su querida Estela, y Claudia con su instrumento habia de ser el tono de ella, en lugar de cantar el amor de su dueño, quiso con este soneto desahogar el suyo, que con el lazo al cuello estaba para precipitarse.

Goce su libertad el que ha tenido
Voluntad y sentidos en cadena;
Y el condenado en amorosa pena,
El dudoso favor que ha prevenido.
En dulces lazos (pues leal ha sido)
De mil gustos de amor el alma llena,
El que tuvo su bien en tierra agena
Triunfe de ausencia sin temor de olvido.
Viva el amado sin favor zeloso;
Y venza su desden el despreciado,
Logre sus esperanzas el que espera.
Con su dicha alegre el venturoso,
Y con su prenda el victorioso amado,
Y el que amare imposibles cual yo muera.

En este estado estaban estos amantes, aguardando don Cárlos licencia de Estela para pedirla á sus padres por esposa, cuando vino á Valencia un conde italiano, mozo y galan: pues como su posada estaba cerca de la

de Estela, y su hermosura tuviese jurisdiccion sobre todos cuantos la llegasen á ver, cautivó de suerte la voluntad del conde, que le vino á poner en puntos de procurar remedio, y el mas conveniente que halló, fiado en ser quien era, demas de sus muchas prendas y gentileza, fué pedirla á sus padres, juntándose este mismo dia con la suya la misma peticion por parte de don Cárlos, que acosado de los amorosos deseos de su dama, y quizá de los zelos que le daba el conde viéndole pasear la calle, quiso darles alegre fin. Oyeron sus padres los unos y los otros terceros; y viendo que aunque don Cárlos era digno de ser dueño de Estela, codiciosos de verla condesa, despreciando la pretension de don Cárlos, se la prometieron al conde; y quedó asentado que de allí á un mes fuesen las bodas. Sintió la dama como era razon esta desdicha, y procuró desbaratar estas bodas, mas todo fué cansarse en vano; y mas cuando ella supo por un papel de don Cárlos como habia sido despedido de ser suya. Mas como amor, cuando no hace imposibles, le parece que no cumple con su poder, dispuso de suerte los ánimos de estos amantes, que viéndose aquella noche por la parte que solian, concertaron que de allí á ocho dias previniese don Cárlos lo necesario, la sacase y llevase á Barcelona, donde se casarian, de suerte que cuando sus padres la hallasen fuese con su marido, tan noble y rico como pudieran desear, á no haberse puesto de por medio tan fuerte competidor como el conde, y su codicia. Todo esto oyó Claudia, y como le llegasen tan al alma estas nuevas, recogióse en su aposento, y pensando estar sola, soltando las corrientes á sus ojos, empezó á decir: Ya, desdichada Claudia, ¿qué tienes que esperar? Cárlos y Estela se casan, amor está de su parte, y tiene pronunciada contra mí cruel sentencia de perderle. ¿Podrán mis ojos ver á mi ingrato en brazos de su esposa? No por cierto: pues lo mejor será decirle quién soy, y luego quitarme la vida. Estas y otras muchas razones decia Claudia, quejándose de su desdicha; cuando sintió llamar á la puerta de su estancia, y levantándose á ver quién era, vió que el que llamaba á la puerta era un gentil y gallardo moro, que habia sido del padre de don Cárlos, y habiéndose rescatado no aguardaba sino pasage para ir á Fez, de donde era natural, que como le vió, le dijo: ¿Para qué, Hamete, vienes á inquietar ni estorbar mis quejas si las has oido, y por ellas conoces mi grande desdicha y afliccion? Déjamelas padecer, que ni tú eres capaz de consolarme, ni ellas admiten ningun consuelo. Era el moro discreto, y en su tierra noble, que su padre era un bajá muy rico, y como hubiese oido quejar á Claudia, y conocido quién era, le dijo: Oido he, Claudia, cuanto has dicho, y como aunque moro soy en algun modo cuerdo, quizá el consuelo que te daré será mejor que el que tú tomas, porque en quitarte la vida, ¿qué agravio haces á tus enemigos, sino darles lugar á que se gocen sin estorbo? Mejor seria quitar á Cárlos y Estela, y esto será fácil si tú quieres: para animarte á ello te quiero decir un secreto que hasta hoy no me ha salido del pecho: óyeme, y si lo que quiero decirte no te pareciere á propósito, no lo admitas; mujer eres, y dispuesta á cualquier accion, como lo juzgo en haber dejado tu trage y opinion por seguir tu gusto. Algunas veces ví á Estela, y su hermosura cautivó mi voluntad; mira qué

de cosas te he dicho en estas dos palabras. Quéjaste que por Cárlos dejaste tu reposo, dasle nombre de ingrato, y no andas acertada; porque si tú le hubieras dicho tu amor, quizá Estela no triunfara del suyo, ni yo estuviera muriendo. Dices que no hay remedio, porque tienen concertado robarla y llevarla á Barcelona, y te engañas, porque en eso mismo, si tú quieres, está tu ventura y la mia. Mi rescate ya está dado, mañana he de partir de Valencia, porque para ello tengo prevenida una galeota que á noche dió fondo en un escollo cerca del Grao, de quien yo solo tengo noticia. Si tú quieres quitarle á don Cárlos su dama, y hacerme á mí dichoso, pues ella te da crédito á cuanto le dices, fiada en que eres la privanza de su amante, ve á ella, y dile que tu señor tiene prevenida una nave en que pasar á Barcelona como tiene concertado; y que por ser segura, no quiere aguardar el plazo que entre los dos se puso, que para mañana en la noche se prevenga; señala la hora misma, y dándola á entender que don Cárlos la aguardará en la marina, la traerás donde yo te señalare, y llevándomela yo á Fez, tú quedarás sin embarazo, donde podrás persuadir y obligarle á amarte, y yo iré rico de tanta hermosura. Atónita oyó Claudia el discurso del moro, y como no mirase en mas que en verse sin Estela y con don Cárlos, aceptó luego el partido, dando al moro las gracias, quedando de concierto en efectuar otro dia esta traicion, que no fué difícil; porque Estela dando crédito, pensando que se ponia en poder del que habia de ser su esposo, cargada de joyas y dineros, ántes de las doce de la siguiente noche ya estaba embarcada en la galeota, y con ella Claudia, que Hamete la pagó de esta suerte la traicion.

Tanto sintió Estela su desdicha, que así como se vió rodeada de moros, y entre ellos el esclavo de don Cárlos, y que él no parecia, vió que á toda priesa se hacian á la vela, y considerando su desdicha, aunque ignoraba la causa, se dejó vencer de un mortal desmayo que le duró hasta otro dia; tal fué la pasion de ver esto, y mas cuando, volviendo en sí, oyó lo que entre Claudia y Hamete pasaba; porque creyendo el moro ser muerta Estela, teniéndola Claudia en sus brazos, le decia al alevoso moro: ¿Para qué, Hamete, me aconsejaste que pusiese esta pobre dama en el estado en que está, si no me habeis de conceder la amada compañía de don Cárlos, cuyo amor me obligó á hacer tal traicion, como hice en ponerla en tu poder? ¿Cómo te precias de noble si has usado conmigo este rigor? Al traidor, Claudia, respondió Hamete, pagarle en lo mismo que ofende es el mejor acuerdo del mundo, demas que no es razon que ninguno se fie del que no es leal á su misma nacion y patria: tú quieres á don Cárlos, y él á Estela: por conseguir tu amor quitas á tu amante la vida, quitándole la presencia de su dama; pues á quien tal traicion hace, como dármela á mí por un vano antojo, ¿cómo quieres que yo me asegure de que luego no avisarás á la ciudad, y saldrán tras mí, y me darán la muerte? Pues con quitar este inconveniente, llevándote yo conmigo aseguro mi vida y la de Estela, á quien adoro. Estas y otras razones como estas pasaban entre los dos, cuando Estela, vuelta en sí, habiendo oido estas razones, ó las mas, pidió á Claudia que le dijese qué enigmas eran aquellos que pasaban por ella; la cual se lo contó todo como pasaba,

dando larga cuenta de quien era, y por la ocasion que se veian cautivas. Solemnizaba Estela su desdicha, vertiendo de sus ojos dos mil mares de hermosas lágrimas, y Hamete su ventura, consolando á la dama en cuanto podia, y dándola á entender que iba á ser señora de cuanto él poseia, y mas en propiedad si quisiese dejar su ley: consuelos que la dama tenia por tormentos, y no por remedio: á los cuales respondió con las corrientes de sus hermosos ojos. Dió órden Hamete á Claudia para que mudando trage sirviese y regalase á Estela, y con esto haciéndose á lo largo se engolfaron en alta mar la vuelta de Fez. Dejémoslos ahora hasta su tiempo, y volvamos á Valencia, donde siendo echada menos Estela de sus padres, locos de pena, procuraron saber qué se habia hecho buscando los mas secretos rincones de su casa con un llanto sordo y semblante muy triste. Hallaron una carta dentro de un escritorio suyo, cuya llave estaba sobre un bufete, que abierta, decia así:

« Mal se compadece amor é interes, por ser muy contrario el uno del » otro, y por esta causa, amados padres mios, al paso que me alejo del » uno, me entrego al otro: la poca estimacion que hago de las riquezas » del conde me lleva á poder de don Cárlos, á quien solo reconozco por » legítimo esposo: su nobleza es tan conocida, que á no haberse puesto » de por medio tan fuerte competidor, no se pudiera para darme estado » pedir mas ni desear mas. Si el yerro de haberlo hecho de este modo » mereciere perdon, juntos volverémos á pedirle, y en tanto pediré al » cielo las vidas de todos. » ESTELA.

El susto y pesar que causó esta carta podrá sentir quien considerare la prenda que era Estela, y cuánto la estimaban sus padres: los cuales dando órden á su gente para que no hiciesen alboroto alguno, creyendo que aun no habrian salido de Valencia, porque la mayor seguridad era estarse quedos, y que haciendo algunas diligencias secretas sabrian de ellos, dando aviso al virey del caso, la primera que se hizo fué visitar la casa de don Cárlos, que descuidado del suceso le trasladaron á un castillo, á título de robador de la hermosa Estela, y escalador de la nobleza de sus padres, siendo el consuelo de ellos y su esposo, que así se intitulaba el conde. Estaba don Cárlos inocente de la causa de su prision, y hacia mil instancias para saberla; y como le dijesen que Estela faltaba, y que conforme á una carta que se habia hallado de la dama él era el autor de este robo, y el Júpiter de esta bella Europa, y que él habia de dar cuenta de ella, viva ó muerta, pensó acabar la vida á manos de su pesar; y cuando se vió puesto en el aprieto que el caso requeria; porque ya le amenazaba la garganta el cuchillo, y á su inocente vida la muerte: si bien su padre, como tan rico y noble, defendia, como era razon, la inocencia de su hijo. Quédese así hasta su tiempo, que la historia dirá el suceso; y vamos á Estela y Claudia, que en compañía del cruel Hamete navegaban con próspero viento la vuelta de Fez, que como llegasen á ella, fueron llevadas las damas en casa del padre del moro, donde la her-

mosa Estela empezó de nuevo á llorar su cautiverio y la ausencia de don Cárlos; porque como Hamete viese que ni con ruegos ni caricias podia vencerla, empezó á usar de la fuerza, procurando con malos tratamientos obligarla á consentir con sus deseos por no padecer, tratándola como á una miserable esclava, mal comida y peor vestida, y sirviendo en la casa de criada, en la cual tenia el padre de Hamete cuatro mujeres, con quien estaba casado, y otros dos hijos menores. De estos dos el mayor se aficionó con grandes veras de Claudia, la cual segura de que si como Estela no le admitiese la tratarian como á ella, y viéndose tambien excluida de tener libertad ni de volver á ver á Cárlos, cerrando los ojos á Dios, renegó de su santísima fe, y se casó con Zaide, que este era el nombre de su hermano. Con lo cual la pobre dama pasaba triste y desesperada vida, y así pasó un año, y en él mil desventuras, si bien lo que mas le atormentaba eran las persecuciones de Hamete, quien continuamente la molestaba con sus importunaciones.

Desesperado pues de remedio, pidió á Claudia con muchas lástimas diese órden de que por lo menos, usando de la fuerza, pudiese gozarla: prometióselo Claudia; y así un dia que estaban solas, porque las demas eran idas al baño, le dijo la traidora Claudia estas razones: No sé, hermosa Estela, cómo te diga la tristeza y congoja que padece mi corazon en verme en esta tierra y en tan mala vida como estoy: yo, amiga Estela, estoy determinada á huirme, que no soy tan mora que no me tire mas el ser cristiana: pues el haberme sujetado á esto, fué mas de temor que de voluntad; cincuenta cristianos tienen prevenido un bajel, en que hemos de partir esta noche á Valencia: si tú quieres, pues vinimos juntas, que nos volvamos juntas, no hay sino que te dispongas, y que nos volvamos con Dios; que yo espero en él que nos llevará en salvamento; y sino, mira qué quieres que le diga á Cárlos, que de hoy en un mes pienso verle; y en lo que mejor puedes conocer la voluntad que te tengo es en que, estando sin tí, puede ser ocasion de que Cárlos me quiera; y para lo contrario me ha de ser estorbo tu presencia; mas con todo eso me obliga mas tu miseria que mi gusto. Arrojóse Estela á los piés de Claudia, y la suplicó que pues era esta su determinacion, que no la dejase, y veria con las veras que la servia. Finalmente quedaron concertadas en salir juntas esta noche, despues de todos recogidos; para lo cual juntaron sus cosas, por no ir desapercibidas. Las doce serian de la noche cuando Estela y Claudia, cargadas de dos pequeños lios en que llevaban sus vestidos y camisas, y otras cosas necesarias á su viage, se salieron de casa, y caminaron hácia la marina, donde decia Claudia que estaba el bergantin ó bajel en que habia de escapar, y en su seguimiento Hamete, que desde que salieron de casa las seguia. Y como llegasen hácia unas peñas, en donde decia que habian de aguardar á los demas, tomando un lugar el mas acomodado y seguro que á la cautelosa Claudia le pareció mas á propósito para el caso, se sentó, animando á la temerosa dama, que cada pequeño rumor le parecia que era Hamete. De esta suerte estuvieron mas de una hora, pues Hamete, aunque estaba cerca de ellas, no se habia querido dejar ver porque estuviese mas segura. Al cabo de esto llegó, y

como las viese, fingiendo una furia infernal, les dijo : ¡ Ah perras mal nacidas, qué fuga es esta! Ya no os escaparéis con las traiciones que teneis concertadas. No es traicion, Hamete, dijo Estela, procurar cada uno su libertad, que lo mismo hicieras tú si te vieras de la suerte que yo, maltratada y abatida de tí y de todos los de tu casa : demas que si Claudia no me animara, no hubiera en mí atrevimiento para emprender esto; sino que ya mi suerte tiene puesta mi perdicion en sus manos, y así me ha de suceder siempre que fiare de ella. No lo digas burlando, perra, dijo á esta ocasion la renegada Claudia, porque quiero que sepas que el traerte esta noche no fué con ánimo de salvarte, sino con deseo de ponerte en poder del gallardo Hamete, para que por fuerza ó por grado te goce, advirtiendo que le has de dar gusto, y con él posesion de tu persona, ó has de quedar aquí hecha pedazos.

Dicho esto se apartó algun tanto, dándole lugar al moro, que tomando el último acento de sus palabras, prosiguió con ellas, pensando persuadirla ya con ternezas, ya con amenazas, ya con regalos, ya con rigores. A todo lo cual Estela bañada en lágrimas no respondia mas sino que se cansaba en vano, porque pensaba dejar la vida ántes que perder la honra. Acabóse de enojar Hamete, y trocando la terneza en saña, empezó á maltratarla, dándola muchos golpes en su hermoso rostro, amenazándola con muchos géneros de muerte si no se rendia á su gusto. Y viendo que nada bastaba, quiso usar de la fuerza, batallando con ella hasta rendirla. El ánimo de Estela en esta ocasion era mayor que de una flaca doncella se podia pensar; mas como á brazo partido anduviese luchando con ella, rendidas ya las débiles fuerzas de Estela, se dejó caer en el suelo : y no teniendo facultad para defenderse, acudió al último remedio, y al mas ordinario y comun de las mujeres, que fué dar gritos, á los cuales Jacimin, hijo del rey de Fez, que venia de caza, movido de ellos, acudió á la parte donde le pareció que los oia, dejando atras muchos criados que traia; y como llegase á la parte donde las voces se daban, vió patente la fuerza que á la hermosa dama hacia el fiero moro. Era el príncipe de hasta veinte años; y demas de ser muy galan, tan noble de condicion y tan agradable en las palabras, que por esto y por ser muy valiente y dadivoso, era muy amado de todos sus vasallos; siendo asimismo tan aficionado á favorecer á los cristianos, que si sabia que alguno los maltrataba, lo castigaba severamente.

Pues como viese lo que pasaba entre el cruel moro y aquella hermosa esclava, que ya á este tiempo se podia ver, á causa de que empezaba á romper el alba; y la mirase tendida en tierra, y con una liga atadas las manos, y que con un lienzo la queria tapar la boca el traidor Hamete, con airada voz le dijo : ¿ Qué haces, perro? ¿En la corte del rey de Fez se ha de atrever ninguno á forzar las mujeres? Déjala al punto, sino por vida del rey que te mato. Decir esto y sacar la espada todo fué uno. A estas palabras se levantó Hamete, y metió mano á la suya, y cerrando con él le diera la muerte, si el príncipe, dando un salto, no le hurtara el golpe, y reparara con la espada; mas no fué con tanta presteza que no quedase herido en la cabeza. Conociendo pues el valiente Jacimin que

aquel moro no le queria guardar el respeto que justamente debia á su príncipe, se retiró un poco, y tocando una cornetilla que traia al cuello, todos sus caballeros se juntaron con él al mismo tiempo que Hamete con otro golpe queria dar fin á su vida. Mas siendo, como digo, socorrido de los suyos, fué preso el traidor Hamete, dando lugar á la afligida Estela, con quien ya se habia juntado la alevosa y renegada Claudia, á que se echase á los piés del príncipe Jacimin, á quien como el gallardo moro viese mas de espacio, no agradado de su hermosura, sino compasivo de sus trabajos, la preguntó quién era, y la causa de estar en tal lugar. A lo cual Estela, despues de haberle dicho que era cristiana, con las mas breves razones que pudo contó su historia, y la causa de estar donde la veia, de lo cual el piadoso Jacimin enojado, mandó que á todos tres los trajesen á su palacio, donde ántes de curarse dió cuenta al rey su padre del suceso, pidiéndole venganza del atrevimiento de Hamete, quien juntamente con Claudia fué condenado á muerte, y este mismo dia fueron los dos empalados. Hecha esta justicia, mandó el príncipe traer á su presencia á Estela, y despues de haberla acariciado y consolado, la preguntó qué queria hacer de sí. A lo cual la dama, arrodillada ante él, le suplicó que la enviase entre cristianos, para que pudiese volver á su patria. Concedióle el príncipe esta peticion, y habiéndola dado dineros y joyas, y un esclavo cristiano que la acompañase, mandó á dos criados suyos la pusiesen donde ella gustase. Sucedió el caso referido en Fez, á tiempo que el césar Cárlos V, emperador y rey de España, estaba sobre Tunez contra Barbaroja.

Sabiendo pues Estela esto, mudando su trage mujeril en el de varon, cortándose los cabellos, acompañada solo de su cautivo español, que el príncipe de Fez le mandó dar, juramentándole que no habia de decir quién era, y habiéndose despedido de los dos caballeros moros que la acompañaban, se fué á Tunez, hallándose en servicio del emperador, y siempre á su lado en todas ocasiones, grangeando no solo la fama de valiente soldado, sino la gracia del emperador, y con ella el honroso cargo de capitan de caballos. Hallóse, como digo, no solo en esta ocasion, sino en otras muchas que el emperador tuvo en Italia y Francia, quien hallándose en una refriega á pié, por haberle muerto el caballo, nuestra valiente dama, que con nombre de don Fernando era tenida en diferente opinion, le dió el suyo, y le acompañó y defendió hasta ponerle en salvo. Quedó el emperador tan obligado, que empezó con muchas mercedes á honrar y favorecer á don Fernando; y fué la una un hábito de Santiago, y la segunda una gran renta y título. No habia sabido Estela en todo este tiempo nuevas ningunas de su patria y padres, hasta que un dia vió entre los soldados del ejército á su querido don Cárlos, que como le conoció, todas las llagas amorosas se la renovaron, si acaso estaban adormecidas, y empezaron de nuevo á verter sangre: mandóle llamar, y disimulando la turbacion que le causó su vista, le preguntó ¿de dónde era y cómo se llamaba? Satisfizo don Cárlos á Estela con mucho gusto, obligado de las caricias que le hacia, ó por mejor decir, al rostro, que con ser tan parecido á Estela, traia cartas de favor: y

así la dijo su nombre y patria, y la causa porqué estaba en la guerra, sin encubrirla sus amores, y la prision que habia tenido, diciéndola como cuando pensó sacarla de casa de sus padres, y casarse con ella, se habia desaparecido de los ojos de todos ella y un page, de quien fiaba mucho sus secretos, poniendo en opinion su crédito, porque tenia para sí que por querer mas que á él al page, habian hecho aquella vil accion, dándole á él motivo á no quererla tanto y desestimarla; si bien en una carta que se habia hallado escrita de la misma dama para su padre, decia que se iba con don Cárlos, que era su legítimo esposo, cosa que le tenia mas espantado que lo demas; porque irse con Claudio, y decir que se iba con él, le daba que sospechar, y en lo que paraban sus sospechas era en creer que Estela no le trataba verdad con su amor, pues le habia dejado expuesto á perder la vida por justicia, porque despues de haber estado por estos indicios preso dos años, pidiéndole no solo el robo y el escalamiento de una casa tan noble como la de sus padres, viendo que muerta ni viva no parecia, le achacaban que despues de haberla gozado la habia muerto, con lo cual le pusieron en grande aprieto, tanto que muriera por ello si no se hubiera valido de la industria, la cual le enseñó lo que habia de hacer, que fué romper las prisiones y quebrantar la cárcel, fiándose mas de la fuga que de la justicia que tenia de su parte: que el otro año habia gastado en buscarla por muchas partes, mas que habia sido en vano, porque no parecia sino que la habia tragado la tierra.

Con grande admiracion escuchaba Estela á don Cárlos, como si no supiera mejor que nadie la historia; y á lo que respondió mas apresuradamente, fué á la sospecha que tenia de ella y del page, diciéndole: No creas, Cárlos, que Estela seria tan liviana, que se fuese con Claudio por tenerle amor, ni engañarte á tí, que en las mujeres nobles no hay esos tratos; lo mas cierto seria que ella fué engañada, y despues quizá la habrán sucedido ocasiones en que no haya podido volver por sí; y algun dia querrá Dios volver por su inocencia, y tú quedarás desengañado. Lo que yo te pido es que miéntras estuvieres en la guerra acudas á mi casa, que si bien quiero que seas en ella mi secretario, de mí serás tratado como amigo, y por tal te recibo desde hoy, que yo sé que con mi amparo, pues todos saben la merced que me hace el césar, tus contrarios no te perseguirán, y acabada esta ocasion darémos órden para que quedes libre de sus persecuciones; y no quiero que me agradezcas esto con otra cosa sino con que tengas á Estela en mejor opinion que hasta aquí, siquiera por haber sido tú la causa de su perdicion; y no me mueve á esto mas de que soy muy amigo de que los caballeros estimen y hablen bien de las damas. Atento oyó Cárlos á don Fernando, que por tal tenia á Estela, pareciéndole no haber visto en su vida cosa mas parecida á su dama; mas no llegó su imaginacion á pensar que fuese ella: y viendo que habia dado fin á sus razones, se le humilló, pidiéndole las manos, y ofreciéndose por su esclavo. Alzóle Estela con sus brazos, quedando desde este dia en su servicio, y tan privado con ella, que ya los demas criados estaban envidiosos. De esta suerte pasaron algunos meses, acu-

diendo Cárlos á servir á su dama, no solo en el oficio de secretario, sino en la cámara y mesa, donde en todas ocasiones recibia de ella muchas y muy grandes mercedes, tratando siempre de Estela, tanto que algunas veces llegó á pensar que el duque la amaba, porque siempre le preguntaba si la queria como ántes, y si viera á Estela, si se holgaria con su vista, y otras cosas que mas aumentaban la sospecha de don Cárlos, satisfaciendo á ellas, unas veces á gusto de Estela, y otras veces á su descontento.

En este tiempo vinieron al emperador nuevas como el virey de Valencia era muerto repentinamente, y habiendo de enviar quien le sucediese en aquel cargo, por no ser bien que aquel reino estuviese sin quien le gobernase, puso los ojos en don Fernando, de quien se hallaba tan bien servido. Supo Estela la muerte del virey, y no queriendo perder de las manos esta occasion, se fué al emperador, y puesta de rodillas le suplicó le honrase con este cargo. No le pesó al emperador que don Fernando le pidiese esta merced, si bien sentia apartarle de sí, pues por esto no se habia determinado; pero viendo que con aquello le premiaba, se lo otorgó, y le mandó que partiese luego, dándole la patente y los despachos. Vé aquí á nuestra Estela virey de Valencia, y á don Cárlos su secretario, y el mas contento del mundo, pareciéndole que con el padre alcalde no tenia que temer á su enemigo, y así se lo dió á entender su señor. Satisfecho iba don Cárlos de que el virey lo estaba de su inocencia en la causa de Estela, con lo cual ya se tenia por libre y muy seguro de sus promesas. Partieron en fin con mucho gusto, y llegaron á Valencia, donde fué recibido el virey con muestras de grande alegría. Tomó su posesion, y el primer negocio que le pusieron para hacer justicia fué el suyo mismo, dando querella contra su secretario. Prometió el virey de hacerla. Para esto mandó se hicese informacion de nuevo, examinando segunda vez los testigos. Bien quisieran las partes que don Cárlos estuviera mas seguro, y que el virey le mandara poner en prision. Mas á esto los satisfizo con decir que él le fiaba, porque para él no habia mas prision que su gusto. Tomó, como digo, este caso tan á pechos, que en breves dias estaba de suerte que no faltaba sino sentenciarle. En fin quedó para verse otro dia. La noche ántes entró don Cárlos á la misma cámara donde el virey estaba en la cama, y arrodillado ante él, le dijo: Para mañana tiene vuestra excelencia determinado ver mi pleito, y declarar mi inocencia; demas de los testigos que he dado en mi descargo, y han jurado en mi abono, sea el mejor y mas verdadero un juramento que en sus manos hago, pena de ser tenido por perjuro, de que no solo no llevé á Estela, mas que desde el dia ántes no la ví, ni sé qué se hizo, ni dónde está; porque si bien yo habia de ser su robador, no tuve lugar de serlo con la grande priesa con que mi desdicha me la quitó, ó para mi perdicion ó la suya. Basta, Cárlos, dijo Estela, vete á tu casa, y duerme seguro: soy tu dueño, causa para que no temas; mas seguridad tengo de tí de lo que piensas, y cuando no la tuviera, el haberte traido conmigo, y estar en mi casa, fuera razon que te valiera. Tu causa está en mis manos, tu inocencia ya la sé, mi amigo eres, no tienes que encargarme mas

esto, que yo estoy bien encargado de ello. Besóle las manos don Cárlos, y así se fué dejando al virey, y pensando en lo que habia de hacer. ¿Quién duda que desearia don Cárlos el dia que habia de ser el de su libertad? Por lo cual se puede creer que apenas el padre universal de cuanto vive descubria la encrespada madeja por los balcones del alba, cuando se levantó y adornó de las mas ricas galas que tenia, y fué á dar de vestir al virey para tornarle á asegurar su inocencia.

A poco rato salió el virey de su cámara á medio vestir; mas cubierto el rostro con un gracioso ceño, con el cual, y con una risa á lo falso, dijo, mirando á su secretario: Madrugado has, amigo Cárlos, algo hace sospechosa tu inocencia y tu cuidado, porque el libre duerme seguro de cualquiera pena, y no hay mas cruel acusador que la culpa. Turbóse don Cárlos con estas razones, mas disimulando cuanto pudo, le respondió: Es tan amada la libertad, señor excelentísimo, que cuando no tuviera tan fuertes enemigos como tengo, el alborozo de que me he de ver con ella por mano de vuestra excelencia era bastante á quitarme el sueño; porque de la misma manera que mata un gran pesar lo suele hacer un contento: de suerte que el temor del mal y la esperanza del bien hacen un mismo efecto. Galan vienes, replicó el virey, ¿pues el dia en que has de ver representada tu tragedia en la boca de tantos testigos como tienes contra tí, te adornas de las mas lucidas galas que tienes? Parece que no van fuera de camino los padres y esposos de Estela en decir que debiste de gozarla y matarla, fiados en los pocos ó ninguno que te lo vieron hacer: á fé que si pareciera Claudio, vil tercero de tus travesuras, que no sé si probaras inocencia; y si va á decir verdad, todas las veces que tratamos de Estela muestras tan poco sentimiento y tanta vileza, que siento que me debe mas á mí tu dama, que no á tí, pues su pérdida me cuesta cuidado, y á tí no. ¡O qué pesados golpes eran estos para el corazon de Cárlos! Ya desmayado y desesperado de ningun buen suceso, le iba á dar por disculpa el tiempo, pues con él se olvida cualquiera pasion amorosa, cuando el virey, con un severo semblante y airado rostro, le dijo: Calla, Cárlos, no respondas. Cárlos, yo he mirado bien estas cosas, y hallo por cuenta que no estás muy libre en ellas, y el mayor indicio de todos es las veras con que deseas tu libertad. Diciendo esto, hizo señas á un page, el cual saliendo fuera, volvió con una escuadra de soldados, los cuales quitaron á don Cárlos las armas, poniéndose como en custodia de su persona. Quien viera en esa ocasion á don Cárlos no pudiera dejar de tenerle lástima; tenia mudada la color, los ojos bajos, el semblante triste, y tan arrepentido de haberse fiado de la varia condicion de los señores, que solo á sí se daba la culpa de todo. Acabóse de vestir el virey, y sabiendo que ya los jueces y las partes estaban aguardando, salió á la sala en que se habia de juzgar este negocio, trayendo consigo á Cárlos, cercado de soldados. Sentóse en su asiento, y los demas jueces en los suyos; luego el relator empezó á decir el pleito, declarando las causas é indicios que habia de que don Cárlos era el robador de Estela, confirmándolo los papeles que en los escritorios del uno y del otro se habian hallado, las criadas que sabian su amor, los vecinos que los veian hablarse por las rejas, y quien mas le condenaba era la carta

de Estela, en que rematadamente decia que se iba con él. A todo esto los mas eficaces testigos en favor de don Cárlos eran los criados de su casa, que decian haberle visto acostar la noche que faltó Estela, aun mas temprano que otras veces, y su confesion, que declaraba debajo de juramento que no la habian visto; mas nada de esto aligeraba el descargo; porque á eso alegaba la parte, que pudo acostarse á vista de sus criados, y despues volver á vestirse y sacarla: y que los habia muerto aseguraba el no parecer ella ni el page, secretario de todo, y que seria cierto que por lo mismo le habia tambien muerto, y que en lo tocante al juramento, claro es que no se habia de condenar á sí mismo.

Viendo el virey que hasta aquí estaba condenado Cárlos en el robo de Estela, en el quebrantamiento de su casa, en su muerte y la de Claudio, y que solo él podia sacarle de tal aprieto, determinado pues á hacerlo, quiso ver primero á Cárlos mas apretado, para que la pasion le hiciese confesar su amor, y para que despues estimase en mas el bien: y así Estela le llamó, y como llegase en presencia de todos, le dijo: Amigo Cárlos, si supiera la poca justicia que tenias de tu parte en este caso, dóite mi palabra, y te juro por vida del césar, que no te hubiera traido conmigo, porque no puedo negar que me pesa, y pues lo solemnizo con estas lágrimas, bien puedes creerme, siento en el alma ver tu vida en el peligro en que está, pues si por los presentes cargos he de juzgar esta causa, fuerza es que por mi ocasion la pierdas, sin que yo halle remedio para ello; porque siendo las partes tan calificadas tratarles de concierto en tan gran pérdida como la de Estela, es cosa terrible, y no acertada, y muy sin fruto: el remedio que aquí hay es que parezca Estela, y con esto ellos quedarán satisfechos, y yo podré ayudarte; mas de otra manera, ni á mí está bien, ni puedo dejar de condenarte á muerte. Pasmóse con esto el afligido don Cárlos, mas como ya desesperado, arrodillado como estaba le dijo: Bien sabe vuestra excelencia que desde que en Italia me conoció, siempre que trataba de esto lo he contado y dicho de una misma suerte, y que si aquí como á juez se lo pudiera negar, allí como á señor y amigo le dije la verdad, y de la misma manera lo digo y confieso ahora. Digo que adoré á Estela. Di que la adoro, replicó el virey algo bajo, que te haces sospechoso en hablar de pretérito, y no sentir de presente. Digo que la adoro, respondió don Cárlos, admirado de lo que en el virey veia, y que la escribia, que la hablaba, que la prometia ser su esposo, que concerté sacarla, y llevarla á la ciudad de Barcelona; mas ni la saqué, ni la ví, y si así no es, aquí donde estoy me parta un rayo del cielo. Bien puedo morir, mas moriré sin culpa alguna, si no es que acaso lo sea haber querido una mudable, inconstante y falsa mujer, sirena engañosa, que en la mitad del canto dulce me ha traido á esta amarga y afrentosa muerte. Por amarla muero, no por saber de ella. ¿Pues qué se pudieron hacer esta mujer y este page, dijo el virey? ¿Subiéronse al cielo? ¿Bajáronse al abismo? ¿Qué sé yo? replicó el afligido don Cárlos. El page era galan, y Estela hermosa, ella mujer, y él hombre; quizá... ¡Ah traidor! respondió el virey, ¡y cómo en ese quizá traes encubiertas tus traidoras y falsas sospechas! ¡qué presto te has dejado llevar de tus malos

pensamientos! maldita sea la mujer que con tanta facilidad os da motivo para ser tenida en menos; porque pensais que lo que hacen obligadas de vuestra asistencia, y perseguidas de vuestra falsa perseverancia, hacen con otro cualquiera que pasa por la calle: ni Estela era mujer, ni Claudio hombre; porque Estela es noble y virtuosa, y Claudio un hombre vil, criado tuyo, y heredero de tus falsedades Estela te amaba y respetaba como á esposo, y Claudio la aborrecia, porque te amaba á tí: y digo segunda vez que Estela no era mujer, porque la que es honesta, recatada y virtuosa, no es mujer sino ángel, ni Claudio hombre, sino mujer, que enamorada de ti quiso privarte de ella, quitándola delante de tus ojos. Yo soy la misma Estela, que se ha visto en un millon de trabajos por tu causa, y tú me lo gratificas en tener de mí la falsa sospecha que tienes. Entónces contó cuanto le habia sucedido desde el dia que faltó de su casa, dejando á todos admirados del suceso, y mas á don Cárlos, que corrido de no haberla conocido, y haber puesto dolo en su honor, como estaba arrodillado, asido de sus hermosas manos, se las besaba, bañándoselas con sus lágrimas, pidiéndola perdon de sus desaciertos: lo mismo hacia su padre y el de Cárlos, y unos con otros se embarazaban por llegar á darla abrazos, diciéndola amorosas ternezas. Llegó el conde á darla la enhorabuena, y pedirla se sirviese cumplir la palabra que su padre le habia dado de que seria su esposa; de cuya respuesta colgado el ánimo y corazon de don Cárlos, puso la mano en la daga que le habia quedado en la cinta, para que si no saliese en su favor, matar al conde y á cuantos se lo defendiesen, ó matarse á sí ántes que verla en poder ageno. Mas la dama que amaba y estimaba á don Cárlos mas que á su misma vida, con muy corteses razones suplicó al conde la perdonase, porque ella era mujer de Cárlos, por quien y para quien queria cuanto poseia, y que le pesaba no ser señora del mundo para entregárselo todo; pues sus valerosos hechos nacian todos del valor que el ser suya le daba, suplicando tras esto á su padre lo tuviese por bien. Y bajándose del asiento, despues de abrazarlos á todos se fué á Cárlos, y enlazándole al cuello los valientes y hermosos brazos, le dió en ellos la posesion de su persona. Y de esta suerte se entraron juntos en una carroza, y fueron á la casa de su madre, que ya tenia nuevas del suceso, y estaba ayudando al regocijo con piadoso llanto. Salió la fama publicando aquesta maravilla por toda la ciudad, causando á todos notable novedad, por oir decir que el virey era mujer y Estela. Todos acudian, unos al palacio y otros á su casa. Despachóse luego un correo al emperador, que estaba ya en Valladolid, dándole cuenta del caso, el cual mas admirado que todos los demas, como quien la habia visto hacer valerosas hazañas, no acababa de creer que fuese asi, y respondió á las cartas con la enhorabuena y muchas joyas. Confirmó á Estela el estado que la dió, añadiéndole el de princesa de Buñol, y á don Cárlos el hábito y renta de Estela, y el cargo de virey de Valencia. Con que los nuevos amantes, ricos y honrados, hechas todas las ceremonias y cosas acostumbradas de la iglesia, celebraron sus bodas, dando á la ciudad nuevo contento, á su estado hermosos herederos, y á los historiadores motivo para escribir esta maravilla, con nuevas alaban-

zas al valor de la hermosa Estela, cuya prudencia y disimulacion la hizo severo juez, siéndolo de su misma causa; que no es menos maravilla que las demas, que haya quien sepa juzgarse á sí mismo en mal ni bien; porque todos juzgamos faltas agenas, y no las nuestras propias.

NOVELA DÉCIMA.

EL JARDIN ENGAÑOSO.

No ha muchos años que en la hermosísima y noble ciudad de Zaragoza vivia un caballero noble y rico, y él por sus gracias merecedor de tener por mujer una gallarda dama, igual en todo á sus virtudes y nobleza. Dióle el cielo por fruto de su matrimonio dos hermosas hijas; la mayor llamada Constanza, y la menor Teodosia, tan iguales en belleza, discrecion y donaire, que no desdecia nada la una de la otra. Eran estas dos bellísimas damas tan acabadas y perfectas, que eran llamadas por renombre de su riqueza y hermosura las dos niñas de los ojos de su patria. Llegando pues á los años de discrecion, cuando en las doncellas campea la belleza y donaire, se aficionó de la hermosa Constanza don Jorge, caballero asimismo natural de la misma ciudad de Zaragoza, mozo galan y rico, único heredero en la casa de sus padres, que aunque habia otro hermano, cuyo nombre era Federico, como don Jorge era el mayorazgo, le podemos llamar así. Amaba Federico á Teodosia, si bien con tanto recato de su hermano, que jamas entendio de él esta voluntad. No miraba Constanza mal á don Jorge, porque agradecida á su voluntad, le pagaba en tenérsela honestamente, pareciéndole que habiendo sus padres de darla esposo, ninguno en el mundo la merecia como don Jorge: y fiado en esto, estimaba y favorecia sus deseos, teniendo por seguro el creer que apenas se la pediria á su padre, cuando tendria alegre y dichoso fin este amor, si bien le alentaba tan honesta y recatadamente, que dejaba lugar á su padre para que en caso que no fuese su gusto el dársela por dueño, ella pudiese, sin ofensa de su honor, dejarse de esta pretension. No le sucedió tan felizmente á Federico con Teodosia, porque jamas alcanzó de ella un mínimo favor, ántes le aborrecia con todo extremo, y era la causa amar perdida á don Jorge, tanto que empezó á tratar y buscar modos de apartarle de la voluntad de su hermana. Andaba con estos disfavores Federico tan triste, que ya era conocida, sino la causa, la tristeza. Reparaba en ello Constanza, que por ser afable, y amar tan honesta á don Jorge, no le cabia poca parte á su hermano; y casi sospechando que seria Teodosia la causa de su pena, por haber visto en los ojos de Federico algunas señales, lo procuró saber, y fuéle fácil por ser los caballeros muy familiares amigos de su casa, que siéndolo, tambien los facilitaba cualquiera

inconveniente. Tuvo lugar la hermosa Constanza de hablar á Federico, sabiendo de él á pocos lances la voluntad que á su hermana tenia, y los despegos con que ella le trataba, mas con apercibimiento que no supiese este caso don Jorge, pues, como se ha dicho, se llevaban mal. Espantóse Constanza de que su hermana desestimase á Federico, siendo por sus prendas digno de ser amado; mas como Teodosia tuviese tan oculta su aficion, jamas creyó Constanza que fuese don Jorge la causa. Estos enfados de don Jorge despertaron el alma á Teodosia, á fin de dar modo cómo don Jorge aborreciese de todo punto á su hermana, pareciéndole á ella qué el galan se contentaria con desamarla, y no buscarla mas venganza, y con esto tendria ella el lugar que su hermana perdiese: engaño comun en todos los que hacen mal, pues sin mirar que le procuran al aborrecido, se le dan juntamente al amado. Con este pensamiento, no temiendo el sangriento fin que podia tener tal desacierto, se determinó decir á don Jorge que Federico y Constanza se amaban, y pensando, lo puso en ejecucion, que amor ciego, ciegamente gobierna, y de ciegos se sirve; y así quien como ciego no procede, no puede llamarse verdaderamente su cautivo.

La ocasion que la fortuna dió á Teodosia fué hallarse solos Constanza y don Jorge, y el galan enfadado, y aun si se puede decir, zeloso de haberla hallado en conversacion con su aborrecido hermano, dando á él la culpa de su tibia voluntad, no pudiendo creer que fuese recato honesto el que la dama con él tenia, la dijo algunos pesares, con que obligó á la dama á que le dijese estas palabras: Mucho siento, don Jorge, que no estimes mi buena voluntad, y el favor que os hago en dejarme amar, sino que os atrevais á tenerme en tan poco, que sospechando de mí lo que no es razon, entre mal advertidos pensamientos me digais pesares zelosos; y aun no contento con esto os atreveis á pedirme mas favores que los que os he hecho, sabiendo que no los tengo de hacer. A sospecha tan mal fundada como la vuestra no respondo, porque si para vos no soy mas tierna de lo que veis, ¿porqué habeis de creer que lo soy para vuestro hermano? A lo demas que decis, quejándoos de mi desabrimiento y tibieza, os digo para que no os canseis en importunarme, que miéntras no fuéredes mi esposo no habeis de alcanzar mas de mí. Y diciendo esto, por no dar lugar á que don Jorge tuviese algunas desenvolturas amorosas, le dejó, y entró en otra sala donde habia criados y gente. No aguardaba Teodosia otra ocasion mas que la presente para urdir su enredo, y habiendo estado á la mira, y oido lo que habia pasado, viendo quedar á don Jorge desabrido y cuidadoso de la resolucion de Constanza, se fué adonde estaba, y le dijo: No puedo ya sufrir ni disimular, señor don Jorge, la pasion que tengo de veros tan perdido y enamorado de mi hermana, y tan engañado en esto, como amante suyo, y así, si me dais palabra de no decir en ningun tiempo que yo os he dicho lo que sé y os importa saber, os diré la causa de la tibia voluntad de Constanza. Sabed, dijo Teodosia, que vuestro hermano Federico y Constanza se aman con tanta terneza y firme voluntad, que no hay para encarecerlo mas que decir que tienen concertado de casarse; dada se tienen la palabra de es-

posos, y aun creo que con algunas mas arraigadas prendas: testigo yo, sin querer ellos que lo fuese, oí y ví cuanto os digo, cuidadosa de lo mismo que ha sucedido: esto no tiene ya remedio, lo que yo os aconsejo es que, como tan bien entendido, lleveis este disgusto, creyendo que Constanza no nació para vuestra, y que el cielo os tiene guardada sola la que os merece. Con esto dió fin Teodosia á su traicion, no queriendo por entónces decirle nada de su voluntad, porque no sospechase su engaño; y don Jorge principio á una zelosa y desesperada cólera, porque en un punto ponderó el atrevimiento de su hermano, y deslealtad de Constanza, y haciendo juez á sus zelos, y fiscal á su amor, juntando con esto el aborrecimiento con que trataba á Federico, aun sin pensar en la ofensa, dió luego contra él rigurosa sentencia; mas disimulando, por no alborotar, con Teodosia, le agradeció cortesmente la merced que le hacia, prometiendo el agradecimiento de ella, y por principio tomar su consejo, y apartarse de la voluntad de Constanza, pues se empleaba en su hermano mas debidamente que en él, despidiéndose de ella, y dejándola en extremo alegre, pareciéndole que defraudado don Jorge de alcanzar á su hermana, le seria á ella fácil de haberle por esposo. Apenas se apartó don Jorge de Teodosia, cuando se fué á buscar á su aborrecido hermano, si bien primero llamó á un page, de quien fiaba mayores secretos, y dándole cantidad de joyas y dineros, con un caballo le mandó que le aguardase fuera de la ciudad en un señalado puesto. Hecho esto, se fué á Federico, y le dijo que tenia ciertas cosas que tratar con él, para lo cual era necesario salir hácia el campo. Hízolo Federico, no tan descuidado que no se recelase de su hermano, por conocer la poca amistad que le tenia; mas la fortuna hace sus cosas como le da gusto, sin mirar méritos ni ignorancias: tenia ya hecha la suerte por don Jorge contra el miserable Federico, porque apenas llegaron á un lugar á propósito, apartado de la gente, cuando sacando don Jorge la espada, llamándole robador de su mayor descanso y bien, sin darle lugar á que sacase la suya, le dió una estocada en el corazon, de que cayó muerto. Don Jorge acudió adonde le aguardaba su criado con el caballo, y subiendo en él con su secretario á las ancas, se fué á Barcelona; de allí, hallando las galeras que se partian á Nápoles, se embarcó en ellas, despidiéndose para siempre de España. Fué hallado muerto esta misma noche el malogrado Federico, y traido á sus padres, con tanto dolor suyo y de toda la ciudad, que á una lloraban su desgraciada muerte, ignorándose el agresor de ella. Sintió mucho Constanza la ausencia de don Jorge, mas no de suerte que diese que sospechar cosa que no estuviese muy bien á su opinion. En este tiempo murió su padre, dejando á sus hermosas hijas con gran suma de riqueza, y á su madre por su amparo: la cual ocupada en el gobierno de su hacienda, no trató de darlas estado en mas de dos años, sin que en todo este tiempo se supiese cosa alguna de don Jorge, cuyo olvido fué haciendo su acostumbrado efecto en la voluntad de Constanza, lo que no pudo hacer en la de Teodosia, que siempre amante y siempre firme, deseaba ver casada á su hermana, para vivir mas segura si don Jorge pareciese.

Sucedió en este tiempo venir á algunos negocios á Zaragoza un hidalgo

montañés, mas rico de bienes de naturaleza que de fortuna, hombre de hasta treinta ó treinta y seis años, galan discreto y de muy amables partes, llamado Cárlos. Tomó posada en frente de la casa de Constanza, y á la primera vez que vió la belleza de la dama, le dió en pago de haberla visto la libertad, dándole asiento en el alma con tantas veras, que sola la muerte le pudo sacar de esta determinacion. Veíase nuestro Cárlos pobre fuera de su patria, porque aunque le sobraba de noble lo que le faltaba de rico, no era bastante para atreverse á pedirla por mujer, seguro de que no se la habian de dar; mas como no hay amor sin astucias, ni cuerdo que no sepa aprovecharse de ellas, imaginó una que fué bastante á darle lo mismo que deseaba, y para conseguirla, empezó á tomar amistad con Fabia, que así se llamaba la madre de Constanza, y á regalarla con algunas cosas que procuraba para este efecto, haciendo la noble señora en agradecimiento lo mismo. Visitábalas algunas veces, grangeando con su agrado y linda conversacion la voluntad de todas, tanto que ya no se hallaban sin él. En teniendo Cárlos dispuesto este negocio tan á su gusto, descubrió su intento á una ama vieja que le servia, prometiéndole pagárselo muy bien, y de esta suerte se empezó á fingir enfermo, y no solo con achaque limitado, sino que de golpe se arrojó en la cama. Tenia ya su vieja ama prevenido un médico, á quien dieron un gran regalo, y así comenzó á curarle á título de un cruel tabardillo. Supo la noble Fabia la enfermedad de su vecino, y con notable sentimiento le fué luego á ver, y le asistia como si fuera un hijo. Creció la fingida enfermedad, á dicho del médico y congojas del enfermo, tanto que se le ordenó que hiciese testamento. Todo lo cual se hizo en presencia de Fabia, que sentia el mal de Cárlos en el alma, á la cual dijo el astuto Cárlos asidas las manos, estando para hacer testamento: Ya veis, señora mia, en el estado que está mi vida, mas cerca de la muerte que de otra cosa; no lo siento tanto por haberme venido en la mitad de mis años, cuanto por estorbarse con ella el deseo que siempre he tenido de serviros despues que os conocí, mas para que mi alma vaya con algun consuelo de este mundo, dadme licencia para descubriros un secreto. Seis meses ha, señora Fabia, dijo Cárlos, que vivo en frente de vuestra casa, y esos mismos que adoro y deseo para mi mujer á mi señora doña Constanza, vuestra hija: por su hermosura y virtudes no he querido tratar de ello, aguardando la venida de un caballero, deudo mio, á quien esperaba para que lo tratase; mas Dios que sabe lo que mas conviene, ha sido servido de atajar mis intentos de la manera que veis, sin dejarme gozar de ese deseado bien: la licencia que ahora me habeis de dar es para que yo la deje toda mi hacienda, y que ella la acepte, quedando vos, señora, por testamentaria, y despues de cumplido mi testamento, todo lo demas sea para su dote. Agradecióle Fabia con palabras amorosas la merced que le hacia, sintiendo y solemnizando con lágrimas el perderle. Hizo Cárlos su testamento, y por decirlo de una vez, él testó mas de cien mil ducados, señalando en muchas partes de la montaña muy lucida hacienda, y de todo dejó por heredera á Constanza, y á su madre tan lastimada, que pedia al cielo con lágrimas su vida. En viendo Fabia á su hija, echándole al cuello los brazos, le

dijo: ¡Ay hija mia, en qué obligacion estás á Cárlos! ya puedes desde hoy llamarte desdichada, perdiendo como pierdes tal marido. No quiera el cielo, señora, decia la hermosa dama, agradada de las buenas prendas de Cárlos, y obligada con la riqueza que la dejaba, que Cárlos muera, ni que yo sea de tan corta dicha que tal vea; yo espero en Dios que le ha de dar vida para que todas sirvamos la voluntad que nos muestra.

Dentro de pocos dias empezó Cárlos, como quien tenia en su mano la salud, á mejorar, y ántes de un mes á estar del todo sano, y no solo sano, sino esposo de la bella Constanza; porque Fabia, viéndole con salud, le llevó á su casa, y desposó con su hija, grangeando este bien por medio de su engaño, y Constanza tan contenta, porque su esposo sabia grangear su voluntad con tantos regalos y caricias, que ya muy seguro de su amor, se atrevió á descubrirle su engaño, dando la culpa á su hermosura y al verdadero amor que desde que la vió la tuvo. Cuatro años serian pasados de la ausencia de don Jorge, muerte de Federico, y casamiento de Constanza, en cuyo tiempo la bellísima dama tenia por prendas de su querido esposo dos hermosos hijos, con los cuales mas alegre que primero, juzgaba perdidos los años que habia gastado en otros devaneos, sin haber sido siempre de su Cárlos, cuando don Jorge, habiendo andado toda la Italia, Piamonte y toda Flandes, no pudiendo sufrir la ausencia de su amada señora, seguro por algunas personas que habia visto por donde habia estado, de que no le atribuian á él la muerte del malogrado Federico, dió la vuelta á su querida patria, y se presentó á los ojos de sus padres, y si bien su ausencia habia dado que sospechar, supo dar tal satisfaccion y color á su fuga, llorando con fingidas lágrimas y disimulada pasion la muerte de su hermano, haciéndose muy nuevo en ella, que deslumbró cualquiera indicio que pudiera haber. La que menos contento mostró en esta venida fué Constanza, porque casi adivinando lo que habia de suceder, como amaba tan de veras á su esposo, se entristeció de lo que los demas se alegraban; porque don Jorge, aunque sintió con las veras posibles hallarla casada, se allanó á servirla y solicitarla de nuevo, ya que no para su esposa, que era imposible, á lo menos para gozar de su hermosura, por malograr tantos años de amor. Los paseos, regalos, músicas y finezas eran tantas, que casi se empezó á murmurar por la ciudad, mas á todo la dama estaba sorda, porque jamas admitia ni estimaba cuanto el amante por ella hacia, antes la servia de mayor pena. La que tenia Teodosia de ver estos extremos de amor en su querido don Jorge era tanta, que á no alentarla los desdenes con que su hermana le trataba, mil veces perdiera la vida. No ignoraba Constanza de dónde le procedia á su hermana la pena, y deseaba que don Jorge se inclinase á remediarla, tanto por no verla padecer, como tambien por no verse perseguida de sus importunaciones; mas cada hora lo hallaba mas imposible, por estar ya don Jorge tan rematado y loco en solicitar su pretension, que no sentia que en Zaragoza se murmurase, ni que el esposo de Constanza lo sintiese. Mas de un año pasó don Jorge en esta tema, sin ser parte las veras con que Constanza escusaba su vista, cuando Teodosia, agravada de su tristeza, cayó en la cama de una peligrosa enfermedad, tanto que se llegó a tener muy poca espe-

ranza de su vida. Constanza, que la amaba tiernamente, conociendo que el remedio de su pena estaba en don Jorge, se determinó á hablarle, forzando por la vida de su hermana su desapegada y cruel condicion; y así un dia que Cárlos se habia ido á caza, le envió á llamar. Loco de contento recibió don Jorge el venturoso recado de su querida dama; y por no perder esta ventura, fué á ver lo que el dueño de su alma le queria. Con alegre rostro recibió Constanza á don Jorge, y sentándose con él en su estrado, lo mas amorosa y honestamente que pudo, por obligarle y traerle á su voluntad, le dijo las razones siguientes: No puedo negar, señor don Jorge, si miro desapasionadamente vuestros méritos y la voluntad que os debo, que fuí desgraciada el dia que os ausentásteis de esta ciudad, pues con esto perdí el alcanzaros por esposo, cosa que jamas creí de la honesta aficion con que admitia vuestros favores y finezas; si bien el que tengo es tan de mi gusto, que doy mil gracias al cielo por haberle merecido: esta voluntad deseo pagaros sin ser á costa de mi honor, dándoos en mi lugar otra que de mi parte pague lo que en mí es sin remedio. En concederme este bien me ganais, no solo por verdadera amiga, sino por perpetua esclava, y para no teneros suspenso, esta hermosura que en cambio de la mia os quiero dar es mi hermana Teodosia, la cual desesperada de vuestro desden está en lo último de su vida, sin saber otro remedio para dársela sino vos mismo. Ahora es tiempo de que yo vea lo que valgo con vos, si alcanzo que nos honreis á todos dándola la mano de esposo. Con esto quitais al mundo de murmuraciones, á mi esposo de sospechas, á vos mismo de pena, y á mi hermana de las manos de la muerte: y yo, teniéndoos por hermano, podré pagar con agradecimientos lo que ahora niego por recato.

Turbado oyó don Jorge á Constanza, y precipitado en su pasion amorosa, la respondió: ¿Este es el premio, hermosa Constanza, que tenias guardado al tormento que por tí paso, y al firme amor que te tengo? Pues cuando entendí que obligada de él me llamabas para dármele, me quieres imposibilitar de todo punto de él; pues asegúrote que conmigo no tienen lugar tus ruegos, porque otra que no sea Constanza no triunfará de mí: amándote he de morir, y amándote viviré hasta que me asalte la muerte; mira si cuando la deseo para mí se la excusaré á tu hermana. Púsose Constanza, oyendo esto, en pié, y en modo de burla dijo: Hagamos, señor don Jorge, un concierto, y sea, que como vos me hagais en esta placeta que está delante de mi casa, de aquí á la mañana, un jardin tan adornado de cuadros y olorosas y vistosas flores, árboles y fuentes, que ni en su frescura ni belleza, ni en la diversidad de pájaros que en él haya, desdiga de los nombrados pensiles de Babilonia, que Semíramis hizo sobre sus muros, yo me pondré en vuestro poder, y haré por vos cuanto deseais; y sino, que os habeis de dejar de esta pretension, otorgándome en pago el ser esposo de mi hermana, porque si no es á precio de este imposible no han de perder Cárlos y Constanza su honor, grangeado con tanto cuidado, y sustentado con tanto aumento. Con esto se entró donde estaba su hermana, bien descontenta del mal recado que llevaba de su pretension, dejando á don Jorge tan desesperado, que fué mila-

gro no quitarse la vida. Salióse asimismo loco y perdido de casa de Constanza, y con desconcertados pasos, sin mirar dónde iba, se fué al campo, y allí maldiciendo su suerte, dando tristes y lastimosos suspiros, y cercado de mortales pensamientos, se le puso (sin ver por dónde ni cómo habia venido) delante un hombre, que le dijo: ¿Qué tienes, don Jorge? ¿Porqué das voces y suspiros al viento pudiendo remediar tu pasion de otra suerte? ¿Qué lágrimas femeniles son estas? ¿No tiene mas ánimo un hombre de tu valor, que el que aquí muestras? ¿No echas de ver que pues tu dama puso precio á tu pasion, que no es tan difícil tu remedio como piensas? Mirándole estaba don Jorge, espantado de oirle decir lo que él apenas creia que sabia nadie, y así le respondió: ¿Y quién eres tú, que sabes lo que yo mismo no sé, y que asimismo me prometes remedio? ¿Qué puedes tú hacer, cuando aun al demonio es imposible? Y si yo fuese el que dices, respondió, ¿qué dirias? Ten ánimo, y mira qué me darás si yo hago el jardin que tu dama pide. Pon tú el precio á lo que por mí quieres hacer, que pronto estoy á otorgarlo. Pues mándame el alma, dijo el demonio, y hazme de ella cédula, que ántes que amanezca podrás cumplir á tu dama su deseo. Amaba el mal aconsejado mozo, y así no dificultó hacer lo que el demonio le pedia. Hízole la cédula en la manera que él la ordenó, y firmando, sin mirar lo que hacia, ni que por precio de un desordenado apetito daba una joya tan apreciada, y que tanto le costó al divino Criador. Hecho esto, don Jorge se fué á su posada, y el demonio á dar principio á su fabulosa fábrica.

Llegó la mañana, y don Jorge, creyendo que habia de ser la de su gloria, se levantó al amanecer, y vistiéndose lo mas rica y costosamente que pudo, se fué donde el jardin se habia de hacer, y llegando á la placeta que estaba en frente de la casa de la hermosa Constanza, el mas contento que en su vida estuvo, vió la mas hermosa obra que jamas habia visto, que á no ser mentira, como el autor de ella, pudiera ser recreacion de cualquier monarca. Entróse dentro, y estuvo aguardando un buen rato que saliese su dama á ver como habia cumplido su deseo. Cárlos, que aunque la misma noche que Constanza habló con don Jorge habia venido de caza cansado, madrugó aquella mañana para acudir á un negocio que se le habia ofrecido; y como apenas fuese de dia, abrió una ventana que caia á la placeta, poniéndose á vestir en ella; y como se le ofreciese á los ojos la máquina ordenada por el demonio para derribar la fortaleza del honor de su esposa, como admirado estuvo un rato creyendo que soñaba, mas viendo que ya que los ojos se pudieran engañar, no lo hacian los oidos, que absortos á la dulce armonía de tantos y tan diversos pajarillos como en el deleitoso jardin estaban, empezó á dar voces, llamando á su esposa y á los demas de su casa, diciéndoles que se levantasen, y verian la mayor maravilla que jamas se vió. A las voces que Cárlos dió se levantó Constanza y su madre, y cuantos en su casa habia, bien seguros de tal novedad, porque la dama ya no se acordaba de lo que le habia pedido á don Jorge, segura de que no lo habia de hacer, y como descuidada se llegase á ver qué la queria su esposo, y viese el jardin, precio de su honor, tan adornado de flores y árboles, que aun le pareció que era menos

lo que ella habia pedido, y muy poco, segun lo que la daban, pues las fuentes y hermosos cenadores ponian espanto á quien las veia, y viese á don Jorge tan lleno de galas y bizarría pasearse por él, y en un punto considerase lo que habia prometido, sin poderse tener en sus piés se dejó caer en el suelo, á cuyo golpe acudió su esposo y los demas, pareciéndoles que estaban encantados segun los prodigios que veian. Y tomándola en sus brazos, como quien la amaba tiernamente, con gran priesa pedia que llamasen á los médicos, pareciéndole que estaba sin vida, por cuya causa su marido y hermana solemnizaban con lágrimas su muerte, á cuyos llantos acudió mucha gente que se habia juntado en el jardin que en la plaza estaba, y entre ellos don Jorge, que luego imaginó lo que podia ser.

Media hora estuvo la hermosa señora de esta suerte, haciéndosele innumerables remedios, cuando estremeciéndose fuertemente, tornó en sí, y viéndose en los brazos de su amado esposo, cercada de gente, y entre ellos don Jorge, llorando amarga y abundantemente, puestos los ojos en Cárlos, le empezó á decir: Ya, señor mio, si quieres tener honra, y que tus hijos la tengan, y mis nobles deudos no la pierdan, sino que tú se la des, conviene que al punto me quites la vida; no porque á él ni á ellos he ofendido; mas porque puse precio á tu honor y al suyo, sin mirar que no le tiene. Yo lo hiciera imitando á Lucrecia, y aun dejándola atras, pues si ella se mató despues de haber hecho la ofensa, yo muriera sin cometerla; mas soy cristiana, y no es razon que pues yo estoy sin culpa, pierda la vida, y te pierda juntamente á tí, que lo eres mio, y pierda el alma, que tanto costó á su Criador. Mas espanto dieron estas razones á Cárlos que lo demas que habia visto; y así le pidió que dijese la causa porqué las decia, y lloraba con tanto sentimiento. Entónces Constanza, aquietándose un poco, contó públicamente cuanto con don Jorge la habia pasado desde que la empezó á amar hasta el punto en que estaba, añadiendo por fin que pues ella habia pedido á don Jorge un imposible, y él le habia cumplido, que en aquel caso no habia otro remedio sino su muerte, con la cual, dándosela su marido, como el mas agraviado, tendria todo fin, y don Jorge no podria tener queja de ella. Viendo Cárlos un caso tan extraño, considerando que por su esposa se veia en tanta prosperidad, pues la desigualdad muchas veces suele ser freno á las inclinaciones de los hombres, porque el que escoge mujer mas rica que él no lleva mujer, sino señora; y asimismo mas enamorado que nunca de la hermosa Constanza, la dijo: No puedo negar, señora mia, que hicísteis mal en poner precio á lo que en realidad de verdad no lo tiene ni puede tener, porque la virtud y la castidad de la mujer no hay en el mundo con que se pueda pagar, pues aunque os fiásteis de un imposible, pudiérais considerar que no le hay para un amante que lo es de veras, y el premio de su amor le espera alcanzar con cometer imposibles y hacerlos; mas esta culpa ya la pagais con la pena en que os veo; por tanto, ni yo os quitaré la vida, ni os daré mas pesadumbre de la que teneis: el que ha de morir es Cárlos, que como desdichado, ya la fortuna cansada de sufrirle le queria derribar. Y diciendo esto sacó la espada, y fuésela á meter por

los pechos, sin mirar que con esta desesperada accion perdia el alma, al tiempo que don Jorge, temiendo lo mismo que él queria hacer, habia de un salto juntádose con él, y asiéndole fuertemente el puño de la espada, le dijo: Tente, Cárlos, tente, y así como estaba, prosiguió contando cuanto con el demonio le habia pasado hasta el punto que estaba, y pasando adelante dijo: No es razon que á tan noble condicion como la tuya haga yo ninguna ofensa, pues solo con ver que te quitas la vida porque yo no muera (pues no hay muerte para mí mas cruel que privarme del bien que tanto me cuesta. pues he dado por precio el alma) me ha obligado de suerte, que no una, sino mil perdiera por no ofenderte: tu esposa está ya libre de su obligacion, que yo la alzo la palabra; goce Constanza á Cárlos, y Cárlos á Constanza; pues el cielo los crió tan conformes, que solo él es el que la merece, y ella la que es digna de ser suya; y muera don Jorge, pues nació tan desdichado, que no solo ha perdido gusto por amar, sino la joya que le costó á Dios morir en una cruz. A estas últimas palabras de don Jorge se les apareció el demonio con la cédula en la mano; y dando voces les dijo: No me habeis de vencer, aunque mas hagais, pues donde un marido, atropellando su gusto y queriendo perder la vida, se vence á sí mismo, dando licencia á su mujer para que cumpla lo que prometió, y un loco amante obligado de esta suerte á palabra que le cuesta no menos que el alma, como en esta cédula se ve, que me hace donacion de ella, no he de hacer menos yo que ellos; y así para que el mundo se admire de que en mí pudo haber virtud, toma, don Jorge, vé ahi tu cédula, yo te suelto la obligacion, que no quiero alma de quien tan bien se sabe vencer, y diciendo esto le arrojó la cédula, y dando un grande estallido se desapareció, y juntamente el jardin, quedando en su lugar un espeso y hediondo humo. Al ruido que hizo, que fué tan grande, que parecia hundirse la ciudad, Constanza y Teodosia, con su madre y las demas criadas, que absortas y embelesadas habian quedado con la vista del demonio, volvieron sobre sí, y viendo á don Jorge hincado de rodillas, dando con lágrimas gracias á Dios por la merced que le habia hecho de librarle de tal peligro, creyendo que por secretas causas solo á su Magestad divina reservadas habia sucedido aquel caso, le ayudaron todos, haciendo lo mismo.

Acabada don Jorge su devota oracion, se volvió á Constanza, y la dijo así: Ya, hermosa señora, conozco cuan acertada has andado en guardar el decoro que es justo al marido que tienes; y así para que viva seguro de mí, pues de tí lo está, y tiene tantas causas para ello, despues de pedirte perdon por la opinion que te he quitado con mis importunas pasiones, te pido lo que tú ayer me dabas, deseosa de mi bien, y yo como loco desprecié, que es á la hermosa Teodosia por mujer, que con esto el noble Cárlos quedará seguro, y esta ciudad enterada de tu valor y virtud. Oyendo esto Constanza, se fué con los brazos abiertos á don Jorge, y echándoselos al cuello, dijo: Tomad este favor que os doy como á mi hermano, siendo el primero que alcanzais de mí desde que me amais. Este mismo dia fueron desposados don Jorge y la bella Teodosia con general contento. Y otro dia hicieron las bodas, siendo padrinos Cárlos y la bella Cons-

tanza : hiciéronse muchas fiestas en la ciudad, solemnizando el dicho de tales sucesos, en los cuales don Jorge y Cárlos se señalaron, dando muestras de su gallardía. Vivieron muchos años con hermosos hijos, sin que jamas se supiese que don Jorge hubiese sido el matador de Federico, hasta que despues de muerto don Jorge Teodosia contó el caso, á la cual cuando murió la hallaron escrita de su mano esta maravilla, dejando al fin de ella por premio al que dijese cuál hizo mas de estos tres, Cárlos, don Jorge ó el demonio, el laurel de bien entendido. Cada uno lo juzgue si le quiere ganar, que yo quiero dar aquí fin al Jardin engañoso, título que da él suceso referido á esta maravilla.

Dió fin la discreta Laura á su maravilla, y todas aquellas damas y caballeros principio á disputar cuál habia hecho mas, por quedar con la opinion de discreto; y porque la bella Lisis habia puesto una joya para el que acertase, cada uno daba su razon : unos alegaban que el marido, y otros que el amante, y todos juntos que el demonio, por ser en él cosa nunca vista el hacer bien. Esta opinion sustentó divinamente don Juan, llevando la joya prometida, no con pocos zelos de don Diego y gloria de Lisarda, á quien la rindió al punto, dando á Lisis no pequeño pesar. En esto entretuvieron parte de la noche, y por no ser hora de representar la comedia, se quedó para el dia de la Circuncision, en que se habian de desposar don Diego y la hermosa Lisis; y así se fueron á cenar con mucho gusto, dando fin á la quinta noche, y yo á mi entretenido sarao; prometiendo segunda parte, y en ella el castigo de la ingratitud de don Juan, mudanza de Lisarda y bodas de Lisis, si, como espero, es estimado mi trabajo, agradecido mi deseo, y alabado, no mi tosco estilo, sino el deseo con que va escrito.

SEGUNDA PARTE.

INTRODUCCION.

Para el primer dia del año quedaron en la primera parte de mi entretenido sarao concertadas las bodas de la gallarda Lisis con el galan don Diego, tan dichoso en haber merecido esta suerte, como prometian las bellas prendas de la hermosa dama, y nuevas fiestas para solemnizarlas con mas aplauso; mas cuando las cosas no estan otorgadas del cielo, poco sirve que las gentes concierten si Dios no lo otorga; que como quien mira desapasionado lo que no está bien, dispone á su voluntad, y no á la nuestra, aunque nosotros sintamos lo contrario: y así, ó que fuese algun desórden, como suele suceder en los suntuosos banquetes, ó el pesar de considerarse Lisis ya en poder de extraño dueño, y solamente por vengarse del desprecio que le parecia haberle hecho don Juan amando á su prima Lisarda, usurpándole á ella las glorias de ser suya, mal hallada con dueño extraño de su voluntad, y ya casi en poder del no apetecido, se dejó rendir á tan crueles desesperaciones, vertiendo tantas perlas sus divinos ojos, que amaneció otro dia la hermosa dama con una mortal calentura, y tan desalentada y rendida á ella, que los médicos, desconfiando de su vida, ántes de hacerle otros remedios le ordenaron los importantes al alma, mandándola confesar, y recibir el Santísimo Sacramento como la mas cordial medicina, y luego procuraron con su ciencia hacer las importantes al cuerpo; con cuya alteracion y nuevos cuidados cesaron las fiestas ya dichas, y volvió la alegría de las pasadas noches en llanto y tristeza de su noble madre y queridas amigas, que lo sentian ternísimamente, y principalmente don Diego; y no hay que maravillar, pues cuando se veia casi en posesion de su belleza, se hallaba temeroso de perderla para siempre. Bien sentia el ingrato don Juan ser él la causa de la enfermedad de Lisis; pues el frio de sus tibiezas era la mayor calentura de la dama, y sentia faltase del mundo una estrella que le daba ser: tal era la belleza y discrecion de Lisis, junto con otras mayores virtudes de que era dotada; mas estaba tan rendido á la hermosura de Lisarda, que presto hallaba en ella el consuelo de su pena: y aunque muchas veces proponia, para alentarla, hacerle mas caricias, y con esta intencion la visitaba, como Lisarda jamas se apartaba de su prima, en viéndola él afectuosamente, no se acordaba de los propósitos hechos. Aumentábase el mal de Lisis, faltando en todos las esperanzas de su salud, y mas á la bien entendida señora, que como era quien le sentia y sabia mejor las circunstancias de él, pues unas veces se hallaba ya entre las manos de la muerte, ya otras (aunque pocas) con mas alivio, tuvo lugar su divino entendimiento de obrar en su alma nuevos propósitos, si bien á nadie lo daba á entender, guardando para su tiempo la disposicion de su deseo, mostrando á don Diego y á la demas familia, cuando se hallaba con notable mejoría, un honesto agrado, con que enfrenaba cualquier deseo, y solo le tenian puesto en verla con salud.

Mas de un año duró la enfermedad con caidas y recaidas, sin tratarse en todo

este tiempo de otra cosa sino de acudir á la presente causa, padeciendo don Diego el achaque de desesperado; tanto que ya quisiera de cualquiera suerte fuera suya Lisis, por estar seguro de él; mas si alguna vez lo proponia, hallaba en la dama un enojo agradable y una resistencia honesta, con que le obligaba á pedir perdon de haberlo intentado. En esta ocasion le trajeron á Lisis una hermosísima esclava, herrada en el rostro; mas no porque la S y clavo que esmaltaba sus mejillas manchase su belleza, que ántes la descubria mas; era mora, y su nombre Zelima, de gallardo entendimiento y muchas gracias, como era leer, escribir, cantar, tañer, bordar, y sobre todo hacer excelentísimos versos. Este presente le hizo á Lisis una tia suya, hermana de su madre, que vivia en la ciudad de Valencia; y aunque pudiera desdorar algo la estimacion de tal prenda el ser mora, sazonaba este género de desabrimiento con decir queria ser cristiana. Con esta hermosa mora se alegró tanto Lisis, que gozándose con sus habilidades y agrados, casi se olvidaba de la enfermedad, cobrándose tanto amor, que no era como de señora y esclava, sino de dos queridas hermanas: sabia muy bien Zelima grangear y atraer á sí la voluntad de Lisis, y Lisis pagárselo en quererla tanto, que apenas se hallaba sin ella. Entretenia Zelima á su señora, haciendo alarde de sus habilidades, ya cantando y tañendo, ya recitando versos, ya cantándole cosas de Argel su patria; y aunque muchas veces la veia Lisis divertida y tan transportada, que sin sentir se le caian las lágrimas de sus divinos ojos, creia Lisis serian memorias de su tierra; y tal vez que le preguntaba la causa, le respondia la discreta Zelima: A su tiempo, señora mia lo sabrás, y te admirarás de ella; con que Lisis no la importunaba mas. Sanó Lisis, convaleció Lisis, y volvió el sol de su hermosura á recobrar nuevos rayos, y apenas la vió don Diego con entera salud, cuando volvió de nuevo á sus pretensiones, hablando á Laura, y pidiendo cumpliese la palabra de darle á Lisis por esposa. Comunicó la discreta señora con su hermosa hija lo que don Diego le habia propuesto, y la sabia dama dió á su madre la respuesta que se podia esperar de su obediente proceder, añadiendo que pues se allegaban los alegres dias de las carnestolendas, y en ellos se habian de celebrar sus bodas, que tenia gusto de que se mantuviese otro entretenido recreo como el pasado, empezando el domingo, para que el último dia se desposasen, y que le diese licencia para que lo dispusiese; de lo que se alegró mucho su madre con la fiesta que queria hacer Lisis. Concedida facultad para ordenarlo, se dispuso de esta suerte: en primer lugar, que habian de ser las damas las que novelasen (y en esto acertó con la opinion de los hombres, pues siempre tenian á las mujeres por noveleras). Y en segundo, que los que refiriesen fuesen casos verdaderos, y que tuviesen nombre de desengaños (en esto no sé si los satisfizo, porque como ellos procuran siempre engañarlas, sienten mucho se desengañen). Fué la pretension de Lisis en esto volver por la fama de las mujeres tan postrada y abatida por su mal juicio, que apenas hay quien hable bien de ellas. Y como son los hombres los que presiden en todo, jamas cuentan los malos pagos que dan, sino los que les dan: y si bien lo miran, ellos cometen la culpa, y ellas siguen tras su opinion, pensando que aciertan, y lo cierto es que no hubiera malas mujeres si no hubiera malos hombres. No hablo con los que no lo fueren, que de la misma manera que á la mujer falsa, inconstante, liviana y sin reputacion, no se le ha de dar nombre de mujer, sino de bestia fiera; así el hombre cuerdo, bien intencionado, y que sabe en los mismos vicios aprovecharse de la virtud y nobleza á que está obligado, no será comprehendido en mi reprehension: mas hablo de los que, olvidados de sus obligaciones, hacen diferente de lo que es justo: estos tales no serán hombres, sino monstruos, y si todos lo son, con todos hablo, advirtiendo que las mujeres que hablaré en este libro non son de las comunes, y que tienen por oficio y grangería el serlo, que esas pasan por sabandijas; sino de las no merecedoras de desdichados sucesos.

Habíale pedido a Lisis Zelima por merced le fuese concedido que los versos que se cantasen los diese ella, de que Lisis se holgó por excusarse de este trabajo, y que la primera que desengañase fuese ella; y Lisis imaginando la peticion no por acaso, lo tuvo á bien; y así nombró para la primera noche á Zelima, y tras ella á su prima Lisarda, luego á Nise, y tras ellas á Filis. Para la segunda noche puso la primera á su madre, segunda á Matilde, y tercera y cuarta á doña Luisa y doña Francisca, dos señoras hermanas que poco habia vivian en su casa, la primera viuda y la otra doncella, mozas hermosas y muy bien entendidas. Y la tercera noche puso primero á doña Estefanía; esta era una prima suya que tenia religiosa, que habia con licencia salido del convento á curarse de unas peligrosas cuartanas, y ya sana de ellas no aguardaba para volverse á él mas de que se celebrasen las bodas de Lisis, y ella tomó para sí el postrero desengaño, para que hubiese lugar para su desposorio. Ordenado esto, convidó á todos los caballeros y damas, citados en la primera parte, y muchos mas que vinieron avisados unos de otros. Con esto se sacó licencia del nuncio para que se desposasen sin amonestaciones, ó por mas secreto, ó por mayor grandeza (que está ya el gusto tan empalagado de lo antiguo, que buscan lo mas moderno, y lo tienen por sainete). Se previnieron músicos, y entoldaron las salas de ricas tapicerías, suntuosos estrados, curiosos escritorios, vistosas sillas y taburetes, aliñados braseros, tanto de buenas lumbres como de diversas y olorosas perfumaderas, claros y resplandecientes faroles, muchas bujías, y sobre todo sabrosas y costosas colaciones, sin que faltase el amigo chocolate (que en todo se halla como la mala ventura). Todo tan en su punto, que la hermosa sala no parecia sino un abreviado cielo, y mas cuando empezaron á ocuparla tantas gerarquías de serafines, presidiendo á todas la divina Lisis, de negro, con muchos botones de oro: y si bien esta dama no era la mas linda de todas, en la gallardía y entendimiento las excedia. Acomodados todos en sus lugares, sin que faltasen de los suyos el ingrato don Juan y el dichoso don Diego, y todos los hombres mal contentos, quienes por no serles concedido el novelar no podian dar muestra de sus intenciones, y quizá los que escriben deseosos de verse en ocasion de vengarse, como si á mí me importase algo, pues no les quito el entendimieuto que Dios les dió, si acaso escribir esto fuese presuncion, y no entretenimiento, no obstante las damas contentas de que les llegaba la ocasion de satisfacerse de tantos agravios como les hacen en sentir mal de ellas, y juzgar á todas por una Zelima, esta, que junto á Lisis estaba, se levantó, y haciendo una cortés y humilde reverencia (habiendo prevenido á los músicos de lo que habian de hacer, como á quien tocaba dar los versos), se entró en una cuadra, y los músicos dieron principio á la fiesta con este romance.

Mentiroso pastorcillo,
Que á los montes de Toledo
Llevásteis mis alegrías,
Y me dejaste mis zelos:
Dueño de quien soy esclava,
Y á quien reconoce imperio,
Por confrontacion de estrella,
Mi cautivo pensamiento:
Deidad, á cuyos altares,
Sacrificando en deseos
El alma, víctima humilde,
Es holocausto é incienso:
¿Qué dichosa te entretiene,
Que faltando el plazo puesto,
Consientes que esten mis ojos
Bañados en llanto tierno?
Si los rigores de ausencia
Hicieran mella en tu pecho,
Ni tú estuvieras sin mí,
Ni yo estuviera con ellos.
Si cuando te despediste
Callé el dolor que padezco,
Ya que no por sentirle,
Porque tú fueses contento.
Y con aqueste seguro,
Ignorando mis tormentos,
La rienda á la ausencia alargas,
Pensando que no la siento.
Vuelve á mirarte en los ojos,
Que sueles llamar espejos,
Y los verás por tu causa
Caudalosas fuentes hechos.

Vuelve, y verás que las horas
Las llamo siglos eternos;
Los dias eternidades,
Tanto es el dolor que tengo.
Quizá á la que te detiene,
Estando sin mi contento,
Quitarás de los favores
Que á mis espaldas le has hecho.
Que segun sin mi te hallas,
Puedo llamar mis contentos
Censos que son al quitar,
Que me los quitas tan presto.
Zelos me abrasan el alma:
¡Ay de mi! Valedme, cielos,
Dad agua apriesa, ojos mios,
Pues veis que crece el incendio.
¿Mas es fuego de alquitran
Este en que me estoy ardiendo?
Que mas se aviva la llama,
Miéntras mas lágrimas vierto.
Dicen algunos que son
Los zelos del amor hielo;
Mas en mi vienen á ser
Abrasado mongibelo.
¿Para que quiero la vida?
¿Para qué el reposo quiero?
¡Ay, zagalejos del Tajo,
No ángeles, sino infierno!
Mirad que Salicio es mio,
En él vivo, y por el muero,
Y quitármele es sacar
El alma á mi triste cuerpo.
Violentamente gozais
Esa vida que poseo,
Porque sus favores son
Los bienes solos que tengo.
¡Ay, Dios! á quien me quejo,
O á quien aquestas lágrimas ofrezco,
Si mi ingrato Salicio está tan lejos.
Yo triste, y él contento,
Él gozando otros gustos, yo con zelos.
Que soy inmortal Egeo,
Pues no me acaba este mortal veneno.

Largo les pareció el romance á los oyentes, y mas como no sabian el designio de Zelima, la que de propósito lo habia prevenido así para tener lugar de hacer lo que ahora se dirá; demas que los músicos de los libros son mas piadosos que los de las salas de los señores, que acortan los romances, y les quitan el ser, dejándolos sin piés ni cabeza. A los últimos acentos de los postreros versos salió Zelima de la cuadra en tan diferente trage del que entró, que á todos puso en admiracion. Traia una camisa de transparente cambray, con grandes puntas y encages, las mangas muy anchas de la parte de la mano; unas enaguas de lama á flores, azul y plata, con tres ó cuatro relumbrones que quitaban la vista, tan corta, que apenas llegaba á las gargantas de los piés, y en ellos unas andalias de muchos lazos y listones de seda muy vistosas: sobre esto un baquerillo ó aljuba de otra telilla azul y plata muy vistosa, y asido al hombro una almalafa de la misma tela. Tenia la aljuba ó baquerillo las mangas tan anchas, que se igualaban con las de la camisa, mostrando sus blancos y torneados brazos con costosos carcages ó bracelettes: los largos, ondeados y hermosos cabellos, que ni eran oro ni ébano, sino un castaño tirante á rubio, tendidos por las espaldas, que le pasaban de la cintura una vara, y cogidos por la frente con una cinta ó apretadorcillo de diamantes, y luego prendido á la mitad de la cabeza un velo azul y plata, lo que unido todo al donaire, magestad y grandeza de sus airosos y concertados pasos, no parecia sino una princesa de Argel, una reina de Fez ó Marruecos, ó una sultana de Constantinopla.

Admirados quedaron damas y caballeros, y mas la hermosa Lisis de verla con mas arreos que los que ella habia visto, y no acertaba á dar lugar al disfraz de su esclava, y así no hizo mas de callar y admirarse (como todos) de tal deidad, porque la contemplaba una ninfa ó diosa de las antiguas fábulas. Pasó Zelima hasta el estrado, dejando á las damas muy envidiosas de su acabada y linda belleza, y á los galanes rendidos á ella, pues hubo mas de dos, que con los clavos del rostro, sin reparar en ellos, la hiciera señora y poseedora de su persona y hacienda, y aun se juzgara indigno de merecerla. Hizo Zelima una reverencia al auditorio, y otra á su señora Lisis, y sentóse en dos almohadas que estaban situadas en medio del estrado, lugar prevenido para la que habia de desengañar, y vuelta á Lisis, dijo así:

NOCHE PRIMERA.

DESENGAÑO PRIMERO.

LA ESCLAVA DE SU AMANTE.

Mandásteme, señora mia, que contase esta noche un desengaño, para que las damas se avisen de los engaños y cautelas de los hombres, para que vuelvan por su fama en tiempo que la tienen tan perdida, pues en ninguna ocasion hablan ni sienten de ellas bien; siendo su mayor entretenimiento decir mal de ellas; pues ni comedia se representa ni libro se imprime, que no sea todo en ofensa de las mujeres, sin que se reserve ninguna; y si bien no tienen ellos toda la culpa, que si como buscan las malas para sus deleites, y estas no pueden dar mas de lo que tienen, buscáran las buenas para admitirlas y alabarlas, las halláran honradas, cuerdas, firmes y verdaderas: mas es tal nuestra desdicha y el mal tiempo que alcanzamos, que á estas tratan mucho peor; y es que como las otras no los han menester sino por algun tiempo, ántes que ellos tengan tiempo de tratarlas mal, ellas les dan con la ceniza en la cara.

Muchísimos desengaños pudiera traer en apoyo de esto de las antiguas y modernas desdichas sucedidas á mujeres por los hombres; mas quiero pasarlas en silencio, y contaros mis desdichados sucesos, para que escarmentando en mí, no haya tantas perdidas como hay, y tan pocas escarmentadas. Y porque lo mismo que contaré ahora es la misma reprension, digo de esta manera.

Mi nombre es doña Isabel Fajardo, no Zelima, ni mora, como pensais, sino cristiana, é hija de padres católicos, y de los mas principales de la ciudad de Murcia, que estos hierros que veis en mi rostro no son sino sombras de los que ha puesto en mi calidad y fama la ingratitud de un hombre; y para que me deis mas crédito, veislos aquí quitados: así pudiera quitar los que han puesto en mi alma mis desventuras y poca cordura. Y diciendo esto, se los quitó y arrojó lejos de sí, quedando el claro cristal de su divino rostro sin mancha, sombra ni obscuridad, descubriendo aquel sol los resplandores de su hermosura sin nube: y todos los que colgad s de lo que intimaba su hermosa boca, casi sin sentido, que apenas osaban apartar la vista por no perderla, pareciéndoles que como ángel se les podia esconder; y por fin los galanes mas enamorados, y las damas mas envidiosas, y todos compitiendo en la imaginacion, sobre si

estaba mejor con hierros ó sin ellos; y casi se determinaban á sentirlo viéndola sin ellos, por parecerles mas fácil la empresa; y mas Lisis, que como la queria con tanta ternura, dejó caer por sus ojos unos desperdicios; mas por no estorbarla los recogió con sus hermosas manos. Con esto la hermosa doña Isabel prosiguió su discurso, viendo que todos callaban, notando la suspension de cada uno, y la de todos juntos.

Nací en la casa de mis padres sola, para que fuese sola la perdicion de ella: hermosa, ya lo veis; noble, ya lo he dicho; rica, lo que bastara á ser yo cuerda, para poder obtener un noble marido. Criéme hasta llegar á los doce años entre las caricias y regalos de mis padres, que claro es que no habiendo tenido otra de su matrimonio, serian muchos, enseñándome entre ellos las cosas mas importantes á mi calidad. Ya se entenderán las virtudes que forman una persona virtuosamente cristiana, los ejercicios honestos de leer, escribir, tañer y danzar, con todo lo demas competente á una persona de mis prendas, y de todas aquellas cuyos padres desean ver enriquecidas á sus hijas; y mas los mios, que como no tenian otra, se aficionaban en estos extremos; salí única en todo, y perdonadme que me alabe, que como no tengo otro testigo, no es justo pasen por desvanecimiento mis alabanzas; bien se lo pagué, pero mas bien lo he pagado. Yo fuí en todo extremada, mas en hacer versos era la admiracion de aquel reino, y la envidia de muchos no tan peritos en esta facultad, pues hay varios ignorantes, que como si las mujeres les quitáran el entendimiento por tenerle, se consumen de los aciertos agenos. Bárbaro, ignorante, si los sabes hacer, hazlos, que no te roba nadie tu caudal: si son buenos los que no son tuyos, y mas si son de dama, adóralos y alábalos; y si malos, discúlpala, considerando que no tiene mas caudal, y que son dignos de mas aplauso en una mujer que en un hombre, por adornarlos con menos arte.

Cuando llegué á los catorce años, ya tenian mis padres tantas pretensiones para mis bodas, que ya enfadados respondian que me dejasen ser mujer; mas como, segun decian ellos, idolatraban en mi belleza, no se podian excusar de importunarles. Entre los mas rendidos se mostró apasionadísimo un caballero, cuyo nombre es don Felipe, de pocos mas años que yo, tan dotado de gentileza y nobleza, cuanto desposeido de bienes de fortuna, que parecia que envidiosa de las gracias que le habia dado el cielo, le habia quitado los suyos. Era en fin pobre, y tanto que en la ciudad era desconocido, desdicha que padecen muchos. Este era el que mas á fuerza de suspiros y lágrimas procuraba grangear mi voluntad, mas yo seguia la opinion de todos, y como los criados de casa veian mi poco afecto, jamas le oyó ninguno, ni fué mirado de mí, pues bastó esto para ser poco conocido en otra ocasion: pluguiera al cielo le mirara yo bien, y fuera parte para que no me hubieran sucedido las desdichas que lloro, y hubiera sabido excusar algunas; mas siendo pobre, ¿cómo le habia de mirar mi desvanecimiento? pues tenia yo hacienda para él y para mí, mas mirábale de modo, que jamas pude dar señas de su rostro, hasta que me ví engolfada en mis desventuras.

Sucedió en este tiempo el levantamiento de Cataluña, para castigo de

nuestros pecados, ó solo de los mios, que aunque han sido las pérdidas grandes, la mia es la mayor, que los muertos en esta ocasion ganaron eterna fama, y yo que quedé viva ignominiosa infamia. Súpose en Murcia como su magestad (Dios le guarde) iba al ilustre y leal reino de Aragon, para hallarse presente en las civiles guerras; y mi padre, como quien habia gastado lo mejor de su mocedad en servicio de su rey, conoció lo que le importaban á su magestad los hombres de su valor, y se determinó á irle á servir, para que en tal ocasion le premiase los servicios pasados y presentes, como católico y agradecido rey; y con esto trató de su jornada. El sentimiento de mi madre y mio fué extremado, y el de mi padre de la misma suerte: tanto que á importunidades de mi madre y mias trató llevarnos en su compañía, con que volvió nuestra pena en gozo, y mas á mí, que como niña, deseosa de ver tierras, ó por mejor sentir mi desdichada suerte, que me guiaba á mi perdicion, me llevaba contenta. Previñose la partida; y aderezando lo que se habia de llevar, fué lo mas importante, para aunque á la ligera mostrar mi padre quien era, y que era descendiente de los antiguos Fajardos de aquel reino. Partimos de Murcia, dejando con mi ausencia comun y particular tristeza en aquel reino, solemnizando en versos y prosas todos los mas divinos entendimientos la falta que hacia á aquel reino. Llegamos á la nobilísima y suntuosa ciudad de Zaragoza, y aposentados en una de sus principales casas, ya descansada del camino, salí á ver, ví, y fuí vista. Mas no estuvo en esto mi pérdida, que dentro en mi casa estaba el incendio, pues sin salir me habia ya visto mi desventura, y como si careciera esta noble ciudad de hermosuras, pues hay tantas, que apenas hay plumas ni elocuencias que basten á alabarlas, pues son tantas que dan envidia á otros reinos, se empezó á exagerar la mia como si no hubiera visto otra: no sé si es tanta como decian, solo sé que fué la que bastó á perderme; mas como dice el vulgo, lo nuevo place: ¡oh quién no la hubiera tenido para excusar tantos infortunios! Habló mi padre á su magestad, que informado de que habia sido en la guerra tan gran soldado, y que aun no estaban amortiguados sus brios, valor y buena cuenta que siempre habia dado de lo que tenia á su cargo, le mandó asistiese al gobierno de un tercio de caballos, con título de maestre de campo, honrándole con un hábito de Calatrava: y así fué fuerza el asistir allí, y enviar á Murcia por toda la hacienda que se podia traer, dejando la demas á deudos nobles que tenia allá. Era dueña de la casa en que vivíamos una viuda principal y rica, que tenia un hijo y una hija; él mozo, galan, y de buen discurso, así no fuera falso y traidor, llamado don Manuel: no quiero decir su apellido, que mejor es callarle, pues no supo darle lo que merecia. ¡Ay, y qué á costa mia he hecho experiencia de todo! ¡Ay, mujeres fáciles, y si supiésedes una por una, y todas juntas, á lo que os poneis el dia que os dejais rendir á las falsas caricias de los hombres; y cómo quisiérades mas haber nacido sin oidos y sin ojos! Oh! si os desengañásedes en mí, de que mas vais á perder que á ganar! Era la hija moza, y medianamente hermosa, y concertada de casar con un primo que estaba en las Indias, y le aguardaban para celebrar sus bodas en la primera flota. Su nombre

era doña Eufrasia: esta y yo nos tomamos tanto amor como su madre y la mia, pues de dia ni de noche nos dividiamos, y si no era para ir á dar el comun reposo á los ojos, jamas nos apartábamos, ó yo en su cuarto, ó ella en el mio: no hay mas que encarecerlo, sino que ya la ciudad nos celebraba por el nombre de las dos amigas; y de la misma suerte don Manuel dió en quererme, ó en engañarme, que todo viene á ser uno: á los principios empecé á extrañar y resistir sus pretensiones y porfías, teniéndolos por atrevimientos contra mi autoridad y honestidad; tanto que por atajarlos me excusaba y negaba á la amistad de su hermana, dejando de asistirla en su cuarto todas las veces que sin nota podia hacerlo, de que don Manuel hacia tantos sentimientos, mostrando andar muy melancólico y desesperado, que tal vez me obligaba á lástima, por ver que ya mis rigores se atrevian á su salud. No miraba yo mal las veces que podia sin dárselo á entender á don Manuel: y bien gustara, pues era fuerza tener dueño, fuera él á quien tocara la suerte: mas¡ ay! que él iba con otro intento, pues con haber tantos que pretendian este lugar, jamas se opuso á tal pretension; y estaba mi padre tan desvanecido en mi amor, que aunque lo intentara no fuera admitido, por haber otros de mas prendas que él; pues aunque don Manuel tenia muchas ni yo me apartara del gusto de mi padre por cuanto vale el mundo. No habia hasta entónces llegado amor á hacer suerte en mi libertad, ántes imagino que ofendido, de ella hizo el estrago que tantas penas me cuesta. No habia tenido don Manuel lugar de decirme mas de con los ojos su voluntad, porque yo no se le daba, hasta que una tarde estando yo con su hermana en su cuarto, salió de su aposento, que estaba á la entrada de él, con un instrumento en la mano, y sentándose en el mismo estrado con nosotras, le rogó mucho doña Eufrasia cantase alguna cosa, y rehusándolo él, se lo supliqué tambien yo por no parecer grosera; y él que no deseaba otra cosa, cantó un soneto, que si no os cansa mi larga historia, diré con los demas que se ofrecieren en el discurso de ella. Lisis, por todos, la rogó lo hiciese así, que les daria notable gusto, diciendo: ¿Qué podreis decir, señora doña Isabel, que no sea de mucho agrado á los que os escuchamos? y así en nombre de estas damas y caballeros os suplico no excuseis nada de lo que os sucedió en vuestro prodigioso suceso, porque de lo contrario recibirémos gran pena. Pues con esta licencia, replicó doña Isabel, digo que don Manuel cantó este soneto; advirtiendo que él á mi y yo á él nos nombrábamos por Belisa y Salicio.

De un diluvio la tierra condenada,
Que toda se anegaba en sus enojos,
Rios fuera de madre eran sus ojos,
Porque ya son las nubes mar airada.
La dulce Filomena retirada,
Como no ve del sol los rayos rojos,
No le rinde canciones en despojos
Por verse sin su luz desconsolada.
Porque lamenta, el ruiseñor no canta,

Sin belleza y olor estan las flores;
Y estando todo triste de este modo,
Con tanta luz, que al mismo sol espanta:
Toda donaire, discrecion y amores,
Salió Belisa, y serenóse todo.

Arrojó, acabado de cantar, el instrumento en el estrado, diciendo: ¿Qué me importa á mí que salga el sol de Belisa en el oriente á dar alegría á cuantos la ven, si para mí está siempre convertida en triste ocaso? Dióle diciendo esto un modo de desmayo, con que alborotadas su madre, hermanas y criadas, fué fuerza llevarle á su cama, y yo retraerme á mi cuarto; no sé si triste ó alegre, solo sabré asegurar que me conocí confusa, y determiné no ponerme mas en ocasion de sus atrevimientos. Si me durara este propósito acertara, mas ya empezaba en mi corazon á hacer suertes amor, alentando yo misma mi ingratitud, y mas cuando supe de allí á dos dias como don Manuel estaba con un accidente, que á los médicos habia puesto en cuidado; con todo eso estuve sin ver á doña Eufrasia hasta otro dia, no dándome por entendida, y fingiendo precisa ocupacion con la estafeta de mi tierra, hasta que doña Eufrasia, que hasta entónces no habia tenido lugar, asistiendo á su hermano, le dejó reposando, y pasó á mi aposento, dándome muchas quejas de mi descuido y sospechosa amistad, de que me disculpé, haciéndome de nuevas, y muy pesarosa de su disgusto. Al fin, acompañando á mi madre hube de pasar aquella tarde á verle; y como estaba cierta que su mal procedia de mis desdenes, procuré mas cariñosa y agradable darle la salud que le habia quitado con ellos hablando donaires y burlas, que en don Manuel causaban varios efectos, ya de alegría, y ya de tristeza, que yo notaba con mas cuidado que ántes, si bien lo encubria con cauta disimulacion. Llegó la hora de despedirnos, y llegado con mi madre á hacer la debida cortesía, y esforzarle con las esperanzas de salud que siempre se dan á los enfermos, me puso tan impensadamente en la mano un papel, que, ó fuese la turbacion del atrevimiento, ó recato de mi madre y de la suya, que estaban cerca, no pude hacer otra cosa mas de encubrirle; y así que llegué á mi cuarto me entré en mi aposento, y sentándome sobre mi cama, saqué el engañoso papel para hacerle pedazos sin leerle; y al punto que lo iba á conseguir me llamaron, porque habia venido mi padre, y hube de suspender por entónces su castigo; y no hubo lugar de dársele hasta que me fuí á acostar, que habiéndome desnudado una doncella que me vestia y desnudaba, y á quien yo queria mucho, por habernos criado desde niñas, me acordé del papel, y se le pedí, y que me llegase de camino la luz para abrasarle en ella. Entónces me dijo la cautelosa Claudia, que este era su nombre, y bien le puedo dar tambien el de cautela, pues tambien estaba prevenida contra mí, y en favor del ingrato y desconocido don Manuel: ¿Y acaso, señora mia, ha cometido este desdichado algun delito contra la fe, que le quieres dar tan riguroso castigo? porque si es así, no será por malicia sino con inocencia; porque ántes entiendo que le sobra fe, y no que le falta. Con todo mi honor le está cometiendo, dije yo, y

porque no haya mas cómplices será bien que este muera. ¿Pues á quien se condena sin oirle? replicó Claudia, porque á lo que miro, entero está como el dia en que nació; óyele por tu vida, y luego si mereciere pena se la darás, y mas si es tan poco venturoso como su dueño. ¿Sabes tú cuyo es? le volví á replicar. ¿De quién puede ser, si no es admitido, sino del mal correspondido don Manuel, que por causa tuya está como está, sin gusto y salud, dos males que á no ser desdichado ya le hubieran muerto? mas hasta la muerte huye de los que lo son. Sobornada parece que estás, pues abogas con tanta piedad por él. No estoy por cierto, respondió Claudia, sino enternecida, y aun si dijera lastimada acertara mejor. ¿Pues de qué sabes tú que todas esas penas de que te lastimas tanto son por mí? Yo te lo diré, dijo la astuta Claudia. Esta mañana me envió tu madre á saber cómo estaba, y el triste caballero vió los cielos abiertos en verme: contóme sus penas, dando de todo la culpa á tus desdenes; y esto con tantas lágrimas y suspiros, que me obligó á sentirlas como propias, solemnizando con suspiros los suyos, y acompañando con lágrimas las suyas. Muy tierna eres, Claudia, repliqué yo, presto crees á los hombres; si fueras tú la querida, presto le consolaras. Y tan presto, dijo Claudia, que ya estuviera sano y contento. Díjome mas, que en estando para poderse levantar, se ha de ir donde á tus crueles ojos é ingratos oidos no lleguen nuevas de él. Yo quisiera que estuviera bueno para que lo cumpliera, dije yo. ¡Ay señora mia! respondió Claudia, ¿es posible que en cuerpo tan lindo como el tuyo se aposente alma tan cruel? No seais así por Dios, pues ya se pasó el tiempo de las damas andariegas, que con corazones de diamantes dejaban morir los caballeros sin tener piedad de ellos: casada has de ser, que tus padres para este estado te guardan; pues si es así, ¿qué desmerece don Manuel para que no gustes que sea tu esposo? Claudia, dije yo, si don Manuel estuviera tan enamorado como dices, y tuviera tan castos pensamientos, ya me hubiera pedido á mis padres; y pues no trata de eso, sino de que le corresponda, ó por burlarme, ó ver mi flaqueza, no me hables mas de él, que me das notable enojo. Lo mismo que tú dices, volvió á replicar Claudia, le dije yo, y me respondió que cómo se habia de atrever á pedirte por esposa, incierto de tu voluntad; pues podia ser que aunque tu padre lo acepte no gustes tú de ello. El gusto de mi padre será el mio, dije yo. Ahora, señora, tornó á decir Claudia, veamos el papel, pues ni hace ni deshace el leerle, pues que lo demas corre por cuenta del cielo. Estaba ya mi corazon mas blando que la cera, pues miéntras Claudia me decia lo referido, habia entre mi pecho varios discursos, y todos en abono de lo que me decia mi doncella, y en favor de don Manuel; mas por no darla mas atrevimientos, pues ya la juzgaba mas de la parte contraria que de la mia, despues de haberla mandado no hablase mas en ello, ni fuese adonde don Manuel estaba, porfié á quemar el papel, y ella á defenderle, hasta que deseando yo lo mismo que ella queria, le abrí, amonestándola primero que no supiese don Manuel sino que le habia rompido sin leerle, y ella prometiéndolo, ví que decia así:

« No sé, ingrata señora mia, de qué tienes hecho el corazon, pues á ser » de diamante ya le hubieran enternecido mis lágrimas; ántes sin mirar » los riesgos que me vienen, le tienes cada dia mas endurecido : si yo te » quisiera menos que para dueño de mí y de cuanto poseo, ya parece que » se hallara disculpa á tu crueldad: mas pues gustas que muera sin reme- » dio, yo te prometo darte gusto, ausentándome del mundo y de tus in- » gratos ojos, como lo verás en levantándome de esta cama, y quizá en- » tónces te pesará de no haber admitido mi voluntad. »

No decia mas que esto el papel, ¿pero qué mas habia de decir? Dios nos libre de un papel escrito á tiempo; saca fruto de donde no le hay, y engendra voluntad aun sin ser visto : mirad qué seria de mí, que ya admiraba los méritos de don Manuel todos juntos, y cada uno de por sí. ¡Ay engañoso amante, ay falso caballero, ay verdugo de mi inocencia! ¡Y ay mujeres fáciles y mal aconsejadas, y cómo os dejais vencer de mentiras bien afeitadas, y que no les dura el oro con que van cubiertas mas que miéntras dura el apetito! ¡Ay desengaño, que visto, no se podrá engañar ninguna! ¡Ay hombres, y porqué siendo hechos de la misma masa y trabazon que nosotras, no teniendo mas nuestra alma que la vuestra, nos tratais como si fuéramos hechas de otra pasta, sin que os obliguen los beneficios que desde el nacer al morir os hacemos! Pues si agradeciérais los que recibis de vuestras madres, por ellas estimaríais y reverenciaríais á las demas; ya, yo lo tengo conocido á costa mia; que no llevais otro designio sino perseguir nuestra inocencia, aviltar nuestro entendimiento, derribar nuestra fortaleza, y haciéndonos viles y comunes, alzaros con el imperio de la inmortal fama. Abran las damas los ojos del entendimiento, y no se dejen vencer de quien pueden temer el mal pago que á mí se me dió, y para que aprendan en esta ocasion y tiempo estos desengaños, pues podrá ser que por mi causa cobren las mujeres la opinion perdida, y no den lugar á los hombres para alabarse, ni hacer burla de ellas, ni sentir mal de sus flaquezas y malditos intereses, por los cuales hacen tantas, que en lugar de ser amadas, son aborrecidas, aviltadas y vituperadas.

Volví de nuevo á mandar á Claudia, y de camino rogarle no supiese don Manuel que habia leido el papel, ni lo que habia pasado entre las dos, y ella á prometerlo; y con esto se fué, dejándome divertida en tantos y tan confusos pensamientos, que yo misma me aborrecia de tenerlos, y ya amaba, ya me arrepentia; ya me repetia piadosa, ya me hallaba mejor. Airada á final me determiné á no favorecer á don Manuel de suerte que le diese lugar á atrevimientos; mas tampoco desdeñarle de suerte que le obligase á algun desesperado suceso Volví con esta determinacion á continuar la amistad de doña Eufrasia, y á comunicarnos con la frecuencia de que ántes hacia gala : si ella me llamaba cuñada, á mí no me pesaba de oirla; escuchaba á don Manuel mas apacible; y si él no correspondia á mis deseos, á lo menos no le afeaba me dijese su amor sin rebozo; y con lo que mas le favorecia era con decirle que me pidiese á mi padre por es-

posa, que le aseguraba de mi voluntad; mas como el traidor llevaba otros intentos, jamas lo puso en ejecucion.

Llegóse en este tiempo el alegre de las carnestolendas, tan solemnizado en todas partes, y mas en aquella ciudad, que se dice por ponderarlo mas, carnestolendas de Zaragoza. Andábamos todos de fiesta y regocijo, sin reparar los unos en los desaciertos ni aciertos de los otros. Sucedió pues que pasando sobre tarde al cuarto de doña Eufrasia á vestirme con ella de disfraz para una máscara que teníamos prevenida, y ella y sus criadas, y otras amigas ocupadas adentro en prevenir lo necesario, su traidor hermano, que debia de estar aguardando esta ocasion, me detuvo á la puerta de su aposento, que, como he dicho, era á la entrada del de su madre, dándome la bienvenida, como hacia con toda cortesía otras veces: yo descuidada, ó por mejor decir incierta de que pasaria á mas su atrevimiento, si bien ya habia llegado á tenerme asida por una mano, viéndome divertida, tiró de mí, y sin poder ser parte á hacerme fuerte, me entró dentro, cerrando la puerta con llave; yo no sé lo que me sucedió, porque del susto me privó el sentido un mortal desmayo. ¡Ah flaqueza femenil de las mujeres, acobardadas desde la infancia, y debilitadas las fuerzas con enseñarlas primero á hacer vainicas que á jugar las armas! ¡O si no volviera jamas en mí, sino que de los brazos del mal caballero me traspasáran á la sepultura! mas guardábame mi mala suerte para mas desdichas, si puede haberlas mayores. Pasada pues poco mas de media hora volví en mí, y me hallé, mal digo, no me hallé, pues me hallé con la pérdida que no supe, ni pude, ni podré ganar jamas, é infundiéndome mi agravio una mortífera rabia, lo que en otra mujer pudiera causar lágrimas y desesperaciones, en mí fué un furor diabólico, con el cual desasiéndome de sus infames lazos, arremetí á la espada que tenia á la cabecera de la cama, y sacándola de la vaina, se la fuí á esconder en su cuerpo; hurtóme el golpe, y no fué milagro, porque estaba diestro en hurtar, y abrazándose conmigo, me quitó la espada, que me la iba á entrar por mi cuerpo, por haber errado el del infame, diciéndole de esta suerte: Traidor, me vengo en mí, pues no he podido en tí, que las mujeres como yo así vengan sus agravios. Procuró el cauteloso amante amansarme y satisfacerme, temeroso de que no diera fin á mi vida, y disculpó su atrevimiento con decir que lo habia hecho por tenerme segura; y ya con caricias, ya con enojos, mezclados con halagos, me dió palabra de ser mi esposo. En fin á su parecer mas quieta, aunque no al mio, que estaba hecha una pisada serpiente, me dejó volver á mi aposento tan ahogada en lágrimas, que apenas tenia aliento para vivir. Este suceso dió conmigo en la cama de una peligrosa enfermedad, que fomentada de mis ahogos y tristezas me vino á poner á punto de muerte; estando de verme así tan tristes mis padres, que lastimaban á quien los veia.

Lo que grangeó don Manuel con este atrevimiento fué que si ántes me causaba algun agrado, ya aborrecia hasta su sombra; y aunque Claudia hacia instancias por saber de mí la causa de este pesar que habia en mí, no lo consiguió, ni jamas la quise escuchar palabra que don Manuel procurase decirme, y las veces que su hermana me veia era para mí la misma

muerte. En fin yo estaba tan aborrecida, que si no me la dí yo misma, fué por no perder el alma. Bien conocia Claudia mi mal en mis sentimientos, y por asegurarse mas habló á don Manuel, de quien supo todo lo sucedido; pidióle me aquietase, y procurase desenojar, prometiéndole á ella lo que á mí, que no seria otro su esposo: permitió el cielo que mejorase de mi mal, porque aun me faltaban por pasar otros mayores; y un dia que estaba Claudia sola conmigo, que ni mi madre ni las demas criadas estaban en casa, me dijo estas razones: No me espanto, señora mia, que tu sentimiento sea de la calidad que has mostrado y muestras; mas á los casos que la fortuna encamina, y el cielo permite para secretos suyos, que á nosotros no nos toca el saberlo, no se han de tomar tan á pechos, y por el cabo que se aventure á perder la vida, y con ella el alma. Confieso que el atrevimiento del señor don Manuel fué el mayor que se puede imaginar; mas tu temeridad es mas terrible, y supuesto que en este suceso, aunque has aventurado mucho, no has perdido nada, pues en siendo tu esposo queda puesto el reparo: si tu pérdida se pudiera remediar con esos sentimientos y desesperaciones, fuera razon tenerlas; ya no sirven desvíos para quien posee y es dueño de tu honor, pues con ellos das motivo para que arrepentido y enfadado de tus sequedades te deje burlada; pues no son las prendas de tu ofensor de tan pocos méritos, que no podrá conquistar con ella cualquiera hermosura de su patria; y puesto que mas acertado es que se acuda al remedio ántes que cuando le busques no le halles, hoy me ha pedido que te amanse, y te diga cuan mal lo haces con él y contigo misma, y que está con mucha pena de tu mal; que te alientes, y procures cobrar salud, que tu voluntad es la suya, y no saldrá en esto y en todo lo que ordenares de tu gusto: mira, señora, que esto es lo que te está bien, y que se pongan medios con tus padres para que sea tu esposo, con que la quiebra de tu honor quedará soldada y satisfecha, y todo lo demas es locura, y acabar de perderte. Bien conocí que Claudia me aconsejaba lo cierto, supuesto que ya no se podia hallar otro remedio; mas estaba tan aborrecido de mí misma, que en muchos dias no llevó de mí buena respuesta; y aunque ya me empezaba á levantar, en mas de dos meses no me dejé ver de mi atrevido amante, ni recado que me enviaba queria recibir, ni papel que llegaba á mis manos llevaba otra respuesta que hacerle pedazos; tanto que don Manuel, ó fuese que en aquella ocasion me tenia alguna voluntad, ó porque picado de mis desdenes queria llevar adelante sus traiciones, se descubrió á su hermana, y la contó lo que conmigo le habia pasado, de que doña Eufrasia admirada y pesarosa, despues de haberle afeado accion tan grosera y mal hecha, tomó por su cuenta quitarme el enojo. Finalmente ella y Claudia trabajaron tanto conmigo, que me rindieron: y como sobre las pesadumbres entre amantes las paces aumentan el gusto, todo el aborrecimiento que tenia á don Manuel se volvió en amor, y el suyo en aborrecimiento; que los hombres en estando en posesion, su voluntad se desvanece como humo. Un año pasé en estos desvanecimientos sin poder acabar con don Manuel pusiese terceros con mi padre para que se efectuasen nuestras bodas, y otras muchas que á mi padre le trataban no llegaban á efecto, por conocer

la poca voluntad que tenia de casarme. Mi amante me entretenia diciendo que en haciéndole su majestad merced de un hábito de Santiago que le habia pedido para que mas justamente mi padre le admitiese por hijo, se cumplirian mis deseos y los suyos; si bien, aunque yo sentia mucho estas dilaciones, y casi temia mal de ellas, por no disgustarle no apuraba mas.

En este tiempo, en lugar de un criado que mi padre habia despedido entró á servir en casa un mancebo, que como despues supe era aquel caballero pobre que jamas habia sido bien visto de mis ojos (¿mas quién mira bien á un pobre?); el cual no pudiendo vivir sin mi presencia, mudado hábito y nombre, hizo esta transformacion: parecióme cuando le ví la primera vez que era el mismo que me habia ántes querido, mas no hice reparo en ello, por parecerme imposible. Bien conoció Luis (que así dijo llamarse) á los primeros lances la voluntad que yo y don Manuel nos teníamos, pero no creyó de la entereza de mi condicion que pasase á mas de honestos y recatados deseos, dirigidos al conyugal lazo: y él estaba cierto que no habia de alcanzar aunque fuera conocido por don Felipe mas que los despegos que siempre callaba, y por no privarse de verme sufria como amante aborrecido y desestimado, dándose por premiado de su amor con poderme hablar y ver á todas horas. De esta manera pasé algunos meses, pues aunque el amor de don Manuel no era verdadero, sabia tan bien las artes de fingir que yo me daba por contenta y pagada de mi voluntad: así me duráran estos engaños; ¿mas cómo puede la mentira pasar por verdad sin que al cabo se descubra? Acuérdome que una tarde que estábamos en el estrado de su hermana chanceándonos y diciendo burlas y entretenidos festejos como otras veces, le llamaron; y él al levantarse del asiento me dejó caer la daga en las faldas, que se la habia quitado por el estorbo que le hacia para estar sentado en bajo; á cuyo asunto hice este soneto:

Toma tu acero cortador, no seas
  Causa de algun exceso inadvertido,
  Que puede ser, Salicio, que sea Dido,
  Si por mi mal quisieres ser Eneas.
Cualquiera atrevimiento es bien que creas
  De un pecho amante, de tu valor rendido,
  Muy cerca está de ingrato el que es querido,
  Llévale, ingrato, si mi bien deseas.
Si á cualquiera rigor de aquellos ojos
  Te lloro, Eneas, y me temo Elisa,
  Quítame la ocasion de darme muerte.
Que quieres la vida por despojo,
  Que me matas de amor, mi amor te avisa;
  Tú ganarás honor, yo dulce suerte.

Alabaron doña Eufrasia y su hermano, mas la presteza de hacerle que el soneto; si bien don Manuel tibiamente ya parecia que andaba su voluntad achacosa, y la mia temerosa de algun mal suceso en los mios, y

á mis solas daban mis ojos muestra de mis temores, quejándome de mi mal pagado amor, dando al cielo quejas de mi desdicha: y cuando don Manuel viéndome triste, y los ojos con las señales de haberles dado el castigo que no merecian, pues no tuvieron culpa en mi tragedia, me preguntaba la causa, por no perder el decoro á mi gravedad, desmentia con él los sentimientos de ellos, que eran tantos que apenas los podia disimular; enamoréme, rogué, rendime; vaya, vengan penas, alcáncense unas á otras. ¡Mas por una violencia estar sujeta á tantas desventuras, á quién le ha sucedido sino á mi! ¡Ay damas hermosas y avisadas, y qué desengaño es este si le contemplais! ¡Ay, hombres, y qué afrenta para vuestros engaños! ¿Quién pensara que don Manuel hiciera burla de una mujer como yo, supuesto que aunque era noble y rico, aun para escudero de mi casa no le admitieran mis padres, que este es el mayor sentimiento que tengo, pues estaba segura de que no me merecia, y conocia que me desestimaba?

Fué el caso que habia mas de diez años que don Manuel hablaba á una dama de la ciudad, ni la mas hermosa, ni la mas honesta, y aunque casada, no hacia ascos de ningun galanteo, porque su marido tenia buena condicion, pues comia sin traerlo, y por no estorbar se iba fuera cuando era menester; y aunque aquí habia reprehension para los hombres, mas los comunes y bajos que viven de esto no son hombres, sino bestias. Cuando mas engolfada estaba Alejandra, que así se llamaba esta dama, en la amistad de don Manuel, quiso el cielo, para castigarla, ó para destruirme, darla una peligrosa enfermedad, de la que viéndose en peligro de muerte, prometió á Dios apartarse de tan ilícito trato, haciendo voto de cumplirlo: sustentó esta devota promesa, viéndose con la deseada salud, año y medio, que fué el tiempo en que don Manuel buscó mi perdicion, viéndose despedido de Alejandra; bien que, como despues supe, la visitaba por cortesía, y la regalaba por la obligacion pasada. ¡Ah mal hayan estas correspondencias corteses, que tan caras cuestan á muchas! Entretenido en mi galanteo faltó á la asistencia de Alejandra, conociendo el poco fruto que sacaba de ella, pues esta mujer en faltar de su casa, como solia mi ingrato dueño, conoció que era la ocasion otro empleo, y buscando la causa, ó que las criadas pagadas de la casa de don Manuel, ó mi desventura que se lo debió de decir, supo como don Manuel trataba su casamiento conmigo: entró aquí alabarle mi hermosura y su rendimiento, y como jamas se apartaba de idolatrar en mi imágen, que cuando se cuentan los sucesos, y mas si han de dañar, con menos ponderacion son suficientes. En fin Alejandra zelosa y envidiosa de mis dichas, faltó á Dios lo que habia prometido, para sobrarme á mí en penas; que si faltó á Dios, ¿cómo no me habia de sobrar á mí? Era atrevida y resuelta, y lo primero á que se atrevió fué á verme. Pasemos adelante, que fuera hacer este desengaño eterno, y no es tan corto el tormento que padezco en referirle, que me saboree tan de espacio en él; acarició á don Manuel, solicitó que volviese á su amistad, consiguió lo que deseó, y volvió de nuevo á reincidir en la ofensa, faltando en la enmienda que á Dios habia prometido. Parecerá, señores, que me deleito en nombrar á menudo el

nombre de este ingrato, pues no es así, sino que como ya para mí es veneno, quisiera que trayéndole en mis labios me acabara de quitar la vida. Volvióse en fin á adormecer y transportar en los engañosos encantos de esta Circe, y como una division causa mayores deseos entre los que se aman, fué con tanta puntualidad la asistencia en su casa, que fué fuerza hiciese falta en la mia. Tanto que ni en los pesarosos dias del verano, ni en las cansadas noches del invierno no habia una hora para mí; y con esto empecé á sentir las penas que una desvalida y mal pagada mujer puede sentir, porque si á fuerza de quejas y sentimientos habia un instante para estar conmigo, era con tanta frialdad y tibieza, que se apagaban en ella los encendidos fuegos de mi voluntad; no para apartarme de tenerla, sino para darle las desazones que merecia: últimamente empecé á temer, del temer nace el celar, y del celar buscar las desdichas, y hallarlas. No le quiero prometer á un corazon amante mas perdicion que venir á tropezar en zelos, que cierto es que la caida será para no levantarse mas, porque si calla los agravios, juzgando que los ignora, no se recatan de hacerlos, y si habla mas descubiertamente, pierden el respeto, como me sucedió á mí; que no pudiendo ya disimular las sinrazones de don Manuel, empecé á desenfadarme y reprehenderle, y de esto pasar á reñirle, con que me califiqué por enfadosa y de mala condicion, y á pocos pasos que dí me hallé en los lances de aborrecida. Ofréceseme á la memoria un soneto que hice, hallándome un dia muy apasionada; que aunque os canse, le he de decir.

No vivas, no, dichosa, muy segura
De que has de ser toda la vida amada;
Llegará el tiempo que la nieve helada
Agote de tu dicha la hermosura.
Yo, como tú, gocé tambien ventura;
Ya soy, como me ves, bien desdichada;
Querida fuí, rogada y estimada,
Del que tu gusto y mi dolor procura.
Consuela mi pasion, que el dueño mio,
Que ahora es tuyo, fué conmigo ingrato;
Tambien contigo lo será, dichosa.
Pagarásme el agravio en su desvío;
No pienses que has feriado muy barato,
Que tú has de ver como yo estoy zelosa.

Admitia estas finezas don Manuel como quien ya no las estimaba, ántes con enojos queria desvanecer mis sospechas, afirmándolas por falsas; y dándose mas cada dia á sus desaciertos, venimos él y yo á tener tantos disgustos y desasosiegos, que mas era muerte que amor el que habia entre los dos, y con esto me dispuse á averiguar la verdad de todo, porque no me desmintiese; y de camino, por si podia hallar remedio á tan manifiesto daño, mandé á Claudia seguirle, con que se acabó de perder todo; porque una tarde que le ví algo inquieto, y que ni por ruegos ni lágrimas mias, ni pedírselo su hermana, no se pudo estorbar que

saliese de casa, mandé á Claudia viese dónde iba, la cual le siguió hasta verle entrar en casa de Alejandra; y aguardando á ver lo que resultaba, vió que ella con otras amigas y don Manuel se entraron en un coche, y se fueron á un jardin; y no pudiendo ya la fiel Claudia sufrir tantas libertades cometidas en ofensa mia, se fué tras ellos, y al entrar en el vergel, dejándose ver, le dijo lo que fué justo, si, como fué bien dicho, fuera bien admitido: porque don Manuel, si bien corrido de ser descubierto, afeó y trató mal á Claudia, riñéndola mas como dueño que como amante mio; con lo cual la atrevida Alejandra, tomándose licencia de valida, se atrevió á Claudia con palabras y obras, dándose por sabedora de quién era yo, cómo me llamaba, y en fin cuanto por mí habia pasado, mezclando entre estas libertades las amenazas de que daria cuenta á mi padre de todo; y aunque no cumplió esto, hizo otros atrevimientos tan grandes ó mayores, como era venir á la posada de don Manuel á todas horas, entraba atropellándolo todo, y diciendo mil libertades; tanto que en diversas ocasiones se puso Claudia con ella á mil riesgos. En fin para no cansaros lo diré de una vez. Ella era mujer que no temia á Dios ni á su marido, pues llegó su atrevimiento á tratar de quitarme la vida con sus propias manos. De todos estos atrevimientos no daba don Manuel la culpa á Alejandra, sino á mí, y tenia razon, pues yo por mis peligros debia sufrir mas: estaba ya tan precipitada, que ninguno se me hacia áspero ni peligroso, pues me entraba por todo sin temor de ningun riesgo: todo era afligirme, todo llorar, y todo dar á don Manuel quejas; unas veces con caricias, y otras con despegos, determinándome tal vez á dejarle, y no tratar mas de esto, aunque me quedase perdida; y otras pidiéndole hablase á mis padres, para que siendo su mujer cesasen estas revoluciones: mas como ya no queria, todas estas desdichas sentia y temia doña Eufrasia, porque habia de venir á parar en peligro de su hermano: mas no hallaba remedio aunque le buscaba. A todas estas desventuras hice unas décimas, que os quiero referir, porque en ellas vereis mis sentimientos mejor pintados, y con mas finos colores, que dicen así:

Ya de mi dolor rendida,
Con los sentidos en calma,
Estoy, deteniendo el alma,
Que anda buscando salida;
Ya parece que la vida,
Como la candela que arde,
Y al verse morir cobarde
Vuelve otra vez á vivir,
Porque aunque desea morir,
Procura que sea mas tarde.
Llorando noches y dias
Doy á mis ojos enojos;
Como si fueran mis ojos
Causa de las ansias mias:
¿Adónde estais, alegrías?
Decidme, ¿dónde os perdí?
Responded, ¿que causa os dí?
¿Mas qué causa puede haber
Mayor, que no merecer
El bien que se fué de mí?
Sol fuí de algun cielo ingrato,
Si acaso hay ingrato cielo;
Fuego fué, volvióse hielo;
Sol fuí, luna me retrato,
Mi menguante fué su trato;
Mas si la deidad mayor
Está en mí, que es el amor,
Y este no puede menguar,
Difícil será alcanzar
Lo que intenta su rigor.
Zelos tuve, mas querida
De los zelos me burlaba,

Antes en ellos hallaba
Sainetes para la vida:
Ya sola y aborrecida
Tántalo en sus glorias soy,
Rabiando de sed estoy:
¡Ay qué penas, ay qué agravios!
Pues con el agua en los labios
Mayor tormento me doy.
¿Qué mujer habrá tan loca,
Que viéndose aborrecer,
No le canse el padecer,
Y esté como firme roca?
Yo sola, porque no toca
A mí la ley de olvidar,
Venga pesar á pesar,
A un rigor otro rigor,
Que ha de conocer amor
Que sé cómo se ha de amar.
Ingrato, que al hielo excedes;
Nieve, que á la nieve hielas,
Si mi muerte no recelas,
Desde hoy mas temerla puedes:
Regatea las mercedes,
Aprieta mas el cordel,
Mata esta vida con él,
Sigue tu ingrata porfía,
Que te pesará algun dia
De haber sido tan cruel.
Sigue, cruel, el encanto
De esa engañosa sirena,
Que por llevarte á su pena
Te adormece con su canto;
Huye mi amoroso llanto,
No te obligues de mi fé,
Porque así yo esperaré
Que has de ser como deseo
De aquella arpía, Fineo,
Para que vengada esté.
Préciate de tu tibieza,
No te obliguen mis enojos,
Pon mas capote á los ojos,
Cánsate de mi firmeza:
Ultraja mas mi nobleza,
Ni sigas á la razon,
Que ya en mi corazon
Amor carácter ha sido,
Pelearé con tu olvido,
Muriendo por tu ocasion.
Bien sé que tu confianza
Es de mi desdicha parte,
Y fuera mejor matarte
A pura desconfianza,
Todo, cruel, se me alcanza,
Que como te ves querido,
Tratas mi amor con olvido,
Porque una noble mujer,
O no llegar á querer;
O ser lo que siempre ha sido.
Ojos, llorad, pues no tiene
Ya remedio vuestro mal,
Ya vuelve el dolor fatal,
Ya el alma á la boca viene:
Ya solo morir conviene,
Porque triunfe el que me mata;
Ya la vida se desata
Del lazo que el alma dió,
Y con ver que me mató,
No olvido al que me maltrata.
Alma, buscad donde estar,
Que mi palabra os empeño,
Que en vuestra posada hay dueño
Que quiere en todo mandar;
¿Ya qué teneis que aguardar,
Si vuestro dueño os despide,
Y en vuestro lugar recibe
Otra alma que mas estima,
No veis que en ella se anima,
Y con mas contento vive?
¡O cuántas glorias perdidas
En esa casa dejais!
¿Cómo ninguna sacais?
Pues no por mal adquiridas,
Mal premiadas, bien servidas,
Que en eso ninguna os gana;
Pero si es tan inhumana
La impiedad del que os arroja,
Pues veis que en veros se enoja,
Idos vos de buena gana.
Sin las potencias salis;
¿Cómo esos bienes dejais?
Que á cualquier parte que vais
No os querrán si lo advertis:
Mas oigo que me decis,
Que sois como el que se abrasa,
Que viendo que el fuego pasa
A ejecutarle en la vida,
Deja la hacienda perdida,
Que se abrase con la casa.
Pensando en mi desventura,
Casi en la muerte he llegado;
Ya mi hacienda se ha abrasado,
Que eran bienes sin ventura:
O tú, que vives segura
Y contenta en casa agena,

De mi fuego que la llena,
Y algun dia vivirá,
Y la tuya abrasará
Como escarmiento en mi pena.
Mira, y siente cuál estoy,
Tu caida piensa en mí,
Que ayer maravilla fuí,
Y hoy sombra mia no soy:
Lo que va de ayer á hoy
Podrá ser de hoy á mañana;
Estás contenta y lozana,
Pues de un mudable señor
El fiarse es grande error,
No estés tan alegre, Juana.
Gloria mis ojos llamó,
Mis palabras gusto y cielos:
Dióme zelos, y tomélos
Al punto que me los dió:
Ah, mal haya quien amó
Zelosa, firme y rendida,
Que cautelosa y fingida
Es bien sea una mujer,
Para no llegarse á ver
Como estoy aborrecida.
¡O amor, por lo que he servido
A tu suprema deidad,
Ten de mi vida piedad!
Esto por premio te pido;
No se alegre este atrevido
En verme por él morir;
Pero muriendo vivir,
Muerte será, que no vida,
Ejecuta amor la herida,
Pues yo no acierto á pedir.

Sucedió en este tiempo nombrar su majestad por virey de Sicilia al señor almirante de Castilla, y viéndose don Manuel engolfado en estas competencias que entre Alejandra y yo traíamos, y lo mas cierto, con poco gusto de casarse conmigo, considerando su peligro en todo, sin dar cuenta á su madre y hermana, diligenció por medio del mayordomo, que era muy íntimo amigo suyo, le recibiera el señor almirante por gentilhombre de su cámara, y teniéndolo secreto, sin decirlo á nadie, solo á un criado que le servia, y habia de ir con él hasta la partida del señor almirante. Dos ó tres dias ántes mandó prevenir su ropa, dándonos á entender á todos queria ir por seis ú ocho dias á un lugar, donde tenia no sé qué hacienda; que esta jornada la habia hecho otras veces en el tiempo que yo le conocia. Llegó el dia de la partida, y despedido de todos los de su casa, al despedirse de mí, que de propósito habia pasado á ella para despedirse, que como inocente de su engaño, aunque me pesaba, no era con el extremo que si supiera la verdad de él, ví mas terneza en sus ojos que otras veces; porque al tiempo de abrazarme no me pudo hablar palabra, porque se le arrasaron los ojos de agua, dejándome confusa, tierna y sospechosa; si bien no juzgué sino que hacia amor algun milagro en él y conmigo; y de esta suerte pasé aquel dia, ya creyendo que me amaba, vertiendo lágrimas de alegría, ya de tristeza de verle ausente: y estando ya cerrada la noche, sentada en una silla, la mano en la mejilla, bien suspensa y triste, aguardando á mi madre que estaba en visita, entró Luis, el criado de mi casa, ó por mejor acertar, don Felipe, aquel caballero pobre que por serlo habia sido tan mal mirado de mis ojos, que no habia sido ni ántes ni en esta ocasion conocido de ellos, y que servia por solo servirme. Y viéndome como he dicho, me dijo: ¡Ay señora mia! y cómo si supieses tu desdicha como yo la sé, esa tristeza y confusion se volveria en pena de muerte. Asustéme al oir esto, mas por no impedir saber el cabo de su confusa razon, callé, y él prosiguió, diciéndome: Ya no hay que disimular, señora, conmigo, que ha muchos dias

que yo imaginaba estos sucesos, mas ahora es diferente, que ya sé toda la verdad. ¿Vienes loco, Luis? le repliqué. No vengo loco, volvió á decir; aunque pudiera, pues no es tan pequeño el amor que como á señora mia te tengo, que no me pudiera haber quitado el juicio, y aun la vida, lo que hoy he sabido; y porque no es justo encubrírtelo mas, el traidor don Manuel se va á Sicilia con el almirante, con quien va acompañado por gentilhombre suyo; y ademas de haber sabido de su criado mismo, que por no satisfacerte á la obligacion que te tiene ha hecho esta maldad, yo le he visto por mis ojos partir esta tarde: mira qué quieres que se haga en esto; que á fe de quien soy, y que soy mas de lo que tú imaginas, como sepa que tú gustas de ello, que aunque piense perder la vida, te ha de cumplir lo prometido, ó que hemos de morir él y yo por ello. Disimulando mi pena, le respondí: ¿Y quién eres tú, que cuando aqueso fuese verdad, tendrias valor para hacer lo que dices? Dame licencia, respondió Luis, que despues de hecho lo sabrás. Acabé de enterarme de la sospecha que al principio dije habia tenido de ser don Felipe, como me lo habia dado á entender su aire; y queriéndole responder, entró mi madre, con que cesó la plática; y despues de haberla recibido, porque me estaba ahogando en mis propios suspiros y lágrimas, me entré en mi aposento, y arrojándome sobre la cama, no es necesario contaros las lástimas que dije, las lágrimas que derramé y las determinaciones que tuve, ya de quitarme la vida, ya de quitársela á quien me la quitaba, y al fin admití la peor y la que ahora oiréis, que estas eran honrosas; y la que elegí, con la cual me acabé de perder, fué levantarme con mas ánimo que mi pena prometia; y tomando mis joyas y las de mi madre y muchos dineros en plata y en oro, porque todo estaba en mi poder, aguardé á que mi padre viniese á cenar, y habiendo venido, me llamaron, mas yo respondí que no me sentia buena, que despues tomaria una conserva. Se sentaron á cenar, y como ví acomodado lugar para mi loca determinacion, por estar los criados y criadas divertidos en servir la mesa, y si aguardara mas fuera imposible surtir efecto mi deseo, porque Luis cerraba las puertas de la calle, y se llevaba las llaves; sin dar parte á nadie, ni á Claudia, con ser la secretaria de todo, por una que daba desde mi aposento á un corredor me salí, y puse en la calle. A pocas de mi casa estaba la del criado que he dicho habia despedido mi padre cuando recibió á Luis, la que yo sabia medianamente, porque lastimada de su necesidad, por ser anciano le socorria, y aun visitaba las veces que sin mi madre salia fuera: fuíme á ella, donde el buen hombre me recibió con harto dolor de mi desdicha, que ya sabia él por mayor, habiéndole dado palabra que en haciéndose mis bodas le traeria á mi casa. Reprehendió Octavio, que este era su nombre, mi determinacion; mas viendo que ya no habia remedio, hubo de obedecer y callar, y mas cuando supo que traia dineros, y que le dí á él parte de ellos. Allí pasé aquella noche cercada de penas y temores, y á otro dia le mandé fuese á mi casa, y sin darse por entendido hablase á Claudia, y la dijese que me buscaba á mi, como hacia otras veces, y viese qué habia, y si me buscaban. Fué Octavio, y halló, ¿qué halló? El remate de mi desventura. Cuando llego á

acordarme de esto no sé cómo ne se me hace pedazos el corazon. Llegó Octavio á mi desdichada casa, y vió entrar y salir toda la gente de la ciudad, y admirado entró él tambien con los demas, buscando á Claudia, y hallándola triste y llorosa, le contó como acabando de cenar entró mi madre donde yo estaba para saber qué mal me afligia, y como no me halló preguntó por mí; á lo que todos respondieron que sobre la cama me habian dejado cuando salieron á servirla; y que habiéndome buscado por dentro y fuera de la casa, como hallasen las llaves de los escritorios sobre la cama, y abierta la puerta que salia al corredor, que siempre estaba cerrada, y mirasen los escritorios y viesen la falta de ellos, luego vieron que no faltaba en vano, á cuyo suceso empezó mi madre á dar gritos; acudió mi padre á ellos, y sabiendo la causa, como era hombre mayor, con la pena y susto que recibió dió una caida de espaldas, privado de todo sentido; y que ni se sabe si de ella ó si del dolor habia sido el desmayo tan profundo, que no volvió mas de él. De todo esto fué causa mi facilidad: díjole tambien que aunque los médicos mandaban se tuviese sin enterrar las horas que mandaba la ley, que era excusado, y que ya se trataba de hacerlo; que mi madre estaba poco menos, y que con estas desdichas no se hacia caso de la mia, si no era para afear mi mal acuerdo; que mi madre habia sabido lo que pasaba con don Manuel; que en volviendo yo las espaldas todos habian dicho lo que sabian, y que no habia consentido buscarme, diciendo que pues yo habia elegido el marido á mi gusto, que Dios me diese mas dicha con él que habia dado á su casa. Volvió Octavio con estas nuevas, bien tristes y amargas para mí, y mas cuando me dijo que no se platicaba por la ciudad sino de mi suceso. Dobláronse mis pasiones, y así estuve en términos de perder la vida; mas como aun no me habia bien castigado el cielo por ser causa de tantos males, me la quiso guardar para que pasase los que faltaban. Animéme algo con saber que no me buscaban, y despues de coser todas mis joyas y algunos doblones en parte donde los trajese conmigo sin ser vistos, y dispuesto lo necesario para nuestra jornada, pasados cuatro ó seis dias, una noche nos pusimos Octavio y yo en camino, y partimos la via de Alicante, donde iba á embarcarse mi ingrato amante. Llegamos á ella, y viendo que no habian llegado las galeras, tomamos posada hasta ver el modo que tendria en dejarme ver de don Manuel. Iba Octavio todos los dias adonde el señor almirante posaba: veia á mi traidor esposo (si le puedo dar este nombre), y veníame á contar lo que pasabá, y entre otras cosas me dijo un dia como el mayordomo buscaba una esclava, y que aunque le habian traido algunas, no le habian gustado. En oyendo eso me determiné á otra mayor fineza ó á otra mayor locura que las demas, y como lo pensé lo puse por obra, y fué que fingiendo clavo y Spara el rostro, me puse en hábito conveniente para fingirme esclava y mora, poniéndome por nombre Zelima, diciendo á Octavio que me llevase, y dijera era suya, y que si agradaba no reparase en el precio. Mucho sintió Octavio mi determinacion, vertiendo lágrimas en abundancia por mí; mas yo le consolé con advertirle no ser este disfraz sino para proseguir mi intento, y traer á don Manuel á mi voluntad, y que teniendo á los ojos á mi ingrato sin cono-

cerme descubriria su intento. Con esto se consoló Octavio, y mas con decirle que el precio que le diesen por mí se aprovechase de él, y me avisase á Sicilia de lo que mi madre disponia de sí. En fin, todo se dispuso tan á gusto mio, que ántes que pasasen ocho dias ya estaba vendida en cien ducados, y esclava, no de los dueños que me habian comprado, y dado por mí la cantidad que digo, sino de mi ingrato y alevoso amante, por quien yo me quise entregar á tan vil fortuna. En fin satisfaciendo á Octavio con el dinero que dieron por mí, y alguna cosa mas de lo que yo tenia, se despidió para volverse á su casa con tan tierno sentimiento, que por no verle verter tiernas lágrimas me aparté de él sin hablarle, quedando con mis nuevos amos, no sé si triste ó alegre, aunque en encontrarlos buenos fuí mas dichosa que en lo que hasta aquí he referido; demas que yo los supe agradar y grangear de modo que ántes de muchos dias me hice dueño de su voluntad y casa.

Era mi señora moza y de afable condicion, y con ella y otras dos doncellas que habia en casa me llevaba tan bien que todos me querian como si fuese hija de cada una y hermana de todas, particularmente con la una de las doncellas, cuyo nombre era Leonisa, que me queria con tanto extremo, que comia y dormia con ella en su misma cama. Esta me persuadia que me volviese cristiana, y yo la agradaba con decir lo haria cuando llegase la ocasion, y que yo lo deseaba mas que ella. La primera vez que me vió don Manuel fué un dia que comia con mis dueños; y aunque lo hacia muchas veces por ser amigos, no habia tenido yo ocasion de verle, porque no salí de la cocina hasta el dia que digo, que vine á traer un plato á la mesa, quien como pusiese en mí sus aleves ojos, y me reconociese, aunque le debió de desvanecer su vista la S y clavo de mi rostro, tan perfectamente imitado al natural, que á nadie diera sospecha de ser fingidos, en medio de sus dudas se olvidó de llevar el bocado á la boca, pensando qué seria lo que miraba, porque por una parte creyó ser la misma que era, y por otra no se podia persuadir que yo hubiese cometido tal delito, como ignorante de las desdichas por su causa sucedidas en mi triste casa. A mí no me causó menos admiracion otra novedad que advertí, y fué que como le ví que me miraba tan suspenso, por no desengañarle tan presto aparté de él los ojos, y púselos en los criados que estaban sirviendo. En compañía de dos que habia en casa ví á Luis, el mismo que servia en la mia; admíreme, y ví que Luis estaba tan pasmado de verme en tal hábito como don Manuel; y como me tenia mas fija en su memoria que don Manuel, á pesar de los fingidos hierros me habia conocido. A tiempo de volverme á dentro oí que don Manuel habia preguntado á mis dueños si era la esclava que habian comprado. Sí, dijo mi señora, y es tan bonita y agradable, que me da el mayor desconsuelo el ver que es mora, y diera doblado de lo que costó porque se hiciese cristiana, y casi me hace verter lágrimas ver en tan linda cara aquellos hierros, y doy mil maldiciones á quien tal puso. A esto respondió Leonisa que estaba presente: Ella misma dice que se los puso por un pesar que tuvo de que por su hermosura le hubiesen hecho un engaño, y ya me ha prometido á mí que será cristiana. Bien ha sido menester que los tenga,

respondió don Manuel, para no creer que es una hermosura que yo conozco en mi patria; mas puede ser que naturaleza hiciese esta mora en la misma estampa.

Como os he contado, entré cuidadosa de haber visto á Luis, y llamando un criado de los de casa, le pregunté qué mancebo era aquel que servia á la mesa con los demas. Es, me respondió, un criado que en este mismo dia recibió el señor don Manuel, porque el suyo mató un hombre, y está ausente. Yo le conozco, repliqué, de una casa donde yo estuve un tiempo, y cierto que me holgara hablarle, que me alegra ver acá gente de donde me he criado. Luego, dijo, entrará á comer con nosotros, y podrás hablarle. Acabóse la comida, y entraron todos los criados, y Luis con ellos: sentáronse á la mesa, y cierto que yo no podia contener la risa á pesar de mis penas de ver á Luis, que miéntras mas me miraba mas se admiraba, y mas oyéndome llamar Zelima, no porque no me habia conocido, sino de ver al extremo de bajeza que me habia puesto por tener amor. Pues como se acabó de comer aparté á Luis, y díjele: ¿Qué fortuna te ha traido, Luis, adonde yo estoy? La misma que á tí, señora mia, querer bien y ser mal correspondido, y deseos de hallarte y vengarte en teniendo lugar y ocasion. Disimula, y no me llames sino Zelima, que esto importa á mis cosas, que ahora no es tiempo de mas venganzas que las que amor toma de mí, que yo he dicho que has servido en una casa donde me crié, y que te conozco por ese motivo; y á tu amo no le digas que me has conocido ni hablado, que mas me fio de tí que de él. Con seguridad lo puedes hacer, dijo Luis, que si él te quisiera y estimara como yo, no estuvieras en el estado que estás, ni hubieras causado las desdichas sucedidas. Así lo creo, respondí: mas dime cómo has venido aquí. Buscándote, y con determinacion de quitar la vida á quien ha sido parte para que tú hagas esto; y con esta intencion entré á servirte. No trates de eso, que es perderme para siempre; que aunque don Manuel es falso y traidor, está mi vida en la suya; fuera de que yo trato de cobrar mi perdida opinion, y con su muerte no se grangea sino la mia, que apenas harias tú tal, cuando yo misma me matase. Esto le dije porque no pusiese su intencion en ejecucion. ¿Qué hay de mi madre, Luis? ¿Qué quieres que haya, respondió, sino que pienso que es de diamante, pues no la han acabado las penas que tiene? Cuando yo partí de Zaragoza quedaba disponiendo su partida para Murcia; lleva consigo el cuerpo de tu padre y mi señor, por llevar mas presentes sus dolores. ¿Y por allá qué se platica de mi desacierto? dije yo. Que te llevó don Manuel, respondió Luis, porque Claudia dijo lo que pasaba; con que tu madre se consoló algo en tu pérdida; y pues la parece que con tu marido vas, que no hay que tenerte lástima; no como ella, que le lleva sin alma. Yo como mas interesado en haberte perdido, y como quien sabia mas bien que no te llevaba don Manuel, ántes iba huyendo de tí, no la quise acompañar, y así he venido donde me ves, y con el intento que te he manifestado, el cual suspenderé hasta ver si hace lo que como caballero debe; y de no hacerlo me puedes perdonar, que aunque sepa perderme y perderte, vengaré tu agravio y el mio, y cree que me tengo por bien afortunado en haberte hallado, y en merecer que te fies

de mí, y me hayas manifestado tu secreto ántes que á él. Yo te lo agradezco, respondí: y porque no sientan mal de conversacion tan larga, vete con Dios, que lugar habrá de vernos, y si hubieres menester algo, pídemelo, que aun no me lo ha quitado la fortuna todo, que bien tengo que darte, aunque sea poco para lo que mereces y yo te debo: y con esto, y darle un doblon de á cuatro le despedí; y cierto que nunca mas bien me pareció Luis que en esta ocasion: lo uno, por tener de mi parte algun arrimo; y lo otro, por verle con tan honrados y alentados intentos.

Algunos dias tardaron las galeras en llegar al puerto, uno de los cuales estando mi señora fuera con las doncellas, y solo yo en casa, don Manuel, acaso deseoso de satisfacerse de su sospecha, vino á mi casa á buscar á mi señor, ó á mí, que es lo mas cierto, y como entró, y me vió con una sequedad notable, me dijo: ¿Qué disfraz es este, doña Isabel? ¿O cómo las mujeres de tus obligaciones, y que ha tenido deseos y pensamientos de ser mia, se pone en semejantes bajezas; siéndolo tanto que si alguna intencion tenia de que fueses mi esposa, ya la he perdido por el mal nombre que has grangeado conmigo y con cuantos lo supieran? ¡Ah traidor engañador, y perdicion mia! ¿Cómo no tienes vergüenza de tomar mi nombre entre tus labios, siendo la causa de esa bajeza con que me baldonas, cuando por tus traiciones y maldades estoy puesta en ella, y no solo eres causador de esto, mas de la muerte de mi honrado padre, que porque pagues á manos del cielo tus traiciones, y no á las suyas, le quitó la vida con el dolor de mi pérdida? Zelima soy, no doña Isabel: esclava soy, no señora: mora soy, pues tengo dentro de mí misma aposentado un moro renegado como tú, pues lo es quien falta á Dios la palabra que le dió de ser mio, ni tampoco cristiano ni noble, sino un infame caballero; estos hierros y los de mi afrenta tú me los has puesto, no solo en el rostro, sino en la fama: haz lo que te diere gusto, que si te ha quitado la voluntad de hacerme tuya, Dios hay en el cielo, y rey en la tierra: y si estos no lo hicieren, hay puñales, y tengo manos y valor para quitarte esa vida: para que de mí aprendan las mujeres nobles á castigar hombres falsos y desagradecidos, y quítateme de delante si no quieres que haga lo que digo. Vióme tan colérica y apasionada, que, ó porque no hiciese algun desacierto, ó porque no estaba contento de los agravios y engaños que me habia hecho, y le faltaban mas que hacer, empezó á reportarme con caricias y halagos, que yo no quise por gran espacio admitir, prometiéndome remedio á todo. Queríale bien, y creíle (perdonadme estas licencias que tomo en decir esto; y creedme, que mas llevaba el pensamiento de restaurar mi honor, que no el achaque de la liviandad), en fin, despues de haber hecho las amistades, y dádole cuenta de lo que me habia sucedido hasta á aquel punto, me dijo que pues ya estas cosas estaban en este estado, pasasen así hasta que llegásemos á Sicilia, que allá se tendria modo como mis deseos y los suyos tuviesen dichoso fin, y con esto nos apartamos, quedando yo contenta, mas no segura de sus engaños; mas para la primera vez no habia negociado muy mal. Vinieron las galeras, y embarcámonos en ellas con mucho gusto mio, por ir don Manuel en compañía de mis dueños, y en la misma galera

que yo iba, donde le hablaba y veia á todas horas con gran pena de Luis, que como no se le ocultaban mis dichas andaba muy triste, con lo que confirmaba el pensamiento que tenia de que era don Felipe, mas no se lo daba á sentir, por no darle mayores atrevimientos. Llegamos á Sicilia, y aposentámonos todos dentro de palacio. En reconocer la tierra y tomarla cariño se pasaron algunos meses, y cuando entendí que don Manuel diera órden de sacarme de esclava, y cumplir lo prometido, volvió de nuevo á matarme con tibiezas y desaires; tanto que aun para mirarme le faltaba voluntad, y era que habia dado en andar distraido con mujeres y juegos, y lo cierto de todo, que no tenia amor, con que llegaron á ser mis ahogos y tormentos de tanto peso, que de dia ni de noche se enjugaban mis tristes ojos, de manera que no fué posible encubrírselo á Leonisa, aquella doncella con quien profesaba tanta amistad, que sabidas debajo de secreto mis tragedias, y quién era, quedó fuera de sí.

Queríame tanto mi señora, que por dificultosa que fuera la merced que le pedia, me la otorgaba, y así por poder hablar á don Manuel sin estorbos, y decirle mi sentimiento, la pedí una tarde licencia para que con Leonisa fuera á merendar á la marina, y concedida, pedí á Luis dijera á su amo que unas damas le aguardaban en la marina, mas que no dijese que era yo, temiendo que no iria. Nos fuimos á ella, y tomamos un barco para que nos pasase á una isleta, que tres ó cuatro millas dentro del mar se mostraba muy amena y deleitosa. En esto llegaron don Manuel y Luis, que habiéndonos conocido, disimulando el enfado, solemnizó la burla. Entramos todos cuatro en el barco, con dos marineros que le gobernaban; y llegando á la isleta salimos en tierra, aguardando en el mismo barquillo los marineros para volvernos cuando fuese hora (que en esto fueron mas dichosos que los demas). Sentámonos debajo de unos árboles, y estuvimos hablando en la causa que allí me habia llevado, yo dando quejas, y don Manuel disculpas falsas y engañosas como siempre. De la otra parte de la isleta habia dado fondo en una quiebra ó cala de ella una galeota de moros corsarios de Argel, y como desde léjos nos viesen, saltaron en tierra el arraez y otros moros, y viniendo encubiertos hasta donde estábamos, nos sorprendieron de modo que ni don Manuel ni Luis pudieron ponerse en defensa, ni nosotros huir; y así nos llevaron cautivos á su galeota, haciéndose, luego que tuvieron presa, á la mar, pues no se contentó la fortuna con haberme hecho esclava de mi amante, sino de moros; aunque en llevarle á él conmigo no me servia de tanta pena el cautiverio. Los marineros, viendo el suceso, remando á boga arrancada, como dicen, se escaparon, llevando la nueva de nuestro desdichado suceso. Estos corsarios moros, como estan diestros en tratar y hablar con cristianos, hablan y entienden medianamente nuestra lengua; y así me preguntó el arraez, como me vió herrada, quién era; yo le dije que era mora, y me llamaba Zelima, que me habian cautivado seis años habia, que era de Fez, y que aquel caballero era hijo de mi señor, y el otro su criado, y aquella doncella lo era tambien de mi casa, que los tratase bien, y pusiese precio en el rescate, que apenas lo sabrian sus padres cuando enviarian la estimacion; y esto lo dije fiada en las joyas y dineros que traia conmigo. Todo

lo dicho lo hablaba alto, porque los demas lo oyesen, y no me sacasen mentirosa. Contento quedó el arraez, así con la presa por su interes, como por parecerle habia hecho un gran servicio á su Mahoma en sacarme, siendo mora, de entre cristianos, y así lo dió á entender, haciéndome muchas caricias, y á los demas buen tratamiento, y así fuimos á Argel, y nos entregó á una hija muy hermosa y niña llamada Zaida, que se holgó tanto conmigo, porque era mora, como con don Manuel, porque se enamoró de él. Vistióme luego de estos vestidos que veis, y trató que hombres diestros en quitar estos hierros me los quitasen; no porque ellas no usen tales señales, que ántes lo tenian por gala, sino porque era S y clavo, que daba señal de lo que yo era, á lo cual respondí que yo misma me lo habia puesto por mi gusto, y que no los queria quitar. Queríame Zaida ternísimamente, ó por merecerlo yo con mi agrado, ó por parecerle podria ser parte con mi dueño para que la quisiese; en fin yo hacia y deshacia en su casa como propia mia, y por mi respeto trataban á don Manuel, á Luis y á Leonisa muy bien, dejándolos andar libres por la ciudad, habiéndoles dado permiso para tratar su rescate. Avisé á don Manuel hiciese el precio de todos tres, que yo les daria joyas para ello; de lo cual mostró don Manuel quedar agradecido: solo hallaba dificultad en sacarme á mí; porque en cuanto á esto cierto es que no se podia tratar de rescate; y así aguardamos los redentores para que se dispusiese todo. En este tiempo me descubrió Zaida su amoroso cuidado, pidiéndome hablase á don Manuel, y que le dijese que si queria volverse moro, se casaria con él, y le haria señor de grandes riquezas que tenia su padre, poniéndome con esto en tantos cuidados y desesperaciones, que casi me ví en términos de quitarme la vida. Dábame lugar para hablar despacio á don Manuel; y aunque en muchos dias no le dije nada de la pasion de la mora, temiendo su mala condicion, dándole á ella algunas fingidas respuestas, unas de disgusto, y otras al contrario, la fuerza de los zelos, mas por pedírselos á mi ingrato, que por decirle la voluntad de Zaida, porque el traidor habiéndole parecido bien, con los ojos deshacia cuanto hacia, me obligó á hacerle sabedor de todo. Despues de reñirme mis sospechosas quimeras, me dijo que mas acertado le parecia engañarla, que le dijese que él no habia de dejar su ley aunque le costase no una vida que tenia, sino mil; mas si ella queria venirse con él á tierra de cristianos, y ser cristiana, que la prometia casarse con ella, y á esto añadió que yo lo sazonase para atraerla á nuestro intento, que en saliendo de allí estuviese segura que cumpliria con su obligacion. ¡Ah falso, y cómo me engañó en esto como en lo demas! En fin, para no cansaros, Zaida vino en todo muy contenta, y mas cuando supo que yo tambien me iria con ella, y se concertó para de allí á dos meses la partida, pues su padre habia de ir á un lugar donde tenia hacienda y casa, que los moros en todas las tierras donde tienen trato tienen mujeres é hijos. Ya la venganza mia contra don Manuel debia de disponer el cielo, y así facilitó los medios de ella, pues ido el moro, Zaida hizo una carta, en que su padre la enviaba á llamar porque habia caido en una peligrosa enfermedad, para que el rey la diese licencia para su jornada, por cuanto los moros no pueden ir de un lugar á otro sin

ella; y alcanzada hizo aderezar una galeota bien armada de remeros cristianos, á quienes se avisó con todo secreto el designio, y poniendo en ella todas las riquezas de plata, oro y vestidos, que sin hacer rumor podia llevar, y con ella yo y Leonisa, y otras dos cristianas que la servian, que mora no quiso llevar ninguna, don Manuel y Luis, caminamos por la mar la via de Cartagena, ó Alicante, donde con menos riesgo se pudiese salir. Aquí fueron mis tormentos mayores, aquí mis ansias sin comparacion, porque como allí no habia impedimento que lo estorbase, y Zaida iba segura de que don Manuel habia de ser su marido, no se negaba á ningun favor que pudiese hacerle; ya contemplaban mis tristes ojos á don Manuel asido de las manos de Zaida, ya miraba á esta colgada de su cuello, y aun volverse los alientos en vasos de coral; porque como el traidor mudable la amaba, él buscaba las ocasiones; y si no llegó á mas, era por el cuidado con que yo andaba, siendo estorbo de mayores placeres. Bien conocia yo que no gustaban de que yo fuese tan cuidadosa, mas disimulaban su enfado: y si tal vez le decia al medio moro alguna palabra, me daba en los ojos con que lo podia hacer, que bastaban los riesgos que por mis temeridades y locuras habia pasado, y que no era razon por ellas mismas nos viésemos en otros mayores, que tuviese sufrimiento hasta llegar á Zaragoza, que todo tendria remedio. Llegamos en fin con próspero viage á Cartagena, y tomada tierra, dimos libertad á los cristianos para que pudiesen ir á su casa. Puesta la ropa á punto, tomamos el camino para Zaragoza; si bien Zaida descontenta, pues quisiera en la primera tierra de cristianos bautizarse y casarse; tan enamorada estaba de su nuevo esposo: y si no lo hizo, fué por mí, que no porque él no deseaba lo mismo.

Llegamos á Zaragoza, siendo pasados seis años que partimos de ella, y á casa de don Manuel, donde halló á su madre muerta, y á doña Eufrasia viuda, que habiéndose casado con el primo que esperaba de las Indias, dejándola recien parida de un hijo, habia muerto en la guerra de un carabinazo. Fuimos bien recibidos de doña Eufrasia, y con la admiracion y gusto que se puede imaginar. Tres dias descansamos, contando los unos á los otros sucesos pasados. Maravillóse doña Eufrasia de ver S y clavo en mi rostro, que por Zaida no le habia quitado, á quien consolé con decirle eran fingidos, y que era fuerza tenerlos hasta cierta ocasion. Era tanta la priesa que Zaida daba á que la bautizasen, pues se queria casar, que me obligó una tarde, algo ántes de anochecer, á llamar á don Manuel, y en presencia de Zaida y su hermana, y demas familia, sin que faltase Luis, que aquellos dias andaba mas cuidadoso, le dije estas razones: Ya, señor don Manuel, que ha querido el cielo, obligado de mis continuos lamentos, que nuestros trabajos hayan tenido fin con tan próspero suceso como haberos traido libre de todos á vuestra casa, y Dios ha permitido que yo os acompañase en lo uno y lo otro, quizá para que viendo por vuestros ojos con cuánta perseverancia y paciencia os he seguido en ellos, pagueis deudas tan grandes: cesen ya engaños y cautelas, y sepa Zaida y el mundo entero, que lo que me debeis no se paga con menos cantidad que con vuestra persona; y que estos hierros que estan en mi rostro vos solo los podeis quitar, llegando el dia en que las desdichas y

afrentas que he padecido tengan premio : fuerza es pues que ya mi ventura no se dilate, para que los que han sabido mis afrentas y desaciertos sepan mis logros y dichas. Muchas veces habeis prometido ser mio, y no es razon que cuando otras os tienen por suyo, os tema yo ageno, y os llore extraño : mi calidad ya sabeis que es mucha; mi hacienda no es corta; mi hermosura la misma que vos buscásteis y elegísteis; mi amor no lo ignorais; mis finezas pasan á temeridades; por ninguna parte perdeis, ántes ganais; que si hasta aquí con hierros fingidos he sido vuestra esclava, desde hoy sin ellos seré verdadera. Decid, os suplico, lo que quereis que se disponga, para que lo que os pido tenga el dichoso lauro que deseo, y no me tengais mas temerosa, pues ya de justicia merezco el premio que de tantas desdichas como he pasado os estoy pidiendo. No me dejó decir mas el traidor, pues sonriéndose, á modo de burla dijo : ¿Y quién os ha dicho, señora doña Isabel, que todo eso que decis no lo tengo muy conocido, y tanto que con lo mismo que habeis pensado obligarme me teneis tan desobligado, que si alguna voluntad os tenia, ya ni aun pensamiento de haberla habido en mí tengo? Vuestra calidad no la niego, vuestras finezas no las desconozco, mas si no hay voluntad, no sirve todo esto nada; conocido pudiérades tener en mí desde el dia en que partí de esta ciudad, que pues os volví las espaldas, no os queria para esposa; y si entónces aun se me hiciera dificultoso, ¿cuánto mas será ahora, que solo por seguirme como pudiera una mujer baja, os habeis puesto en tan civiles empeños? Esta resolucion con que ahora os hablo, dias ha que la pudiérades tener conocida; y en cuanto á la palabra que decis os he dado, como estadamos los hombres por alcanzar lo que deseamos, y pudieran ya las mujeres tener conocida esta treta, y no dejarse engañar, pues las avisan tantas escarmentadas; y en fin por esta parte me hallo menos obligado que por las demas; pues si la dí alguna vez, fué sin voluntad de cumplirla, y solo por moderar vuestra ira : yo nunca os he engañado, que bien podeis haber conocido que el dilatarlo nunca ha sido por falta de lugar, sino que no tengo ni he tenido tal pensamiento, pues vos sola sois la que os habeis querido engañar, por andaros tras mí sin dejarme; y para que ya salgais de esa duda, y no me andeis persiguiendo, sino que viendo el imposible os aquieteis, perded la esperanza que en mí teneis, y volviéndoos con vuestra madre, allá entre vuestros naturales buscad marido que sea menos escrupuloso que yo, porque es imposible que yo me fiase de mujer que sabe hacer y buscar tantos disfraces. Zaida es hermosa, y riquezas no la faltan ; amor tiene como vos, y yo se le tengo desde el punto que la ví; y así en siendo cristiana, que será en previniéndose lo necesario para serlo, le doy la mano de esposo; y con esto acabarémos, vos de atormentarme, y yo de padecerlo. De la misma suerte que la víbora pisada me pusieron las infames palabras y aleves obras del ingrato don Manuel, y queriendo responder á ellas Luis, que desde el punto que él habia empezado su plática habia mejorado de lugar, y puéstose al mismo lado de don Manuel, sacando la espada, y diciendo : O falso y mal caballero, ¿de esa suerte pagas las obligaciones y finezas que debes á un ángel? Viendo que á estas voces se levantaba don Manuel, metiendo mano á la suya, le

tiró una estocada tal, que ó fuese por cogerle desapercibido, ó que el cielo por su mano le envió su merecido castigo, y á mí la deseada venganza, le pasó de parte á parte con tal presteza, que al primer ay le salió el alma del cuerpo, dejándome á mí casi sin ella, y en dos saltos se puso á la puerta, diciendo : Ya, hermosa doña Isabel, te vengó don Felipe de los agravios que te hizo don Manuel; quédate con Dios, que si escapo de este riesgo con vida yo te buscaré; y en un instante se puso en la calle. El alboroto en un fracaso como este fué tal, que es imposible contarle, porque las criadas, unas acudieron á las ventanas dando voces y llamando gente, y á doña Eufrasia, que se habia desmayado, de suerte que ninguna reparó en Zaida, que como siempre habia tenido cautivas cristianas, no sabia ni hablaba muy mal nuestra lengua; y no habiendo entendido todo el caso , viendo á don Manuel muerto, se arrojó sobre él llorando , y con el dolor de haberle perdido le quitó la daga que tenia en la cinta, y ántes que nadie pudiese, con la turbacion que todas tenian, prevenir su riesgo, se la escondió en el corazon, cayendo muerta sobre su infeliz amante. Yo, que como mas cursada en desdichas era la que tenia mas valor, por una parte lastimada del suceso, y por otra satisfecha con la venganza, viéndolos á todos revueltos, y que ya empezaba á venir gente, me entré en mi aposento, y tomando todas las joyas de Zaida que de mas valor y menos embarazo eran, que estaban en mi poder, me salí á la calle, lo uno porque la justicia no asiese de mí para que dijese quién era don Felipe, y lo otro por ver si le hallaba, para que entrambos nos pusiésemos en salvo; mas no le hallé. En fin, aunque habia dias que no pisaba las calles de Zaragoza, acerté la casa de Octavio, que me recibió con mas admiracion que cuando la primera vez fuí á ella, y contándole mis sucesos, reposé allí aquella noche (si pudo tener reposo mujer por quien habian pasado y pasan tantas desventuras), y así aseguro que no sé si estaba triste ó alegre; porque por una parte el lastimoso fin de don Manuel, como aun hasta entónces no habia tenido tiempo de aborrecerle, me lastimaba el corazon; por otra sus traiciones y malos tratos, considerándole ya no mio, sino de Zaida, encendia en mí tal ira, que tenia su muerte y mi venganza por consuelo : considerando ademas el peligro de don Felipe, á quien tan obligada estaba por haber hecho lo que á mí me era fuerza hacer para volver por mi opinion perdida. Todo esto me tenia con mortales ahogos y desasosiegos.

Otro dia salió Octavio á vèr por la ciudad lo que pasaba, y supo como habian enterrado á don Manuel y á Zaida : al uno como á cristiano, y á ella como á mora desesperada; y como á mí y á don Felipe nos llamaba la justicia á pregones, poniendo grandes penas á quien nos encubriese y ocultase , así me fué forzoso estarme escondida quince dias hasta que se sosegase el alboroto de un caso tan prodigioso : al cabo de los cuales persuadí á Octavio fuese conmigo á Valencia, que allá mas seguros le diria mi determinacion. No le iba á Octavio tan mal con mis sucesos, pues siempre grangeaba de ellos con qué sustentarse, y así me lo concedió ; y puesto por obra , tres ó cuatro dias estuve despues de llegar á Valencia sin determinar lo que dispondria de mí; unas veces me determinaba á

entrarme en un convento hasta saber nuevas de don Felipe, á quien no podia negar la obligacion que le tenia, y á costa de mis joyas sacarle libre del peligro en que estaba por el delito cometido, y pagarle con mi persona y bienes, haciéndole mi esposo; mas de esto me apartaba el temor de que quien una vez habia sido desdichada no seria jamas dichosa. Otras veces me resolvia á irme á Murcia con mi madre; y de esto me disuadia el imaginar cómo pareceria ante ella, habiendo sido causa de la muerte de mi padre, y de todas sus penas y trabajos. Finalmente me resolví tomar la determinacion con que empecé mis fortunas, que era ser siempre esclava herrada, pues lo era en el alma; y así metiendo las joyas de modo que las pudiese siempre traer conmigo, y este vestido en un lio, que no pudiese parecer mas de ser algun pobre arreo de una esclava, dando á Octavio satisfaccion del trabajo que por mi tomaba, le hice me sacase á la plaza, y á pública voz de pregonero me vendiese, sin reparar en que el precio que le diesen por mí fuese bajo ni subido. Con grandes veras procuró Octavio apartarme de esta determinacion, poniéndome por delante quién era, lo mal que me estaba; y que si hasta entónces por reducir y seguir á don Manuel lo habia hecho, ya era excusado seguir una vida tan vil; mas viendo que no podia reducirme, quizá por permision del cielo, que me queria traer á esta ocasion, me sacó á la plaza, y de los primeros que llegaron á comprarme fué el tio de mi señora Lisis, que aficionado, ó por mejor decir enamorado, como pareció despues, me compró, pagando por mí cien ducados; y haciendo á Octavio merced de ellos, me despedí de él, y él se apartó de mí llorando, viendo cuan sin remedio era ya el verme en descanso, pues yo misma me buscaba los trabajos. Llevóme mi señor á su casa, y entregóme á mi señora doña Leonor, la cual poco contenta, por conocer á su marido travieso de mujeres, quizá temiendo de mí lo que le debia de haber sucedido con otras criadas, no me admitió con gusto; mas despues de algunos dias que me trató, satisfecha de mi proceder honesto, admirando en mí la gravedad y estimacion que mostraba, me cobró amor, y mas cuando viéndome perseguida de su marido se lo avisé, pidiéndole pusiese remedio en ello, y el que mas á propósito halló fué quitarme de sus ojos. Con esto ordenó enviarme á Madrid, y á poder de mi señora Lisis, que dándome nuevas de su afable condicion, vine con grandísimo gusto en mejorar de dueño, que en esto bien le merezco ser creida; pues por el grande amor que la tengo, y haberme importunado algunas veces la dijese de qué nacian las lágrimas que en varias ocasiones me veia verter, y yo haberla prometido contarlo á su tiempo, lo he hecho en esta ocasion; pues para contar un desengaño, ¿qué mayor que el que habeis oido en mi larga y lastimosa historia?

Ya, señores, prosiguió la hermosa doña Isabel, pues he desengañado con mi engaño á muchas, no será razon que me dure toda la vida vivir engañada, fiándome en que tengo de vivir hasta que la fortuna vuelva su rueda en mi favor. Ya no ha de resucitar don Manuel, ni cuando esto fuera posible me fiara de él ni de ningun hombre, pues á todos los contemplo en este, engañosos y taimados para con las mujeres; y lo que mas me admira es que ni el noble, ni el honrado, ni el de obligaciones, ni el

que mas se precia de cuerdo, hace mas con ellas que los civiles y de humilde esfera, porque han tomado por oficio decir mal de ellas, desestimarlas y engañarlas, pareciéndoles que en esto no pierden nada; y si lo miran bien, pierden mucho: porque miéntras mas flaco y débil es el sugeto de las mujeres, mas apoyo y amparo habian de tener en el valor de los hombres. Mas á esto basta lo dicho, que yo no lo he menester ya, porque no quiero haberlos menester, ni me importa que sean fingidos ó verdaderos, pues tengo elegido amante que no me olvidará, y esposo que no me despreciará, á quien contemplo con los brazos abiertos para recibirme. Y así, divina Lisis (esto dijo poniéndose de rodillas), te suplico, como esclava tuya, me concedas licencia para entregarme á mi divino Esposo, entrándome en religion en compañía de mi señora doña Estefanía, para que en estando allí avise á mi triste madre, porque en compañía de tal Esposo ya se holgará hallarme, y yo no tendré vergüenza de parecer en su presencia; y ya que la he dado triste mocedad, daréla descansada vejez. En mis joyas me parece tendré para cumplir el dote y los demas gastos. Esto no es razon me lo negueis; y pues por ingrato y desconocido amante he pasado tantas desdichas, y siempre con los hierros y nombre de esclava, ¿cuánto mejor es serlo de Dios, y á él ofrecerme con el mismo nombre de la Esclava de su amante?

Aquí dió fin la hermosa doña Isabel con un ternísimo llanto, dejando á todos compasivos y lastimados, en particular á Lisis, que como acabó y la vió de rodillas ante sí, la echó los brazos al cuello, juntando su hermosa boca con la mejilla de doña Isabel, á quien dijo con mil hermosas lágrimas y tiernos sollozos: ¡Ay, señora mia! ¿y cómo habeis permitido tenerme tanto tiempo engañada, teniendo por mi esclava á la que debia ser y es señora mia? Esta queja jamas la perderé; y os pido perdoneis los yerros que he cometido en mandaros como á esclava, contra vuestro valor y calidad. La eleccion que habeis hecho, en fin, es hija de vuestro entendimiento; y así yo la tengo por muy justa, y excusado es pedirme licencia, pues vos la teneis para mandarme como á vuestra; y si las joyas que decis teneis no bastáren, os podeis servir de las mias, y de cuanto yo valgo y tengo. Besaba doña Isabel las manos á Lisis miéntras le decia esto; y dando lugar á las damas y caballeros que la llegaban á abrazar y ofrecérsele, se levantó, y despues de haber recibido á todos, y satisfecho á sus ofrecimientos con increible donaire y despejo, pidió una harpa, y sentándose junto á los músicos, y sosegados todos, cantó este romance.

Dar zelos quita el honor,
La presuncion pedir zelos,
No tenerlos no es amor,
Y discrecion es tenerlos.
Quien por picar á su amante
Pierde á su honor el respeto,
Y finge, ó que no hace,
O se determina á hacerlo,
Ocasionando el castigo
Se pone á cualquiera riesgo,
Que tambien supone culpa
La obra como el deseo.
Quien pide zelos no estima
Las partes que le dió el cielo,
Y ensalzando las agenas
Abate el merecimiento.
Está á peligro que elija
Su mismo dueño por dueño,
Lo que por reñir su agravio
Sube á la esfera del fuego.

Quien tiene amor y no zela,
Todos dicen, y lo entiendo,
Que no estima lo que ama,
Y finge sus devaneos.
Zelos y amor no son dos;
Uno es causa, el otro efecto,
Porque efecto y causa son
Dos, pero solo un sugeto.
Nacen zelos del amor,
Y el mismo amor son los zelos,
Y si es, como dicen, dios,
Una en dos causas contemplo.
¿Quién vive tan lastimado,
Que no teme será necio,
Pues quien mas estado alcanza,
Mas cerca está de perderlo?
Seguro salió Faeton
Rigiendo el carro febeo,
Confiado en su valor,
Por las regiones del cielo.
Icaro en alas de cera,
Por las esferas subiendo:
Y en su misma confianza,
Icaro y Faeton murieron.
Zelos y desconfianza,
Que son una cosa es cierto:
Porque el zelar es temer,
El desconfiar lo mesmo.
Luego quien zelos tuviere
Es fuerza que sea discreto;
Porque cualquier confiado
Está cerca de ser necio.
Con aquesto he desatado
La duda que se ha propuesto;
Y responderé á cualquiera
Que deseare saberlo,
De que en razon de zelos,
Es tan malo darlos
Como tenerlos.
Perdirlos libertad,
Darlos desprecio;
Malo es tenerlos;
Pero aqueste quiero,
Porque mal puede amor
Serlo sin ellos.

NOCHE SEGUNDA.

DESENGAÑO SEGUNDO.

LA MAS INFAME VENGANZA.

Acabada la música, ocupó la hermosa Lisarda el asiento situado para las que habian de desengañar, temerosa de haber de mostrarse apasionada contra los hombres, estando su amado don Juan presente; mas pidiéndole licencia con sus hermosos ojos, como si dijera: Mas por cumplir con la obligacion que por ofenderte hago esto, empezó así:

Mandásteme, hermosa Lisis, que fuese la segunda en dar desengaños á las damas, de que deben escarmentar en sucesos agenos para no dejarse engañar de los hombres; y cierto que mas por la ley de la obediencia me obligo á admitirlo, que por sentir que tengo de acertar. Lo primero, porque aun no he llegado á tiempo de desengañarme á mí, pues aun apenas sé si estoy engañada, y mal puede quien no sabe un arte, sea el que fuere, hablar de él, y tengo por incivílidad decir mal de quien no me le ha hecho; y con esto mismo pudiera disculpar á los hombres; pues lo cierto es que los que se quejan estan agraviados, que á no ser así, no son tan menguados de juicio, que dijeran tanto mal como de las mujeres dicen: y para que ni ellos se quejen, y yo cumpla con lo que me es mandado, sucintamente referiré un caso que sucedió á una principal dama, con lo que me parece desengañaré á las que hubieren menester desengañarse; y sobre todo pienso que no conseguiré fruto alguno. Por donde la hermosa doña Isabel ha salido tan bien de su empeño, escarmentando á todas con su mismo suceso, no deja de ser atrevimiento querer ninguna lucir como ha lucido, y menos mi entendimiento, que carece de todo acierto; mas suplicando á todo este auditorio hermoso y noble perdoneis las faltas de él, digo así:

No ha muchos años que en la nobilísima y populosa ciudad de Milan habia un caballero dotado de todas las prendas, gracias y prerogativas de que puede colmar naturaleza y fortuna; si bien en mocedades y juegos disminuyó lo mas de su hacienda. Era español, y como con un honrado cargo en la guerra habia pasado á aquel pais, casó allí con una dama igual á su calidad, aunque no rica, con que vino á ser su hacienda bastante para poder pasar una modesta y descansada vida, no sobrándole ni faltándole para criar dos hijos que tuvo de su matrimonio. Con algun regalo

nació primero Octavia, llamándose así por su madre: y el segundo don Juan, de quien no diré el apellido; que cuando los hombres con sus flaquezas desdoran su linage, es mejor encubrirle que manifestarle. Era Octavia, aunque mayor que su hermano seis años, de las mas hermosas mujeres de aquel reino: así no lo fuera en las gracias, donaire y entendimiento; pues quien sin verla la oia la admiraba fea cuando la celebraba hermosa. Llegando pues á la edad en que mas campea la belleza, se enamoró de ella, viéndola en un festin, un hijo de un senador, mozo, galan, entendido y rico; partes para que no tuviera Octavia mucha culpa en corresponderle; mas era cuerda, y notó que ya no es dote la hermosura, y que Cárlos, que este era su nombre, era rico, y no se habia de casar con quien no lo fuese; con cuyos temores se defendió algun tiempo: así lo hiciera siempre, y no fuera causa de las desdichas que despues sucedieron; pues como he dicho, vió Cárlos á Octavia en un festin, regocijo usado en aquella tierra; y viéndola se perdió, ó lo dió á entender; que para mí lo peor que siento de los hombres es que publican mas que sienten. No miró Octavia mal á Cárlos, mas viendo el imposible (aunque no para lo que merecia su hermosura), detuvo el afecto del mirar para no llegar á sentir; porque como no pensaba hacer lo que las comunes, no tenia por acertado empeñarse en amar sino á quien pudiese ser su esposo; y que ya que su desdicha la encaminase á rendirse, fuese obligándose á serlo. ¡O qué de desengaños han padecido por esta parte las mujeres, y cuantas desengañadas tienen los hombres cuando ya no tienen remedio! Muy cautivo se halló Cárlos de la belleza de Octavia, mas no con el pensamiento que ella tenia, que era el matrimonio, porque en tal caso no pensaba Cárlos salir de la voluntad de su padre, que entendia no habia hasta entónces nacido mujer que igualase á su hijo: mas parecióle que como Octavia no era rica, pues sus padres no poseian sino una honrada medianía, que con joyas y dineros conquistaria este imposible de hermosura; y á no bastar esto, valerse de la fuerza ó de algun empeño; que esto es echar, como dicen, por el atajo; y así empezó primero su conquista con suspiros, y con pasear su calle de dia y de noche; mas á esto Octavia, si no descuidada, á lo menos advertida de que con no verlo ni oirlo se habia de defender, se negaba á todo huyendo de la vista de Cárlos, aumentando en él con estos desvíos, ó el amor ó el deseo, que tal vez los hombres suelen volver en tema la voluntad.

No gozaba Cárlos sin competidores de su amor mal correspondido; pues como Octavia era hermosa habia muchos deseosos de merecer sus divinas prendas, y con mas honestos pensamientos que Cárlos; mas Octavia los hacia á todos iguales: y si de alguno se dejaba llevar su altivo desden, era de un deudo de su madre, que mediante el parentesco la trataba con mucho mas cariño, por visitarla algunas veces, y él andaba buscando ocasion para pedirla á su padre por esposa. No ignoraba esto Cárlos, que como era rico, sobornó á los criados, y estos regularmente son descubridores de lo mas oculto que sus amos hacen. Como le era imposible decirla ni su amor, ni sus zelos, por no darle lugar la dama, una noche de las calorosas de julio, sentado debajo de los balcones,

como otras veces le sucedia, al son del templado instrumento de sus lastimosos suspiros cantó este soneto:

Apenas en amor dí el primer paso,
Cuando en rabiosos zelos dí de ojos:
¡Ay qué crueles penas! ¡ay qué enojos!
Favor, amor, que en su rigor me abraso.
¿Cómo de gloria estás conmigo escaso,
Que se lleva otro dueño mis despojos?
¡O qué prados de espinas y de abrojos
Mirando ageno el bien llorando paso!
Mal haya quien amando, en nada fia,
Fidelidad ingrata, triste lloro,
A yugo desleal mi cuello obliga.
Ya murió mi esperanza; era al fin mia:
Falsa me paga cuando firme adoro,
Tropieza en zelos si á Cupido sigo.
¡O amor, dulce enemigo,
O cruel tirana,
Reinar y amar no quieren compañía!

Ya parece que Octavia escuchaba á Cárlos tan bien como le habia mirado; pues estuvo en el balcon miéntras Cárlos cantó el referido soneto. Habia de ser desgraciada, y empezaba ya su desdicha á ponerla en las ocasiones de perderse: y así dió lugar con estarse queda en el balcon, á que Cárlos, como que hablaba con sus mismos pensamientos, le afease lo mal que decia tanta hermosura con tanta crueldad; que aunque no tuvo respuesta, se contentó el amante con el favor de haberle escuchado, con lo que tuvo atrevimiento de escribirla este papel:

« No sé qué gloria consigues, divina Octavia, en ser cruel, ó en qué » te ofende mi amoroso rendimiento, que te excuses, ya que no de pre- » miarle, de oirle, que aun no me conceden tus hermosos ojos licencia » de nombrarme tuyo; pues asegúrote que ó has de dejar de ser her- » mosa, ó que no he de apartarme de amarte; y pues es cada imposible » de estos imposible vencerle, permíteme, que pues soy y he de ser tuyo » miéntras tuviere vida, el favor de oirme, que con esto la sustentaré » para ser tuyo. »

¡Qué peligrosa bala para el fuerte de la honestidad es la porfía! todas cuantas defensas se pueden poner rinde, como sucedió en Octavia; pues habiendo venido á sus manos este papel por medio de una criada, á quien Cárlos supo grangear con oro, lo que primero habia sido agrado se convirtió en amor. Enamoróse Octavia, y dejóse vencer de suerte que tuvo Cárlos respuesta de este y otros que le escribió, y no solo este favor, mas el hablarle de noche por una reja despues de acostados sus padres, que don Juan su hermano no asistia en Milan, acudiendo fuera de ella á sus

estudios: era muchacho y no muy bien inclinado; ocasion para que su padre le privase de sus regalos. Deseaba que fuese eclesiástico, aunque él no tenia ese parecer, y con esto tenia mas lugar Octavia para seguir su empresa amorosa, con intencion de ver si podia grangear á Cárlos para esposo. Algunos meses entretuvo Octavia á su amante con solo este favor de hablarle, sin consentirle tomarla una mano por la permision que daba la reja, temerosa, aunque le queria bien, de algun engaño, conociendo que era un imposible si el amor no le obligaba, por ser Cárlos tan rico. Este, mas enamorado con las resistencias de Octavia, estaba deseoso de mayores favores; mas la dama al paso que le veia desearlos mas, se los negaba, tanto que ya tocaba en crueldad, de lo que el galan se quejaba, culpando su poco amor, y para mostrárselo mejor cantó una noche á los ecos de un laud, que le traia un criado, esta cancion:

¡Ay cómo imito á Tántalo en la pena,
Pues el agua á la boca de sed muero!
Tengo conmigo al bien que adoro y quiero,
Y parece que el bien de mí se agena.
De las penas de amor el alma llena,
El premio de mi amor gozar espero,
Y cuando ya le toca desespero,
Porque un rigor mi atrevimiento enfrena.
¿Qué delito me usurpan tus favores,
Hermosa ingrata que en mi alma vives?
¿Por ventura robéte la ambrosía?
Aplaca de mi alma los ardores,
Que no es razon que del cristal me prives
Cuando muere de sed el alma mia.
Vésme sin alegría,
Y tú cruel conmigo,
Morir me dejas, y con ser testigo
De las penas que paso,
No me socorres cuando mas me abraso.
Cuando morir me dejas,
Y mirarme no sientes con fieros accidentes,
Sin remediar mis quejas:
Y si lloran mis ojos,
Recibes de mis lágrimas enojos:
O remedia la llama en que me abraso,
O déjame llorar el mal que paso:
Y el llanto venza el mio,
Tu crueldad, tu tibieza, tu desvío;
Pues es rigor quitarme,
Cuando llorando estoy, desahogarme.
¡Ay con cuántos rigores el alma sin tí lucha,
Y si tu voz escucha,
O cómo son mayores!
Cobarde, no me atrevo
A hacerla de mi boca dulce cebo:
Que fuera gran contento

En vaso de rubí beber su acento :
¡ Ay Dios ! quién me lo quita,
Digo, que un miedo que en mi alma habita,
De temer que te ofendo,
Cuando gozar este favor pretendo.
Bien sabes que te quiero,
Y que con alma ingrata
No miras que me mata
Tu recato severo.
Pues si vivo en tus ojos,
Y me quitan la vida sus enojos,
Haces suerte en la vida ;
¡ O mas ingrata, miéntras mas querida !
Y para que concluya,
Yo viva y muera en la desgracia tuya,
Si no has de ser mi dueño,
Yo de ser tuyo mi palabra empeño.
Pues, dueño de mi vida,
Goce yo tus favores,
Quítame estos temores,
No seas mi homicida :
Mas ¡ ay amor ! que muero,
Ya de obligarte, ingrata, desespero :
Ya mi bien no me quiere;
Ya mi memoria en su memoria muere :
Y pues de mí se olvida,
Venga la muerte, acábese la vida,
Y vivan en mis ojos
Eternamente lágrimas y enojos.
Cancion triste, si obligas
A mi dueño querido,
Inmortal vivirás de eterno olvido;
Y sino morirémos
En la desdicha que los dos tenemos.

Menos que esto habia ya menester Octavia; porque ya amaba á Cárlos mas que fuera razon; que en esto se ve cuan flacas son las mujeres, que no saben perseverar en el buen intento; y aun por esta parte disculpo á los hombres en la poca estimacion que hacen de ellas; mas disculpemos los yerros de amor con el mismo amor; y así abriendo la ventana le llamó diciendo : No sé, Cárlos, cómo me tienes por tan cruel é ingrata como has mostrado y das á entender en tus versos, pues has merecido llegar al favor que hoy gozas, á pesar de mi recato y nobleza, sin haberme asegurado de un dichoso fin en tu pretension; y yo por quererte bien, aun no he reparado en eso ni mirado lo mal que le está á mi opinion, á la de mis padres y hermanos, galanteos sino de quien ha de ser mi esposo, y ahora, mal hallado con la merced que te hago, te quejas de ingratitudes y crueldades, cuando debieras mirar que fuera tenerlas conmigo misma si hiciera lo que pides sin resguardo de mi honor : tú sí que eres cruel conmigo, pues pudiéndome hacer dichosa me haces desdichada; que claro

es que perderé esposo por tu causa, y no te ganaré á tí, como si desmereciera yo esta dicha. Pobre soy para igualarme á tu riqueza; en esto confieso que me excedes, pero en lo demas te igualo; y cuando no lo fuera, amor iguala bajezas con grandezas fiadoras: esta poca ó mucha belleza que tengo, que esto será lo que tú quieres, ¿porqué estás cobarde de hacerla tuya? Y cuando haciéndolo me conozcas ingrata, entónces te podrás levantar por desvalido, y sino conténtate con lo que alcanzas, y no te quejes; y para que en ningun tiempo lo puedas hacer justamente, de mí te digo que, menos que siendo mi esposo, ni pidas mas ni alcanzarás mas; y aun esto lo he hecho, pareciéndome á mí que un hombre de tu entendimiento y capacidad, el dia que se puso y determinó á amar una mujer de mi calidad y prendas, no habia de ser con otro intento y fin. Con esto calló; y Cárlos como no lo habia de cumplir, no se le hizo dificultoso prometerlo, y así la respondió: Hermoso dueño mio, no quiera el cielo que por cosa que á mí me está bien me quite á mí propio la dicha de ser vuestro, y de gozar los favores que tanto deseo; y para conseguirlo, y teneros á vos segura, y que vos lo esteis de mí, yo os daré, no una vez, sino mil, la fe y palabra de ser vuestro esposo; pero con la condicion de que por ahora esté secreto, por la avara y civil condicion de mi padre, que piensa darme mujer aun mas rica que él, sin mirar que la riqueza mas grande es vuestra hermosura. ¡Qué liberal promete Cárlos, y qué ignorante cree Octavia! Liviandad me parece; mas vaya, que ella se hallará burlada; que promesas de rico á pobre pocas veces se cumplen, y mas en casos amorosos. Queria Cárlos alcanzar, y prometia; y queria Octavia marido de las prendas de Cárlos, y así, pareciéndola que con el dote de la hermosura la bastaba, aceptó, dándole á Cárlos las gracias: y Cárlos, despues de haber venido la criada, tercera en estas locuras, delante de ella la dió fe y palabra de ser su marido. ¡Ah, Octavia, y qué engaño se te previene! En la hermosura te fias, sin mirar que es una flor que en manoseándola un hombre se marchita, y en marchitándose la arroja y la pisa. Este es el mismo desengaño, hermosas damas; no creais que ningun hombre lo que hace enamorado lo hará despues arrepentido; y si alguno lo ha hecho, es un milagro, y aun despues lo hace pagar bien caro. Rióse Octavia: ¡ó mujer fácil! Abrió á Cárlos la puerta: ¡ó loca! Entregó la joya mas rica que una mujer tiene: ¡ó hermosura desdichada! No quiero decir mas en esto, que el mismo suceso desengañará. Gozaron sus amores muchos dias, entrando Cárlos con secreto en casa de Octavia. No se arrepintió Cárlos tan presto, pues ántes se hallaba muy gustoso con su amada prenda, y ella teniéndose por extremo dichosa. Ocasionáronse en este tiempo las largas y peligrosas guerras de aquellos reinos, que no solo lloran ellos, sino nosotros; pues de esto se originó entrársenos en España, y costarnos á todos tanto como cuesta; y en una de las batallas que se dieron murió el padre de Octavia, por seguir ya anciano el ejercicio de su mocedad, que eran las armas; y su madre á pocos meses murió tambien de pena de haber perdido su amado esposo. Dichosos en perder la vida antes que se la acabara ver la perdicion de su hija.

Don Juan, luego que supo la muerte de sus padres, y que ya no tenia freno á sus travesuras, vino al punto á Milan, mas cursado en juegos y amoríos que en los estudios; que como no los seguia de voluntad, mas de por la fuerza que le hacia su padre, no habia aprovechado nada en ellos, sino contribuido á acabar parte de la hacienda que habia, y arrimando los hábitos y libros empezó á gastar la que habia quedado, sin mirar que tenia una hermana moza, hermosa, y por tomar estado; y para que ella no gastase nada, la tenia tan encerrada y necesitada de todo, que aunque él no la tuviera así, ella misma se quitara de los ojos de todos por no parecer en menos porte que el que traia en vida de sus padres; porque aunque tenia algunas joyas de valor que Cárlos la habia dado, no osaba que don Juan se las viese; porque tan presto como llegáran á sus ojos las tuviera puestas con dueño. Con estos sucesos cesó el poder entrar Cárlos en su casa como solia; no porque don Juan supiese nada, sino por temor de que no lo entendiese, viendo que Cárlos no queria, por temor de su padre, que se publicase; de manera que apenas se veian si no era pasando por la calle, y eso con mil temores, por conocer la arrebatada condicion de don Juan, y que con él no habia hora segura; de que los dos amantes estaban tan impacientes, que ni Cárlos vivia ni sosegaba, ni Octavia enjugaba sus ojos: el mayor alivio que tenian era escribirse por medio de aquella criada dicha, la cual un dia trajo un papel á su señora, que Cárlos le dió, con estas décimas; habiendo tomado asunto para ellas haber visto á Octavia en el balcon muy triste y llorosa, como la que mas sentia él estar apartada de su esposo, que tal creia que era Cárlos:

Triste estais, dueño querido,
Y puedo decir que al sol
Le ha faltado el esplendor
De que siempre está vestido:
El gusto teneis perdido,
Y yo no os le puedo dar;
Mas si para remediar
La alegría perdida,
Habeis menester mi vida,
Con gusto os la quiero dar.
Leandro seré en perderla
Con voluntad animosa;
Porque en mi poder no hay cosa
Que no seas dueño de ella:
Y si por secreta estrella
Para ser vuestro nací,
Y falta el poder en mí
Para alegrar vuestros ojos,
Dadme á mí aquesos enojos,
Haréisme dichoso así.
¡Ay, quién poderoso fuera
De poderos alegrar!
Porque como os supe amar,
Daros contento supiera:
El sol en su sacra esfera
Aun no estuviera seguro;
Y por vuestros ojos juro,
Que son en mí sus enojos,
Prados de espinas y abrojos,
Donde el sufrimiento apuro.
Mas, señora, si mi suerte,
De mis glorias enemiga,
Es la misma que os obliga
A que sufrais esa muerte:
Decidle que porque acierte,
Su golpe ejecute en mí;
Y vos, mi dueño, vivid:
Y sino pedidle vos
Que le ejecute en los dos,
Y será acertado así.
Mas en tanto que esto llega,
Alegraos, que vive Dios,
Que á mí me matais, si vos
Os matais de rabia ciega:
En mis lágrimas se anega
Este papel amoroso,

En vustras manos dichoso
Cuando las llegue á besar;
Pues sin saber qué es amar,
Mas es que yo venturoso.

Muchos dias, como he dicho, se pasaron sin que estos dos amantes pudiesen dar alivio á sus penas; porque don Juan, ó de zeloso, ó mal intencionado, el dia que iba á misa no se quitaba de su lado; que otras visitas no se las dejaba hacer: con que Cárlos estaba desesperado, y Octavia perdia el juicio; hasta que sucedió que en una casa de juego, sobre jugar una suerte mató á un caballero principal de la ciudad, y queriéndole prender por ella se escapó, y retiró á un convento, viendo que si le prendian no le iria muy bien, respecto de traerle ya sobre ojo la justicia por sus travesuras; y desde allí avisó por un papel á su hermana, que deshaciéndose de algunas cosas de casa, le juntase el dinero que pudiese para ponerse á mejor recaudo; porque le habian avisado trataban de sacarle de la iglesia; que en llegando á Nápoles, donde queria irse, la avisaria, ó enviaria por ella, dándola asímismo media docena de documentos de lo que habia de hacer en su ausencia, quien los pudiera tambien tomar para él. Así se hizo como él pidió, supliéndolo todo Cárlos porque Octavia no se deshiciese de sus joyas, y con todo secreto fué á ver á su hermana, y despedido de ella, se pasó al reino de Nápoles, quedando Cárlos con la ausencia de don Juan por dueño de la casa de Octavia, entrando y saliendo de ella sin ningun recato, restaurando los gustos perdidos con tantos excesos, que ya le vinieron á cansar, dando lugar á que toda la ciudad lo murmurase, y á que todas las señoras amigas de Octavia se retrajesen de su comunicacion, por estar su fama tan oscurecida. Mas de dos años pasaron de esta suerte, pues aunque Cárlos se hallaba ya achacoso de la voluntad, no se atrevia á declararse de todo punto con Octavia, si bien ella vivia ya menos segura de que Cárlos la cumpliese la palabra, conociendo en su tibieza su desdicha, porque no le veia con tanta puntualidad, ni la trataba con el cariño que ántes. Si muchas noches faltaba al lecho y á las lágrimas que Octavia vertia, y á las bien entendidas quejas que le daba, él ponia por excusa á su padre, diciendo que le reñia porque salia de casa de noche; y si ella le hablaba en razon del casamiento, la respondia que si le queria ver destruido y muerto á manos de su padre: y aunque Octavia le suplicaba que por excusar la ofensa á Dios se casasen en secreto, la decia que si era él persona que cuando llegase la ocasion se habia de casar así. Avivó con estas cosas la desconfianza de Octavia, dándose por perdida, y dudando de la poca fé de Cárlos; martirizaba sus ojos y ajaba su hermosura, miéntras Cárlos estaba cada dia mas desapasionado. ¡Ah, qué se les pudiera decir ahora á los hombres! infamando á Cárlos de engañador, de falso y mal caballero; ¡y quién pudiera afear á Octavia su flaqueza! para que las damas viendo reprehender á Octavia, mirasen lo que habian de hacer; mas este desengaño se lo está diciendo por mí; fíense, fíense, que al cabo se hallarán como Octavia se halló, sin esposo, sin honor, y aun sin amante, que Cárlos aun de serlo estaba arrepentido. Cárlos no alcanzaba, y se desesperaba: Cárlos alcanzó, y se arrepiente: y es lo peor, que este Cárlos

debió de procurar muchos Cárlos, que aunque en todos tiempos los ha habido, y hoy lo son todos, y todas son Octavias, ni ellos se arrepienten de serlo, ni ellas tampoco, cayendo cada dia en los mismos hoyos que cayeron los pasados. Ya en fin Cárlos, cansado de Octavia, no le parecia tan hermosa, ni le agradaba su asistencia, ni le descuidaba su cuidado; y como naturalmente se enfadaba de ella, todo le enfadaba; la asistencia era poca, los cariños eran menos: ya se descuidaba del ordinario sustento, y si se le pedia, ponia ceño; de manera que Octavia se halló en el estado de aborrecida sin saber cómo; y si bien conocia los lazos que en otro tiempo tenian preso á su desconocido dueño, ya los ponderaba dogales para el cuello, y disimulaba cuanto podia por no acabar de perderle. ¡Ah desdichadas mujeres, que el mismo martirio conservais por no perderle! ¡Dichosas muchas veces las que libres de tal mal, conservais la vida en quietud, sin estar agradando un tirano, que cuando mas propio, le teneis mas perdido! Finalmente Cárlos aborreció á Octavia, y estaba tan cansado de ella, que se pasaban los dos y los tres dias sin verla; y si la veia era á fuerza y con poco aliento; y de todo no tenia culpa su padre, que él no la tenia de todo punto, porque aunque eran ya estos amores tan públicos, que ni él ni nadie los ignoraba, y le reprehendia como padre, y pudiera por esta parte no acudir á ellos, no era tan á menudo que le estorbase lo que él mismo con el poco gusto que tenia se estorbaba. Sucedió pues (que cuando las desdichas han de venir, no faltan acasos que alienten) que en Navarra murió un caballero, amigo del senador, padre de Cárlos, y le dejó por testamentario y tutor de una sola hija que tenia, llamada Camila, de edad de veinte años, medianamente hermosa y sumamente rica: si bien la mayor riqueza de Camila era la virtud, que sobre ser honesta y virtuosa criatura, su entendimiento y demas gracias eran grandes. Pues como el senador vió la ocasion, aplicó luego tal joya para su hijo, y como lo pensó lo quiso efectuar; y llamándole á solas se lo comunicó, engrandeciendo las prendas de Camila y el acierto que en que fuese su esposa se hacia, añadiendo á esto afearle la amistad de Octavia, y diciéndole lo mal que parecia en Milan aunque la estimase por amiga, cuanto y mas tomarla por esposa, pues una mujer que se habia rendido á él, qué confianza podia tener que no se rindiese á otro, y que la hermosura de todos era apetecida; añadiendo á eso que si no ponia remedio en ello, dotándola para que se casase ó entrase religiosa, admitiendo la esposa que le proponia, que con la potestad que tenia de juez haria en ella un ejemplar castigo, desterrándola de Milan públicamente por inquietadora de su casa. Como Cárlos ya no amaba á la desdichada Octavia, dando las disculpas á su padre convenientes, y asegurándole pondria en órden su vida, y haciendo que Octavia se entrase en un convento, aceptó el casamiento de Camila, aficionándose, como mudable, de la nueva dama que esperaba tener por suya, y porque Octavia no le impidiese, mediante la palabra que delante de testigos la habio dado, añadió un engaño á otro.

Fué á ver á Octavia, fingiéndose muy triste; y la afligida dama como le queria, y siempre estaban colgados sus ojos de su semblante, y le vió algunas ternezas en ellos, ó falsedades, por no mentir, y dar algunos con-

gojosos suspiros, sintiendo mas su pena que él mismo, empezó á temer, y mas viendo que Cárlos, sin rogárselo, como muchas veces la habia sucedido, porque despues que la habia aborrecido, si no era á fuerza de lágrimas no podia alcanzar tal favor, se desnudó y puso en el lecho, haciendo ella lo mismo, para que en aquel amoroso potro confesase, apretado de los lazos que le pusiese al cuello, que no era menester apretarlo mucho, porque él tenia voluntad de decirlo, pues de industria se mostraba tan afligido : al fin con amorosas caricias le dijo : No sé qué me tema, ó Cárlos y señor mio, de lo que veo en tí esta noche; y de tus suspiros en el pecho, y lágrimas en los ojos, y que no paras conmigo. La pena que causa esta novedad, á la cuenta yo soy quien te la da; y si es así, cree que será con ignorancia, y no de malicia; y entender lo contrario será en tí falta de conocimiento y aun de voluntad; porque si de mí entendiera que pendia ni aun con el pensamiento ofenderte, ántes que tú llegáras á saber mi delito me le castigara yo quitándome la vida; y supuesto esto, si quieres que yo mas justamente te ayude á sentir lo que sientes, comunica conmigo tu pena, y sácame de tanta confusion, que me tienes ahogada en temores y sepultada en sospechas. No aguardaba mal el engañoso Cárlos, y así fingiendo mayores ahogos y mas apretados sentimientos, la respondió : Mucho me pesa, Octavia mia, que juzgues que es mi pena por desaciertos tuyos; que si alguna cosa me obliga á adorarte y estimarte, es tu cordura y honestidad, pues con ser tu hermosura tanta, es mas que tu hermosura, pues si ella me enamoró, tus virtudes me cautivaron; y cree que aunque eres tú la causa de mi sentimiento, no eres tú, supuesto que no tienes mas culpa en ella sino por ser desgraciada, y no haber nacido rica; ocasion para que mi padre te aborrezca, y yo no me atrevo á decirle que eres mi esposa; y para no darte la purga en taza dorada, sino que la bebas de una vez, mi padre ha sabido de hecho todos nuestros amores, y la asistencia que tengo en tu casa, la continuacion con que te asisto, y rematadamente le han dicho que me quiero casar contigo, que le gasto la hacienda, y otras cosas en que se adelantó la lengua traidora que se lo dijo; que á saber yo de quién era, la hubiera sacado del lugar donde se halla. Él está, como padre, enojado; y como juez, airado, y como viejo avaro, sin paciencia, ha jurado te ha de prender, y por inquietadora de la ciudad y de su hijo desterrarte públicamente, añadiendo que hará buscar á tu hermano, cuando esto no baste, y le obligará con decirle tus flaquezas, á que te dé el merecido castigo. No me atreví, segun le veia, á declararle la verdad, ni tampoco á casarme luego, por no agravar mas el caso, ni provocarle á mas cólera, porque si ahora en duda es su ira tanta, qué será si lo tuviese por verdad? Tengo por sin duda que á entrambos nos quitara la vida. Esta es mi confusion y tristeza, porque sé cuan aprisa se ejecutará lo que ha dicho : aquí estoy contigo, y te tengo en mis brazos, y te estoy llorando ausente y desterrada con tanta afrenta, ó en poder de la ira de tu hermano, adonde corre riesgo tu vida y la mia : ahora que lo sabes, mira si con tu divino entendimiento hallas salida á tantas desdichas como se nos aparejan, pues claro es que pasándolas tú, son tan mias como tuyas. En

gran espacio no pudo responder Octavia á Cárlos, temiendo, como flaca mujer, el daño que la amenazaba, no sospechando de Cárlos cautela ninguna, viéndole con tan tiernos sentimientos; mas cobrándose de la pasion que tenia, le respondió, desperdiciando hermosas perlas: ¡Ay, Cárlos, y qué de dias ha que ha temido y teme esto mi triste corazon! y cuando te rogaba con tantas ansias que me hicieras de todo punto dichosa, no era por temer que me habias de faltar á la palabra dada, sino por escapar de esta tempestad con honor, y tú creias que era desconfianza de tu amor; que si estuvieras casado conmigo, á lo hecho ¿qué podia hacer tu padre, pues no aventuraba á perder mas de los bienes de fortuna, que en lo demas no le debo nada? Pedirte en el riesgo que lo hagas, es excusado, pues el que no lo hizo en la bonanza de la paz, mucho menos se puede esperar lo hará en la tempestad de la guerra; y así no trato de nada mas de huir de la fortuna que me amenaza, fiada en que obrarás como cristiano y como buen caballero. Mira tú ahora donde será bien esconderme del rigor de tu padre, y si será á propósito salirme de Milan por algunos meses, ú ocultarme en casa de algun deudo mio. No, Octavia mia, no, dijo entónces el cauteloso Cárlos, salirte de la ciudad es muy á costa mia, que no podrán mis ojos, enseñados á mirar tu belleza, vivir sin ella: en casa de ningun pariente tampoco, porque yo no he de dejar de entrar á verte, y dos veces que sea notado de las espías que me ha de poner mi padre, no hallándote á tí cuando te busque, ha de correr el mismo peligro: lo que me parece mas á propósito es entrarte en un convento, y que lleves á él tu hacienda y criadas, y te estés allí algunos meses, en tanto que á mi padre se le pase la ira, que viéndote á tí en en clausura, y á mí obediente, no le durará mucho, que al fin es padre, y hará como tal; que cuando yo te saque de él para mi esposa, podrá ser esten las cosas de otra manera: allí te veré todos los dias: y te iré dando joyas y dineros, para que pues la codicia de mi padre es tanta, no obstante que á tí la riqueza de tu hermosura te bastara, tengas con que hartarla y satisfacerla.

Concedió Octavia en lo que ordenó Cárlos; y no fué mucho que la engañara, segun él lo sabia ponderar, y haciéndola mil caricias, y prometiéndola de nuevo ser su esposo, se despidió de sus brazos con caudalosos rios que vertian sus ojos. Llegó el dia, y con él se dispuso todo, de suerte que ántes de la noche ya Octavia estaba en el convento, y Cárlos libre de su embarazo, quien avisando á su padre como ya Octavia estaba en religion, se efectuó el casamiento con Camila, partiéndose el senador mismo á Navarra por ella. Mas de un mes se pasó en disponer las cosas para la boda, visitando en este tiempo cada dia á Octavia con tantas finezas y agasajos, que como la dama habia visto en él tantos despejos desde que la habia aborrecido, y ahora le juzgaba tan amante, daba por bien empleada su reclusion. Regalábala mucho, y dábala joyas de valor, que ella tomaba creyendo que era para la causa que le habia dicho, que era aumentar su dote; mas Cárlos iba con otra intencion, porque como no se habia de casar con ella, queria de este modo satisfacer á su obligacion, para que cuando Octavia supiese que se habia casado no lo sintiese

tanto, viéndose rica para tomar otro estado, imaginando que con el oro doraria la falta de su fama. ¡Quién hiciera esta traicion sino un hombre! Mas quiero callar, que el mismo suceso dice mas de lo que yo puedo expresar. Llegóse el dia deseado de Cárlos, ya nuevamente enamorado de Camila, que aunque no muy hermosa, el trato y ser ropa nueva le hacia apetecerla. Tenia Camila la belleza que ha de tener la propia mujer, pues mas en las virtudes que en hermosura ha de florecer; demas que no era tan fea que pudiera por esto ser aborrecida, y cuando lo fuera la hiciera hermosa mas de cincuenta mil ducados que tenia de dote, y deseaba ya Cárlos verse dueño de todo. Desposóse y velóse Cárlos con mucho gusto y grandes fiestas, olvidando de todo punto la obligacion de Octavia. Pasados dos ó tres dias en las ocupaciones dichas, ya mas moderados los alientos de desear, con haber gozado de su esposa, y tenerla ya como suya menos apreciada; pues como dijo un galan, que otro dia despues de haberse casado estaba triste, y siendo preguntado si estaba arrepentido, respondió: ¿Pues quién ignora que no fuera casamiento si no lo estuviera? En fin, como digo, acordóse Cárlos de Octavia, y que era fuerza desengañarla: como él no pensaba verla mas, la escribió un papel que decia así:

« Cuando los sucesos estan dispuestos del cielo, ni sirve desearlos ni
» pretenderlos: que fueses, hermosísima Octavia, mia, y yo tuyo, se
» ve que no lo estaba, pues permitió otra cosa. Sabe Dios lo que siento el
» desengañarte, mas pues no puede ser menos, mayor crueldad será te-
» nerte engañada, que haberte trocado por otra: mi padre me ha casado
» con una señora de la calidad y nobleza que sabrás tiene mi esposa Ca-
» mila, demas de haber juntado á mi hacienda cincuenta mil ducados,
» de que soy dueño, y tú tambien si quieres serlo, pues todo estará á tu
» voluntad, si quieres usar de ella como de tu entendimiento espero: ya
» no sirven lágrimas ni desesperaciones, porque lo hecho no tiene reme-
» dio; el tuyo deseo, como quien te ha querido tanto; y así te suplico
» pongas la mira en el estado que gustes elegir. Es cierto que por mi gusto
» el de religiosa te suplico que admitas; yo te ayudaré con mi persona
» y hacienda, y excusarásme con esto la pena que recibiré en ver la be-
» lleza que ha sido mia en poder de otro dueño. »

Habia pasado Octavia los dias que Cárlos habia faltado muy angustiada, no pudiendo imaginar la causa, y mas no atreviéndose á enviar á saber de Cárlos, por el peligro que temia, y así que recibió el papel, bien asustada le abrió, le leyó, y viendo en él la sentencia de su muerte en la burlada fe de Cárlos, se cayó tan amortecida, que por mas remedios que la hicieron no volvió en sí en muchas horas; y ya que fué restaurada en sus sentidos, hacia tales extremos y cosas como pudiera hacer una mujer loca; y sin duda se quitara la vida si las criadas y religiosas la dejaran sola. En fin algo mas quieta, de allí á dos dias despachó á Nápoles un propio con una carta á su hermano, diciéndole en ella que

sin temor de ningun peligro se viniese luego á Milan, que tenia necesidad de él para cosas tocantes á su honor, avisándole donde estaba para que se viniese allí derecho. Leida la carta por don Juan, al punto se puso en camino.

Licencia me daréis, señores, para que me admire en este desengaño, en que pondero los engaños de los hombres, de la ira de una mujer; mas tambien me la darán estos mismos para conocer que de la cautela de los hombres nacen las iras de las mujeres, y que por una que procuraba venganza, hay mil que no la toman de sí mismas; pues yo aseguro que si todas vengáran las ofensas que reciben, como Octavia hizo, no hubiera tantas burladas y ofendidas; mas hay tantas mujeres de tan comun estilo, que la venganza que toman es, si las engaña uno, engañarse ellas con otro, con que dan lugar á aquel que pudiera temer ultrage á que salga bien de cualquier empeño: ¡O qué mal tiempo que alcanzamos, donde tienen por venganza la deshonestidad y el vicio! ¡Cuanto mas acierto fuera que á la que le faltan manos para vengarse, dejára al cielo su causa, que él volviera por ella! ¡Ay hombres, y cómo sois causa de tantos males! porque ya no hallados con las comunes, buscais y solicitais las recatadas y recogidas, y si las venceis, las dais ocasion, ó para que sean tan comunes como las demas, ó que hagan lo que Octavia hizo. No se dejara vencer Octavia si Cárlos no la combatiera á todo riesgo: no se engañara Octavia si Cárlos la desengañara; ni Octavia buscara venganza si no la burlara Cárlos: pues tenga Octavia ira, y pague Cárlos tan mal trato, que todo lo merece, pues no faltando en Milan mujeres sin obligaciones con quien pudiera entretenerse, se puso á solicitar, vencer y engañar la que las tenia. Paréceme que este desengaño tanto es para los hombres como para las mujeres; pero quédese aquí, que me parece que ya don Juan ha venido, y hay mucho que decir.

Llegó don Juan al convento donde estaba su hermana, y despues de los recibimientos de ausencia tan larga, que ella aplaudió con lágrimas, la preguntó la causa de estar allí, y no en su casa, como la habia dejado: á que satisfizo Octavia, contando su desdicha, y poniéndole el papel de Cárlos en las manos, pidiéndole de mas á mas venganza de sus agravios. Ya he dicho la inclinacion de don Juan, mas ajustada á travesuras y desgarros que á prudencia; mas en esta ocasion pareció que degeneró algo de su mismo ser, porque reportando el furor que tal suceso era fuerza le causase, con palabras entre airadas y cariñosas respondió á su hermana que tratase, pues habia sido loca y liviana, de tomar el hábito, y ser religiosa, pues no habia otro remedio, si no queria perder la vida á sus manos: que lo demas lo dejase á él, que no se quedaria Cárlos alabando de la burla. Despues trató por medio de amigos y deudos de su padre, y de joyas de valor que le dió su hermana, pues ya no las habia menester, porque á otro dia tomó el hábito de religiosa, de ajustar la muerte que habia hecho, y por la que se ausentó de Milan: que habiendo dineros y favores, no fué dificultoso; de manera que ántes de un mes se vió libre, paseando por la ciudad. No se aseguró mucho Cárlos cuando supo la repentina venida de don Juan, y mas viéndole libre; y

sabiendo que Octavia era ya monja, por medio de algunos amigos habia procurado aquietarla, ofreciéndola lo que hubiese menester para su nuevo estado. Mas Octavia jamas se dejó ver de ninguno, con que Cárlos quedó menos seguro: mas como veia á don Juan, con el descuido que andaba, y que le hablaba y trataba con familiaridad de amigo, se sosegó; aunque no dejó de traer dos pistolas en sus faltriqueras, y los criados que andaban con él de la misma suerte; mas parecíale que Octavia no le debia de haber dicho nada, fiándose en el amor que le tenia. Él pensaba esto, y don Juan su venganza, que si la tomara como era razon en quien le habia hecho el agravio, nadie le culpara; mas vengóse de la culpa de Cárlos, en quien no la tenia: de suerte que hasta en la satisfaccion del honor de su hermana fingió sus traviesas inclinaciones, y así pensó una traicion que solo se pudiera hallar en un bajo y comun hombre, y no de la calidad que don Juan era; y fué que propuso quitarle á Carlos el honor con Camila, como este se le habia quitado á él con Octavia. Miren qué culpa tenia la inocente: será para vengarse en ella de su marido; pues si Octavia quedó burlada de Cárlos, ya Octavia no estaba sin culpa, pues se dejó vencer del amor de Carlos, fiada solo de una palabra falsa que le dió. Mas Camila honesta, Camila cuerda, Camila recogida, y no tratando sino de servir á su marido, se quiere vengar en Camila. ¡O pobre dama, y cómo tú sola pagarás los yerros de Octavia, los engaños de Cárlos, y las traiciones de don Juan!

Ya he dicho el uso y costumbre de aquellos reinos, que son los festines, que unos dias se celebran en unas casas, y otros en otras, y que es permitido á las damas, casadas y doncellas, y aun las viudas, el ir á ellos, y á los caballeros con máscaras y sin ellas, entrar y sacar á danzar la dama que les parece, y en los asientos, si caen junto a ellas, hablar, y ellas no extrañar el agasajar con ellos. Pues como Camila era recien casada, si bien su condicion no era de las mas esparcidas, á peticion de sus parientas y amigas, y á ruego de su esposo iba á muchos ó á todos; y don Juan, que no se descuidaba, avisado de los en que podia ver á Camila, entraba en ellos con galas y trages costosos, que para todo habia en lo que Cárlos habia dado á Octavia, luciendo en él mas que en otro, por tener gallardo talle y buen rostro, no faltándole lo entendido y airoso: así se supiera aprovechar para obrar bien de ellos. Empezó á enamorar á Camila con aquello de lo rendido, afectuoso y tierno, acreditándose de amante con suspiros y elevaciones, de que saben muy bien los señores hombres el arancel, pues para tales engaños son muy diestros: y cuando podia tomaba lugar donde pudiese hablar á Camila, celebrar su talle y hermosura, engrandeciendo la dicha de haber merecido verla; y la que no podia ser esto, hacia por sacarla á danzar, y en tal ocasion la requebraba y galanteaba; mas á todo Camila no respondia palabra, gustando mas bien acreditarse de necia que de deshonesta; si bien no se atrevia á negar el salir á danzar porque no la sacrificasen por melindrosa. Lo que hacia era excusarse de ir á ellos la vez que sin nota podia ejecutarlo; mas cuando los ruegos de las amigas y parientas pasaban á importunacion, y por este caso á mandárselo su esposo, era fuerza no negarse á

ellos, y de esta suerte vino don Juan en varias ocasiones á ponerle en la mano cuatro ó seis papeles bien notados, y no mal escritos, que la dama recibió, no por gusto, sino por no dar nota, de los cuales no se puede decir lo que contenian, porque la discreta Camila, por lo dicho, los recibia, y no los leia; antes sin abrirlos los hacia pedazos, y al último ya cansada, le reprehendió de su atrevimiento con palabras severas y crueles amenazas; y viendo que no era posible que se aquietase, desistiendo de tal locura, se excusó de todo punto de ellos, y aun de salir de su casa, si no era que fuese con ella Cárlos, á quien no dió cuenta del caso por excusarle el riesgo. Pues viendo el mal aconsejado don Juan que por via de amor no podia salir con su intencion, mudó de intento, y procuró con engaño aprovecharse de la fuerza, y consiguiólo del modo que ahora diré. Un dia que supo que Cárlos era ido á caza con sus criados y varios amigos, se puso un vestido de los mejores que tenia su hermana, y tocándose y componiéndose de suerte que pudiese parecer mujer, se entró, cubierto con su manto, en una silla, y se hizo llevar á casa de Camila, llevando consigo dos amigos de su parcialidad que le hiciesen resguardo; y llegando á la puerta del cuarto en que la dama vivia, bajo y distinto del que el senador habitaba, preguntó por ella, diciendo la queria hablar para un negocio de importancia: y le respondió una criada que estaba en otro cuarto en la misma casa á visitar una amiga que vivia en él. A lo que replicó don Juan le dijesen que estaba allí una señora principal, que necesitaba de hablarla para un caso de mucho riesgo; y aunque al pronto lo rehusó la criada, por fin lo hubo de hacer, y dicho el tal recado á Camila, respondió que estaba en visita, y que seria descortesía dejarla, que volviese otro dia. A lo que replicó don Juan que no sufria dilacion su necesidad; que aquella señora con quien estaba daria licencia, que ella seria breve, y se podria luego volver; por lo que convencida Camila de esto, y de los ruegos de la amiga con quien estaba, paso á su casa, y viendo á la dama que tenia echado el manto en el rostro, pareciéndole de calidad en el trage, y que era recato necesario tener cubierta la cara, creyendo ser su venida á pedirle favor para con su suegro, sin reparar en mas, la tomó por la mano, y se fué á sentar con ella en un estrado; á lo cual el engañoso don Juan la dijo que se sirviese de oirla en parte mas oculta, para que supiese á lo que venia, que era caso de honor, y se pudiese descubrir el rostro; y viendo esto Camila, se entró con ella hasta la cuadra donde tenia la cama, y sentáronse en el estrado que estaba delante. Así como don Juan vió sentada á Camila, se levantó y cerró la puerta con la misma llave que estaba en la cerradura, y sacando una daga la dijo: A la primera voz que des, Camila, te tengo de esconder esta daga en el pecho, y los que quedan allá fuera á tus criadas; pues sé bien que hombres no los hay en tu casa, que son idos á caza con Cárlos, tu traidor esposo: mírame, y conóceme por don Juan de tal (pase así por no nombrarle, que es muy conocido); no el que te enamoraba, como tú juzgabas, cuando te hablaba y escribia en los festines, sino el que deseaba vencerte, para que publicando tu flaqueza, quedara vengada mi desdichada hermana Octavia, á quien Cárlos tu marido burló y deshonró de-

bajo de la palabra de esposo, á que faltó por casarse contigo, y con su afrenta vengarme de la mia, y despues matarle; mas pues fué tan dichoso que tiene mujer que sabe guardar su honor mas que mi liviana hermana el mio, haga la fuerza lo que no ha podido la astucia: y así como esto dijo, teniéndole la daga puesta al pecho, tan junta que aun matizó la punta con la inocente sangre de la desdichada dama, que medio muerta del temor de ver la muerte tan cerca, y de lo que estaba escuchando, conociendo á su traidor amante, que ya tenia el rostro descubierto, no tuvo fuerzas para defenderse, y si lo hiciera, estaba ya tan resuelto y vencido del demonio, que la matara.

Cumplido don Juan su infame deseo, y viendo que Camila se habia desmayado, la dejó, y abriendo la puerta salió, no cubierto como entró, sino echado el manto atras, y diciendo: Decidle á Cárlos vuestro dueño, que cómo habiendo burlado á Octavia, y deshonrádome á mí, no vivia con mas cuidado: que ya yo me he vengado, quitándole el honor con su mujer, como él me lo quitó á mí con mi hermana: que yo soy don Juan, hermano de Octavia, y ahora que se guarde de mí, porque aun me falta tomar venganza en su vida, ya que la tengo en su honor; y como dijo esto, sin atreverse las criadas á hablar, por verle la daga y una pistola en las manos, se entró en la silla, y á los lados los dos que venian con él, caminando á un convento de religiosos descalzos, donde se ocultaron. Acudieron las criadas á su señora, y halláronla mal compuesta y sin sentido, corriendo sangre del piquete que la daga del traidor don Juan le habia hecho en los pechos; empezaron á dar voces, á las cuales acudió la amiga que vivia en casa, que el senador no estaba en ella; y sabido el caso, haciéndola remedios, volvió en sí tan desconsolada y llorosa, que daba lástima á quien la miraba, y no hallándose segura de la ira de su esposo, aunque sin culpa, por no haber avisado á Carlos de la pretension del traidor don Juan, y dádole los papeles que la habia escrito, aconsejada de la amiga y criadas, todas mujeres sin ánimo, antes que Cárlos y el senador viniesen, tomó algunos dineros y joyas, las que fuesen bastantes á alimentarla algunos meses, y una criada de las que tenia, y se fué á un convento, debiendo á esto mas la vida que á su inocencia; porque encubrírselo á Carlos era imposible, por cuanto el infame don Juan, como no lo habia hecho con otro fin que el de deshonrar á Cárlos, lo iba publicando á voces por la casa y la calle. Vino Cárlos de su desdichada caza, y halló en su cuarto á su padre, haciendo extremos de loco, y sabiendo ser la causa del desdichado suceso de su casa, quedó peor que su padre: si bien el viejo senador hablaba ya dislates, mas Cárlos callaba, como el que tenia la culpa y la pena en haberse asegurado de la disimulacion de don Juan, culpando á Camila de lo que ella por excusarse algun riesgo habia callado. Divulgóse el caso por la ciudad, andando en opiniones la conducta de Camila: unos decian que no quedaba Cárlos con honor si no la mataba; otros, que seria mal hecho, supuesto que la dama no tenia culpa, y cada uno apoyaba su parecer.

Mas de un año estuvo Camila en el convento, y Cárlos sin salir de su casa, si bien tenia espías para saber si don Juan estaba en la ciudad;

mas él se debió poner en tal parte, que era excusado buscarle; y si bien todos los que le visitaban le consolaban con la poca culpa de su esposa, y su padre ya mas reportado por no perderse hacia lo mismo, con todo Cárlos no tenia consuelo. Visitó el senador á Camila en el convento, y este dia fué de juicio, segun las lástimas que la dama hizo con él; quien asegurado de su inocencia, y viendo la disculpa que daba de no haber avisado á su esposo de la pretension de don Juan, pareciéndole seria su recato, retiro y aspereza bastante motivo para no poner á Cárlos en ocasion de perderse, trató con este que hiciese vida con su mujer, pues por parte de ella no habia sido su agravio, y poniéndose por medio el gobernador y toda la nobleza de Milan, convino en ello. Camila salió del convento, bien temerosa, aunque no culpada, y se vino á su casa tan honestamente vestida, que miéntras vivió no se puso mas galas que las que sacó del convento, reducidas á un hábito de picote. Pareció delante de Cárlos con tanta vergüenza, que apenas alzó los ojos á mirarle, y él la recibió tan severo, que no dió indicios de seguridad alguna. Desconsuelo bien grande para Camila, y mas cuando vió que Cárlos no consintió que comiese ni durmiese con él, ni hablaba con ella mas de lo que no podia excusar, con lo que Camila vivia mártir. Sus ojos continuamente no enjutos de lágrimas, y como quien no tenia segura la vida, confesaba muy á menudo en su oratorio, sin salir mas á ver ni ser vista de nadie, ni tampoco Cárlos lo consintiera. De esta suerte, y con esta vida, bien arrepentida de haber salido del convento, vivió poco mas de un año, al cabo del cual reinó en Cárlos el demonio, y la dió un veneno para matarla; mas no le sucedió así, porque debia de querer Dios que esta desdichada señora padeciese mas martirios, para darle en el cielo el premio de ellos; y fué el caso que no la quitó luego el veneno la vida, mas inchóse toda con tanta monstruosidad, que sus brazos y piernas parecian unas gruesísimas columnas, y el vientre se apartaba una gran vara de la cintura; solo el rostro no tenia hinchado. Nunca se levantaba de la cama, y en ella estaba como un apóstol, diciendo mil ejemplos y dando buenos consejos á sus criadas. De esta suerte vivió seis meses, al cabo de los cuales, estando sola en su cama oyó una voz que decia: Camila, ya es llegada tu hora. Dió gracias á Dios porque la queria sacar de tan penosa vida. Recibió los sacramentos, y otro dia en la noche murió para vivir eternamente. Enterrada Camila, con gran pesar de su muerte en todos los que conocian su virtud, Cárlos tomando dineros y otras joyas de valor, sin dar parte á nadie, ni á su padre, ni llevar consigo ningun criado, se desapareció una noche, con que dió á su padre bien desconsolada vejez, porque no tenia otro hijo ni hija, tanto que le obligó á casarse por tenerlos. Sospechóse que Cárlos habia partido á buscar á su enemigo don Juan, si acaso supo parte segura donde estaba, mas de ninguno de los dos se supo jamas nueva alguna. Octavia profesó, siendo la mas dichosa, pues trocó por el verdadero Esposo el falso y traidor que la engañó y dejó burlada. Este caso me refirió quien le vió por sus ojos, y que no ha muchos años que sucedió, y me lo afirmó por muy cierto; y mas os digo, que no se ha disimulado en él mas que la patria y nombre, porque aun viven algunas de

las partes en él citadas, como son Octavia y el senador, padre de Cárlos, casado y con hijos de su segundo matrimonio.

No tengo que decir á las damas otro desengaño mayor; que habiendo oido el que he contado, ni las con culpa ni las sin culpa estan seguras de la desdicha, que á todas se extiende su jurisdiccion; y si esta desdicha la causan los engaños de los hombres, ó su flaqueza, ellas mismas lo podrán decir, que yo, como he dicho, si hasta ahora no conozco los engaños, mal podré avisar con los desengaños.

Congojada y sonrojada acabó la hermosa Lisarda el pasado suceso, no por faltarle caudal á su entendimiento, que le sobraba para mayores desempeños, sino por huir de culpar de todo punto á los hombres en las desdichas que suceden á las mujeres, por no enojar á don Juan; el cual por alentarla la dijo: Cierto, bellísima Lisarda, que habeis tenido tanta gracia y donaire, así en el desengaño que habeis dicho, como en las reprehensiones que á las damas y caballeros habeis dado, que se puede desear, sin que seais enfadosa, que digais mal, y tenerlo todos por favor. Le cierto es, dijo doña Isabel, que si como es este sarao entretenido, fuera certámen, la hermosa Lisarda merecia el premio. Mas de mi voto digo, que soy del parecer de Cárlos, que no dejó Camila de tener alguna culpa en callarle la pretension de don Juan á los principios, que con eso se avisara á Carlos, quien sabia el agravio de su hermana. Eso fuera, replicó Lisis, si Camila supiera el amor de Cárlos y Octavia: pues aunque se murmuraba en la ciudad, Camila, como forastera, no lo sabria; y no sé qué mujer habrá en el mundo tan necia, que se atreva á decir á su marido que algun galan la pretende, pues se pueden seguir de eso muchos riesgos, y el mayor es, á un hombre seguro de zelos despertarle para que los tenga, y no viva seguro de su mujer, supuesto que la fineza del amor es la confianza; pues aunque algunos ignorantes dicen que no es sino los zelos, lo tengo por engaño; que el zeloso, no porque ama mas, guarda la dama, sino por temor de perderla, envidioso de que lo que es suyo ande en venta para ser de otro; y así no perdió á Camila eso, pues creo que hizo como cuerda y honesta, pareciéndole, como así fuera, si el falso don Juan no buscara aquella invencion diabólica para su venganza, que su resistencia y recato la libráran del deshonesto amor de don Juan. No la perdió como digo, sino la crueldad de Cárlos, pues así como se cansó de Octavia, siendo hermosa, y no teniéndola por propia, hastío que empalaga á muchos, ó á todos, tambien le cansaria Camila, y para eso mejor fuera dejarla en el convento, ó divorciarse de ella, y no despues de haberla dado tan triste vida, quitársela. El desengaño le da y le dará á muchas, pues como dice el señor don Juan, mi prima Lisarda ha dado á todos documentos tan cuerdos, que por ello le doy las gracias. Con esto que dijo la hermosa Lisis cesaron de ventilar la culpa y disculpa de Camila, dando lugar á la linda doña Isabel, que acompañada de los músicos cantó este romance:

¡ Adónde vas, dueño mio,
Que aquesos pasos que das,
Es dar heridas al alma,
Con que la dejas mortal?
Si eres tú mi propia vida,
¡ Cómo es posible que vas

A ser mi propio cuchillo,
Sin mirar que es impiedad!
¡Cómo viviré sin ti!
Dime, ¿quién alegrará
Mis ojos, cuando sin verte
Llenos de penas están?
¿Qué dias seran los mios,
Llegando á considerar
Agena toda el aldea
De tu suprema deidad?
Pues las noches.... ¡ay de mí!
Amparadme voluntad,
Que solo en su valentia
Tiene defensa mi mal.
Detente, mi amado dueño,
Mas no me quiero quejar,
Que no quiero detenerte,
Si con tu gusto te vas.
Mas con todo, tu partida
Muy apriesa es, buena está:
Si te vas, vete despacio,
Detente un poquito mas.
Dame un dia mas de vida;
¡Ay ojos, cuáles estais!
Pero si os falta la luz,
Gozad de la obscuridad.
Esto cantaba un amante
A su dueño, que se va,
Sino á perderle, á dejarle,
Que todo viene á ser mal.
Pues de todas suertes queda
Con un dolor inmortal,
Siendo su vista su vida,
Y su muerte lo demas.
Y así cantaba llorando:
¡Dónde vas?
Mira que cada paso
Es un puñal,
Con que á mi triste vida
Muerte das.

NOCHE TERCERA.

DESENGAÑO TERCERO.

LA INOCENCIA CASTIGADA.

A la última hora de su jornada iba por las cristalinas esferas el rubicundo Apolo, recogiendo sus flamígeros cabellos por llegar ya con su carro cerca del occidente, para dar lugar á su mudable hermana á visitar la tierra, cuando los caballeros y damas de la pasada noche se habian hallado en casa de la bien entendida Lisis, honrando la fiesta de su honesto y entretenido sarao. Estaban ya juntos en la misma sala, y no era pequeño favor haber acudido tan temprano, porque desengañar y decir verdades está hoy tan mal aplaudido, por pagarse todos mas de la lisonja bien vestida, que de la verdad desnuda, que habia bien que agradecerles; mas eso tienen las novedades, que aunque no sean muy sabrosas, todos gustan de comerlas, y por esa causa hubo esta noche mas gente que la pasada, que unos á la fama de la hermosa esclava, que ya se habia transformado en señora, y otros por la hermosura de las damas convidadas, por gozar de la novedad, venian, aunque no sé si muy gustosos, por estar prevenidos de que las desengañadoras, armadas de comparaciones y casos portentosos, tenian publicada la guerra contra los hombres; si bien ellos viven tan exentos de leyes, que no las conocen si no son á favor de su gusto. Tenian duda de que las segundas, que habian de desengañar á las damas de los engaños en que viven, igualasen á las primeras, y deseaban ver cómo salian de su empeño; aunque tengo por cierto que si bien estaban estas, como las pasadas, determinadas á tratar con rigor las costumbres de los hombres, no era por aborrecerlos, sino por enmendarlos, para que si les tocaba alguno, no llevasen el pago que llevan las demas; y no me espanto, que suele haber engaños tan bien sazonados, que aunque se conoce que lo son, no empalagan, y aun imagino que cuando mas desengañan las mujeres, entónces se engañan mejor: demas que mis desengaños son para los que engañan y para las que se dejan engañar; pues aunque en general se dice por todos, no es para todos, pues las que no se engañan, no hay necesidad de desengañarlas; ni á los que no engañan no les tocará el documento. Quién ignora que habria esta noche algunos no muy bien intencionados, á quienes me parece los oigo decir: ¿Quién las pone á estas mujeres en estos disparates? porque enmendar á los hombres es lindo desacierto. Veamos ahora á estas bachilleras,

que no faltará ocasion de venganza; y como no era fiesta en que se podia pagar un silbo á un mosquetero, dejarian en casa doblado el papel y cortadas las plumas para vengarse, mas tambien imagino que á las desengañadoras no se les daba mucho, que diciendo verdades, no hay que temer, pues pueden poner falta en lo hablado, tanto en verso como en prosa; mas en la misma verdad no puede haber falta, como lo dijo Cristo nuestro Señor, cuando dijo : Si verdad os digo, ¿porqué no me creeis?

Que trabajos del entendimiento, el que sabe lo que es lo estima, y el que no lo sabe, su ignorancia le disculpa; como sucedió en la primera parte de este sarao, que si unos le desestimaron, ciento le aplaudieron, y todos le buscaron, y le buscan, y ha gozado de tres impresiones, dos naturales, y una hurtada, que los bien intencionados son como la abeja, que de las flores silvestres, y sin sabor ni olor, hace dulce miel; y los malos, como el escarabajo, que de las olorosas hasce basura. Pues crean que aunque las mujeres no son Homeros con basquiñas y enaguas, y Virgilios con moño, por lo menos tienen el alma, las potencias y los sentidos como los hombres. No quiero decir el entendimiento, que aunque muchas pudieran competir en él con ellos, fáltales el arte de que ellos se valen en estudios; y como lo que hacen no es mas que una natural fuerza, es preciso que no salga tan acendrado : mas esta noche no les valió las malas intenciones, pues en lugar de vengarse se rindieron, que aquí se vió la fuerza de la verdad.

Salieron las desengañadoras siguiendo á Lisis, que traia de la mano á doña Isabel, muy ricamente vestidas y aderezadas, y muy bien prendidas, y con tantas joyas que parecia cada una un sol con muchos soles; y mas doña Isabel, que habiendo renunciado el hábito morisco, pues ya no era necesario, su aderezo era costosísimo; tanto que no se podia juzgar qué daba mas resplandores, si su hermoso rostro, ó sus ricas joyas, que esta noche hizo alarde de las que la pasada habia dicho tenia reservadas para los gastos de su religion. Doña Isabel se pasó al lado de los músicos, y las demas con Lisis al estrado, y la discreta Laura su madre que era la primera que habia de desengañar, al asiento del desengaño. Admirados quedaron todos de tanta hermosura y gallardía : los que las habian visto la noche ántes, juzgaron que en esta se habian armado de nueva belleza, y los que no las habian visto, juzgando que el cielo se habia trasladado á la tierra, y todos los ángeles á aquella sala, pareciéndoles que con las deidades no se puede tener rencor, perdieron el enojo que traian, y decian : Aunque mas mal digais de nosotros, os lo perdonamos, por el bien de haber visto tanta hermosura. Pues sentadas las damas, y sosegados todos, la hermosa doña Isabel cantó sola este romance, que se hizo estando ausente el excelentísimo señor conde de Lemos, que hoy vive, y viva muchos años, y mi señora la condesa su esposa :

Los bellos ojos de Atandra,
Claros y hermosos luceros,
Cuyo resplandor da al sol
Las luces con que le vemos.
De quien aprendió el amor
A matar con rayos negros,

Quitando á las flechas de oro
Valor y merecimientos.
Vertiendo sartas de perlas,
Que Manzanares risueño
Coge, para que sus ninfas
Adoren sus blancos cuellos.
Al tiempo que el alba hermosa
Deja del Titan el lecho,
La vi yo, y la vió el amor,
Por la ausencia de Fileno.
Aquel galan mayoral,
Digo de aquel sol, que siendo
Sol de este presente siglo,
Se pasó á ser sol del cielo.
Dejando púrpura y oro
Por el paño tosco y negro
Del patriarca Benito,
Cuyos pasos va siguiendo.
Tras aquestos resplandores
Se fué su amante discreto:
Que á los rayos de tal sol
Serán los suyos eternos.
Mirando al aurora, dice
La aurora de nuestro pueblo:
No goces, alba, tu esposa,
Cuando sin mi esposo quedo.
Llore la tórtola triste
La pérdida de su dueño;
Pues yo sin mi dueño amada
Ausente y sola padezco.
¿Adónde vas sin tu Atandra?
¿Cómo te cansó tan presta?
Eres hombre; no me espanto;
Mas no eres hombre, que miento.
Si eres deidad, necia soy,
Cuando de un ángel me quejo;
No me castigues, amor,
Pues ya ves que me arrepiento.
Vuelve, Fileno, á mis brazos,
Mira las penas que tengo,
Deja al sol, que tú eres sol
En su claro firmamento.
Si como luna recibo
De tu esplendor rayos bellos,
O vuelve á darme tu luz,
O tu luz iré siguiendo.
Dijo, y corriendo el aurora
La cortina el claro Febo,
Porque entraron sus zagales
Puso á sus quejas silencio.
Las ninfas de Manzanares,
Que escuchándola estuvieron,
Al son de acordadas liras
La cantaron estos versos.
Enjugad, Atendra,
Vuestros soles negros,
Que señala tristeza
Si llora el cielo.
Sol es vuestro amante,
Ya venir lo vemos,
Pues vos sois su oriente
Al oriente vuestro.
Si de esa belleza
El divino extremo
Le cautivó el alma,
Y aprisionó el cuerpo.
No juzgueis su amor
Tan corto y pequeño,
Que no alargue el paso
Acortando el tiempo.
No deis á esos soles
Tantos desconsuelos,
Que señala tristeza
Si llora el cielo.

Con graves y dulces ecos se alabó la música, admirando los que no habian visto á la linda doña Isabel la hermosura y el donaire, dejándolos tan enamorados como suspensos, no sabiendo qué lugar le podian dar, sino décima musa; y si habian entrado con ánimo de murmurar y censurar este sarao, por atreverse en él las damas á ser contra los hombres, se les olvidó lo dañado de la intencion con la dulce armonía de la voz y la hermosa vista de su belleza, perdonando, por haberla visto, cualquiera ofensa que recibiesen de las demas en sus desengaños; y viendo Laura la suspension de todos, dió principio de esta suerte:

Viví tan dulcemente engañada el tiempo que fuí amada y amé, de que me pudiese dar la amable condicion de mi esposo causa para saber y especificar ahora desengaños, que no sé si acertaré á darlos á nadie. Mas

por ciencia alcanzo, pues de experiencia estoy muy agena, que hoy hay de todo, engañadas y engañados, y pocos ó ningunos que acierten á desengañarse; y así las mujeres se quejan de sus engaños, y los hombres de los suyos; y esto es porque no quieren dejar de estarlo; porque paladea tanto el gusto esto de amar y ser amados, que aunque los desengaños se vean á los ojos, se dan por desentendidos, y hacen que no los conocen: si bien es verdad que los que mas se cobran en ellos son los hombres, que como el ser mudables no es duelo, se dejan llevar tanto de esta falta, que dan motivo á las mujeres para que se quejen, y aun para que se venguen; y han elegido una venganza civil, y que fuera tanto mejor vengarse en las vidas, que no en las honras, como de quedar ellas con nombre de valerosas, y ellos con el castigo que su mudable condicion merece; porque no puedo imaginar sino que el demonio las ha propuesto este modo de venganza, de que usan las que lo usan; porque, bárbara, si tu amante ó marido te agravia, ¿no ves que en hacer tú lo mismo te agravias á tí misma, y das motivo para que si es marido te quite la vida, y si es amante diga mal de tí? No seas liviana, y si lo fuiste mata á quien te hizo serlo, y no mates tu honra. De esto me parece que nace el tener los hombres motivo para decir mal de las mujeres; demas que como ya los hombres se precian de mudables, fuerza es que para seguir su condicion busquen las comunes, y creo que lo hacen de propósito para hallar ocasion para dejarlas; pues claro está que las hallarán á cada paso, porque no quieren seguir otro ejercicio, y les sabe mejor pasear que no hilar. ¿Quién duda que á cada paso les darán ocasion para que varíen? y así por esta parte á todos los culpo, y á todos los disculpo: por lo que no tienen los hombres disculpa, es por el hablar licenciosamente de ellas, pues les basta su delito, sin que ellos se le saquen á plaza, y lo peor es que se descuidan, y las llevan á todas por un camino, sin mirar cuánto se desdoran á sí mismos, pues hallarémos pocos que no tengan mujer, ó pariente ó conocida á quien guardar decoro, pues ni de lo malo se puede decir bien, ni de lo bueno mal; mas la cortesía hará mas que todo, diciendo bien de todas; de unas porque son buenas, y de otras por no ser descorteses. ¿Quién duda, señores caballeros, que hay mujeres muy virtuosas, muy encerradas y muy honestas? Direisme: ¿Adonde están? Y direis bien, porque como no las buscais no las hallais, ni ellas se dejan buscar ni hallar, y hablan de las que tratan, y dicen cómo les va con ellas; y así en lugar de desengañar, quisiera aconsejar y pedirles que aunque sean malas no las ultrajen, y podrá ser que así las hagan buenas; y en verdad, hermosas damas, que fuera cosa bien parecida que no hubiera hombres muy nobles, muy sabios, muy cuerdos y muy virtuosos: cierto es que los hay, y que no todos tratan engaños, ni hablan desenfrenadamente contra las mujeres, y de los que lo hacen, digo que no le está á un hombre tan mal obrar mal, como hablar mal, que hay cosas que son mejores para hechas que para dichas. De suerte que honrando y alabando á las damas, restauran la opinion perdida, pues tanto cuesta lo uno como lo otro, y lo demas es bajeza, y las damas sean cuerdas y recogidas, que con esto no habrán menester desengaños; que quien no se engaña no tiene necesidad de desengañarse. Los

rios, los prados, las comedias, no son para cada dia, que se rompen muchos mantos, y vale cara la seda; véndanse á deseo, y verán como ellas mismas hacen buenos á los hombres. En cuanto á la crueldad, no hay duda de que está asentada en el corazon del hombre, y esto nace de la dureza de él; y pues ya este sarao se empezó con dictámen de probar esto, y avisar á las mujeres para que teman y escarmienten, pues conocen que todo cae sobre ellas, como se verá en este desengaño, digo así:

En una ciudad cerca de la gran Sevilla, que no quiero nombrarla, porque aun existen deudos muy cercanos, vivió don Francisco, caballero principal y rico, casado con una dama su igual, hasta en la condicion. Este tenia una hermana de las hermosas mujeres que en toda la Andalucía se hallaba, cuya edad aun no llegaba á diez y ocho años. Pídiósela por mujer un caballero de la misma ciudad no inferior á su calidad, ni menos rico, ántes entiendo que le aventajaba en todo; parecióle como era razon á don Francisco, que aquella dicha solo venia del cielo, y muy contento con ella lo comunicó con su mujer y con doña Ines su hermana, que como no tenia mas voluntad que la suya, y en cuanto á la obediencia y amor reverencial le tuviese en lugar de padre, aceptó el casamiento, quizá no tanto por él, cuanto por salir de la rigurosa condicion de su cuñada, cruel cuanto se puede imaginar, de manera que ántes de dos meses se halló, por salir de un cautiverio, puesta en otro martirio; si bien satisfecha con la dulzura de las caricias de su esposo, pues hasta en eso á los principios no hay quien se la gane á los hombres; ántes se dan tan buena maña, que tengo para mí que las gastan todas al primer año, y despues como se hallan fallidos del caudal del agasajo, hacen morir á puras necesidades de él á sus esposas, y quizá, y sin quizá, es lo cierto ser esto la causa por donde ellas aborrecidas se empeñan en bajezas, con las que ellos pierden el honor y ellas la vida. ¿Qué espera un marido, ni un padre, ni un hermano, y hablando mas comunmente, un galan de una dama, si se ve aborrecida, y falta de lo que ha menester, y tras eso, poco agasajada y estimada, sino una desdicha? ¡O válgame Dios! y qué confiados son hoy los hombres, pues no temen que lo que una mujer desesperada hará, no lo hará el demonio, y piensan que por velarlas y celarlas se libran y las apartan de travesuras, y se engañan: quiéranlas, acarícienlas, y denlas lo que han menester, y no las guarden ni zelen, que ellas se guardarán y zelarán, cuando no sea por virtud, por obligacion: ¡y válgame otra vez Dios, y qué moneda tan falsa es ya la voluntad, que no pasa ni vale sino el primer dia, y luego no hay quien sepa su valor! No le sucedió por esta parte á doña Ines la desdicha, porque su esposo hacia la estimacion de ella que merecia su valor y hermosura: por esta le vino la desgracia, porque siempre la belleza anda en pasos de ella. Gozaba la bella dama una vida gustosa y descansada, como quien entró en tan florida hacienda, con un marido lindo de talle y mejor condicion, si le durara, mas cuando sigue á uno la adversa suerte, por mas que haga no se librará de ella; y fué que siendo doncella jamas fué vista de nadie por la terrible condicion de su hermano y cuñada; mas ya casada, ó bien con su esposo, ó bien con las parientas y amigas, salia á las holguras,

visitas y fiestas de la ciudad. Fué vista de todos, unos alabando su hermosura, y la dicha de su marido en merecerla; y otros envidiándola, y sintiendo no haberla escogido para sí, y otros amándola ínclita y deshonestamente, pareciéndoles que con sus dineros y galanterías la grangearian para gozarla: uno de estos fué don Diego, caballero mozo, rico y libre, que á costa de su gruesa hacienda no solo habia grangeado el nombre y lugar de caballero; mas que no se le iban por alto ni por remontadas las mas hermosas garzas de la ciudad. Este de ver la peligrosa ocasion se admiró, y de admirarse se enamoró, y debió ser de veras, que hay hombres que se enamoran de burlas: con loca desesperacion, pues mostraba y daba á entender su amor en la continua asistencia en su calle, en iglesias, y en todas las partes que podia seguirla: amaba en fin sin juicio, pues no atendia á la pérdida que podia resultar al honor de doña Ines con tan públicos galanteos. No reparaba la inocente dama en ellos; lo uno, por parecerla que con su honestidad podia vencer cualesquiera deseos lascivos de cuantos la veian; y lo otro, porque en su calle vivian sugetos, no solo hermosos, mas hermosísimos, á quien imaginaba dirigia don Diego su asistencia: solo amaba á su marido, y con este descuido, ni se escondia si estaba en el balcon, ni dejaba de asistir á las músicas y demas finezas de don Diego, pareciéndola iban dirigidas á una de dos damas que vivian mas abajo de su casa, doncellas y hermosas, mas con libertad. Don Diego cantaba, y tenia otras habilidades que ocasiona la ociosidad de los mozos ricos, y sin padres que los sujeten, y las veces que se ofrecia daba muestras de ellas en la calle de doña Ines. Ella y sus criadas, y su mismo marido salian á oirlas, como he dicho, creyendo se dirigian á diferente sugeto; que á imaginar otra cosa, de creer es que pusiera estorbo al dejarse ver: en fin con esta buena fe pasaban todos haciendo gala del bobeamiento de don Diego: cuando el esposo de doña Ines ó sus criados le veian, daba á entender lo mismo que ellos pensaban, y con este cuidado descuidado, cantó una noche, sentado á la puerta de las dichas damas, este romance:

Como la madre á quien falta
El tierno y amado hijo,
Así estoy cuando no os veo,
Dulcísimo dueño mio.
Los ojos en vuestra ausencia
Son dos caudalosos ríos,
Y el pensamiento sin vos
Un confuso laberinto.
¿Adónde estais, que no os veo,
Prendas que en el alma estimo?
¿Qué oriente goza esos rayos,
O qué venturosos Indios?
¿Si en los brazos del aurora,
Está el sol alegre y rico,
Decid, siendo vos mi aurora,
Como no estais en los mios?
Salis y os poneis sin mí,
Acaso triste me pinto,
Triste Noruega parezco,
Tormento en que muero y vivo.
Amaros no es culpa, no,
Adoraros no es delito,
Si el amor dora los yerros,
¡Qué dorados son los mios!
No viva yo si ha llegado
A los amorosos quicios
De las puertas de mi alma
Pesar de haberos querido.
Ahora que no me ois
Habla mi amor atrevido;
Y cuando os veo enmudezco,
Sin poder mi amor deciros.

Quisiera que vuestros ojos
Conocieran de los mios
Lo que no dice la lengua,
Que está para hablar sin brios.
Y luego que os escondeis
Atormento los sentidos,
Por haber callado tanto,
Diciendo lo que os estimo.
Mas porque no lo ignoreis,
Siempre vuestro me eternizo;
Siglos durará mi amor,
Pues para vuestra he nacido.

Alabó doña Ines y su esposo el romance, porque como no entendia que ella era la causa de las bien cantadas y lloradas penas de don Diego, no se sentia agraviada, que á imaginarlo es de crer que no lo consintiera. Pues viéndose el mal correspondido caballero cada dia peor, y que no daba un paso adelante en su pretension, andaba confuso y triste, no sabiendo cómo descubrirse á la dama, temiendo de su indignacion alguna áspera y cruel respuesta. Pues estando como digo, una mujer que vivia en la misma calle, y en frente de la casa de la dama, algo mas abajo, notó el cuidado de don Diego, con mas sentimiento que doña Ines, y luego conoció el juego, y un dia que le vió pasar le llamó, y con cariñosas razones le procuró sacar la causa de sus desvelos. Al principio negó don Diego su amor, por no fiarse de la mujer; mas ella como astuta, y que no debia de ser la primera que habia hecho, le dijo que no se lo negase, que ella conocia medianamente su pena; y que si alguna en el mundo le podia dar remedio, era ella; porque su señora doña Ines le hacia mucha merced, dándole entrada en su casa, y comunicando con ella sus mas escondidos secretos, porque la conocia desde ántes de casarse, estando en casa de su hermano. Finalmente ella lo pintó tan bien, y con tan finos colores, que don Diego casi pensó si era echada por parte de la dama, por haber notado su cuidado; y con este loco pensamiento, á pocas vueltas que este astuto verdugo le dió, confesó de plano toda su voluntad, pidiéndola diese á entender á la dama su amor, ofreciéndola si se veia admitido grande interes, y para engolosinarla mas, quitándose una cadena que traia puesta, se la dió : era rico, y deseaba alcanzar, y asi no reparaba en nada : ella la recibió, y le dijo descuidase, y que anduviese por allí, que ella le avisaria en teniendo negociado, que no queria que nadie le viese hablar con ella, porque no cayesen en alguna malicia. Pues ido don Diego, muy contenta la mala mujer, se fué á casa de unas mujeres de oscura vida que ella conocia, y escogiendo entre ellas una la mas hermosa, y que así en el cuerpo y garbo pareciese á doña Ines, llevóla á su casa, communicando con ella el engaño que queria hacer; y escondiéndola donde de nadie fuese vista, pasó á casa de doña Ines, diciendo á las criadas dijesen á su señora que una vecina de en frente la queria hablar, lo que sabido por doña Ines, la mandó entrar; y ella con la arenga y labia necesaria, de que la mujercilla no carecia, despues de haberla besado la mano, la suplicó le hiciese merced de prestarle por dos dias aquel vestido que traia puesto, y que se quedase en prenda de él aquella cadena, que era la misma que la habia dado don Diego, porque casaba una sobrina. No anduvo muy descaminada en pedir aquel que traia puesto, porque como era el que doña Ines ordinariamente traia,

que era de damasco pardo, pudiese don Diego dejarse llevar de su engaño. Doña Ines era afable, y como la conoció por vecina de la calle, la respondió que aquel vestido estaba ya ajado de traerle continuo, que otro mejor la daria. No, señora, dijo la engañosa mujer, este basta, que no quiero que sea demasiadamente costoso, que parecerá (lo que es) que no es suyo, y los pobres tambien tenemos reputacion; y quiero yo que los que se hallaren á la boda piensen que es suyo, y no prestado. Rióse doña Ines, alabando el pensamiento de la mujer, y mandando traer otro, se le puso, desnudándose aquel, y dándosele á la dicha, que le tomó contentísima, dejando en prendas la cadena, que doña Ines tomó por quedar segura, yéndose con él mas contenta que si llevara un tesoro. Con esto aguardó á que viniese don Diego, que no fué nada descuidado, y ella con alegre semblante le recibió, diciendo: Esto sí que es saber negociar, caballerito; bobillo, si no fuera por mí, toda tu vida te pudieras andar tragando saliva sin remedio; ya hablé á tu dama, y la dejé mas blanda que una madeja de seda floja, y para que veas lo que me debes, y en la obligacion que me estás, esta noche á la oracion aguarda á la puerta de tu casa, que ella y yo te irémos á hacer una visita, porque es cuando su marido se va á jugar á una casa de conversacion, donde está hasta las diez; mas dice que por el decoro de una mujer de su calidad, y casada, no quiere ser vista, que no haya criados ni luz, sino muy apartada, ó que no la haya: mas yo que soy muy apretada de corazon me moriré si estoy á oscuras, y así podrás apercibir un farolillo que dé luz, y esté sin ella la parte donde hubieres de hablarla. Todo esto hacia porque pudiese don Diego reconocer el vestido, y no el rostro, y se engañase; mas volvíase loco el enamorado mozo, y abrazaba á la falsa y cautelosa tercera, ofreciéndola de nuevo suma de interes, dándole cuanto consigo traia. En fin él se fué á aguardar su dicha, y ella, ido él, vistió á la moza que tenia apercibida el vestido de la desdichada doña Ines, tocándola y aderezándola al modo que la dama andaba; púsola de modo que mirada algo á lo oscuro, parecia la misma doña Ines, muy contenta de haberle salido tan bien la invencion, que ella misma, con saber la verdad, se engañaba. Poco ántes de anochecer se fueron en casa de don Diego, que las estaba aguardando á la puerta, haciéndosele los instantes siglos; que viéndolas y reconociendo el vestido, por habérsele visto ordinariamente á doña Ines, como en el talle le parecia, y venia tapada, y era ya cuando se acercaba la noche, la tuvo por ella. Loco de contento la recibió, y entró en un cuarto bajo, donde no habia mas luz que la de un farol que estaba en la antesala, y á esta y á una alcoba que en ella habia no se comunicaba mas que el resplandor que entraba por la puerta. Quedóse la vil tercera en la sala de afuera, y don Diego, tomando de la mano á su fingida doña Ines, se fueron á sentar sobre una cama de damasco que estaba en la alcoba. Gran rato se pasó en encarecer don Diego la dicha de haber merecido tal favor, y la fingida doña Ines, bien instruida en lo que habia de hacer en responderle á propósito, encareciéndole el haber venido, y vencido los inconvenientes de su honor, marido y casa, con otras cosas que mas á gusto les estaba, don Diego, bien ciego en su engaño,

llegó al colmo de los favores que tantos desvelos le habian costado el desearlos y alcanzarlos, quedando muy mas enamorado de su doña Ines que ántes. Entendida era la que hacia el papel de doña Ines, y representábale tan al propio, que en don Diego puso mayores obligaciones; y así cargándola de joyas de valor, y á la tercera de dinero, viendo ser la hora conveniente para llevar adelante su invencion, se despidieron, rogando el galan á su amada señora que viniese presto, y ella prometiéndole que sin salir de casa la aguardase cada noche desde la hora que habia dicho hasta las diez, que si hubiese lugar no le perderia. Él se quedó gozosísimo, y ellas se fueron á su casa contentas y aprovechadas á costa de la opinion de la inocente y descuidada doña Ines. De esta suerte le visitaron algunas veces en quince dias que tuvieron el vestido; al cabo de los cuales, temerosas de que se descubriese la verdad, ó por temor de que don Diego no reconociese con el tiempo que no era la verdadera doña Ines la que gozaba, no se previnieron de otro vestido como el que les servia de disfraz; y viendo era tiempo de volverle á su dueño, la última noche que se vieron con don Diego le dieron á entender que su marido habia dado en recogerse temprano, y era fuerza por algunos dias recatarse, por parecerles andaba algo cuidadoso, y que era fuerza asegurarle que en habiendo ocasion de verle no la perderian. Se despidieron, quedando don Diego tan triste como alegre cuando la primera vez la vió. Con esto se volvió el vestido á doña Ines; y la fingida y la tercera partieron la ganancia muy contentas con la burla.

Don Diego muy triste paseaba la calle de doña Ines, y muchas veces que la veia, aunque notaba el descuido de la dama, juzgábalo á recato, y sufríalo sin atreverse á mas que á mirarla; otras hablaba con la tercera que habia sido de su gloria; y ella unas veces le decia que no tenia lugar por andar su marido cuidadoso, otras, que buscaria ocasion para verle; hasta que un dia, viéndose importunada de don Diego, y que le pedia llevase á doña Ines un papel, le dijo no se cansase, porque la dama, ó por miedo de su esposo, ó porque se habia arrepentido, no consentia la hablase en esas cosas, y aun llegaba á mas, que la negaba la entrada en su casa, mandando á las criadas no la dejasen entrar. En esto se ve cuan mal la mentira se puede disfrazar en trage de verdad; y si lo hace es por poco tiempo. Quedó el triste don Diego con eso tal, que fué milagro no perder el juicio; y en mitad de sus penas, por ver si podia hallar alivio en ellas, se determinó hablar á doña Ines, y saber de ella misma la causa de tal desamor, y tan repentino, y así no faltaba de dia ni de noche de la calle, hasta hallar ocasion de hacerlo. Pues un dia que la vió ir á misa sin su esposo (novedad grande, porque siempre le acompañaba), la siguió hasta la iglesia; y arrodillándose junto á ella, lo mas paso que pudo, si bien con grande turbacion, la dijo: ¿Es posible, señora mia, que vuestro amor fuese tan corto, y mis méritos tan pequeños, que apenas nació cuando murió? ¿Cómo es posible que mi agasajo fuese de tan poco valor, y vuestra voluntad tan mudable, que siquiera bien hallada en mis cariños, no hubiera echado algunas raices, para á lo menos tener en la memoria cuántas veces os nombrásteis mia, y yo me ofrecí por esclavo

vuestro? Si las mujeres de calidad dan mal pago, ¿qué se puede esperar de las comunes? Si acaso este desden nace de haber andado corto en serviros y regalaros, vos habeis tenido la culpa, que quien os rindió lo poco, os hubiera hecho dueño de lo mucho, si no os hubiésedes retirado tan cruel, que aun cuando os miro no os dignais favorecerme con vuestros hermosos ojos, como si cuando os tuve en mis brazos no jurásteis mil veces por ellos que no me olvidaríais. Miróle doña Ines admirada de lo que decia, y dijo: ¿Qué decis, señor? ¿Delirais, ó teneisme por otra? ¿Cuándo estuve en vuestros brazos, ni juré de no olvidaros, ni recibí agasajos, ni me hicísteis cariños; porque mal puedo olvidar lo que jamas me he acordado, ni cómo puedo amar ni aborrecer lo que nunca amé? ¿Pues cómo, replicó don Diego, quereis negar que no me habeis visto ni hablado? Decid que estais arrepentida de haber ido á mi casa, y no lo negueis; porque no lo podrá negar el vestido que traeis puesto, que es el mismo que llevásteis, ni lo negará fulana, vecina de en frente de vuestra casa, que fué con vos. Cuerda y discreta era doña Ines; y oyendo del vestido y mujer, aunque turbada y medio muerta de un caso tan grave, cayó en lo que podia ser; y volviendo á don Diego le dijo: ¿Cuánto habrá eso que decis? Poco mas de un mes, replicó él; con lo cual doña Ines acabó de todo punto de creer que el tiempo que el vestido estuvo prestado á la misma mujer la habian hecho algun otro; y por averiguarlo mejor, dijo: Ahora, señor, no es tiempo de hablar mas en esto; mi marido ha de partir mañana á Sevilla á la cobranza de unos pesos que le han venido de las Indias; por la tarde estareis en mi calle, que yo os haré llamar, y hablarémos largo sobre esto que me habeis dicho; y no digais nada á esa mujer, que importa encubrirlo de ella. Con esto don Diego se fué muy gustoso por haber negociado tan bien, cuanto doña Ines quedó triste y confusa. Finalmente su marido se fué á otro dia, como ella dijo, y luego doña Ines envió á llamar al corregidor, y venido le puso en parte donde pudiese oir lo que pasaba, diciéndole convenia á su honor que fuese testigo y juez de un caso de mucha gravedad; y llamando á don Diego, que no se habia descuidado, le dijo estas razones: Cierto, señor don Diego, que me dejasteis ayer puesta en tanta confusion, que si no hubiera permitido Dios la ausencia de mi esposo en esta ocasion, que con ella he de averiguar la verdad, y sacaros del engaño y error en que estais, pienso que hubiera perdido el juicio, ó yo misma me hubiera quitado la vida; y puesto que tenemos ocasion tan oportuna, os suplico me digais muy por entero y de espacio lo que ayer me dijísteis de paso en la iglesia. Admirado don Diego de sus razones, le contó cuanto con aquella mujer le habia pasado, las veces que habia estado en su casa, las palabras que le habia dicho, y las joyas que la habia dado; á que doña Ines admirada, satisfizo y contó como ese tiempo habia estado el vestido en poder de esa mujer, y como le habia dejado en prenda una cadena, atestiguando con sus criadas la verdad, y como ella no habia faltado de su casa, ni su marido iba á ninguna otra á conversacion, ántes se recogia con el dia, y que ni conocia tal mujer sino de verla á la puerta de su casa, ni la habia hablado, ni entrado en ella en

su vida; con lo cual don Diego quedó embelesado como los que han visto visiones; y corrido de la burla que de él se hizo, y aun mas enamorado de doña Ines que ántes. A esto salió el corregidor, y juntos fueron en casa de la desdichada tercera, que al punto confesó la verdad de todo, entregando algunas de las joyas que le habian tocado de la particion, y la cadena, que se volvió á don Diego, grangeando de la burla doscientos azotes, por infamadora de mujeres principales y honradas, y mas desterrada por seis años de la ciudad, no declarándose mas el caso por la opinion de doña Ines: con que la dama quedó satisfecha en parte, y don Diego mas perdido que ántes, volviendo de nuevo á sus pretensiones, paseos y músicas; y esto con mas confianza, pareciéndole que ya habia menos que hacer, supuesto que la dama sabia su amor, no desesperando de la conquista, pues tenia caminado lo mas; y lo que le debió de animar, fué no creer que no habia sido dona Ines la que habia gozado, pues aunque se averiguó la verdad con tan fieles testigos, y que la misma tercera lo confesó, con todo debió de entender habia sido fraude, y que arrepentida doña Ines lo habia negado, y la mujer de miedo se habia sujetado á la pena. Con este pensamiento la galanteaba muy atrevido, siguiéndola si salia fuera, y hablándola si hallaba ocasion; con lo que doña Ines perseguida, ni aun á misa se dejaba ver del atrevido mozo, que con la ausencia de su marido se tomaba mas licencia que era menester; de suerte que la afligida señora aun la puerta no consentia que se abriese, porque no llegase su descomedimiento á entrarse en su casa; mas ya desesperada y resuelta á vengarse por este soneto que una noche cantó en su calle, sucedió lo que luego se dirá.

Dueño querido, si en el alma mia
Alguna parte libre se ha quedado,
Hoy de nuevo á tu imperio la he postrado,
Rendido á tu hermosura y gallardía.
Dichoso soy desde aquel dulce dia
Que con tantos favores quedé honrado,
Instantes á mis ojos he juzgado
Las horas que gocé tu compañía.
¡ O si fueran verdad los fingimientos
De los encantos, que en la edad primera
Han dado tanta fuerza á los engaños!
Ya se vieran logrados mis intentos;
Si de los dioses merecer pudiera
Encantado gozarte muchos años.

Sintió tanto doña Ines entender que aun no estaba don Diego cierto de la burla que aquella engañosa mujer le habia hecho en desdoro de su honor, que al punto le envió á decir con una criada, que supuesto que ya sus atrevimientos pasaban á desvergüenzas, que se fuese con Dios, sin andar haciendo escándalos ni publicando locuras, y sino, que le prometia como quien era, de hacerle matar. Sintió tanto el mal aconsejado mozo esto, que como desesperado con mortales bascas, se fué á su casa, donde estuvo muchos dias en la cama con una peligrosa enfermedad,

acompañada de tan cruel melancolía, que parecia querérsele acabar la vida, y viéndose morir de pena, habiendo oido decir que en la ciudad habia un moro, grande hechicero y nigromántico, le hizo buscar, y que se le trajesen, para obligar con encantos y hechicerías á que le quisiese doña Ines. Hallado el moro, y venido á su presencia, se encerró con él, dándole larga cuenta de sus amores tan desdichados como atrevidos, pidiéndole remedio contra el desamor y desprecio que hacia de él su dama, tan hermosa como ingrata. El nigromántico agareno le prometió que dentro de tres dias haria que la misma dama se le viniese á su poder, como lo hizo, que como agenos de nuestra católica fé no les es dificultoso, con apremios que hacen al demonio aun en casos de mas calidad. Pasados los tres dias vino, y le trajo una imágen de la misma figura y rostro de doña Ines, que por sus artes la habia copiado al natural como si la tuviera presente. Tenia en el remate del tocado una vela de la medida y proporcion de una bujía de un cuarteron de cera verde; la figura de doña Ines estaba desnuda, y las manos puestas sobre el corazon, que tenia descubierto, clavado por él un alfiler grande dorado, á modo de saeta, y en lugar de la cabeza tenia una forma de plumas del mismo metal, y parecia que la dama queria sacarle con las manos, que tenia encaminadas á él. Díjole el moro que en estando solo pusiese aquella figura sobre un bufete, y que encendiese la vela que estaba sobre la cabeza, que sin falta ninguna vendria luego la dama, y que estaria el tiempo que él quisiese mientras él no la dijese que se fuese; que cuando la enviase no matase la vela, que en estando la dama en su casa se moriria por sí misma; que si la mataba ántes que ella se apagase, correria riesgo la vida de la dama; y asimismo, que no tuviese miedo de que la vela se acabase aunque ardiese un año entero, porque estaba formada con tal arte, que duraria eternamente, miéntras que en la noche del Bautista no la echase en una hoguera bien encendida. Don Diego, aunque no muy seguro de que seria verdad lo que el moro le aseguraba, contentísimo, cuando no por las esperanzas que tenia, á lo menos por ver en la figura el natural retrato de su enemiga, con tanta perfeccion y naturales colores, que si como no era de mas del alto de media vara, fuera de la altura de una mujer, creo con ella olividara el natural original de doña Ines, á imitacion del que se enamoró de otra pintura y de un árbol. Pagóle al moro bien á su gusto el trabajo; y despedido de él, aguardaba la noche como si esperara la vida; haciéndosele un siglo el tiempo que tardó en recogerse la familia y una hermana suya viuda que tenia consigo en casa, y le asistia á su regalo; tal era el deseo que tenia de experimentar el encanto. Recogida pues la gente, él se desnudó para acostarse, y dejando la puerta de la sala no mas de apretada, que así se lo advirtió el moro, porque las de la calle nunca se cerraban por haber en la casa mas vecindad, encendió la vela, y poniéndola sobre el bufete se acostó, contemplando á la luz que daba la belleza del retrato. Así que la vela empezó á arder, la desdichada doña Ines, que estaba ya acostada, y su casa y gente recogida, porque su marido aun no habia vuelto de Sevilla, por haberse originado á sus cobranzas algunos pleitos, privada con la fuerza del encanto

y de la vela que ardia de su juicio; y en fin forzada de algun espíritu diabólico que gobernaba aquello, se levantó de su cama, y poniéndose unos zapatos que tenia junto á ella, y un faldellin que estaba con sus vestidos sobre un taburete, tomó la llave que tenia debajo de su cabecera, y saliendo fuera abrió la puerta de su cuarto, y juntándola en saliendo, y mal torciendo la llave, se salió á la calle, y fué á casa de don Diego, que aunque ella no sabia quién la guiaba, la supo llevar, y como halló la puerta abierta, se entró sin hablar palabra, ni mirar en nada; se puso dentro de la cama donde estaba don Diego, quien viendo un caso tan maravilloso quedó fuera de sí; mas levantándose, y cerrando la puerta, se volvió á la cama diciendo: ¿Cuando, hermosa señora mia, merecí yo tal favor? Ahora sí que doy mis penas por bien empleadas. ¡Decidme por Dios si estoy durmiendo, y sueño este bien, ó si tan dichoso, que despierto y en mi juicio os tengo en mis brazos! A esto y otras muchas cosas que don Diego decia doña Ines no respondia palabra, y viendo esto el amante algo pesaroso, por parecerle que doña Ines estaba fuera de su sentido con el maldito encanto, y que no tenia facultad para hablar, teniendo aquellos, aunque favores, por muertos, conociendo claro que si la dama estuviera en su juicio no se los hiciera, como era la verdad, que ántes pasara por la muerte, quizo gozar el tiempo y la ocasion, remitiendo á las obras las palabras. De esta suerte la tuvo gran parte de la noche, hasta que viendo ser hora se levantó, y abriendo la puerta, la dijo: Señora mia, mirad que es ya hora de que os vayais; y en diciendo esto, la dama se levantó, y poniéndose su faldellin, y calzándose sin hablar palabra, se salió, y volvió á su casa, y llegando á ella abrió, y vuelto á cerrar, sin haberla sentido nadie, ó por estar vencidos del sueño, ó porque participaban todos del encanto, se echó en su cama. Luego que se halló en ella, la vela que estaba en casa de don Diego ardiendo se apagó, como si con un soplo la matáran, dejando á don Diego mucho mas asombrado, y no acababa de santiguarse aunque lo hacia muchas veces; y si la admiracion que le causaba todo esto no le tuviera como absorto, se volviera loco de alegría. Estése con ella lo que le durare, y vamos á doña Ines, que como estuvo en su cama, y la vela se apagó, la pareció, cobrando el perdido sentido, que despertaba de un profundo sueño; si bien acordándose de lo que le habia sucedido, juzgaba que todo le habia pasado soñando, y muy afligida de tan descompuestos sueños se reprehendia á sí misma diciendo: ¡Qué es esto, desdichada de mí! ¿Pues cuándo he dado yo lugar á mi imaginacion para que me represente cosas tan agenas de mí, ó qué pensamientos ilícitos he tenido yo con este hombre, para que de ellos hayan nacido tan enormes y deshonestos efectos? ¡Ay de mí, qué es esto, ó qué remedio tendré para olvidar cosas semejantes! Con esto, llorando y con gran desconsuelo pasó la noche y el dia, y ya sobre tarde se salió á un balcon por divertir algo su enmarañada memoria; al tiempo que don Diego, aun no creyendo fuese verdad lo sucedido, pasó por la calle para ver si la veia, y fué al tiempo que como he dicho estaba en el balcon; y viéndola el galan quebrada de color y triste, conociendo de qué procedia el tal accidente, se persuadió á dar

crédito á lo sucedido; mas doña Ines en el punto que le vió, quitándose del balcon, lo cerró con mucho enojo, en cuya accion conoció don Diego que doña Ines iba á su casa privada de todo sentido, y que su tristeza procedia si acaso como en sueños se acordaba de lo que con él habia pasado; si bien viéndola con la cólera que se quitó del balcon, se puede creer que la diria: Cerrad, señora, que á la noche yo os obligaré á que me busqueis.

De esta suerte pasó don Diego mas de un mes, llevando á su dama la noche que le daba gusto á su casa, con lo cual la pobre señora andaba tan triste, y casi asombrada de ver que no se podia librar de tan descompuestos sueños, que tal creia que eran, ni por encomendarse á Dios como lo hacia, ni por acudir á menudo á su confesor, que la consolaba cuanto era posible, y deseaba que viniese su marido por ver si con él podia remediar su tristeza; y ya determinada, ó á enviarle á llamar, ó á persuadirle la diese licencia para irse con él, le sucedió lo que ahora oireis, y fué que una noche, que por ser de las calorosas del verano, muy serena y apacible con la luna hermosa y clara, don Diego encendió su encantada vela, y doña Ines, que por ser ya tarde estaba acostada, aunque dilataba el sujetarse al sueño por no rendirse á los malignos sueños que ella creia ser, lo que no era sino la pura verdad; cansada de desvelarse se adormeció, y obrando en ella el encanto, despertó despavorida, y levantándose fué á buscar el faldellin, que no hallándole, por haber las criadas llevado los vestidos para limpiarlos, así en camisa como estaba se salió á la calle, yendo encaminada á la casa de don Diego. Encontró con ella el corregidor, que con todos sus ministros de justicia venia de ronda, y con él don Francisco su hermano, que habiéndole encontrado, gustó de acompañarle por ser su amigo; y como viesen aquella mujer en camisa tan á paso tirado, la dieron voces que se detuviese; mas ella callaba, y andaba á toda diligencia, como quien era llevada del espíritu maligno: tanto que les obligó á alargar el paso por lograr alcanzarla; mas cuando lo hicieron fué cuando doña Ines se hallaba ya en la sala, y entrando todos juntos, ella se fué á la cama donde estaba don Diego, y ellos á la figura, que estaba en la mesa con la vela encendida en la cabeza. Así que don Diego vió el fracaso y desdicha, temeroso de que si mataban la vela doña Ines padeceria el mismo riesgo, saltando de la cama, les dió voces que no matasen la vela, que se quedaria muerta aquella mujer; y vuelto á ella, le dijo: Idos, señora, con Dios, que ya tuvo fin este encanto; y vos y yo el castigo de nuestro delito: por vos me pesa, que inocente padecereis: y esto lo decia por haber visto á su hermano al lado del corregidor. Levantóse, dicho esto, doña Ines, y como habia venido se volvió á ir, habiéndola al salir reconocido todos, y tambien su hermano, y fué bien menester la autoridad y presencia del corregidor para que en ella y en don Diego no tomase la justa venganza que á su parecer merecian. Mandó el corregidor que fuesen la mitad de sus ministros con doña Ines, y que viendo en qué paraba su embelesamiento, no se apartasen de ella hasta que él mandase otra cosa, volviendo uno á darle cuenta de todo; y viendo que de allí á poco

la vela se mató repentinamente, le dijo al infelice don Diego: ¡Ah, señor, y como pudiérades haber escarmentado en la burla pasada, y no poneros en tan costosas veras! Con esto aguardaron el aviso de los que habian ido con doña Ines, que como llegó á su casa, y abrió la puerta, que no estaba mas de apretada, y entró, y todos con ella, volvió á cerrar, y se fué á su cama, echándose en ella; y como á este mismo punto se apagase la vela, ella despertó del embelesamiento, y dando un grande grito, viéndose cercada de aquellos hombres, y conociendo ser ministros de justicia, les dijo ¿qué buscaban en su casa, ó por dónde habian entrado, supuesto que ella tenia la llave? ¡Ay desdichada señora, dijo uno de ellos; y cómo habeis estado sin sentido, pues eso preguntais! A esto y al grito de doña Ines habian ya salido las criadas alborotadas, tanto de oir dar voces á su señora, como de ver allí tanta gente. Prosiguiendo el que habia empezado, contó á doña Ines cuanto habia sucedido desde que la habian encontrado hasta el punto en que estaba, y como á todo se habia hallado su hermano presente: lo que oido por la triste y desdichada dama, fué milagro no perdiese la vida. En fin para que no se desesperase, segun las cosas que hacia y decia, y las hermosas lágrimas que derramaba, sacándose á manojos sus cabellos, enviaron á avisar al corregidor de todo, diciéndole ordenase lo que se habia de hacer; el cual habiendo tomado su confesion á don Diego, este dijo la verdad del caso, declarando como doña Ines estaba inocente; pues privado su entendimiento y sentido con la fuerza del encanto, venia como habian visto: con lo que su hermano mostró serenar su cólera, aunque otra cosa le quedó en el corazon. Con esto mandó el corregidor poner á don Diego en la cárcel á buen recaudo, y tomando la encantada figura, se fueron á casa de doña Ines, á la cual hallaron haciendo las lástimas dichas, sin que sus criadas ni los demas fuesen parte para consolarla, que á haber quedado sola se hubiera quitado la vida. Estaba ya vestida y arrojada sobre un estrado, alcanzándose un desmayo á otro, y una congoja á otra: y así que vió al corregidor y á su hermano, se arrojó á sus piés, pidiéndole que la matase; pues habia sido tan mala, que aunque sin su voluntad, habia manchado su honor. Don Francisco, mostrando en su exterior piedad, si bien en lo interior estaba vertiendo ponzoña y crueldad, la levantó y abrazó, teniéndoselo todos á nobleza; y el corregidor la dijo: Sosegaos, señora, que vuestro delito no merece la pena que vos pedis, pues no lo es, supuesto que vos no erais parte para no hacerlo; y algo mas quieta la desdichada dama, mandó el corregidor, sin que ella lo supiera, se saliesen fuera, y encendiesen la vela: lo que apenas fué hecho cuando se levantó, y se salió adonde la vela estaba encendida, y en diciéndole que ya era hora de irse, se volvia á su asiento, y la vela se apagaba, y ella volvia como de un sueño. Esto hicieron muchas veces, mudando la vela á diferentes partes, hasta volver con ella á casa de don Diego, y encenderla allí, y luego doña Ines se iba allá de la manera que estaba, y aunque la hablaban, no respondia: con que averiguado el caso, asegurándola, y acabando de aquietar á su hermano, que estaba mas sin juicio que ella misma, por entónces disimuló, siendo

él el que mas la disculpaba; y dejándola el corregidor dos guardas, mas por amparo que por prision, pues ella no la merecia, se fué cada uno á su casa, admirados del suceso. Don Francisco se recogió á la suya loco de pena, contando á su mujer lo que pasaba; que como al fin cuñada, decia que doña Ines debia de fingir el embelesamiento por quedar libre de culpa. Su marido, que habia pensado lo mismo, fué de su parecer, y al punto despachó un criado á Sevilla con una carta á su cuñado, diciéndole en ella dejase todas sus ocupaciones, y se viniese al punto, que importaba al honor de entrambos, y que fuese tan secreto, que no supiese nadie su venida, ni fuese á su casa hasta que se viese con él. El corregidor á otro dia buscó al moro que habia hecho el hechizo; mas no pareció. Divulgóse el caso por la ciudad, y sabido por la inquisicion, pidió el preso, que le fué entregado con el proceso y sustanciado, y puesto como habia de estar, quien llevado á su cárcel, y de ella á la suprema, no pareció mas; y no fué pequeña piedad castigarle en secreto; pues al fin él habia de morir á manos del marido y hermano de doña Ines, supuesto que el delito cometido no merecia menor castigo.

Llegó el correo á Sevilla, y dió la carta á don Alonso, quien como vió lo que en ella se le ordenaba, bien confuso y temeroso de que serian flaquezas de doña Ines, se puso en camino, y á largas jornadas llegó á casa de su cuñado con tanto secreto, que nadie supo su venida, y sabido todo el caso como habia sucedido, entre todos tres habia diferentes pareceres sobre qué género de muerte darian á la inocente y desdichada doña Ines, la que aun cuando de voluntad fuera culpada, la bastara por pena de su delito la que tenia, cuanto mas no habiéndole cometido como estaba averiguado: y de quien mas pondero la crueldad, es de la traidora cuñada, que siquiera por ser mujer podria tener piedad de ella. Acordado en fin el modo, don Alonso, disimulando su dañada intencion, se fué á su casa, y con caricias y halagos la aseguró, haciendo él mismo de modo que la triste doña Ines estuviese mas quieta, viendo que su marido habia creido la verdad, y estaba seguro de su inocencia; porque habérselo encubierto era imposible segun estaba el caso público; y si bien avergonzada de su desdicha apenas osaba mirarle, se moderó en sus sentimientos y lágrimas. Con esto pasó algunos dias, cuando uno con mucha afabilidad le dijo el cauteloso marido, como su hermano y él estaban determinados y resueltos á irse á vivir con sus casas y familias á Sevilla; lo uno, por quitarla de los que habian sabido aquella desdicha que la señalaban con el dedo; y lo otro, por asistir á sus pleitos que habian quedado empantanados; á lo cual doña Ines dijo que en ella no habia mas gusto que el suyo. Puesta por obra la determinacion propuesta, vendiendo cuantas posesiones y hacienda tenian allí, como quien no pensaba volver mas á la ciudad, se partieron todos con mucho gozo, y doña Ines mas contenta que todos; porque vivia afrentada de un suceso tan escandaloso. Llegados á Sevilla, tomaron casa á su cómodo, sin mas vecinos que ellos dos, y luego despidieron todos los criados y criadas que habian traido, para hacer sin testigos la crueldad que ahora diré. En un aposento, el último de toda la casa, donde aunque hubiese

gente de servicio ninguno tuviese modo ni ocasion de entrar en él, en el hueco de una chimenea que allí habia, ó ellos la hicieron, porque para este caso no hubo mas oficiales que el hermano, marido y cuñada, habiendo traido yeso, cascotes y lo demas que era menester, pusieron á la pobre y desdichada doña Ines, no dejándole mas lugar que cuanto pudiese estar en pié; porque si se queria sentar no podia sino, como ordinariamente se dice, en cuclillas, y la tabicaron, dejando solo una ventanilla como medio pliego de papel, por donde respirase, y le pudiesen dar una miserable comida porque no muriese tan presto, sin que sus lágrimas ni protestas los enterneciesen. Hecho esto, cerraron el aposento, y la llave la tenia la mala y cruel cuñada, y ella misma iba á darla la comida y un jarro de agua, de manera que aunque despues recibieron criados y criadas, ninguno sabia el secreto de aquel cerrado aposento. Aquí estuvo doña Ines seis años, que permitió la divina Magestad en tanto tormento conservarla la vida, ó para castigo de los que se le daban, ó para mérito suyo, pasando lo que imaginar se puede, supuesto que he dicho de la manera que estaba, y que las inmundicias y basuras que de su cuerpo echaba la servian de cama y estrado para sus piés. Siempre estaba llorando y pidiendo á Dios la aliviase de tan penoso martirio, sin que en tan largo tiempo viese luz, ni pudiese recostar su triste cuerpo, agena y apartada de las gentes, negada á los divinos sacramentos y á oir misa, padeciendo mas que los que martirizan los tiranos, sin que ninguno de sus tres verdugos tuviese piedad de ella ni se enterneciese; ántes la traidora cuñada cada vez que la llevaba la comida la decia mil oprobrios y afrentas. Nuestro Señor, cansado de sufrir tales delitos, permitió que fuese sacada esta triste mujer de tan desdichada vida, siquiera para que no muriese desesperada; y fué el caso que á las espaldas de esta casa en que estaba habia otra principal de un caballero de mucha calidad: la mujer del que digo habia tenido una doncella que la habia casado años habia, la cual enviudó quedando necesitada, y la señora por caridad y haberla servido, porque no tuviese en la pobreza en que estaba que pagar casa, le dió dos aposentos que estaban arrimados al emparedamiento en que la cuitada doña Ines estaba, y nunca habia habitado gente en ellos, porque no habian servido sino de guardar cebada. Pasada pues á ellos esta buena viuda, acomodó su cama á la parte que digo estaba doña Ines, la cual como siempre estaba lamentando su desdicha, y llamando á Dios que la socorriese; la otra, que estaba en su cama, como con el sosiego de la noche todo estaba en quietud, oia los ayes y suspiros; y al principio es de creer que entendiera era alguna alma de la otra vida, y tuvo tanto miedo como estaba sola, que apenas osaba estar allí; de tal modo que la obligó á pedir á una hermana suya le diese una muchacha de hasta diez años, hija suya, para que estuviese con ella, con cuya compañía mas alentada, asistia mas allí; y como se reparase mas, y oyese que entre los gemidos que doña Ines daba llamaba á Dios y á la Vírgen María Señora nuestra, juzgó seria alguna persona enferma, á quien los dolores que padecia la obligaban á quejarse de aquella forma.

Ya una noche que mas atenta tuvo arrimado el oido á la pared, pudo

percibir que decia estas razones : ¿ Hasta cuándo, poderoso y misericordioso Dios, ha de durar esta triste vida ? ¿ Cuándo, Señor, darás lugar á la airada muerte que ejecute en mí el golpe de su cruel guadaña; y hasta cuándo estos crueles y carniceros verdugos de mi inocencia les ha de durar el poder de tratarme así? ¿ Cómo, Señor, permites que te usurpen tu justicia, castigando con su crueldad lo que tú, Señor, no castigáras? Pues cuando tú envias el castigo, es á quien tiene culpa, y aun entónces con piedad; mas estos tiranos castigan en mí lo que no hice, como lo sabeis vos, que no fuí parte en el yerro por que padezco tan crueles tormentos; y el mayor de todos y que mas siento es carecer de vivir y morir como cristiana, pues ha tanto tiempo que no oigo misa, ni confieso mis pecados, ni recibo tu santísimo cuerpo. ¿En qué tierra de moros pudiera estar cautiva, que me tratáran como me tratan? ¡ Ay de mí ! que no deseo salir de aquí por vivir, sino solo por morir católica y cristianamente; que ya la vida la tengo tan aborrecida, que si tomo el triste sustento que me dan, no es por vivir, sino por no morir desesperada. Acabó estas razones con tan doloroso llanto, que la que escuchaba, movida á lástima, alzando la voz para que la oyese, la dijo : Mujer, ó quien eres, ¿ qué tienes, ó porqué te lamentas tan dolorosamente? Dímelo por Dios; y si soy parte para sacarte de donde estás, lo haré, aunque aventure y arriesgue la vida. ¿ Quién eres tú, respondió doña Ines , que ha permitido Dios que me tengas lástima? Soy, replicó la otra mujer, una vecina de esta otra parte, que ha poco que vine aquí, y en ese corto tiempo me has ocasionado muchos temores, tantos cuantos ahora compasiones; y así dime qué podré hacer, y no me ocultes nada, que yo no excusaré ningun trabajo por sacarte del que padeces. Pues si es así, señora mia, respondió doña Ines, que no eres de la parte de mis crueles verdugos, no te puedo decir mas por ahora, porque temo que me escuchen, sino que soy una triste y desdichada mujer, á quien la crueldad de un hermano, un marido y una cuñada, me tienen puesta en tal desventura, que aun no tengo lugar de poder extender este triste cuerpo : tan estrecho es en el que estoy, que si no es en pié, ó mal sentada, no hay otro descanso, sin otros dolores y desdichas que estoy padeciendo; pues cuando no la hubiera mayor que la oscuridad en que estoy, bastaba; y esto no ha un dia ni dos, porque aunque aquí no sé cuando es de dia ni de noche, ni domingo, ni sábado, ni pascua, ni año, bien sé que ha una eternidad de tiempo; y si esto lo padeciera con culpa, ya me consolara; mas sabe Dios que no la tengo : y lo que temo no es la muerte, que ántes la deseo; perder el alma es mi mayor temor; porque muchas veces me dan tentaciones de con mis propias manos hacer cuerda á mi garganta para acabarme; mas luego considero que es el demonio, y pido ayuda á Dios para librarme de él. ¿ Qué hiciste que los obligó á tal? dijo la mujer. Ya te he dicho, dijo doña Ines, que no tengo culpa; mas son cosas muy largas, y no se pueden contar. Ahora lo que has de hacer, si deseas hacerme bien, es irte al arzobispo ó al asistente, y contarle lo que te he dicho, y pedirles vengan á sacarme de aquí ántes que muera, siquiera para que haga las obras de cristiana; que te aseguro que está ya tal mi triste

cuerpo, que pienso no viviré mucho, y pídote por Dios que sea luego, que le importa mucho á mi alma. Ahora es de noche, dijo la mujer; ten paciencia, y ofrécele á Dios eso que padeces, que yo te prometo que siendo de dia, yo haré lo que pides. Dios te lo pague, replicó doña Ines, que así lo haré, y reposa ahora, que yo procuraré, si puedo, hacer lo mismo con las esperanzas de que has de ser mi remedio despues de Dios. Créelo así, respondió la buena mujer; y con esto callaron. Venida la mañana, la viuda bajó á su señora, y la contó todo lo que la habia pasado, de lo que la señora se admiró y lastimó; y si bien quisiera aguardar la noche para hablar ella misma á doña Ines, temiendo el daño que podia crecer si aquella pobre mujer se muriese, no lo dilató mas; ántes mandó poner el coche; y para que con su autoridad se diese mas crédito al caso, se fué ella y la viuda al arzobispo, dándole cuenta de todo lo que en esta parte se ha dicho; el cual admirado, avisó al asistente, y juntos con todos sus ministros seculares y eclesiásticos, se fueron á la casa de don Francisco y don Alonso, y cercándola por todas partes, porque no se escapasen, entraron en ella, y prendieron á los dichos, y á la mujer de don Francisco, sin reservar criados ni criadas; y tomadas sus confesiones, estos no supieron decir nada, porque no lo sabian; mas los traidores, hermano, marido y la cruel cuñada, al principio negaban; mas viendo que era por demas, porque el arzobispo y asistente venian bien instruidos, confesaron la verdad, y dando la cuñada la llave subieron donde estaba la desdichada doña Ines, que como sintió tropel de gente, imaginando lo que seria, dió voces: en fin derribando el tabique la sacaron. Aquí entra la piedad; porque cuando la encerraron allí no tenia mas de veinte y cuatro años, y seis que habia estado, eran treinta; que era la flor de su edad.

En primer lugar, aunque tenia los ojos claros, estaba ciega, bien fuese de la oscuridad (porque es cosa asentada que si una persona estuviese mucho tiempo sin ver luz cegaria), ó ya fuese de llorar; sus hermosos cabellos que cuando entró allí eran como hebras de oro, estaban como la misma nieve, enredados y llenos de animalejos, en tanta cantidad, que por encima hervoneaban; el color, el de la muerte; y tan flaca y consumida, que se le señalaban los huesos, como si el pellejo que estaba encima fuera un delgado cendal; desde los ojos hasta la barba tenia dos surcos cavados de las lágrimas, que se le escondia en ellos un bramante grueso; los vestidos hechos cenizas, y se le veian las mas partes de su cuerpo, descalza de piés y piernas, pues los excrementos de su cuerpo, como no tenia dónde echarlos, la habian consumido la carne hasta los muslos, que tenia llenos de llagas y gusanos, de que abundaba aquel hediondo lugar. No hay mas que decir, sino que causó á todos tanta lástima, que lloraban como si fuera hija de cada uno. Así como la sacaron, pidió que si estaba allí el señor arzobispo la llevasen á él (como fué hecho), habiéndola por la indecencia que estar desnuda causaba, cubierto con una capa. En fin en brazos la llevaron junto á él, y ella echada en el suelo le besó los piés, y pidió la bendicion, contando en sucintas razones toda su desdichada historia, de que se in-

dignó tanto el asistente, que al punto los mandó á todos tres poner en la cárcel con grillos y cadenas, de suerte que no se viesen los unos á los otros, afeando á la cuñada mas que á los otros la crueldad : á lo que ella respondió que hacia lo que le mandaba su marido. La señora que dió el aviso, junto con la buena duena que lo descubrió, que estaban presentes á todo, rompiendo la pared por la parte que estaba doña Ines, por no pasarla por la calle, la llevaron á su casa, y haciendo la noble señora prevenir una regalada cama, puso á doña Ines en ella, llamando médicos y cirujanos para curarla, haciéndola tomar sustancias, porque era tanta su flaqueza que temia no se muriese : mas doña Ines no quiso tomar cosa alguna hasta dar la divina sustancia á su alma, confesando y recibiendo el santísimo sacramento, que le fué luego traido. Ultimamente con tanto cuidado miró la señora por ella, que sanó; solo la vista no fué posible restaurársela. El asistente sustanció luego el proceso á los reos, y averiguado todo, los condenó á todos tres á muerte, que fué ejecutada en un cadahalso, por ser nobles y caballeros, sin que les valiesen sus dineros para alcanzar perdon, por ser el delito de tal calidad. A doña Ines pusieron, ya sana y restituida en su hermosura, aunque ciega, en un convento, con dos criadas que cuidaban de su regalo, sustentándose de la gruesa hacienda de su hermano y marido, donde hoy vive, haciendo vida de una santa, afirmándome quien la vió cuando la sacaron de la pared y despues, que es de las mas hermosas mujeres que hay en el reino de Andalucía; porque aunque está ciega, como tiene los ojos claros y hermosos como ella los tenia, no se le echa de ver que no tiene vista.

Todo este caso es tan verdadero como la misma verdad, que ya digo me lo contó quien se halló presente. Ved ahora si puede servir de buen desengaño á las damas; pues si á las inocentes les sucede esto, ¿qué esperan las culpadas? Pues en cuanto á la crueldad para con las desdichadas mujeres, no hay que fiar en hermanos ni maridos, que todos son hombres. Y como dijo el rey don Alonso el Sabio, el corazon del hombre es bosque de espesura, que nadie le puede hallar senda, y donde la crueldad, bestia fiera é indomable, tiene su morada y habitacion. Este suceso habrá que pasó veinte años, y vive hoy doña Ines, y muchos de los que la vieron y se hallaron en el suceso; y quiso Dios darla sufrimiento y guardarla la vida porque no muriese allí desesperada; y para que tan rabioso lobo como su hermano, y tan cruel basilisco como su marido, y tan rigurosa leona como su cuñada, ocasionasen ellos mismos su castigo.

Deseando estaban las damas y caballeros que la discreta Laura diese fin á su desengaño : tan lastimados y enternecidos los tenian los prodigiosos sucesos de la hermosa cuanto desdichada doña Ines, que todos de oirlos derramaban rios de lágrimas, y no ponderaban tanto la crueldad del marido como la del hermano, pues parecia que no era sangre suya quien tal habia permitido; pues cuando doña Ines de malicia hubiera cometido el yerro que les obligó á tal castigo, no merecia mas que una muerte breve, como se ha dado á otras que han pecado de malicia, y no darla tantas y tan dilatadas como la dieron; y á la que mas culpaban

era á la cuñada, pues ella como mujer pudiera ser mas piadiosa, estando cierta, como se averiguó, que privada de sentido con el endemoniado encanto, habia caido en tal yerro. La primera que rompió el silencio fue doña Estefanía, que dando un lastimoso suspiro, dijo: ¡Ay divino esposo mio, y si vos todas las veces que os ofendemos nos castigárais así, qué fuera de nosotros! Mas soy necia en hacer comparacion de vos, piadoso Dios, con los esposos del mundo; jamas me arrepentí, cuanto ha que me consagré á vos, de ser esposa vuestra, y hoy menos lo hago ni lo haré, pues aunque os agraviase, sé que á la mas mínima lágrima me habeis de perdonar, y recibirme con los brazos abiertos. Y vuelta á las damas, las dijo: Cierto, señoras, que no sé cómo teneis ánimo para entregaros, con nombre de marido, á un enemigo, que no solo se ofende de las obras, sino de los pensamientos; que ni con el bien ni el mal acertais á darles gusto: y si acaso sois comprehendidas en algun delito contra ellos, ¿porqué os fiais y confiais de sus disimuladas maldades, que hasta que consiguen su venganza, y es lo seguro, no sosiegan? Con solo este desengaño que ha dicho la señora Laura, mi tia, podeis quedar bien desengañadas, y concluida la opinion que se sustenta en este sarao: y los caballeros podrán tambien conocer qué engañados andan en dar toda la culpa á las mujeres, acumulándolas todos los delitos, flaquezas, crueldades y malos tratos, pues no siempre tienen la culpa; y es el caso que por la mayor parte las de mas aventajada calidad son las mas desgraciadas y desvalidas, no solo en sucederles las desdichas que en los desengaños referidos hemos visto, sino que tambien las comprehenden en la opinion en que tienen á las vulgares; y es género de pasion ó tema de los divinos entendimientos que escriben libros y componen comedias, formar un empeño en seguir la opinion del vulgacho, que en comun da la culpa de todos los malos sucesos á las mujeres, pues hay tantos en qué culpar á los hombres; y escribiendo de unos y de otros hubieran excusado á estas damas el trabajo que han tomado en volver por el honor de las mujeres y defenderlas, viendo que no hay quien las defienda, haciendo presentes los casos mas ocultos, para probar que no son todas las mujeres las malas, ni todos los hombres los buenos. Lo cierto es, replicó don Juan, que verdaderamente parece que todos hemos dado en el vicio de no decir bien de las mujeres, como en el tomar tabaco, que ya tanto le gasta el ilustre como el plebeyo; y los que dicen mal de los que le toman, traen ellos su tabaquera mas á mano y en mas custodia que el rosario y las horas; como si porque anda en cajas de oro, plata y cristal, dejase de ser tabaco. Y si preguntan porqué lo toman, dicen que porque se usa. Lo mismo es en cuanto á culpar á las damas en todo; porque si se preguntase al mas apasionado porqué dice mal de las mujeres, siendo el mas deleitable vergel de cuanto crió lo naturaleza, responderia que porque se usa. Todos rieron la comparacion del tabaco al decir mal de las mujeres, que habia hecho don Juan; y si se mira bien, tuvo razon, porque el vicio mas abominable que puede haber es no estimar, alabar y honrar á las damas, á las buenas por buenas, y á las malas por las buenas. Pues viendo la hermosa doña Isabel, que la linda Matilde se preve-

nia para pasarse al asiento del desengaño, hizo señal á los músicos, que cantaron este romance.

Cuando te miráre Atandra,
No mires, ingrato dueño,
Los engaños de sus ojos,
Porque me matas con zelos.
No esfuerces sus libertades,
Que si ve en tus ojos ceño,
Tendrán los livianos suyos
En los tuyos escarmiento.
No desdores tu valor
Con tan civil pensamiento,
Que serás causa que yo
Me arrepienta de mi empleo.
Dueño tiene, en él se goce,
Si no le salió á contento,
Reparara en elegirle,
O su locura ó su acierto.
Obliguente á no admitir
Sus livianos devaneos
Las lágrimas de mis ojos,
De mi alma los tormentos.
Que si procuro sufrir
Las congojas que padezco,
Si es posible á mi valor,
No lo es á mi sufrimiento.
¿De qué me sirven, Salicio,
Los cuidados con que velo,
Sin sueño las largas noches,
Y los dias sin sosiego?
Si tú gustas de matarme,
Dando á esa tirana el premio,
¿Qué me cuestas tantas penas,
Qué me cuestas tanto sueño?
Hoy al salir de tu albergue
Mostró con rostro risueño,
Tirana de mis favores,
Cuánto se alegra en tenerlos.
Si miráras que son mios,
No se los dieras tan presto;
Cometiste este lionato,
Porque vendiste lo ageno.
Si te viera desabrido,
Si te mirara severo,
No te ofreciera atrevida
Señas, de que yo te ofendo.
Esto cantó una casada
A solas en su instrumento,
Viendo en Salicio y Atandra
Averiguados los zelos.

NOCHE CUARTA.

DESENGAÑO CUARTO.

EL VERDUGO DE SU ESPOSA.

A los últimos ecos del estribillo se levantó la hermosa Nise de su asiento, y haciendo una cortés reverencia, se pasó al desengaño, y con mucho donaire y despejo dijo : Por decreto de la hermosa y discreta Lisis me toca esta noche el cuarto desengaño; y aunque pudiera esta audiencia cerrarse con los referidos, pues son bastantes para que las damas de estos tiempos estemos prevenidas con el ejemplo de las pasadas á guardarnos de no caer en las desdichas que ellas cayeron por dejarse vencer de los engaños disfrazados en amor de los hombres; porque no me tengais por alguna de las engañadas, pues si mi corto entendimiento me ayuda espero no serlo, y aunque mi desengaño no sea de tanta erudicion como los referidos, ocupo este lugar, advirtiendo que supuesto que la hermosa Lisis manda que sean casos verdaderos los que se digan, si acaso pareciere que los desengaños hasta aquí referidos y los que faltan los habeis oido en otras partes, habrán sido contados por quien, como yo y las demas desengañadoras, lo supo por mayor, mas no con las circunstancias que aquí van hermoseados, y no sacados de una parte á otra, como hubo algun ignorante ó envidioso que lo dijo de la primera parte de nuestro sarao. Diferente cosa es novelar solo con la inventiva un caso que ni fué ni pudo ser, y este no sirve de desengaño, sino de entretenimiento, á contar un caso verdadero, que no solo sirva de entretener, sino de avisar; y como nuestra intencion no es de solo divertir, sino de aconsejar á las mujeres á que miren por su opinion, y teman con tantas libertades como el dia de hoy profesan, no les suceda lo que á las que han oido y oirán les ha sucedido, y tambien por defenderlas, habiendo dado los hombres en la opinion, por no decir flaqueza, de ser contra ellas, hablando y escribiendo, como si en todos tiempos no hubiera habido de todo, buenas mujeres y buenos hombres, y al contrario malas y malos, y así no vea libro ni comedia en que encuentren una mujer inocente ni un hombre con defectos. Toda la carga de las culpas es al sexo femenil, como si no fuese mayor la del hombre, supuesto que ellos quieren ser la perfeccion de la naturaleza. Luego mayor delito será el que hiciere el perfecto que el imperfecto; mas pesada es la necedad del discreto, que del necio; y así es bien se sepa que como hay mujeres livianas hay hombres mudables, y como intere-

sadas engañosos, y como libres crueles; y si se mira bien la culpa de las mujeres, la causan los hombres. Caballero que solicitas la doncella, déjala, no la inquietes, y verás como ella, aunque no sea mas de por vergüenza y recato, no te buscará á tí: el que busca y desasosiega la casada, no lo haga, y verá que cuando no la obligue la honestidad, el respeto y temor de su marido le hará que no te solicite ni busque; y el que inquieta la viuda, no lo haga, que no será ella tan atrevida, que aventure su recato, ni te busque ni pretenda; y si las buscas y solicitas, y las haces caer, ya con ruegos, ya con regalos, ya con dádivas, no digas mal de ellas, pues tú tuviste la culpa de que sean débiles. Esto es respecto á las mujeres de honor, que las que tratan de vivir con libertad, qué quieres sacar de ellas sino lo que pretendes, que es entretenerte y quitarte tus dineros, que para eso te admiten? y pues ya lo sabes, ¿para qué las culpas de que hacen su hacienda y destruyen la tuya, y luego te quejas que te engañan? Vosotros sí os quereis engañar, y la causa de todo esto yo la diré ahora. Encuentras una mujer en la calle, dícesla cuatro palabras, óyelas sin averiguar si tú las dices de veras ó burlando, píntasete honrada, y que no la vé el sol, creeslo necio, convídasla con tu posada, acepta, va á ella; ¿pues cómo de una mujer que tan fácil se rinde á tus deseos podras creer no haga con otros lo mismo en apartándose de tí? Y si piensas diferente, tú eres el que te engañas; que ella con su misma facilidad avisa. ¿Pues para qué te quejas de ella ni la ultrajas? Ella hace su oficio: si te ruega y busca no la admitas, que su misma deshonestidad te avisa muy claramente que no eres tú el primero; y si te agradó algo, y la sigues, no te quejes de nadie, pues sabes muy bien que cada uno ha de hacer como quien es. He aquí como no tienen la culpa las mujeres, sino los hombres, en quienes ha de estar la cordura, el buen lenguage, la modestia y entendimiento; pero ya no se hallan estas virtudes, sino todo al contrario. ¡Ay qué de buenas hubiera si los hombres las dejáran! Mas ellos hablan, y ellas escuchan: ¿y de mentiras bien alhajadas quién no se deja vencer, y mas si convertida la pretension en tema, esta misma las está incitando á todas horas? Esto basta, y pluguiera á Dios sirviese para enmienda; y para que se vea que si Camila perdió con su esposo por callar las pretensiones de don Juan, en el desengaño que ahora diré no le sirvió á otra dama para asegurar su credito con su marido avisarle de las pretensiones de otro don Juan, aunque el cielo abonó su causa; y con estas prevenciones prosigo de esta suerte.

En la ciudad de Palermo, en el reino de Sicilia, hubo en tiempos pasados dos caballeros nobles, ricos, galanes, discretos, y sobre todo, para que fuesen estas gracias de naturaleza y fortuna mas lucidas, eran hijos de españoles, que habiendo sus padres pasado á aquel reino á ejercer cargos que su rey les encomendó, se casaron y avecindaron allí, como sucede cada dia á los españoles que allá pasan. Eran sobre lo dicho don Juan y don Pedro (que estos son sus propios nombres) tan grandes amigos, por haberse desde niños criado juntos, mediante la amistad de sus padres, que en diciendo los dos amigos ya se conocia que eran don Pedro y don Juan: juntos paseaban, de una misma forma vestian, y en no estando

don Pedro en su casa, le hallaban en la de don Juan, y si faltaba este de la suya, era seguro que estaria en la de don Pedro; porque un instante no se hallaban divididos, pues aunque vivian en casas distintas, todo lo mas del tiempo estaban juntos. Sucedió pues en medio de este extremo de amistad tratar á don Pedro un casamiento con una rica y principal señora de la ciudad, con tanto extremo de hermosura, que ninguno la nombraba que no fuese con el aplauso de la bella Roseleta, que este era su nombre. Efectuóse el casamiento, para que fuese esta señora como bella desgraciada, que por la mayor parte se apetece lo mismo que viene á ser cuchillo de nuestras vidas; y aunque don Juan se halló á las bodas de su amigo, que se celebraron con mucha fiesta y aparato, no debió de mirar la belleza, gracia y donaire de Roseleta; y si la miró, fué como á mujer de su amigo: freno que si le durara siempre, fuera tenido por verdadero. No por temor de sí, que hasta entónces no habia ni aun imaginado cupiera en él la menor ofensa de don Pedro, sino por excusar murmuraciones, que esto es lo que ha de mirar la verdadera amistad, considerando no parecerle bien asistir tanto como solia á la casa de don Pedro, excusaba cuanto podia ir á ella; y como este, por ser recien casado, y con tan linda dama, estuviese enamorado como amante, y cuidadoso como marido, no podia ir tan á menudo como ántes á la casa de su amigo. Sentíalo ternísimamente, y con este sentimiento la vez que veia á don Juan le daba sentidas quejas, diciéndole que si entendiera que por casarse le habia de perder, aunque los méritos de su esposa eran tantos, lo hubiera excusado, y con esto le rogaba mudase el propósito, acudiendo á su casa de la misma suerte que ántes, que él estaba cierto que Roseleta tendria el mismo gusto que conocia habia en él. Con palabras cuerdas y afables se excusó don Juan muchas veces de la peticion de su amigo; mas viendo era imposible el reportarle, hubo de condescender en darle gusto, entrando en casa de don Pedro con la familiaridad que ántes, comiendo y cenando los mas dias con él y su esposa: la cual viendo lo mucho que su marido amaba á don Juan, le recibia con un honesto agrado. Ya he dicho que don Juan no habia mirado á la bella Roseleta, aunque se halló á sus bodas; y aquí se conoce que una cosa es mirar y otra ver: vióla don Juan en estas ocasiones, y admiró en ella una tan singular belleza, que sin querer llevaba y atraia la vista de cuantos la miraban, y juzgó á don Pedro por el hombre mas dichoso del mundo. De aquí le renació una envidia de no haber él merecido tal prenda, no faltando en él méritos para haberla alcanzado, que enamoróse de todo punto de la mujer de su amigo tan loca y perdidamente, que aunque queria retenerse de mirarla, no le era posible, pues en llegando á mirar una mujer humana con asomos de divinidad, quedaba otra vez perdido, mayormente al contemplar debajo de una honesta gravedad tal donaire y gracia, mezclado con un divino entendimiento, y no solo se aventuraba á perder sus honrados designios, mas la misma vida; en tales términos, que por mas que los intentaba no podia reprimir con el freno de la razon el desenfrenado caballo de su voluntad.

Con grandes desasosiegos se hallaba el triste caballero, y en viéndose

á solas, él mismo se reprehendia, diciendo: ¿Qué es esto, traidor don Juan? ¿Qué viles pensamientos son estos? ¿Qué enemigo mortal de mi amigo don Pedro los tuviera? ¿O de quién supieras tú que intentaba el agravio de tu amigo, que no le le hicieras pedazos? ¿Pues qué dirá de tí el mundo si llegase á saberlo, sino ó que no eres de sangre noble, ó has perdido el juicio? ¡O amigo don Pedro, y qué engañado vives en el amor que tienes á este desleal amigo, que ha dado lugar á tan viles é infames pensamientos! Mejor fuera decírtelo, para que tomaras venganza de tan desleal y traidor amigo. ¡Ay Roseleta, nunca mis desdichados ojos vieran tu mas que celestial hermosura, acompañada de tan innumerables gracias! ¡O si nacieras fea! ¡O si no fueras mujer de don Pedro! No, no me ha de vencer tu hermosura: viva el honor de mi amigo, y muera yo, pues fuí tan liviano que he tenido tan ruines deseos. Con este propósito se determinaba á no amar á Roseleta, pero en vano, porque en volviéndola á ver, toda su fortaleza daba en tierra, y rindiendo con ella sus potencias, lo ponia todo á los piés de Roseleta. Con estos combates andaba tan triste y distraido, que si comia se le olvidaba el bocado de la mano á la boca, y si le hablaban, parecia que no entendia, ó respondia á despropósito. Notaba don Pedro la tristeza de su amigo á solas, y delante de su esposa le preguntaba la causa de ella; mas él se excusaba con decir que él mismo la ignoraba.

Muchos dias pasó don Juan con estas imaginaciones, ya perdiéndose, y ya volviéndose á cobrar, hasta que rendido á ellas cayó en la cama de una peligrosa enfermedad en que llegó muy al cabo, asistiéndole don Pedro, y visitándole algunas veces Roseleta. En fin, ya con salud, y volviendo á la casa de su amigo como ántes, se resolvió, aunque aventurase cuanto habia, y el honor, que era lo mas, á decir á Roseleta su amor en hallando occasion; y vínole á propósito, porque un dia comiendo con don Pedro y su esposa, estando tan triste y divertido como siempre, le dijo don Pedro: Cierto, amigo don Juan, que puedo estar verdaderamente quejoso y agraviado de vuestra amistad, pues no se compadece de tenerla los dos desde nuestra primera edad, como todos saben, y que me calleis la causa de vuestra tristeza, haciéndome sospechar muchas cosas de ella que agravian vuestra calidad y la mia: ¿porque, qué cosa os puede obligar á estar como os veo, y he visto tambien en términos de perder la vida, que no se pueda comunicar conmigo aunque fuera contra vuestro honor? Por Dios os pido que me saqueis de esta confusion. Viendo don Juan que de callar podia imaginar alguna cosa, y tambien por empezar á poner la primera piedra en el cimiento de su pretension, le dijo: Cierto, amigo don Pedro, que el haberme recatado de haberos dicho mi pena, ni ha sido falta de voluntad, ni menos el tener por sospechosa vuestra amistad, sino de vergüenza de que ninguno sepa mi flaqueza, que es bien grande por haberme rendido á un pensamiento que me cueste lo que veis y habeis visto; y así, para sacaros de ese cuidado, con licencia de vuestra esposa os lo diré. Sabed que desde que ví la hermosura de Angeliana, una dama de esta ciudad, á quien pienso conoceis, estoy de la manera que veis, porque es tanta su severidad y desvío para conmigo, que aun-

que he procurado que sepa mi pasion, no ha querido oir ni recibir papel ni recado de mi parte, y esto me trae tan triste y desesperado, que si no es quitarme la vida no me queda otra cosa. Esta es la ocasion, y no otra; ved si hacia bien en callarla; pues es vileza que el corazon de un hombre se rinda á una mujer con tanto extremo, que le ponga en el que yo me veo. No era así como don Juan decia, que en esta ocasion habia ya gozado á Angeliana, si bien desde que vió á Roseleta se le habia entibiado aquel amor.

Consolaban don Pedro y su esposa á don Juan, lastimados de su pena, aconsejándole que pues Angeliana era de la calidad que todos sabian, y no tenia padres, que la pidiese por esposa á sus deudos, que todos estimarian tenerla por tal. A esto respondió don Juan que era lo cierto lo que le aconsejaban; mas aunque la queria ternísimamente, que no tenia voluntad de casarse hasta que entrase en mas edad. De esta manera pasó mas de dos meses sin tener lugar de declararle á Roseleta su amor, si no era con los ojos y ansiosos suspiros que ella no entendia, ni creia que fuesen sino por Angeliana; hasta que un dia estando comiendo con Roseleta y don Pedro, le vino á buscar un caballero con quien habia de averiguar unas cuentas; y porque no entrase dentro donde estaban comiendo él y su esposa con don Juan, se levantó de la mesa y salió fuera. Viendo don Juan tan buena ocasion, no la quiso perder, y como su amorosa voluntad estaba ya resuelta y determinada, temblando la voz, y con un suspiro que parecia rendir entre él el alma, la dijo: ¡Ay, hermosa Roseleta, y qué desdichado y dichoso fué el dia en que te conocí y ví tu realzada hermosura, dichoso por haber gozado mis ojos de tu celestial vista, y desdichado en contemplarte agena, pues quedé privado del bien de merecerte! No es Angeliana la causa de mi tristeza, sino tú, hermosa señora, que eres el ángel en que idolatra mi voluntad; no te digo esto porque me des remedio, que morir por tí es mi apetecida vida, y amando pienso llegar al fin de ella; sino porque si me ves triste, tú eres la causa, y no Angeliana; que ojalá me favorecieses tú como ella me favorece, mas ya no la estimo desde que te conocí. Mas quisiera decir don Juan, y aun pienso que se alargara mas su atrevimiento, porque Roseleta estaba fuera de su sentido de enojo, si á este tiempo no entrara don Pedro, y estorbara que don Juan fuera mas atrevido. Acabóse la comida, y Roseleta se retiró rabiando de cólera, y don Pedro y su amigo se salieron á pasear, estando don Juan bien contento por haber declarado su amor á la dama. Muchos dias pasaron que no pudo don Juan tornar á decirla ni una sola palabra, porque ella se recataba tanto, y huia de no darle mas atrevimientos, que ya estaba pesaroso de haberlos tenido, por no perder su vista; porque Roseleta muchas veces, por no salir á comer con don Juan, fingia repentinos accidentes; y otras que no lo podia excusar, no alzaba los ojos á mirarle. Ya un dia que todos tres habian acabado de comer, y estaban sobre mesa platicando, no habiendo podido Roseleta excusar el no hallarse presente, don Pedro preguntó á don Juan cómo le iba con los amores de Angeliana. Muy mal, dijo don Juan; pues porque los dias pasados tuve lugar de intimarla mi pasion, y los desvelos que me cuesta su

hermosura, se me ha negado de suerte que apenas se deja ver; y si la veo, es con un ceño que me quita la vida, á cuyos enfados la he hecho unos versos, que si gustais os los quiero leer. Mucho gusto me dareis, dijo don Pedro, aunque á Roseleta le pesó, como quien ya sabia á quién dirigia don Juan todas aquellas cosas: y si no fuera por su esposo, se levantara y se fuera. Y sacando don Juan el papel, leyó lo siguiente:

Si es imposible vivir,
Amado dueño, sin vos,
Que pida al tiempo que vuele,
No será muy grande error.
La gloria que tengo en veros,
De que al amor gracias doy,
En faltando vos, es pena,
Porque vos mi gloria sois.
Si sin el sol no vivimos,
Y vos, mi bien, sois el sol,
Fuerza es que sin vos no viva:
Mirad vuestra obligacion.
No por interes que tiene
El sol de nuestro favor,
Acude á darnos la vida,
Esta es sabida cuestion.
Sabe que necesitamos,
Así el cielo lo ordenó,
De que dé aliento á la vida
Con su luz y su calor.
Pues si el sol hace este efecto,
Y sin vos muriendo estoy;
No por vos, sino por mí,
Dad remedio á mi pasion.
Fáltame la confianza,
Mis méritos pocos son:
Así como yo sé amaros,
Supiera si amado soy.
A estos ojos que os adoran,
No los cerceneis, por Dios,
El bien que en veros reciben,
Que es darles mortal dolor.
No soy mio, bella ingrata,
Vuestro soy; si ingrata sois,
Muy presto vereis mi vida
Perdida por tal rigor
¿Quién podrá, si os escondeis,
Sufrir el estar sin vos?
Ojos, llorad, pues sois nubes,
Y se os ha escondido el sol.
Si en otro oriente salís,
Y yo me quedo sin vos;
Noche seré de Noruega,
Pues vuestra luz me faltó.
En teniéndote ausente,
Muerto soy,
La vida se me acaba;
¡Ay qué rigor!

Alabó don Pedro el romance, y no me espanto, que era apasionado de las cosas de don Juan su amigo; que aunque fuera peor le pareciera bien: mas su esposa, que desde que le empezó á decir estaba reprimiendo la cólera porque vió al blanco á que tiraba, y con ella dejaba y tomaba su rostro mil alejandrinas rosas, con semblante entre risueño y altivo le dijo: Cierto, señor don Juan, que ya vuestro amor deja de serlo, y toca en locura ó temeridad; si conoceis que esa dama no gusta de que la ameis, ó por su honestidad, ó porque no se agrada de vuestras pretensiones, porque no le estan bien á su honor, que es lo mas cierto, pues no porque una mujer sepa que un hombre la ama, si es en menoscabo de su opinion está obligada á amarle, ya os pudiérais cansar de querer vencer un imposible: sino que los hombres empiezan amando, acaban venciendo, y salen despreciando; porque en viendo que una mujer se les resiste, ya no por amarla, sino por vencerla, trocando el amor en tema, perseveran para vengarse de los desprecios que les ha hecho; y quieren que una mujer, aunque no quiera, los quiera, y no sé qué ley hay para que si la tal es cuerda, y tiene honra, se aborrezca á sí por querer á otro: y mas

si sabe que el tal amor no es para darle honor, sino para quitársele. Si no os quiere, dejadla, y amad á otra que os amará, y os costará menos cuidados, y os excusareis de riesgos; pues de mí digo que si entendiera que habia en algun hombre atrevimiento para poner en mí el pensamiento; ¿qué digo pensamiento? á mirarme con ojos de quitarme la opinion, si diciéndoselo á mi esposo no le quitara la vida, lo hiciera yo por mis manos.

No sintió bien don Juan la reprehension que Roseleta le dió, porque con ella le amenazaba; mas don Pedro rió mucho el enojo de su esposa por volver por Angeliana: y llevando á don Juan consigo, se salió de casa muy descontento del desden de su dama; mas no por eso se apartó de su pretension; ántes miéntras mas imposible lo miraba, mas se perdia, y se determinó á no dejar de amar y porfiar hasta vencer ó morir: y con esta bien desleal intencion, para lo que debia á la verdadera amistad de su amigo, sin temer ponerse al riesgo que Roseleta le habia intimado, la escribió en diferentes ocasiones cuatro papeles, que hizo que llegasen á sus manos por cautela y con apoyo de una criada; mas de ninguno tuvo respuesta, ni aun pudo saber de la tercera, que con engaño se los daba, si los habia leido, hasta que al quinto, Roseleta despues de haber reñido á la criada su atrevimiento, le envió á decir con ella misma que se quitase de tal locura, porque si pasaba adelante su infame pretension se lo diria á su esposo. No temió don Juan la amenaza de la dama, por parecerle imposible que ninguna mujer tuviese atrevimiento de dar parte á su marido de caso semejante, por lo que podria perder con él, supuesto que le advertia del daño á que estaba expuesta, y de la quietud que debe tener un casado, en razon de la confianza que es justo tener, y le despertaba á zeloso: enfermedad en el casado muy peligrosa, y así pensó que no lo haria aunque lo proponia, y que era mas porque se excusase de molestarla; y con esto le envió el sexto papel, que decia así:

Qué poco siente mis penas
Tu corazon de diamante;
Qué ingrata miras mi amor,
Poco te obligan mis males.
Un volcan tengo en el pecho;
Pero como el tuyo es Alpe,
Huye el fuego de la nieve,
Y en mí muere como nace.
¿Quién pensara que mi amor
En guerras tan desiguales,
Como es mi fuego y tu hielo,
No hubiera muerto cobarde?
¿Quién le ve escapar rendido
De ingratitudes tan grandes,
Que piense que ha de volver
Otra vez á aventurarse?
Si no soy yo, bella ingrata,
Que soy quien su fuerza sabe,
Y conozco que si huye,
Es para mas animarse.
No porque jamas se aparta
De quererte y adorarte,
Que ántes faltará la vida,
Que en mí aquesta fé me falte.
Temblando á tus ojos llego,
Que amor tiene tretas tales,
En las burlas atrevido,
Temeroso en las verdades.
Quien ama, cobarde estima,
Que el mismo amor al amante
El atrevimiento acorta,
Y la soberbia deshace.
Cuando te hablo en mi pecho,
Mil cosas digo á tu imágen;
Que á escucharlas, bella ingrata,
Fuerza es que las estimases.

Triste estoy, mil penas siento,
Todas de tu rigor nacen,
Aunque digas que mi amor
Intenta temeridades.
Pónme pena de muerte;
¿Mas qué importa que me mates?
Pues morir á causa tuya,
Muerte es que puede envidiarse.
Es tanto lo que te quiero,
Que amaré lo que tú ames,
Estimaré lo que estimas
Solo porque tú lo mandes.
Alguna secreta causa,
Que el alma profeta sabe
(Que en adivinar desdichas
No hay sabio que mas alcance),
Señora mia, me obliga
Amargamente á quejarme:
Quiera el cielo que ella mienta,
Quiera el amor que me engañe.
Si mi pena no te obliga,
Bien sabes tú lo que haces;
No merezco mas favor,
Pues no te animas á darle.
Sabe Dios, si como él solo
Se obliga de voluntades,
Te obligaras de la mia,
Conociendo lo que vale.
Que aunque cruel me maltratas,
Tú vinieras á obligarte
De la vida que aborreces,
Y acabáran tus crueldades.
¡Ay de mí! ¿cómo diré
Mi amor? mas mi lengua calle,
Que si no le has de pagar,
Mas justo será ignorarle.

Fué tan grande el enojo que Roseleta recibió en este último papel, que sin mirar riesgos ni temer peligros, con una crueldad de basilico, tomando este y los demas que tenia guardados se fué á su marido, y poniéndoselos todos en las manos, le dijo: Para que veais el amigo que teneis, y de quien os fiais y traeis á vuestra casa, vuestro amigo don Juan trata de quitaros la honra, solicitando con las muestras que en él habeis visto vuestra mujer; y advertid, que la Angeliana por quien publica desvelos soy yo, y á mí es á quien dirige todas sus palabras y versos; que si le dije el otro dia lo que delante de vos pasó, fué por reñirle sus atrevimientos; y ni esto, ni amenazarle que os lo diria, me ha servido de nada, pues se ha atrevido á escribirme tan descaradamente como vereis. Ahora ved qué remedio se ha de poner, porque yo no hallo otro sino quitarle la vida: yo he cumplido con lo que me toca, ahora cumplid con lo que os conviene á vos.

En el discurso de este desengaño vereis, señores, como á las que nacieron desgraciadas nada les excusa de que no lo sean hasta el fin; pues si Camila murió por no haber notificado á su esposo las pretensiones de don Juan; Roseleta, por avisar al suyo de los atrevimientos y desvelos de su amante, no está fuera de padecer lo mismo; porque en la estimacion de los hombres el mismo lugar tiene la que habla como la que calla. Dios nos libre si dan en desacreditarnos, que por una medida pasan todas. Cómo quedaria don Pedro oyendo á Roseleta, no hay lengua que lo diga; júzguelo el que lo oye, pues sobre el agravio se le ofrecia ser su mayor amigo quien se le hacia: leyó los papeles una y otra vez, y ya la cólera no le daba lugar á aguardar tiempo para su venganza, pero el amor que á don Juan tenia le atajaba el tomarla: mas al fin resuelto á que tal agravio no quedase sin castigo, dispuso dársele de modo que no se supiese por la ciudad, porque no quedase su honor en opiniones; y así le mandó á Roseleta que respondiese á don Juan un papel muy tierno, disculpán-

dose de su ingratitud, y dándole á entender que estaba arrepentida del desden que hasta allí le habia mostrado, y que para darle mas seguras satisfacciones le aguardaba al otro dia en la noche en su quinta, que él muy bien sabia, porque su marido iba al otro dia fuera de Palermo á un negocio, donde habia de estar dos dias; y que no entrase por la puerta de la quinta, sino por un portillo que estaba en la huerta, por excusar que no le viesen los labradores que en dicha quinta habia; que en la misma huerta le aguardaba sola con aquella criada que era testigo de sus pensamientos. Finalmente el papel le notó don Pedro, y le escribió Roseleta. Llevóle la criada, ignorante de que era ordenado por su señor, sino creyendo que Roseleta, ya vencida de don Juan, le respondia. Recibió el papel el enamorodo mozo, haciendo y diciendo mil locuras de gozo, satisfaciendo á la mensagera su cuidado; y enviando á decir á su señora que seria obedecida, la despidió. ¡O ceguedad de amante, que no advirtió el peligro, ni admiró la liviandad de Roseleta, quien despues de tanta repugnancia, tan pronto se mostraba apasionada; ántes alabó su dicha, dando gracias al amor porque tras tantas penas le habia dado tal gloria!

Llegó la mañana del aplazado dia, y don Pedro con dos criados, apercibido su camino se partió hallándose don Juan presente, quien de falso se ofreció á ir con él, mas don Pedro no aceptando, salió de Palermo por diferente puerta de la que iba á la quinta, y luego torciendo el camino, él y sus criados se ocultaron en ella, que no distaba mas de tres millas de la ciudad, que es una legua española. Acabando de comer Roseleta, se entró en su coche con la criada, tercera de los amores; y á vista del mismo don Juan, que no se descuidaba, partió camino de la quinta, y entreteniéndose por el campo hasta que fué de noche, dió la vuelta por otra parte, y se volvió á su casa, admirada la criada de lo que veia. Poco ántes de anochecer subió don Juan en un caballo, y solo caminó hácia la quinta, con tanto contento de ir á verse con la hermosa Roseleta, que no llevaba pensamiento de azar ninguno, y al salir de la ciudad tocaron al Ave María, que oyéndolo don Juan, aunque divertido de sus amorosos cuidados, pudo mas la devocion; y parando en donde oyó la campana, se puso á rezar, pidiendo á la Vírgen María, nuestra purísima señora, que no mirando la ofensa que iba á hacerle, le librase de peligro, y le alcanzase perdon de su precioso Hijo; y acabada su devota oracion siguió su camino.

Usase en toda la Italia ajusticiar los delincuentes en la misma parte que cometen el delito; y aquel mismo dia habian, á una milla de la ciudad, ahorcado tres hombres, y á un lado del camino por donde don Juan iba, porque allí habian muerto á unos caminantes por robarlos; y como por allá, y aun en muchas partes de España, los dejan en la horca, estos tres que digo estaban en ella. Al llegar don Juan casi en frente del funesto madero, oyó una voz que dijo: ¡Don Juan! quien como se oyó nombrar, miró á todas partes, y no viendo persona alguna, porque aunque ya habia cerrado la noche hacia luna, aunque algo turbia, pasó adelante, pareciéndole que se habia engañado, y á pocos mas pasos oyó otra vez la

misma voz, que volvió á decir: ¡Don Juan! Volvió espantado la cabeza á todas partes, y no viendo persona alguna, santiguándose, volvió á seguir su camino, y llegando ya en frente de la horca, oyó tercera vez la misma voz que le dijo: ¡Ah don Juan! A este último acento, y ya casi enfadado de la burla que hacian de él, se llegó á la horca y viendo los tres hombres en ella, con ánimo increible les dijo: ¿Llámame acaso alguno de vosotros? Sí, don Juan, respondió el que parecia mas mozo, yo te llamo. ¿Pues qué es lo que me quieres? le respondió don Juan. ¿Quieres que te haga algun bien, ó que te haga decir algunas misas? no, respondió el hombre, que por ahora no las he menester. Para lo que te llamo es para que me quites de aquí. ¿Pues qué estás vivo? dijo don Juan. Pues si no lo estuviera, replicó el hombre, ¿qué necesidad tenia de pedirte que me quitases? ¿Cuándo te ahorcaron? dijo don Juan. Hoy, replicó el hombre. ¿Pues cómo has podido vivir hasta ahora? ¿Hay para Dios imposible que lo sea? Cuando quiere librar una vida, aun enterrado lo puede hacer, como sea su voluntad. ¿Pues cómo lo harémos, dijo don Juan, que no hay con qué subir allá arriba, y si corto la soga podrás caer y hacerte daño? Vuelve las ancas al caballo, y como con la espada cortes la soga, yo me quedaré despues de piés en él. Hízolo así el admirado caballero, y como cortó la soga, se quedó el hombre sentado en las ancas del caballo.

Hecho esto, volvieron á su camino, pareciéndole á don Juan siglos lo que se habia detenido; tanto deseo tenia de llegar donde esperaba gozar toda su gloria en los brazos de Roseleta: é yendo por él, le dijo: ¿Dime ahora cómo ha sido esto que habiéndote ahorcado estés vivo. Yo estaba inocente del delito que me levantaron, confesé de miedo del tormento, y así fué Dios servido de guardarme la vida. La cosa mas rara y milagrosa que se ha visto es esta, dijo don Juan. Sí es, dijo el hombre, mas ya ha sucedido en otros, como se ve en el milagro de Santo Domingo de la Calzada en España, que hasta hoy se guardan las memorias en el gallo y la gallina, que resucitaron para crédito de que el mozo que habian ahorcado quince dias habia estaba vivo, que Dios como padre de misericordia acude con ella á quien le ha menester, como ha hecho á mí, y aun á tí, pues quiso traerte por esta parte á tiempo que me pudieses socorrer, y fueses la mano por donde se cumpliese la voluntad divina. Bendito sea, dijo don Juan, que lo ordenó así, pues cuando no fuera mi venida para el gusto que espero gozar de ella, por haberte socorrido á tal tiempo la doy por muy bien empleada; y te prometo como caballero no desampararte miéntras viviere, porque la necesidad no te obligue á hacer por donde te veas otra vez en tan desventurado lugar como te has visto. Yo te beso, señor, la mano, dijo el hombre, y doy gracias al cielo que te encaminó por esta parte.

Al fin, tratando en esto y en otras cosas, descubrieron la quinta, que estaba en medio de una deleitosa arboleda, por haber en aquella tierra muy hermosos jardines, y la quinta la tenia de las mejores de cuantas por aquel prado habia. A tiro de arco de ella bajó don Juan del caballo, y haciendo el hombre lo mismo, le dijo: Quédate aquí con este caballo, y

aguárdame, que yo voy á un negocio preciso, que es el que me sacó esta noche de mi casa, que presto daré la vuelta, para que nos volvamos á la ciudad, ó te avisaré de lo que has de hacer. No, don Juan, replicó el hombre, no andas acertado en eso que me mandas, que á ese negocio á que vas que importa tanto, yo lo tengo de hacer, y tú eres el que te has de quedar aquí con el caballo. Rióse don Juan de voluntad, y respondióle : ¿Pues sabes tú lo que yo vengo á hacer, ó cómo puedes tú suplir la falta que yo haré? Esa es la gracia, respondió, que sé á lo que vienes, y he de suplir la que tú vienes á desempeñar. Acaba, dijo don Juan, que estás porfiado en vano, y perdemos tiempo. Ya yo lo veo, dijo el ahorcado, que perdemos no solo tiempo, mas las palabras, y tú eres el porfiado, y así toma el caballo, que esto ha de ser; yo he de ir, y tú te has de quedar. Cansado eres, y á saber esto no te hubiera traido conmigo, que si supieses los ratos de gusto que me quitas en detenerme, no me pagarias descortés el beneficio que esta noche te he hecho. No sabes bien cómo te lo pago, dijo el hombre, y los gustos que te estorbo; y para que no nos cansemos, que quieras que no quieras he de ir yo adonde tú vas; y mas, que no has de quedar aquí donde estamos, que el caballo lo has de atar á aquel árbol que está allí desviado, y tú te has de subir á otro apartado de él, donde no puedas ser visto : ten atencion á lo que vieres y oyeres, y entónces conocerás á cual de los dos importa mas que vaya, tú ó yo. Embelesado estaba don Juan oyéndole, con mil asustadas palpitaciones que el corazon le daba, que le hacian temblar todo el cuerpo, sin poder aquietarle, aunque se aprovechaba de todo su valor y ánimo, pareciéndole prodigioso todo lo que veia; y sin replicar mas tomó su caballo, y atándole al árbol, que el hombre le habia señalado, se subió en otro no muy léjos de él, aguardando á ver en qué paraba la porfía de aquel hombre, el cual en viéndole puesto en parte segura, caminó á la quinta; y de lo que mas se maravilló don Juan fué de ver que no encaminó á la puerta, ántes dando vuelta por junto á las tapias, se fué á un portillo que en la huerta habia, que era por donde él estaba avisado que habia de entrar, porque no fuese visto de la gente que en la quinta habia, acordándose muy bien que él no le habia dicho esta circunstancia.

Llegó el ahorcado al portillo, y apenas saltó por él, que era como de algo menos que un estado de hombre, cuando don Pedro y sus criados que estaban en centinela, pareciéndoles ser don Juan, disparando á un tiempo las pistolas, le derribaron en tierra, y luego que le vieron tendido fueron sobre él, y dándole muchas puñaladas le cogieron y echaron en un pozo muy hondo, arrojando sobre él cantidad de piedras que tenian apercibidas. Sin sentido quedó don Juan oyendo desde el sitio en que estaba el ruido de las bocas de fuego, sin poder imaginar qué fuese, y no hacia sino santiguarse; y mas le creció la admiracion cuando de allí á un cuarto de hora vió abrir las puertas de la quinta, y salir por ellas tres hombres á caballo, que como llegaron á emparejar con el de don Juan, y los sintió, relinchó; á lo que uno de los tres dijo : Es el caballo del señor, no subirá mas en él; y parecióle en la voz y en el talle á su amigo don Pedro. ¡Válgame el cielo, qué es esto! decia el espantado caballero,

¡qué es lo que me ha sucedido y sucede! ¡Don Pedro y sus criados en la quinta! ¡No dejarme ir aquel hombre que quité de la horca! ¡Oir ruido de pistolas! ¡Decir don Pedro aquellas expresiones! Y con estos pensamientos, así como los perdió de vista, y que habian tomado el camino de la ciudad, se bajó del árbol, y queriendo ir hácia la quinta, llegó el hombre todo bañado en sangre y mojado, dando con su venida á don Juan nuevas admiraciones, quien le dijo: Pídote por Dios que me desates de tantas dudas, y saques del cuidado en que estoy con las cosas que esta noche me han sucedido; que ó pienso que sueño, ó que estoy encantado. Ni sueñas ni estás encantado, respondió él, yo te lo aclararé todo. ¿No viste á don Pedro tu amigo, y á sus criados? ¿No oiste lo que dijeron? ¿Pues tan ignorante eres, que no sacas de eso lo que puede ser? Vesme como vengo; pues todas estas heridas me han dado creyendo ser tú, y luego me echaron en un pozo, y muchas piedras sobre mí, y aun pienso que don Pedro no quedó vengado de tu traicion y falsa amistad, de que Roseleta su mujer le dió cuenta, poniéndole en la mano tus papeles, y por órden suya te escribió ella, para que viniendo aquí su marido te diese el castigo que merecen tus atrevimientos; y mira lo que los cristianos pecadores debemos á la Vírgen María Madre de Dios y Señora nuestra, que con venir como venias á ofender á su precioso Hijo y á ella, se obligó de aquella Ave María que la rezaste cuando saliendo de la ciudad tocaron á la oracion, y de una misa que todos los sábados le haces decir en tu capilla, donde tienes tu entierro y el de tus padres, y le pidió á su precioso Hijo te librase de este peligro, que tú mismo ibas á buscar; y su divina Magestad por su voluntad (quizá para que siendo este caso tan prodigioso y de admiracion, tú y los demas que lo entendieran sean con mas veras devotos de su Madre) me mandó viniese de la manera que has visto, para que tomando á los ojos de don Pedro y sus criados tu forma, lleven creido que te dejan muerto y sepultado en aquel pozo, y tú tengas lugar de arrepentirte y enmendarte: ya te he librado y dicho lo que tan admirado te tiene: quédate con Dios, y mira lo que haces, y que tienes alma, y que esta noche has estado cerca de perderla con la vida: yo me voy adonde estaba cuando Dios me mandó que viniera á librarte, que yo muerto estoy, y no vivo; y acuérdate de mí para hacerme algun bien. Diciendo esto, dejando á don Juan mas confuso y asombrado que hasta allí, se le desapareció de delante; y es cierto que á no valerse de todo su ánimo cayera allí sin sentido; mas haciéndose mil veces la cruz en su frente, y dando muchas gracias á Dios y á su bendita Madre, desató su caballo, y subiendo en él, tomó el camino de la ciudad con nuevos pensamientos, bien diferentes de los que hasta allí habia tenido; y como llegó en frente de la horca, miró hácia ella, y vió á los tres hombres como ántes estaban.

Entró en la ciudad encomendándolos á Dios, y llegando á su casa se acostó, sin hablar nada á ninguno de sus criados, que estaban admirados de su tardanza, por ser ya mas de media noche, la cual pasó hasta que fué de dia con mucha inquietud. Como viese la luz, se vistió, y se fué á casa de su amigo don Pedro, que estaba durmiendo con su mujer, con-

tento con haberse vengado, y de modo que nadie sabia qué se habia hecho don Juan; y entrando en la calle, como le viesen los criados de don Pedro que habian asistido á su muerte, mas admirados que don Juan habia estado la noche ántes, fueron á su amo, y despertándole, le dijeron: ¡Señor, la mayor maravilla que ha sucedido en el mundo! ¿Y qué es? replicó don Pedro. Que don Juan está vivo, y viene acá, respondieron ellos. ¿Estais en vuestro juicio, dijo don Pedro, ó le habeis perdido? ¿Cómo puede don Juan venir ni estar vivo? Pues si no muriera de las heridas que le dimos, era imposible salir del pozo con las piedras que le echamos encima. En mi juicio estoy, que no le he perdido; y digo que viene sano y bueno, dijo el uno de ellos, y vésle sube por la escalera. Y vive Dios, dijo el otro, que está ya en la antesala, que no las tengo todas conmigo, esté vivo ó muerto. Cuando esto se acabó de decir ya don Juan estaba en la cuadra, dejándolos á todos como los que han visto visiones, y mas á don Pedro, que no podia creer sino que era cuerpo fantástico. Entrando pues don Juan, se echó á los piés de don Pedro, pidiéndole perdon de los agravios que no habia cometido, aunque los habia intentado; y á Roseleta de sus atrevidas y locas pretensiones, contando sin que faltase nada de lo que le habia pasado, dejando á todos tan confusos, que apenas acertaban á responderle; y hecho esto, despidiéndose de todos, haciendo primero quitar los cuerpos que estaban en la horca, y haciéndoles un honroso entierro, mandándoles decir muchas misas, se fué á un convento de religiosos carmelitas descalzos, y se entró fraile, tomando el hábito de aquella purísima Señora, que le habia librado de tan manifiesto peligro.

Bien pensaréis, señores, que estos prodigiosos sucesos serian causa para que don Pedro estimase y quisiese mas á su esposa, conociendo cuan honesta y honrada era: pues no solo habia defendido su honor de las persuasiones de don Juan, sino avisádole de ellas para que pusiese remedio y se vengase: pues no fué así; que con los crueles y endurecidos corazones de los hombres no valen ni las buenas obras ni las malas; que de la misma suerte, como no sea á su gusto, estiman lo uno que lo otro, pues en ellos no es durable la voluntad, y por esto se cansan hasta de las propias mujeres; y si no las arrojan de sí como á las que no lo son, no es porque las aman, sino por su opinion. Así le sucedió á don Pedro, que ó fuese porque se cansó de la belleza de Roseleta (por tenerla por plato ordinario, y quisiera mudar y ver diferente cara), ó por hallarse corrido de lo que habia sucedido con don Juan, viendo que se habia divulgado por la ciudad, pues no se hablaba de otra cosa; y como el vulgo es novelero y no todos bien entendidos, cada uno daba su parecer; unos si don Pedro habia satisfecho su honor con lo que habia hecho, pues aunque se suponia no haber tenido efecto la culpa, para el honor del casado solo el amago basta, sin que dé el golpe: otros, poniéndole en la honestidad de Roseleta, decian si habia sido ó no, juzgando si la motivó diferentes accidentes que la honestidad, á avisar á su marido de las pretensiones de don Juan, y á esto anteponian el entrar tan de ordinario en su casa: otros, que no cumplia con la ley de honrada si no lo hiciera; de manera

que en todas partes se hablaba y habia corrillos sobre el caso, señalando á don Pedro con el dedo. Este, decian, es el que tornó á matar el ahorcado. Otros respondian : Buen lance echó . bien desagraviado quedó. Todo esto traia á don Pedro avergonzado, y con tal descontento, que sin mirar cómo el cielo habia sido autor de la defensa de don Juan, y que él estaba ya puesto al amparo de la misma que se le habia dado para que él no ejecutase su venganza, lo vino á pagar todo su inocente esposa, aborreciéndola de modo que ante sus ojos era un monstruo y una bestia fiera.

Opúsose á la hermosa y desdichada dama para que lo fuese de todo punto, si ya no bastaba verse aborrecida de su esposo, Angeliana, aquella dama que al principio dije que don Juan amaba cuando se enamoró de Roseleta, y que la habia gozado con palabra de esposo; la que como supo el suceso, rabiosa de haber perdido á don Juan por causa de Roseleta, se quiso vengar de entrambos; de la dama, quitándola su marido, y de don Juan, agraviándole con su amigo. Era libre, y habia errado, causa para que algunas se den mas á la libertad; que esto habian de mirar los hombres cuando desasosiegan las doncellas, que va sobre ellos el enseñarlas á ser malas. Poníase en las partes mas ocasionadas para que don Pedro la viese; y aunque no era tan hermosa como Roseleta, los ademanes libres, con otras señas que con lascivos ojos le hacia, como ya él aborrecia á su esposa, le atrajeron de suerte, que vino á conseguir su intento, de modo que don Pedro se enamoró de ella, entrando en su casa, no como recatado amante, sino con mas libertad que si fuera su marido; y como á cariño nuevo le asistia mas, faltando en su casa, no solo al regalo y agasajo de su esposa, sino tambien al sustento de su familia, no bástandole su hacienda y la de su mujer para que Angeliana destruyese; que siempre para las cosas del diablo sobra . y para las de Dios falta.

Vino á ser tan pública esta amistad, que la ciudad la murmuraba, y Roseleta no la ignoraba, por donde impaciente se quejaba, viniendo á tener entre ella y don Pedro los disgustos acostumbrados que sobre tales casos hay entre casados; y por esto, y ver que se disminuia su hacienda, no disfrutándola ella, se determinó á escribir un papel á Angeliana, amenazándola que si no se apartaba de la amistad de su marido, la haria quitar la vida. Este papel dió Angeliana á don Pedro con grandes sentimientos y lágrimas; y para dañarlo mas le dijo que ella sabia por cierto que don Juan habia gozado á Roseleta; que el darle los papeles y cuenta de las pretensiones que tenia, fué zelosa por vengarse de él porque se queria casar con ella, y que aquellos papeles eran de los primeros que don Juan le habia escrito; que los que despues se escribian el uno al otro llenos de amores y caricias, como ella habia visto algunos por habérselos quitado á don Juan, que de esos no le habia dado parte. Finalmente la traidora Angeliana lo dispuso de tal modo, pidiéndola la vengase de los atrevimientos de su esposa, y de haber sido causa de que ella no lo fuese de don Juan, que don Pedro dándola crédito se lo prometió; y para ejecutarlo, porque no le diesen á él ni á Angeliana la culpa, se concertaron en lo que habian de hacer, y fué que don Pedro se retiró de industria de la casa de su dama, y asistir con mas puntualidad

y cuidado á la suya y al regalo de Roseleta, con que la pobre señora, sosegados sus zelos, empezó á tener mas gusto que hasta allí habia tenido, viendo que su marido se habia aquietado, y quitádose de la ocasion de Angeliana.

Mas de dos meses aguardó el falso don Pedro la ocasion que deseaba, no viendo á su dama sino con gran cautela y recato. En este tiempo Roseleta cayó mala de un aprieto de garganta, de que fué necesario sangrarla, como se hizo; y esa misma noche el ingrato y cruel marido, despues de recogida la familia, viendo que dormia Roseleta, la quitó la venda de la sangría, y la destapó la vena, por donde se desangró hasta que rindió la hermosa vida á la fiera y rigurosa muerte, y como vió que ya habia ejecutado el golpe, y que estaba muerta, dando grandes voces, llamando criados y criadas que trajesen luz, alborotó la casa y vecindad, y entrando con la luz, que él de propósito habia muerto cuando hizo el buen hecho, hallaron la hermosa dama muerta, que como se habia desangrado, estaba la mas bella cosa que los ojos humanos habian visto. Llorábala toda su familia, y tambien la ciudad lamentaba tal desgracia, ayudando á todos el cruel don Pedro, que dando gritos y llorando lágrimas falsas, hacia y decia tales extremos, que en muchos acreditaba sentimientos, mas en otros cautela. ¿Adónde te has ido, decia, amada esposa mia? ¿Cómo has dejado el triste cuerpo de tu don Pedro sin alma? Presto seguirá tras tí la de este despreciado hombre. ¡Ay, ángel mio, cómo viviré sin tí! ¡Quién alegrará mis ojos, faltándoles la hermosura de mi querida y amada Roseleta! Arrojábase sobre ella, besábala las manos, y no queria que nadie le consolase, pues que él se estaba consolando. Enterraron á Roseleta con general sentimiento de todos, y esa misma noche vino Angeliana á consolar á don Pedro, y lo hizo tan bien, que se quedó en casa porque no se volviese á desconsolar, con lo que empezaron todos á conocer que él la habia muerto; mas cuando no se podia averiguar, paró solo en murmurarlo, y mas como dentro de tres meses se casó con Angeliana, con quien vivió en paz, aunque no seguros del castigo de Dios, que si no se les dió en esta vida, no les reservaria de él en la otra. Buscó don Pedro á don Juan, ya profeso, para matarle; mas no lo permitió Dios, que la que le habia guardado una vez le guardó siempre, porque con licencia de sus mayores pasó á mas estrecha vida, donde acabó en paz.

Vean ahora las damas de estos tiempos si con el ejemplo de los pasados se hallan con ánimo para fiarse de los hombres, aunque sean maridos; y no desengañarse de que el que mas dice amarlas, las aborrece; y el que mas las alaba, mas las vende; y el que mas muestra estimarlas, mas las desprecia; y que el que mas perdido se muestra por ellas, al fin las da la muerte; que para con las mujeres todos son unos; y esto se ve, en que si es honrada, es aborrecida porque lo es; y si es libre, cansa; si es honesta, es melindrosa; si atrevida, deshonesta; ni les agradan sus trages ni sus costumbres, como se ve en Roseleta y Camila, que ninguna acertó, ni la una callando, ni la otra hablando. Pues, señoras, desengañémonos, volvamos por nuestra opinion, mueran los hombres en nuestras

memorias; pues mas obligadas que á ellos estamos á nosotras mismas.

Con mucho desenfado, desahogo y donaire dió fin la hermosa Nise á su desengaño, dando á las damas con su buen entendido documento que temer y advertir lo que era justo que todas miren. Libre vivia Nise de amor, que aunque era hermosa, y deseada de muchos para merecerla por esposa, jamas habia rendido á ninguno su libre voluntad, y por eso con menos embarazo que Lisarda habia hablado; y como vieron que ya habia dado fin, empezaron las damas y caballeros á dar sus pareceres sobre el desengaño dicho, alegando si don Pedro fué fácil en creer lo que Angeliana le dijo contra el decoro de su esposa; pues debia conocer que siendo su amiga, y estando rabiosa del papel que habia recibido, lo cierto es que no podia hablar bien de ella. Los caballeros le disculpaban, alegando que un marido no está obligado, si quiere ser honrado, á averiguar nada; pues cuando con los cuerdos quedase sin culpa, los ignorantes no le desculparian; y cuando quisiera disimular, por ser caso secreto, lo que Angeliana le decia le bastaba para pensar que ella lo sabia, y mas afirmando haber visto papeles diferentes de los que á él le habian dado: y cuando estuviera muy cierto de la inocencia de Roseleta, ya parecia que Angeliana la ponia en duda aunque mintiese, y dejaba oscurecido su honor. Las damas decian lo contrario, afirmando que no por la honra la habia muerto; pues que mas deshonrado y oscurecido queria ver su honor, que con haberse casado con mujer ajada de don Juan, y despues gozada de él; sino que por quedar desembarazado por casarse con la culpada, habia muerto la sin culpa; que lo que mas se podia admirar era de que hubiese Dios librado á don Juan por tan cauteloso modo, y permitido que padeciese Roseleta. A lo cual Lisis respondió que eso no habia que sentir, mas de que á Dios no se le puede preguntar porqué hace esos milagros, supuesto que sus secretos son incomprehensibles; y así á unos libra, y á otros deja padecer; que á ella le parecia con el corto caudal de su ingenio, que á Roseleta le habia dado Dios el cielo, padeciendo aquel martirio, porque la debió de hallar en tiempo de merecerle, y que á don Juan le guardó hasta que le mereciese con la penitencia, y que tuviese mas larga vida, y tantos desengaños para enmendarla: con que sujetándose todos á su parecer, dieron lugar á la linda doña Isabel y á los demas músicos, que estaban aguardando silencio, para que cantasen este romance:

A pesar de la fortuna
Que su vista me quitó,
Sin ser aurora en mis brazos,
Ayer Febo amaneció,
Vertiendo risa en las flores
Con su divino esplendor,
Dando perlas á las fuentes,
Lustre, ser y admiracion.
¿Quién vió entre celajes rojos
Salir, gobernar el sol
Los flamígeros caballos

Que descompuso Faeton?
¿Quién vió decretar á Jove
El castigo que se dió
Al mozo mal entendido,
Que por soberbio cayó?
¿Y quién vió al sabio Mercurio
Adormecer al pastor,
Que velaba con cien ojos
A la desdichada Io?
¿Quién vió sujetando á Marte
Con su extremado valor
Las belicosas escuadras,
De quien es dueño y señor?
¿Quién le vió rendir á Vénus
La soberbia condicion,
Animoso entre soldados,
Tierno tratando de amor?
¿Quién vió conquistando al mundo
Aquel magno emperador,
Que alcanzó en él tanta monta,
Glorias, título y blason?
¿Quién vió vencer imposibles
Aquel mozo que abrasó,
Por castigar su flaqueza,
Su brazo con tal valor?
Así, selvas, á mis ojos
Un bello sol ofreció,
Y de haberle visto, selvas,
Mi dicha alabando estoy.
Envídieme la fortuna
Si oriente soy de tal sol,
Siendo diamante que alcanzo
A sus rayos mas valor.
¡Mas ay! que tal favor
En sueños la fortuna me ofreció;
Porque nunca mi amor,
Si no es durmiendo, aquesto mereció.

NOCHE QUINTA.

DESENGAÑO QUINTO.

TARDE LLEGA EL DESENGAÑO.

Acabada la música, ocupó la hermosa Filis el asiento que habia ya quedado desembarazado, bien temerosa de salir del empeño tan airosa como las demas que habian desengañado; y congojada de esto, cubriendo el hermoso rostro de nuevas y alejandrinas rosas que el ahogo le causaron, dijo: Cierto, hermosas damas y discretos caballeros, y tú divina Lisis, á cuyo gobierno estamos todas sujetas, que cediera de voluntad á cualquiera que me quisiera sacar de este empeño en que estoy puesta, este lugar; porque haber de desengañar en tiempo que se usan tantos engaños, que ya todos viven de ellos, de cualquiera estado ó calidad que sean, es fuerte rigor; y así digo que ni las mujeres son engañadas, que una cosa es dejarse engañar y otra es engañarse; ni los hombres deben de tener la culpa de todo lo que se les imputa; y así muchas mujeres vemos hoy, sin los casos pasados, llorar y gemir por haber sido burladas. ¿Qué mejor desengaño habemos menester? mas dirán lo que dijo una vez una bachillera, oyendo contar una desdicha que habia sucedido á una dama casada: Bueno fuera que por una nave que se anega, no navegasen las demas. Y cierto que aunque se dice que el libre albedrío no está sujeto á las estrellas, pues aprovechándonos de la razon las podemos vencer, soy de parecer que si nacimos sujetos á desdichas es imposible apartarnos de ellas. Bien se advierte en Camila y Roseleta, que ni la una con su prudencia pudo librarse, aunque calló; ni la otra con su arrojamiento, hablando, se libró tampoco; y aunque miro en Cárlos y don Pedro dos amigos bien crueles, no me puedo persuadir á que todos los hombres sean de una misma manera; pues juzgo que ni los hombres deben ser culpados en todo, ni las mujeres tampoco. Ellos nacieron con libertad de hombres, y ellas con recato de mujeres; y así por lo que deben ser mas culpadas, dejando á parte que son mas desgraciadas, es que como son las que pierden mas, luce en ellas mas el delito; y por esto como los hombres se juzgan los mas ofendidos, quéjanse, y condénanlas en todo, y así estan hoy mas abatidas que nunca, porque deben de ser los excesos mayores. Demas de esto, como los hombres con

el imperio que naturaleza les otorgó en serlo, temerosos quizá de que las mujeres no se le quiten; pues no hay duda que si no se dieran tanto á la compostura, afeminándose mas que naturaleza las afeminó; y como en lugar de aplicarse á jugar las armas y á estudiar las ciencias, estudiar en rizar el cabello y matizar el rostro, ya pudiera ser que pasaran en todo á los hombres: luego el culparlas de fáciles y de poco valor y menos provecho, es porque no se les alcen con la potesdad; y así en empezando á tener discurso las niñas, pónenlas á lavar y hacer vainillas, y si las enseñan á leer es por milagro; que hay padre que tiene por cosa de menos valor que sepan leer y escribir sus hijas, dando por causa que de saberlo son malas; como si no hubiera muchas mas que no lo saben, y lo son; y esta es natural envidia y temor que tienen de los que han de pasar en todo. Bueno fuera que si una mujer ciñera espada, sufriera que la agraviara un hombre en ninguna ocasion; harta gracia fuera que si una mujer profesara las letras, no se opusiera con los hombres, tanto á las dudas como á los puestos: segun esto, temor es el abatirlas y obligarlas á que ejerzan las cosas caseras. Esto prueba bien el valor de las hermanas del emperador Cárlos V, que no quiero asir de las pasadas, sino de las presentes; pues el entendimiento de la serenísima infanta doña Isabel Clara Eugenia de Austria, pues con ser el católico rey don Felipe II de tanto saber, que adquirió el nombre de prudente, no hacia ni intentaba accion alguna que no tomase consejo con ella: en tanto estimaba el consejo de su hija; pues en el gobierno de Flandes bien mostró cuan grande era su saber y valor. Pues la excelentísima condesa de Lemos, camarera mayor de la serenísima reina Margarita, y aya de la emperatriz de Alemania, abuela del excelentísimo conde de Lemos, que hoy vive, y viva muchos años, fué de tan excelentísimo entendimiento, demas de haber estudiado la lengua latina, que no habia letrado que la igualase. La señora doña Eugenia de Contreras, religiosa en el convento de Santa Juana de la Cruz, hablaba la lengua latina, y tenia tanta prontitud en la gramática y teología, por haberla estudiado, que admiraba á los mas elocuentes en ella. Pues demas de estas hay otras muchas de que hoy goza el mundo, excelentes en prosa y verso, como se ve en la señora doña María Varona, religiosa en el convento de la Concepcion Gerónima, y la señora doña Ana Caro, natural de Sevilla; y ya Madrid ha visto y hecho experiencia de su entendimiento y excelentísimos versos, pues los teatros la han hecho estimada, y los grandes entendimientos la han dado laureles y vítores, rotulando su nombre por las calles: y no será justo olvidar á la señora doña Isabel de Ribadeneira, dama de mi señora la condesa de Galvez, tan excelente y única en hacer versos, que de justicia merece el aplauso entre las pasadas y presentes; pues escribe con tanto acierto, que arrebata no solo á las mujeres, mas á los hombres, el laurel de la frente; y otras muchas que no nombro por no ser prolija. Puédese creer que si como á estas que estudiaron las concedió el cielo tan divinos entendimientos, si todas hicieran lo mismo, unas mas, y otras menos, todas supieran y fueran famosas. De manera que no voy fuera de camino, en que los hombres por temor y envidia las privan de

las letras y las armas, como hacen los moros á los cristianos que han de servir donde hay mujeres, que los hacen eunucos, por estar seguros de ellos. ¡Ah damas hermosas, y qué os pudiera decir si supiera que como soy oida no habia de ser murmurada! Ea, dejemos las galas, rosas y rizos, y volvamos por nosotras; unas con el entendimiento, y otras con las armas; y será el mejor desengaño para las que hoy son, y las que han de venir; y supuesto que he dicho lo que me parece, y ya que estoy en este asiento he de desengañar, es fuerza que cumpliendo el mandamiento de la divina Lisis, ha de ser mi desengaño contra los caballeros; y por si algun dia los hubiere menester, les pido perdon y licencia.

Con gran gusto escucharon todos á la hermosa Filis, que despues de haberla dado las gracias, y concedido lo que tan justamente pedia, empezó así:

Si mis penas pudieran ser medidas,
No fueran penas, no, que glorias fueran;
Con mas facilidad contar pudieran
Las aves que en el aire estan perdidas.
Las estrellas á cuenta reducidas,
Mas cierto que ellas número tuvieran
Por imposibles, fáciles se vieran
Contadas las arenas esparcidas.
Sin tí, dulce y ausente dueño mio,
La noche paso, deseando el dia,
Y en viendo el dia, por la noche lloro.
Lágrimas dónde estais, con gusto envio,
Gloria siento por tí en la pena mia,
Cierta señal que lo que pierdo adoro.
Espero, desespero, gimo y lloro,
Que sin tí, dueño amado,
Me cansa el rio y entristece el prado.
¡Cuando llegará el dia
En que te vuelva á ver, señora mia,
Que hasta que yo te vea,
No hay gusto para mí que gusto sea!

Así cantaba para divertir su pena, siendo tan grande como quien sabe qué es ausencia, don Martin, caballero mozo, noble, galan y bien entendido, natural de la imperial ciudad de Toledo, á quien deseos de aumentar honor habian ausentado de su patria, y apartado de una gallarda y hermosa dama, prima suya, á quien amaba para esposa; cuando navegaba la vuelta de España, honrado de valerosos hechos, y acrecentado de grandes servicios, adquiridos en Flandes, donde habia servido con valeroso ánimo y heróico valor á su católico rey, y de quien esperaba, llegando á la corte, honrosos premios, ligando de camino el libre cuello al yugo del matrimonio, lazo amable y suave para quien le toma con gusto, como él esperaba hacerlo con su hermosa prima, juzgando el camino eterno, por impedirle llegar á gozar y poseer sus amorosos bra-

zos, pareciéndole el próspero viento con que la nave volaba perezosa calma. Mas la fortuna (cruel enemiga del descanso, que jamas hace cosa á gusto del deseo), habiendo cerrado la noche oscura, tenebrosa y revuelta de espantosos truenos y relámpagos, con furiosa lluvia, trocándose el viento apacible en rigurosa tormenta; los marineros temerosos de perderse, queriendo amainar las velas porque la nave no diese contra alguna peña, y se hiciese pedazos, no les fué posible, ántes empezó á correr sin órden ni camino por donde el furioso viento la quiso llevar, con tanta pena de todos, que viendo no tenian otro remedio, puestos de rodillas, llamando á Dios, que tuviese misericordia de las almas, ya que los cuerpos se perdiesen, y así poniendo el timon la via de Cerdeña, pareciéndoles no medrarian muy mal si llegasen á ella; perdidas las esperanzas de quedar con las vidas, con grandes llantos se encomendaba cada uno al santo con quien mas devocion tenia; y es lo cierto que si no fuera por el valor con que don Martin los animaba, el mismo miedo los acabara : mas era toledano, cuyos pechos no le conocen, y así haciendo la misma cara al bien que al mal, poniendo todas sus esperanzas en Dios, esperaban con valor lo que sucediese.

Tres dias pasaron de esta suerte, sin darles lugar la oscuridad y el ir engolfados en alta mar á conocer por dónde iban; y ya que esto les aseguraba el temor de hacerse pedazos la nave, no lo hacia el dar en tierra de moros, cuando al cuarto dia descubrieron tierra, poco ántes de anochecer, mas fué para acrecentarles el temor, porque eran unas montañas tan altas, que ántes de sucederles el mal, ya le tenian previsto; y procurando amainar, fué imposible, pues la triste nave venia tan furiosa que ántes que tuviesen lugar de hacer lo que intentaban, dió contra las peñas y se hizo pedazos, con lo que viéndose perdidos, acudió cada uno como pudo á salvar la vida, y aun esa tenian por imposible librarla. Don Martin, que siguiendo el ejercicio de las armas, no era esta la primera fortuna en que se habia visto, animosamente asió una tabla, haciendo cada uno lo mismo, con cuyo amparo y el del cielo lograron, á pesar de las furiosas olas, tomar tierra en la parte donde mas cómodamente pudieron; y como en ella se vieron, aunque conociendo su manifiesto peligro por llegar las olas á batir en las mismas peñas por estar furiosas y fuera de madre, dieron gracias á Dios por las mercedes que les habia hecho.

Buscando, como pudieron, dónde ampararse don Martin y otro caballero pasagero, que los demas enderezaron hácia otras partes, se acogieron á un hueco o quiebra que en la peña habia, donde por estar bien cóncavo y cavado no llegaba el agua. Estuvieron hasta la mañana, que habiéndose sosegado el aire, y quitádose al cielo el ceño, salió el sol, y dió lugar á que las olas, retiradas á su cerúleo albergue, descubriesen una arenosa playa, de ancho hasta dos varas, de modo que se podia muy bien andar al rededor de las peñas. Viendo esto don Martin y su compañero, temerosos de que no les hallase allí la venidera noche, y deseosos de saber dónde estaban, y menesterosos de sustento, por no haber comido desde la mañana del dia pasado; salieron de aquel peligroso alber-

gue. y caminando por aquella vereda, iban buscando si hallaban alguna parte por donde subir á lo alto, con harto cuidado de que no fuese tierra de moros, donde perdiesen la libertad que el cielo les habia concedido, aunque les parecia mas civil muerte acabar la vida á manos de la hambre. No sé qué dulzura tiene esta triste vida, que aunque sea con trabajos y desdichas la apetecemos. Dábales á don Martin y su camarada mas guerra la hambre que el esperar verse cautivos, y sentian mas la pérdida de los mantenimientos, que con la nave se habian perdido, que los vestidos y ropa que se habian anegado con ella: si bien á don Martin no le hacian falta los dineros, porque en un bolsillo que traia en la faltriquera habia salvado buena cantidad de doblones y una cadena.

Mas de medio dia seria pasado, cuando caminando orilla del mar, descubrieron una mal usada senda, que á lo alto de la peña subia, y entrando por ella, no con poca fatiga, á cosa de las cuatro de la tarde llegaron á lo alto, desde donde descubrieron la tierra llana y deleitosa, muchas arboledas muy frescas, y en ellas huertas de agradable vista, y muchas tierras sembradas, y en ellas, ó cerca, algunas hermosas caserías; mas no vieron gente alguna, con lo que no pudieron salir de sus dudas de si estaban entre enemigos; mal al fin sujetos á lo que la fortuna quisiese hacer de ellos, como hallasen que comer, siguieron su camino, y á poco mas de una legua, cuando ya queria anochecer, descubrieron un grande y hermoso castillo, y vieron delante de él andarse paseando un caballero, que en su talle, vestido y buena presencia pareció serlo. Tenia sobre un vestido costoso y rico un gaban de terciopelo carmesí, con muchos pasamanos de oro, y al uso español, de que no se alegraron poco nuestros mojados y hambrientos caminantes, dando mil gracias á Dios, de que ya que con tanto trabajo los habia guiado hasta allí, fuese tierra de cristianos, porque hasta aquel punto habian temido lo contrario. Yéndose para el caballero, que se paró á esperarlos, juzgando en verlos venir así lo que podia ser, y como llegasen mas cerca, pudieron ver que era un hombre de hasta cuarenta años, y algo moreno, mas de hermoso rostro, el bigote y cabello negro, y algo encrespado. Llegando pues mas cerca, con semblante severo y alegre los saludó con mucha cortesía, y prosiguió diciendo: No tengo necesidad, señores, de preguntaros qué ventura os ha traido aqui, que ya juzgo en el modo que venis, á pié y mal enjutos, que habeis escapado de alguna derrotada nave que en la tempestad pasada se ha perdido, haciéndose pedazos en estas peñas; y no ha sido pequeña merced del cielo en haber escapado con las vidas, que ya otros muchos han perecido sin haber podido tomar tierra. Así es, respondió don Martin, despues de haberle vuelto las corteses saludes, y suplícoos, señor caballero, me hagais merced de decirme qué tierra es esta, y si hallarémos cerca algun lugar donde poder repararnos del trabajo pasado y del que nos fatiga, que es no haber comido dos dias ha. Estais, señores, respondió el caballero, en la gran Canaria; si bien por donde la fortuna os la hizo tomar es muy dificultoso el conocerla, y de aquí á la ciudad hay dos leguas; y supuesto que ya el dia va á la última jornada, será imposible llegar á ella á tiempo que os podais acomo-

dar de lo que os falta, y mas siendo forasteros, que es fuerza ignoreis el modo, y supuesto la necesidad que teneis de sustento y descanso, porque me pareceis en la lengua españoles, y tener yo gran parte de esta dichosa tierra, que es de lo que mas me honro, os suplico acepteis mi casa para descansar esta noche y todo el tiempo que mas os diere gusto, que en todo podeis mandar como propia, y yo lo tendré por muy gran favor; que despues yo iré con vosotros á la ciudad, donde voy algunas veces, y os podreis acomodar de lo que os faltare para vuestro viage. Agradecieron al noble caballero don Martin y su camarada con corteses razones lo que les ofrecia, aceptando, por la necesidad que tenian, su piadoso ofrecimiento; y con esto todos tres y algunos criados que habian salido del castillo se entraron en él; y cerrando y echando el puente, por ser ya tarde, y aquellos campos mal seguros de salteadores y bandoleros, subieron á lo alto.

Iban notando nuestros héroes que el caballero debia ser muy principal y rico, porque todas las salas estaban muy aliñadas de ricas colgaduras y excelentes pinturas, y de otras cosas curiosas que decian el valor del dueño, sin faltar mujeres, que acudieron á poner luces, y ver qué se les mandaba tocante al regalo de los huéspedes que su señor tenia, porque salieron, habiéndolas llamado, dos doncellas y cuatro esclavas blancas herradas en los rostros, á quienes el caballero dijo que fuesen á su señora, y la dijesen mandase apercibir dos buenas camas para aquellos caballeros, juntas en una cuadra, y que se aderezase presto la cena, porque necesitaban de comer y descansar; y miéntras esto se hacia, don Martin y el compañero se quedaron con el caballero, contando de su viage, y del modo que habian llegado allí, juzgando por lo que á las criadas habia dicho dijesen á su señora, que el caballero era casado. Aderezada la cena, y puestas las mesas, ya que iban á sentarse se les ofrecieron á la vista dos cosas, de que quedaron bien admirados, sin saber qué les habia sucedido; y fué que diciéndoles el caballero que se sentasen, y haciendo él lo mismo, sacó una llave de la faltriquera, y dándola á un criado, abrió con ella una pequeña puerta que en la sala habia, por donde vieron salir, cuando esperaban ó que saliesen algunos perros de caza ú otra cosa semejante, salió, como digo, una mujer, al mismo tiempo que por la otra donde entraban y salian las criadas otra, que la vista de cualquiera de ellas causó á don Martin y su compañero tan grande admiracion, que suspendidos no se les acordó de lo que iban á hacer, ni entendieron á que el caballero les daba prisa que se sentasen. La mujer que por la pequeña puerta salió parecia tener hasta veinte y seis años, hermosísima con tan grande extremo, que juzgó don Martin, con haberlas visto muy lindas en Flandes y España, que esta las excedia á todas; mas tan flaca y sin color, que parecia mas muerta que viva, ó que daba muestras de su cercana muerte. No traia sobre sus blanquísimas y delicadas carnes sino un saco de una gerga muy basta, y este le servia de camisa, faldellin y vestido, ceñido con un pedazo de soga. Los cabellos, que mas eran madejas de Arabia que otra cosa, partidos en trenza, como se dice, al estilo aldeano, y puestos detras de sus orejas, y sobre

ellos arrojada una toca de lino muy basto. Traia en sus hermosas manos (que parecian copos de nieve) una calavera. Juzgó don Martin, harto enternecido de verla destilar de sus hermosos ojos sartas de cristalinas perlas, que si en aquel trage se descubrian tanto los quilates de su belleza, que en otro mas precioso fuera asombro del mundo; y como llegó cerca de la mesa, se entró debajo de ella. La otra, que por la otra puerta salió, era una negra tan tinta, que el azabache era blanco en su comparacion, y sobre esto tan fiera, que juzgó don Martin que si no era el demonio, que debia ser retrato suyo; porque tenia las narices tan romas, que imitaban los perros bravos que ahora estan tan validos, y la boca con tan grande hocico y bozos tan gruesos, que parecia boca de leon, y lo demas á esta proporcion. Pudo muy bien don Martin notar su rostro y costosos aderezos en lo que tardó en llegar á la mesa, por venir delante de ella las dos doncellas con dos candeleros de plata en las manos, y en ellos dos bujías de cera encendidas. Traia la fiera y abominable negra vestida una saya entera, con manga en punta, de un raso de oro encarnado, tan resplandeciente y rica, que una reina no la podia tener mejor; collar de hombros y cintura de resplandecientes diamantes; en su garganta y muñecas gruesas y albísimas perlas, como lo eran las arracadas que colgaban de sus orejas: en la cabeza muchas flores y piedras de valor, como lo eran las sortijas que traia en sus manos. Así que llegó, el caballero con alegre rostro la tomó por la mano, y la hizo sentar á la mesa, diciendo: Seais bien venida, señora mia, y con esto se sentaron todos, la negra á su lado, y don Martin y su camarada en frente, tan admirados y divertidos en mirarla, que casi no se acordaban de comer.

Bien notó el caballero la suspension, mas no por esto dejó de regalar y acariciar á su negra y endemoniada dama, dándola los mejores bocados de su plato; y á la desdichada belleza que estaba debajo de la mesa los huesos y mendrugos, que aun para los perros no eran buenos, pero como tan necesitada de sustento, los roia como si fuera uno de ellos. Acabada la cena, la negra se despidió de los caballeros y de su amante ó marido, que ellos no podian adivinar qué fuese, y se volvió por donde habia venido, con la misma solemnidad de salir las doncellas con las luces; y saliendo de debajo de la mesa la maltratada hermosura, un criado de los que asistian á servir, en la calavera que traia en las manos la echó agua; y volviéndose á su albergue, cerró el criado la puerta con llave, y se la dió á su señor. Pasado pues esto, y los criados idos á cenar, viendo el caballero á sus huéspedes tan suspensos, pensando en las cosas que en aquella casa veian, sin atreverse á preguntar la causa, les habló de esta suerte. Si bien, buenos amigos, el trabajo pasado en la mar os ha hecho necesario mas el descanso y reposo que el oir sucesos, véoos tan admirados de lo que en esta casa veis, que estoy seguro que no os pesará el oir el mio, y la causa de los extremos que veis, que los juzgareis encantamientos de los que se cuentan habia en la primera edad del mundo; y porque salgais de la admiracion en que os veo, si gustais de saberla, con vuestra licencia os contaré mi prodigiosa historia, asegurándoos que sois los primeros á quienes la he dicho, y han visto lo que en este castillo

pasa; porque desde que me retiré á él de la ciudad, no he consentido que ninguno de mis deudos ó amigos que me vienen á ver pasen de la primera sala, ni mis criados se atreverán á contar á nadie lo que aquí pasa, pena de que les costara la vida. Antes, amigo y señor, respondió don Martin, te suplico que lo digas, y me saques de la confusion en que estoy, que no puedo tener el descanso que dices que mi fatiga ha menester sin saber primero la historia que encierra tan prodigiosos misterios. Pues supuesto eso, os la diré, dijo el caballero: estadme atentos, que pasa así:

Mi nombre es don Jaime de Aragon, que este mismo fué el de mi padre, quien fué natural de Barcelona en el reino de Cataluña, y de nobles caballeros de ella, como lo dice mi apellido. Tuvo mi padre con otros caballeros de su patria unas competencias sobre el galanteo de una dama, y fué de suerte que llegaron á sacar las espadas, donde mi padre, ó por mas valiente, ó mas bien afortunado, dejando uno de sus contrarios en el último vale, se escapó en un caballo al reino de Valencia, y embarcándose allí, pasó á Italia, donde estuvo algunos años en la ciudad de Nápoles sirviendo al rey como valeroso caballero, donde llegó á ser capitan, y ya cansado de andar fuera de su patria, volviéndose á ella, con tormenta derrotado como vosotros en esas peñas, y salvando la vida por el mismo modo, estándose reparando en la ciudad del trabajo pasado, vió á mi madre, que habiendo muerto sus padres, la habian dejado niña y rica. Finalmente, al cabo de dos años que la galanteó, vino á casarse con ella. Tuviéronme á mí solo por fruto de su matrimonio, que llegando debajo de su educacion á la edad floreciente de diez y ocho años, era tan inclinado á las armas, que pedí á mis padres la licencia para pasar á Flandes á emplear algunos años en ellas y ver tierras. Tuviéronlo por bien mis padres, porque no perdiese el honor que por tan noble ejercicio podia ganar, aunque con paternal sentimiento me acomodaron de lo necesario, y tomando su bendicion, me embarqué para Flandes, que llegando á ella, asenté mi plaza, y acudí á lo que era necesario en el ejercicio que profesaba, y en esto empleé seis años, y pienso que estuviera hasta ahora si no me hubiera sucedido un caso el mas espantoso que habreis oido. Tenia yo á esta sazon veinte y cuatro años, el talle conforme á la floreciente edad que tenia, las galas como de soldado, y las gracias como de mozo, acompañando á esto el valor de la noble sangre que tengo. Pues estando un dia en el cuerpo de guardia con otros camaradas y amigos, llegó á mí un hombre anciano, que al parecer profesaba ser escudero, y llamándome á un lado me dijo que le oyese una palabra, y despidiéndome de mis amigos me aparté con él, que en viéndome solo, me puso en la mano un papel, diciendo que leyese, y de palabra le diese la respuesta. Leíle, y contenia estas razones:

« Tu talle, español, junto con las demas gracias que te dió el cielo, » me fuerzan á desear hablarte: si te atreves á venir á mi casa con las » condiciones que te dirá ese criado, no te pesará de haberme conocido. » Dios te guarde. »

Viendo que el papel no decia mas, y que se remitia á lo que dijese el criado, le pregunté el modo de poder obedecer lo que en aquel papel se me mandaba, y me respondió que no habia que advertirme mas de que si me resolvia á ir, que le aguardase en dando las diez en aquel mismo puesto, que él vendria por mí y me llevaria. Yo, que con la juventud que tenia, la facultad que profesaba, y ayudado de mi noble sangre, no miraba en riesgos ni temia peligros, pareciéndome que aunque fuese á los abismos no aventuraba nada, porque no conocia la cara al temor, acepté la ida, respondiendo que le aguardaria. Advirtióme el sagaz mensagero que en este caso no habia mas riesgo que el de comunicarlo con nadie, y que así me suplicaba que ni á camarada ni á amigo lo dijese, que importaba á mí y á la persona que le enviaba. Asegurado de todo, y sin sosiego hasta ver el fondo á un caso con tantas cautelas gobernado, apenas ví que serian las diez, cuando hurtándome á mis camaradas, me fuí al señalado puesto, y dando el reloj las diez, llegó mi viejo en un valiente caballo, que por hacer la noche entre clara se dejaba ver, y bajando de él, lo primero que hizo fué vendarme los ojos con un tafetan, de que venia apercibido, de cuya accion unas veces dudaba fuese segura, y otras me reia de semejantes transformaciones, y diciendo que subiese en el caballo, subió él á las ancas, y empezamos á caminar, pareciéndome en el tiempo que caminamos, que habian sido dos millas, porque cruzando calles y callejuelas, como por ir tapados los ojos no podia ver por donde iba, muchas veces creí que volvíamos á caminar lo que ya habíamos andado. En fin llegamos al cabo de mas de una hora á una casa, y entrando en el zaguan, nos apeamos, y así tapados los ojos como estaba, me asió de la mano, y me subió por unas escaleras. Yo os confieso que en esta ocasion tuve algun temor, y me pesó de haberme puesto en una ocasion, que ella misma, pues iba fundada en tanta cautela, estaba amenazando algun grave peligro; mas considerando que ya no podia volver atras, y que no era lo peor haberme dejado mi daga y espada, y una pistola pequeña que llevaba en la faltriquera, me volví á cobrar, pues juzgué que teniendo con que defenderme, ya que muriese podía matar.

Acabamos de subir, y en medio de un corredor, á lo que me pareció por haber tentado las varandas, con una llave que traia abrió una puerta, y trasladando al entrar por ella mi mano que en la suya llevaba á otra, que al parecer del tacto juzgué mejor, sin hablar palabra volvió á cerrar y se fué, dejándome mas encantado que ántes; porque la dama á quien me entregó, segun juzgué por el rugir de la seda, fué conmigo caminando otras tres salas, y en la última, llegando á un estrado, se sentó, y me dijo que me sentase. Animéme cuando la oí hablar, y díjele: Gracias á Dios, señora mia, que ya sé que estoy en el cielo, y no como he creido que me llevaban á los infernales abismos. ¿Pues en qué conoceis que aquí es el cielo? me replicó. En la gloria que siento en el alma, y en el olor y dulzura de este albergue, y que aunque ciego, ó yo soy de mal conocimiento, ó esta mano que tengo en la mia no puede ser sino de un ángel. ¡Ay don Jayme! me volvió á replicar, no juzgues á desenvoltura

esto que has visto, sino á fuerza de amor, de que he querido muchas veces librarme, y no he podido, aunque he procurado armarme de la honestidad y de la calidad que tengo; mas tu gala y bizarría han podido mas, y así han salido vencedoras, rindiendo todas cuantas defensas he procurado poner á los piés de tu valor, con lo cual atropellando inconvenientes, te he traido de la manera que ves; porque tanto á tí como á mí nos importa vivir con este secreto y recato; y así para conseguir este amoroso empleo, te ruego que no lo comuniques con nadie, que si alguna cosa mala teneis los españoles, es el no saber guardar secreto. Con esto me desvendó los ojos, aunque fué como si no lo hiciera, porque todo estaba á oscuras; y yo agradeciéndole tan soberanos favores, con el atrevimiento de estar solos y sin luz, empecé á procurar por el aliento á conocer lo que la vista no podia, brujuleando partes tan realzadas, que la juzgué en mi imaginacion por alguna deidad.

Hasta dada la una estuve con ella gozando regaladísimos favores, cuanto la ocasion daba lugar, y pareciéndole hora, como me hubiese dado un bolsillo grande, y con buen bulto, pues estaba tan lleno que apenas se podia cerrar, se despidió de mí con amorosos sentimientos, y volviéndome á vendar los ojos, diciendo que la noche siguiente no me descuidase de estar en el mismo puesto, salió conmigo hasta la puerta por donde entré, y entregándome al mismo que me habia traido, volviendo á cerrar, bajamos donde estaba el caballo, y subiendo en él, caminamos otro tanto tiempo como á la ida, hasta ponerme en el mismo puesto de donde me habia sacado. Llegué, en yéndose el criado, á mi posada, y hallando en ella ya acostados y durmiendo á mis camaradas, me entré á mi aposento, y haciéndome millares de cruces del suceso que por mí pasaba, abrí el bolsillo, y habia en él una cadena de peso de doscientos escudos de oro, cuatro sortijas de diamantes, y cien doblones de á cuatro. Quéde absorto, juzgando que debia de ser mujer poderosa, y dando gracias á mi buena dicha, pasé la noche, dando otro dia cadena al cuello y á las manos relumbrones, jugando largo y gastando liberal con los amigos: tanto que ellos me decian que de qué Indias habia venido; á quienes satisfacia con decir que mi padre me lo habia enviado; y á la noche siguiente aguardando en el puesto á mi guia, que fué muy cierta á la misma hora, á quien recibí con los brazos, y con darle lo que merecia su cuidado, con esto de la misma suerte que la noche pasada fuí recibido y agasajado, y bien premiado mi trabajo, pues aquella noche me proveyó las faltriqueras de tantos doblones, que seria imposible el creerlo.

De esta suerte pasé mas de un mes, sin faltar noche alguna mi guia, ni yo de gozar mi dama encantada, ni ella de colmarme de dineros y preciosas joyas, que en el tiempo que digo largamente me dió mas de seis mil ducados, con que yo me trataba como un príncipe, sin que en todo este tiempo que he dicho permitiese dejarse ver; y si la importunaba para ello, me respondia que no nos convenia; porquo verla y perderla habia de ser uno; mas como las venturas fundadas en vicios y deleites perecederos no pueden durar, cansóse la fortuna de mi dicha, y volvió su rueda contra mí; y fué que como mis amigos y camaradas me veian tan

medrado y poderoso, sospecharon mal, y empezaron á hablar peor; porque echando juicios y haciendo discursos de donde podia tener yo tantas joyas y dineros, dieron en el mas ínfimo, diciendo que era ladron ó salteador, y esto lo hablaban en mis espaldas tan descaradamente, que vino á oidos de un camarada mio, llamado don Baltasar: y si bien en varias ocasiones habia vuelto por mí, y puéstose en muchos riesgos, enfadado de verme en tan mala opinion, y quizá temiendo no fuese verdad lo que decian, me apartó una tarde de todos, y sacándome al campo me dijo: Cierto, amigo don Jaime, que ya es imposible el poder excusar deciros mi sentimiento, para lo que aquí os he traido, y creedme, que el quereros bien lo ocasiona, porque siento tanto el oir hablar mal de vos, como se hace entre todos los que os conocen, y os han visto no tan sobrado como estais; y para decirlo de una vez, sabed que despues que os ven con tantos aumentos, y mejorado de galas y joyas, como haceis alarde de unos dias á esta parte, entre los soldados, todos juntos, y cada uno de por sí, haciendo conjeturas y juicios de dónde os puede venir, dicen públicamente que lo teneis de donde aun yo me avergüenzo de decirlo, mas ya no es tiempo de que se os encubra; dicen, en fin, que debeis de hurtar y capear, infiriéndolo de que os ven faltar de casa todas las noches: yo he tenido por volver por vos muchos enfados, mas es caso dificultoso poder uno solo contra tantos. Ruégoos, por la amistad que entre los dos hay, que es mas que parentesco, me saqueis de esta duda, para que ya que los demas esten engañados, no lo esté yo, que soy tambien hombre y puede ser que viendo que os guardais y cautelais de mí, crea el mismo engaño que los demas creen, y sabiendo yo lo contrario, pueda seguramente volver por vuestra perdida opinion, y sustentar la mia.

Reíme muy de voluntad, oyendo á don Baltasar lo que me decia, y quise disculparme, dando diferente color al caso, por no descubrir el secreto de mi amada prenda, que ya á este tiempo con las cargas de las obligaciones que la tenia, aunque no la veia, la queria; mas al fin don Baltasar apretó tanto la dificultad, que pidiéndole por la amistad que habia entre los dos me guardase el secreto, avisándole el riesgo que me corria, le conté todo lo que me habia sucedido y sucedia. Admiróse, y tornóse á admirar don Baltasar, y despues de haber dado y tomado sobre el caso, me dijo: ¿Es posible, amigo, que no hemos de saber esta casa dónde es, siquiera para seguridad de vuestra vida? Dudoso lo hallo, dije yo, por el modo con que me llevan. No muy dudoso, dijo don Baltasar, pues se puede llevar una esponja empapada en sangre, y esta acomodada en un vaso, y haciendo con ella al entrar ó salir una señal en la puerta, será facil otro dia que hallemos por ella la casa. En fin para abreviar, aquella misma noche llevé la esponja, y señalé la puerta, y otro dia don Baltasar y yo no dejamos en toda la ciudad calle ni plaza, rincon ni callejuela, que no buscamos; mas nunca tal señal pudimos descubrir, y volviéndonos ya á la posada, cansados y admirados del caso, no á veinte casas de ella, en unas muy principalísimas vimos la señal de la sangre, de que quedamos confusos y atónitos, y que el rodear cuando me llevaban tanto juzgamos era por deslumbrarme, para que juzgase que era

muy léjos. Informámonos cuyas eran las dichas casas, y supimos ser de un príncipe y gran potentado de aquel reino, ya muy viejo, y que solo tenia una hija heredera de todo su estado y riqueza, viuda, mas muy moza, por haberla casado niña, y de las mas bellas damas de aquel pais. Mirámoslo todo muy bien, y notamos que, aunque habia muchas rejas y balcones, todas estaban con muy espesas celosías, por donde se podia ver sin ser vistos.

Recogímonos á la posada hablando del caso, y despues de haber cenado nos salimos, yo á mi puesto, para aguardar mi guia, y don Baltasar á ocultarse en la misma casa hasta satisfacerse, y al fin nos enteramos de todo, porque venido mi viejo norte, yo me fuí á mis oscuras glorias, y don Baltasar aguardó hasta que me vió entrar, con que se volvió á la posada, y yo me quedé con mi dama, con la cual, haciéndole nuevas caricias, y mostrándole mayores rendimientos, pude alcanzar, aunque contra su voluntad, dejarse ver: así ella misma fue por la luz, y sacando entre sus hermosos dedos una bujía de cera encendida, ví, no una mujer, sino un serafin, y sentándose junto á mí, me dijo: Ya me ves, don Jaime, quiera el cielo no sea para perderme: madama Lucrecia soy, princesa de Erne, no dirás que no has alcanzado conmigo cuanto has querido, mira lo que haces. ¡Ay qué desórdenes hace la mocedad! Si yo tuviera en la memoria estas palabras, no hubiera llegado al estado en que estoy, y le tuviera mayor, porque matando la luz, prosiguió diciendo: Mi padre es muy viejo, no tiene otro hijo sino á mí, y aunque me salen muchos casamientos, ninguno acepto ni aceptaré hasta que el cielo me dé lugar para hacerte mi esposo. Beséle las manos por las mercedes que me hacia, y las que de nuevo me ofrecia; y siendo hora, colmado de dichas y dineros, y muy enamorado de la linda Lucrecia, me vine á mi posada, dando cuenta á don Baltasar de lo que habia pasado; si bien cuidadoso de que conocí en Lucrecia quedar triste y confusa.

Otro dia por la mañana me vestí aun con mas gala y cuidado que otras veces, y con mi camarada salimos á la calle segun costumbre, y como mozo mal regido y enamorado, empezamos á dar vueltas por la calle, ya hácia arriba, y ya abajo, mirando á las ventanas, porque ya los ojos no podian excusarse en buscar la hermosura que habian visto, y despues de comer gastamos la tarde en lo mismo. ¡Ay de mí! y cómo ya mi desdicha me estaba persiguiendo, y mis venturas, cansadas de acompañarme, me querian dejar; porque no habiendo en todo el dia visto ni aun sombra de mujer en aquella casa, llegamos á la mia, y miéntras don Baltasar fué al cuerpo de guardia, yo me quedé á la puerta. Era poquito ántes de anochecer, como se dice entre dos luces, cuando llegó á mí una mujer en trage de flamenco, con una mascarilla en el rostro, y me dijo en lengua española, que ya la saben todos en aquel reino, por la comunicacion que hay con españoles: Mal aconsejado mozo, salte de la ciudad al punto; mira que no te va menos que la vida, porque esta noche te han de matar por mandado de quien mas te quiere; y por la lástima que tengo á tu juventud y gallardía, con harto riesgo mio te aviso; y diciendo esto se fué como el mismo viento, sin aguardar respuesta mia, ni yo poder

seguirla, porque al mismo punto llegó don Baltasar con otros amigos que posaban con nosotros; y si os he de decir la verdad, aunque no vinieran, no la pudiera seguir, segun cortado y desmayado me dejaron sus palabras; si bien me colegí que fuese mi amada señora el juez que me condenaba á tan precisa y cercana muerte: con todo eso, como llegaron los amigos me cobré algo, y despues de haber cenado aparté á don Baltasar, y le conté lo que me habia pasado, que echando mil juicios, unas veces temiendo, y otras con el valor que requerian tales cosas, estuvimos hasta los tres cuartos de las diez, que ya cansado de pensar qué seria, con la soberbia que mi valor me daba dije: Las diez darán; vamos, amigo, y venga el mundo, que aunque me cueste la vida, no dejaré la empresa comenzada. Salimos, llegué al puesto, dieron las diez, y no vino el que esperaba; aguardé hasta las once, y viendo que no venia, dije á don Baltasar: Puede ser que si acaso os han visto, no lleguen por eso: apartaos, y encubríos en esta callejuela, veamos si es esta la ocasion; y apenas don Baltasar se desvió donde le dije, cuando salieron de una casa mas abajo de donde yo estaba seis hombres armados, y con máscaras, y disparando dos de ellos dos pistolas, y los otros metiendo mano á las espadas, me acometieron, cercándome por todas partes: de las pistolas la una fué por alto, mas la otra me acertó en un brazo, que si bien no encarnó para hacerme pedazos, bastó á herirme muy mal: metí mano, y quise defenderme, mas fué imposible, porque á cuchilladas y estocadas, como eran seis contra mí, me derribaron herido mortalmente. Al ruido volvió mi camarada, y salieron de las casas vecinas gentes, y de mi posada los amigos, que aun no estaban acostados, por haberse puesto á jugar, y los traidores, viendo lo que les importaba, se pusieron en fuga, que sino tengo por sin duda que no se fueran hasta acabarme. Lleváronme á la posada medio muerto, trajeron á un tiempo los médicos para el alma y para el cuerpo, que no fué pequeña misericordia de Dios quedar para poderme aprovechar de ellos. En fin llegué á punto de muerte; mas no quiso el cielo que se ejecutase entónces esta sentencia.

Púsose tanto cuidado en mi cura, como me hallé con dinero para hacerlo, que vine á mejorar de mis heridas, y estar ya para poderme levantar; y cuando lo empezaba á hacer, me envió el general á decir con el sargento mayor, que tratase de salir luego de aquel pais, y me volviese á mi patria, porque me hacia cierto de que quien me habia puesto en el estado que estaba aun no estaba vengado, que así se lo avisaban por un papel que le habian dado, sin saber quién; y que le decian en él que por loco y mal celador de secretos habia sido; que no hiciese juicios, que de mano de una mujer se habia todo originado. En esto conocí de qué parte habia procedido mi daño; y así sin aguardar á estar mas convalecido, me puse en camino, y con harto trabajo, por mi poca salud, llegué á mi patria, donde hallé que ya la airada parca habia cortado el hilo de la vida á mi madre, y á mi padre viejo y muy enfermo, por lo que dentro de un año siguió á su amada consorte. Quedé rico, y en lo mejor de mi edad, pues tenia á la sazon treinta y tres á treinta y cuatro años. Ofreciéronseme luego muchos casamientos de señoras de mucha calidad y hacienda, mas

yo no tenia ninguna voluntad de casarme, porque aun vivia en mi alma la imágen adorada de madama Lucrecia, perdida el mismo dia que la ví, pues aunque habia sido causa de tanto mal como padecí, no la podia olvidar ni aborrecer; hasta que una semana santa, acudiendo á la iglesia mayor á los divinos oficios, ví un sol, poco digo, un ángel; ví en fin un retrato de Lucrecia, tan parecido á ella, que mil veces me quise persuadir á que arrepentida de haberme puesto en la ocasion que he dicho, se habia venido tras mí: ví en fin Elena, que este es el nombre de aquella desaventurada mujer que habeis visto comer los huesos y migajas de mi mesa; y así como la ví no la amé, porque ya la amaba; la adoré, y luego propuse, si no habia causa que lo estorbase, á hacerla mi esposa; seguíla, informéme de su calidad y estado; supe que era noble, mas tan pobre, que aun para una medianía le faltaba; era doncella, y sus virtudes las mismas que pude desear, pues el dote de la hermosura se allegaba al de honesta, recogida y bien entendida: no tenia padre, que habia muerto un año habia, y su madre era una honrada y santa señora.

Contento de todo, haciendo cuenta que la virtud y hermosura era la mayor riqueza, y que en tener á Elena tenia mas riquezas que tuvo Midas, me casé con ella, quedando madre é hija tan agradecidas, que siempre lo estaban repitiendo; y yo como mas amante me tuve en merecerla por el mas dichoso de los hombres. Saqué á Elena de la mayor miseria á la mayor grandeza, como habeis visto en esta negra que ha estado á mi mesa esta noche, dando envidia á las mas nobles damas de toda la gran Canaria, tanto con la hermosura como con la grandeza en que la veian; luciendo tanto la belleza de Elena con los atavíos y ricas joyas, que se quedaban embelesados cuantos la veian: y yo cada dia mas y mas enamorado, buscando nuevos rendimientos para mas obligarla, amábala tan ternísimamente, que las horas sin ella juzgaba siglos, y los años en su compañía instantes. Elena era mi cielo, Elena era mi gloria, Elena era mi jardin, Elena mis holguras, y Elena mi recreo. ¡Ay de mí, y cómo me tendreis por loco, viéndome recrear con el nombre de Elena, y maltratarla como esta noche habeis visto! Pues ya es Elena mi asombro, mi horror, mi aborrecimiento; fué mujer Elena, y como mujer ocasionó sus desdichas y las mias. Murió su madre á los seis años de casada Elena, y sentílo yo mas que ella: ¡pluguiera al cielo viviera, que quizá á su sombra fuera su hija la que debia ser!

Tenia Elena un primo hermano, hijo de una hermana de su padre, mozo galan y bien entendido: mas tan pobre que no tenia para poder seguir sus estudios y dedicarse á la iglesia; y yo, que todas las cosas de Elena las estimaba mias, para que pudiera conseguir los estudios le traje á mi casa, comiendo, vistiendo, y triunfando á costa mia, y se lo daba yo con mucho gusto, porque le tenia en lugar de hijo. Ya habia ocho años que eramos casados, pareciéndome á mí que no habia una hora: vivíamos en la ciudad, si bien los veranos nos veníamos á este castillo á recoger la hacienda del campo, como todos hacen; y aquel verano, que fué en el que empezó mi desdicha, sucedió no estar Elena buena; y creyendo que fuesen achaques de preñada, como yo lo deseaba,

no la consentí venir aquí: vine yo solo, y como el vivir sin ella era imposible, á los ocho dias, instándome el deseo de verla, volví á la ciudad con el mayor contento que puede imaginarse: llegué á sus brazos, y fuí recibido con el mismo. Cuando considero las traiciones de una mujer se me acaba la vida: ¡con qué disimulacion me acarició, pidiéndome que si habia de volver al castillo no la dejase, que estando apartada de mí no vivia. Pues apenas estuve sosegado en mi casa, me llamó aparte esta negra que aquí veis, que nació en mi casa de otra negra y un negro, que siendo los dos esclavos de mis padres, los casaron, y me dijo llorando: Ya, señor, no será razon encubrirte la maldad que pasa, que fuera negarme á la crianza que tus padres y tú hicisteis á los mios, y á mí y al pan que como: sabe Dios la pena que tengo en llegar á decirte esto, mas no es justo que pudiendo remediarlo, por callar yo vivas tú engañado y sin honra; y por no detenerme, que temo no será mas mi vida, de cuanto me vean hablar contigo, porque así me han amenazado; mi señora y su primo tratan en tu ofensa é ilícito amor, y en faltando tú, en tu lugar ocupa su primo tu lecho; yo lo habia sospechado, y cuidadosa lo miré, y es el mal que lo sintieron. Yo te he avisado de la traicion que te hacen; ahora pon en ello el remedio.

Cómo quedé, buenos amigos, el cielo solo lo sabe, y vosotros lo podeis juzgar. Mil veces quise sacar la lengua á la vil mensagera, y otras no dejar en toda la casa nada vivo; mas viendo que era espantar la caza si lo hacia, me reporté, y disimulando mi desventurada pena, traté otro dia, no teniendo ya paciencia para aguardar á ver mi agravio á vista de mis ojos, de que nos viniésemos aquí; y dando á entender que me importaba estar aquí mas despacio que otras veces, envié todo el menage de casa, criados y esclavos primero, y luego partimos nosotros. Elena, con gusto de lo que yo le tenia, aunque fuese por cautela y disimulacion, que estoy en que lo era, y aunque no lo fuese, pues al honor de un marido solo que él lo sospeche basta; cuanto mas habiendo testigo de vista, convino en todo placentera. Lo primero que hice, ciego de furiosa cólera, en llegando aquí, fué quemar vivo al traidor primo de Elena, reservando su cabeza para lo que habeis visto, que es la que traia en las manos, para que le sirva de vaso en que beba los acíbares, como bebió en su boca las dulzuras. Luego llamando á la negra que me habia descubierto la traicion, la dí todas las joyas y galas de Elena delante de ella misma, y la dije por darle mas dolor que ella habia de ser mi mujer, y como á tal se sirviese y mandase de la hacienda, criadas y criados, durmiendo en mi misma cama, aunque esto no lo ejecuto, pues ántes que Elena acabe la he de quitar á ella tambien la vida. Queríase disculpar Elena, mas no se lo consentí. No la maté luego; porque una muerte breve es pequeño castigo para quien hizo tal maldad contra un hombre, que sacándola de su miseria la puso en la alteza que os he contado. En fin, de la suerte que veis ha dos años que la tengo, no comiendo mas de lo que hoy ha comido y bebido, ni teniendo mas de unas pajas para cama; ni aquel rincon donde está es mayor que lo que cabe su cuerpo echado, que aun en pié no se puede poner; su compañía es la calavera de su traidor y amado primo, y

así ha de estar hasta que muera, viendo cada dia la esclava que ella mas aborrecia adornada de sus galas, y el lugar que ella perdió en mi mesa y á mi lado. Esto es lo que habeis visto, y lo que os tiene tan admirados. Consejo no os lo pido, que no le tengo de tomar aunque me le deis, y así podeis excusaros de ese trabajo; porque si me decis que es crueldad que viva muriendo, ya lo sé, y por eso lo hago. Si dijéredes que fuera mas piedad matarla, digo que es la verdad, que por eso no la mato; porque pague los agravios con la pena, y los gustos que perdió y me quitó con los disgustos que pasa: con esto idos á reposar sin decirme nada, porque de haber traido á la memoria estas cosas estoy con tan mortal rabia, que quisiera que fuera hoy el dia en que supe mi agravio, para poder de nuevo ejecutar el castigo. Mañana nos verémos, y podrá ser que esté mas humana mi pasion, y os oiré todo lo que me quisiéredes decir; no porque he de mudar de propósito, sino por no ser descortés con vosotros.

Con esto se levantó de la silla, haciendo don Martin y su compañero lo mismo, y mandando á un criado los llevase adonde tenian sus lechos, dándoles las buenas noches, se retiró don Jaime adonde tenia el suyo. Espantados iban don Martin y su compañero del suceso de don Jaime, admirándose como un caballero de tan noble sangre, cristiano y bien entendido, tenia ánimo para dilatar tanto tiempo tan cruel venganza en una miserable y triste mujer, que tanto habia querido, juzgando, como discretos, que tambien podia ser testimonio que la maldita esclava hubiese levantado á su señora, supuesto que don Jaime no se aseguró de ello; y resuelto don Martin en dárselo á entender otro dia, se empezaron á desnudar. Don Jaime ya retirado á otra cuadra en donde dormia, con la pasion como él habia dicho, de traer á la memoria los naufragios de su vida, se empezó á pasear por ella, dando suspiros y golpes una mano con otra, que parecia que estaba sin juicio. Estando en esto, Dios, que no se olvida de sus criaturas, y queria, habiendo ya dado (como luego se verá) el premio á Elena de tanto padecer, que no quedase el cuerpo sin honor, ordenó lo que ahora oiréis, y fué que apenas se habian recogido todos, cuando la negra, que acostada estaba, empezó á dar grandes gritos, diciendo: ¡Jesus, que me muero, confesion! y llamando á las criadas por sus nombres, á cada una decia que le llamasen á su señor. Alborotáronse todas, y entrando donde la negra estaba, la hallaron batallando con la cercana muerte. Tenia el rostro y cuerpo cubierto de un mortal sudor, y tras esto con un temblor, que la cama se estremecia, y de rato en rato se quedaba amortecida, que parecia que ya habia dado el alma, y luego volvia con los mismos dolores y congojas á temblar y sudar á un tiempo. Viendo pues que decia que le llamasen á su señor, que le importaba hablarle antes de partir de este mundo, le llamaron, y así él como don Martin y su compañero, habian al alboroto de la casa salido fuera; y entrando todos tres, y algunos de los criados que vestidos se hallaron en donde la negra estaba, notó don Martin la riqueza de la cama en que la abominable figura dormia, que era de damasco azul, goteras de terciopelo, con franjas y flecos de plata, que á la cuenta juzgó ser la cama

misma de Elena, que hasta de aquello la habia hecho dueña el mal aconsejado marido.

Así que la negra vió á su señor, le dijo: Señor mio, en este paso en que estoy no han de valer mentiras ni engaños; yo me muero, porque á mucha priesa siento que se me acaba la vida, yo cené, y me acosté buena y sana, y ya estoy acabando; soy cristiana, aunque mala, y conozco, aunque negra, con el discurso que tengo, que ya estoy en tiempo de decir verdades, porque siento que me está amenazando el juicio de Dios; y ya que en la vida no le he temido, en la muerte no ha de ser de ese modo; y así te juro, por el paso riguroso en que estoy, que mi señora está inocente, y no debe la culpa por donde la teneis condenada á tan rigurosa pena; y que no me perdone Dios si cuanto dije no fué testimonio que la levanté, que jamas yo la ví cosa que desdijese de lo que siempre fué, santa, honrada y honesta; y que su primo murió sin culpa: porque lo cierto del caso es que yo me enamoré de él, y le andaba persuadiendo fuese mi amante, y como veia que siempre hablaba con mi señora, y que á mí no me queria, dí en aquella mala sospecha que se debian de amar, pues aquel dia mismo que tú viniste, riñendo mi señora conmigo, la dije no sé qué libertades en razon de esto, que indignada de mi libertad, me maltrató de palabra y obra, y estándome castigando entró su primo, de quien sabido el caso ayudó tambien á maltratarme, jurando entrambos que te lo habian de decir, y yo temiendo tu castigo, me adelanté con aquellas mentiras para que tú me vengases de entrambos, como lo hiciste; mas ya no quiere Dios que esté mas encubierta mi maldad; ya no tiene remedio lo hecho: lo que ahora te pido es que me perdones, y alcances de mi señora lo mismo para que me perdone Dios, y vuélvela á su estado, porque por él te juro que es sin culpa lo que está padeciendo.

Sí haré, dijo á esta última razon don Jaime, los ojos bermejos de furor: este es el perdon que tú mereces, engañadora y mala hembra, y pluguiera á Dios tuvieras mas vidas que esa que tienes para quitártelas todas; y diciendo esto, se acercó de un salto á la cama, y sacando la daga, la dió tres ó cuatro puñaladas, ó las bastantes para acelerar mas presto la muerte. Fué hecho el caso con tanta presteza, que ninguno lo pudo prevenir ni estorbar, ni creo lo hicieran, porque juzgaron bien merecido aquel castigo Salióse, hecho esto, don Jaime fuera, y muy pensativo se paseaba por la sala, dando de rato en rato unos profundos suspiros. A este tiempo llegó don Martin, y muy contento le dijo: ¿Pues cómo, señor don Jaime, en dia de tanta alegría, en que habeis ganado honor y mujer, pudiendo hacer cuenta que hoy os casais de nuevo con la hermosa Elena, haceis extremos; y el tiempo que habeis de gozaros en sus brazos, le dejais perder? No teneis razon; volved en vos, y alegraos como todos nos alegramos; dad acá esa llave, y saquemos esta triste é inocente señora.

Aquietóse algo el pobre caballero, y sacando la llave, la dió á don Martin, el cual abriendo la estrecha puerta, llamó á la dama, diciendo: Salid, señora Elena, que ya llegó el dia de vuestro descanso; y viendo que no respondia, pidió le acercasen la luz, y decia bien, que ya Elena no la tenia, y entrando dentro, vió á la desgraciada dama muerta, echada sobre

unas pobres pajas, los brazos en cruz sobre el pecho, la una mano tendida, que era la izquierda, y en la derecha, formada con sus hermosos dedos una perfecta cruz; el rostro, si bien flaco y macilento, pero tan hermoso como un ángel, y la calavera del desdichado é inocente primo junto á la cabecera, á un lado. Fué tan grande la compasion que le sobrevino al noble don Martin, que se le arrasaron los ojos de lágrimas, y mas cuando llegó, y tentándola la mano, vió que estaba fria, que á la cuenta, así como desde su penosa cárcel debió de oir á su marido contar su lastimosa historia, fué su dolor tan grande, que bastó, lo que nunca pudo alcanzar la penosa vida que pasaba, viendo el crédito que daba á tan grande engaño, á acabarle la vida. Viendo pues que ya no habia remedio, despues de haberle dicho con lágrimas el buen don Martin: Dichosa tú, Elena, que ya acabaste con tu desgraciada suerte; y desdichada en que siquiera no supieras como ya el cielo volvió por tu inocencia, para que partieras de este mundo con algun consuelo; llamó á don Jaime, diciendo: Entrad, señor, y ved de lo que ha sido causa vuestro cruel engaño: entrad, os suplico, que para ahora son las lágrimas y los sentimientos, que ya Elena no tiene necesidad de que vos le deis el premio de su martirio, pues ya Dios se le ha dado en el cielo. Entró don Jaime alborotado y con pasos descompuestos, y como vió á Elena de la suerte que estaba, llorando como flaca mujer el que habia tenido corazon de fiera, se arrojó sobre ella, y besándole la mano decia: ¡Ay, Elena mia, y cómo me has dejado! ¿Porque, señora, no aguardabas á tomar venganza de este traidor, que dió mas crédito á una falsedad que á tus virtudes? Pídesela á Dios, que cualquier castigo merezco. Don Martin, viéndole con tanta pasion, acudió advertido á quitarle la daga que tenia en la pretina, temiendo no hiciese alguna desesperacion; y es lo cierto que la hiciera, pues echando la mano á buscarla, y no hallándola, empezó á darse puñadas, y arrancarse las barbas y cabellos, y á decir muchos desaciertos. Acudieron todos llorando, y casi por fuerza le sacaron fuera; mas por cosas que hacian no le pudieron aquietar, hasta que rematadamente perdió el juicio, que sobre las demas lástimas vistas, esta echó el sello; y cuantos estaban presentes, soltando las riendas al dolor, daban gritos, como si á cada uno le faltara la prenda mas amada de su alma, en particular las doncellas y esclavas de la difunta Elena, que cercadas la tenian, llorando y diciendo mil lastimosas razones, abonándola y publicando su virtuosa vida, quienes por no haberlas querido su señor oir no lo habian hecho ántes.

Viendo don Martin la confusion, mandó que las mujeres se retirasen adentro, y por fuerza entre él y los criados llevaron á don Jaime á su cama, y le acostaron, atándole porque no se levantase y se arrojase por alguna ventana, que esa era su tema, que le dejasen quitarse la vida para ir donde estaba Elena, mandando á dos criados no se apartáran de él ni le dejáran solo. Informóse si don Jaime tenia algun pariente en la ciudad, y diciéndole tenia un primo hermano, hijo de una hermana de su madre, caballero rico y de mucha calidad y nobleza, despachó luego uno de los criados con una carta para que viniese á disponer lo necesario en tantos fracasos; y sabido el caso por don Alejandro, é informado de todo, él y

su mujer, con mucha gente de su casa, así criados como criadas, con otros caballeros que supieron el caso, vinieron al castillo de don Jaime, donde hallando tantas lástimas, todos juntos lloraban de ternura, y mas de ver á Elena, que cada hora parecia estar mas hermosa. Sacáronla de donde estaba, que hasta entónces no habia consentido don Martin tocar á ella, y puesta en una caja que se mandó traer de la ciudad, despues de haber enterrado á la negra, que parecia un retrato de Lucifer, allí en la capilla del castillo; con don Jaime, el cuerpo de Elena, y todo lo demas de hacienda y gente se vinieron á la ciudad á casa de don Alejandro, y don Martin y su camarada con ellos, á quienes todos hacian mucha honra; y despues de sepultada Elena con general sentimiento, se trató con médicos afamados dar remedio á don Jaime; mas no fué posible. Allí estuvo don Martin un mes aguardando si don Jaime se aliviaba, y visto que no tenia remedio, despedido de don Alejandro se embarcó para España, y tomando próspero puerto llegó á la corte. Visto por su magestad las ocasiones en que le habia servido, se lo premió como merecia, y llegando á Toledo se casó con su amada prima, con quien vive hoy contento y escarmentado en el suceso que vió por sus ojos, para no engañarse de enredos de malas criadas y criados; y en las partes que se hallaba contaba el suceso que habeis oido de la misma manera que yo le he dicho, donde con él queda bien claramente probada la opinion de que en lo que toca á la crueldad son los hombres terribles, pues ella misma los arrastra de manera que no aguardan á segunda informacion; y se ve asimismo que hay mujeres que padecen inocentes, pues no todas han de ser culpadas, como en la comun opinion lo son. Vean ahora las damas si es buen desengaño considerar, que si las que no ofenden pagan, como pagó Elena, ¿qué harán las que, siguiendo sus locos devaneos, no solo dan lugar al castigo, mas son causa de que infamen á todas, no mereciéndolo? Y es bien advertir que en la era que corre estamos en tan adversa opinion con los hombres, que ni con el sufrimiento los vencemos, ni con la inocencia los obligamos.

Aquí dió fin la hermosa Filis á su desengaño, enterneciendo á cuantos le oyeron la paciencia con que habia Elena llevado su dilatado martirio; y los galanes agradecidos á la cortesía que Filis habia tenido con ellos, la dieron corteses agradecimientos; y todos, dando cada uno su parecer, gastaron alguna parte de la noche, que ya iba caminando con apresurado paso á su albergue, para dar lugar al dia, que asimismo venia caminando á toda diligencia; y esto fué en tanto que sacaban una costosa y bien dispuesta colacion, que por ser tan tarde, no quiso Lisis que fuera cena, quedando avisados que se juntasen el dia siguiente mas temprano, porque tuviesen lugar despues de dichos los cuatro desengaños, de recibir un suntuoso banquete que estaba prevenido. Con esto se dió fin á la noche, cantando doña Isabel y los músicos estas canciones:

Como Tántalo muero,
El cristal á la boca,

Y cuando al labio toca,
Y que gustarlo quiero,
De mí se va apartando,
Sin mirar que de sed estoy rabiando.
¿Hurté yo la ambrosía,
O Júpiter airado,
Porque me has castigado
Con tanta tiranía?
¡Ay qué rigor tan fiero,
Que estando junto al bien, por el bien muero!
¡Ay, pensamiento mio!
¿Qué te han hecho mis ojos,
Que colmados de enojos,
Es cada cual un rio?
¡Y tú, sordo á mis quejas,
Sin dolerte su mal, llorar los dejas!

NOCHE SEXTA.

DESENGAÑO SEXTO.

AMAR SOLO POR VENCER.

Cuando dió fin la música, ya la hermosa Matilde estaba prevenida para referir su desengaño; bien incierta de que luciese como los que ya quedaban dichos; mas ella era tan linda y donairosa, que solo sus gracias bastaban á desengañar á cuantos la miraban, de que ninguno la merecia; y así cuando no fuera su desengaño de los mas realzados, la falta de él supliera su donaire; y viendo que todos suspensos callaban, dijo así:

Cierto, hermosas damas y bien entendidos caballeros, que cuando me dispuse á ocupar este asiento, dejé á la puerta prevenida una posta, y ya traigo las espuelas calzadas; porque el decir verdad es lo mismo que desengañar: y en el tiempo que hoy alcanzamos, quien ha de decir verdades ha de estar resuelto á irse del mundo, porque si nos han de desterrar de él los que las escuchan, mas vale irnos nosotros; pues la mayor suerte es vencerse uno á sí mismo, que no dejarse vencer de otros. De esto nació el matarse los gentiles, porque como no alcanzaban la inmortalidad del alma, en cambio de no verse abatidos y ultrajados de sus enemigos no estimaban la vida, y tenian por mas hermosa victoria morir á sus mismas manos que no á las de sus enemigos; y de esta misma causa nace hoy el decir mal los hombres de las mujeres, porque los desengañan, sino con palabras, con las obras. Hablo de las que tratan de engañar y de desengañar; los hombres fueron los autores de los desengaños; historias divinas y humanas nos lo dicen, y aunque pudiera citar algunas, no quiero, porque deseo grangear nombre de desengañadora, mas no de escolástica; que ya que los hombres nos han usurpado este título con debilitarnos mas de lo que la naturaleza nos afeminó; y ella, si nos dió flacas fuerzas y corazones tiernos, por lo menos nos infundió el alma tan capaz para todo como la de los varones; y supuesto esto, gocen su imperio, aunque tiranamente adquirido, que yo por lo menos me excusaré de cuestiones de escuela. Digo en fin que como las mujeres vieron que los hombres habian de mas á mas inventado contra ellas los engaños, hurtáronles, no el arte, sino el modo. Entra un hombre engañando

(como es la verdad, que todos lo saben hacer bien), la mujer finge engañarse, y cuando ve que ya el hombre trata de deshacer el engaño, adelántase á ser la primera. ¿Quién es tu enemigo? El adagio lo dice. Ellos por no declararse por engañadores, disimulan, y queréllanse de que no hay que fiar de ellas, porque todas engañan. Ved cómo la verdad está mal recibida: ellas por no morir á manos de los engaños de los hombres, desengañan, y quieren mas morir á las suyas, que bien cruel es la mala opinion en que las tienen; porque, ¿qué mayor desengaño que quitarles su dinero, y ponerlos en la calle? El daño es que los hombres, como estan tan hechos á engañar que ya se hereda como mayorazgo, lo mismo hacen con la buena como con la que no lo es. Ellos dicen hacerlo por escarmentados, y este es el mayor engaño suyo, que no es sino porque no pueden mas. Miren las que no tratan de los deleites vulgares lo que les sucede á otras, y será el verdadero acierto el mal, que como las que digo no van con el dictámen de las demas, que es engañar y desengañar, entran en el engaño, y se estan en él toda la vida, y aun de esto se les ha seguido á muchas la muerte, como se verá en mi desengaño. Pues si hoy las que estamos señaladas para desengañar hemos de decir verdades, y queremos ser muestras de ellas; ¿qué esperamos sino odios y rencillas? y aseguraré hay mas de dos que estan deseando salir de este lugar para verter de palabra y por escrito la ponzoña que les ha ocasionado nuestro sarao; luego bien prevenida está la posta, y bien dispuesto el traer puestas las espuelas, y con todo esto no he de morir de miedo; ya estoy en este asiento, desengañar tengo á todas, y guardarme de no ser engañada. Paciencia, caballeros, que todo viene á ser una satirilla mas ó menos, y eso no hará novedad, porque ya sé que no puede faltar; mas en esto me la ganan, porque jamas dije mal de las obras agenas; y hay poetas y escritores que se pudren de que los otros escriban. Todo lo alabo, todo lo estimo; si es levantadísimo lo envidio, no porque lo haya trabajado su dueño, sino por no haber sido yo la que lo haya alcanzado, y juzgo, en siendo obra del entendimiento, que cuando no se estime de ella otra cosa sino el desvelo del que la hizo, hay mucho que estimar; y supuesto que yo no atropello, ni digo mal de los trabajos agenos, mereceré de cortesía que se diga bien de los mios, y en esta conformidad digo así:

En la Babilonia de España, en la nueva maravilla de Europa, en la madre de la nobleza, en el jardin de los divinos entendimientos, en el amparo de todas las naciones, en la progenitora de la belleza, en el teatro de la gloria, en el archivo de todas las gracias, en la escuela de las ciencias, en el cielo tan parecido al cielo que es locura dejarle si no es para irse al cielo, y para decirlo todo de una vez, en la ilustre villa de Madrid, Babilonia, madre, maravilla, jardin, archivo, escuela, progenitora, retrato y cielo, en fin retiro de todas las grandezas del mundo, nació la hermosísima Laurela, no en estos tiempos, que en ellos no fuera admiracion el ser tan desgraciada como ella, por haber tantas bellas y desgraciadas, de padres ilustres y ricos, siendo la tercera en su casa, por haberse adelantado la primera y segunda hermana, no en hermosura, sino en nacer ántes que Laurela. Ya se entiende que siendo sus padres no-

bles y ricos, la criarian y doctrinarian bien, enseñándola todos los ejercicios y habilidades convenientes, pues sobre los caseros, lavar, bordar, y lo demas, que es bien que una muger sepa para no estar ociosa, sabia leer, escribir, tañer y cantar á una arpa, en que salió tan única, que oida sin ser vista, parecia un ángel, y vista y oida un serafin. Aun no tenia Laurela doce años, cuando ya tenia doce mil gracias; tanto que ya las gastaba como desperdicios, y la llamaban el milagro de naturaleza; y si bien criada con el recogimiento y recato que era justo, ni se pudo esconder de los ojos de la desdicha, ni de los de don Esteban, mozo libre, galan, músico, poeta, y como dicen, baldío, pues su mas conocida renta era servir, y en faltando esto le faltaba todo: no se le conocia tierra ni pariente, porque él encubria en la que habia nacido, quizá para disimumular algunos defectos de bajeza. Servia á un caballero del hábito, y era de él bien querido por sus habilidades y solicitud.

Tendria don Esteban al tiempo que vió á Laurela diez y nueve á veinte años, edad floreciente, y en la que mejor asesta sus tiros el amor; y así fué, pues viendo un dia á la hermosa niña en un coche en compañía de su madre y hermanas, se enamoró tan locamente (si se puede decir así), que perdió el entendimiento y la razon, que no pudo ser menos, pues informado de quién era Laurela, no desistió de su propósito, conociéndole tan imposible, pues ni aun para escudero le estimáran sus padres. Andaba loco y desesperado, y tan divertido en sus pensamientos, que faltaba á la asistencia de su dueño; si bien como habia otros criados, no se conocia de todo punto su falta. En fin viéndose naturalmente morir, se determinó á solicitar y servir á Laurela, y probar si por esta parte podia alcanzar lo que no conseguia por otra, supuesto que no alcanzaba mas bienes que los de su talle y gracias, que en cuanto á esto no habia que desperdiciar en él. Paseaba la calle, dábala músicas de noche, componiendo él mismo los versos, engrandeciendo su hermosura y gentileza, porque en esto era tan pronto, que si cuanto hablaba lo queria decir en versos, tenia caudal para todo, mas de nada de esto hacia caso, ni lo sentia Laurela, porque era tan niña que no reparaba en ello, ni aunque á esta sazon tenia catorce años, porque todo este tiempo pasó don Esteban en sus necios desvelos, no habia llegado á su noticia qué era amar ni ser amada, ántes su desvelo era, en dejando la labor, acudir al arpa, junto con criadas que tenia buscadas al intento que sabian cantar, y con ellas entretener y pasar el tiempo, aunque no sé para qué buscamos ocasiones de pasarle, que él se pasa bien por la posta.

Todo el tiempo que he dicho pasó don Esteban en esta suspensa y triste vida, sin hallar modo ni manera para descubrir á Laurela su amor; unas veces por falta de atrevimiento, y las mas por no hallar ocasion, porque las veces que salia de casa era con su madre y hermanas, y cuando no fuera esto, ella atendia tan poco á sus criados, que los pagaba con un descuidado descuido. Pues considerando el atrevido mozo lo poco que grangeaba aguardando á que por milagro supiera Laurela su amor, intentó uno de los mayores atrevimientos que se pueden imaginar, y que no se pusiera en él sino un hombre que no estimara la vida, y fué que

hallándose un dia en casa de un amigo casado, estaba allí una mujer que habia sido criada de la casa de Laurela, á quien él reconoció, como quien medianamente por su asistencia conocia de vista á todas, y haciéndose algo desentendido, dijo: Paréceme, señora, haberos visto, mas no me puedo acordar dónde. La moza, acordándose haberle visto algunas veces en aquella casa, le respondió: Habréisme visto, señor, hácia el Cármen, que allí cerca he servido algunos meses en casa de don Bernardo. Así es, dijo él, que en esa misma casa os he visto, y no me acordaba. Y yo á vos, dijo la moza, os he visto algunas veces pasar por esa misma calle. Tengo en ella, dijo don Esteban, un galanteo, y por eso la paseo á menudo. ¿Mas porqué os salisteis de esa casa, que tengo noticia de ser buena? ¿Y cómo que lo es? mas en habiendo muchas criadas, fácil cosa es encontrarse unas con otras, y así me sucedió á mí. Yo servia en la cocina: hay en casa otras tres doncellas, reñimos una de ellas y yo, y la una por la otra nos despedimos, y cierto que me ha pesado, porque los señores son unos ángeles, en particular mi señora Laurela, que es la menor de tres hijas que hay, que solo por ella se puede servir de balde, porque como es muchacha todo el dia anda jugando con las criadas. Hermosa es esa dama, respondió don Esteban, mas que sus hermanas. ¡Qué tiene que hacer; ay, señor mio! Vale mas la gracia, el donaire y el agrado de mi señora Laurela, que todas las demas, y mas cuando toma el arpa y canta, que no parece sino un ángel. ¿Tan bien canta? dijo don Esteban. Excelentísimamente, respondió la moza; y es tan aficionada á la música, que cuantas criadas recibe, gusta que sepan cantar y tañer, y si no lo saben, y tienen voz, las hace enseñar, y como lo sepan, no se les da nada á sus padres que no sepan otra labor; porque aman tan tiernamente á esta hija, que no tratan sino de agradarla y servirla, y en siendo músicas no regatean con ellas el salario. Y yo aseguro que habrá sentido harto mi señora Laurela la ida de la que riñó conmigo, porque cantaba muy bien; y aun yo con no saber como se entona, si mucho estuviera allí saliera cantora; que como la escuchaba á todas horas, tambien yo en la cocina al son de mis platos entonaba y decia mil letrillas.

Oido esto por don Esteban, al punto fundó en ello su remedio, porque despedido de allí, se fué á la platería, y vendiendo algunas cosillas que tenia grangeadas, compró todo lo necesario para transformarse en doncella; y no teniendo necesidad de buscar cabelleras postizas, porque en todos tiempos han sido los hombres aficionados á melenas, aunque no tanto como ahora, apercibiéndose de una navaja para cuando el tierno vello del rostro le desmintiese su trage, dejando sus golillas á guardar á un amigo, sin darle parte de su intento, se vistió y aderezó de modo, que nadie juzgara sino que era mujer, ayudando mas el engaño tener muy buena cara, que con el trage que digo daba mucho que desear á cuantos le veian. Hecho esto, se fué á casa de Laurela, y dijo á un criado que avisase á su señora si queria recibir una doncella, porque tenia noticia de que se habia despedido una. Los criados, como su ejercicio es murmurar de los amos, pues les parece que solo para eso les sustentan, le dijeron burlándose de la condicion de Laurela, que si no sabia tañer y cantar,

que bien se podia volver por donde habia venido; porque en aquella casa no se pedia otra labor, y que siendo música la recibirian al punto. Siempre oí, dijo don Esteban, que tañer y cantar no es ajuar; mas si en esta casa gustan de eso, les ha venido lo que desean; que á Dios gracias, mis padres, como me criaron para monja, casi no me enseñaron otro ejercicio: faltáronme al mejor tiempo, con que he venido desde señora á servir, y me acomodo mejor á esto que no á hacer otra flaqueza. En verdad, dijo el uno de los criados, que teneis cara mas para eso que para lo que pretendeis, y que gastara yo de mejor gana con vos mi jornalejo, que con el guardian de san Francisco. En lo uno ni en lo otro le envidio la ganancia, hidalgo, dijo don Esteban, y ahorremos de chanzas, y entre á decir si me han menester; porque sino, tengo otras dos casas en venta, y me iré á la que mas me diere gusto. Yo le tendré muy grande en que os quedeis en casa, señora hermosa, porque me habeis parecido un pino de oro, y así entraré á decirlo; mas ha de ser con una condicion, que me habeis de tener por muy vuestro. Entre, galan, y dígalo, que se verá su pleito, respondió don Esteban; con esto el criado entró donde estaban sus señoras, y les dijo como afuera estaba una doncella que preguntaba si la querian recibir para servir en lugar de la que se despidió. Y os aseguro, señoras (medio amartelado el escudero), que su cara, despejo y donaire, mas merece que la sirvan que no que sirva: y demas de esto dice que sabe tañer y cantar. Sonóle bien á Laurela esta habilidad, como quien era tan llevada de ella, y á las damas no desagradó, que luego mandaron que entrase, que como madre y hermanas querian ternísimas á Laurela, todas seguian su inclinacion, no juzgándola viciosa, ni advirtiendo que el demonio teje sus telas, tomando para hacerlo de cada uno la inclinacion que tiene. Dada pues la licencia, entró la doncella, y vista é informadas de lo que sabia hacer, agradadas de su brio y desenvoltura, á pocos lances quedó en casa; porque si á todas agradó, á Laurela enamoró, tanto era el agrado de la doncella. No fué este amor de calidad de don Esteban, porque Laurela, sin advertir engaño, creyó que era mujer. Preguntáronle el nombre, y dijo que se llamaba Estefanía, sin don, que entónces no debia de ser la vanidad de las señoras tanta como la de ahora; que si tienen picaza la llaman doña Urraca, y si papagayo don Loro; hasta á una perrita llamó una dama doña Marquesa, y á una gata doña Miza. Pues, Estefanía, dijo Laurela, yo quiero oir tu voz, para ver si me agrada tanto como tu cara. ¡Ay señora mia, respondió Estefanía, si la voz no es mejor que la cara, buena medra sacaré! Y habiéndole dado una guitarra, templó sin enfadar, y cantó sin ser rogada: falta tan grande de los cantores, que cuando vienen á conceder, ya tienen enfadado al género humano de rogarlos; mas Estefanía cantó así:

Despues que pasaron
De la edad dorada
Las cosas que cuentan
Las viejas honradas;
Y despues que al cielo
Fueron desterradas
La verdad hermosa,
La inocencia santa:
Porque acá las gentes
Ya las maltrataban,

O por ser mujeres,
O por no imitarlas;
Cuando las encinas
La miel destilaban,
Y daba el ganado
Hilos de oro y plata;
Ofrecian los prados
Finas esmeraldas,
Y la gente entónces
Sin malicia estaba:
Cuando no traian
Fregonas ni damas,
Guardainfantes, moños,
Guardapiés y enaguas;
Cuando los galanes
Calzaban abarcas,
No medias de pelo,
Que estén abrasadas;
La de plata vino,
Donde ya empezaban
A saber malicias,
Y á maquinar trazas.
Esta pasó, y luego
La de alambre falsa
Mostró en sus engaños
Maliciosas trazas.
Llegó la de hierro,
Tan pobre y tan falta
De amistad, que en ella
No hay mas que marañas.
Son tantos los males,
Tantas las desgracias,
Que se teme el mundo
De que ya se acaba.
Al Tiempo envió
Con su blanca barba
De Júpiter santo
A la audiencia sacra:
Para que le advierta,
Que repare y haga
Contra tantos vicios
Jueces de la fama.
Júpiter le dijo
Que diga la causa,
Que á pedir justicia
Obliga á sus canas.
Lo primero pido,
Dijo en voces altas,
Que los lisonjeros
Desterrados vayan;
Porque solo aquestos
Oro y seda arrastran,
Y de los señores
Son pulgas que abrasan.
Y que á la mentira
Descubran la cara,
Que verdad se nombra,
Como anda tapada.
Item: que declare,
Cómo ó dónde halla
Los diversos trajes
Con que se disfraza.
Que las viejas muestren
Sus cabezas canas,
Las damas sus pelos,
Los hombres sus calvas:
Porque hay mil achaques,
Postillas y agallas,
Rehumas y jaquecas,
Y otras cosas malas,
Despues que se usa
Vender en la plaza
Cabelleras, moños,
Que á los muertos sacan.
Si son pelicortas,
Que mandan que traigan
Las cofias de pavos
De la infanta Urraca.
Que á los hombres manden
Que vistan botargas,
Como en otros tiempos
Los godos usaban.
Que nuestros abuelos
Era gente honrada,
Y siempre vistieron
Una martingala.
Las medias de pelo
Mueran abrasadas,
Y las que las hacen
Sean leña y ascuas;
Porque no hay haciendas,
Que todas se gastan
En ponerse unas
Todas las semanas.
Demas que parece
Que descalzos andan,
Quitando el valor
A las toledanas.
Que á sus trages vuelvan,
Y vuelvan á Francia
Los que le han hurtado,
Que parece infamia.
Que Francia el valor
Le ha robado á España,

Y los españoles
Al francés las galas.
Que en la ropería
Acorten las faldas
A aquestos jubones,
Ya medio sotanas.
Y que se recojan
Aquestas que andan
Pelando atrevidas
Las bolsas y el alma.
Y porque trabajen,
Las señalen casa,
Donde recogidas
Coman, si lo ganan.
Que gastando mantos,
Y rompiendo sayas,
Como vemos, vale
La seda muy cara.
Que á los coches pongan
Corozas muy altas,
Por encubridores
De bajezas tantas.
Y que á ciertas viejas,
Que en forma de santas,
Voluntades juntan,
A los montes vayan.
Porque solo sirven
De enseñar muchachas
A chupar las bolsas,
Y hacer caravanas.
Que algunos maridos
Manden, que en sus casas
Miren, por si hay
Varas encantadas,
Con que sus mujeres
Oro y tela arrastran,
Y ellos paseando,
Comen, visten, calzan.
Que á mil maldicientes,
Que atrevidos hablan
Contra las mujeres,
A la guerra vayan.
Que sobre los dones
Echen alcabalas,
Y la cantidad
A pobres repartan,
Que si cada uno
Ofrece una blanca,
El uno por ciento
No hará á suma tanta.
Esto pidió el Tiempo,
Y Júpiter manda
Que se vea su pleito,
Que fué no hacer nada.

Cantó esta sátira Estefanía con tanto donaire y desenvoltura, que dejó á todas embelesadas, creyendo que tenian en ella una preciosa joya, que á saber que era el caballo troyano, pudiera ser no les diera tanto gusto. Pues como Laurela era niña, y tan inclinada á la música, fuera de sí de gozo se levantó del estrado, y cruzando los brazos al cuello de Estefanía, juntando su hermosa boca con la mejilla, favor que no entendió ella llegar á merecerle, la dijo: ¡Ay amiga, y qué alegre estoy de tenerte conmigo, y cómo no tengo de tenerte por criada, sino por hermana y amiga! Tomóla Estefanía una de sus hermosas manos, y besándosela por el favor que la hacia, dió por bien empleado su disfraz, que la hacia merecedora de tantos favores, y díjola: Señora mia, yo sé que te merezco y mereceré toda la merced que me hicieres, como lo conocerás con el tiempo; porque te aseguro que desde el punto que ví tu hermosura, estoy tan enamorada (poco digo), tan perdida, que maldigo mi mala suerte en no haberme hecho hombre. Y á serlo, dijo Laurela, ¿qué hicieras? Amarte y servite hasta merecerte, como lo haré miéntras viviere; que el poder de amor tambien se extiende de mujer á mujer, como de galan á dama. Diólas á todas gran risa oir á Estefanía decir esto, dando un lastimoso suspiro, juzgando que se habia enamorado de Laurela. Preguntó Estefanía si habia mas doncellas en casa. Otras dos, dijo Laurela, y una criada que guisa de comer: y oido esto, pidió á sus señoras se sirviesen darla cama

aparte, porque no estaba enseñada á dormir acompañada, y demas de esto era apasionada de melancolía, cosa usada de los versistas, y se hallaba mejor con la soledad. Luego tambien tienes esa habilidad, dijo Laurela. Por mis pecados, respondió Estefanía, para que estuviese condenada á eterna pobreza. Cada dia me parece has de descubrir nuevas habilidades, respondió Laurela; mas en cuanto á tu pobreza, vencido has á tu fortuna en haber venido á mi poder, pues yo te haré rica para que te cases como mereces. Ya soy la mas rica del mundo, pues estoy en tu poder, que yo no quiero mas bienes que gozar de tu hermosa vista; y en lo que toca á casarme, no tienes que tratarme tal cosa, pues la divina imágen que hoy ha tomado asiento en mi corazon, no dará lugar para que se aposente en él otra alguna. Volviéronse á reir todas, confirmando el pensamiento hecho de haberse Estefanía enamorado de Laurela: y en fin para mas agradarla, le dieron su aposento y cama, dividido de las demas, quedando Estefanía muy contenta, por poder al desnudarse y vestirse no dar algunas sospechas, y remediar cuando las flores del rostro empezasen á descubrir lo contrario de su hábito, pues aunque hasta entónces no le habian apuntado, se temia no tardarian mucho. Gran fiesta hicieron las demas criadas á Estefanía, ofreciéndosele todas por amigas, si bien envidiosas de los favores que la hacia Laurela. Vino su padre á cenar, que era un caballero de hasta cuarenta años, discreto, y no de gusto melancólico, sino jovial y agradable; y dándole cuenta de la nueva doncella que habia traido á casa, y de sus gracias y habilidades, diciendo este la queria ver, vino Estefanía, y con mucha desenvoltura y agrado besó á su señor la mano, y él muy pagado de ella, lo mas que ponderó fué su hermosura, con tal afecto, que al punto conoció Estefanía que se habia enamorado, y no le pesó, aunque temió verse perseguida de él. Mandóla que cantase, y no lo rehusó, pues como no era mujer sino en el hábito, no la ocupó la vergüenza; y así pidiendo una guitarra, con la prontitud del ingenio, y la facilidad que tenia en hacer versos, pues era maravillosa, cantó asi:

Ausentóse mi sol, y en negro luto
Me dejó triste y de dolor cercada;
Volvió á salir la aurora aljofarada;
Y díle en feudo lágrimas por fruto.
Nunca mi rostro de este llanto enjuto,
Le da la enhorabuena á su llegada,
Que si ella ve su sol, yo desdichada,
Al mio doy querella por tributo.
Sale Febo tras ella, dando al suelo
Oro, si le dió perlas la aurora,
Plata á las fuentes, y cristal al rio.
Sola yo con eterno desconsuelo,
No me alegro aunque miro alegre á Flora,
Que aunque sale su sol, no sale el mio.
Amo, temo, y porfio
A vencer con mi amor fieros temores:

¡ Mas ay, que por instantes son mayores!
En mí es amor gigante,
En mí es infante tierno,
Para que sea mi tormento eterno.
Ama gigante,
Y teme como infante,
Y yo padezco como firme amante.

Competencia puede haber, Estefanía, sobre cuál ha de llevar el laurel, entre tu voz y tu hermosura, dijo don Bernardo, que así se llamaba el padre de Laurela. Y mas, dijo doña Leonor, que este es el nombre de su madre, que lo que canta ella misma se lo compone; y en este soneto parece debia estar enamorada Estefanía cuando le hizo. Señora mia, respondió ella, lo estaba, lo estoy, y estaré hasta morir; y aun ruego á Dios no pase mi amor mas allá del sepulcro; y en verdad que como se iban cantando los versos, se iban haciendo, que á todo esto obliga la belleza de mi señora Laurela, que como se salió aca fuera, y me dejó á obscuras, y yo la tengo por mí, soltóme este asunto ahora que me mandó don Bernardo mi señor que cantase. Empezaron todas á reirse, y don Bernardo preguntó qué enigmas eran aquellos. ¿Qué enigmas han de ser, dijo doña Leonor, sino que Estefanía está enamorada de Laurela desde el punto que la vió, y lamenta su ausencia celebrando su amor como habeis visto? Bien me parece, respondió don Bernardo, pues de tan castos amores bien podemos esperar hermosos nietos. No quiso mi dicha, señor mio, dijo Estefanía, que yo fuera hombre, pues á serlo sirviera como Jacob por tan linda Raquel. Mas te estimo yo mujer que no hombre, dijo don Bernardo. Cada uno busca y desea lo que ha menester, respondió Estefanía. Con estas y otras burlas, que pararon en amargas veras, llegó la hora de acostarse, diciendo Laurela á Estefanía la viniese á desnudar, porque desde luego la hacia favor de camarera. Se fueron todos, y Estefanía con su señora, asistiéndola hasta que se puso en la cama, gozando así sus ojos, en virtud de su engaño, lo que no se les permitiera á no ser por su engañoso disfraz, enamorándose mas y mas, juzgando á Laurela aun mas linda desnuda que vestida.

Mas de un año pasó en esta vida Estefanía, sin hallar modo cómo descubrir á Laurela quién era, temiendo su indignacion, y perder los favores que gozaba: pues es de creer que á entender Laurela que era hombre, no pasara por tal atrevimiento, y aunque en todas ocasiones le daba á entender su amor, ella y todas las demas lo juzgaban á locura, y las servia de entretenimiento y motivo de risa siempre que le veian hacer extremos y finezas de amante, como llorar zelos y sentir desdenes; admirando que una mujer estuviese enamorada de otra, sin llegar á su imaginacion que pudiese ser lo contrario; y muchas veces Laurela se enfadaba de tanto querer y zelar, porque si salia fuera aunque fuese con su madre y hermanas, cuando venia la pedia zelos: y si tal vez salia con ellas la decia se echase el manto en el rostro porque no la viesen, diciendo que á nadie era bien fuese permitido ver su hermosura. Si estaba á la ventana, la

hacia quitar, y si no se entraba, se enojaba y lloraba, y la decia tan sentidas palabras, que Laurela se enojaba, y la decia que la dejase, pues ya se cansaba de amor tan impertinente. Pero en tratando algun casamiento, como era su belleza tanta, ántes la deseaban á ella que á sus hermanas, aunque eran mayores, y no feas: allí eran las ansias, las congojas, las lágrimas y los desmayos, que la terneza de su amor vencia la fiereza de hombre; y se tenia entendido que Estefanía se habia de morir el dia que se casase Laurela.

No le faltaban á Estefanía, sin las penas de su amor, otros tormentos que la tenian bien disgustada, y era la persecucion de su amo, pues en todas ocasiones la perseguia, prometiendo casarla muy bien si hacia por él lo que deseaba: y si bien se excusaba con decirle era doncella, no se atrevia á estar un punto sola en estando en casa, porque no fuese con ella atrevido, y se descubriese la maraña. Abrasábase Estefanía en zelos de un caballero que habia en la misma casa, mozo y galan, con cuya madre y hermanas tenia Laurela, su madre y las demas, grande amistad, y se comunicaban muy familiarmente, pasando por momentos los unos al cuarto de los otros, porque sabia que estaba muy enamorado de Laurela, y la deseaba por esposa, habiéndola ya pedido á su padre, si bien no se habia efectuado por ser Laurela muy niña, y su padre quisiera primero acomodar á las mayores. Era de modo lo que Estefanía sentia el que fuese allá Laurela, que no le faltaba sino perder el juicio; y lo dió bien á entender una tarde que estaba Laurela con las amigas que digo en su cuarto, pues habiendo estado algun espacio de tiempo allá, la mandó llamar su madre, y viniendo, las halló á todas en una sala sentadas á los bastidores, y Estefanía con ellas bordando, pues aunque no era muy cursada en aquel ejercicio, con su buen entendimiento se aplicaba á todo. Llegó Láurela, y sentándose con las demas, miró á Estefanía, que estaba muy melancólica y ceñuda, y empezóse á reir, y sus hermanas y las demas doncellas de la misma suerte, de que Estefanía con mucho enojo enfadada dijo: Graciosa cosa es reirse de mi llorar. Pues no llores, respondió Laurela, riéndose, sino canta un poco, pues me parece, segun estás de melancólica, que un tono grave le cantaras divinamente. Por esto te llamé yo, dijo su madre, para que mandándoselo tú, no se excusase, pues aunque se lo hemos rogado, no ha querido; y me he admirado, pues nunca la he visto hacerse rogar sino hoy. En verdad que me tiene mi señora Laurela muy sazonada para hacer lo que su merced me mande. ¡Ay, amiga! dijo Laurela, ¿y en qué te he ofendido, que tan enojada estás? En el alma, respondió Estefanía. Deja esas locuras, replicó Laurela, y canta un poco, que es disparate creer que yo te tengo de agraviar en el alma ni en el cuerpo; y solamente porque sea verdad lo que mi madre dice, que cantarás mandándolo yo, debes hacerlo, para no desdecir lo que tantas veces has dicho, que eres mia. No me desdigo, ni vuelvo atrás de lo que he dicho, dijo Estefanía, que una cosa es ser de cuyo soy, y otra estar enojada; y sé que no estoy cantando y hablando sino para decir desaciertos; mas algun dia me vengaré de todo. Con esto reian las demas. Canta ahora, dijo Laurela, lo que te gustare, que des-

pues yo llevaré con gusto tu castigo, como no sea perderte, pues lo sentiria mucho. Así supiera yo, dijo Estefanía, que esto se habia de sentir, y cómo no estuviera un instante mas en casa. Dios me libre de tal, respondió Laurela. Mas díme, queriéndome tanto, ¿tuvieras corazon para dejarme? Soy tan vengativa, que por matarme matara, y mas estando rabiosa como ahora. Canta por tu vida, dijo Laurela, que despues averiguarémos este enojo. Y como Estefanía fuese de tan presto ingenio, y mas en hacer versos, en un instante apercibió cantando decirla su zelosa pasion en estas canciones:

¡O soberana diosa,
Así á tu Endimion goces segura,
Sin que vivas zelosa,
Ni desprecies por otra tu hermosura,
Que te duela mi llanto,
Pues sabes qué es amor, y amarte tanto!
Ya ves que mis desvelos
Nacen de fieros y rabiosos zelos.
Fuése mi dueño ingrato
A no sé qué concierto de su gusto:
¡Ay Dios, y qué mal trato!
Castigue amor un caso tan injusto:
Y tú, Diana bella,
Mira mi llanto, escucha mi querella,
Y sus veredas sigue,
Y con tu luz divina le persigue.
Para muchos ha sido
Cansada, sacra dea, y enfadosa,
Y muchos han perdido
Por descubrirlos ocasion dichosa:
Hazlo así con mi amante,
Sigue sus pasos, vela vigilante,
Y dale mil disgustos,
Impídele sus amorosos gustos.
Daréte el blanco toro,
De quien Europa enamorada goza
De Midas el tesoro,
Y de Febo, tu hermano, la carroza,
El vellocino hermoso,
Que de Jason fué premio venturoso,
Y por bella y lozana
Juzgaré que mereces la manzana.
Solo porque me digas
Si fué á gozar algunos dulces brazos:
Sí dices: no prosigas,
Hechos los vea cuatro mil pedazos;
Y dí: ¿quiérelos mucho?
Que sí, me dices, tal sentencia escucha:
Ea pues, ojos mios,
Volveos con llantos caudalosos rios.
¿Cómo, dí, ingrato fiero,

Tan mal pagas mi amor, tan mal mi pena?
¡Mas ay de mí! que quiero
Contar del mar la mas menuda arena,
Ver en el suelo estrellas
Y en el hermoso cielo plantas bellas
Pues si lo consideras,
Es lo mismo pedirte que me quieras.
Del amor dijo el Sabio,
Que solo con amor pagar se puede;
No es pequeño mi agravio,
No quiero amor que sin castigo quede;
Pues cuando mas te adoro,
Si lo entiendes así, confusa ignoro,
Y es mi mal tan extraño,
Que miéntras mas te quiero, mas me engaño.
Confieso que en tí sola
Extremó su poder naturaleza,
Y en la tierra española
Eres monstruo de gala y gentileza;
Mas de una piedra helada
Tienes el alma, por mi mal, formada;
Y la mia en tu hielo
Es Etna, es un volcan, es Mongibelo.
Esos ojos que adoras,
¿Acaso son mas dulces que los mios?
Sí; pues en ellos moras,
Y por su causa tratas con desvíos
Los ojos que en tus ojos
Adoran por favores los enojos,
Por gloria los desdenes,
Y los pesares por dichosos bienes.
Ojos, ¿no la mirásteis?
Pues pagad el mirar con estas penas.
Corazon, ¿no la amásteis?
Pues sufrid con paciencia estas cadenas.
Razon, ¿no te rendiste?
Pues dí, ¿por qué razon estás tan triste?
Pues es mayor fineza
Amar en lo que amais esta fineza.
¿No sabes que te adoro?
Pues cómo finges que mi amor ignoras?
¿Mas qué mayor tesoro,
Que cuando tú nueva belleza adoras,
Halles el pecho mio
Tan abrasado, cuanto el tuyo frio?
Y ten en la memoria,
Que amar sin premio es la victoria.
Así seas oida
De tu Narciso, ninfa desdichada,
Que en Eco convertida,
Fué tu amor belleza malograda;
Que si contigo acaso

Habla la causa en quien de amor me abraso,
Le digan tus acentos
Mis tiernos y amorosos sentimientos.
Y tú, Vénus divina,
Así tu Adonis en tus brazos veas;
Y á tí, gran Proserpina,
Así de tu Pluton amada seas,
Y que tus gustos goce
Los seis meses que faltan á los doce.
Que á Cupido le pidas
Restituya mis glorias ya perdidas
Así de la corona
Goces de Baco, ó Ariadna bella,
Y al lado de Latona
Asiento alcances, como pura estrella;
Y al ingrato Teseo
Veas preso y rendido á tu deseo:
¿A qué le impides el gusto
A quien me mata con cruel disgusto?
Y tú, Calixta hermosa,
Así en las aguas de la mar te bañes,
Y que á Juno belosa
Para gozar á Júpiter engañes;
Que si desde tu esfera
Vieras que esta fé tan verdadera
Se paga con engaño,
Castigues sus mentiras y mi daño.
O tú, diosa suprema,
De Júpiter hermana y dulce esposa,
Así tu amor no tema
Agravios de tu fé, ni estés zelosa,
Que mires mis desvelos,
Pues sabes qué es amor, agravio y zelos,
Y como reina altiva.
Seas con quien me agravia.
Dile al pastor que tiene
Para velar á Jove los cien ojos,
Que á tu gusto conviene
Velar de aqueste sol los rayos rojos,
Que solian ser mios,
Y son ahora de otros desvaríos;
Pero tengo advertencia,
Que es vara de Mercurio su elocuencia.
Y tú, triste Teseo,
Refiere la pena que padeces
En el Caucaso feo,
Que las entrañas al rigor ofreces
De aquella águila hambrienta,
Porque padezca con dolor y afrenta,
Y así en cabeza agena
Tendrá escarmiento, y sentirá mi pena.
Dile, Tántalo triste,

Por faltarte lealtad, la pena tuya,
La gloria que perdiste
Del néctar sacro, y para que concluya,
Cuéntala tu fatiga:
Y como amor tu ingratitud castiga,
Habla, no estés tan mudo,
Podrá el temor lo que amor no pudo.
No goce de su amante
La verde yedra, de su cuello asida,
Pues que la fé inconstante
De aquel dueño querido de mi vida,
Ya se pasa á otro dueño,
Con que de morir mi palabra empeño,
Por ser de amores,
Porque sean mas dulces mis dolores.
Desháganse los lazos
Del leal y dichoso Hermafrodito,
Pues en agenos brazos
A mi hermoso desden estar permito,
Sin que mi mano airada
No tome la venganza deseada,
Que con zelos bien puedo,
Ni respetar deidad ni tener miedo.
Cancion, si de mi dueño
Bien recibida fueses,
Pues de mi pena fiel testigo eres;
Cual sabia mensagera,
Dile me excuse esta pena fiera;
Y para no matarme,
Si desea mi vida, quiera amarme.

Admiradas estaban doña Leonor y sus hijas, con todas las damas, de oir á Estefanía; y Laurela de rato en rato ponia en ella sus hermosos ojos, admirando los sentimientos con que cantaba, tomando y dejando los colores en el rostro conforme lo que sentia, y ella de industria en su cancion ya parecia que hablaba con dama, ya con galan, por divertir á las damas; y viendo habia dado fin con un ternísimo suspiro, riéndose le dijo: Cierto, Estefanía, que si fueras, como eres mujer, hombre, dichosa se pudiera llamar la que tú amaras. Y aun así como así, dijo Estefanía, pues para amar, supuesto que el alma es toda una en varon y hembra, no se me da mas ser hombre que mujer, pues las almas no son hombres ni mujeres, y el verdadero amor en el alma está, y no en el cuerpo, y el que amare el cuerpo con el cuerpo, no puede decir que es amor, sino apetito, y de esto nace arrepentirse en poseyendo, porque como no estaba el amor en el alma, el cuerpo como mortal se cansa siempre de un manjar, y el alma, como espíritu, no se puede fastidiar de nada. Sí, mas es amor y no provecho amar una mujer á otra, dijo una de las criadas. Ese, dijo Estefanía, es el mas verdadero amor, pues amar sin premio es mayor fineza. ¿Pues cómo los hombres, dijo una de

las hermanas de Laurela, á cuatro dias de amar le piden, y si no se le dan, no perseveran? Porque no aman, respondió Estefanía, que si amáran, aunque no los premiáran, no olvidarian, que amor verdadero es el carácter del alma, y miéntras el alma no muriere, no morirá el amor. Luego siendo el alma inmortal, tambien lo será el amor, y como amando solo con el cuerpo no le alcanzan, aborrecen, ú olvidan luego, por tener lugar para buscar alimento en otra parte, y si alcanzan, ahitos buscan lo mismo. Pues segun eso, dijo otra doncella, los hombres de ahora todos deben de amar solo con el cuerpo y no con el alma, pues luego olvidan, y detras de eso dicen mal de las mujeres, sin reservar á las buenas ni á las malas. Amiga, respondió Estefanía, de las buenas dicen mal porque no las pueden alcanzar, y de las malas porque estan ahitos de ellas. ¿Pues porqué las buscan? dijo la otra hermana de Laurela. Porque las han menester, dijo Estefanía, y por excusar un buen dia á los muchachos, porque los maestros no los suelten temprano. Pues si solo por necesidad aman, y son tan malas por ellos las unas como las otras, mas vale, respondió Laurela, ser buena, y no admitirlos. Todo es malo, dijo Estefanía, que ni han de ser las damas tan desdeñosas que tropiecen en crueles, ni tan desenvueltas que caigan en desestimacion. Sí, mas yo quisiera saber, replicó la otra doncella, qué piensa sacar Estefanía de amar á mi señora Laurela, que muchas veces á no ver su hermosura, y haberla visto algunas veces desnuda, me da una vuelta el corazon, pensando que es hombre. Pluguiera á Dios, amiga, dijo Estefanía, dieras cuatro en los infiernos; mas eso es vivir de esperanza; aunque qué sé yo si algun dia hará viéndome morir de imposible algun milagro conmigo. El cielo excuse ese milagro por darme á mí gusto, dijo Laurela, porque no soy amiga de prodigios, y de eso no pudieras ganar mas de perderme para siempre. Con esto pasaban, teniendo todas chacota y risa con los amores de Estefanía, que aunque disimulaba, no estaba poco penada al ver que ya las compañeras, entre burlas y veras, jugando unas con otras, procuraban ver si era mujer ú hombre; demas que habia menester andar con demasiada cuenta con las barbas que ya empezaba á hacer, y no sabia cómo declararse con Laurela, ni menos librarse de su padre, que perdido por ella, era sombra suya en todas las ocasiones que podia. Pues sucedió, porque la fatal ruina de Laurela venia á toda diligencia, que aquel caballero que vivia en casa, y amaba á Laurela con mortales zelos de Estefanía, tornó á pedírsela por esposa á su padre, diciendo, porque no se la negase, que no queria otro dote con ella sino el de su hermosura y virtudes. Don Bernardo, codicioso, aceptó luego, y tratándolo con su mujer é hija, la hermosa Laurela obedeció á su padre, diciendo no tenia mas gusto que el suyo; y con esto, muy contenta, entró donde estaba Estefanía y las demas criadas, y las dijo: Ya, Estefanía, ha llegado la ocasion en que podré hacer por tí, y pagarte el amor que me tienes. ¿En qué forma, señora mia? respondió ella. En que me caso, tornó á responder Laurela, que ahora me lo acaba de decir mi padre, que me ha prometido por esposa á don Enrique. Apenas oyó estas últimas palabras Estefanía, cuando con un mortal desmayo cayó en el suelo, con

lo que todas se alborotaron; y mas Laurela, que sentándose, y tomándole la cabeza en su regazo, empezó á desabrocharle el pecho, apretarle las manos, y pedir apriesa agua, confusa, sin saber qué decir de tal amor y sentimiento. Al cabo de un rato, con los remedios que se le hicieron, Estefanía volvió en sí, con que ya consoladas todas, mandó Laurela fuesen á acostarla. Laurela, miéntras las demas fueron á que se acostase, quedó revolviendo en su pensamiento mil quimeras, no sabiendo dar color de lo que veia hacer á aquella mujer; mas que fuese hombre jamas llegó á su imaginacion, que si tal pensara, no hay duda sino que resueltamente la apartara de sí sin tornarla á ver, y no le valiera menos que la vida.

Acostada Estefanía, y las criadas ocupadas en prevenir la cena, Laurela entró donde estaba, y sentándose sobre la cama, la dijo: Cierto, Estefanía, que me tienes fuera de mí, y que no sé á qué atribuya las cosas que te veo hacer despues que estás en casa. Y acaso pensara, á no ser cosa imposible, y que pudiera ocasionar muchos riesgos, ó que no eres lo que pareces, ó que no tienes juicio. ¿Qué perjuicio te viene de que yo tome estado, para que hagas los extremos que esta noche he visto? El de mi muerte, respondió Estefanía; y pues morir viéndote casada, ó morir á tus manos, todo es morir, mátame, ó haz lo que quisieres, que ya no puedo callar, ni quiero: tan aborrecida tengo la vida, que por no verte en poder de otro dueño la quiero de una vez perder. No soy Estefanía, no, don Esteban soy, un caballero de Búrgos, que enamorado de la extrema belleza que te dió el cielo, tomé este hábito, por ver si te podia obligar con estas finezas á que fueses mia; porque aunque tengo nobleza con que igualarte, soy tan pobre, que no he tenido atrevimiento de pedirte á tu padre, teniendo por seguro que el grangear tu voluntad era lo mas esencial, pues una vez casado contigo, tu padre habia de tenerse por contento, pues no me excede mas que en los bienes de fortuna, que el cielo los da y los quita. Ya te he sacado de confusion, cuerda eres, obligada estás de mi amor, mira lo que quieres disponer, porque apenas habrás pronunciado la sentencia de mi muerte, con negarme el premio que merezco, cuando yo me la daré con esta daga que tengo debajo de la almohada para este efecto. Figura de mármol parecia Laurela: tan helada y elevada estaba oyendo á Estefanía, que apenas osaba apartar de ella los ojos, pareciéndola que en aquel breve instante que la perdiese de vista, se la habia de transformar, como lo habia hecho de Estefanía en don Esteban, en algun mónstruo ó serpiente; y visto que callaba, no sabiendo si eran burlas ó veras sus razones, le dijo (ya mas cobrada del susto que le habia dado con ellas): Si no imaginara, Estefanía, que te estás burlando conmigo, la misma daga con que estás amenazando tu vida fuera verdugo de la mia, y castigo de tu atrevimiento. No son burlas, Laurela, no son burlas, respondió Estefanía, ya no es tiempo de burlarme, que si hasta aquí lo han sido, y he podido vivir de ellas, era con las esperanzas de que habian de llegar las veras, y habias de ser mia, y si esto no llegara á merecer, me consolara con que si no lo fueras, por lo menos no te hicieras agena, entregándote á otro dueño; mas ya ca-

sada, ó concertada, ¿qué tengo que esperar sino morir? ¿Es posible que has estado tan ciega, que en mi amor, en mis zelos, en mis suspiros y lágrimas, en los sentimientos de mis versos y canciones no has conocido que soy lo que digo, y no lo que parezco; porque quién ha visto que una dama se enamore de otra? Y supuesto esto, ó determínate á ser mia, dándome la mano de esposa, ó apenas saldrás con intento contrario por aquella puerta, cuando yo me haya quitado la vida; y veremos luego qué harás, ó cómo cumplirás con tu honor para entregarle á tu esposo, y para disculparte con tus padres y con todo el mundo; que claro es que hallándome sin vida, y que violentamente me la he quitado, y viendo que no soy mujer, si primero creyendo que lo era solemnizaban por burlas mis amores, conociendo las veras de ellos, no han de creer que tú estabas ignorante, sino que con tu voluntad me transformé contigo. ¿Quién podrá ponderar la turbacion y enojo de Laurela, oyendo lo que don Esteban con tanta resolucion decia? Ninguno por cierto. Mas en lo que hizo se conocerá, que fué, casi fuera de juicio, asir la daga que en la mano tenia, diciendo: Matándome yo, excusaré todas estas afrentas, y evitaré que lo hagan mis padres; mas don Esteban, que estaba con el mismo cuidado, la tuvo tan firme, que las flacas fuerzas de la tierna dama no bastaron á sacarla de sus manos; y viéndola tan rematada, la rogó se aquietase, que todo era burla, que lo que era la verdad era ser Estefanía, y no mas, que se mirase muy bien en todo, y que no se precipitase, que Estefanía seria miéntras ella gustase que no fuese don Esteban. Con esto Laurela, sin hablarle palabra, con muy grande enojo se salió, y la dejó contenta, con haber vencido la mayor dificultad, pues ya por lo menos sabia quién era, la cual, ni segura de que fuese Estefanía, ni cierta de que era don Esteban, se fué á su aposento con grandísima pasion, y sin llamar á nadie se desnudó y acostó, mandando dijesen á sus padres que no salia á cenar por no sentirse buena.

Dormian todas tres hermanas, aunque en camas distintas, en una misma cuadra, con lo que Laurela se aseguró de que Estefanía no se pondria en ningun atrevimiento, caso que fuese don Esteban; y ya todos recogidos, y aun dormidos, sola Laurela desvelada y sin sosiego, dando vueltas por la cama, empezó á pensar qué salida tendria de un caso tan escandaloso como el que le estaba sucediendo. Unas veces se determinaba á avisar á su padre de ello: otras si seria mejor decir á su madre que despidiese á Estefanía, y otras miraba los inconvenientes que podrian resultar si su padre no creyese que ella de tal atrevimiento estaba inocente. Ya se aseguraba en lo mucho que la querian sus padres, y cuán ciertos estaban de su virtuosa y honesta vida: ya reparaba que cuando sus padres se asegurasen, no lo habia de quedar el que habia de ser su esposo, pues comunicacion de tanto tiempo con Estefanía habia de criar en él zelosos pensamientos, y que, ó habia de ser para perderle, ó para vivir siempre mal casada, pues no podia esperarse menos de marido que entraba á serlo por la puerta del agravio, y no de la confianza. Consideraba luego las bellas prendas de don Esteban, y parecíale que no le aventajaba don Enrique mas que en la hacienda; y para esta falta (que no era

pequeña) echaba en la balanza de su corazon por contrapeso para que igualase el amor de don Esteban, la fineza de haberse puesto por ella en un caso tan arduo, las lágrimas que le habia visto verter, los suspiros que le habia oido desperdiciar, las palabras que le habia dicho aquella noche, que con estas cosas y otras tocantes á su talle y gracias igualaba el peso, y aun hacia ventaja. Ya se alegraba, pareciéndole que si le tuviese por esposo, todas podian envidiar su dicha, ya se entristecia, pareciéndole que su padre no le estimaria, aunque mas noble fuese, siendo pobre. En estos pensamientos y otros muchos, vertiendo lágrimas y dando suspiros, sin haber dormido sueño, la halló la mañana; y lo que peor es, que se halló enamorada de don Esteban, que como era niña, mal leida en desengaños, aquel rapaz enemigo comun de la vida, del sosiego, de la honestidad y del honor, el que tiene tantas vidas á cargo como la muerte, el que pintándole ciego, ve adonde, cómo y cuándo ha de dar la herida, asestó el dorado harpon al blando pecho de la delicada niña, y la hirió con tanto rigor, que ya cuantos inconvenientes hallaba ántes de amar, los hallaba fáciles. Ya le pesara que fuera Estefanía y no don Esteban, ya se reprehendia de haber hablado con aspereza, ya temia si se habia muerto, como lo habia de hacer, y al menor ruido que sentia fuera, le parecia que eran las nuevas de su muerte. Todas estas penas la ocasionaron un accidente de calentura, que puso á todos en gran cuidado, como tan amada de todos, y mas Estefanía, que como lo supo, conociendo procedia de la pena que habia recibido con lo que le habia dicho, se vistió, y fué á ver á su señora, muy triste, y los ojos muy rojos de llorar, lo que notó muy bien Laurela, como quien ya no la miraba como á Estefanía, sino como á don Esteban. Vino el médico, y mandó sangrar á Laurela, y ejecutado ese remedio, saliéronse todos de allí, juzgando que donde Estefanía asistia sobraban los demas en servir á Laurela. Ultimamente, por ir dando fin á este discurso, tanto hizo Estefanía puesta de rodillas delante de la cama, tanto rogó, y tanto lloró, y todo con tan ternísimos afectos y sentimientos, que ya cierta Laurela de ser don Esteban, perdió el enojo, y perdonó el atrevimiento del disfraz, y prometiéndose el uno al otro palabra de esposo, concertaron se disimulase hasta que ella estuviese buena, que entónces determinarian lo que se habia de hacer, para que no tuviesen trágico fin tan extraños y prodigiosos amores. ¡Ay, Laurela, y si supieras cuan trágicos serán, no hay duda sino que ántes te dejáras morir, que aceptar este concierto! Mas inútil es querer excusar lo que ha de ser; y así le sucedió á esta mal aconsejada niña. ¡O traidor don Esteban! ¿en qué te ofendió la candidez de esta inocente, que tan aprisa la vas diligenciando su perdicion?

Mas de un mes estuvo Laurela en la cama bien apretada de su mal, que valiera mas que la acabara: mas ya sana y convalecida, concertaron ella y su amante, viendo con la prisa que se le facilitaba su matrimonio con don Enrique, quien hechas las capitulaciones y corridas dos amonestaciones, no aguardaba á mas que pasase la tercera para desposarse, y viendo tambien cuán imposible era estorbarlo, ni persuadir á sus padres que trocasen á don Enrique por don Esteban, pues no era lance ajustado

el descubrir en tal ocasion el engaño de Estefanía, menos que estando los dos seguros de la indignacion de don Bernardo y don Enrique, que ya como hijo era admitido; concertaron, digo, que se ausentarian una noche, y puestos en cobro, y ya casados, seria fuerza aprovecharse del sufrimiento, pues no habia otro remedio, y que interpondrian personas que con su autoridad alcanzasen el perdon de su padre. Suspendieron la ejecucion para de allí á tres dias, y Estefanía, con licencia de su señora, diciendo iba á ver una amiga ó parienta, salió á prevenir la parte adonde habia de llevar á Laurela, como quien no tenia mas casa ni bienes que su persona, y en esa habia mas males que bienes, que fué en casa de un amigo, que aunque era mancebo por casar, no tenia mal alhajado un cuarto de una casa en que vivia, que era el mismo donde don Esteban habia dejado á guardar un vestido y otras cosillas, no de mucho valor. Cuando el tal amigo le vió con el hábito de dama, pues él creia estaba fuera de Madrid, santiguándose le preguntó qué embeleco era aquel. A quien don Esteban satisfizo contándole todo lo que queda dicho; si bien no le dijo quién era la dama. En fin, le pidió lugar para traerla allí, á lo que el amigo condescendió voluntariamente, no solo por una noche, sino por todas las que gustase, y le dió una de dos llaves que tenia el cuarto, quedando advertido que de allí á dos noches él se iria á dormir fuera, porque con mas comodidad gozase amores que le costaban tantas invenciones; con lo que se volvió muy alegre á casa de Laurela, la cual aquellos dias juntó todas las joyas y dineros que pudo, que serian de valor de dos mil ducados, por tener miéntras su padre se desenojase con que pasar.

Llegada la desdichada noche, escribió Laurela un papel á su padre, dándole cuenta de quién era Estefanía, y como ella se iba con su esposo, por dudar que no le admitiria por pobre, aunque en nobleza no le debia nada, y otras muchas razones en disculpa de su atrevimiento, pidiéndole perdon con sentidas expresiones. Aguardaron á que todos estuviesen acostados y dormidos, y habiendo de nuevo don Esteban prometido á Laurela ser su esposo, que con menos seguridad no se arrojara á tan atrevida accion, dejando el papel sobre las almohadas de su cama, y Estefanía el vestido de mujer en su aposento, se salieron, cerrando por defuera la puerta, y llevándose la llave, para que, si fuesen sentidos, no pudiesen salir tras ellos hasta que estuviesen en salvo. Se fueron á la casa que don Esteban tenia apercibida, dando el traidor á entender á la desdichada Laurela que era suya, donde se acostaron con el mayor reposo; Laurela, creyendo que con su esposo; y él, imaginando lo que habia de hacer, que fué lo que ahora se dirá. Apenas se empezó á reir la mañana cuando se levantó, é hizo vestir á Laurela, pareciéndole que á esta hora no habia riesgo que temer, como quien sabia que en casa de Laurela las criadas no se levantaban hasta las ocho, y los señores á las diez, si no era el criado que iba á comprar. Vestido él, y Laurela bien temerosa qué seria tanto madrugar, faccion bien diferente de la que ella esperaba, la hizo cubrir el manto, y tomando las joyas y dineros, salieron de casa, y la llevó á Santa María, iglesia mayor de esta corte, y en estando allí, la dijo estas razones:

Las cosas, hermosa Laurela, que se hacen sin mas acuerdo que por cumplir con la sensualidad del apetito, no pueden durar, y mas cuando hay tanto riesgo como el que á mí me corre, sujeto al rigor de tu padre y esposo, y al de la justicia, que no me amenaza menos que la horca: yo te amé desde que te ví, é hice lo que has visto, y te amo por cierto, mas no con aquella locura que ántes, cuando no miraba en riesgo alguno, mas ya los veo todos, y á todos los temo; con que es fuerza desengañarte. Yo, Laurela, no soy de Burgos, ni caballero, porque soy hijo de un pobre oficial de carpintería, que por no inclinarme al trabajo me vine á este lugar, donde sirviendo he pasado, fingiendo nobleza y caballería: te ví y te amé, y busqué la invencion que has visto, hasta conseguir mi deseo; y si bien no fueras la primera en el mundo que casándose humildemente ha venido de alto á bajo estado, y trocando la seda en sayal ha vivido con su marido contenta, aun cuando yo quisiera hacer esto, me es imposible, porque soy casado en mi tierra, que no es veinte leguas de aquí, y mi mujer la tienen mis padres en su casa, sustentándola con su pobre trabajo. Esto soy; y como no hay tal potro como el miedo, que en él se confiesan verdades, puedes considerar cómo me atreveré á ser hallado de tu padre, pues á este punto ya seré buscado, y no puedo esperar sino la muerte, que tan merecida tengo por la traicion que en su casa he cometido. Nada miraba con el deseo de alcanzar tu hermosura; mas ya es fuerza que lo mire, y así vengo determinado á dejarte aquí, y ponerme en salvo, y para hacerlo tengo necesidad de estas joyas que tú no has menester, pues te quedas en tu tierra, donde tienes deudos que te ampararán, y ellos reportarán el enojo de tu padre, que al fin eres su hija, y considerará la poca culpa que tienes, pues has sido engañada. Aquí no hay que gastar palabras ni verter lágrimas, pues con nada de esto me has de enternecer, porque primero es mi vida que todo; ántes tú misma, si me tienes voluntad, me aconsejarás lo mismo; pues no remedias nada con verme morir delante de tus ojos, y todo lo que me detengo aquí contigo pierdo de tiempo para salvarme. Sabe Dios que si no fuera casado no te desamparara, aunque fuera echarme una esportilla al hombro para sustentarte, que ya pudiera ser que tu padre, por no deshonrarse, gustara de tenerme por hijo; mas si tengo mujer, mal lo puedo hacer, y mas que cada dia hay aquí gente de mi tierra que me conocen, y luego han de llevar allá las nuevas, y de todas maneras tengo de perecer. Dicho te he lo que importa, con que quédate á Dios, que yo me voy á poner al punto á caballo para en partiéndome de Madrid excusarme el peligro que me amenaza.

Dicho esto, sin aguardar respuesta de la desdichada Laurela, sin obligarse de su lindeza, sin enternecerse de sus lágrimas, sin apiadarse de sus tiernos suspiros, sin dolerse del riesgo y desamparo en que la dejaba, como vil y ruin, que quiso mas la vida infame que la muerte honrosa, pues muriendo á su lado cumplia con su obligacion, la dejó tan desconsolada como se puede imaginar, vertiendo perlas y pidiendo á Dios la enviase la muerte, marchándose donde hasta hoy no se saben nuevas de él; si bien piadosamente podemos creer que no le dejaria Dios sin castigo.

Dejemos á Laurela en la parte dicha, adonde la trajo su ingrato amante, ó donde se trajo ella misma, por dejarse tan fácilmente engañar, implorando justicias contra el traidor, y temiendo las iras de su padre, sin saber qué hacer, ni dónde irse; y vamos á su casa, que hay bien que contar en lo que pasaba en ella.

Así que fué hora de que el criado que tenia á cargo el ir á comprar lo necesario se vistiese, fué á tomar la llave (que siempre para este efecto quedaba en la puerta por la parte de adentro, porque no inquietasen á los señores que dormian), y como no la halló, pensando que Estefanía, que era la que cerraba, la habria llevado, hubo de aguardar hasta que ya las criadas vestidas salieron á aliñar la casa, y dícholes fuesen á pedir la llave á Estefanía, de que enfadadas, así como envidiosas de ver que ella lo mandaba todo, despues de haber murmurado un rato, como se acostumbra entre este género de gente, entraron á su aposento, y como no hallaron sino solos los vestidos sobre la cama, creyeron se habria ido á dormir con Laurela, de quien no se apartaba de noche ni de dia; mas como viesen que sus señoras reposaban, no se atrevieron á entrar, y volviéndose afuera, empezaron á decir bellezas sobre la curiosidad de quitar la llave; y así estuvieron hasta que fué hora, que entrando en la cámara y abriendo las ventanas para que despertasen, viendo las cortinas de la cama tiradas, abriéndolas, decian: ¿Donde Estefanía puso anoche la llave de la puerta? Ni hallaron á Estefanía ni á Laurela, ni otra cosa mas del papel sobre las almohadas; y viendo un caso como este, dieron voces, á las cuales las hermanas, que estaban durmiendo con el descuido que su inocencia pedia, despertando despavoridas, y sabido el caso, saltaron de las camas, y fueron á la de Laurela, entendiendo era burla que les hacian las doncellas, y mirando no solo en ella, mas debajo, y hasta los mas pequeños dobleces, creyendo en alguno las habian de hallar, con que desengañadas tomaron el papel, que visto, decia el sobrescrito á su padre, llorando y viendo por esta seña que no habia que buscar á Laurela, se le fueron á llevar, contándole lo que pasaba, que por no ser cansada no refiero lo que decia, mas de que, como he dicho, le contaba quién era Estefanía, y la causa porque se habia transformado de caballero en dama, como era don Esteban de Feí, caballero de Búrgos, y como á su esposo le habia dado posesion de su persona, y se iban hasta que se moderase su ira, y otras cosas á este modo, parando en pedirle perdon, pues el yerro solo tocaba en la hacienda, que en la calidad no habia ninguno.

La pena que don Bernardo sintió, leido el papel, no hay para qué ponderarla, mas era cuerdo, y tenia honor, y consideró que con voces y sentimientos no se remediaba nada, ántes era espantar la caza para que no viniese á su poder. Consideró esto en un instante, pareciéndole mejor modo para cogerlos y vengarse mostrarse risueño. Viendo á doña Leonor y sus hijas deshacerse en llanto, las mandó callar, y que no alborotasen la casa, ni don Enrique entendiese el caso hasta que con mas acuerdo se le dijese: que para qué habian ellas de llorar el gusto á Laurela, y que pues ella habia escogido esposo, y le parecia que era mejor que el que le

daba, que Dios la hiciese bien casada, y cuando quisiese venir á él, claro está que la habia de recibir y amparar como á hija. Con esta disimulacion, pareciéndole que no se le encubririan para darles el merecido castigo, mandó á los criados que pena de su indignacion no dijesen á nadie nada, y á su mujer é hijas que callasen. Ya que no los excusó la pena, moderó los llantos y escándalo, juzgando todos que pues no mostraba rigor, que presto se le pasaria el enojo, si tenia alguno, los perdonaria y volveria á su casa; si bien su madre y hermanas á lo sordo se deshacian en lágrimas, ponderando entre ellas las palabras y acciones de la engañosa Estefanía, advirtiendo entónces lo que valiera mas hubieran hecho ántes.

Tenia don Bernardo una hermana casada, cuya casa estaba cerca de Santa María, y su marido oia todos los dias misa en la dicha iglesia: este pues, como los demas dias, llevado de su devocion entró casi á las once en ella, donde halló á Laurela, la que, aunque le vió, y pudiera encubrirse, estaba tan desesperada y aborrecida de la vida, que no lo quiso hacer, y como la vió tan léjos de su casa, sola sin su madre ni hermanas, ni criada alguna, y sobre todo tan llorosa, le preguntó la causa, y ella, con el dolor de su desdicha, se la contó, pareciéndole que era imposible encubrirlo, supuesto que ya por el papel que habia dejado á su padre estaria público. Algunos habrá que digan fué ignorancia; mas bien mirado, ¿qué podia hacer, supuesto que su desdicha era tan sin remedio? porque como creyó que su atrevimiento no tenia de yerro mas de casarse sin gusto de su padre, con esa seguridad le habia declarado tanto en el papel; y así en esta ocasion no le encubrió á su tio nada, ántes le pidió su amparo; y el que la dió fué que diciéndola palabras bien pesadas, la llevó á su casa, y la entregó á su tia, diciéndole lo que pasaba, que aun con mas rigor que su marido la trató, poniendo en ella violentamente las manos, con lo que la desdichada Laurela, demas de sus penas, se halló bien desconsolada y afligida. Fué el tio al punto á casa de su cuñado, dándole cuenta de lo que pasaba. Con esta segunda pena se renovó la primera, de la que aun no tenia los ojos enjutos. En fin, por gusto de su padre, Laurela quedó en casa de su tia hasta que se determinase lo que se habia de hacer, y por ver si se podia coger el engañador. Los dos juntos contaron á don Enrique lo que habia sucedido, del cual fué tan tierno el sentimiento, que fué milagro no perder la vida, ademas que le pidió que pasasen adelante los conciertos, sin que sus padres supiesen lo que pasaba: que si Laurela habia sido engañada, el mismo engaño la servia de disculpa: tan enamorado estaba don Enrique. A quien su padre respondió que no tratase de eso, que ya Laurela no estaba mas que para un convento.

Mas de un año estuvo Laurela con sus tios, sin ver á sus padres ni hermanas, porque su padre no consintió que la viesen; ni él, aunque iba algunas veces á casa de su hermana, no la veia, ni ella se atrevia á ponérsele delante, ántes se escondia temerosa de su indignacion, pasando una triste y desconsolada vida, sin que hubiese persona que la viese, ni en ventana ni en la calle, porque no salia si no era muy de mañana á

misa, ni aun reia ni cantaba como solia; hasta que al cabo de este tiempo un dia de Nuestra Señora de Agosto, con su tia y criadas madrugaron, y se fueron á Nuestra Señora de Atocha, donde para ganar el jubileo que en este dia hay en aquella santa iglesia confesaron y comulgaron: Laurela con buena intencion (¿quién lo duda?); mas la cruel tia no sé cómo la llevaba, pues no ignoraba la sentencia que estaba dada contra Laurela, ántes habia sido uno de los jueces de ella. Mucho nos sufre Dios, y nosotros por el mismo caso le ofendemos mas. Cruel mujer por cierto, pues ya que su marido y hermano eran cómplices en la muerte de la dama, ella que la pudiera librar, llevándola á un convento, no lo hizo; mas era tia, que es lo mismo que suegra, cuñada ó madrastra. Con esto lo he dicho todo. Miéntras ella estaba en Atocha entró el padre y el tio por un aposento que servia de dispensa, donde no entraban sino á sacar lo necesario de ella, cuyas espaldas caian á la parte donde su tia tenia el estrado; y desencajando todo el tabique, lo pusieron de modo que no se echase de ver. Venidas de Atocha se sentaron en el estrado, pidiendo las diesen de almorzar con mucho sosiego, y á la mitad del almuerzo, fingiendo la tia una necesidad precisa, se levantó, y entró en otra cuadra desviada de la sala, quedando Laurela y una doncella que habia recibido para que la sirviese bien descuidadas de la desdicha que les estaba amenazando; y si bien pudieron salvar á la doncella, no lo hicieron, por hacer mejor su hecho, pues apenas se apartó la tia, cuando los que estaban de la otra parte derribaron la pared sobre las dos, y saliéndose fuera cerraron la puerta, y el padre se fué á su casa, y el tio dió la vuelta por otra parte para venir á su tiempo á la suya. Pues como la pared cayó, y cogió las pobres damas, á los gritos que dieron las desdichadas acudieron todas dando voces, las criadas con inocencia, mas la tia con malicia, al mismo tiempo que el tio entró con los vecinos que acudieron al golpe y alboroto, quienes hallando el fracaso y ponderando la desgracia, llamaron gente que apartasen la tierra y cascotes, lo que no pudo hacerse tan apriesa, que cuando surtió efecto hallaron ya á la sin ventura Laurela de todo punto muerta, porque la pared la habia abierto la cabeza, y con la tierra se acabó de ahogar. La doncella estaba viva, mas tan maltratada, que no vivió mas de dos dias. La gente que acudió se lastimaba de tal desgracia, y su tia y tio la lloraban por cumplir con todos; ¿mas á una desdicha de fortuna qué se podia hacer sino darles pésames y consolarlos? En fin pasó por desgracia la que era malicia; y aquella noche llevaron la malograda hermosura á San Martin, donde tenia su padre entierro.

Fueron las nuevas á su padre, que no era necesario dárselas, quien las recibió con severidad, y él mismo las llevó á su madre y hermanas, diciendo que ya la fortuna habia hecho de Laurela lo que él habia de hacer en castigo de su atrevimiento; en cuyas palabras conocieron que no habia sido acaso el suceso, con lo que los tiernos sentimientos que hacian lastimaban á cuantos las miraban, y para que su dolor fuese mayor, una criada de los tios de Laurela que servia en la cocina, y se quedó en casa cuando fueron á Atocha, oyó los golpes que daban para desencajar la

pared en la despensa, y saliendo á ver qué era, acechó por la llave, y vió á su amo y cuñado que lo hacian y decian : Páguelo la traidora que se dejó engañar y vencer, pues no hemos podido hallar al engañador para que lo pagáran juntos. La moza como oyó esto, y sabia el caso de Laurela, luego conoció que lo decian por ella, y con gran miedo, temiendo no la matasen porque lo habia visto, sin hablar palabra se volvió á la cocina, y no se atrevió, ó no pudo avisar á Laurela, ántes aquella misma noche, miéntras se andaba previniendo el entierro, cogió su hatillo y se fué, sin atreverse á descubrir el caso á nadie, y aguardando tiempo, pudo hablar en secreto á la hermana mayor de Laurela, y la contó lo que habia visto y oido, y ella á su madre y á la otra hermana, lo que fué causa de que su sentimiento y dolor se renovase, que les duró miéntras vivieron, sin poder jamas consolarse. Las hermanas de Laurela entraron á pocos meses monjas, que no se pudo acabar con ellas se casasen, diciendo que su desdichada hermana las habia dejado buen desengaño de lo que habia que fiar de los hombres; y su madre, despues que enviudó, se fué con ellas, las cuales contaban este suceso como yo lo he dicho, para que sirva á las damas de desengaño, para no fiarse de los bien fingidos engaños de los cautelosos amantes, que no les dura de voluntad mas de hasta vencerlas.

Dirán ahora los caballeros presentes, dijo la hermosa Lisis, viendo que Matilde habia dado fin á su desengaño : ¡ cuantos males causamos nosotros ! Y si bien hablarán irónicamente, dirán bien; pues en lo que acabamos de oir se prueba bastantemente la cautela con que tratan á las desdichadas mujeres, no llevando la mira á mas que vencerlas, y luego darlas el pago que dió don Esteban á Laurela, sin perdonar el engaño de transformarse en Estefanía, y que hubiese en él perseverancia para que en tanto tiempo no se cansase de engañar, ó no se redujese á querer de veras. Quien le vió tan enamorado, tan fino, tan zeloso, tan firme, tan hecho Petrarca de Laurela, ¿ podria creer jamas hubiese usado con ella tan infame bajeza; y nosotros asimismo deberíamos pensar que habia de ser Laurela la mas dichosa de cuantas han nacido, y que habia de quitarnos á todos con su dicha la acedía de tantas desdichas ? ¡ Ay señores caballeros ! No digo yo que todos seais malos, mas sí que no sé cómo se ha de conocer el bueno; demas que yo no os culpo de otros vicios, que eso fuera disparate; solo para con las mujeres no hallo con qué disculparos. Conocida cosa es que habeis dado todos en este vicio, y hareis mas transformaciones que Proteo por traer una mujer á vuestra voluntad; y si esto fuese para perseverar amándola y estimándola, no fuera culpable; ¿ mas para engañarla y deshonrarla, qué disculpa habrá que lo sea ? Vosotros haceis á las mujeres malas, y os poneis á mil riesgos porque sean malas, y no mirais que si las quitais el ser buenas; ¿ cómo quereis que lo sean ? Si inquietais la casada, y ella persuadida de las finezas que haceis, pues no son las mujeres mármoles, la derribais y haceis violar la fe que prometió á su esposo, ¿ cómo será esta buena ? Diréis : siéndolo.

No se hallan ya á cada paso santas Teodoras Alejandrinas, que por solo un yerro que cometió contra su esposo hizo tantos años de penitencia;

ántes hoy en haciendo uno, procuran hacer otro, por ver si les sale mejor; y no le hicieran si no hubieran caido en el primero. Déjase vencer la viuda honesta de vuestros ruegos; responderéis: No se rinda. No hay mugeres tórtolas, que siempre lamentan el muerto esposo, ni Artemisas, que mueren en llorándole sobre el sepulcro. ¿Cómo quereis que esta sea buena si la hicísteis mala, y la enseñásteis á serlo? Veis la simple doncella, criada al abrigo de sus padres, y traeis ya el gusto tan desenfadado, que no haceis caso de nada; lo mismo es que sea doncella que no lo sea: decis linda y desahogadamente cualquiera yerro, por pesado y fuerte que sea, solicitáisla, regaláisla; y aun si estos tiros no bastan, la amagais con casamiento. Si cae, que no son las murallas de Babilonia, que tan á costa labró Semiramis, dáisla mal pago, faltando á lo que prometísteis, y lo peor es que faltais á Dios á quien habeis hecho la promesa. ¿Qué quereis que haga esta? Proseguir con el oficio que la enseñásteis, si se libra del castigo á que está condenada si lo saben sus padres y deudos: luego cierto es que vosotros las haceis malas; y no solo eso, sino que decis que lo son. Pues ya que sois los hombres el instrumento de que lo sean, dejadlas, no las deshonreis, que sus delitos y el castigo de ellos á cuenta del cielo estan; mas no sé si vosotros os librareis tambien de él, pues lo habeis causado, como se ve cada dia en tantos como pagan con la vida. Lo cierto es que á ninguno matan que no lo merezca; y si en la presente justicia no lo debia, de atras tendria hecho por donde pagase; que como á Dios no hay nada encubierto, y son sus secretos tan incomprensibles, castiga cuando mas es su voluntad, ó quizá cansado de que apenas salis de una, cuando os entrais en otra: y es que como no estimais de verdad en ninguna parte, para todas os hallais desembarazados. Oí preguntar una vez á un desprevenido de amor (porque aunque dicen que le tiene, es engaño, supuesto que en él la lealtad está tan achacosa como en todos) que de qué color es el amor. Yo respondíle que el que mis padres y abuelos, y las historias que son mas antiguas, dicen se usaba en otros tiempos, no tenia color, ni el verdadero amor le ha de tener; porque ni ha de tener el alegre carmesí, porque no ha de esperar la alegría de alcanzar; ni el negro, porque no se ha de entristecer de que no alcance; ni el verde, porque ha de vivir sin esperanza; ni el amarillo, porque no ha de tener desesperaciones; ni el pardo, porque no ha de darle nada de esto penas. Solos dos le competen, que es el blanco, puro, cándido y casto, y el dorado por la firmeza que en esto ha de tener. Este es el verdadero amor, el cual no es delito tenerle, ni merece castigo. Hay otro modo de amar, uno que no mancha jamas la lealtad: este es el amor imitador de la pureza. Otro, que tal vez violado, arrepentido de haber quebrado la lealtad, vuelve por este mérito á grangear lugar en amor; mas no por puro, sino por continente. El amor que usais ahora, señores caballeros, tiene muchos colores; ya es rubio, ya pelinegro, ya moreno, ya blanco, ya casado, ya soltero, ya civil, ya mecánico, y ya ilustre y alto: y Dios os tenga de su mano no le busqueis barbado, que andais tan de mezcla que ya no sabeis de qué color vestirle. Para conseguir esto es fuerza que hagais muchas mujeres malas; y hay muchas que lo son por

desdicha, y no por accidente ni gusto; y á estas no es razon que las deis ese nombre, cuando es culpa sin perdon dársele aun á las mas comunes. Pues si el honrar á las mujeres comunes es deuda: ¿qué será para con las que no lo son, no habiendo entre tantos como hoy las vituperan y ultrajan ninguno que las defienda? ¿Puede ser mayor desdicha, que ni aun los caballeros, pues cuando se señalan por tales prometen la defensa de las mujeres, se dejen tambien llevar de la vulgaridad, sin mirar que faltan á lo mismo que son, y á la fe que prometieron? No hay mas que ponderar, sino que ya que las haceis malas, y estudiais astucias para que lo sean, ocasionando sus desdichas, deshonras y muertes, gusteis castigarlas con las obras y afrentarlas con las palabras, no os corrais de que sea así. Decid bien de ellas, y ya os perdonarémos el mal que las haceis. Esto es lo que os pido, que si lo mirais con reflexion, en favor vuestro es mas que en el suyo, y los mas nobles y mas afectuosos hareis que los que no lo son, por imitaros hagan lo mismo; y creed que aunque os parece que hay muchas malas, hay muchas mas inculpables; y que no todas las que han sido muertas violentamente lo han sido con razon, pues si muchas padecen con causa, hay tantas mas que no la han dado; y si la dieron, fué por haber sido engañadas.

Mas dijera Lisis, y aun creo que no fuera mal escuchada; porque los nobles y cuerdos presto se sujetan á la razon, como se vió en esta ocasion, en la que estaban los caballeros tan colgados de sus palabras, que no hubo allí quien quisiese contradecirla ni estorbarla. Mas viendo la linda doña Isabel que era tarde, y faltaban dos desengaños para dar fin á la noche; y tambien que doña Luisa se prevenia para dar principio al que le tocaba, haciendo señas á los músicos, cantó así:

Si amados pagan mal los hombres, Gila,
Díme, ¿qué háran si son aborrecidos?
Si no se obligan cuando son queridos,
¿Porqué tu lengua su traicion perfila?
Su pecho es Caribdis y una Scila,
Donde nuestros deseos van perdidos,
No te engañen, que no han de ser creidos
Cuando su boca mas dulzor destila.
Si la que adoran tienen hoy consigo,
Que mejor es llamarla la engañada,
Pues engañada está quien de ellos fia.
A la que encuentran, como soy testigo,
Dentro de una hora dicen que es la amada:
Conclúyase con esto tu porfía.
Su cruel tiranía
Huir pienso animosa,
No he de ser de sus giros mariposa.
En solo un Hombre creo,

Cuya verdad estimo por empleo;
Y este no está en la tierra;
Porque es un Hombre Dios, que el cielo encierra;
Este sí que no engaña,
Este es hermoso y sabio,
Y que jamas hizo á ninguno agravio.

NOCHE SÉPTIMA

DESENGAÑO SÉPTIMO.

MAL PRESAGIO CASAR LÉJOS.

Cuando la hermosa doña Isabel acabó de cantar, ya doña Luisa tenia ocupado el asiento del desengaño, y con mucha gracia dijo así : Por mi vida que no sé qué mayor desengaño, hermosas damas, quereis oir, que este soneto que la hermosa doña Isabel acabó ahora de decir, pues en él ha dicho el Hombre que solo hay que no se engañe, y el que merece solo ser amado. Mas ya que no puedo excusar de decir lo que me toca, dejaré á un lado muchas circunstancias en que pudiera detenerme si supiérades los penosos desasosiegos que tuve con mi esposo, tan opuesto á mi voluntad que jamas le conocí agradecido á ella; ántes con muchos desabrimientos en las palabras, y gran parte en los ojos me satisfacia cuando mas le grangeaba y lisonjeaba con caricias : mas porque para sí nadie es buen juez, á los ojos agenos dejaré muchas fortunas mias; y contaré desdichas agenas, refiriendo una historia tan verdadera que aun hoy hay quien no tiene, acordándose de ella, enjutas las lágrimas, no dando mas reprehension á los caballeros que la que el mismo desengaño les ofrece; porque fuí tan amante de los despegos y tibiezas de mi esposo, que en él respeto á todos, y con esta advertencia digo así :

Por muerte de un gran señor de España quedaron sin el amparo que tenian en su padre, por haberles faltado su madre dias ántes, un hijo y cuatro hijas de la hermosura y virtudes que se puede creer tendrian tan grandes señoras : y si bien entrando su hermano en la herencia de los estados, les previno á sus hermanas el amparo de padre, no les pudo prevenir el librarlas de la desdichada estrella en que nacieron, porque puedo asegurar que de cada una se pudiera contar un desengaño; pues ni les sirvió la hermosura, la virtud, el entendimiento, la ilustre sangre, ni la inocencia, para que no fuesen víctimas sacrificadas en las aras de la desgracia. La primera, llamada doña Mayor, casó en Portugal : esta señora se llevó consigo, cuando se fué con su esposo, á la menor de todas: su nombre es doña María, con intencion de darla en aquel reino marido igual á su grandeza; mas á una y á otra siguió su mala fortuna; porque

no siendo doña Mayor amada de su esposo, por la simpatía que la nacion portuguesa tiene con las damas castellanas, en no hacer confianza de ellas, y así ó por probarla, ó lo mas cierto, por tener achaque para librarse de ella con color de agravio, escribió una carta en nombre de un caballero castellano, dándosela á un page que se la llevase á la señora, que hecho así, estándola leyendo, admirada de que á ella se escribiese tal, entró el marido, que aguardaba esta ocasion, y sacando la espada para matarla, porque el triste page á voces empezó á decir la traicion, le mató, y luego á su inocente esposa. La hermana, viendo el fracaso y habiendo muy bien oido ella y las criadas lo que el page habia dicho, temiendo la muerte (que la diera sin duda), se arrojó por una ventana, y de las criadas castellanas se escaparon algunas, y otras acompañaron á su señora en el eterno viage. Doña María fué tan desgraciada, que se rompió las piernas de modo que algunos años que vivió estuvo siempre en la cama; porque al caer pudo ser vista de algunos caballeros castellanos que asistian á su malograda hermana, los cuales la salvaron y trajeron á Castilla; en donde sabido el caso por su magestad, castigó al reo, como hasta hoy permanece la memoria de su castigo.

La segunda hermana, cuyo nombre es doña Leonor, casó en Italia: esta señora, teniendo ya de su matrimonio un niño de cuatro años, porque alabó de muy galan un capitan español, no con mal intento, sino que de verdad lo era; estándose lavando la cabeza, entró el marido por una puerta excusada de un retrete, y con sus propios cabellos, que los tenia muy hermosos, la hizo lazo á la garganta, con que la ahogó, y despues mató al niño con un veneno, diciendo que no habia de heredar sus estados hijo dudoso: y si el capitan avisado por una dama de la misma señora no se escapara, corriera la misma fortuna.

Quedó por casar doña Blanca, que era tercera hermana, y la primera no solo de las demas en hermosura, entendimiento y valor, mas de todas las de aquel tiempo; porque así lucia doña Blanca entre las mas solemnizadas de la corte, como el lucero entre las demas estrellas. Por conveniencias á la real corona y gusto de su hermano se concertó su matrimonio con un príncipe de Flandes, cuyo padre, que aun vivia, era gran potentado de aquel reino. No habia sucedido, ni sucedió tan presto la desdicha de sus hermanas; porque puédese creer que si sucediera ántes de casarse doña Blanca, por sin duda tengo que no lo aceptara, antes se entrara religiosa; mas habia de seguir por lo que las demas, y por esto la suerte cruel no ejecutó su deseo hasta que doña Blanca estuvo cautiva en el lazo que solo la muerte le rompe. Con poco gusto aceptó la hermosa señora el casarse sin conocer ni saber con quién; porque decia, y decia bien, que era gran ánimo el de una mujer, cuando se casaba solo por conveniencias y ageno gusto, con un hombre de quien ignoraba la condicion y costumbres; por cuya causa envidiaba á las que se casaban precediendo primero las finezas de enamorados; pues cuando sobre voluntad no aceptase, no se podia quejar de nadie, sino de sí misma; y viendo que no podia conseguir este modo de casarse, al tiempo de firmar las capitulaciones, sacó por condicion ántes de otorgarlas que el príncipe habia de

venir á España, y ántes de casarse la habia de galantear y servir un año, de la misma manera y con las mismas finezas que si no estuviera otorgada por su esposa, sino que la enamorase con paseos, músicas, billetes y regalos, como si la pretendiera á excusas, y á fuerza de finezas; porque queria amar por el trato, y conocer por él el entendimiento, condicion y gracias de su esposo. Mucho rieron su hermano y todos cuantos supieron las condiciones con que doña Blanca aceptó el casamiento, que aun en palacio se contaba y reia; mas su hermano, que la queria ternísimamente, por darla gusto, y porque se dilatase el perderla, vino en todo cuanto doña Blanca pedia, y asi se avisó al príncipe, quien hizo lo mismo con mucho gusto, que como era de poca mas edad que doña Blanca, por ver á España, si bien á descontento de su padre, puso luego en ejecucion su partida.

Tenia doña Blanca, entre las damas que la asistian, una que se habia criado con ella desde niña, y á quien amaba mas que á ninguna, con quien comunicaba lo mas secreto de sus pensamientos. Pues un dia que doña Blanca se estaba tocando, y todas sus damas asistiéndola, las preguntó (como era tan afable): ¿Qué habeis oido de lo que se platica en la corte de las condiciones con que acepté este casamiento? Doña María (que así se llamaba la dama tan querida suya) la respondió, como la que fiada en su amor hablaba con mas libertad: Si te he de decir verdad, señora mia, á todos oigo decir que es locura; porque pudiendo gozar gustos descansados con tu esposo, le quieres condenar, y te condenas á la pena de la dilacion y á los desasosiegos de amar, con esperanzas de poseer lo mismo que es tuyo. ¿Y quiénes son los necios, doña María, preguntó doña Blanca, que llaman locura á una razon fundada en buen discurso? ¿Con que creen que es mejor casarse una mujer con un hombre á quien jamas vió ni habló, y que suceda ser feo, necio, desabrido, ó mal compuesto, y se halle despues aborrecida y desesperada de haberse empleado mal, que no avisarse del caudal que lleva en su esposo? Todas cuantas cosas se compran, se procuran ver, y que vistas agraden al gusto, como es un vestido, alguna joya: ¿y un marido que no se puede deshacer de él como de la joya y del vestido, ha de ser por el gusto ageno? ¿Cuánto mas acertado es que galan la grangee la voluntad, y ella bien hallada con ella se la pague; que no como hemos visto á muchas que se casan sin gusto, y viviendo sin él pasan de la vida á la muerte, sin haber vivido el tiempo que duró el casamiento, ó que viéndose galanteadas de otros que supieron con finezas grangearlas la voluntad, como no se la tenian á sus esposos, caer en muchas liviandades, que no cayeran si los amáran? No hay, doña María, mas firme amor que el trato: con él se descubren los defectos ó gracias del que ha de tener por compañero toda la vida. Y á los que se valen del adagio vulgar: que quien se casa por amor vive con dolor, tengo por ignorantes, pues su misma ignorancia les desmiente, porque jamas se puede olvidar lo que de veras se amó; y amando, no sienten ni las penas, ni las necesidades, ni las incomodidades: todo lo dora y endulza el amor; y si tal vez hay desabrimiento, lo causan las desigualdades que en los casamientos

por amores hay ; mas si son iguales en la nobleza y en los bienes de fortuna, ¿qué desabrimientos ni dolor puede haber que no lo supla todo el amor? Es como decir muchos que el marido no ha de ser celoso : es engaño notable, pues no siéndolo tanto, que peque de necio, y él no falte por zeloso al cariño y regalo de su esposa, con eso la excusa de que no sea fácil ; pues mas presto se arroja á cualquiera travesura la que tiene el marido descuidado , que no la que le tiene cuidadoso, pues sabe que tiene ó no tiene lugar. Yo por lo menos quiero conocer en mi esposo, en las finezas de galan, lo cariñoso que será cuando sea marido, y en los aciertos de puntual sin posesion , lo que obrará puesto en ella. Estoy bien con eso, dijo doña María : mas tú, señora, aunque conozcas diferentes condiciones en el príncipe de las que en tu idea te prómetes, ¿puedes ya dejar de ser suya? En esto hay mucho que averiguar, porque yo no soy la que me le he prometido, que á ser eso así, no procurara avisarme de lo que cobro en él : hánmele prometido galan, bien entendido, afable, liberal, con otras mil prerogativas de que vienen llenas las cartas; y tantos hipérboles como dicen los retratos, se ha visto infinitas veces ser engañosos. Averiguo otra casa : luego no tendré obligacion de cumplir lo firmado, pues no me dan lo que prometieron; y para eso hay conventos, pues no me tengo yo de cautivar con otro diferente del que me dijeron; y me puedo llamar á engaño, diciendo que yo me prometí á un hombre perfecto, y que supuesto que me le dan imperfecto, no es el que me ha de merecer. Venga el príncipe, y empiécese la labor amorosa, que no permitirá el cielo que sea menos que como yo deseo; y sepa ser buen galan, para que despues no sea descuidado marido; y si no fuere tal como le han pintado, el tiempo me dirá lo que tengo de hacer, y cada uno siga su opinion, que yo no pienso apartarme de la mia. Con estos y otros coloquios entretenia doña Blanca y sus damas el tiempo que tardó en llegar el príncipe, que venido y visto, en cuanto á la presencia, talle y gala, con la hermosura del rostro, no hubo que despreciar, y aun á doña Blanca le pareció muy bien, y no sé si le pesó del concierto en cuanto á la dilacion, segun lo dió á entender cuando le vió por entre unas menudas celosías, y despues oyéndole hablar con su hermano, por lo que la podia cubrir una antepuerta. Teníanle prevenida posada en la misma calle donde vivia doña Blanca, que de industria, para conseguir lo concertado, no le aposentaron en su misma casa.

Entre las demas gracias que tenia el príncipe, era hablar muy bien nuestra lengua, porque los señores siempre tienen maestros que los habilitan en todas. No quiso doña Blanca que la viera aquel dia el príncipe, dando por excusa el no hallarse apercibida, excusando la visita que de cortesía se debia hacer, quizá por tenerle mas deseoso de su vista, ó porque naturalmente no se casaba con gusto : y quedando citada para otro dia, el príncipe y su gente se fueron á descansar. Venida la mañana, doña Blanca se levantó muy melancólica, tanto que á fuerza parecia que estaba deteniendo las lágrimas que por sus hermosísimos ojos estaban reventando por salir, teniendo á sus criadas confusas, y mas á doña

María, extrañando el no darla parte de su pena; y así en burlas la dijo: ¿Qué severidad ó tristeza es esta, señora, en tiempo de tanta alegría, como es justo tener por la venida del príncipe mi señor? A esto respondió doña Blanca: Hasta ahora no es razon darle este título, que aun hay de plazo un año hasta que lo sea. Y aun eso debe de ser, replicó doña María, lo que te tiene triste, si no es el no haberte parecido bien el novio. Dínoslo, así el cielo te haga con él muy dichosa. Por tu vida, doña María, respondió doña Blanca, y por la mia tambien, que ni es lo uno ni lo otro; porque en cuanto á haberme parecido bien, te puedo jurar que yo soy la apasionada; y en cuanto á desear que el año del concierto estuviese cumplido, te doy mi palabra que quisiera que durara una eternidad; y asimismo te aseguro que no sé de qué me procede este digusto, si ya no es de pensar que tengo de ausentarme de mi patria y de mi hermano, é irme á tierras tan remotas como son donde he de ir; mas tampoco me parece es la causa esta, ni la puedo dar alcance, aunque mas lo procuro. Hablándo de esto y otras cosas, con que sus damas la procuraban divertir, se aderezó y prendió con tanto cuidado suyo y de todas, que parecia un ángel, y salió donde su hermano y el príncipe la aguardaban, quien se enamoró tanto de la hermosa doña Blanca, ó lo fingió, que el corazon del hombre para todo tiene astucias, que dió bien á entender con los ojos y las palabras cuánto le pesaba de la dilacion que para gozar tal belleza habia; y comenzándose desde este punto el galanteo en las alabanzas y en la vista, tuvo fin la visita, y doña Blanca se retiró á su cuarto tan triste, que ya no tan solo procuraba detener las perlas que á las ventanas de sus ojos se asomaban, sino que dejaba caer hasta el suelo cuantas desperdiciaban sus pestañas. ¡O qué profeta es el corazon! pocas veces se olvida de avisar las desdichas que han de venir si nosotros le creyésemos. Porque confesar que le agradaba el príncipe; no negar que le amaba; haberle parecido bien, y no desear la posesion; ántes pesarle de que para llegar á tenerla era corto plazo el de un año, y que quisiera fuera mas dilatado; cosas son que admiran. Acostóse al punto, sin querer responder á cuanto sus damas la decian, y estuvo sin levantarse de la cama cuatro dias, admirando á todos, y mas á su hermano, el que no sabia á qué atribuir tan diferentes efectos como en ella veian; en los cuales dias de indisposicion, informado el príncipe de cuál era la dama mas querida de doña Blanca, y sabido que era doña María, la habló, y dió un papel y un rico presente de cosas muy sazonadas de su pais, y para ella una joya de mucho valor, con otras para que repartiese con las demas damas, lo que doña María recibió; y habiéndolo llevado á su señora, despues de dar á las damas sus joyas, doña Blanca vistió las suyas, muy agradada de ellas, y leyó el papel, que decia de esta manera:

« No debe ser admitido galan el que no sanea su atrevimiento con el
» deseo de ser esposo, ni tampoco será buen marido el que no fuera fini-
» simo galan; pues es fuerza que lo sea todo para ser perfecto en todo.
» Lúcese bien vuestro entendimiento, hermosísima señora mia, en dis-

» poner que la gloria de mereceros se conquiste con la pena de desearos : » que soy vuestro, ya lo sabeis : que sois mia, ignoro, pues aun no he » llegado á estado de tal bien ; y así os suplico ordeneis lo que he de hacer » para mereceros mia ; pues ya sé lo que he de hacer para no morir hasta » que lo seais ; y pues á los golpes de vuestra belleza no tengo otro reparo » sino la esperanza, alentadme con ella, para que no muera con la dila- » cion de vuestra gloriosa posesion. El cielo os guarde. »

Leido el papel, alabó doña Blanca el entendimiento, y solemnizó el buen gusto del presente, mas no respondió por escrito ; solo mandó á doña María le dijese como lo habia recibido con la estimacion que se debia. Pasados los cuatro dias, se levantó doña Blanca, ya algo moderada su tristeza, y oia con mas gusto cómo la decian que el príncipe paseaba la calle, y que habia salido muy galan de sus colores ; y esa noche salió á oir una música que la dió, cantando excelentísimamente á seis voces este soneto :

No quiere, dueño amado, el dolor mio
Tan áspero remedio como ausencia,
Que ni hay valor, cordura ni paciencia
Para sufrir, aunque sufrir porfío.
Tratadme con desdenes, con desvío,
Con zelos, aunque es tanta su violencia,
Hareis de un firme amor clara experiencia,
Aunque me vuelva con mi llanto un rio ;
Que como yo me vea en vuestros ojos,
Dulces nortes de amor, estrellas mias,
En quien las desdichas de mi suerte espero ;
Alegres, tristes, con mil enojos,
Darán aliento á mis cansados brios,
Pero cuando no os veo desespero.
Si mas que á mí no os quiero,
Si veros me da vida,
Tenedla, si no os veo, por perdida.

Bien conoció el príncipe que estaban las rejas ocupadas, y no dudó de que estaria en ellas doña Blanca, y con mucho desenfado y donaire, como quien galanteaba con fé de amante y seguridad de esposo, dijo, llegándose mas cerca : ¿ Seré tan dichoso que entre tantas estrellas esté el sol, y entre tantos nortes la blanca y plateada Cintia ? Sí, respondió una de las damas, que como estos amores iban con las conveniencias ya dichas, y á lo público, no le querian regatear los favores, ni se temian las murmuraciones. ¿ Pues cómo, señora mia, prosiguió, cubris vuestros divinos rayos y lustrosos candores con la oscuridad del silencio ? Merezca yo un favor vuestro, aunque sea mandarme morir. Que vivais muchos años, respondió doña Blanca, y que prosiga la música es lo que mando : y con esto, avisando á los músicos, volvieron á cantar este romance :

Contaros quiero mis dichas,
Dulces y amorosas selvas,
En cambio de que escuchásteis
Con grato oido mis penas.
Salió á mis ojos el sol
De una divina belleza,
Tal que deidad le adorara,
A no conocer la eterna.
A sus acentos el alma,
Con tanta dulzura atenta,
Instantes juzgó las horas.
Millares contó las quejas.
Amor desterrando dudas,
Aunque niño cobró fuerzas;
Miente quien dice que amor
Es mayor con las ofensas.
Con las ternezas se cria,
Si con la vista se engendra;
Con las firmezas se anima,
Las finezas le alimentan.
Los agravios le desmayan,
Las sinrazones le hielan,
Enferma con los temores,
Y muere con las ofensas.
Y siendo así que el amor
Con los favores se aumenta;
Quien tantos ha recibido,
Fuerza es querer con mas veras.
¿Quién verá, Blanca divina,
Tu hermosura y gentileza,
Que no te dé por tributo
Mil almas, si las tuviera?
Tal imperio tu hermosura
Ha puesto en mí, que quisiera
De nuevo entregarte el alma,
A no ser tuya esta prenda.
A tener tantas que darte,
Como son las prendas vuestras;
Ninguna libre quedara,
Que todas se las rindiera.
¡Ay, dueño del alma mia!
Si la estimais como vuestra,
Maltratadla con amor,
No la mateis con su ausencia.
Si mas que á mí no os estimo,
Ruego á Dios que no me vea
En posesion de esos ojos,
Siempre esté en desgracia vuestra.
Selvas, si veis de Blanca la belleza,
Contadle mi firmeza,
Referidle mi pena;
Rogadle, selvas, que de mí se duela.

Acabando de cantar se retiró doña Blanca, y quedó doña María para decir al príncipe que su señora se daba por muy bien servida de sus finezas: con que el príncipe muy gustoso se fué á su posada. No se acabara jamas este desengaño si se hubieran de contar por menudo las cosas que sucedieron en este entretenimiento de amor, y prueba de entendimiento, que así le llamaba doña Blanca; porque llegó á escribirse el uno al otro bien entendidos y tiernos papeles, á hablarle doña Blanca por una reja, no concediéndole mas favor que el de sus hermosas manos; deseando las damas, y mas doña María, que durara tantos años como dias tenia el del concierto; porque demas de gozar las mas noches de músicas, y los dias de paseos, toros, cañas y encamisadas, máscaras y otras fiestas que el príncipe hacia en servicio de doña Blanca, estaban muy medradas de galas y otras dádivas, gozando tambien de sus galanteos; y así ellas deseaban que el año no se acabara. Doña Blanca lo deseaba mas; porque cada dia que pasaba la costaban muchos desperdicios de perlas: tanto era lo que sentia imaginar que se habia de casar; y demas de esto amaba al príncipe tan ternisimamente, que cuando la venia á ver, á la dama ó page que la daba la nueva daba en albricias una joya. ¿Quién vió jamas tan diferentes efectos de amor y desamor? Contábanse en la corte estos amores por cosa de admiracion; unos decian que doña Blanca tenia buen gusto en hacer que le costase al príncipe tan cara su hermosura, y que la comprase á precio de dilaciones: otros que era locura, y que siendo

verdaderamente suyo, y que podia poseer sin embarazo, dilatarlo por tanto tiempo; de suerte que cada uno hablaba como sentia del caso. Tal vez que las criadas hablaban con los criados del príncipe, procurando saber de ellos cómo llevaba su dueño estas dilaciones; ellos las decian que estaba desesperado, y que si bien queria de veras á doña Blanca, si no fuera por su hermano hubiera deshecho les conciertos, y vuéltose á su tierra, que así se lo escribia su padre que lo hiciese; y cuando doña María la decia esto á doña Blanca, arrasados sus ojos de lágrimas, respondia: Mas desesperada estoy yo de que se cumpla tan presto el plazo; que si á ellos se les hace tarde, yo le juzgo temprano. En fin llegó (que no hay ninguno que no llegue, y mas el que trae por padrino á las desdichas, que parece que le espolean para que se cumpla mas presto); desposóse doña Blanca con igual regocijo de toda la corte; y cuando pensaron que la tornaboda habia de ser con el mismo regocijado aplauso, fué con llantos y lutos; porque casi una tras otra llegó la triste nueva del desdichado fin de sus hermanas, trayéndole á sus ojos la mas pequeña, imposibilitada de poder andar; porque de las rodillas abajo no tenia piernas ni piés, habiendo de ser la cama el teatro donde miéntras vivió representaba á todas horas la adversa estrella con que habia nacido; con lo cual doña Blanca quedó tan temerosa y desabrida, que se tiene por seguro que si no se hubiera desposado, por ningun temor, interés ni conveniencia se casara; y así lo decia á sus damas con muchos sentimientos, y ántes se hubiera entrado religiosa. En fin, llenas de luto y pesares se acabaron de celebrar las bodas, y luego se empezó á tratar de la partida. Doña María trataba de casarse con el camarero del hermano de doña Blanca, y cuando supo que queria quedarse, como la queria tanto y se habian criado juntas, y la tenia por alivio en sus mayores penas, lo sintió de suerte que por moderarle el desconsuelo se dió órden que don Jorge (que este era el nombre del camarero del hermano de doña Blanca) fuese en su servicio con otros criados que llevaba españoles, con promesa de que en llegando allá los casaria y haria merced: con que dentro de dos meses casada, dejó doña Blanca á España, con tan tierno sentimiento de apartarse de su hermano y hermana, y de su amada patria, que el príncipe mostraba gran enfado de ello: porque como ya estaba en posesion, se iba cansando de los gustos que en esperanza le habian agradado, mas disimulaba á la cuenta, hasta sacarla del poder de su hermano.

Al tiempo que doña Blanca partió de Madrid se habia averiguado la inocencia de su hermana doña Mayor, y el rey habia severamente castigado á su marido, con lo cual se moderó en parte el dolor de su muerte, juzgándola gozaba en el cielo la corona de mártir. Puesta en camino en fin con el sentimiento que digo, era agasajada los dias que duró el camino por tierra, de su marido, mas no con tanto cariño como cuando estaba en la corte, de que ella, con extrañas admiraciones, daba parte á su querida doña María, la que como cuerda la alentaba, aconsejaba, y entretenia la tristeza que llevaba de haber dejado su paternal albergue, é irse á vivir desterrada para siempre de él, y mas con los despegos que empezó á ver en su esposo; porque apenas se embarcaron, y le pareció

que tenia la inocente palomilla fuera de todo punto de su nido, cuando se desapegó de ella con tanta demostracion de tibieza ó enfado, que muchas veces llegaban á tener rencillas sobre ello, y á las quejas que ella le daba respondia: No seas viciosa, española, ni te lamentes tanto por lo que ahora se empieza: ¿qué quieres verme siempre junto á tí? Algun dia desearás verme léjos. No sé qué desdicha tienen las españolas con los extrangeros, que jamas las estiman, ántes se cansan á dos dias, y las tratan con desprecio; y esto por haberlo visto en muchas lo digo. Tuvo fin el viage, y llegados á sus estados, se halló doña Blanca con menos gusto que ántes; porque el suegro era hombre severo, y que tocaba mas en cruel que en piadoso; y enfadado del largo tiempo que su hijo se habia detenido en el galanteo, aun el mismo dia que llegaron á su presencia no disimuló el enfado, y la recibió diciendo: ¿Cuándo habia de ser esta venida? Basta, que las españolas sois locas: no sé qué extrangero os apetece si no es que esté desesperado: y otras razones, de que doña Blanca corrida no acertó á responder, conociendo claramente que estaba en poder de sus enemigos; y si con alguna cosa tuvo alivio su pena, fué con una hermana de su esposo, llamada la señora Marieta; que en aquellos paises, ni en Italia, ninguno se llama don, sino solo los clérigos; porque nadie hace ostentacion de los dones como en España; y mas el dia de hoy, que han dado en una vanidad tan grande, que hasta los cocheros, lacayos y mozas de cocina le tienen, estando ya los negros dones tan abatidos, que las taberneras y fruteras son doña Serpiente y doña Tigre; que de mi voto, aunque no el de mas acierto, ninguna persona principal se le habia de poner, que no ha muchos d as que oí llamar á una perrilla de falda doña Jarifa, y á un gato don Morro, que si su magestad (Dios le guarde) echara alcabala sobre los dones, le habia de aprovechar mas que el uno por ciento; porque casas hay en Madrid, y las conozco yo, que hierven de dones como los sepulcros de gusanos; y me contaron por muy cierto que una labradora socarrona de Ballecas, vendiendo pan el otro dia en la plaza, á cualquier vaiven que daba el burro, decia: Está quedo, don Rucio; y queriendo partirse, empezó á decir: Don Arre; y queriéndose parar: Don Jó.

Era la señora Marieta muy hermosa y niña, aunque casada con un primo suyo; y lo que mejor tenia era ser muy virtuosa, y vivia con su padre. Con esta señora trabó doña Blanca grande amistad, cobrándose las dos tanto amor, que si no era para dormir, no se dividia la una de la otra, comunicando entre ellas sus penas; que gustos tenian tan pocos que no las cansaba mucho el contarlos; porque tan poco estimaba su esposo á la señora Marieta, como el príncipe á doña Blanca. Tenia el príncipe un page, mozo, galan, y que los años no pasaban de diez y seis, tan querido, que trocara su esposa el agasajo suyo por el del page; y él tan soberbio con la privanza, que mas parecia señor que criado: él tenia cuanto el príncipe estimaba, con él comunicaba sus mas íntimos secretos, por él se gobernaba todo, y él tan desabrido con todos, que trataban de agradarle mas que al príncipe. Pues como doña Blanca muchas veces preguntaba qué hacia su esposo; y la respondian que estaba con Ernesto

(que este era su nombre), y algunas, que ó por burlas ó veras la decian que mas queria á su page que no á ella, fué causa para que Ernesto aborreciese á doña Blanca de suerte que lo mostraba no solo en el desagrado con que siempre la asistia, si era necesario, mas en responderla en varias ocasiones algunas libertades; y doña Blanca asimismo le aborrecia, por tener por seguro que servia de tercero en algunos amores que debia de tener el príncipe, y que de esto nacia la libertad y soberbia del page. Con este pensamiento dió en ser zelosa, con que se acabó de perder; porque ella se desagradaba declaradamente de las cosas de Ernesto, hablándole con sequedad y despego, y él con libertad y desenvoltura. llegando doña Blanca y el príncipe á tener sobre esta causa muchos disgustos, y todo por hallarse menos querida de su esposo y mas odiada de Ernesto, y aun de su suegro, que muchas veces oia de él palabras muy desabridas. No la llamaban por su nombre, sino la Españoleta; y aunque doña Blanca volvia por sí, no consintiéndose perder el respeto, la valia poco; porque todos eran sus declarados enemigos, sin que tuviese ninguno de su parte, supuesto que los criados que tenia españoles estaban tan oprimidos y mal queridos como ella. Era doña Blanca excelentísima música, y cantaba divinamente, no teniendo necesidad de buscar los tonos que habia de cantar; porque el cielo la habia dado la gracia de saberlos hacer; y mas en esta ocasion, que como tenia caudal de zelos, lo hacia con mas sentimiento. Con ellos pues alentaba su natural, y así un dia que la señora Marieta pidió cantase alguna cosa de las que hacian á su zelosa pasion, cantó este romance que habia hecho, y le diré aquí; porque fué causa de un gran disgusto que tuvo con su esposo:

¿Qué gusto tienen tus ojos
De ver los ojos que un tiempo
Dueños llamaron los tuyos,
Dos copiosas fuentes hechos?
¿Qué gusto te da saber
Cuán poco ocupan el sueño;
Pues ellos están llorando,
Cuando los tuyos durmiendo?
Muy á mi costa les quitas
El imperio que tuvieron;
Mas tú te llevas la gloria,
Y ellos pasan los tormentos.
No sé cómo es este enigma,
Que la nieve está en tu pecho,
Y sin que en él se deshaga,
Ya se destila por ellos.
Mas ya llego á conocer
De aquesta duda el secreto,
Que otro fuego te deshace,
Y resulta el daño en ellos.
¡Que entre las muertas cenizas
De aquel tu pasado incendio,
No guardases una brasa
Que reviviese algun tiempo!
Si tienes el corazon
Hecho para mí de hielo;
Acércate, ingrato, al mio,
Que presto será deshecho.
Mira que al fuego que ardes
Es un aparente fuego,
El mio no, que es amor,
Y es su calor verdadero.
No sé cómo un pecho noble
Puede vivir satisfecho,
Cuando ve una alma rendida
Tirar los golpes violentos.
No te acabo de entender,
Ni á mí misma no me entiendo;
Solo entiendo que te adoro,
Solo entiendo que padezco.
Mis lágrimas te endurecen,
Y viene á ser caso nuevo,
Caer sobre el hielo el agua,
Y no dejarle deshecho.

Solo en tí, porque yo muera,
Permite amor tal extremo;
Pues debieras conocer
Que me pierdes si te pierdo.
Seguro estoy que tendrás
Quien te quiera; pero advierto
Que quien te quiera hallarás;
Mas no mas que yo te quiero.
Muy avaro estás conmigo,
Muy pocos gustos te debo,
Que aun por negarme el cariño,
Siempre estás fingiendo sueño.
Frio me dijiste ayer
Que tenias: alto cuento;
¿Pues cuándo tienes calor
Para darme á mí consuelo?
No me mates tan aprisa,
Hasta que me maten zelos;
Penas, que cuando ay amor,
Son mas que las del infierno.
Disimula las tibiezas,
Que si no amor, es respeto;
No te precies de cruel
Cuando de tuya me precio.
Dí á la Circe que te encanta
Algo de lo que merezco;
Y pídele facultad
Para no ser tan grosero.
¿Quién me dijera algun dia
Esta ingratitud que veo?
¡Ah, finezas de hombre ingrato,
Y cómo en humo se fueron!
Yo me acuerdo cuando el sol
Te halló en la calle, viniendo
Mas de alguna vez á ver
Lo que estás aborreciendo.
Y veo que ahora estás
Tú reposando en el lecho;
Y yo sintiendo y llorando
Tu tibieza y mi desprecio.
Pues espero que algun dia
Te ha de castigar el cielo,
Y que la misma que estimas
Ha de ser el instrumento.
Y entónces conocerás
Lo que tienes en mi pecho.
Que cual pelícano está
Para regalarte abierto.
Y aun estás tan riguroso,
Tan ingrato y tan severo,
Que no conservas mis brazos,
Por si te faltan aquellos.
Mis penas me han de matar,
Porque ya mi sufrimiento
Está tan falto de fuerzas,
Que casi á vivir no acierto.
No es gran victoria matarme,
Cuando ves que estoy muriendo
A manos de tu rigor,
Y á la fuerza de mis zelos.
Préciate de tu crueldad,
Cantarás como otro Nero,
Viendo que se abrasa el alma
En donde tienes tu imperio.
¡O si estuviera en mi mano
Aborrecerte! aunque pienso,
Que en lugar de castigarte
Lisonja te hubiera hecho.
Mas es carácter del alma
El amor con que te quiero;
Pues quien desea imposibles
No podrá lograr su intento.
Mas si piensas ostentar
El rigor de que me quejo;
Morir á fuerza de agravios
Será el último remedio.
Así canta y llora Blanca,
Mas no la escucha su dueño,
Que lágrimas en ausencia
Son de muy poco provecho:
Y mas
Con un ingrato,
Que en otra mas dichosa
Está adorando:
Y aunque la ve llorar no se enternece,
Porque es cruel, y lágrimas no siente.

No acertaba en nada doña Blanca, aunque fuese la mas acertada, porque como era mal recibida, enfadaba de todas maneras; y así entrando á este punto el príncipe y su padre que venian de fuera, como á los últimos versos decia que seria el último remedio el morir, respondió: Así será, que de otra manera no me puedo librar de tus enfados; y prosiguiendo con grandísimo enojo, dijo: ¿Qué locuras ó qué mentiras son

estas, Blanca, que así en verso y prosa, con achaque y color de lamentarte, estás diciendo contra mí? ¿Qué, no basta en secreto cansarme y atormentarme con ellas, sino que cantando las publicas? Cansadísimas mujeres sois las españolas, gran castigo merece el extrangero que mezcla su sangre con la vuestra. A esto, como doña Blanca estaba cierta de que habia sido, como quien la tenia tan ilustre, mayor su engaño que no el del príncipe, respondió con brio: Mayor le merece la española, que entendiendo viene á ser señora, deja su patria, donde lo es, por hacerse esclava de quien no la merece. No seais atrevida, doña Blanca, respondió el suegro, que os cortaré yo las alas: ¿con qué soberbia os remontais, que no sé yo cómo pensasteis vos ni vuestro linage llegar á merecer ser esposa de mi hijo? Finalmente, por no cansar, diciendo los unos y respondiendo los otros, se encendió el suegro de suerte que el príncipe se descompuso con doña Blanca, no solo de palabras, mas de obras, maltratándola tanto, que fué milagro salir de sus manos con la vida, y esa se la pudo deber, despues de Dios, á la señora Marieta, que con su autoridad puso treguas, aunque no paces; al disgusto de este dia, pasándose muchos que ni el príncipe la vió, ni doña Blanca se levantó de la cama; mas al cabo tuvieron fin estos enojos, haciéndose las amistades, no sé si para mayor enemistad; porque doña Blanca quedó, como tan gran señora, descontenta con el desprecio pasado, y el príncipe menos cariñoso que ántes; porque entre la vulgaridad estas rencillas entre casados, en llegando á acabarse los enojos, no se acuerdan mas de ellas; mas en la grandeza de los señores es diferente, que aunque sean casados, tienen duelo; y así se lo decia doña Blanca á doña María, pues aunque amaba ternísimamente á su esposo, todas las veces que le veia le salian al rostro los colores que habian puesto en él sus atrevidas manos.

Sucedió dentro de pocos meses un caso, el mas atroz que se puede imaginar, y fué en primer lugar amanecer dentro del mismo palacio una mañana muerto á puñaladas un gentilhombre de la señora Marieta, que le daba la mano cuando salia fuera, mozo de mucha gala y nobleza; y luego pasados dos dias, en que aun no estaba moderado el sentimiento que tuvieron de esta violenta y desaliñada muerte la señora Marieta y doña Blanca, y mas viendo que el príncipe viejo no habia consentido hacer las diligencias que fuera muy justo en un suceso tan desastrado, ántes mandó que no se hablase mas en ello, por donde se pensó que habia sido hecho por gusto suyo: como digo, dentro de dos dias envió su padre á llamar á su cuarto á la señora Marieta, que fué al punto, y entrando donde estaba, le halló con su esposo y primo. No se pudo saber lo que entre ellos pasó, mas de que se cerraron las puertas del cuarto, se oyó por un espacio llorar á la señora Marieta, despues de esto llamar á Dios, y luego quedar todo en silencio; y fué que á lo que despues se vió, tenian atado al espaldar de una silla un palo, y haciéndola sentar en ella, su propio marido delante de su padre la dió garrote, que esta tan cruel sentencia contra la hermosa y desgraciada señora salió de acuerdo de los dos, suegro y yerno; y de mas de una hora que habian estado hablando á solas, no se pudo saber nada; y solo se sospechó por haber

muerto á su gentilhombre, que seria por algun testimonio, porque la señora Marieta era tan noble y tan honesta, que no se podia pensar de ella liviandad alguna, si ya no la dañó el ser tan noble, y el amar tanto á doña Blanca, que en todas ocasiones volvia por ella. En fin murió apenas de veinte y cuatro años, siendo el juez su padre, y el verdugo su mismo esposo.

Estaba doña Blanca cuidadosa de qué haria allá dentro la señora Marieta, que ya sabia de sus damas que habia sido llamada por su madre; y no habiéndose hasta medio dia abierto la puerta de la sala donde se habia ejecutado la cruel maldad, que era en la que comia, entraron, y como se abrió, los criados pusieron las mesas; mas aunque vieron el triste espectáculo, ninguno hablaba, porque se lo habian así mandado, ó porque todos eran unos. Vino el príncipe de fuera, que no se halló al lastimoso caso, ni le sabia, que fuera cierto no lo consintiera, ó la salvara, porque amaba mucho á su hermana, y no era el que habia sentido menos la muerte del gentilhombre. Venido pues, avisaron á doña Blanca saliese á comer, como lo hizo bien apriesa, por ver si veia á la señora Marieta, y saber qué enigmas eran los que en aquella casa pasaban, y sucedió que á un mismo tiempo entraba el príncipe por una puerta, y doña Blanca salia por otra que correspondia á su cuarto, que tambien habia estado cerrada hasta entónces, con otras dos mas adentro; y así que vió el triste cadáver, diciendo: ¡Jesus sea conmigo! cayó de un mortal desmayo. Sus damas, que con ella habian salido, aunque bien desmayadas de lo que presente veian, acudieron; y el príncipe, que, como digo, habia entrado al mismo tiempo, viendo por una parte á su hermana muerta, por otra á doña Blanca desmayada, y á su padre y cuñado sentados á la mesa, no hay duda sino que traspasado de dolor, y asustado de un caso semejante, con el color mortal acudió á doña Blanca, diciendo á su padre: ¿Qué crueldades son estas, señor, ó qué pretendes de esta triste española, que la has llamado para que vea tan lastimoso caso? A lo que respondió el padre: Calla, cobarde, que mas pareces hijo de algun español que no mio, que luego te dejas vencer de hazañerías españolas.

Retiraron las damas á doña Blanca á su cámara, acompañándola el príncipe, que no quiso sentarse á comer con su padre; ántes mostrando tierno sentimiento de la muerte de su hermana, y mal de su esposa, asistiendo á los remedios que se le hacian para tornarla en sí; al cabo de una hora, creyendo todos era muerta, y llorándola por tal, cobró el sentido, con tantos suspiros y lágrimas que enterneciera á un mármol, y viendo al príncipe que la tenia por una de sus hermosas manos, alentándose lo mas que pudo, le dijo: ¿Qué quiere, señor, de mí vuestro padre, ó qué es su pensamiento, que ya que hizo una crueldad como la que hoy ha hecho en su hija, siendo tan santa, honesta y virtuosa, me mandase llamar para que la viese? Si es que me quiso dar ejemplo, no hay para qué, supuesto que mi real sangre y mi honor no le han menester, por ser todo como mi nombre; demas que en el de la señora Marieta vuestra hermana, por ser mas puro que el sol, no hay que poner dolo, que para mí mas la ha muerto la malicia que no la razon. Si es que ni vos ni él os hallais

bien conmigo, enviadme á España con mi hermano, que yo os doy palabra que en deshaciendo su Santidad el matrimonio, y llegando á ella, me entraré religiosa, pues no será muy dificultoso romper un lazo que tan dulcemente nos aprieta. No la dejó la pena decir mas, de lo cual el príncipe enternecido, la consoló, asegurando estar él tan ageno de lo que habia pasado con su hermana, como ella; mas que creyese que pues su padre y esposo se habian determinado á tal crueldad, que alguna secreta y bastante causa los obligaria, y con algunas tibias caricias comió con ella, y dejándola mas quieta, á su parecer, se fué, porque le llamó Ernesto su privado.

Ido el príncipe, llamó doña Blanca á doña María, y la mandó que trajese un escritorio, donde ella tenia sus mas ricas y preciosas joyas, y que llamase á todas las damas que habian venido con ella de España, que eran seis, pues todas las demas eran flamencas, y habiéndolos mandado cerrar la puerta, llorando con mucha terneza, les dijo: Ya he visto, queridas amigas mias, en el cruel y desastrado suceso de la señora Marieta, que mi muerte no se dilatará mucho, porque quien con su hija ha sido tan cruel, mejor lo será conmigo, y mas con el poco amparo que tengo en mi esposo; y por si me cogiere de susto como á ella, no quiero que quedeis sin algun premio del trabajo que habeis tomado por acompañarme, dejando vuestra patria, padres y deudos; y así estas joyas que ahora os daré, traedlas siempre con vosotras en parte donde no os las vea nadie, para que si Dios os volviere á España, sacándoos de entre estos enemigos, tengais con que tomar estado: toma tú, doña María, esta cadena y collar de diamantes, y esta sarta de perlas, que era de mi madre, que bien vale todo dos mil escudos, y cásate con don Gabriel, pues yo hasta ahora, por mis desdichas, no he podido cumplir lo que te prometí; y dichosa tú, que tendrás marido de tu natural, y no como yo, que me entregué á un enemigo; y vosotras, estas que quedan las podreis repartir entre todas, y perdonadme, que no vale mas mi caudal, que de otra suerte os pensé yo pagar lo que me habeis servido. Dicho esto, dándole todas mil agradecimientos, llorando como si ya la vieran muerta, pidió recado de escribir, y escribió una carta á su hermano, dándole cuenta de lo que pasaba, y despues de cerrada la dió á doña María, para que de su parte dándola á don Gabriel, le mandase la despachase á España con persona confidente, y abrazándolas á todas les dió su bendicion, besándole ellas las manos.

Cuatro dias estuvo doña Blanca en la cama, miéntras se dió sepultura á la señora Marieta, al cabo de los cuales se levantó tan cubierta el alma de luto como el cuerpo; porque apenas se le enjugaban los ojos, ni se alegraba de nada, ni aun con la vista de su esposo; mas esto no era mucho, porque él estaba tan seco y despegado con ella, que daba gracias á Dios el dia que no la veia. De esta suerte pasó mas de cuatro meses, estando ya las cosas mas quietas, y que parecia que los disgustos estaban mas moderados, y doña Blanca mas consolada: mas aunque ella estaba con algun descuido, no lo hacia así su fatal desdicha y la estrella rigurosa de su nacimiento, que no le prometia mas alegre fin que á sus hermanas;

porque en el tiempo que parecia habia mas quietud, quiso ejecutar su sangriento golpe, y así dispuso que una tarde despues de comer, no habiendo entrado el príncipe como solia otras, á dormir la siesta al estrado, extrañando doña Blanca que de la mesa se hubiese retirado á su cuarto, que era en bajo, preguntó á una de las damas flamencas si habia salido el príncipe fuera, y respondiéndole que no, y que con Ernesto se habia ido á su cuarto, sospechando que tenia en él la dama, causa de sus zelos, sacando de un escritorio una llave de que estaba apercibida, que un corazon zeloso de todo está prevenido, bajó por una escalera de caracol que de su cuarto correspondia al del príncipe, y que jamas se abria; y abriendo despacio, y entrando con mucho sosiego por no ser sentida, llegó hasta la cama del príncipe, en que dormia ordinariamente, pues con ella por gran milagro, y halló... ¿qué hallaria?

Quisiera, hermosas damas y discretos caballeros, ser tan entendida, que sin darme á entender me entendiérades, por ser cosa tan enorme y fea lo que halló. Vió acostados en la cama á su esposo y á Ernesto, en deleites tan torpes y abominables, que es bajeza, no solo decirlo, mas pensarlo. Doña Blanca á la vista de tan horrendo y sucio espectáculo quedó mas difunta que cuando vió el cadáver de la señora Marieta, mas con mas valor; pues apenas lo vió, cuando mas apriesa que habia ido se volvió á salir, quedando ellos no vergonzosos ni pesarosos de que los hubiese visto, sino mas descompuestos de alegría, pues con gran risa dijeron: Mosca lleva la española. Llegó doña Blanca á su cuarto, y sentándose en su estrado, puesta la mano en la mejilla, se estuvo gran espacio de tiempo tan embelesada como si hubiera visto visiones de la otra vida. Llegó viéndola así su dama doña María, y puesta ante ella de rodillas, la dijo: ¿Qué hallaste, señora mia, que tan cuidadosa te veo? Mi muerte hallé, doña María, respondió doña Blanca; y si hasta aquí la veia en sombras, la veo ya clara y sin ellas: bien sé que lo que he visto me ha de costar la vida; y supuesto que ya no se me excusa el morir, ya que esto ha de ser, será con alguna causa, ó dejaré de ser quien soy. ¡Ah señora mia! dijo doña María, y como es bueno vivir aunque sea padeciendo, siquiera hasta que tu hermano ponga el remedio á estos trabajos. Y pues desde que le escribiste dándole cuenta de ellos, tenias su remedio puesto en él; ¿porqué lo quieres aventurar todo? Mejor es disimular, haciéndote desentendida, hasta que venga, como te avisó, á estos estados, y entónces con su amparo podrás mejor ejecutar tu venganza. Muchas veces te he suplicado con muchos ruegos que disimules tu pasion con esta cruel gente, tan poderosos, con ser tan grandes señores, que ni temen á Dios ni al mundo, y ahora te lo vuelvo á pedir con mas veras, y ya que no lo quieras hacer por tí, pues no me espanto que tengas con tanto padecer aborrecida la vida; á lo menos por tus tristes criados, que quedarémos sin tu amparo en perpetuo cautiverio, si ya no hacen con ellos lo mismo que tú dices esperas harán contigo. Ya no puede ser, dijo doña Blanca, que si bien juzgo que es verdad lo que dices, lo que yo he visto sin haber mas delito que verlo, me ha condenado á muerte; y supuesto que ya no hay que aguardar, era degenerar de quien soy si entendiese esta infame gente

que paso por un mal tan grande. Yo tengo de morir vengada, ya que no en los reos, que esos quedan reservados para ser mis verdugos hasta que la justicia de Dios lo sea suyo, á lo menos en el teatro donde se comete su ofensa y la mia con tan torpes y abominables pecados, que aun el demonio se avergüenza de verlos; y pues el delito que ellos hacen me condena á mí á muerte, no hay que aconsejarme, que servirá de darme enfado, y no se conseguirá fruto alguno. Diciendo esto, sin querer declararse mas, dejando á doña María tan confusa, como descontenta, sabiendo que el príncipe habia salido fuera con su padre, y que Ernesto se habia quedado escribiendo en el mismo cuarto de su señor unos despachos que le habian mandado, bajó á él, y llamando ella misma los criados mas humildes, que no quiso que ninguna de sus criadas quedase comprehendida en la ejecucion de su venganza, mandó sacar la cama al patio y quemarla. Preguntóla el atrevido page ¿que por qué causa se hacia aquel exceso? A quien respondió doña Blanca que la causa era su gusto, y que agradeciese no hacia en él otro tanto; mas que algun dia lo haria, ó no seria doña Blanca. Recogióse con esto á su cuarto á disponerse para morir, que bien seria cierto; porque cuando volvió las espaldas, habiéndole dicho á Ernesto lo que se ha contado, le oyó decir entre dientes: Bien harás, española, si puedes; mas no te daré yo lugar para ello: como lo hizo, pues apenas vinieron los príncipes padre é hijo, cuando Ernesto les contó cuanto habia pasado, ponderándolo con tales razones, que hinchó de venenosa furia los pechos dañados de sus señores, y mas el del viejo, que ardiendo en ira, respondió: No temas eso, que ántes de mañana á estas horas pagará la española atrevida estos excesos. En fin, se resolvieron á quitarla la vida ántes que su hermano llegase, que ya tenian aviso venia á gobernar las armas de aquellos reinos.

Esa misma noche habló doña María á don Gabriel por una reja por donde otras veces le hablaba, dándole cuenta de lo que pasaba, diciéndole como si Dios no la remediaba, era indudable la muerte de doña Blanca; y porque no ejecutasen con él lo mismo, como á quien sabian que doña Blanca estimaba tanto, se escondiese en parte que estuviese seguro hasta ver en qué paraba, pues sus fuerzas ni las de los demas criados españoles no eran poderosas contra tan soberbios y poderosos enemigos, y mas estando dentro de su estado; y dándole las joyas que doña Blanca le habia dado, se despidió de él con muchas lágrimas, pidiendo á Dios los librase. Don Gabriel al punto, tomando un caballo, se partió sin avisar á nadie, por no alborotar, la vuelta de Amberes, donde si no habia llegado, llegaria muy presto el hermano de doña Blanca. Aquella noche no vió doña Blanca á su esposo, ni la llamaron como las demas para cenar, en que se conoció la ira que con ella tenian; y por estar mas apercibida no se acostó; antes en siendo de dia, como quien tan cierta tenia su muerte, envió á llamar á su confesor, y se confesó, recibiendo con mucha devocion el santísimo sacramento; y dándole al confesor una cadena y las sortijas que traia en las manos, le dijo se saliese luego de aquel lugar, porque por ser español no le iria en él mejor que á ella, y le pidió que si veia á su hermano le dijese por lo que moria. Hecho esto, se fué á

su estrado, y sentándose en él, empezó á platicar con sus damas como si no estuviera esperando la partida de esta vida, pareciéndoles á todas mas linda que jamas la habian visto, porque el luto que traia por la señora Marieta la hacia mas hermosa. Así estuvo hasta cerca de media hora, que como los príncipes padre é hijo se vistieron, luego quisieron ejecutar la sentencia contra la inocente corderilla, como ya lo tenian determinado; y entrando los dos con su sangrador y Ernesto, que traia dos bacías grandes de plata, quisieron que hasta en ser él tambien ministro en su muerte, dársela con mas crueldad. Mandaron salir fuera todas las damas, y cerrando las puertas, ordenaron al sangrador ejercer su oficio, y sin hablar á doña Blanca palabra, ni ella á éllos, mas de llamar á Dios la ayudase en tan riguroso paso, la abrieron las venas de entrambos brazos para que por tan pequeñas heridas saliese el alma envuelta en sangre de aquella inocente víctima, sacrificada al rigor de tan crueles enemigos. Doña María por el hueco de la llave miraba, en lágrimas bañada, tan triste espectáculo.

A poco rato que la sangre comenzó á salir, doña Blanca se desmayó tan hermosamente, que diera lástima á quien mas la aborreciera, y quedó tan linda, que el príncipe su esposo, que la estaba mirando, ó enternecido de ver la despojada azucena, ó enamorado de tan bella muerte, volviéndose á su padre, con algunas señales piadosas en los ojos, le dijo: ¡Ay señor! por Dios que no pase adelante esta crueldad; satisfecha puede estar con lo padecido vuestra ira y mi enojo; porque os doy palabra, que cuanto ha que conozco á Blanca, no me ha parecido mas linda que ahora; por esta hermosura merece perdon de su atrevimiento. A lo que respondió el cruel y riguroso viejo con voz alterada y rigurosa: Calla, cobarde, traidor, medio mujer, que te vences de la hermosura, y tiene mas poder en tí que los agravios; calla, otra vez te digo, muera, que de tus enemigos los menos; y si no tienes valor, repara tu flaqueza con quitarte de delante; salte fuera, y no la veas, que mal defenderá ni ofenderá á los hombres quien desmaya de ver morir una mujer: así tuviera á todas las de su nacion como tengo á esta; y diciendo esto, le abrió la puerta, y le hizo salir fuera; á lo que el príncipe, anegado en lágrimas, no replicó: en lo que se conoció que el despego que tenia con doña Blanca le debia ocasionar su padre y Ernesto.

Ido pues el príncipe, se volvió á cerrar la puerta, y se prosiguió con la crueldad, asistiendo los dos á ella con ánimo de tiranos, hasta que desangrada, como Séneca, rindió la vida á la crueldad de los verdugos, y el alma á su Criador. Murió la hermosa doña Blanca tan desgraciadamente, porque no envidiase la desdicha de sus hermanas, si es don para ser envidiado, dejando bien que llorar en aquellos estados; pues los estragos que tocaron en crueldades que el duque de Alba hizo en ellos, fué en venganza de esta muerte. Dejáronla en el estrado como estaba, y abriendo las puertas que correspondian al cuarto de sus damas, y cerrando las de la otra parte, se salieron fuera los ministros de esta crueldad; y así que doña María y las demas pudieron salir donde estaba, no lo rehusaron, ántes llorando se acercaron todas á ella, españolas y flamencas, que en el

sentimiento tanto lo mostraban las unas como las otras, pues como era tan afable, de todas igualmente era amada : unas la besaban las manos, otras la estremecian, pensando que no estaba muerta, y todas hacian lastimoso duelo sobre el difunto y hermoso cuerpo, y en particular doña María, que se arrancaba los cabellos, y se sacaba con sus mismos dientes pedazos de sus manos, diciendo lastimosas ternezas; y es de creer se matara á sí propia si no fuera por no perder el alma. Asi estuvieron hasta la noche, que llevaron el cuerpo de doña Blanca á la bóveda de la capilla del príncipe, para que acompañase al de la señora Marieta; y á doña María y las otras damas españolas á una torre, teniendo á esta hora en otra á los criados españoles, con el confesor, que no habia tenido lugar de irse, menos don Gabriel, que la noche ántes se habia partido, donde estuvieron muchos dias, y estuvieran hasta que acabáran si don Gabriel no diligenciara el modo de su libertad, pues así que llegó á Amberes halló allí al hermano de doña Blanca, que habia llegado aquel dia, y dándole cuenta de lo que pasaba, loco de dolor, juntando la gente de guerra vino contra el príncipe, pensando llegar á tiempo, porque como todos los criados estaban presos, no sabian si se habia ejecutado la muerte de doña Blanca, hasta que cerca del estado cogieron uno de la misma ciudad, quien les dijo lo que pasaba, por estar ya público, y tambien como los príncipes, padre é hijo, siendo avisados de su venida, estaban puestos en defensa; mas no les valió, que ellos y muchos de sus valedores pagaron con las vidas la muerte de la inocente doña Blanca, siendo su hermano para ellos fiero leon; tal era la mortal rabia que tenia : mas todo esto no fué hecho tan presto, que los pobres criados y criadas no estuviesen mas de cuatro años presos, pasando mil lacerías y trabajos; mas Dios les guardó en tantas penas la vida para que saliesen á gozar su amada libertad. Tambien sacaron el cuerpo de doña Blanca para traerle á España, que estaba tan linda como si entónces acabara de morir (señal de la gloria que goza el alma); y las cosas que su hermano hacia y decia eran capaces de enternecer á un mármol. Don Gabriel y doña María, ya casados, con las demas damas y criados vinieron á traer el hermoso cadáver, donde ya sosegados en su amada patria, tuvieron una hija, cuyo nombre fué el mismo de su madre; y esta hija, llegando á edad de tomar estado, por su hermosura casó con un deudo muy cercano de doña Blanca, que fueron mis padres, á quienes juntamente con mis abuelos oí contar esta tan lastimosa historia y verdadero desengaño que habeis oido, y os doy tan larga cuenta de ella porque creais su verdad, como la contaban los que la vieron con sus mismos ojos.

Vean ahora las damas si hay en este desengaño bien en que desengañarse, y los caballeros en que retractarse de su mala opinion, de que todas las mujeres padecen culpadas.

Eran á esta ocasion que dió fin doña Luisa tan tiernos los sentimientos de las damas, y la admiracion de los caballeros, que aunque veian que habia dado fin, todos callaban, si no era con los ojos, lenguas del alma, hasta que don Juan, viendo la suspension de todo el auditorio, volviéndose á la hermosa doña Isabel, la dijo : Cantad, señora, alguna cosa que

divierta esta pasion, para que la señora doña Francisca empiece con otra á renovar nuestra terneza; que yo en nombre de todos estos caballeros y mio, digo que queda tan bien ventilada y concluida la opinion de las damas desengañadoras, y que con justa causa han tomado la defensa de las mujeres, que por conocerlo así nos damos por vencidos, y confesamos que hay hombres que con sus crueldades y engaños, condenándose á si, disculpan á las mujeres; y oyendo todos los caballeros lo que don Juan decia, respondieron que tenia razon; con lo cual, sin dar lugar á las damas que moralizasen sobre lo referido, pues veian que los caballeros, rendidas las armas de su opinion, se daban por rendidos á la suya, la hermosa doña Isabel y los músicos cantaron así:

Lástima tengo, ojos mios,
Que estais ciegos y cansados
A puro sentir desprecios,
Y á puro llorar agravios.
Si ya vivis satisfechos
Que servis á dueño ingrato,
Que el oro de vuestro amor
Le paga con plomo falso.
Y que quando le aguardais,
Con caricias y regalos,
A pesar de vuestras penas
Reposa en agenos brazos.
¿Para qué os atormentais,
Para qué os estais cansando,
Si en taza de amargos zelos
Os da á beber desengaños?
Si es que llorais, ojos mios,
Venturas que ya pasaron,
Advertid, que de esas glorias
No hallareis senda ni rastro.
Y si pensais restaurar
Lo perdido con el llanto,
Sabed que en agua escribis
Los gustos que ya pasaron.
Cuando mas os ve rendidos,
De vosotros no hace caso;
Que tratar mal al humilde
Es condicion de tiranos.
Si veis que no se lastima,
Aunque excusa vuestro llanto;
Decidme ya, ¿qué esperais,
O de qué sirve cansaros?
Mas seguro será huir;
Mas respondereis llorando:
¿Cómo he de huir de la vida,
Cuando la tengo en tus manos?
Mas pues veis que no medrais,
Ojos, buscad nuevo amo;
Con lágrimas respondeis,
No quereis ejecutarlo.
Pues advertid que si amor
Se rinde á nuevos cuidados,
Con quien mas le sirve tiene
La condicion de villano.
Pues no os podeis engañar,
Aunque quereis disculparos,
Que bien conoceis el daño
De quien es el vuestro esclavo.
Pues sufrir y padecer,
Sujetos á un ciego engaño,
Eso es quitaros la vida
Con tormento dilatado.
Gloriosa vive Castalia,
Vosotros moris rabiando;
¿Pues cómo no echais de ver
Que es grande hechicero el trato?
¡Ay cuitados de vosotros,
Qué poco remedio os hallo,
Si no os vais á retraer
Al templo del desengaño!
Pues si esperais á que el tiempo
Haga en vosotros milagro,
Pasa en los bienes apriesa,
Como en los males despacio.
Decid, ¿qué pensais hacer?
Mas ya respondeis callando,
Que presos por voluntad,
Jamas la prision dejaron.
Morir amando,
Que el valiente en la lid
No deja el campo.

NOCHE OCTAVA.

DESENGAÑO OCTAVO.

EL TRAIDOR CONTRA SU SANGRE.

En tanto que duró la música, que todos escucharon con gran gusto, oyendo en este romance trocados los últimos versos de uno que hizo aquel príncipe del Parnaso, Lope de Vega Carpio, cuya memoria no faltará miéntras el mundo no tuviere fin, habian trocado asiento doña Luisa y doña Francisca su hermana, que era á quien tocaba el último desengaño de esta octava noche, no muy segura de salir victoriosa como las demas; pero viendo era fuerza, se alentó, y encomendándose á la ventura, comenzó de esta suerte:

Que los hombres siempre lleven la mira á engañar á las mujeres, no me persuado á creerlo; pues que algunos habrá, que con la primera intencion, ó aficionados á la hermosura, ó rendidos al agrado, ó engolosinados de de la comodidad, amen, esto téngolo por certísimo: que se cansan presto, y cansados, ó se entibian ó aborrecen, y olvidan, es seguro: mas que hay muchos que engañan, ¿quién lo puede dudar? Pues todas las veces que yo dijere que deseo una cosa, teniéndola, engaño, pues lo que poseo no lo puedo desear; ¿y cómo el casado, teniendo á su mujer, busca otra? No es respuesta el decir: harálo porque es mas hermosa, mas graciosa ó mas agradable; porque le responderé: Cuando amaste esa, no la hallaste con todas esas gracias? Sí. Pues mírala siempre con ellas, y será siempre una, y no engañes á otra, diciendo que la quieres amar y servir. No amas ni sirves á la que tienes en casa, ¿y lo harás á la que buscas fuera? Y lo mismo es el galan con la dama, y de estos engaños que ellos hacen, las mujeres dan la causa, pues lo creen; y así no me maravillo que los hombres las condenen. No quieren los hombres confesar que engañan, que eso fuera preciarse de un mal oficio, ántes publicando buen trato, culpan á las mujeres de que no le tienen bueno; y si los apuran dicen: ¿Para qué se dejan ellas engañar? Y tienen razon, que hay mujer que es como el ladron obstinado, que aunque ve que estan ahorcando el compañero, está él hurtando. Ven á las otras lamentarse de engañadas y mal pagadas, y sin tomar escarmiento se engañan ellas

mismas. ¿Porqué yo me he de engañar de cuatro mentiras bien afectadas que me dice el otro, asegurándome que se guardó para mí intacto y puro, sin tener otras ciento á quienes dice otro tanto? Y luego me engaño. Bueno está el engaño. Anda, boba, que tú te engañaste, que á los hombres no se les ha de creer, sino cuando dicen: *Domine, non sum dignus.* Aficionóse un galan por las nuevas que habia oido de una dama, ó lo fingia (que era lo mas seguro); trató de verla, no lo consintió; dió en escribirla, y ella por lo galante le respondia de lo acendrado, de lo cariñoso, de lo retórico, y él siempre hacia sus fuerzas por verla, mas ella lo excusó, hasta que el tal hubo de hacer una jornada. Partió con su deseo, prometiendo la correspondencia, porque él amaba, segun decia, el alma, y no el cuerpo: á dos leguas no se acordó mas de tal amor, mas ella que cuerda conocia el achaque, no habia caminado una, cuando ya lo tenia olvidado, porque á la treta amarla con treta, que de corsario á corsario no hay que temer. Esto es, señoras mias, no dejarse engañar, y miéntras no lo hiciéredes así, os hallaréis á cada paso en las desdichas en que hoy se hallan todas las que tratan de estos misterios mas dolorosos que gozosos. Lo que siento mal de los hombres, es el decir mal de ellas, porque si son buenas, no cumplen con las leyes divinas y humanas en culpar al que no tiene culpa; y si son malas, no es menester decir mas mal que el que ellas mismas dicen de sí con sus malas obras; y con esto ellos mostrarán su nobleza, y ellas su civilidad; mas ya me parece que no habrá en eso enmienda, y así tratarémos de salir con nuestra intencion, que es probar que hay y ha habido muchas buenas, y que han padecido y padecen en la crueldad de los hombres, sin culpa, y dejemos lo demas, porque tengo por sin duda que estan ya tan obstinados los ánimos de los hombres contra las mujeres, que ha de ser trabajo sin fruto, porque como no encuentran con las buenas, no se quieren persuadir que las hay, y esa es su mayor ignorancia, que si las que hallan á cada paso y á cada ocasion en las calles, por los prados y riscos, de noche y de dia, pidiendo y recibiendo, y muchas dando su opinion á precio del vicio, fueran buenas, no las halláran, y crean que esto es lo cierto; y conociendo en la libertad de su trato lo que son, no se quejen, sino vayan con advertimiento que la que busca, en pasando aquello que halla, buscará otro tanto, y cuando no lo encuentre lo irá á buscar á los infiernos; y de las que buscan á todos no esperen sacar mas que agravios, si lo son; porque yo tengo por seguro que el mayor es el que les hicieren en las bolsas, que los demas no lo son, pues saben que aquel es su oficio. Con esto he dicho lo que siento: lo diré en mi desengaño, en razon de la crueldad de los hombres é inocencia de muchas mujeres que han padecido sin culpa.

No ha mucho mas de veinte y seis años, que en una ciudad de las nobles y populosas de la Andalucía, que á lo que he podido alcanzar, es la insigne de Jaen, vivia un caballero de los nobles y ricos de ella, cuyo nombre es don Pedro, hombre soberbio y de condicion cruel. A este le dió Dios (no sé si para sus desdichas) un hijo y una hija, y digo que no sé si fué ventura ó desgracia el tenerlos, porque cuando los trabajos no se sienten no son trabajos, que el mal no es mal cuando no se estima por

mal, que hay corazones tan duros ó tan ignorantes, que de la misma suerte reciben el trabajo que el gusto; y si bien dicen que es valor, yo le tengo por crueldad. El hijo tenia por nombre don Alonso, y la hija doña Mencía; hermosa es fuerza que lo sea, porque habia de ser desgraciada, demas que parece que compadece mas la desdicha en la hermosa que en la fea; virtuosa era fuerza, siendo noble; amada, ella misma con la afabilidad y noble condicion se lo grangearia; deseada y apetecida, ¿qué mujer rica de naturaleza y fortuna no lo es? Pues parece que por lo admirable de ver juntas en una mujer nobleza, hermosura, riqueza y virtud, no solo admira, mas es iman que se lleva tras sí las voluntades; y teníalas doña Mencía tan grangeadas, que no solo en su misma tierra, mas en las apartadas y cercanas tenia su fama jurisdiccion, por lo cual habia muchos que la deseaban por esposa, y se la habian pedido á su padre; mas él, deseoso de que toda la hacienda la gozase don Alonso, teniendo intento de que doña Mencía fuese religiosa, la negaba á todos cuantos le trataban de merecerla dueño.

A quien mas apretó el deseo ó el amor de doña Mencía fué á un caballero natural de la ciudad de Granada, que asistia en la de Jaen algunos años habia, por haberse venido sus padres á vivir á ella, trayéndole muy pequeño; la causa se ignora, solo se sabia que era abastecido de riquezas en tanta suma, que siendo su padre de los mas poderosos de la ciudad, cualquiera de los caballeros de ella, cuando en don Enrique no hubiera las partes de gala, bizarría y noble condicion, por solo la hacienda tuvieran á suerte emparentar con él, y la tenian por muy buena en tenerle por amigo, porque hallaban en su liberalidad muchos desahogos para algunas ocasiones de necesidad; siendo de este número don Pedro y su hijo. Mas como la soberbia de don Pedro predominaba en él mas que su nobleza, no hacia dentro de sí mismo la estimacion que á don Enrique se le debia, efecto de no desearle como los demas para emparentar con él, y esto nacia de saber no sé qué mancha en la sangre de don Enrique, que don Pedro ignoraba, que á la cuenta era haber sido sus abuelos labradores, falta, que supuesto que se cubria con ser cristianos viejos, y con tanta abundancia de hacienda, no fuera mucho disimularla.

Enamorado de la hermosura, y contento con la buena fama de doña Mencía, se atrevió don Enrique á pedírsela á su padre y hermano por esposa, quienes habiéndole respondido que doña Mencía queria ser monja, se halló defraudado de merecerla, y desesperado por amarla; mas como los amantes siempre viven de esperanzas, no la perdió del todo don Enrique, pareciéndole que si llegase á alcanzar lugar en la voluntad de la dama, importaba poco no tener la de su padre; pues á todo riesgo, como ella quisiese ser su esposa, todo el daño podia resultar en sacarla de su poder, aunque no le diesen dote con ella, pues tenia bastantes bienes para no sentir la falta de que doña Mencía no tuviese sino los de su belleza y virtud, y con ese pensamiento se determinó á servir á doña Mencía, y ganarla la voluntad hasta conseguir su deseo y salir con su intencion, y para esto grangeó la voluntad de un criado de doña Mencía, que la acompañaba ordinariamente cuando salia fuera, aunque era pocas veces,

por la condicion escrupulosa de su padre y hermano, los cuales ya la hubieran encerrado en un convento, temerosos de que ella no se casase, viendo que no trataban de casarla, á no haber visto en doña Mencía poca voluntad á tal estado, y aguardaban á que viéndose encerrada, y no muy querida de los dos, la obligase el aprieto de sus condiciones á elegir el estado que ellos deseaban darle; y si bien don Enrique no ignoraba que doña Mencía tenia otros pretensores que con el mismo intento que él la solicitaban, fiado en su gentileza y riqueza, y en la ayuda que el criado que habia traido á sí con dádivas le prometia, dió principio á su pretension con este papel:

« Mi atrevimiento es grande, mas no mayor que vuestra hermosura, » que con esa no hay comparacion, sino solo mi amor; forzado de él os » he pedido á vuestro padre por esposa, mas he sido tan desgraciado, » que no le he merecido este bien, diciéndome que os tiene para religiosa. » Viéndome morir sin vos, me ha parecido que, si vuestra voluntad me » admite, importa poco que me falte la suya, pues no me hizo el cielo » tan pobre que tenga necesidad de su hacienda, si acaso por esto desea » poneros en el eterno cautiverio de la religion, quitando al mundo el » sol de vuestra hermosura, y á mí la dicha de merecerla: mi intento es » que seais mi dueño, aunque sea á disgusto suyo. Ya os he dicho cuanto » os puedo decir, y si os pareciere atrevimiento, tomad un espejo, mi» rad vuestra belleza, y me disculparéis. Suplícoos, señora mia, que por » ser ingrata conmigo, no seais cruel con vos, ni aguardeis á que vues» tro padre, quitándoos la libertad, me quite á mí la vida. »

No se descuidó el mensagero en dar el papel á su señora, la cual habiéndole leido, y considerando cuán tiranamente su padre y hermano, por desposeerla de la hacienda, la querian privar de la libertad, desesperada con la pasion, y persuadida del criado que puso todas las fuerzas de su astucia, diciéndola lo que ganaba en ser esposa de don Enrique, su riqueza y prendas, aconsejándola no dejase perder la ventura que le ofrecia el cielo, diciéndola que si no se casaba así, no esperase serlo de mano de su padre, porque él sabia bien su intencion, que era quitarla la ocasion de que la hacienda, que toda la queria para su hermano, se desmembrase, y otras cosas semejantes; pareciéndole á doña Mencía que el yerro de casarse sin gusto de su padre con el tiempo se doraria; agradada de la graciosa persona de don Enrique, á quien habia visto muchas veces, y tenia particular inclinacion, y porque habia de ser desgraciada, que es lo mas cierto (pues aunque se dice que el sabio es dueño de las estrellas, líbrenos Dios de las que inclinan desgracias, que aunque se teman, y se aparte de ellas, es necesaria mucha atencion para que no ejecuten su poder), se rindió al gusto de su amante, al consejo de su criado, y lo mas cierto á su inclinacion, y á pesar de esta suerte, al gusto de su padre, por ser tan contrario al suyo; de manera que hallando el amor entradas bastantes en el pecho tierno de la dama, se apoderó de él, em-

pezando desde aquel mismo punto á amar á don Enrique, y á desearle y admitirle por esposo, respondiendo al papel tan á gusto de su amante, que desde ese mismo dia se juzgó en posesion del bien que deseaba; pues viéndose favorecido, empezó á galantear y servir á doña Mencía con paseos, si bien recatados por no alborotar á su padre y hermano, con regalos y joyas, que mostraban su amor y riqueza, con músicas y versos, en que era, si no muy acertado, por lo menos no los pedia prestados á otros, todo dispuesto por la órden de Gonzalo (que este era el nombre del criado), tercero de esta voluntad, hablándose algunas noches, despues de recogidos todos, por unas rejas bajas que caian á las espaldas de la casa de doña Mencía, y eran de su misma estancia, que por menos paseada aquella calle la tenia su padre en ella, por donde una noche que doña Mencía le escuchaba, cantó don Enrique al son de un laud estas décimas:

De la memoria los ojos
Se quejan, y con razon,
Porque ella ni el corazon
No gozan de sus enojos:
A la pena dan despojos
Los ojos, pues en no ver
Con eterno padecer
Estan, pero la memoria,
Gozando el bien, está en gloria
Porque llega á poseer.
Vieron los ojos el bien,
Mas la memoria ligera
Se le usurpó de manera,
Que hace que sin él esten:
Ellos vieron, y no ven;
Ella no vió, y el bien tiene;
¿Ella cuando el bien no viene,
En sí le goza? y los ojos
Gozan lágrimas y enojos,
Hasta que el ver los despene.
La tabla que al huésped llama
Le aposenta, y fuera queda,
Son los ojos, sin que pueda
Amor reparar su llama:
Es la memoria la cama
En que vos, señora, estais;
Mas si á los ojos no dais
Parte del bien, que sois vos,
Yo os juro, mi bien, por Dios,
De que un esclavo perdais.
No hay cosa que satisfaga
Al mal que sin veros tienen,
Y si los dejais que penen,
No les dais segura paga:
No permítais los deshaga
Su continuo padecer,
Pues supieron escoger
Tan divino dueño en vos;
Pagad, señora, á los dos
Lo bien que os saben querer.
Vuestro valor sin segundo
Zeloso mi bien me tiene,
Temiendo que habrá quien pene
Por vos como yo en el mundo:
Los zelos que tengo fundo,
Señora, en vuestro valor,
Porque si yo os tuve amor
El dia que os llegué á ver,
Cualquiera os podrá querer,
Que os llegue á ver en rigor.
De justicia, amor pudiera
Pretender esta victoria,
Mas haga misericordia
Lo que justicia pudiera:
De que hallaréis quien os quiera
Yo no lo puedo dudar,
Pero quien os pueda amar,
Dulce dueño, mas que yo,
No le hay en el mundo, no,
Ni se ha de poder hallar.
Deidad sois, en quien mis ojos
Adoran de Dios el ser,
Pues que se ve su poder
En tan divinos despojos:
A vuestras plantas de hinojos
Os ofrezco cuanto soy,
Por esclavo vuestro estoy
En el rostro señalado,
El alma que ya os he dado,
Dos mil veces os la doy.

Causó la música (aunque sin ostentacion de voces ni instrumentos, mas de la que alcanzó del cielo el que la daba) por novedad admiracion en la vecindad, y temia al padre de doña Mencía, que su hermano no estaba en casa; que como mozo se recogia tarde, ocupado en sus juegos y galanteos; mas por la primera vez no hizo extremo alguno, considerando en medio de su sospechoso recelo que podia ocasionarla alguna dama de las que habia en la vecindad, viendo que su hija parecia vivir descuidada de galanteos y amores: en fin pasó por esta vez en su duda, porque aunque doña Mencía estaba junto á la reja, no la abrió, oyendo que su padre no dormia, ántes muy paso se acostó, y no negoció mal en hacerlo, porque desde que don Enrique empezó á cantar, estaba don Alonso en la calle, que venia á acostarse, mas como en ninguna ventana de su casa vió gente, aunque enfadado, entrándose en ella, no se dió por entendido de su enfado. Vínose á eslabonar de suerte la voluntad de don Enrique y doña Mencía, ayudados de los consejos y solicitudes de Gonzalo y de una doncella suya, á quien doña Mencía dió parte de su amor, que por la misma reja se hablaban, y delante de los criados se dieron fe y palabra de esposos, con que don Enrique se juzgó dichoso, y doña Mencía segura de que su padre la hiciese fuerza para que tomase el estado que deseaba; si bien temiendo la dama la ira de su padre, pidió á su amante que por entónces no se hiciese novedad alguna, hasta ver si su padre mudaba de intencion, que se la concedió bien contra su voluntad, porque como amaba, quisiera verse en la posesion de su amada prenda, lo que era imposible por la condicion dicha de su padre y hermano, si no era sacándola de su casa: tanta era la custodia con que la tenian; y aunque causaba algun escándalo en los vecinos de la misma calle verlos hablar de noche por la reja, no se atrevieron á estorbarlo por la soberbia que en padre é hijo conocian, disculpando en parte á la dama, por la vida tan estrecha en que la tenian, no saliendo sino á misa, y eso acompañándola su padre ó hermano.

Cuando don Enrique se enamoró de doña Mencía tenia una dama casada, mas libre y desenvuelta; y como el verdadero amor no permite en el pecho donde se aposenta compañía, al punto que amó á doña Mencía para hacerla su esposa, se olvidó del de Clavela, en tanto extremo que ni verla ni aun pasar por su calle fué posible acabarlo con él. Clavela, sentida del desprecio y de la falta que la hacian las dádivas y regalos de don Enrique, dió en inquirir y saber la causa, sospechando que nuevos empleos le apartaban de ella, y encomendando el averiguarlo á la solicitud de una criada, no la fué dificultoso, porque siguiéndole de dia y de noche, vino á saber como hablaba con doña Mencía todas las mas noches por aquella reja; y conociendo las prendas de la dama, bien conoció que era casamiento, porque por otra via no se podia entender que caminase aquel amor, y se resolvió á estorbarlo, aunque pusiese á peligro su vida y la de los dos amantes. ¿Qué no intentará una mujer libre y zelosa? Pues como tal buscó á don Enrique, viendo que él no la buscaba á ella; y sobre muchos disgustos que acerca del caso tuvieron, viendo que ni con lágrimas ni ruegos, ni con amenazas, le podia volver á su amistad, se

determinó á llevarlo por camino mas violento : pues aunque don Enrique se lo negó, como ella estaba bien cierta de la verdad, no tuvo atencion á mas que á vengarse, y la desdicha la dió modo para hacerlo. Tenia esta dama amistad con unas señoras de la ciudad, madre é hija, de lo bueno y calificado de ella, aunque en su modo de vida no se portaban con la atencion competente á su sangre, porque recibian visitas con gran desdoro de su opinion, en cuya casa entraba familiarmente don Alonso, y aun ellas visitaban algunas veces á su hermana; porque aunque por su modo de vida las mas principales de la ciudad se negaban á su casa, no las podian impedir venir á las suyas. En esta casa habia visto don Alonso á Clavela, y aun no le habia parecido mal, sino que se le habia ofrecido por muy suyo, y aun dicho á las expresadas señoras la hablasen de su parte.

No ignoraba Clavela ser don Alonso hermano de doña Mencía, y si bien á los principios, creyendo don Enrique volveria á su amistad, se habia negado á su pretension, ya desvalida de todo punto de don Enrique, admitió á don Alonso no tanto por estar aficionada á él, cuanto por entablar su venganza. Veíase, por causa de su marido, con don Alonso en casa de sus amigas, y un dia que todas juntas estaban con don Alonso en conversacion, le dijo Clavela : ¿que porqué no casaba su hermana, que si aguardaba á que ella se casase sin su gusto y el de su padre? No hará Mencía tal, dijo don Alonso, porque demas de que su virtud y obediencia la asistia siempre, era muy niña, y aun no habian llegado á su imaginacion esos deseos, que á ser de mas edad, ya estuviera en religion. ¡Qué bueno es eso, respondió Clavela, para lo que sé! bien dicen que el postrero que lo sabe es el ofendido : pues advierta, don Alonso, que si no está casada, ya anda en eso; y dígolo así, porque no es de creer que una dama de la calidad y circunstancias de la señora doña Mencía se atreviera contra su opinion, la de su padre y hermano, á hablar todas las noches por una reja con don Enrique, si no fuera para casarse. Mira lo que dices, Clavela, dijo don Alonso, que si son zelos de don Enrique porque entra algunas veces en mi casa, bien puedes tenerlos, y dármelos á mí con saber que aun no estás olvidada de esa voluntad, mas no que pongas dolo en el honor de mi hermana, porque desde mi cuarto al suyo hay mucho, y juraré que las veces que don Enrique entra á buscarme á mí, ni ve á mi hermana, ni ella está en tan poca custodia, que le vea á él, porque es mi padre quien la vela. Rióse Clavela y las demas, que ya todas estaban puestas en hacer este mal á doña Mencía, y dijo : Ni son zelos, ni á mí me importa nada, don Enrique, que no es sino sentimiento de que se hable mal en la vecindad y otras partes contra el honor de esta señora; las músicas, los paseos, el hablar de noche, es tan público, que ántes dicen que don Alonso y su padre se dan por desentendidos, por casarla sin dote con un hombre tan poderoso como don Enrique Esto lo saben muy bien estas señoras, y es muy buen modo de tener yo zelos, y supuesto que si se toma mi voto, le daré ahora, aconsejando que seria mejor casarlos, que no dar motivo á murmuraciones. La ira y cólera que al instante se excitó en don Alonso con esto

que oyó fué tan grande, que apenas acertó á responderla, y ciego de enojo, tanto de la liviandad de su hermana como del atrevimiento de don Enrique, sin poder disimular su pasion, ni las mal aconsejadas mujeres reportarle en ella, pues no pretendian sino incitarle á ella, se despidió, y fué á su casa, y apartando á su padre, le dió cuenta de lo que pasaba, y despues de varios acuerdos se determinaron á disimular hasta vengarse, teniendo por afrenta que la sangre de don Enrique se mezclase con la suya.

Mas de un mes se pasó sin tratarse de nada, en razon de la venganza; porque como don Pedro era hombre mayor, no quiso hallarse á los riesgos de ella; y así habiendo venido la flota donde le traian cantidad de dineros, diciendo que queria hallarse presente al despacho de ellos en las aduanas de Sevilla, se partió de Jaen, llevando consigo á Gonzalo y otros dos criados que habia en casa, no quedándole á don Alonso mas de un page, que le acompañaba en este tiempo. Disimuladamente se habia don Alonso enterado del galanteo de su hermana, y vístola por sus ojos hablar con don Enrique, el que, si bien no se aseguraba mucho de las amenazas que Clavela le habia hecho, amaba tanto á doña Mencía, que sin temer riesgos ni peligros, continuaba en verla, pareciéndole que cuando Clavela intentara hacer algun mal, todo podia parar en sacar la cara, y decir que era doña Mencía su mujer: y aun á no impedírselo ella, temerosa de la ira de su padre, ya lo hubiera hecho. En teniendo cartas don Alonso de que su padre habia llegado á Sevilla, al punto dió órden de lo que entre ellos habia quedado dispuesto. Mal segura se hallaba doña Mencía, y temerosa por ver á su hermano andar desabrido con ella; y no queriendo ya aguardar á algun lance peligroso, un dia acabando de comer, viendo á su hermano que se habia ido á su cuarto, se entró en aquella cuadra por donde hablaba á don Enrique, cuya reja caia á las espaldas de la casa, que era donde ella se tocaba, por detras de la en que ella tenia su cama, y se puso á escribir un papel á su esposo, pidiéndole se viese aquella noche con ella para disponer sus cosas; y acabando de escribirle, don Alonso, que no se descuidaba, y habia estado acechando lo que hacia, habiendo enviado al page de propósito fuera, y dejando cerradas en su mismo cuarto dos doncellas y una criada de cocina que habia, amenazándolas con la muerte si chistaban, entró en el aposento de su hermana tan paso, que sin poder prevenir guardar el papel, le cogió, cerrándole; y como se le quitó, y le leyó, aunque la triste dama quiso disculparse, no le bastó ninguna cosa que en abono suyo intentase decir.

Salióse don Alonso fuera, y cerrándola con llave, se salió á la puerta de la calle, donde se estuvo hasta que vió pasar un clérigo, al cual llamó, diciéndole entrase á confesar una mujer que estaba en grande peligro de muerte. Hízolo así el sacerdote, y entrando dentro, y don Alonso con él, harto espantado de no ver en toda la casa persona alguna, llegaron al retrete, y abriendo don Alonso la puerta, le dijo que entrase, y confesase aquella mujer que estaba allí, porque al punto habia de morir. Asustóse el sacerdote, y dijo: ¿que por qué causa queria hacer crueldad se-

mejante? Padre, respondió don Alonso, eso no le toca á usted, ni á mí el darle cuenta porqué la tengo de matar: confesarla es lo que le piden, y si no lo quiere hacer, váyase con Dios, que sin confesar la mataré. Viendo pues el clérigo la determinacion de don Alonso, entró y confesó á doña Mencía, la cual con muchas lágrimas lo hizo, deteniendo al clérigo para entretener algun poco mas la vida, como le contó él mismo despues. Acabada de confesar la dama, el sacerdote salió, y con palabras muy cuerdas y cristianas quiso reducir á don Alonso, diciéndole que mirase que aquella señora no debia aquella muerte, por cuanto su delito no pasaba á ofensa, supuesto que no era mas que deseo de casarse, sin haber habido agravio ninguno de por medio; que temiese la ofensa de Dios y su castigo. Bien estoy en esto, padre, respondió el airado mozo; yo sé lo que tengo de hacer, y nunca dé consejo á quien no se le pide. Lo que yo le ruego es que en estos ocho dias no diga á nadie esto que aquí ha visto; porque si lo contrario hace le he de hacer menudas piezas. Temió tanto el clérigo, que no dudando que estaba tan en peligro como la dama, habiéndoselo prometido, no vió la hora de verse fuera de aquella casa, y aun despues no acababa de asegurarse si estaba en salvo; por lo cual no se atrevió á dar cuenta del caso hasta que estuvo público.

Ido el sacerdote, don Alonso volvió á entrar donde estaba la desdichada dama, y dándola tantas puñaladas, cuantas bastaron á privarla de la vida, se salió, y cerrando el retrete, se dejó la llave en la misma puerta, y luego aguardando á que viniese el page, le dió el papel de doña Mencía, y le mandó se le llevase á don Enrique, diciéndole que dijese se le habia dado su señora, y que luego le fuese á buscar á casa de aquellos señores donde solia ir, y que le aguardase allí hasta que él fuese. Con esto, cerrando la puerta de la casa, se fué á la de un amigo, que debia de ser de las mismas mañas que él, á quien pidió le acompañase aquella noche en un caso que se le habia ofrecido, y hallando en él la ayuda que buscaba, se estuvo en la misma casa del amigo retirado hasta que fuese hora de ir á él. Dió el papel de doña Mencía á don Enrique el page, y habiéndole respondido de palabra dijese á su señora haria lo que le mandaba, se fué donde su amo le habia dicho le esperase.

Mucho extrañó don Enrique llevase el page de don Alonso el papel; porque desde que se habia ido don Gonzalo á Sevilla, doña Mencía no le escribia sino por una criada, y á no conocer la letra de la dama, casi le pusiera en confusion de algun engaño; mas pensó que alguna gran novedad debia de haber, pues le escribia con diferente mensagero, y no veia la hora de ir á saberlo. Así que vió que habian dado las once, hora en la que la dama le hablaba, por ser en la que su casa estaba sosegada; solo, porque siempre iba así, aunque apercibido de armas bastantes, se fué á la casa de su dama, y llegando á su reja la vió cerrada, porque don Alonso la habia dejado así; y haciendo la seña por donde se entendian, como vió que ni á una vez, ni á dos, ni á tres salia, llegó á la reja, y paso tocó en ella, y apenas puso la mano, cuando las puertas de todo punto se le abrieron con un grandisimo estruendo, y alborotado con él,

miró por ver que en el pequeño retrete habia gran claridad, no de hachas ni bujías, sino de una luz que solo alumbraba en la parte de adentro, sin que tocase á la de afuera; y mas admirado que ántes, miró con mas cuidado, y vió al resplandor de ella á la hermosa dama tendida en el estrado, mal compuesta y bañada en sangre, que con estar muerta desde medio dia, corria entónces de las heridas como si se las acabáran de dar, y junto á ella un lago de sangriento humor. A vista tan lastimosa quedó don Enrique casi sin pulsos, y á su parecer juzgó que ya el alma se le apartaba del cuerpo, sin tener valor para apartarse, ni allegarse; porque todo el cuerpo le temblaba como si tuviera un grande accidente de cuartana; y mas fué cuando oyó, que de donde estaba el sangriento cadáver salia una voz muy débil y delicada, que le dijo: Ya, esposo, no tienes que buscarme en este mundo, porque ha mas de nueve horas que estoy fuera de él; pues aquí no está mas de este triste cuerpo sin alma, de la suerte que le miras. Por tu causa me han muerto, mas no quiero que tú mueras por la mia, que quiero me debas esta fineza; y así te aviso que te pongas en salvo, y mires por tu vida, que estás en muy grande peligro; y quédate á Dios para siempre. Y acabando de decir esto, se tornaron las puertas de la ventana á cerrar con el mismo ruido que cuando se abrieron.

Quedó de lo que habia oido, sobre lo que habia visto, tal don Enrique, que casi tan difunto como su malograda esposa, faltábale de todo punto el ánimo y el valor; y no es maravilla, pues por una parte el dolor, y por otra el temor, le dejaron poco menos que mortal; tanto que ni moverse de allí ni aun alentar le era posible. Ya cuando esto sucedió, don Alonso y su amigo estaban en la calle, aunque no sintieron el ruido, ni vieron abrir la ventana; mas seguros de que era don Enrique, pensando, como le veian parado, que estaba aguardando que le abriesen; el uno por la una parte, y el otro por la otra, le vinieron cercando, y cogido en medio, sin poder el pobre caballero defenderse con la turbacion que tenia, aunque vió acometerse, ni se pudo aprovechar de una pistola que traia, ni meter mano á la espada; y de dos estocadas que á un tiempo le dieron le tendieron en el suelo, donde caido le dieron veinte y dos puñaladas, y dejándole casi muerto, se pusieron en fuga; porque á las voces que dió pidiendo confesion, empezó á salir gente, y sacar luces. En fin vieron que don Alonso se fué á casa de las ya dichas, y el amigo á un convento: la gente que se juntó llegaron á don Enrique, y le hallaron sin sentido; y estando trazando el llevarle á su casa, porque de todos era bien conocido, llegó la justicia, y haciendo su oficio, no pudieron averiguar mas de que á las voces que aquel caballero habia dado, pidiendo confesion, habian salido, y hallándole en el estado que le veian, y revolviéndole, conocieron que no estaba muerto. En fin le llevaron á su casa, dando con su vista la pena á sus padres, que era razon tener por ser único, y llamando quien le tomase la sangre, le desnudaron y pusieron en la cama, donde estuvo de este modo hasta la mañana, que volvió en sí, permitiéndolo Dios nuestro Señor, para que se supiese el lastimoso fin de doña Mencía; porque aunque la justicia, habiendo llamado á las puertas de don Pedro, y no respondiendo nadie, admirados y confusos de ver tanto silencio

como en la casa habia, quisieron dar órden de romper las puertas, mas no lo hicieron hasta que don Enrique, si volvia, diese su declaracion; porque como don Pedro era tan principal y poderoso, todos le guardaban en la ciudad el debido respeto y decoro.

Vuelto en sí don Enrique, y dándole una sustancia, cobrando algo del ánimo perdido, pidió que luego juntamente llamasen al confesor, y al corregidor tambien, y venidos delante del que le habia de confesar, contó al corregidor todo lo que aquella noche le habia sucedido, pidiendo se fuese á casa de don Pedro, y rompiendo, si no abrian la puerta, viesen si habia sido verdad ó alguna ilusion fantástica; si bien por aquel papel que de su esposa habia recibido, y las heridas que le habian dado, lo tenia por verdad. Miéntras el corregidor fué á averiguar el caso, admirado de lo que contaba el herido, este se confesó, y recibió el santísimo sacramento, hallándole los cirujanos muy de peligro. El corregidor y sus ministros fueron á casa de don Pedro; llamaron, y como no respondiese nadie, derribaron la puerta, y entrando, no hallaron á nadie, y yendo de una sala en otra hasta llegar al retrete, que, como he dicho, estaba la llave en la puerta, y abriendo, hallaron á la hermosa y desdichada doña Mencía de la misma suerte que decia don Enrique haberla visto: las heridas y sangre que de ellas corria estaban como si entónces se acabáran de dar: junto á ella estaba un bufetillo con recado de escribir, y en unos pliegos de papel, que habia encima, estaba escrito: «Yo la quité la vida, porque » no mezclara mi noble sangre con la de un villano. Don Alonso. »

Visto esto, anduvieron toda la casa por ver si habia alguna gente, y en un aposento, al último de otro cuarto, que estaba en frente del que acababan de mirar, y donde estaba la difunta dama, oyeron dar gritos, y abriendo con la llave, que asimismo estaba en la cerradura, hallaron las dos doncellas y la criada de doña Mencía, de quienes no pudieron saber mas de que don Alonso, el dia ántes, habiéndolas llamado, las habia encerrado allí, amenazándolas con que si daban voces las habia de matar. Dióse órden de depositar el cuerpo de doña Mencía en la parroquia hasta que se determinase otra cosa, y haciendo la justicia sus embargos, como de oficio le tocaba, llamaron á don Alonso á pregones, avisando á Sevilla para que prendiesen á don Pedro; mas él probando la coartada, de presto le dieron por libre: y tomando por excusa no haber estado en la parte en que habia sucedido el fracaso de su amada hija, se quedó viviendo en Sevilla. Divulgóse por la ciudad el suceso, y entónces acudió el clérigo que habia confesado á doña Mencía á contar lo que le habia sucedido. Don Enrique llegó muy al cabo; mas Dios, por intercesion de su Madre santísima, á quien prometió, si le daba vida, ser religioso, se la otorgó; y así lo hizo, que se entró fraile en un convento del seráfico padre san Francisco, y con mucha parte de su hacienda labró el convento, que era pobre, y una capilla con una aseada bóveda, donde pasó el cuerpo de su esposa; habiendo muchos testigos que se hallaron presentes á su translacion, que aseguraron que con haber pasado un año que duró la obra, estaban las heridas corriendo sangre como el mismo dia que la mataron,

y ella tan hermosa, que parecia no haber tenido jurisdiccion alguna la muerte en su hermosura.

Don Alonso, habiendo estado ocho dias con su page escondidos en casa de aquellas damas con Clavela. al cabo de ellos, como estaba bien prevenido de joyas y dineros, que ántes de salir de su casa habia tomado, dejando al page durmiendo, se partió una noche la vuelta de Sevilla para despedirse de su padre, y caminar á Barcelona, donde tenia determinado embarcarse para pasar á Italia. El page cuando dispertó, y supo que su amo le habia dejado, se salió del encierro, contando por la ciudad como su amo habia estado en aquella casa ocho dias, y como los habia oido hablar de la muerte de su señora, y heridas de don Enrique, por lo cual las tales damas estuvieron presas, y á pique de darlas tormento; mas donde hay dinero todo se negocia bien. El amigo de don Alonso, como contra él no habia indicio alguno, por estar el secreto entre los dos, en viendo socegados estos alborotos, salió libremente á la calle. Don Alonso estuvo con su padre en Sevilla solos dos dias, porque como sabia que estaba llamado á pregones, y sentenciado en ausencia á cortarle la cabeza, no paró allí mas, ántes se partió para Barcelona, donde se embarcó, y con próspero viage llegó á la ciudad de Nápoles, donde sentó plaza de soldado, por no dar que decir de que estaba allí sin ocupacion alguna; y socorrido largamente de su padre, pasaba una vida ociosa, jugando y visitando damas. Ayudóle á darse tanto al vicio haber tomado amistad con un genízaro, hijo de español y napolitana, hombre perdido y vicioso, tanto en glotonerías como en lo demas; y como don Alonso tenia dineros, hallábase bien con él, ganándole la voluntad con lisonjas. Este era clérigo salvage; y porque no se extrañe este nombre, digo que hay en Italia unos hombres, que sin letras ni órdenes tienen renta por la iglesia, solo con andar vestidos de clérigos, y llámanlos prestes salvages, y así lo era Marco Antonio, que este era su nombre.

Luego que tuvo aviso don Pedro de que su hijo estaba en Nápoles, y tenia sentada plaza, le diligenció muchas cartas de favor, por las cuales el excelentísimo señor conde de Lemos, don Pedro Fernandez de Castro, que era virey de aquel reino, le dió una bandera, con la cual estaba don Alonso tan contento, y olvidado de la justicia divina, y de la inocente sangre de su hermana, que habia derramado tan sin causa como se ha visto, que dió en enamorarse; cosa que hasta entónces no habia hecho, pues aunque habia tenido amistad con Clavela, mas habia sido apetito que amor, y aun en esta ocasion lo pudiera excusar. Estaba en la ciudad un caballero entretenido, como hay en ella muchos, cuyo nombre es don Fernando de Añasco, español, y caballero de calidad, y que habia sido capitan de infantería: este tuvo un hijo, que casó allí con una señora de prendas, aunque no muy rica, y dejándola cinco hijas, murió; y visto por don Fernando que la nuera y nietas estaban necesitadas, las trajo á su casa: las dos mayores se entraron religiosas en el convento de la Concepcion de la misma ciudad; porque estando velando juntas una noche, cayó entre las dos un rayo, y no las hizo mal, y ellas asombradas de esto no quisieron estar mas en el siglo: las otras dos casaron por su hermo-

sura, sin dote, con dos capitanes. Quedó la menor y la mas hermosa, llamada doña Ana, y tan niña que apenas llegaba á quince años: mas como su madre y abuelo habian gastado tanto con las dos monjas, no tenian que darla, ni aun para vestirla sino con un moderado aseo, y con todo eso sobresalia tanto su belleza, que ninguna de la ciudad (con haber muchas) la igualaba, y ella excedia á todas: mas no le habia llegado su ventura como á sus hermanas, porque la estaba aguardando su desventura. Vióla don Alonso, y enamoróse de ella, y enamorado, dió en galantearla con las tretas que todos los hombres galantean, ó por mejor decir, engañan, que este arancel todos le saben de memoria. ¡Ay de aquellas que los creen! ¡Y ay de doña Ana, que se dejó ver de don Alonso, que no fué para ella amante, sino el hado fatal que la ocasionó su desgracia! Noble, honesta, recogida y hermosa era doña Ana, ¿mas de qué la sirvió si nacia desgraciada? Hacíale, como dicen, rostro; lo uno porque sabia quién era, y su rico mayorazgo despues de la vida de su padre: lo otro, porque cuanto al talle, bien merecia ser querido; y quiso probar la suerte, por ver si acertaba como sus hermanas, mas no porque se alargase mas en los favores que le hacia, que á dejarse ver en la ventana, y oir con gusto alguna música que la daba, que en esto aun con mas extremos se adelantan en Italia que en otras partes, porque son todos muy inclinados á ella. Dióla una don Alonso una noche, cantando él mismo á una vihuela este romance, tomando por asunto no haber ido doña Ana á un jardin, por llover mucho, donde habian de ir á holgarse su madre y hermanas con otras amigas; que como don Alonso estaba enamorado, siempre andaba inquiriendo las salidas de la dama, por mostrarla su cuidado en ellas, y esto se lo habia dicho un criado de su casa. En fin el romance era este:

Llorad, ojos, pues las nubes
Han hecho conjuracion,
Por quitar que no goceis
Los rayos de vuestro sol.
Si para los desdichados
Hasta la muerte faltó,
¿Cómo quereis ver la vida,
Pues tan desdichados sois?
Esclavos sois de buen dueño;
No os quejaréis, que no os dió
Todo cuanto pudo daros
La fortuna de favor.
Solo con este consuelo
Vivo alegre en mi pasion,
Que es gloria por tal belleza
Pasar penas y dolor.
Detened, nubes, el agua,
Pues con mis ojos les doy
Bastante censo á los rios,
Que ya por mí mares son.
Y tú, Anarda de mi vida,
No te dé agua el temor;
Mas agua vierten mis ojos;
Y con mas justa razon.
En el fuego que me abraso,
Como la fragua es amor,
Con agua nunca se apaga,
Antes crece con su ardor.
Muerto de mis propias penas,
Y en ellas penando estoy:
Que es purgatorio tu ausencia,
Tu vista gloria mayor.
En el infierno las almas
Penan, que los cuerpos no;
Aquí penan alma y cuerpo
Juntos, por una razon.
¿Cuándo en la gloria de verte
Se acabará mi dolor?
¿Y cuándo he de verte mia,
Que es el premio de mi amor?

Ya la esperanza me alienta,
Ya me desmaya el temor,
Ya fio en tu cortesía,
Y ya temo tu rigor.
Mas en mirando estas nubes,
Me falta todo el valor,
Que hasta las nubes persiguen
Los que desdichados son.
Sal á alumbrarme, sol,
Que se me anega el alma de dolor.

Con estos y otros engaños (que así los quiero llamar) andaba don Alonso solicitando la tierna y descuidada corderilla, hasta cogerla para llevarla al matadero, no acordándose de que habia traido al mismo á la hermosa doña Mencía su hermana. Se pasaron en solicitudes amorosas muchos dias, y como con ella no grangeaba mas favores de los ya dichos, andaba desesperado, de lo cual su amigo Marco Antonio habia estado ignorante, hasta que ya á los últimos dias, viéndole melancólico y desesperado, le dijo : Cierto, don Alonso, que aunque pudiera quejarme de vuestra amistad, no teniéndola por muy segura, pues encubris de mí vuestra pasion amorosa, dando lugar á que la sepa de otra parte primero que de vuestra boca, no me quiero sentir agraviado de ello, antes compadecido de vuestra pena, me quiero ofrecer para el remedio de ella; que tengo por seguro no habrá en todo el reino de Nápoles quien mejor que yo os dé la prenda que deseais : mas he menester saber qué intento es el vuestro en este galanteo á doña Ana de Añasco; porque si la pretendeis menos que para esposa, os certifico que perdereis tiempo, porque en doña Ana hay mayores virtudes de las que admirais en su hermosura, pues demas de ser muy recatada y honesta, en calidad no os debe nada, porque su padre tuvo el hábito de Santiago por claro timbre de su nobleza : no es ella rica, que la fortuna hace esos desaciertos : á quien no lo merece da muchas prosperidades, negándoselas á los que con justa causa debian darse; de modo que si la amais para dama, os aconsejo os aparteis de esa locura, porque no sacareis de ella al cabo de mucho sino lo que habeis sacado hasta hoy; y si la deseais por esposa, que lo cierto es que os merece tal, dejadme á mí el cargo, que ántes de seis dias la tendreis en vuestro poder. No me tengais, amigo Marco Antonio, respondió don Alonso, por tan ignorante, que habia de pretender á doña Ana para menos que para mi esposa; pues no ignoro que de otra suerte no he de ser admitido; y si bien pudiera retirarme de este pensamiento la poca hacienda que tiene, de lo que estoy bien informado, no reparo en eso, aunque la condicion avarienta de mi padre me pudiera dar temor, pues yo tengo bienes, gracias al cielo, para los dos; y mi padre no tiene otro hijo sino á mí : su hermosura y nobleza, junto con su virtud, es lo que yo en doña Ana estimo, y así perdiendo el enojo de no haberos dado parte de este amor desde el principio, os suplico, pues asegurais que teneis poder para ello, me hagais dueño de tal belleza, que con eso me juzgaré dichosísimo. Prometióselo Marco Antonio, y tomando la mano en ello, lo supo negociar tan bien, dándole á entender á don Fernando lo que grangeaba en tener por yerno á don Alonso, contándole cuan gran caballero y rico era don Alonso, que ántes de un mes estaba desposado con doña Ana, tan contenta ella, su madre y abuelo con el venturoso acierto,

que les parecia tener toda la ventura del mundo por suya. Habia poco que don Pedro habia enviado á su hijo letras de cantidad, con lo que él puso su casa, que fué en la misma de don Fernando, eligiendo don Alonso para sí un cuarto en frente del suyo, que no tenia mas division que un corredor. Sacó galas á doña Ana, con que mostraba mas su hermosura, manifestando don Alonso el primer año en su alegría su acierto. A los nueve meses les dió el cielo un hijo, que llamaron como á su abuelo paterno, don Pedro, al cual doña Ana su madre quiso criar á sus pechos.

Bien quisiera don Alonso que no supiera su padre que se habia casado, temeroso de lo mal que lo habia de recibir, y por no perder el socorro que todos los mas ordinarios le enviaba: mas como nunca falta quien por meterse en duelos agenos haga mas mal que bien, se lo escribieron á su padre, el cual como lo supo, loco de enojo, le escribió una carta muy pesada, diciéndole en ella que ni se nombrase su hijo, ni le tuviese por padre; pues cuando entendió que le diera por nuera una gran señora de aquel reino, que engrandeciera su casa de calidad y riqueza, añadiendo renta á su renta, se habia casado con una pobre mujer, que ántes servia de afrenta á su linage que de honor; y que si le tuviera presente, hiciera de él lo que él habia hecho de su hermana: mas pues estaba tan contento con su bella esposa, que sin comer se podia pasar, ó que lo ganase como quisiese, que no le pensaba enviar un maravedí, ántes determinaba dar tan buen cabo de su hacienda, que cuando él muriese, no hallase ni una sombra de ella; que mas queria jugarlo á las pintas, que no que la gozase la señora doña Ana de Añasco. Mucho sintió don Alonso el enojo de su padre, y fué de modo que bastó á templarle el amor, de suerte que lo que hasta allí no le habia sucedido, que era arrepentirse de haberse casado, en un instante le llegó el arrepentimiento, y se le empezó á conocer en el desagrado con que trataba á su esposa. No sabia doña Ana la causa de ver tal novedad en su esposo, y lloraba sus despegos bien lastimosamente; mas al fin lo supo, porque vencido don Alonso de sus importunaciones, la enseñó la carta de su padre. Pues como se quitó la máscara, y vió que ya doña Ana lo sabia, lo que ántes eran despegos se convirtió en aborrecimiento; la daba á cada paso en cara con su pobreza, y mas fué cuando, gastado el dinero que tenia, empezó á dar tras las galas de su esposa vendiendo unas para el sustento, y jugando otras. Vino á tal estado de miseria, que despidiendo las criadas, se humilló á servir su casa, aunque alguna vez la criada de su madre la excusaba con acudir á servirla, y lo peor de todo era que muchos dias no comiera si no la socorrieran su madre y abuelo.

Con estas cosas se remató don Alonso de suerte que no habia cosa mas aborrecida de él que la hermosa dama, y de aborrecerla nació el desear verse sin ella, creyendo que así volveria á la amistad y gracia de su padre; y luego con los buenos consejos de su amigo Marco Antonio se resolvió á salir de todo de una vez; y concertando los dos cómo habia de ser, lo dilataron hasta la partida del excelentísimo señor conde de Lemos, que ya trataba su vuelta á España, quedando en su lugar, hasta que de Sicilia viniese, el señor duque de Osuna, el señor don Francisco de Castro,

conde de Castro y duque de Taurisano. ¡Ah, mozo mal aconsejado, y como la sangre de tu hermana clama contra tí, y no harto de ella quieres verter la de tu inocente esposa! Llegóse el plazo, y mas apriesa el que ha de ser mas desgraciado; y como el embarcarse habia de ser de noche, fué don Alonso á su casa con su amigo, y díjola á doña Ana, que acababa de dormir á su niño, y le habia echado en la cama, que viniese, y veria embarcar al virey, que ántes que el niño dispertase se volverian. Parecióla á doña Ana que era nuevo favor en medio de tantos disgustos como con ella tenia; y así cerrando la puerta del cuarto, y echándose la llave en la manga para cuando volviese, y no desasosegar á su madre ni abuelo, llegó á su cuarto, diciéndoles dejasen la puerta de la calle abierta, porque iba con don Alonso y Marco Antonio á ver embarcar al virey; y se fué con ellos. Acabada doña Ana de salir, la dijo la criada á su madre: ¿Porqué, señora, deja vuestra señoría ir á mi señora doña Ana de noche fuera, no usándose en esta tierra salir así las señoras? A lo que respondió: Amiga, con su marido va; ¿en eso qué hay que temer que se murmure? Con esto, habiéndose recogido, se acostaron, bien inocentes y descuidadas del mal que habia de suceder.

Llegó doña Ana á la marina, acompañada de sus dos enemigos, y habiendo estado en ella hasta las diez; embarcado ya el virey, y partidas las galeras, aunque no todas, que algunas quedaban para la demas gente; ya que se queria volver á su casa, con muy grandísimo cuidado de su niño, les rogó á ella y á don Alonso Marco Antonio llegasen á su posada á tomar un refrezco; y aunque lo excusaron, doña Ana con su cuidado, y don Alonso con su falsedad, como despues se supo de él y Marco Antonio, lo hubo de aceptar. En fin fueron, y llegando á ella, abriéndoles la puerta una criada de Marco Antonio, ya mujer mayor, se entraron á un jardinico donde estaba la mesa, y en ella una empanada y otras cosas: sentáronse á ella, y repartiendo Marco Antonio, dió al ama su parte, y la dijo pusiese allí lo que era menester, y se fuese á su aposento, cenase y se acostase, que él cerraria la puerta, y se llevaria la llave, para que cuando volviese de acompañar aquellos señores, pudiese entrar á acostarse. Hecho como él lo ordenó, y recogida la ama, estando la descuidada doña Ana comiendo de la empanada, fingiendo don Alonso levantarse por algo que le faltaba, se llegó por detras con un cuchillo grande que él traia apercibido, y aquel dia habia hecho amolar, y la dió en la garganta tan cruel golpe, que la derribó la cabeza sobre la misma mesa. Hecho el sacrificio, la echaron en un pozo que habia en el mismo jardin, y el cuchillo con ella, y tomando la cabeza se salieron, y cerrando la puerta, echaron la llave por debajo, y se fueron á la marina, y en una cueva que estaba en ella, haciendo un hoyo, la metieron, y al punto se embarcaron en una galera que iba aprisa en seguimiento del virey. Vayan que la justicia de Dios va tras ellos.

Como pasó de media noche, el niño que doña Ana habia dejado dormido dispertó, que ya tenia un año, y como se halló sin el abrigo y cariño de su madre, empezó á llorar, á cuyo llanto dispertó su abuela; mas no pudiéndose persuadir que su madre no estaba ya con él, juzgando que

el sueño la tenia rendida, decia entre sí: ¡Válgame Dios, tan dormida está doña Ana que no siente llorar su hijo! Calló el niño un rato, con lo que la buena señora se volvió á dormir, y cuando empezó á amanecer dispertó bien alborotada á los gritos que el niño daba, y levantándose se vistió, y salió á ver qué era la causa de estar su nieto tan sin sosiego; mas como llamando muy recio no la respondieron, casi sospechando el mal sucedido, llamando á don Fernando y á un criado, abrieron la puerta y entraron; y como no hallasen mas que el angelito solo, no sintiendo bien del caso, la señora tomó el nieto, y llamando á una vecina que le diese de mamar, le aquietó y adormeció: en tanto se vistió don Fernando, y salió fuera para hacer diligencias por saber de don Alonso; mas todos decian no haberle visto.

Miéntras que esto pasaba en casa de doña Ana, en la de Marco Antonio habia otra tragedia, y fué que la ama se levantó, y fuése adonde su amo dormia; mas aunque no le halló, no hizo novedad de ello, porque otras veces se quedaba fuera; mas hízola cuando salió al jardin, y vió la mesa puesta, toda llena de sangre, y tambien la silla en que se habia sentado aquella mujer: y si bien conocia á don Alonso, por ser amigo de su amo, no sabia que fuese casado, ni conocia á su esposa; y no bien contenta de ver tales señales, quitó la mesa, y saliendo fuera halló la llave. En fin tomó un caldero, y empezó á entrarle en el pozo para sacar agua y regar la casa: aun no habia entrado la mitad de la soga, cuando el caldero se detuvo en el malogrado cuerpo, que se habia quedado atravesado en lo angosto del pozo, y no habia llegado al agua; porfiando pues para que entrase, y siendo imposible, sacóle fuera, y encendió un candil, y le ató en la soga, y como le bajó, miró qué era lo que no dejaba pasar el caldero; bien medrosa vió el bulto, que aunque le pareció de persona, no pudo percibir quién fuese. Con grandísimo susto soltó la soga, fué corriendo á la calle, dando descompasados gritos, á los cuales acudió la vecindad y la gente que pasaba, y buscando quien bajase al fondo, sacaron el triste cuerpo sin cabeza. Tenia vestido un faldellin frances, con su justillo de damasco verde, con pasamanos de plata, que como era verano no habia salido con otro arreo, y rebocillo negro que llevaba cubierto; unas medias de seda nacarada, con el zapatillo negro, que apenas era de seis puntos. Conoció el ama por los vestidos que era la mujer que habia visto cenar con su amo y don Alonso; mas no supo decir quién era. Avisaron á la justicia, que venida, prendieron á la ama hasta hallar mas noticia del caso, y secuestraron los bienes de Marco Antonio, que no debian de ser muchos; llevaron el cuerpo á la plaza de palacio, para ver si habia alguno que le conociese, habiendo mirado primero en el pozo si estaba la cabeza, mas no hallaron sino el cuchillo.

Llegados con el cuerpo de doña Ana á la dicha plaza, y poniéndole en medio de ella en unas andas, acudieron todos los soldados á ver el cuerpo, y entre los demas don Fernando de Añasco, que al punto conoció á su nieta, y dando una gran voz, dijo: ¡Ay, hija mia, y cómo ha muchos dias que me decia el corazon este desastrado suceso, y no le queria creer! Hízole llevar á su casa, donde no hay que decir cómo le recibiria su ma-

dre : los oyentes lo juzguen, que yo no me atrevo á contarlo. Fuése á pedir justicia al virey, el cual lastimado de sus lágrimas, despachó tras las galeras, en un barco grande, una escuadra de soldados, y por cabo al sargento don Antonio de Lerma, con cartas, pidiendo al marques de Santa Cruz, como general de las galeras, los reos; si bien eso no pudo ser tan breve, que no pasáran cinco ó seis dias, en los cuales se hicieron diligencias buscando la cabeza de doña Ana; mas no pareció. Al fin dieron al cuerpo, sin ella, sepultura, dejando en su abuelo, madre y hermanas gran dolor de su muerte y aun en cuantos la conocian. Partidos los soldados, y con ellos un sobrino de don Fernando, por prisa que dieron en la navegacion, no alcanzaron las galeras hasta Génova, donde cuando llegaron habia sucedido un acaso, en que se vió que Dios estaba ofendido y cansado de aguardar tan enormes delitos como don Alonso cometia, para que pagase con su sangre culpada la inocente que habia derramado en las muertes de su hermana y esposa; y fué que habiendo dado fondo las galeras en el puerto, salieron de ellas todos ó los mas que iban embarcados, para descansar en tierra de las fatigas de la mar, sabiendo que habian de estar allí tres ó cuatro dias, y con ellos don Alonso y su mal amigo Marco Antonio. Llegaron á comprar unas medias de seda en casa de un mercader, y habiéndoles sacado el dicho una caja en que habia muchos pares de todos colores para que escogiesen, don Alonso, persuadido del demonio, ó que Dios lo permitió así, escondió unas azules, y el amigo otras leonadas, que como el mercader las echó de menos, apellidándoles ladrones, llamando amigos y criados, asió de ellos, sacándoselas á vista de todos, y no contento con esto, llamó la justicia, que los llevó á la cárcel, haciéndoles causa de ladrones; y si bien don Alonso y Marco Antonio se defendieran, y no se dejáran prender, no llevaban armas, que en Génova no las trae ninguno, ni dejan pasar á nadie en la puerta con ellas, y así habian dejado las suyas donde las dejaban los demas, sin valerles el ser soldados, y así los llevaron á la cárcel, donde estaban cuando llegaron los que iban por ellos, y dando las cartas al marques de Santa Cruz, mandó se buscasen y los entregasen á quien venia por ellos, que parando en la cárcel, los sacaron y entregaron, y volvieron con ellos á Nápoles, y apenas les tomaron la confesion, cuando dijeron lo que sabian, y mas de lo que les preguntaron : diciendo don Alonso que ya era tiempo de pagar con la vida, no solo la muerte de su esposa, sino tambien la de su hermana, y que así habia permitido Dios que hiciese en Génova aquel delito para que pagase lo uno y lo otro; mas que no le perdonase Dios si él tuviera ánimo para matar á doña Ana si Marco Antonio su amigo no le persuadiera á ello, diciéndole que con eso quitaria el enojo á su padre; y que él le habia dado el modo, y dispuesto el caso, y que haberse dejado vencer de su enojo, era permision divina, para que pagase por lo uno y lo otro; y añadió que hacia mas de dos meses que apenas se dormia, cuando le parecia ver á su hermana que le amenazaba con su cuchillo. Sentenciáronle á degollar, y á Marco Antonio á ahorcar, y otro dia salieron á morir.

Iba ya don Alonso cuando salió tan desmayado, que casi no se podia

tener en la mula, y fué fuerza que se pusiese cerca quien le tuviese; y viéndole así Marco Antonio, dando una voz grande le dijo: ¿Qué es esto, señor don Alonso? ¿tuvísteis ánimo para matar, y no le teneis para morir? A lo que respondió don Alonso: ¡Ay, Marco Antonio, y cómo si supiera qué era morir, no matara! En llegando al cadalso, pidió por merced á la justicia se suspendiese la ejecucion de su muerte por un poco de tiempo; y diciendo donde estaba la cabeza de doña Ana enterrada, suplicó que fuesen por ella, como se hizo, sacándola tan fresca y hermosa como si no hubiera seis meses que estaba debajo de tierra: lleváronsela, y tomándola en la mano, llorando, dijo: Ya, doña Ana, pago con una vida culpada la que te quité sin culpa: no te puedo dar mas satisfaccion de la que te doy; y diciendo esto se quedó desmayado, en que se conoció que no la queria mal, sino que los desapegos de su padre y consejos de Marco Antonio fueron causa de que la quitase la vida. En fin, don Alonso satisfizo con una muerte dos muertes, y con una vida dos vidas. Murió tambien Marco Antonio tan desahogadamente (si se puede decir de quien moria ahorcado), que como estaba en la plaza, y no entendió qué habia pedido don Alonso cuando mandó ir por la cabeza de doña Ana, preguntó ¿que á qué aguardaban? Y diciéndoselo, respondió: Buen despacio tiene mi amigo, ya no falta sino que envie tambien por la de su hermana á Jaen: acabemos, señores, que no tengo condicion para aguardar, y hasta el morir quiero que sea sin dilacion. Fueron estas nuevas á Sevilla á su padre, y cuando llegaron las cartas estaba jugando con otros amigos, y acabando de leerlas, tomólas para sí, y poniéndose muy despacio á brujulearlas, dijo: Mas quiero tener un hijo degollado, que mal casado; y se volvió á jugar como si tales nuevas no hubiera tenido. Mas Dios, que no se sirve de soberbios, le envió el castigo de su crueldad; pues ántes de un mes, una mañana entrando los criados á darle de vestir, le hallaron en la cama muerto, dejando una muy gruesa hacienda; y como los criados le vieron muerto, dando cuenta á la justicia, y sabiendo tenia un nieto, puso la hacienda en administracion. Se avisó la muerte de don Pedro á don Fernando, y sabida, él con su nuera y niño, dejando á Italia, vinieron á Sevilla, donde hoy, á lo que entiendo, vive: será don Pedro Portocarrero y Añasco de algunos veinte y ocho años. Suceso tan verdadero es este, que hay muchos que le vieron de la suerte que le he contado.

Acabando doña Francisca su desengaño, no se moralizó sobre él, por ser muy tarde. Sonó la música, y levantándose Lisis, lo hicieron así los demas, y pasándose todos á otra sala, tan bien aderezada como la que desocuparon, se sentaron á las mesas, que estaban puestas con ricos y ostentosos aparadores, donde fueron servidos de una suntuosa y sazonada cena; porque al otro dia, despues de referir los desengaños que faltaban, se habia de celebrar el desposorio de Lisis y don Diego. De industria, por si faltaba lugar, les hizo esta noche la bien entendida Lisis el banquete, como quien sabia que otro dia no habria tiempo. Mientras duró la cena, las damas y caballeros tuvieron sobre su opinion diversas y sabidas disputas: si bien los caballeros, ó rendidos á la verdad, ó agra-

decidos á la cortesía, dieron el voto por las damas, confesando haber habido y haber muchas mujeres buenas, y que han padecido y padecen inocentes en la crueldad de los engaños de los hombres, y que la opinion comun y vulgar, por lega y descortés, no era justo guardarla los que son nobles, honrados y bien entendidos, pues no lo es, ni lo puede ser el que no hace estimacion de las mujeres. Viendo que era hora de irse á reposar, la hermosa doña Isabel dió fin á la fiesta de la octava noche, cantando sola este romance :

Parece que me has dado
A beber algun hechizo,
Con que de mi libertad
Vencedor triunfante has sido.
¿ En qué te ofendió, tirano,
La paz en que mis sentidos,
Jamas sujetos á penas,
Sin prisiones han vivido?
Apenas ya me conozco,
Diferente soy que he sido;
Por los imposibles muero,
Y á ellos me sacrifico.
Deseando estoy el dia,
Y cuando el dia ha venido,
A solo aguardar la noche
Estos deseos aplico.
Ya de los gustos me canso,
Ya por las penas suspiro;
Porque pienso que en penar
Nuevos méritos consigo.
No vivo con su esperanza,
Cuando á temores me rindo;
Que es muy cierto en el amor
Ser cobarde como niño.
Agenas prendas me quitan
Con deseos el juicio,
Y ántes de tener el bien
Le lloro ya por perdido.
Mares de lágrimas vierto,
Y sin saber cómo ha sido,
Me veo vivir sin alma,
Que es otro nuevo prodigio.
No he visto lo que idolatro,
Y rendimiento publico;
Que es deidad que no se vé,
Sino por fé, en el sentido.
No quise ver lo que adoro,
Y adoro lo que no he visto;
Porque amar lo que se goza,
Comodidad la imagino.
Yo me quité la ventura,
Y lloro haberla perdido;

Mi voluntad es enigma,
Mi deseo un laberinto.
El cautiverio apetezco,
De la libertad me privo,
Y negándome á las dichas,
Ya por las dichas suspiro.
No conozco lo que amo,
Y pudo ser conocido,
Y de todas mis finezas
Esta la mayor ha sido.
Temí perder si le viera,
No viéndole le he perdido,
Y si de pérdida estoy,
Mejor es no haberle visto.
¡ Ay tesoro perdido!
Grande debes de ser, pues yo te estimo.
¡ Mas ay ! que si le viera,
Tambien pudiera ser que le perdiera;
Y para no perderle,
Cuando se estima el bien, es bien no verle.
¡ Mas ay de mí! que de una y otra suerte,
El remedio que espero es en la muerte.

NOCHE NONA.

DESENGAÑO NONO.

LA PERSEGUIDA TRIUNFANTE.

Con aplauso de nuevos oyentes se empezó á celebrar la novena noche del honesto y entretenido sarao, porque don Diego convidó para testigos de sus deseadas dichas (como esperaba tener con la posesion de su amada Lisis) muchos señores y señoras de la corte. Sin estos, de parte de Lisis vinieron muchas damas y caballeros, no faltando por la de los demas que en las noches pasadas habian asistido nuevos convidados. Estaba la casa de la divina Lisis desde las tres de la tarde muy concurrida de caballeros y damas, todos nobles, todos ilustres, y todos bien entendidos; que como la fama con su sonora trompa habia extendido la nueva de que las desengañadoras probaban bien su opinion, y á los cuerdos poco es menester para sacarlos de un error, que en esto mas que en otra cosa alguna se diferencian de los necios; viendo que los demas no los tachaban de otro vicio sino de que engañan á las mujeres, y luego dicen mal de ellas, no sujetándose á creer que hay mujeres buenas, honestas y virtuosas; y que asimismo hay y ha habido muchas que han padecido y padecen sin culpa en sus engaños y crueldades; y esto ellos mismos lo saben y confiesan; pues el decir mal no es (á lo que entiendo) porque lo sientan así, sino por seguir la variedad de los muchos, como cuando hay una pendencia ó una fiesta, que acudiendo al tumulto de toda suerte de gentes, ilustres y plebeyos, si les preguntasen adonde van, responderian que adonde van todos, y lo mismo les sucede en el decir mal de las mujeres; y como he dicho, ya los nobles reducidos á no seguir en esto la vulgaridad, se habian engolosinado con los desengaños, que aunque trágicos, por verdaderos eran apetecidos. Acudieron esta penúltima noche mas y mas temprano, con propósito de no seguir en adelante la opinion de los necios, que bien necio es el que no dice bien, ni estima las mujeres; á la buena, porque lo es, y á la mala, por no parecer descortés y necio, pues por de-

cir bien, aunque de lo que se diga sea malo, no se incurre en multas ni castigos, antes se acreditan de ánimos nobles y generosos, y lo demas es vulgaridad y grosería. Acomodados ya todos en sus asientos, no veian la hora de oir nuevos desengaños para que fuese disculpado su rendimiento, y mas ultrajado el bando descortés y comun de los vulgares.

Las cuatro de la tarde serian cuando empezaron á salir las damas desengañadoras, tan vistosas y aderezadas, y con tanta bizarría, que solo en verlas se tuvieron por satisfechos de lo que habian aguardado. Venian adelante Laura y doña Luisa, que como viudas no pudieron mudar trage, con sus vestidos negros y tocas albísimas, y en sus cabezas dos coronas de laurel, y tras ellas las otras damas, todas vestidas de encarnado, con muchas joyas; las cabezas muy aseadas, y encima de los tocados las mismas coronas, como vencedoras triunfantes, y detras de todas salió la discreta Lisis. Traia á doña Isabel de la una mano, y de la otra á doña Estefanía, esta con sus hábitos blancos y escapulario azul, como religiosa de la Concepcion, y sobre el velo su corona como las demas, pues aunque no habia hasta entónces desengañado, segura venia de ser tan valiente como todas. Lisis y doña Isabel venian de una misma suerte, dando su vista á don Diego no poca turbacion; porque habiendo enviado aquel mismo dia á su esposa el vestido y joyas con que se adornase, vió que Lisis no traia ni una flor de las que él habia enviado, juzgando á disfavor ó desprecio el no haberse puesto ninguna cosa de ello. Venian las hermosas damas con sayas enteras de raso blanco; con muchos botones de diamantes, que hacian hermosos visos, verdugados y abanicos, los cabellos, en lugar de cintas, trenzados con albísimas perlas, y en lo alto de los tocados, por remate de ellos, dos coronas de azucenas de diamantes, cuyas verdes hojas eran de esmeraldas, dispuestas estas, como tambien los vestidos, con singular cuidado desde ántes que se empezara la fiesta, cinta y collar de los mismos diamantes, y en las mangas de punta de las sayas enteras, muchas azucenas de la misma forma que las que traian en la cabeza, y en lo alto de las coronas, en forma de airones, muchos mazos de garzotas y martinetes, mas albos que la no pisada nieve. Finalmente, salieron tan bizarras y bien prendidas, y tan sumamente hermosas, que en la belleza imitaban á Venus, y en lo blanco la castidad de Diana. Dieron tal muestra de sí, que cuando los caballeros no miráran mas de su hermosura, fuera esta el arrepentimiento de sus engaños, pues en ella veian el mayor desengaño de sus cautelas, y motivo para que las perdonasen cuanto les habian reprehendido, y lo que esperaban en esta penúltima noche; y las mas poco atentas al decoro de su honestidad dónde aprender á saberla guardar de los engaños de los hombres, para no verse abatidas y ultrajadas de sus lenguas y conversaciones. Llegando pues al estrado, y hecha su cortesía á todos, en pié las aguardaban, y las desengañadoras se fueron con su presidenta Lisis al estrado, doña Estefanía al asiento del desengaño, y la hermosa doña Isabel con los músicos, y sentada en medio de ellos, tomó una arpa, y con su extremada voz cantó así:

A la desdeñosa Anarda,
De la corte nuevo sol,
De las vidas basilisco,
Y de las almas prision.
De unas sospechas zelosas,
Jacinto pide perdon;
Nueva humildad de ofendido,
Y nuevo extremo de amor.
Donde ruega el ofendido,
Y castiga el agresor;
Humillado el agraviado,
Y severo el ofensor.
Mas no es milagro muy nuevo,
Ni por tal le juzgo yo;
Porque la ley de Cupido
Ya leyes sin leyes son.
Bien sabe que está agraviado,
Su cuidado le avisó;
Mas el dejarse engañar
De amor es nueva razon.
Muere por su amada ingrata,
Y aunque fingido el favor,
Le admite, por no morir
A manos de sinrazon.
Y así postrado á sus piés,
Está mirando el pastor,
En sus ojos sus engaños,
Y en su boca su traicion.
Dice á sus traviesas niñas,
No mo negaréis que sois,
Cuanto bellas, engañosas,
Cuanto amadas, sin amor.
Sois para todos suaves,
Que no teneis el rigor
Sino con las tristes mias,
Que ya esclavas vuestras son.
Pluguiera el cielo quisiese
Daros del sol su esplendor;
Porque mateis rayo á rayo
Alma, vida y corazon.
Anduviera mas escaso,
Negándoos perfeccion;
Pues preciada de hermosura,
No ostentárades rigor.
¡O que no vieran las mias
En vuestro negro color
El luto que por mi muerte
Naturaleza os vistió!
Ladronas sois de mi gusto;
¡Ay, rapazas, quién os dió
Jurisdiccion de prender,
De matar jurisdiccion!
En los afectos que miro,
Os contemplo á mí y á vos,
Yo abrasado en vuestro hielo,
Y heladas en mi calor.
Etna ardiente son mis llamas;
Volcan abrasado soy;
Pero solo á mí me quemo,
Que el fuego nunca os tocó.
Soy Icaro en el subir
A mirar vuestro arrebol;
Mas en llegando á la cumbre,
Soy derribado Faeton.
¡Ay, mi bellísima Anarda,
Deidad en quien adoró
La triste voluntad mia
Dulces milagros de amor.
No te pido que me quieras,
Que era pedir sinrazon;
Sino que no me maltrates
Con tal crueldad y rigor.
Dijo; mas Anarda ingrata
De sus penas se rió,
Que ha jurado de no amar
En tiempo que no hay amor.
Porque ya no se usa, si se usó,
Que amor, como era viejo, se murió.
No ama ninguno, no,
Que vestirse á lo antiguo, yo pasó.

Cierto, hermosa doña Isabel, dijo acabada la música doña Estefanía, que procuramos muy bien los engaños de los hombres, cuando vos estais notificando en vuestros versos rendimiento de un galan y desdenes de una dama. No todos los versos tienen héroes, respondió doña Isabel, y advertid, señora doña Estefanía, que yo he cantado lo que ha de ser, y no lo que es; y tengo por sin duda que no todos los poetas sienten lo que escriben; ántes imagino que escriben lo que no sienten; demas que de industria he querido consolar á estos caballeros con mostrar un hombre firme, para que tengan ánimo, y esperen en la sentencia de esta penúltima noche

buen suceso de su parte, pues pudiéramos, si por milagro se pudiera hallar uno que amase firme y perseverase desdeñoso, perdonar por él á los demas, pues me parece que os han temido despues que os sentásteis á desengañar, admirándoos deidad, y que no solo los castigueis con las palabras, mas lo ejecuteis con las obras. Pues así es, respondió doña Estefanía, vaya de desengaño, advirtiendo que no ha de caminar por lo popular, sino por lo magestuoso, que tambien hay reinas desdichadas, y reyes y príncipes crueles, porque la ley del rigor á todos comprehende.

La mayor novedad que mas ha de admirar, hermosas damas y gallardos caballeros, es que persona de mi hábito y estado desengañe, siendo la hacienda que primero aprendemos el engañar, como se ve en tantos ignorantes, que asidos á las rejas de los conventos, sin poderse apartar de ellas, bebiendo, como Ulises, los engaños de Circe, viven y mueren en este encantamiento, sin considerar que los engañamos con las dulces palabras, y que no han de llegar á conseguir las obras; que si las del siglo fueran cuerdas, á nosotras nos habian de estimar, y aun dar gages por vengadoras de los engaños que de los hombres reciben; mas á esto digo que el diablo tal vez, con ser el padre del engaño, desengaña, y así haré yo ahora, que siendo de la profesion de las que engañan, desengañaré; si bien voy segura de que no servirá; porque son por imposibles tan apetecidos nuestros engaños, que mientras mas lo rumian y golosean, mas se enredan en ellos; y lo mismo fuera con las damas del siglo si no vendieran tan baratos los favores, que los dan á precio de engaños; y si, por ser muestra de engañar, como he dicho, no supiere ser buena desengañadora, me consolaré con saber que no he sido engañada, y que no hablaré por experiencia, sino porque me sacrifiqué desde muy niña á esposo que jamas me ha engañado ni engañará. En la fuerza de mi desengaño pondré lo moral del intento, y consolaré á las damas, asegurándolas de que si no las supiere bien desengañar, las sabré bien vengar; y diré á los caballeros que si de mi desengaño no quedáren bien castigados, lo quedarán si me buscan en estando en mi casa; porque los entregaré á una docena de compañeras, que será como echarlos á los leones.

En Ungría, por muerte del rey Ladislao, entró á gozar la corona un hijo suyo, llamado asimismo Ladislao, como el padre (que entónces venia el reino de padres á hijos, no como ahora por votos de los potentados). Era Ladislao príncipe generoso, gallardo, de afable condicion y bien entendido, y de todas maneras amable, y así desde que entró á reinar fué muy querido de sus vasallos; al cual amándole príncipe no le olvidaron rey: solo en el caso que voy contando fué notado de fácil; mas hay lances, aunque mentirosos, con tantas apariencias de verdad, y mas si los apoyan zelos, que mas merecen disculpa que castigo. Siéndole forzoso tomar estado para dar herederos á su reino, pidió por esposa al rey de Inglaterra á la bellísima infanta Beatriz su hija, que era de las mas perfectísimas damas en hermosura, entendimiento, virtud y santidad, que en todos aquellos reinos se hallaba en aquella sazon. Pues siéndole concedida por esposa, y hechos los conciertos, y puesto en órden lo necesario, mandó el rey que fuese por la reina el infante Federico su

hermano, mozo galan y discreto. No cansemos con esto á los oyentes, pues se dice todo con decir que con ser Ladislao tan perfecto, habia opiniones de que con Federico habia sido mas pródiga la naturaleza, aunque lo desdoraba con ser tan inclinado á los engaños y travesuras con que los mozos oscurecen la virtud, pasando por achaques de la mocedad. Era Federico de un año menos que el rey, y tan amado de él, que muchas veces estuvo determinado (si no fuera por las importunaciones de sus vasallos) á no casarse, porque quedara rey despues de sus dias.

Puesto en ejecucion el viage, y efectuado con próspero suceso, fué recibido Federico en Inglaterra con el contento y aplauso que era debido á un hermano de Ladislao. Dispusiéronse muy solemnes fiestas para cuando en virtud de los poderes del rey su hermano diese la mano á la hermosa infanta, la cual hasta este dia, que fué al segundo que llegó Federico, no se habia dejado ver por su grande honestidad. Llegó el ya señalado dia en que se habian de efectuar los desposorios, y cuando á los ojos de Federico se mostró la bella infanta Beatriz tan adornada de belleza como de ricas galas, al punto que puso en ella los ojos quedó sin vida: poco digo, sin potencias; no es nada, sin sentidos; levantémoslo mas, quedó sin alma, porque todo lo rindió y humilló á la vista de tal hermosura y belleza. Fué de suerte que á no serle á la infanta dificultoso de creer que en un hermano de su esposo pudiera tener lugar tal locura, en su turbacion conociera el achaque de que habia enfermado con su vista. Dióle en fin la mano Federico en nombre de su hermano, quedando celebrado el matrimonio, y en su corazon una mortal basca de ver ya imposible su amor. No fué parte para que desistiera de él ver que ya no tenia remedio, ni el considerarla mujer de Ladislao, ni conocer su honestidad, como asimismo la ninguna esperanza que podia tener su desatinado amor; y con este desdichado tormento asistió en compañía de los reyes de Inglaterra, y de la reina Beatriz su cuñada, á las fiestas, con tanta tristeza, que daba que sospechar á cuantos le veian tan melancólico; y mas á la reina, que cuantas veces le miraba le hallaba divertido en contemplar su hermosura; y como era bien entendida, no dejó de imaginar la enfermedad de Federico, y conoció de que procedian sus melancólicos accidentes, y por esto se determinó á no preguntarle la causa, por no oir alguna atrevida respuesta.

No era Federico tan falto de discurso, que no considerase cuan mal cumplia con la obligacion de quien era, y las que debia á Ladislao: y entre sí se reprehendia y decia: ¿Qué locuras son estas, mal aconsejado príncipe? ¡Es posible que te dejes llevar de tan mal nacidos é infames deseos; no digo yo, no siendo hermano, y tan amado de Ladislao, sino un vasallo! ¡Es justo que tú imagines en su ofensa, amando y deseando su esposa! Delito tan abominable y feo, que aun entre bárbaros era para causar escándalos y sediciones, cuanto mas entre príncipes cristianos. ¡En qué me tendrá el mundo! ¡Qué dirá Beatriz si los unos y los otros llegasen á saber mi locura! No, no ha de ser así: mal nacidos deseos, yo os he de vencer, que no tengo de quedar vencido de vosotros. Con esto le parecia cobrar fuerzas y valor para resistir la violencia de su apetito;

mas apenas volvia á mirar la perficionada belleza de la reina, cuando se le volvia á enredar la voluntad entre las doradas hebras de sus cabellos, y tornaba de nuevo á lastimarse, diciendo: ¡Desdichado fué el dia en que yo partí de Ungría, y entré en Inglaterra, y mas desdichado en el que ví, Beatriz, tu acabada belleza! ¡O Ladislao, ya no hermano, sino enemigo; es posible que he venido por tu ocasion á darme la muerte, y llevarte á tí mi vida! ¡Cómo consentiré que goces y poseas el bien que solo me puede hacer dichoso! ¡Ay de mí, que no sé qué consejo tome, ni qué bando siga, si el de mis abrasados deseos, ó el de la razon! Porque si á ellos he de seguir, me aconsejan que te quite la vida para tenerla, y si á ella, me dice que muera yo, y que vivas tú. Con esto estaba tan de veras penando, que parecia á los que han visto visiones de la otra vida. Ya se determinaba á descubrir su pasion á la reina, y ya se reducia á morir callando, si bien no le pesára de que ella entendiéndole por los contingentes del rostro, le saliera al camino, preguntándole la causa de su tristeza; mas como he dicho, la sabia y honesta señora, no ignorando el intento con que Federico la miraba, excusaba darle motivo para ningun atrevimiento. De esta suerte pasaron Federico muriendo, y la reina disimulando, sin darse por entendida, juzgando que el dia en que Federico se atreviese á perderle el decoro á ella y á su esposo, no cumplia menos que con matarle, accion debida á su honestidad y grandeza. Los dias que estuvieron en Inglaterra, y despues los que duró la jornada hasta Ungría, no consintió la reina que jamas la dejasen sus damas un punto sola, y así lo tenia ordenado á todas.

Llegados á Ungría, se celebraron las bodas de Ladislao y Beatriz con grande alegría y satisfaccion de los dos, pues á la reina le pareció corta la fama en contar los méritos de su esposo, y al rey, que no era Beatriz mujer, sino deidad ó espíritu angélico; tal era la virtud, santidad y hermosura de la bella reina, amándola con tanta terneza, que no habia mas que pedir ni desear. No por ver Federico á su hermano ya en posesion de la que le habia robado el alma cesaron sus libidinosos apetitos, y sus viles y desordenados deseos, ántes viéndose de todo punto privado del bien, creció con mas fuerzas el deseo de alcanzarle, y ardia en rabiosos zelos de ver la terneza con que se amaban y correspondian, pues como á hermano, y tan querido, no se le negaba el ver los mas recatados amores que entre uno y otro pasaban. Él los veia con mortales bascas, y no le faltaba mas de declararse con palabras, pues con las señales del rostro bien claro lo manifestaba; mas como en el pensamiento del rey no podia entrar tal malicia, no entendia sino que aquellos desasosegados accidentes le procedian de alguna enfermedad que padecia, y confirmábalo con haberle dicho Federico algunas veces, á quien habia preguntado qué tenia, que hacia muchos dias ántes de ir á Inglaterra que padecia una mortal melancolía, que cuando le apretaba, le forzaba, olvidado de su prudencia, á hacer semejantes extremos; y si bien habia tratado, compadecido del mal de su hermano, que famosos médicos le curasen, habia sido sin fruto, porque males del alma pocas veces ó ninguna se sanan con hacer remedios al cuerpo. No lo sentia así la hermosa reina,

que como mas acertado médico habia entendido de qué accidentes nacia la enfermedad de Federico, y hallando sin remedio la cura, pedia á Dios le abriese los ojos del entendimiento, para que conocido su error saliese de él. Muchas veces Federico, rendido á su hermosa pasion, se echaba en la cama, y se sujetaba á que obrase en él la medicina, hallándose tan flaco y rendido, que quisiera que las erradas curas acabáran con su vida; y otras furioso y desesperado se levantaba, y como loco decia que le mataban. En fin, con vida tan poco sosegada, y ánimo tan inquieto, vino á ponerse tan flaco y descolorido, negándose á cuantos gustos y entretenimientos su hermano y los grandes del reino le procuraban, y tambien á la compañía de los caballeros mozos que le seguian y ayudaban en sus pasadas travesuras; porque tratarle de gustos y entretenimientos era darle mil dilatadas muertes.

Un año podria haber que estos dos amantes y esposos gozaban las glorias de su amorosa compañía y bien pagado amor, y Federico las penas infernales de verselas tener, cuando otro príncipe comarcano deseó engrandecer y aumentar su reino, y dilatar su señorío con el de Ladislao, y para conseguirlo le empezó á hacer guerra por los confines de su reino, de suerte que fué fuerza acudir á la defensa de él, porque le destruia todo cuanto podia alcanzar. Pues viendo Ladislao que Federico, por su larga, prolija y no entendida enfermedad, no estaba para asistir á la guerra, dispuso él ir en persona á defender su tierra, de que no le pesó á Federico, fortaleciéndose con algunas esperanzas de remedio, faltando el rey su hermano del lado de su esposa, pues estaba ya tal este desventurado amante, que si hallara ocasion para aprovecharse de la fuerza, no la dejara, ni por la ofensa de Dios ni de su hermano. ¡Ah riguroso desacierto de un hombre mal aconsejado con su mismo apetito, que ni mira la justicia divina, ni la ofensa divina y humana! Dispuso Ladislao su partida bien contra la voluntad de la reina; y mas cuando supo que á ella y á Federico les quedaba la gobernacion del reino, con órden de que el uno sin el otro dispusiesen cosa alguna, temiendo que en la ausencia del rey no la pusiesen sus atrevimientos en algun cuidado; mas hubo de obedecer en todo, por no inquietar con nuevos cuidados el corazon de su esposo, ni hacerle sabedor de los de Federico. Juntó el ejército, y partió el rey con gran sentimiento de la hermosa reina; tanto que en mas de un mes no se dejó ver de nadie, ni se despachó negocio alguno por no salir en público en la mitad del mar de sus lágrimas, hasta que viendo era ya fuerza acudir al cargo que le quedaba ordenado, salió á comunicar con su traidor cuñado el despacho de las cosas tocantes al reino; mas con tanta honestidad, que apenas se podia hallar en ella causa para tenerla por menos que deidad. Otras veces entraba en su cámara Federico á consultar los papeles, con lo que si ántes estaba perdido, ahora se remató con tanto extremo, que casi se declaraba con palabras equívocas, y decia su pasion con señas bien claras, de modo que las damas que asistian siempre á la reina por órden suya, ya conocian de qué causa procedia el mal de Federico, y lo platicaban unas con otras á excusas de la reina.

Determinado estaba Federico á descubrir á la reina su amor, y andaba

buscando modo para hacerlo, si bien unas veces temia, y otras se animaba, y muchas paseándose por las salas decia: ¿Es posible que sea mi atrevimiento tan cobarde, que tema decir mi pena á la causa de ella? ¿Qué es esto que me acobarda? ¿Qué importa que Beatriz sea honesta? ¿Qué me detiene el que sea virtuosa? ¿Porqué me acobarda el que sea mujer de mi hermano, si tras todo esto es mujer, y puede ser que por ignorar que ella es la causa de mi mal no le haya dado el remedio; pues sabemos que las mujeres en viéndose amadas aman, y en amando todo cuanto hay aventuran? ¿Tan poco merezco yo que no conseguiré que me ame Beatriz? ¡Mas hay de mí! ¿Cómo me ha de amar, si está adorando á su esposo, y jamas la veo enjutos los ojos en su ausencia? ¿Pues á una mujer que ama á otro dueño no es locura intimarle nuevo amor? Claro está que si á tal me atrevo, airada me ha de dar la muerte; ¿mas qué mas muerte que la que padezco? Bien rigurosa por ser dilatada, que ya que se muera, comodidad es morir presto, mas ya puede ser que me engañe, y yo mismo me quite la gloria que por el purgatorio que padezco me es debida, pues podria ser que la reina no sintiese tan mal de mi atrevimiento, que es mujer, y en siéndolo todo está dicho. Animo, cobarde corazon, y determínate á declarar tu pena, que lo cierto es que, si Beatriz no sabe que la amo, ¿cómo me ha de amar? ¿Si ignora que padezco por su causa, cómo me ha de remediar? Pues si es así, como lo es, y el proverbio moral dice que á los animosos ayuda la fortuna, en ella fio, y con esta confianza declararé á Beatriz mi pasion amorosa, y si muriese por atrevido, mas honor será que morir de cobarde; y si muriese por su gusto, á buenas manos muero.

Con esto se entró en su aposento, y escribiendo un papel con varios acuerdos que primero tuvo, le puso entre unos memoriales que aquel dia habia de consultar á la reina, y con ellos fué donde estaba con sus damas, tan turbado, que de verle la reina temblar la voz y los pasos se asustó, temiendo que Federico se queria declarar con ella; mas por no darse por entendida ni temerosa, le recibió con amable y honesto semblante: mandóle sentar, lo que él quisiera excusar, porque en su presencia, mirando la reina los memoriales, no leyera el suyo; mas al fin lo hizo, y despues de haber hablado de la ausencia del rey, y estado de la guerra, y otras cosas de que mas gusto podian tener, le dijo Federico (no porque hubiese sucedido, sino por ver qué hallaba en ella): Cierto, señora, que hoy me han contado un caso que pasa entre la justicia ordinaria de esta corte, que es bien para admirar, y es que dos hermanos que hay en ella amaban una mujer, y el mayor, ó por mas rico ó mas dichoso, la mereció por esposa, con que el menor quedó tan desesperado, que viéndose morir, hallando ocasion, por fuerza gozó á su cuñada. Hase sabido, y está preso por ello, y no se atreve á publicar sentencia contra él; porque el marido, que está inocente del hecho, no lo entienda, y no saben qué medio tomar en el caso. ¿Pues qué medio puede haber, respondió la reina, sino castigar al culpado? pues cuando el marido lo sepa, sabrá que queda vengado su agravio. ¿Pues por amar han de quitar la vida á un triste hombre? Sí, dijo la reina; que amar lo ageno, y mas

siendo el dueño su hermano, no es delito capaz de perdon, y ese hombre no amaba, sino apetecia el deleite, ni ofendiera lo que amaba en el honor, y mas por fuerza. No falta quien dice, respondió Federico, que si bien ella sintió la fuerza, ya le pesa de no haber callado, sintiendo que haya de morir quien la ama; y bien mirado, es cierto que por amar no debe morir. Cuando el amor es deshonesto, respondió la reina, ¿qué privilegio le puede defender del castigo? Y si este caso pasara por mí, no aguardara yo á que ni esposo ni la justicia vengara mi agravio, que yo por mí misma le vengara; y así desde aquí condeno á él y á ella á muerte; a él por el delito, y á ella porque no lo vengó. Diciendo esto, puso el rostro severo, y con alguna ira dijo: Veamos los memoriales que traes, Federico, y no se hable mas de esto, que ofensas del honor y del marido las aborrezco tanto, que estoy ofendida aun en haber oido que haya mujer que lo consienta, ni hermano tan traidor que lo piense, cuanto y mas que lo ejecute. Los memoriales, señora, dijo Federico, no son para ahora; con mas espacio los podrás ver, y con esto no muy contento se despidió, y se fué á su cuarto, maldiciendo la hora y el dia en que habia visto á Beatriz; la cual tomando los memoriales, los fué pasando, y al tercero que abrió, vió que decia así:

« Federico, infante, á Beatriz, reina de Ungría, pide la vida que por
» sentencia de su desdicha en el tribunal de la crueldad está mandado
» que la pierda, y solo la puede dar la misma causa por quien muere,
» que es la misma á quien pide la vida. Ya, hermosísima Beatriz (que
» no te quiero llamar reina, por olvidarme de la ofensa que hago al rey
» tu esposo), no puede mi sufrimiento tener mi mal oculto, pues basta
» un año de silencio, ni es tampoco amada vida, que sin buscar algun
» remedio la deje acabar; ya que haya de morir, muera, sabiendo tú que
» muero por tu causa, y por este atrevimiento conocerás la calidad de
» mi dolor, pues no me deja mirar á quién eres, y á quién soy; pues an-
» teponiéndose mi pena á tu decoro, mi atrevimiento á tu honestidad,
» y mi amor á todos los inconvenientes, me fuerza á que publique que
» tu hermosura es causa de mi muerte. Yo te adoro, ya lo dije; si no
» merezco perdon, dame castigo, que lo sufriré gustoso con saber que
» por tí muero. »

¿Quién podrá ponderar el enojo y turbacion de la reina, habiendo leido el atrevido papel? No hay mas que decir, sino que la turbacion sacó á hilos las perlas de sus ojos, y con el enojo hizo el papel menudos pedazos, que no fué pequeño desacierto para lo que despues la sucedió. Entre sí pensaba qué haria, sin saber determinarse á nada; pues si le mandaba matar, no se aseguraba de la ira de su esposo ni de sus vasallos, pues aun no tenia Ungría otro heredero; y si le daba al rey cuenta del caso, y mas habiendo roto el papel, no aseguraba su inocencia; pues no pensando en ella mas liviandad, que haber hallado en la misma motivo para el atrevimiento de Federico, bastaba para quedar su honor en opinión, pues era dificultoso de creer que contra su mismo hermano

pudiese haber intentado tal traicion; demas que podia Federico fácilmente culparla por disculparse, y ya la pesaba de no haber guardado el atrevido memorial, aunque se satisfacia de haber vengado en él su ira; y entre todos estos pensamientos se resolvió á lo mismo que ántes, que era disimular, y que miéntras Federico no se atreviese á mas, dejarlo así, pidiendo á Dios la amparase y defendiese de él; y como no podia retirarse de su vista, siendo fuerza, como lo habia ordenado el rey para los despachos y negocios, verle cada dia, ordenó á la aya que la habia criado, y habia venido de Inglaterra asistiéndola, que ni de dia ni de noche se apartase de ella. Mandó que durmiese en su misma cámara, haciendo poner en las puertas de ella y en las demas cuadras por la parte de adentro fuertes cerrojos, por si Federico se quisiese aprovechar de la fuerza, como habia propuesto en el caso que le habia contado; y con esto, juzgando estar segura, pasó como ántes, aunque con menos gusto, tanto que bien mostraba en la severidad de su rostro lo mal contenta que estaba con él. Tretas fueron estas que al punto las conoció el traidor cuñado, mas no fué nada parte para que desistiese de su amorosa porfía; ántes muy contento de que ya que no hubiese grangeado mas de que la reina supiese que la amaba, le parecia que ántes habia ganado que perdido, y ya se atrevia cuando la veia á decirla sentimientos de amor, ya á vestir de sus colores, y ya á darla músicas en el terrero, con lo cual la virtuosa reina andaba tan desabrida y triste, que en ninguna cosa hallaba alivio, y solo le tuviera en la venida del rey; mas esta se dilataba, porque los casos de la guerra son buenos de empezar y malos de acabar. Pues sucedió que estando una tarde con sus damas en el jardin de palacio, tan melancólica como se ha dicho, aquellas por alegrarla ó divertirla mandaron venir los músicos, á quienes Federico tenia prevenidos de unas endechas al propósito de su amor, para que si fuesen llamados en alguna ocasion, las cantasen, dándoles á entender que eran dirigidos á una dama de palacio á quien amaba, que como entraron, y hallaron la ocasion, cantaron así:

¡Que gustes que mis ojos,
Idolo de mi pecho,
Esten por tus crueldades
Copiosas fuentes hechos!
¡Que no te dé cuidado,
Ver que llorando peno,
Sin que al sueño conozca
Cuando tú estás durmiendo!
¡Con qué crueldad me quitas
La vida que poseo;
Pues cuando tú la gloria,
Tengo yo los tormentos!
No entiendo aqueste enigma,
Pues en tu pecho el hielo,
Sin que en él se deshaga,
Se destila por ellos.
¡Mas ay! que ya conozco
De aqueste mal el riesgo;
Porque el tuyo es de mármol,
Cuando el mio es de fuego.
¡Que las ardientes llamas
De mi abrasado incendio,
A deshacer no pasen
La nieve de tu pecho!
Tienes el corazon
De algun diamante hecho,
Que aun no basta á ablandarle
La sangre de un cordero.
Caliéntale á las llamas
Que amor está encendiendo,
Y verás cuan suaves
Son para tu recreo.

Dueño eres de mi vida,
Y aunque muera, has de serlo;
Pues despues de la muerte
Te he de aclamar por dueño.
No porque me faltará
Quien me rindiera feudo,
Que bellezas me aman,
Cuando á la tuya quiero.
Antes aborrecidas
De que á todas me niego,
Se alegran de que me trates
Con rigor tan severo.
Eres Anagaste,
Si en la hermosura Vénus,
Dafne, que á Febo ultraja,
Porque la sigue Febo.
Sin ventura cultivo,
En tierra estéril siembro,
Abrojos da por granos,
Perderé mis empleos.
Triunfa ya de mi vida,
Triunfa, Neron soberbio;
Y si gustas que muera,
Yo tambien lo deseo.
Qué avara estás conmigo,
Poco favor te debo;
Poco cuestan agrados,
Y siempre estás sin ellos.
Si te miro, es sin gusto,
Siempre cruel te veo,
Siempre estás desdeñosa,
Y yo siempre muriendo.
Págame las finezas
Con que te adoro y quiero,
Siquiera con mirarme
Con semblante halagüeño.
No quiero mas favores,
Pues qué no los merezco,
De que tu boca diga:
De tí lastima tengo.
Salid, lágrimas mias,
Salid, que no os detengo;
Suspiros, ya os envio
A vuestro amado centro.
No temo por amarte
El castigo del cielo;
Aunque sé que le irrito
Con este pensamiento.
Ya me acaban las penas,
Mi triste vida veo
Cercana ya á la muerte,
Y no le hallo remedio.
Ya con tantas desdichas
Se acaba el sufrimiento,
El alma está sin gusto,
Y sin salud el cuerpo.
Ya me niego á los ojos
De los que me tuvieron
Por asilo en las gracias,
Por deidad en lo cuerdo.
Así gasta llorando
Su bien perdido tiempo,
Que amar tanta belleza,
Gloria es, que no tormento,
Un amante sin dicha,
Que adora un mármol bello;
Que aunque oye, no escucha,
Por no darle remedio.
Y nunca se enternece,
Porque es cruel, y su dolor no siente.

Con airado rostro escuchó la reina las referidas endechas, si bien por no dar que sospechar á los que las cantaron y á los que las oian, habiendo conocido en ellas mismas de la parte que venian, disimuló su enojo, mas no quiso que cantasen mas, y ardiéndose en ira, estuvo en puntos de mandarle matar por librarse de sus atrevimientos y cansadas quimeras, y pedia á Dios trajese presto al rey, imaginando que su presencia refrenaria su desbocada locura; mas viendo que la venida se dilataba, y que en Federico se alargaba la desenvoltura, desenfadándose con liberades, de que podia resultar algun mal suceso, se determinó á lo que ahora diré, y fué que llamando con gran secreto artistas que fuesen á propósito juramentados de que no dijesen á nadie la obra que habian de hacer en una gran cuadra que estaba en el jardin, con muchas rejas que por todas partes caian al hermoso vergel, donde muchas noches del verano el rey y ella cenaban, y dormian en medio de ella, porque era muy

grande y hermosa, y tenia capacidad para todo; mandó á los dichos artistas le hiciesen una jaula de varas de hierro, doradas, gruesas, fuertes y menudas, de tal calidad, que no pudiesen ser rotas ni arrancadas de su lugar, y que desde el suelo al techo estuviesen bien fijadas, de tanto espacio que cupiese dentro una cama pequeña, un bufete y una silla, y que quedase algun espacio para pasearse por ella: que en su puerta hubiese un fuerte cerrojo, con una grande y segura llave, y ademas otra cerradura, que cerrándola de golpe, quedase segura y construida muy á su gusto. Mandó colgar la sala de afuera de ricas colgaduras, y dentro de la jaula poner una cama y lo demas; y como estuvo aderezado, mandó llamar á su traidor cuñado, y con mas agradable semblante que otras veces, le dijo: Hermano mio, vamos al jardin, que quiero que vuestra alteza vea una obra que en él tengo hecha muy de mi gusto para cuando venga el rey. Federico, seguro y alegre de ver que la reina le hacia aquel favor (no de los menores que él podia desear), la tomó de la mano, diciendo: ¿Quién podrá, reina y señora, contradecir á lo que mandas, ni imaginar que siendo de tu gusto no será muy hermosa? Y con esto caminaron al jardin; la reina tan falsa contra Federico, cuanto él lozano y alegre de ir con ella tan cerca, que la podia manifestar su sentimiento, como lo hizo; pues á excusas de las damas la iba diciendo amorosas y sentidas razones. La reina sufrió por tener tan cerca su venganza, y por llegar á conseguirla, siendo su atrevimiento tan grande, que llegó á besarla la hermosa mano que llevaba asida con la suya; no poco contento de ver que la reina tenia tanto sufrimiento, pareciéndole obraba amor en ella. Llegaron á la sala dicha, y entrando en ella, se acercaron á la jaula que allí estaba hecha, admiradas las damas de verla; porque miéntras se habia construido no habia consentido la reina que ninguna bajase al jardin; y estando á la puerta le dijo la reina á Federico que entrase y la mirase bien, que luego le declararia su designio; y él no maliciando el caso entró; mas apenas puso los piés dentro, cuando la reina, dando de manos á la puerta, la cerró con un gran golpe, y echando el cerrojo, y torciendo la llave, dijo á Federico, que al ruido de la puerta habia vuelto: Ahí estarás, príncipe, hasta que venga el rey tu hermano; porque de otra suerte, ni tú dejarás de ser traidor, ni yo perseguida, ni el honor de mi esposo puede estar seguro; y dando órden de que por la parte que hacia espaldas á la jaula se pusiesen camas para cuatro pages que le asistiesen de noche y de dia, y á todos sus caballeros para que entrasen en la sala y le divirtiesen, y que llevasen libros y tablas de ajedrez, naipes, dados y dinero, para que se entretuviese con sus criados, y á sus damas, que cuando le diese gusto bajasen á divertirle, la mas contenta mujer del mundo se retiró á su palacio, dando gracias á Dios de tenerle donde pudiese vivir segura de sus traiciones y quimeras.

Con tanto enojo quedó Federico de ver lo que la reina habia hecho con él, que rayos parecian salirle por los ojos, y fué bastante este desprecio (que por tal le tenia), para que todo el amor se le volviese en aborrecimiento y mortal rabia; y de cólera que tenia, en tres dias no quiso comer bocado, aunque se le llevaba su comida con la grandeza y puntualidad

que siempre, ni acostarse, ni hablar palabra á ninguno de cuantos le asistian, ni tampoco á las damas que bajaban á divertirle; mas viendo que la reina no mudaba de propósito de sacarle de allí, hubo de comer por no morir, mas tan limitado, que solo era bastante á sustentarle; mas desnudarse, ni hacerse la barba, ni mudar camisa ni vestido, ni acostarse, no se pudo acabar con él, aunque la misma reina fué á pedírselo, diciéndole con muy bien entendidas razones, que aquella accion él mismo se la habia de agradecer, pues con ella le quitaba de cometer un delito tan feo como el que intentaba contra su hermano, y así ella tenia seguro su honor: mas Federico á cosa ninguna le quiso responder, ni hacer lo que le pedia; con lo que la reina, ya resuelta á que le habia de tener allí hasta que el rey viniese, le dejó sin querer verle, aunque bajaba muchas veces al jardin; y para mayor seguridad, porque ninguno de sus criados le diese modo con que pudiese salir de allí, mandó á sus criados (los que habia traido de Inglaterra) que velasen y tuviesen en custodia á Federico, el cual á pocos meses que estuvo en esta vida se puso tan flaco y desemejado, que no parecia él, ni su figura. Algun escándalo causó en la ciudad entre los grandes la prision de Federico, los que acudieron á la reina á saber la causa: á lo cual satisfizo ella diciéndoles que importaba al honor y quietud del rey y suya que estuviese así hasta que su hermano viniese; mandando que pena de la vida ninguno avisase al rey de este caso, con lo que ellos mas deseosos, de criados confidentes de Federico supieron como amaba á la reina (que estas cosas, y mas en los señores que se fian de criados, jamas estan secretas): y así todos los grandes juzgaron que la reina por la seguridad de su honor le tenia allí, y todos la daban muchas alabanzas, amándola mas por su virtud que ántes. Estaba Federico tan emponzoñado y colérico, como de su natural era soberbio, que tenia ya trazada en su imaginacion su venganza, pues aunque el rey le escribia, jamas le quiso responder; y si bien el rey habia enviado á saber de la reina la causa, ella le habia respondido que ya sabia la enfermedad que Federico padecia, y que ahora mas apretado de ella le obligaba á no escribirle.

Mas de un año pasó en esta vida, despachando la reina con gran prudencia las cosas del reino, sin que hiciese falta en ellas Federico, teniendo á los vasallos tan contentos, que no echaban menos ni al rey ni á él. Fenecida la guerra, y asentadas las cosas de ella muy á gusto de Ladislao, como se vió libre de este embarazo, dió la vuelta á Ungría, y sabida su venida por la reina, habiendo hecho un rico vestido para Federico, ya que supo que no estaba el rey mas de una jornada de la ciudad, y que los señores se querian partir á recibirle, fué á la prision en que estaba, y abriendo la puerta, le dijo: Ya, príncipe, es fenecida tu prision; tu hermano viene, y esta noche estará aquí: la causa de tenerte como te he tenido, mejor que yo la sabes tú, pues no fué para castigarte, sino por vivir segura, y que lo estuviese el honor de tu hermano: ya no es tiempo que en dia de tanta alegría haya enemistades: suplícote que me perdones, y que perdiendo el enojo que tienes contra mí, te vistas y adereces con estas galas, que de mi gusto para tí se han hecho, y salgas con los caba-

lleros que te estan aguardando á recibir el rey. Bastantes eran estas palabras para amansar otro cualquier ánimo menos obstinado que el de Federico; mas él, apoderado de todo punto de su ira, sin responder palabra á su reina, ni querer mudar camisa ni vestido, ni cortarse, ni aun peinarse los cabellos, ni hacerse la barba, sino de la manera en que estaba, pidiendo un caballo, y subiendo en él, se partió con los caballeros que le aguardaban por órden de la reina, dejándola mal segura, y bien cuidadosa de alguna traicion, pesándole de haberle dado libertad hasta que ella hubiera informado al rey de todo, y mucho mas de haber roto el papel, que pudiera ser el mejor testigo de su abono; mas viendo que ya estas cosas no tenian remedio, se encomendó á Dios, poniéndose en sus manos, y resignando su voluntad en la suya.

Llegó Federico adonde estaba su hermano, no en forma de señor ni príncipe, sino de un salvage, de un esqueleto vivo, de una vision fantástica; quien como bajando del caballo le pidiese las manos, puesto ante él de rodillas, y el rey le viese de tal manera, admirado le dijo: ¿Cómo, hermano mio, en dia de tanta alegría como yo traigo por haberme Dios vuelto victorioso á mi tierra, vos que la habíades de solemnizar mas que todos, os poneis delante de mí de la suerte que os veo? ¿Qué os ha sucedido, ó cómo estais de esta suerte? Decídmelo por Dios, no me tengais mas confuso; que aun cuando fuera muerta Beatriz, que es la prenda que en esta vida mas estimo, aun no os pudiera obligar á tanto sentimiento. Rey y señor, respondió Federico, pluguiera al cielo que el verme como me veis fuera la causa la reina muerta, que no es pérdida de que os podeis apasionar mucho; pues por lo menos viviera, muriendo ella, vuestro honor: yo vengo de la manera que la liviandad de vuestra mujer me tiene cuanto ha que partistes de Ungría: y porque no son casos que puedan estar secretos, ni lo han estado, sabed que desde que os fuísteis me ha tenido en una jaula de hierro, como leon ó tigre, ú otra bestia fiera, dándome de comer por tasa, no dejándome cortar la barba ni cabellos, ni mudar vestido ni camisa; porque enamorada de mí, descubrió su lascivo amor, pidiéndome remedio á él, prometiéndome con vuestra muerte hacerme dueño de su hermosura y de vuestro reino; y porque yo he cumplido con la deuda que á mi rey y hermano soy obligado, me ha hecho pasar la vida que ois, y en mi persona veis, bajando cada dia á persuadirme que cumpliese con su liviano y lascivo amor, ó que allí me habia de dejar morir hasta hoy; la cual como supo que ya estábades tan cerca, me llevó vestidos, y dió libertad, pidiéndome con lágrimas y ruegos que no dijese lo que habia pasado; mas yo, que estimo mas vuestro honor y vida que la mia, no quise oirla, ni hacer lo que pedia, sino venir así á daros cuenta de lo que pasa; y del peligro en que está vuestra vida si la liviana y traidora reina no muere: porque si bien por mi parte, y por guardar el decoro que os debo, no ha tenido efecto la ofensa; para un rey y marido basta haberla intentado, y quien ha hecho una, no dejará de hacer otras muchas, pues podrá ser acuda á otro de menos obligaciones que yo, que siguiendo su parecer, os ponga en las manos de la muerte: esta es la santa, la virtuosa, la cuerda y ho-

nesta Beatriz, que tanto amais y estimais. Ya delante de vuestros vasallos y caballeros os he dicho lo que me preguntais, y tanto deseais saber: porque si se disculpare con vos, contando estas cosas de otra manera, culpándome en ellas para disculparse á sí, como puede ser que lo haga, que las astucias de las mujeres, cuando quieren apoyar su inocencia, y encubrir sus traiciones y mentiras, son grandes; creed, señor, que esta es la verdad, y no lo que la reina dijere, que ni yo la levantara este testimonio, si fuera mentira lo que digo, ó pudiera, sin hacerme acusador público, advertiros de su viciosa vida de otro modo, ó procurar decirla con menos testigos de los que estan presentes: y si á vos; señor, ó á cualquiera de estos caballeros, les parece que lo que digo no es la verdad misma, aquí estoy para sustentarla á cualquiera que en el campo quisiere defender la parte de la reina, porque debe creerse que cuando yo me dispuse á sacar la cara en cosas tan pesadas, y donde está de por medio el honor de un rey, y hermano mio, ya fuí dispuesto á ponerme á todo riesgo: mas si vos, señor, forzado del amor que la teneis, disimulando vuestra afrenta, la quisiérades perdonar, vuestra voluntad es ley; mas yo no tengo de estar donde vea con mis ojos una mujer, que sin considerar que soy hijo del rey Ladislao (que Dios tiene), me quiso hacer instrumento de la afrenta y agravio de su esposo, siendo mi rey y mi hermano; y así desde aquí os pido licencia para irme, sin volver mas á la ciudad, á las villas que me dejó el rey mi padre y vuestro, á reparar del mal estado en que me han puesto sus deshonestas crueldades. Esto es lo que pasa en vuestra ausencia, y cómo he cumplido con la obligacion que á mi grandeza y lealtad debo. Calló con esto Federico, poniéndose la mano en los ojos; que hay traidores que hasta con lágrimas saben apoyar sus traiciones; y como el rey, atónito de de lo que oia, viese ademas que su presencia flaca, astrosa y mal parada, acreditaba su agravio, y que con las lágrimas sellaba la verdad de lo que decia, creyó como fácil: gran falta en un rey, que si ha de guardar justicia, dando un oido á la acusacion, debe de dar otro á la defensa de ella; mas era el acusador su hermano, y la acusada su esposa, el traidor un hombre, y la comprehendida en ella una mujer, que aunque mas inocente esté, ninguno cree su inocencia, y mas un marido, que con este nombre se califica de enemigo: y así sin responder palabra, si bien con los ojos unas veces arrojando rayos de furor, y otras vertiendo el humor amoroso, se abandonaba á él sin poderle resistir; porque de verdad amaba á la reina ternísimamente. Ordenando á su hermano le siguiese, mandó proseguir su jornada á la ciudad.

Gran rumor se levantó entre los caballeros, platicando unos con otros sobre el caso: y si bien hubo algunos que defendian la parte de la reina, diciendo ser testimonio, porque su virtud y honestidad la acreditaba, los mas eran de parecer contrario, y todos se resumian en que no se atreviera Federico á manifestar públicamente un caso de tanto peso si no fuera verdad: sin esto veian que hasta entónces no tenian otro príncipe, y que á falta de su hermano le tocaba por derecho la investidura del reino, y no quisieron por volver por la reina (aunque estuviese inocente), ene-

mistarse con él. Con esto caminaron todos, y el rey tan triste, que en todo lo que duró el camino no le oyeron mas que penosos suspiros, sacados de su apasionado corazon, batallando en él el honor y el amor, el agravio y la terneza de su hermano y su esposa, que al cabo de la lid, ella como mas flaca, ó mas desdichada, quedó vencida. Antes de entrar en la ciudad, donde llegó casi de noche, mandó que una escuadra de soldados se adelantase, y cercasen al palacio, sin que dejasen entrar ni salir persona alguna porque no avisasen á la reina, y se escapase; y que de camino llevasen órden para que las fiestas prevenidas á su entrada cesasen, y si habia luminarias encendidas, se quitasen todas. Hecho todo como lo mandaba, ya cerrada la noche entró en palacio, despidiendo á la puerta de él todo el acompañamiento y demas gente, y subiendo con solo su hermano, guardia, y algunos monteros de su cámara, á los corredores, adonde á la puerta de la sala estaba la santa y hermosísima reina Beatriz con sus damas, bizarramente aderezada: pues aunque cercada de temores y pesares se habia compuesto con gran cuidado para esperar al rey, á quien tan pronto como vió, con los brazos abiertos fué á recibirle. ¿Quién podrá en este paso ponderar el enojo del rey? Dígalo el entendimiento de los que lo escuchan; pues ciego de ira, retirándose atrás por no llegar á sus brazos, alzó la mano, y la dió un bofeton con tan grande crueldad y fuerza, que bañada en su inocente sangre, dió con ella á sus piés; y luego, sin mas aguardar ni oirla, llamando á cuatro monteros, que en todo el reino no se hallaban hombres mas crueles y desalmados, pues por su soberbia y mala vida eran de todos aborrecidos, les mandó tomasen á la reina, y la llevasen á los mas espesos y fragosos montes que hubiese en el reino, y que en parte donde mas áspero é inhabitable sitio hallasen, la sacasen los ojos, con los que por mirar deshonesta habia causado su deshonor, y que hecho esto, se la dejasen allí viva, para que siendo su muerte dilatada, sintiese mas pena por el delito que habia cometido contra él y su amado hermano; á quien mandando que le siguiese se entró en su cuarto, ordenando asimismo retirar al suyo todas las damas, que llorando amargamente tenian cercada á la reina, quien con lágrimas se despedia de todas, diciendo que pues Dios queria que padeciese así, que no la llorasen, que ella estaba muy conforme con su voluntad. Al entrarse Federico con el rey, la dijo: Anda, Beatriz; muere, pues me matas; que pagarme habias el tenerme enjaulado como leon. A lo que la santa señora respondió: ¡Ah traidor, y como te tiene ciego el demonio, que no juzgas que es mejor morir inocente, que no vivir culpada! Y mas quiero morir en las garras de los brutos animales, que no vivir en tus deshonestos brazos, ofendiendo á Dios y á mi esposo: lo que siento es que haya sido tan grande su engaño, que haya dado crédito á tus traiciones, sin averiguar la verdad. Con esto se entraron todos, como el rey habia mandado, y los monteros tomaron á la reina, y partieron con ella á ejecutar la órden que llevaban. ¿Qué hay que moralizar aquí en la crueldad de este hombre, pues á quien tanto habia amado, como decian sus tristezas y furores, segun publicaba, porque no consintió en sus lascivos apetitos, ofendiendo á Dios y á su marido, puso en el estado que

ois? Cierto, señores caballeros, que aquí no hay disculpa en apoyo de los hombres, ni razon que os acredite, ni aun vosotros mismos, que tantas hallais contra las mujeres, la hallareis en vuestro favor: y vosotras, hermosas damas, ¿qué mayor desengaño quereis, ni buscais, ni le podreis hallar, si deseais tener algo que os estorbe de ser fáciles? Mas temo que os pesa saberlo, porque pecar de inocencia parece que tiene disculpa; mas de malicia es quiebra que no se puede soldar, y quisiérades no oir tantos desengaños, porque vosotras os quereis dejar engañar, pues en los tiempos pasados y presentes hallareis que los hombres son unos siempre.

Los que llevaban á Beatriz caminaron con ella toda la noche, y otro dia siguiente, y al medio del tercero llegaron á un monte de espesas matas y arboledas, distante de la corte mas de diez leguas, y en una quiebra de las peñas, que parecia en su profundidad que bajaba á los abismos, sin tener piedad de su hermosura y mocedad, ni de sus lágrimas, ni enternecerse de las lastimosas palabras que decia, con que les aseguraba su inocencia, y les pedia que ya que la habian de dejar allí no ejecutasen del todo la rigurosa órden del rey, privándola de la luz, siquiera porque viese su muerte cuando las fieras la ejecutasen, la sacaron los mas bellos ojos que se habian visto en aquel reino. Estaba en poder de hombres; ¡qué maravilla! cegar y engañar parece así en el modo que es todo uno, pues el que está engañado se dice que está ciego de su engaño: luego hasta en sacarla los ojos cumplieron estos con el oficio de hombres contra esta mujer, como hacen ahora todos con todas. Hecha esta crueldad, pareciéndoles que no habia de vivir, supuesto que cuando no la matasen las fieras, moriria del dolor de las heridas, ó de hambre, pues no tenia vista para buscar el necesario sustento, la quitaron las ricas joyas que llevaba, y no sé cómo no hicieron lo mismo del vestido, pues competia en riqueza con las joyas: debió de ser por no embarazarse con él, ó porque Dios lo ordenó así, y hecho esto, dejándosela allí, se partieron.

Cómo quedaria la hermosa reina, puesta en los filos de la guadaña de la airada muerte, bien se deja considerar, pues como la sentia tan cerca, no hacia mas de llamar á Dios y á su divina y piadosa Madre, tuviesen misericordia de su alma, que ya del cuerpo no hacia caso, ofreciéndoles aquel martirio; cuando á poco mas de media hora que así estaba, sintió pasos, y creyendo seria algun oso ó leon que la venia á despedazar, llamando con mas veras á Dios se dispuso á morir; mas ya que mas cerca sintió los pasos, oyó una voz de mujer que la dijo: ¿Qué tienes, Beatriz, de que te afliges y lamentas? ¡Ay, señora! respondió la afligida dama, quien quiera que seais, que como no tengo ojos no os veo; pues que vos los teneis, y me veis y conoceis, pues me llamais de mi propio nombre; ¿porqué me preguntais de qué me lamento? No me ves, respondió la mujer; pues ahora me verás, que aunque Dios ha permitido darte este martirio, aun no es llegado tu fin; te faltan otros que padecer; que á los que su divina Majestad ama, regala así; y diciendo esto, y tocándola con la mano los lastimados ojos, luego quedaron tan sanos como ántes de sa-

cárselos los tenia, y aun mucho mas hermosos. Como Beatriz se vió con ellos, miró por quién se le habia hecho tan gran bien, y vió junto á sí una mujer muy hermosa, y con ser á su parecer muy moza, tan grave y venerable, que obligaba á tenerla respeto: y parecióle asimismo que la habia visto otras veces, mas no podia acordarse en dónde. Púsose de rodillas la hermosa reina, no porque la tuviese por deidad, aunque su grave rostro daba indicios de ello, sino por agradecida al beneficio recibido; y tomándole las manos, se las empezó á besar, bañándoselas en tiernas lágrimas, diciendo: ¿Quién sois, señora mia, que tanto bien me habeis hecho, que aunque me parece que os he visto, no me acuerdo dónde? Soy una amiga tuya, respondió la señora, y la verdad es que me has visto muchas veces; mas por ahora no conviene que sepas mas de mí que lo que ves; y tomándola por la mano, la levantó y abrazó, y luego sacando una pequeña cestica con pan y algunas frutas, y una calabacita con agua, porque en la parte que estaban no la habia, que hasta de este bien la privaron sus rigurosos verdugos, buscando el lugar donde así como habia de morir de hambre, muriese tambien de sed, mandó que comiese, y Beatriz lo hizo, como tenia necesidad de ello, rogando á la señora comiese tambien; á lo que respondió que no tenia necesidad de comer, que lo hiciese ella, porque habian de partir de allí luego; y miéntras Beatriz comia, se sentó junto á ella, y la hermosa reina no hacia sino mirarla, porfiando con su memoria para traer á ella dónde la habia visto, de que la señora se sonreia.

Acabada la comida, que á Beatriz le pareció que estaba mas contenta con ella que con los varios y ostentosos manjares del real palacio, siendo dos horas ántes de anochecer, la tomó la hermosa señora por la mano, y dando vueltas por las peñas, unas veces bajando, y otras subiendo, la sacó de entre ellas á un agradable y deleitoso prado, cercado de espesos álamos, chopos y sauces, de que se formaba una hermosa alameda, y en medio de la cual habia una clara y cristalina fuente, donde parando junto á ella, la dijo: Aquí, Beatriz, te has de quedar, que no tardará en venir quien te lleve donde descanses por algunos dias: sigue tu virtud con ánimo y paciencia, que es de la que mas se agrada Dios, que haciéndolo así, te amparará en muchos trabajosos lances en que te has de ver, donde has menester que muestres la alta sangre de donde desciendes: quédate con Dios, á quien ruego y rogaré que te ayude y socorra en ellos, y confia en él, que con esto le hallarás en los mayores aprietos; y tornándola á abrazar, no aguardó respuesta, ni Beatriz se la pudiera dar; tan ahogada la tenia el sentimiento de verla partir: solo la respondió con un diluvio de lágrimas que empezó á verter de sus lindos ojos, y volviendo á mirar por dónde iba, la vió que á largo paso caminaba, hasta que se encubrió con la espesura de los árboles, dejando con su ausencia tan embelesada á Beatriz, que la pareció quedar sin alma ni vida, porque la vida y alma se le iban, siguiendo las pisadas de aquella señora, reparo de sus desdichas, no pudiendo enjugar sus llorosos ojos hechos raudales de perlas. Sentóse, ya que la hubo perdido de vista, junto á la fuente, y lavándose la cara y las manos, que estaban manchadas del fino rosicler

que habian vertido sus ojos cuando se los sacaron sus crueles y carniceros verdugos, estuvo así hasta poco ántes de anochecer, trayendo á la memoria los sucesos que habian pasado por ella, y pensando á vueltas de de ellos quién seria tan sabia mujer, que no solo la habia restituido las perdidas luces, mas profetizádole lo que la habia de suceder; cuando sintiendo venir tropel de caballos y gente, muy temerosa miró á la parte donde habia sentido el ruido, y vió salir de entre los árboles hasta diez ó doce hombres en forma de cazadores, con halcones y perros, y entre ellos uno que parecia ser el señor de los demas, en el costoso vestido y magestad de su rostro. Era de mediana edad, galan, y de afable cara y amable presencia, y así que llegaron á la fuente se apearon todos de los caballos, llegando á tener el del caballero para que hiciese lo mismo, y como este llegase donde Beatriz estaba, juzgó de verla lo que ella de verle á él, que era persona de porte, segun mostraba en su aderezo y hermosura; que no sé qué se tiene la nobleza, que al punto se da á conocer, y así la hizo una cortés reverencia, á lo que Beatriz respondió con lo mismo.

Llegó el caballero, y en la cristalina agua mató la sed, y se lavó las manos y rostro del polvo y sudor que ocasiona el gustoso ejercicio de la caza, y sentándose junto á Beatriz, en lenguage aleman, que ella bien entendia, la dijo: Hermosísima señora, admirado estoy de ver en una parte tan léjos de poblado y sola á una mujer de tanta belleza y rico adorno, pudiendo esta soledad y aspereza ocasionar algun daño contra vuestro honor y vida si vinieran por esta parte muchos salteadores y bandoleros que hay por estas montañas. Suplícoos, para que yo, por ignorar quien sois, no caiga en alguna descortesía, me saqueis de este cuidado, diciéndome quien sois, y qué fortuna os ha traido por aquí. No quiso Beatriz que aquel caballero, ya que la veia tan sin compañía y en tal lugar, por encubrir su grandeza, que la perdiese el decoro, teniéndola en menos; y así en la misma lengua alemana le dijo: Señor caballero, yo soy una mujer de calidad, que por varios accidentes desgraciados salí de mi tierra, y ellos mismos (que cuando la fortuna empieza á perseguir no se contenta con poco) han ocasionado el apartarme de mi compañía: suplícoos, por lo que á cortesía debeis, que no querais saber mas de mí, porque no me va en callar menos que la vida; solo os pido me digais quién sois, y en qué tierra estoy, y si está muy léjos de Ungría. Señora hermosa, mas que cuantas he visto, yo os beso la mano por la merced que me habeis hecho en lo que me habeis dicho; y para satisfaceros á lo que deseais saber, os digo que estais en el imperio de Alemania: Ungría, aunque no está muy léjos, es otro reino distinto de este; y yo me llamo el duque Octavio, soy señor de toda esta tierra, y mi estado, por la misericordia de Dios, de los mayores del imperio, por ser potentado de él: dos leguas de aquí está una villa mia, de donde salí hoy á cazar: si sois servida (porque sentiré mucho que os quedeis en tan peligrosa parte esta noche, y asimismo porque no es decente ni bien parecido que tanta hermosura esté sola en el campo) de veniros conmigo, yo sé que sereis muy bien recibida y regalada de la duquesa mi mujer, por darme gusto, y

porque vos lo mereceis. Nuevamente agradecida respondió Beatriz al duque, aceptando la merced que la ofrecia; y finalmente el duque la llevó consigo, tan contento como si hubiera hallado un tesoro, no porque la apeteció con amor lascivo, sino que forzado de una secreta estrella, la cobró tanto amor como si fuera su hermana. Llegados á su palacio, la entregó á su mujer, que era una hermosa señora, aunque ya casi de la edad del duque, contándola cómo la habia hallado; que si bien al principio la duquesa no se aseguró de que viniese con el duque tan hermosa dama, dentro de poco tiempo se cercioró de la inocencia con que el duque la habia traido, viendo la honestidad y virtud de Rosimunda, que así dijo que se llamaba, porque otro dia, quitándose los ricos vestidos que llevaba los guardó, vistiéndose de otros que la dió la duquesa, mas honestos, con lo cual la duqueza y el duque la amaban ternísimamente, alabando y bendiciendo el dia en que la habian hallado.

Dejemos aquí á Beatriz, siendo el gobierno de la casa del duque, y el ídolo de él y de la duquesa; que importa volver á Ungría, donde dejamos al traidor Federico y al engañado rey Ladislao, el cual con la precipitacion de la ira que le causó la relacion que su hermano contra la reina le habia hecho, la mandó llevar, sin hacer mas averiguacion de la verdad, ni oirla. Entrando en su cámara se acostó, y pasando algun espacio de tiempo, ya algo mas sosegado, le vino á la imaginacion si seria verdad lo que su hermano le habia dicho, acordándose de la honestidad y amor con que la reina le habia salido á recibir, no pudiendo olvidar su hermosura, y pareciéndole que si la reina le hubiera hecho ofensa, que no se atreviera á ponerse delante de él, supuesto que podia sospechar de Federico, pues no habia querido hacer lo que le habia pedido, en razon de mudar de trage; y con este pensamiento mandó llamar las damas mas queridas de la reina, de las cuales se informó qué habian entendido en aquel caso, las cuales le dijeron que jamas habian visto en la reina asomo de tal pensamiento, ántes tenian órden suya para no dejarla sola cuando estuviese allí el infante: y que de la prision no sabian mas de que despues de haberla hecho con gran secreto, le habia llevado á ella por engaño, en donde si el infante no estuviera tan enojado de verse así, no le habia faltado su regalo como si estuviera en plena libertad: que ellas no sabian otra cosa, ni jamas la reina habia comunicado con ellas su intencion; y esto lo decian con tantas lágrimas, que obligaron á que el rey las ayudase, y mas se aumentó cuando vinieron los que la habian llevado, y le contaron todo lo sucedido, lo que le ocasionó tanta pena, que llegó casi á los fines de su vida, sin que fuese parte el traidor hermano á consolarle, aunque mas lo procuraba: tanto que le pidió licencia para ir á buscar á la reina, no siendo la intencion del traidor hallarla para su hermano, sino de gozarla, y luego quitarla la vida. Al fin, aunque el rey le negó la licencia, se la tomó él, llevando consigo uno de aquellos que la habian llevado; para que le enseñase la parte donde habia quedado; mas cuando llegaron, ya la reina estaba muchas leguas de allí, como se ha dicho. Cansados de buscarla, y no hallando rastro de ella, ni un hilo de los vestidos, pues si la hubieran muerto las fieras, estuvie-

ran esparcidos por el campo; desesperado de ver cuan mal se le lograban sus deseos, se sentó en una de aquellas peñas miéntras el montero todavía la buscaba, y ardiéndose en ira de no hallarla para cumplir sus deshonestos apetitos, tomando en esto, y en matarla, venganza del desprecio que habia hecho de él, pensando cuan desacordado habia sido de no irse con los que la habian llevado, vió bajar por una senda que entre las peñas se mostraba, aunque mal usada y áspera, un hombre vestido á modo de escolástico, de horrible rostro, y que parecia hasta de cuarenta años. Traia un libro en la mano, dando con él muestra de que profesaba alguna ciencia, y como llegó á él, le dijo: En hora buena esté el noble Federico, príncipe de Ungría. En la misma vengais, maestro, respondió Federico, admirado de que aquel hombre le conociese, no conociéndole él; y prosiguiendo el doctor, que así le llamarémos, dijo:

¿Qué estás pensando, príncipe, en quién soy, ó cómo te conozco? Pues mas sé yo de tí, que tú de mí; pues solo por saber con el cuidado en que estás, á remediártele vengo de muy extrañas y remotas tierras, no habiendo un cuarto de hora que estaba de esa parte de los montes Rifeos, donde tengo mi morada y habitacion, por ser la mas conveniente para ejercitar mis artes. Soy, para que no estés suspenso, un hombre que he estudiado todas las ciencias, y sé lo pasado y porvenir; he andado cuantas provincias y tierras hay del uno al otro polo, porque soy mágico, que es la facultad de que mas me precio, pues con ella alcanzo y sé cuanto pasa en el mundo; y sóite tan aficionado, que sin que tú me hayas visto, te he visto yo á tí muchas veces sin mas interes que el de tenerte por amigo, y que tú me tengas á mí por tal, como la verás en el modo con que te ayudo en el cumplimiento de tus deseos; mas ha de ser con una condicion, que este secreto que pasa entre los dos, me has de dar palabra, como quien eres, de jamas decirle á nadie, ni aun al confesor, aunque te veas en peligro de la muerte, porque solo en esto estriba la fuerza de mi ciencia; y como esto hagas, no solo te diré cosas que te admiren, mas te pondré en tu poder lo que deseas para que cumplas tu voluntad: mira si te determinas á esto, y hagamos el pleito homenage para que yo esté seguro, y sino me iré por donde he venido.

¡Qué le pidieran en esta ocasion á Federico que no cumpliese, y mas prometiéndole el doctor lo que le prometia! pues con lo que le respondió fué con los brazos, y luego con prometerle guardar tan inviolablemente el secreto, que aun en la hora de la muerte no le descubriria, ni aun al confesor. Hecho pues el concierto, se sentaron juntos, y el doctor le dijo: En primer lugar te digo que por ahora no hallarás lo que buscas, ni es bien que lo halles, porque el dia que tu hermano llegue á ver á Beatriz, que viva es, y con ojos, aunque se los sacaron (el cómo los tiene no he podido alcanzar, porque ha sido por una secreta ciencia, reservada al cielo, y está en parte donde es muy estimada y querida), en ese dia pues, ten por segura tu muerte, porque apenas le dirá la verdad del caso, cuando el rey la ha de creer; y bien ves en esto tu peligro, y así, lo que hemos de procurar es que salga de donde está, y despues de haberla violado el honor y la castidad conyugal de que ella tanto se precia, la quites

la vida, pues de esto conseguirás dos cosas de mucha utilidad: la una, que no se descubra tu traicion, pues muriendo ella no se sabrá, y te librarás así de uno de los mayores enemigos que tienes; porque te advierto que lo es, y muy grande; y la otra, que si ella muere, tu hermano no se casará jamas, porque la ama (aun con lo que le has dicho) tan tiernamente, que no le ha de agradar mujer alguna, como no sea su Beatriz, y tú de este modo has de ser rey de Ungría. Supuesto esto, y que yo vengo á asistirte y ayudarte, desecha tristezas; y el amor que la tienes vuélvele en venganza, que es lo que te importa, que cuando sea tiempo yo te avisaré, mas mira que te vuelvo á requerir el secreto, porque si otra persona en el mundo sabe estas cosas, ni yo te podré ayudar, ni tú conseguirás lo que deseas.

Embelesado estaba Federico escuchando al doctor, viendo como le decia sus mas íntimos pensamientos, y mucho mas de que la reina fuese viva, y tuviese vista; mas no quiso apurar en esto la dificultad, ántes tornóle á abrazar, y prometióle de nuevo el secreto y muchas mercedes, jurando que el dia que cogiese á la reina en su poder, no se contentaria con darla una muerte, sino dos mil si pudiese ser. Venido el montero, dieron la vuelta á la ciudad, y llegados á ella, hallaron al rey muy malo, y tanto que temian el peligro de su vida; al que como las damas de la reina le informaron tan diferente de lo que Federico le habia dicho de su virtud, indeciso de la verdad ó mentira, como el amor por su parte hacia lo que le tocaba, se inclinaba mas á creer que la reina habia padecido inocente que culpada, y se afeaba á si mismo la ira con que la habia enviado á dar la muerte, sin hacer primero averiguacion del agravio por que la habia condenado. Pues como Federico vió al rey en este estado, temiendo que si averiguaba lo contrario de lo que él habia dicho corrian su vida y opinion gran peligro, fué de propósito á advertírselo á su doctor; mas no tenia necesidad de ello, que él estaba bien advertido; y para acreditar mas su sabiduría, ántes que Federico le hablase sobre ello, le dijo: Cuando no fuera de mas importancia mi venida á servirte, ó príncipe valeroso, que de salvar tu vida, como en esta ocasion lo haré, la doy por bien empleada. Tu hermano está muy sospechoso de que la reina esté culpada, y si se desengaña, ha de correr riesgo tu vida: toma este anillo, y póntele en el dedo del corazon, y entra á hablarle, y vuélvele á indignar contra la reina, que en virtud de él te creerá todo cuanto le dijeres, porque hallo por mi sabiduría que el rey no ha de morir de este mal; y asimismo, que él de su voluntad te ha de heredar en el reino, y es mejor que no alcanzarle violentamente, porque con esto no ganarias la voluntad de los vasallos, y sí dándotele el rey.

Tomó Federico el anillo, en que habia estampado algunos caractéres y cifras, admirado de cómo el doctor le adivinaba la imaginacion, teniéndose por el hombre mas dichoso del mundo en tenerle por amigo, y poniéndosele en el dedo, entró donde el rey estaba, que como le vió, obrando en él la fuerza del encanto, le dijo que fuese bien venido, alegrándose mucho con él; y preguntándole si habia hallado lo que iba á buscar, Federico le dijo que no, porque no habia hallado mas de los vestidos, indi-

cios de que alguna fiera habia comido otra fiera; y viendo que el rey habia suspirado, le dijo: ¿Y cómo, señor, en eso estimas tu honor y el mio, que haces sentimiento por haber muerto quien á tí y á mí nos quitó la vida? A tí ofendiéndote en el honor, y á mí por no querer ser el verdugo de él, teniéndome como me tuvo tanto tiempo. Consuélate por Dios, y ten por seguro que si no estuviera culpada el cielo la hubiera defendido, que es amparo de inocentes; mas ya que ha permitido que pague su culpa, no ha sido por acaso. No pueda mas el amor que á aquella mujer engañosa tenias, que tu honor; tratemos de tu salud, que es lo que importa, procurando olvidar lo sucedido. Estas y otras cosas que Federico dijo á su hermano, dándole crédito en virtud del encantado anillo, fueron parte para que en algo se aquietase, mas no para alegrarle, que en esto no tuvo remedio, porque en mucho tiempo no le vieron reir.

Sano ya Ladislao de su enfermedad, en cuya cura se mostró el gran saber del doctor de Federico, que así le llamaban, le pidieron los vasallos que se casase, á lo cual dándoles bastantes causas para no hacerlo, les dijo por última resolucion que si pedirle cosa tan fuera de su gusto, como sujetarle segunda vez á un yugo tan peligroso, y con tantos azares como el del matrimonio, lo hacian por tener herederos, que allí estaba Federico su hermano, á quien desde aquel punto juraba y nombraba por príncipe heredero; y les rogaba que ellos hiciesen lo mismo: y con esto que el rey hizo fué Federico jurado por príncipe de Ungría, que aunque no era muy afecto al reino, por conocerle soberbio y travieso, y mas desde que habia acaecido el suceso infeliz de la reina, viendo que era voluntad del rey, y que por muerte suya le venia derechamente el reino, hubieron de obedecer. Todas estas cosas llegaron en lenguas de la parlera fama al reino de Inglaterra, con las cuales los reyes, padres de Beatriz, recibieron tanta pena como era justo: unas veces no creyendo que en la virtud que en su hija habian conocido fuese verdad; y otras juzgándola mujer, de quien por nuestra desdicha se cree mas presto lo malo que lo bueno: y para asegurarse mas del caso enviaron embajadores al rey Ladislao, que llegados á Ungría, é informados del caso, se volvieron tristes y mal satisfechos, asegurando á sus reyes cuan justamente Ladislao habia castigado su culpa: con lo cual se excusaron las guerras que sobre esto se pudieran causar.

Poco menos de un año habia pasado que Beatriz estaba en casa del duque con nombre de Rosimunda, tan amada de todos, que si los hijos que tenia el duque no tuvieran estado, la casara este con uno de ellos: tan aficionados estaban él y la duquesa de su virtud y honestidad; y el mal doctor en la corte de Ungría, tan amado de su rey y príncipe, que no hacian mas de lo que él ordenaba: tan sujetos los tenia á su voluntad. Un dia le dijo á Federico que ya era tiempo que se empezase la guerra contra Beatriz, que habia mucho que gozaba de la amada paz; y que para esto era fuerza partir juntos de la corte; que pidiese licencia al rey, dándole á entender que iban á ver unos torneos que en la corte de Polonia se hacian. Súpolo tan bien negociar el príncipe, que aunque contra su voluntad, alcanzó licencia por un mes; y diciendo que queria ir en-

cubierto, partió de la corte con el doctor y dos criados, que era el modo con que podia ir á menos costa y mas seguro, pues con las artes del doctor fué muy breve el camino, durante el cual avisó á Federico que cuando quisiese no ser conocido, estaba solo en su voluntad, porque el anillo que le habia dado tenia esa virtud, como la de mudarle el rostro cuando fuese su gusto, y desfigurarle de suerte que pareciera otro. Con este advertimiento llegaron una noche á la villa donde vivia el duque, en cuya casa estaba Beatriz; y entrando en el palacio Federico, seguro con su anillo de no ser conocido, y el doctor en sus artes de no ser visto; lo que hizo el doctor fué llegar sin que le viesen, y poner á la inocente Beatriz en su manga una carta cerrada y sellada, con el sobrescrito á otro gran potentado de Alemania, por quien el duque se habia retirado de la corte á sus estados, y con el que sobre cosas tocantes á la corona habia tenido palabras delante del emperador, ocasionando de esto haber salido los dos á campaña, y quedar de esta faccion muy enemistados: tanto que se procuraban el uno al otro la muerte: y otra abierta, dando muestra de haber sido leida, con la sobrecubierta á Rosimunda; y hecha esta prevencion diabólica, acompañado de Federico, que en virtud de su anillo no podia ser conocido sino de quien era su voluntad, se fueron á otro dia al palacio á tiempo que el duque y la duquesa, y con ellos Beatriz, que nunca los dejaba, estaban oyendo cantar los músicos que asistian al duque, y entrados dentro de la misma sala, Federico se quedó junto á la puerta, y el doctor, pasando adelante, llegó al duque, y le dijo: Poderoso señor, la descortesía de entrarme sin licencia, bien sé que me la perdonarás cuando sepas á lo que vengo: no te quiero decir quién soy, pues mis obras en tu servicio darán testimonio de mi persona, y la facultad que profeso. Estando poco ha en los montes Rifeos, donde cerca de ellos tengo mi habitacion, me puse á mirar las cosas que en el mundo han de suceder desde hoy á mañana, y entre otras muchas hallé que en este señalado tiempo que digo has de morir á traicion á manos de un enemigo tuyo, á quien ha de dar entrada en tu cámara una persona de tu palacio de las que mas amas: quién sea, no está otorgado del cielo que yo lo sepa: y viendo cuan gran daño se seguiria si tú faltases del mundo, por ser como eres un príncipe tan magnánimo, y de tanto valor y prudencia, y que por tus muchas virtudes te soy muy aficionado, he venido á toda diligencia, ayudado y acompañado de mis familiares confidentes, á darte aviso de que mires por tí: y para que consigas y sepas lo que á mí me ha negado la poderosa mano, mira cuantos al presente se hallan en tu palacio, que en su poder hallarás quien te asegure de la verdad: y el cielo te guarde, que no me puedo detener mas. Dicho esto, sin aguardar mas respuesta, se salió con su compañía, y se fueron á emboscar en aquellas arboledas cerca de la fuente donde el duque halló á Beatriz, que allí los aguardaban los dos criados de Federico.

Alborotóse el duque y la duquesa con tales nuevas, y mandando cerrar las puertas de palacio, por su misma persona no dejó el duque de visitar ninguna habitacion, cofre, arca ni escritorio, ni aun los mas secretos rincones de las posadas de los criados, tanto de los oficios mayores como

de los inferiores, sin exceptuar las mismas personas, y viendo que por aquella parte no hallaba lo que aquel sabio hombre le habia dicho, subió donde estaba la duquesa bañada en lágrimas, é hizo lo mismo con las criadas, sin que quedase cosa por mirar; de modo que ya no faltaba sino Beatriz y los escritorios de la duquesa, y casi por burla la dijo: ¿Y tú, Rosimunda, serás acaso la que guardas el secreto de mi muerte? Señor, respondió la inocente dama, con mi vida quisiera yo alargar la tuya, como quien tantos beneficios ha recibido y recibo de ella: mas porque no es justo que me reserves á mí entre todos, te suplico hagas conmigo lo que con los demas, que yo creo tan poco en estas fábulas y encantos, que tengo por sin duda que es algun mentiroso engaño para darte este susto. Así me parece, dijo el duque; mas como dices, por no hacer agravio á los demas, quiero tambien mirarte á tí; y riéndose la entró la mano en la manga, donde hallando las cartas, y mirando los sobrescritos, vió que el uno de la que estaba abierta era la letra misma de su enemigo el conde Fabio, y leyéndole, decia de esta suerte: A la hermosísima Rosimunda. La cerrada era de letra de Beatriz, y esta decia: Al excelentísimo y poderoso conde Fabio. Abrió la que no tenia sello, y leyéndola en alto, que de todos fué oida, decia así:

« Los agravios y deshonores recibidos del duque Filiberto, hermosa
» Rosimunda, estan pidiendo venganza, pues como sabrás del tiempo
» que asististe en su casa, llegaron á dejarme señalado en el rostro y en
» el mundo por hombre sin honra: y aunque he procurado con todas
» veras satisfacerme, no me ha sido posible, que los cobardes miran
» mucho por su vida, y así es fuerza valerme de la industria, si para
» quitársela en desagravio de mi afrenta me la das, y lugar para hacerlo,
» como quien en su casa lo puede todo. Con lo que te pagaré este bene-
» ficio será con hacerte dueño mio, que por las nuevas que tengo de tu
» hermosura lo deseo, y señora de mi estado. La respuesta y resolucion
» de este caso darás á quien te diere esta, que es leal confidente mio.

» El conde Fabio. »

Estaba la letra tan parecida, y la firma tan bien contrahecha, que no habia que poner duda en que la carta era del conde. Abrió el duque la cerrada, que decia así:

« Tiénenme tan lastimada, conde excelentísimo, los agravios que del
» duque has recibido desde el dia que lo supe, que cualquiera encareci-
» miento que diga será corto; y aunque los beneficios del duque recibidos
» me pudieran tener obligada, mas debo al sentimiento de tu agravio,
» como lo verás en la ocasion que me has puesto; que dar lugar á que las
» personas como tú se desagravien, no lo tengo por traicion, y supuesto
» que es así, y que por tu confidente sé cuan cerca estás de esta villa,
» entra en ella, y ven mañana ya pasado de media noche, por la puerta

» trasera de este palacio, que es adonde caen las ventanas de mi posada,
» trayendo por seña en el sombrero una banda blanca, para que no pa-
» dezca engaño, por donde te arrojaré la llave, con que podrás entrar tú
» y los que te acompañáren: y déte el cielo valor para lo demas, que en
» razon de la merced que me prometes, no la acepto hasta que me veas;
» que podrá ser que entónces te parezca la fama que de mi hermosura
» tienes mas mentirosa que verdadera. El cielo te guarde.

» ROSIMUNDA. »

Tan asombrado quedó el duque de ver las cartas, y conocer la letra y firmas, como Beatriz de que se hubiesen hallado en su poder: era de modo que ni el duque hablaba para culparla, ni ella para defenderse de otro modo que con las hermosas lágrimas que hilo á hilo caian de sus lindos ojos: y no hay duda de que si no se acordara de las razones que la hermosa señora la dijo cuando se apartó de ella en la fuente, de lo que la faltaba por padecer, se quitara la vida para salir de una vez de tantas penas: y aun del duque se cree que le pesó mas de hallar las cartas en su poder, que de la traicion que veia armada contra su vida, y que diera la mitad de su estado porque no fuera hallada en ella; pero la duquesa, como mujer que veia la vida de su marido en balanzas, y la maldad de una mujer que tanto amaban, y á quien tantos beneficios habian hecho, como fuera de juicio daba voces que la matasen, diciéndola mil afrentas: á lo que la inocente señora no respondia mas que con su amargo llanto, no pudiendo imaginar por dónde le habian venido á su poder aquellas cartas que no habia visto ni pensado; si bien se persuadia eran puestas por algun envidioso de su privanza, que contrahaciendo su letra y firma ordenó tal traicion: y viendo que para ello no habia mas disculpa que la de Dios, que como quien sabia la verdad podia ordenar, callaba y lloraba: de que el duque compadecido, la mandó retirar á su cámara, con órden que no saliese de ella, bien contra la voluntad de la duquesa, que no queria sino que muriese. Ida Beatriz, lo primero que el duque hizo fué poner buena guardia en su palacio, y luego sin dejar casa ni posada en toda la villa que no se mirase, mandó buscar el tal confidente del conde Fabio, mas no fué hallado, aunque para mas satisfaccion le trajeron cuatro forasteros que en ella habia: y asimismo informado de todos cuantos en su palacio estaban, si habian visto á Rosimunda hablar con algun forastero, y diciendo todos que no, creyendo que era mas la traicion contra la bella Rosimunda que contra él, por descomponerla, lastimado de ello, y movido á piedad de su hermosura, honestidad y virtud, y la paciencia con que llevaba aquel trabajo, y lo que mas es, guiado por Dios, que no queria que Beatriz muriese; habiéndole dicho que la duquesa, viéndole remiso en darla muerte, estaba determinada á darla veneno; sin que la duquesa lo supiese, ni él querer verla, porque no le diese mas lástima de la que tenia, la mandó sacar una noche, al cabo de dos dias que estaba presa, y que dos criados suyos la llevasen, y la pusiesen junto á la fuente donde la habian hallado, sin hacerla mas daño que dejarla allí, y así fué

hecho; y como la fuente no estaba mas de dos leguas de la ciudad, y partiesen con ella al primer cuarto de la noche, cuando llegaron á ella aun no habia amanecido, y dejándola allí, como llevaban la órden de su dueño, se volvieron.

¿Quién podrá decir el tierno sentimiento de la afligida reina cuando se vió allí de noche sola y sin amparo, habiendo perdido el sosiego con que en casa del duque estaba, y mas por una causa tan afrentosa? Como no se hallaba con prenda de valor para poder remediarse, pues como se ha dicho en casa del duque andaba vestida muy honestamente, no hacia sino llorar, y á cada rumor que oia, ya le parecian ó bestias fieras que la venian á sepultar en su vientre, ó salteadores que la violasen su honra; y esto temia mas que el morir, porque estaba tal que casi tenia aborrecida la vida. En esta congoja estaba cuando empezó la aurora á tirar las cortinas de la noche, desterrando los nublados de ella para que Febo saliese, cuando, mirándose Beatriz con los entreclaros crepúsculos del alba, se vió con los ricos vestidos que habia sacado de Ungría cuando la llevaron por mandado del rey su esposo á sacarla los ojos: y pareciéndola todas sus cosas prodigios, estando cierta de que aquellos vestidos habian quedado en casa del duque, y ella con la pena que salió de allí no se habia acordado de ellos; considerando pues estas cosas, juzgó que quien la ponia en tales ocasiones no la desampararia. Aguardó algo mas consolada en qué pararian sus fortunas, llamando á Dios que la socorriese, y ofreciéndole aquellos trabajos; cuando siendo ya mas de dia vió salir de entre los árboles, no un leon, ni un oso, ni un salteador; porque estos no la dieran tanto asombro como ver salir á Federico, que si se os acuerda, con su falso doctor y criados se fueron á la floresta cuando dejaron urdida la traicion. No hay duda sino que quisiera mas Beatriz verse despedazada de cualquiera de los dichos, ántes que verle, y queriéndose poner en huida, se levantó; mas Federico abrazándose con ella, la dijo: Ahora, ingrata y desconocida Beatriz, no te librarán de mis manos tus encantos ni hechizos, ni la jaula de hierro en que me tuviste tanto tiempo, que yo te gozaré en venganza de tus desvíos, y luego te daré la muerte, para excusar la que tú tratas de darme. Antes, traidor á Dios, á tu hermano y á mí, verás la mia, respondió Beatriz, que yo tal consienta. Mátame, traidor enemigo, mátame ahora, si lo has de hacer despues. Diciendo esto, trabajaba por defenderse, y Federico por rendirla, pareciéndole al traidor que luchaba con un gigante, y á Beatriz que sus fuerzas en aquel punto no eran de flaca mujer, sino de robusto y fuerte varon; y andando, como digo, en esta lucha, la dijo Federico, viendo su resistencia: ¿Qué te cansas, desconocida de mi merecimiento y valor, en quererte librar de mi poder, que aun el cielo no es poderoso para librarte? Apenas acabó el blasfemo Federico de decir esto, cuando de entre los árboles salió la hermosa señora que en las pasadas angustias la habia socorrido, que á paso tirado venia caminando hácia ellos, que como llegó sin hablar palabra, asió de la mano á Beatriz, y tirando de ella, la sacó de entre los brazos del lascivo príncipe, y se la llevó, quedando Federico abrazado, en lugar de la hermosa presa que se le iba, con un fiero y espantoso leon, que con

sus uñas y dientes le heria y maltrataba; y viéndose así, empezó á dar tristes y lastimosas voces, á las cuales acudieron el doctor y criados, que viéndole en tal estado, sacaron las espadas, de las cuales el leon temeroso le soltó, entrando por lo mas espeso de la alameda; porque no era tiempo de que la vida de Federico ni los trabajos de Beatriz tuviesen fin.

Quedó Federico tendido en el suelo, y mal herido, tanto que á los criados y al doctor les fué forzoso llevarle al primer lugar, donde se estuvo curando muchos dias de sus heridas, no pudiendo alcanzar ni Federico con su entendimiento, ni el doctor con sus artes, cómo habia sido aquella transformacion, ni adónde se habia ido Beatriz, que eso estaba por entónces reservado á quien la llevaba; la cual con la hermosa señora que la llevó, se halló libre de la fuerza que esperaba recibir. Daba muchas gracias á su verdadera amiga y defensora de su vida y honor, y ella la animaba y regalaba con amorosas caricias, caminando todo aquel dia hasta poco ántes de anochecer (á lo que á Beatriz la parecia) fuera de camino; porque unas veces creia que iban hácia adelante, y otras que daban vuelta, y volvian á caminar lo ya andado, cuando llegaron á unas cabañas de pastores, donde la dejó su guia, diciéndola: Quédate aquí, Beatriz, donde hallarás lo que por ahora has menester; y sin aguardar, ni dar lugar á que la respondiese, ni la diese agradecimientos del bien que la hacia, la vió ir por el campo con ligerísima velocidad, dejándola tan desconsolada en su ausencia como la vez primera; porque cuanta alegría recibia su corazon miéntras la tenia junto á sí, sentia de pena cuando se apartaba. En fin viendo que ya se habia encubierto, se llegó á las cabañas donde halló cantidad de pastores y pastoras, que tenian sobre unas pellejas de reses muertas tendidos unos blancos, aunque toscos manteles, y todos sentados al rededor, querian cenar una olla que estaba sacando una de las pastoras de tasajos cecinados, los que así como vieron aquella mujer, que en lengua alemana les dió las buenas noches, y tan hermosa y ricamente aderezada, como simples rústicos se quedaron mirándola embelesados, hasta que ella viendo la suspension, prosiguió diciendo: Amigos, por la pasion de Cristo os pido que, si sois cristianos, como me parece, me admitais y ampareis en vuestra compañía, siquiera por ser mujer, que me he escapado de un gran peligro, y vengo huyendo de un cruel enemigo que anda procurando quitarme la vida. Ellos, habiendo entendido bien la lengua, porque era la misma que hablaban, pues de allí á la corte de Alemania apenas habia media legua, la respondieron que entrase, que de buena voluntad harian lo que les pedia. Con este beneplácito de la pobre gente entró la perseguida reina, y haciéndola sentar á la pobre mesa, cenó, comió y almorzó con ellos; porque desde que salió de casa del duque no habia comido bocado, haciéndola todos tanto agasajo y buena acogida, que aquella noche, no pudiendo dormir, pensando en sus fortunas, se resolvió á enviar á vender á la ciudad aquellos ricos vestidos; y trocándolos en los pastoriles, quedarse allí con aquella buena gente. Mas no le sucedió como ella pensaba, y fué el caso que cerca de aquellas majadas de pastores habia un soto donde se criaba gran cantidad de caza, y adonde el emperador iba muchas veces á cazar y á divertirse de

la pension que trae consigo la carga del gobierno, y habia seis ú ocho dias que estaba en él con la emperatriz y toda su gente, y un niño único que tenian de seis años, príncipe heredero de todo aquel imperio; y á otro dia, volviéndose todos á la ciudad, era fuerza pasar por delante de las cabañas; y como los pastores y pastoras sintieron que venia, salieron todos á verle pasar, y Beatriz con ellos.

Como la carroza en que venian el emperador, la emperatriz y su hijo llegase cerca, y entre la gente rústica viesen aquella dama tan hermosa y bien aderezada, y con vestido de tanta riqueza, extrañando la novedad y el trage, que bien conocieron ser úngaro, mandando parar la carroza, enviaron con un criado á llamarla; que sabido por Beatriz, se llegó, y con una cortés reverencia (como ella bien sabia se habian de tratar tan reales personas) los saludó, á la cual el emperador correspondió con otra no menos cortés reverencia, contemplando en su rostro la magestad que en sí encerraba; y con alegre y afable semblante la preguntó ¿que de dónde era, y qué hacia entre aquella gente? Poderoso señor, respondió Beatriz, yo soy de tierras muy extrañas de esta, aunque he asistido algun tiempo en Ungría; sacáronme de mi patria y casa por un engaño, y despues de haberme conducido á unos montes, que allá detrás quedan, queriéndome matar en ellos, el cielo, que sabe para qué me guarda, me libró de las crueles manos de mis enemigos, y hurtándome de ellos, llegué anoche á estas cabañas, donde esta piadosa gente me amparó: esto es lo que puedo decir á vuestra magestad; lo restante es mas para sentido que para contado. Mirándola estaban el emperador y la imperatriz miéntras ella hablaba, maravillados de su gracia y belleza, cuando sucedió una maravilla bien grande, y fué que el niño que junto á su padre estaba, acercándose al estribo de la carroza, como Beatriz estaba tan junto, que tenia las manos puestas en él, la echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el suyo, la empezó á besar con tan grande amor como si toda su vida se hubiera criado en su compañía; lo que visto por Beatriz, le sacó de la carroza, y apretándole entre sus brazos, le pagó en amoroso cariño lo que el príncipe habia hecho con ella. Admirados todos de lo que el niño hacia con aquella dama, juzgando á perogativa de la hermosura agradarse todos de quien la posee, dejando á mas de cuatro el niño envidiosos de los favores que gozaba, queriendo restituírsele á sus padres, no fué posible, porque daba gritos, llorando por volverse con ella, sin bastar los halagos de su madre, ni el reñirle el emperador, pues era tan grande el sentimiento que el príncipe hacia, y tan tiernas y lastimosas las lágrimas que derramaba, que los padres, como no tenian otro, compadecidos de él, rogaron á Beatriz entrase en el coche, diciéndola que supuesto que no tenia parte segura donde ampararse de los que la perseguian, que dónde mejor podria hacerlo que en su palacio, donde el príncipe su hijo la serviria de guardia, pues los que le guardaban á él la velarian á ella. No le pareció á Beatriz ser acaso este suceso, sino encaminado por Dios y su guardadora; y así besando la mano al emperador y emperatriz, y despidiéndose de los pastores, prometiéndoles satisfacerles el bien que de ellos habia recibido en albergarla aquella noche, se fué con el empe-

rador, tan contentos él y la emperatriz de llevarla, que si hubieran ganado un reino no fueran mas gozosos: á tanto obligaba el sereno, honesto, y hermoso rostro de Beatriz, que cuantos las miraban se la aficionaban.

Las alegrías que el niño mostraba admiraban á todos, pues no hacia sino apartar su cara de la de Beatriz, y mirarla, y luego riéndose, volver á juntarse con ella, quedando desde este dia á su cargo la crianza del príncipe, porque no habia que intentar apartarle de ella: con ella comia y dormia, y en tratando de dividirle de su compañía, lloraba, y hacia tales ansias, que temian su muerte. Queríanla tanto por esto los emperadores, que no es posible ponderarlo; y ella amaba al príncipe mas que si fuera su hijo. En fin la dejarémos en esta paz y quietud tan amada, respetada y servida, como si estuviera en el reino de Ungría; y vamos á Federico y su doctor, que ya sano de sus heridas, y tan enojado contra la reina, por parecerle que por artes mágicas le habia puesto en tal peligro, que si la tuviera en su poder (como cuando la tuvo en la fuente) no aguardara á gozarla como entónces intentó, sino que la diera la muerte; bien pesaroso de no haberlo hecho entónces. Preguntó un dia á su doctor ¿qué le parecia de tales sucesos? ¿Qué quieres, príncipe, que me parezca, respondió el doctor, sino que tú y yo tenemos suerte enemiga? porque no puedo, por mas que lo procuro, alcanzar qué deidad defiende á esta mujer, contra quien no valen nada mis artes y astucias. Solo alcanzo que si dentro de un año no muere, nos hemos de ver tú y yo en la mayor afrenta que hombres en el mundo se hayan visto; y no puedo entender sino que es grandísima hechicera y maga; porque aunque he procurado saber despues que estamos aquí donde ó quién la ha escondido, no lo he podido alcanzar hasta hoy, que me ha dicho un familiar mio que está en el palacio del emperador de Alemania, muy querida y estimada de todos, porque un niño de seis años, hijo del emperador, la quiere mas que á su madre, á cuya causa los padres la aman ternísimamente; y lo que se ha de temer es no descubra al emperador quién es, y lo que la ha pasado contigo; y descubierto, no hay duda que dará cuenta al rey tu hermano, el cual desengañado y sabida la verdad, tú morirás, y yo no quedaré libre por haberte ayudado. Dirás cómo, sabiendo tanto, no acabo con ella. A eso te respondo que contra esta mujer ni tu acero puede cortar, ni mis artes tienen fuerza, por una sombra que la ampara, que no puedo alcanzar quién se la hace, ni mis familiares tampoco; porque hay cosas que hasta á los demonios las oculta Dios por sus secretos juicios; y es tan grande el amparo que tiene, que aunque ahora quisiera llegar á ella (como llegué cuando en casa del duque la puse en las mangas las cartas con que la saqué de allí y la puse en tu poder), no fuera posible: y esto es desde el dia que en la fuente te la sacaron de las manos, y en su lugar dejaron el leon que te ha tenido en el estado en que te has visto. Pues dejarla que viva es peligroso para nosotros, que tarde ó temprano se ha de venir á descubrir, y corremos el mismo riesgo; lo mas acertado es procurar que muera por agenas manos; y el cómo ha de ser en está forma: yo te pondré dentro del palacio del emperador, y en

la misma cámara donde duerme con el niño príncipe: cuando ya el sueño los tenga á todos rendidos (que entrar yo es imposible, por esta sombra que digo que la defiende), pondrásla debajo de la almohada una yerba que yo te daré, que provoca á un sueño tan profundo, que miéntras no la despertáren dormirá seis dias: y como esté así, mátale el niño, y luego ponla la daga en la mano, para que viéndola de este modo juzguen que ella le ha muerto, que con esto acabarémos con ella; pues claro es que la han de mandar degollar en venganza de la muerte del príncipe, con que quedarémos libres; y si esto no se hace, no hay que aguardar otra cosa: mira si te parece á propósito, y si te determinas á ello, y sino sigue tu parecer y gusto, que yo me quiero volver á mi morada, porque estoy dudoso si me guardarás el secreto prometido, de que se me seguirá mucha pérdida, cuando no sea en mi vida, en mi saber, que en él está la fuerza de mis artes; y quiero, si lo hicieres, estar léjos del peligro; porque el dia que (aunque sea cenfesándote) lo descubrieres, ese dia morirémos tú y yo, y no es la vida tan poco amable que se desee perder; y seria sobre haberte bien servido, llevar mal galardon. ¿Cómo irte á tu morada? respondió Federico, abrazando al doctor: miéntras yo viva no consentiré tal; y para que con mas seguridad estés, dame la mano y palabra de que de dia ni de noche te has de apartar de mi lado, que yo te la doy de lo mismo; y en cuanto al secreto, te vuelvo á prometer, como hijo de rey, y príncipe que soy (y rey que espero ser), de guardártelo de modo, que aunque me confiese, no confesaré lo que entre los dos pasa, ha pasado y pasará; y ántes dejaré de confesarme porque pierdas el temor. No confesarte, dijo el doctor, fuera causar mucho escándalo, que al fin eres cristiano, y lo has de hacer, aunque no sea sino por cumplir con el mundo: calla lo que importa, y dí lo demas, que mas de dos hay que lo hacen de este modo. Así será, dijo Federico, y vamos luego á matar ese niño, para que muera esta enemiga, ya que no puede mi acero ejecutar en ella la rabia de mi pecho.

Con esto dando órden á los criados los aguardasen allí, sin que por accidente alguno se apartasen de aquel lugar hasta que ellos volviesen, se salieron paseando por el campo, y aquella misma noche puso el doctor á Federico dentro del palacio del emperador, y aguardando á que todos se sosegasen, ya cuando fué tiempo le llevó á la puerta de la cámara donde Beatriz con el niño dormia, descuidada de esta maldad; y dándole la yerba que queda dicho, le dijo: Entra, príncipe, que aquí te aguardo, y advierte que en lo que vas á hacer no te va menos que la vida: no te ciegue ni engañe la hermosura, ni el amor de esta tirana, que si te cogiera á tí como tú la tienes á ella, yo te aseguro que no te reservara. Déjame ese cargo, respondió Federico, maravillado del gran saber del doctor; que cuando no fuera por lo que me va á mí en ello, solo por tu gusto, aun á mi hermano no perdonara la vida; y sino dime que se la quite, y verás con obedecerte lo que te estimo. Así lo creo, dijo el doctor, eso será para despues, que deseo tanto verte rey, que pienso que no hemos de aguardar á que el curso de los años se la quite: y no te espantes de que tema á un hombre enamorado en presencia de una mujer hermosa, que

es un hechizo la hermosura que á todos mueve á piedad; y porque sé tanto, alcanzo que por amor se perdonan muchos agravios. Con esto Federico entró, y el doctor se quedó aguardando fuera, que como llegó junto á la cama vió dos ángeles: humanémoslo mas: vió á Vénus y á Cupido dormidos, porque en la cuadra habia grande luz. Era la crueldad de este hombre mucha, pues no le ablandó tan hermosa vista; mas no hay que espantar, que estaba ya el rigor apoderado de él: púsola la yerba debajo de la almohada, y quiso hacer experiencia del saber del doctor, su amigo, y sacando la daga fué á herir á Beatriz en medio del blanco pecho, diciendo: Ahora, alevosa reina, con una muerte me pagarás tantas como por tí he dado; mas no fué posible poder mandar el brazo: con lo que satisfecho de la verdad que su doctor le trataba, la volvió contra el inocente príncipe, y dándole tres ó cuatro puñaladas, le dejó dormido en el eterno sueño; y luego poniendo en la mano de Beatriz la daga bañada en la inocente sangre, se volvió á salir adonde esperaba el doctor, y juntos se fueron al campo inmediato á las cabañas de los pastores donde Beatriz estaba cuando la halló el emperador; porque allí le dijo el doctor se habia de ejecutar la justicia de Beatriz, para verla por sus ojos, y quedar seguros de ella.

Llegó la mañana bien triste y desdichada para el emperador y todo el imperio de Alemania; pues como las criadas que asistian á Beatriz y al príncipe vieron ser hora, entraron á la cámara, y hallaron el cruel y lastimoso espectáculo, y dando gritos, fueron donde estaban el emperador y emperatriz, diciendo: Venid, señores, y vereis la tragedia de vuestro palacio é imperio; pues la traidora Florinda, que así habia dicho se llamaba, os ha muerto á vuestro amado hijo. Los ansiosos padres con tales nuevas traspasados, fueron á ver lo que aquellas mujeres les decian; y así como se ofreció á sus ojos tal lástima y dolor, empezaron como gente sin juicio á dar voces, mesando la emperatriz sus cabellos, y el emperador sus barbas, á cuyas voces despertó Beatriz despavorida, que hasta entónces le habia durado el diabólico sueño; y no hay duda que si ántes hubiera despertado, con la misma daga que tenia en la mano se hubiera quitado la vida; quien como se vió bañada en sangre, y al niño muerto, y que ella con la daga que tenia en la mano daba muestras de ser la agresora de tal delito, no hizo mas de alzar al cielo los ojos, bañados de tiernas y lastimosas lágrimas, y decir: ¡Ya, Señor, veo que de esta vez es llegado el fin de mi desdichada y perseguida vida! Y pues conozco que esta es tu voluntad, tambien es la mia: yo moriré contenta de que no la debo, y de que aquí tendrán fin mis persecuciones, y con una muerte excuso tantas como cada dia padezco; y así mi desengaño sea mi silencio, porque deseo morir sin contradecir á lo que dispones. A este tiempo ya el emperador, ciego de ira, habia mandado llamar al gobernador, que venido, mandó que tomasen á aquella mujer, así desnuda como estaba, y la llevasen á la misma parte donde la habian hallado, y allí la cortasen la cabeza, y que ella y la mano se pusiesen en el mismo camino, con letras que dijesen su delito; y dando órden que se enterrase el príncipe, él y la emperatriz se retiraron á llorar la muerte del amado hijo.

Sacaron á la hermosa reina, así desnuda como estaba, del palacio, y por llegar mas presto (como hasta la parte dicha habia media legua) la entraron en un coche, y tambien porque no la mirasen los ciudadanos, que dando voces andaban como locos, lamentando la muerte de su príncipe ántes de ejecutar la justicia; y como la vana ostentacion del mundo, hasta en los cuerpos sin alma se guarda, no pudo ser el entierro del niño tan presto, que primero no llegasen con la hermosa señora al lugar del suplicio: luego que estuvieron en él, sacándola del coche, atadas las manos, la pusieron en mitad de aquel campo, en medio de un armado escuadron, para que todos los que la seguian la viesen miéntras se levantaba un alto cadahalso, donde se habia de ejecutar la justicia, que muchos oficiales armaban á gran prisa. Estaba la inocente y mansa corderilla cercada de carniceros lobos, con ojos llorosos, mirando con la prisa que se disponia su muerte: llamaba muy de veras á Dios, ofreciéndole aquel y los demas martirios que habia padecido; y el traidor Federico y su compañero entre la gente, mirando lo que tanto deseaban, cuando bajando Beatriz los ojos del cielo, donde los tenia puestos, y extendiendo la vista por el campo, vió venir rompiendo por el tumulto de la gente á largo paso á su defensora y amiga, aquella hermosa señora que la habia dado su favor en tantos peligros como se habia visto, quien como llegó la dijo: En estas ocasiones, Beatriz, se conocen las verdaderas amigas; y desatándola las manos, tomándola por una de ellas, por entre toda la gente paso á paso la sacó de entre todos, hallándose Beatriz á este tiempo con los mismos vestidos que salió de su casa, y se le habian quedado en el palacio del emperador, y llevóla muy distante de allí, poniéndola entre unas peñas muy encubiertas, á la boca de una cueva, en donde habia una cristalina y pequeña fuentecilla, y del otro lado una verde y fructuosa palma cargada de los racimos de su sabroso fruto; y como llegó allí la dijo la hermosa señora: Entra, Beatriz, dentro de esa cueva, que esta ha de ser tu morada hasta que sea tiempo; en ella hallarás lo que has menester, que quiere Dios que por ahora no comuniques con mas gente que con las voladoras aves, simples conejuelos y sueltos gamos, donde te hallarás mejor que con los hombres: vive en paz, ama la virtud, y encomiéndate á Dios, y acuérdate de mí, que soy la que te ha sacado del aprieto en que te has visto. ¡Ay, señora! dijo Beatriz arrodillándose á sus piés: no os vayais sin decirme quién sois, para que sepa á quién tengo de agradecer tantas mercedes, que olvidarme de vos es imposible. Aun no es tiempo que lo sepas; y diciendo esto se fué con notable ligereza, dejando á Beatriz absorta, siguiendo con los ojos sus pasos, y con el sentimiento que todas las veces que se apartaba de ella quedaba; y cuando la perdió de vista se levantó, y entró en la cueva, la cual no tenia de hueco mas de algunos veinte pasos, y toda labrada en la misma peña. A un lado de ella estaba una cruz grande, formada de dos maderos, con mucho primor y curiosidad, y del clavo de los piés, y de los que tenia en los brazos, estaba colgado un rosario y unas disciplinas, y al pié un pequeño lio, en que estaba un hábito de jerga con su cuerda, y una toca de lino crudo, y sobre el lio unas Horas de nuestra Señora, y otras ora-

ciones en romance, un libro grande de vidas de santos, y en frente unas pajas, donde podia caber su cuerpo, que á lo que la santa reina juzgó, parecia haber sido morada de algun penitente, que habia trocado esta vida llena de penalidades con la eterna; la cual viendo esto, desnudándose el vestido, haciéndole un lio, le puso á un lado de la cueva, y vistiéndose el grosero saco, ciñéndose la cuerda, y cubriendo el dorado cabello con la cruda toca, se sintió tan gozosa como si estuviera en el palacio de su padre ó esposo, no echando menos, con el alimento que en la verde palma y clara fuentecilla halló, los regalados manjares de la casa del duque ni palacio del emperador Dejémosla aquí, comunicando á todas horas con Dios, á quien daba muchas gracias, junto con su santa Madre, de haberla sacado de entre los tráfagos y engaños del mundo, pidiéndoles que ántes que se muriese supiese quién era aquella hermosa y piadosa señora que la habia librado tantas veces de la muerte, y traídola á tan sosegada vida, pasando esta unos ratos orando, y otros leyendo. Volvamos al lugar del suplicio y á la corte del emperador, que no hay poco que decir de ellos.

Acabóse de levantar el cadahalso, que porque fuese mas bien vista su muerte se mandó hacer muy elevado; y queriendo para ejecutar la justicia llevar á él á Florinda, que así la llamaban todos, como á un tiempo fué el ir por ella y llevársela su defensora, y vieron que delante de sus mismos ojos faltaba, quedaron los engañados ministros tan asombrados, como cuando el caminante, que en noche muy oscura siguiendo su viage, de repente se le ofrece á la vista un repentino relámpago, que dejándole deslumbrado, no sabe lo que le ha sucedido: así quedaron los que, al tiempo de asir de Florinda, se hallaron sin ella, mirando á una parte y á otra, por ver por dónde se habia ido; no quedando menos admirados que los demas Federico y el doctor, no pudiendo imaginar dónde se hubiese ido: unos decian: Aquí estaba ahora; otros: Mirándola sin apartar los ojos de ella, se me ha desaparecido de ellos. Estos le llamaban milagro, y aquellos encantamiento: solo el doctor, que era el que mas espantado estaba de que á su saber se le encubriese, dijo á Federico: ¡ Qué nos cansamos! miéntras esta sombra se la hiciere á esta mujer, no hemos de tener poder contra ella. Pues estando de esta suerte, sin saber qué hacerse, ni qué disculpa darian al emperador, vieron venir á todo el galope de un caballo un caballero de palacio, dando voces que si no estaba ejecutada la justicia, se suspendiese, y diesen vuelta con Florinda á palacio, que así lo mandaba el emperador: que como llegó le dijo al gobernador lo mismo, y como al tiempo de llevar á sepultar al príncipe con general sentimiento de todos, habia resucitado, levantándose sano y bueno, diciendo á voces: No maten á Florinda, que no me mató Florinda, ántes por Florinda tengo vida; tráiganme á Florinda, vayan presto, no la maten, que está inocente, que no me mató, sino un traidor por hacerla mal á ella.

Nuevas admiraciones causaron estas nuevas, y viendo que no parecia, ni por mas vueltas que dieron por el campo la hallaban, volvieron á dar cuenta al emperador de todo, y fué tanto y tan grande su sentimiento de

que no pareciese, como si la hubieran muerto; y mas viendo que el niño lloraba tanto por ella, y decia que sin Florinda no queria vivir. Ida la gente, quedaron solos Federico y el doctor, á quien dijo el príncipe: ¿Qué me dices de tales sucesos como estos, doctor amigo? ¿Qué quieres que te diga, sino que tengo agotado el entendimiento, deshecha y deslucida la sabiduría viendo lo que pasa; y que á mí, que no se me encubre cuanto sucede en el mundo, y aun lo que en las profundas cavernas del infierno hay lo miro y juzgo como si estuviera en cada parte, no puedo alcanzar este secreto, ni en qué virtud se libra esta mujer de tantos peligros como la ocasionamos tú y yo, y no sé, aunque mas lo procuro, si en virtud de Dios ó de algun demonio se hace esto. Mirándola estaba cuando se desapareció, y no ví mas de que la encubrieron, sin saber quién, ni por ahora alcanzo dónde está; solo sé que la hemos de volver á ver, mas entónces será con gran riesgo de los dos, y así es menester que de nuevo tornemos tú y yo á prometernos el no apartarnos uno del otro en ningun tiempo ni ocasion; porque unidas nuestras fuerzas no la basten las suyas contra nosotros, y ahora demos la vuelta á Ungría, por aliviar la pena que tu hermano y todo el reino tiene por tí, y allí obraré con mas fuerza y sosiego de mis encantos, para ver si podremos obrar contra ella ántes que lo ejecute contra nosotros; y en caso que no se pueda hacer, será lo mas acertado quitar á tu hermano la vida con alguna confeccion que le demos, que siendo tú rey, poco podrá contra tí. Parecióle bien á Federico el consejo del doctor, y dándole de nuevo palabra de no apartarle de sí en ningun tiempo, ni de noche ni de dia, se fueron donde habian dejado los criados, y de allí á Ungría, donde hallaron al rey bien penado por no saber nuevas de su amado hermano, y todo el reino muy triste, no sabiendo de su príncipe, y por su venida hicieron grandes fiestas; pues como el rey no se queria casar, tenian todos puestos en él los ojos; y aunque le conocian mal inclinado, era en fin hijo de su rey, y hermano del que tenian.

Ocho años estuvo Beatriz en la cueva, sin que el mal doctor pudiese en todos ellos descubrir dónde estaba, y ella tan contenta en aquella morada, gozando tan quieta y pacífica vida, que ya no se acordaba de reino ni de esposo, sin que persona humana viese sus ojos en todo este tiempo. Toda su compañía eran simples conejuelos y medrosos gamos, con tiernas cervatillas, que estaban tan hallados con ella, que se le venian á las manos como si fueran mansos cachorrillos, gozando de la alegre música de las aves, con quienes se deleitaba y entretenia. Solo sentia mucha pena de no haber visto en todos estos años á su amada amiga y defensora, aquella hermosa señora á quien tanto debia, y casi amara el verse en peligro, por volver á gozar de su vista; cuando una mañana, al empezar á reir el alba, estando durmiendo, se oyó llamar de la misma suerte que cuando estaba sin ojos entre las peñas, diciéndole: Dios te salve, Beatriz amiga; á cuya voz abriendo los soñolentos ojos, vió junto á sí á su querida y amada defensora, y levantándose despavorida y alegre, se arrodilló delante de ella, diciendo con lágrimas de alegría: ¡Ay, señora mia, y qué largo tiempo ha que no os veo! ¿Como os habeis olvidado de mí,

como quien tanto sabe·las ansias que por veros he tenido? Decidme: ¿cómo no me habeis venido á ver? que á saber yo donde os pudiera hallar, no me hubiera detenido en buscaros. Yo, respondió la señora, nunca me olvido de quien me verdaderamente ama, que aunque tú no me has visto, yo te he visto á tí; mas como hasta ahora no has necesitado de mi favor, no he venido á que me veas; y porque ya es tiempo que los deseos que tienes de saber quién soy se cumplan, ántes de decirte á lo que vengo, quiero que me conozcas, y sepas que soy la Madre de Dios. En diciendo esto, como ya era la voluntad de Dios y la suya que la conociera, al punto en el diáfano manto azul, que aunque de este color, mas era sol que manto, en los contornos de la plateada luna, en la corona de estrellas, en el clarísimo resplandor de su divino y sagrado rostro, en los angélicos espíritus que la cercaban, conoció Beatriz á aquella soberana reina de los ángeles, Madre de Dios y Señora nuestra, y puestos los ojos en ella, así como estaba de hinojos, se quedó inmóvil y elevada gran rato, absorta en tan gloriosa vista.

Goce Beatriz este favor tan deseado, mientras que yo pondero este misterioso suceso, y digo que es gran prueba de nuestra razon la que sucedió á esta hermosa y perseguida reina, que para defenderse de la lasciva crueldad de un hombre no le bastase su santidad y su honestidad, con todas las demas virtudes de que se cuenta era dotada, ni con su divino y claro entendimiento, disimular y celar el amor, de que tantas veces y en tan varias ocasiones se habia dado por desentendida; ni el excusarse de que hallase en ella mas cariño ni agrado cuando le escribió el papel, ni tenerle el tiempo que estuvo en la jaula de hierro; nada bastó contra la soberbia é ira de este hombre, sino que fué menester todo el favor y amparo de la madre de Dios. ¡Ah, hermosas damas, si considerais esto, y qué desengaño para vuestros engaños! El poder de la madre de Dios es menester para librar á Beatriz de un hombre, resistiéndose, apartándose, disimulando, prendiendo, y tras todo esto no se puede librar de él si la Madre de Dios no le libra. ¿Qué esperais vosotras, que los amais, que los buscais, los creeis, y os quereis engañar? Porque lo cierto es que si fuéramos por un camino, y viéramos que cuantos han caminado por él han caido en un hoyo que tiene en medio, y viendo caer á los demas, nosotras fuésemos á dar en él de ojos, sin escarmentar de ver caer á otros, ¿qué disculpa podríamos dar, sino que por nuestro gusto vamos á despeñarnos en él? Veis la parienta burlada, la amiga perdida, la señora deshonrada, la plebeya abatida, la mujer muerta á manos del marido, la hija por el padre, la hermana por el hermano, la dama por el galan; y finalmente veis que el dia de hoy el mayor honor y la mayor hazaña de que se precian los hombres es de burlaros, y luego publicarlo, y decir mal de vosotras, sin reservar ninguna, sino que en comun hacen de todas una ensalada; ¿y no tomaréis ejemplo las unas de las otras? ¿Para qué os quejais de los hombres, pues conociéndolos os dejais engañar de ellos, fiándoos de cuatro palabras cariñosas? ¿No veis que son píldoras doradas? ¿No considerais que á las otras que burlaron dijeron lo mismo, que es un lenguage estudiado con que os estan vendiendo, un arancel que

todos observan; y apenas os pierden de vista, cuando, aunque sea á una fregatriz, la dicen otro tanto? Y lo que mas habíades de sentir es, cuando juntos en corrillo dicen que os hallan tan á la mano, que vosotras mismas los rogais, y que hallan mujeres á cuarto de castañas, ó á este papel de á cuarto. ¿No os afrentais de esto? ¿No os caeis muertas de sentimiento? Pues de mí digo que con no ser comprendida en estas leyes, porque ni engaño, ni me pongo en ocasion que me engañen, ni he menester los desengaños, me afrento de manera que quisiera ser poderosa de todas maneras para apartaros de tal vicio, y para defenderos de tales desdichas. ¡Y que nada os obligue á vosotras para libraros de ellas! Pues mirad como esta reina, que pues merecia tener el favor de la Madre de Dios, buena era; pues si siendo buena, tuvo necesidad de que la Madre de Dios la defendiese de un hombre; vosotras en guerra de tantos, y sin su favor, ¿cómo os pensais defender? Volved, volved por vosotras mismas, y ya que no estimais la vida, pues á cada paso la poneis en riesgos, estimad el honor, que no sé qué mujer duerme sosegada en su cama, sabiendo que en los corrillos estan diciendo mal de ella los mismos que debian encubrir su falta, habiendo sido instrumento de que cayese en ella; que en las pasadas edades mas estimacion se hacia de las mujeres, porque estas la tenian de sí mismas, y entónces, como les costaban mas, las aplaudian mas, y los poetas las alababan en sus versos, y no las ultrajaban como ahora, que no se tiene por buen toreador el que no hinca un rejon. Ahora volvamos á Beatriz, que la dejamos elevada y absorta en aquella divina vista, que en lo demas yo pienso que me canso en balde; porque ni las mujeres dejarán de dar ocasion para ser deshonradas, ni los hombres se excusarán de tomarla; porque á las mujeres les huele mal el honor, y á los hombres el decir de ellas bien, y así anda todo de pié quebrado: es la gracia que tienen todos, y todos los tejados de vidrio, y sin temer las pedradas que darán en el suyo, estan tirando piedras á los demas, y de lo que mas me admiro, es del ánimo de las mujeres de esta edad, que sin tener el favor y amparo de la Madre de Dios, se atrevan á fiarse del corazon de los hombres, bosques de espesura, que así los llamó el rey don Alonso el sabio, en lo verdadero, y el dios Momo en lo fabuloso, donde no hay sino leones de crueldades, lobos de engaños, osos de malicias, y serpientes de iras, que siempre las estan despedazando el honor y las vidas, hartando su hambre y sed rabiosa en sus delicadas carnes; que bien delicada es la vida y bien débil el honor, y con ver salir á las otras despedazadas, se entran ellas sin ningun miedo en ellas.

Pues, como digo, estaba Beatriz arrodillada, y tan fuera de sí, mirando aquella divina señora, de quien tan regalada se hallaba, que se estuviera así hasta el fin del mundo, si la santísima Vírgen no le dijera: Vuelve en tí, amiga Beatriz, que es ya tiempo que salgas de aquí, y vayas á volver por tu honor, que aunque padeces sin culpa, eso y tu paciencia es bastante para darte el premio de tus trabajos: quiere mi hijo que sus esposas tengan buena fama; y por eso á muchas á quien el mundo se la ha quitado, aun despues de la última jornada de él permite que con averiguaciones bastantes como las que se hacen en su canonizacion, se la

vuelva el mismo que se la ha quitado; mas de tí quiere que tú la restaures, y quites á tu mismo enemigo el peligro que tiene de condenarse; y á tu esposo y padres, juntos con los dos reyes de Inglaterra y Ungría, la mala opinion en que te tienen. Toma este vestido de varon, y póntele, dejando ahí los dos que te han servido en tus penas é inquietudes, y estas yerbas. Diciendo esto, le dió el vestido y una cestilla de unas yerbas tan frescas y olorosas, que bien parecia que las traia aquella que es vergel cerrado y oloroso; y prosiguió diciendo: Estas no se te marchitarán jamas, sino que siempre las hallarás como te las doy: vete á Ungría, donde por voluntad y permision de mi Hijo todos padecen de una cruel peste que ha dado, tal que no vale la diligencia de los médicos humanos para reservar á los tocados de ella de la muerte; solo á tí, por medio de estas yerbas es otorgado el poder; mas ha de ser de este modo, que el herido de este mal que quisiere ser sano, se ha de confesar de todos sus pecados, sin reservar ninguno, por feo que sea, delante de tí y otra persona que tú señalares; y hecho esto, habiendo sacado el zumo de esta yerba, le darás á beber una sola gota, con que al punto quedará sano; mas advierte, y así lo hagas tú á los que curares, que en dejando de confesar algun pecado, ó por vergüenza ó malicia, al punto que beba el salutífero y suave licor, le será riguroso veneno que le acabará la vida con gran peligro de su alma. Levantóse Beatriz oido esto, y quitándose el saco de jerga, se puso el vestido, y llevando el arreo que se quitaba á la cueva, le puso en el lugar que le habia hallado, y despidiéndose de aquella morada con tierno sentimiento, tomó su cestilla acompañada de su gloriosa defensora, quien tomándola por la mano la sacó de entre las peñas, y la puso en el camino, enseñándola por dónde habia de ir, y abrazándola y dándola su bendicion, y ella arrodillada, con muchas lágrimas, por apartarse de aquella celestial señora, la besó los piés con tal sentimiento, que no se quisiera quitar jamas de ellos, pidiéndola que siempre la amparase; y la santísima Vírgen, ya que se queria partir, la dijo: Anda, hija, con la bendicion de Dios y mia, y sanarás á todos los que hicieren lo que he dicho, en el nombre de Jesus, mi amado hijo; y dejándosela así arrodillada, se desapareció, quedando la santa reina tan enternecida de que se hubiese partido de ella, que no acertaba á levantarse, ni quitar la boca del lugar adonde habia tenido sus gloriosos piés; y así estuvo un buen espacio, hasta que viendo ser justo obedecer lo que le habia mandado, se levantó y empezó á caminar.

Como fuese entrando por el reino de Ungría, era cosa maravillosa de ver la gente que sanaba, así de un sexo como del otro; tanto que á pocos dias volaba su fama por todo el reino, llamándole el médico milagroso, hasta que llegó á la misma ciudad donde residia la corte, la cual halló en mas aprieto que las demas que habia andado, tanto porque como allí habia mas gente, y el mal estaba apoderado de los mas, cuanto porque estaba herido de él el príncipe Federico, en tanto grado que no se tenian esperanzas de su vida, por no aprovecharle los remedios que los médicos le hacian; y como no habia otro heredero, el rey y el reino estaban muy penados. Empezó Beatriz á hacer sus milagrosas curas,

sanando á tantos con ellas, que apenas la dejaban hora para dar algun reposo á su cuerpo, y junto con esto, á no hablarse de otra cosa sino del médico milagroso; unos creyendo ser algun santo, y otros teniéndole por ángel, de suerte que llegaron las nuevas al rey, á quien afirmando todos los que lo sabian que sanaba á tantos, deseoso de la vida de su amado hermano envió por él, y venido, le prometió grandes mercedes si le daba salud. Vamos adonde está, respondió Beatriz, que como el príncipe haga lo que los demas hacen, sanará sin duda. Oido esto por el rey, la tomó por la mano, y la entró adonde estaba Federico en el lecho, tan malo y debilitado que parecia que apenas duraria dos dias. Tenia á la cabecera á su mágico doctor y amigo, que de dia ni de noche se apartaba de él, y si bien habia ya hecho las prevenciones que todo cristiano debe hacer para partir de esta vida, habian sido tan falsas, como quien habia prometido á su doctor no decir ni aun al confesor el secreto que los dos sabian. Pues viéndole el rey tan fatigado, le dijo : Animo, amado hermano mio, que aquí tienes el milagroso médico, que te dará con el favor de Dios la vida, como la ha dado á cuantos en todo el reino padecian de este mal. Alentóse Federico, y poniendo en Beatriz los ojos, le dijo : Haz tu oficio, doctor, que si me sanas, prometo hacerte el mayor señor de Ungría. Hemos menester, dijo á esta sazon el mágico, saber en qué virtud curas, si es por ciencia, ó por yerbas ó palabras. ¿ Pues tú, respondió Beatriz, que tanto sabes, ignoras en qué virtud curo ? En la de Dios, que puede mas que tu falsa mágica. Calló el mágico oido esto, y Beatriz, volviéndose á Federico, le dijo : ¿ Sabes, príncipe, lo que has de hacer para que te aproveche el remedio que te he de dar? No, dijo Federico. Adviérteme de todo, porque no pierda la cura por ignorar lo que se ha de hacer. Pues tú has de confesarte de todos tus pecados, sin dejar ninguno por vergüenza ni malicia delante del rey tu hermano y de mí : mas mira, príncipe, lo que haces, que si no te confiesas de todo, y te queda alguno, en lugar de vivir morirás. ¡ Gran misterio de Dios, que estaba hablando con los mismos que la perseguian, sin ser conocida de ninguno, y del mágico menos! Pues viendo Federico que habia nombrado al rey, vuelto á su doctor, le dijo : Ya ves, doctor, que no puede ser menos : da lugar para que haga lo que este buen hombre dice que he de hacer. Rióse el doctor, y volviéndose á Federico, le dijo : ¿ Pues cómo, príncipe, te olvidas que me tienes prometido, como quien eres, de no apartarte de mí ? ¿ Será justo que un rey quiebre su palabra? Segun esto, ni yo puedo irme ni tú enviarme. Mira esto, hombre, cómo ha de ser, que menos que hecho pedazos no cederé del derecho que tengo á tu promesa. Mudo quedó Federico, sin saber qué responder á lo que el doctor hablaba, viendo que decia verdad. A lo que Beatriz respondió, inspirada del cielo : Estáte quedo, engañador, no te vayas, que poco importa que estés presente, pues tú siempre lo estás á todo; mas por esta vez no te valdrán tus astucias ni saber, que hay quien sabe mas que tú.

Con esto sentándose el rey y Beatriz, y el doctor, Federico se confesó de todos sus pecados, excepto de las traiciones tocantes á la reina, estando muy contento el mágico, viendo cómo observaba el príncipe lo

que le tenia prometido, quien luego que acabó, y dijo no tener mas que decir, viendo Beatriz que era diferente, le dijo: ¿No tienes mas que decir? No, dijo Federico. ¿No? replicó Beatriz. Pues mira lo que haces hasta darte el licor: yo te lo daré, que en esta vasija le tengo; mas advierte que si te dejas alguna cosa, por mínima que sea, en el mismo punto que le bebas, no solo perderás la vida, mas tambien el alma. Tembló oyendo esto Federico, y volviéndose al rey le dijo: Hermano mio, prometedme, como rey, perdonarme lo que hubiere cometido contra vos, y otorgadme la vida, que menos que con esto no puedo hacer lo que este buen hombre pide. Yo, hermano amado, dijo el rey, os perdono, aunque hubiérades tratado de quitarme la vida, y os otorgo la vuestra, y quiera Dios que obrando este milagroso remedio, la tengais por muchos años. Pues, doctor amigo, dijo Federico, vuelto al mágico, perdona, que morir y condenarme son dos males terribles; y no es razon que, por guardarte á tí la promesa que te hice loco, pierda la vida del alma y cuerpo, cuando estoy cuerdo. ¿De esa manera cumples lo que prometes? dijo el mágico. ¿Qué esperanzas darás á tus súbditos para cuando seas rey? Y yo me quejaré de tí, y te infamaré por todo el mundo de perjuro. Mas importa el alma y la vida, dijo Federico, y sin aguardar á mas preguntas ni respuestas, declaró todo lo que tocaba á la reina, diciendo como habia sido quien la habia enamorado y perseguido, y como ella por librarse de él le habia encerrado en la jaula de hierro; cómo habia fingido con el saber del doctor las cartas, estando en la casa del duque; cómo la habia querido forzar ántes de matarla en la fuente; cómo le habia muerto el niño príncipe en casa del emperador, y cómo estando para degollarla se habia desaparecido; lo que habia oido del caballero de casa del emperador que habia venido á que no se ejecutase la justicia, porque el niño habia resucitado; cómo la habia hallado con los ojos, siendo cierto que los monteros se los habian sacado; y cómo por mas que habian procurado saber qué se habia hecho, no lo habian podido alcanzar, ni el doctor con su saber, ni él con sus diligencias; y cómo tenian intencion de matar al rey, porque si en algun tiempo pareciese no los castigase. Finalmente no dejó cosa que no la descubriese, lo que visto por Beatriz, dándole la abujeta del licor, al punto quedó sano.

Como el rey, que atento estaba á lo que su hermano decia, se enterase de la inocencia de la reina, y lo que habia pasado de trabajos y persecuciones, y no supiese dónde la hallarian para pedirla perdon, y volverla al estado que merecia, llorando tiernamente le dijo: ¡Ay, Federico (que no te quiero llamar hermano, que no han sido tus obras de serlo); y cómo fuiste cuerdo en pedirme la vida, que á no habértela prometido, una muerte fuera pequeño castigo, pues si pudiera darte mil, no lo dejara por ningun peligro que me pudiera venir! No parezcas miéntras yo viviere ante mis ojos, que no quiero ver con ellos la causa de las lágrimas que estan vertiendo los mios. ¡Ay mi amada Beatriz, y cómo si, considerándote culpada, aun no ha entrado alegría en mi triste corazon por haber perdido tu amada compañía; cómo desde hoy moriré viviendo, sin que estas lágrimas que vierto jamas se enjuguen de mis penosos ojos!

¡Ay santa mártir! Perdona mi mal juicio en dar crédito contra tu virtud á tal traicion: ¿mas cómo no me habia de engañar si mi propio hermano te desacreditaba con tan aparentes maldades? Decia el rey estas lástimas con tanto sentimiento, que viendo Beatriz que ya era tiempo de darse á conocer, le dijo: Sosiégate, Ladislao, no te desconsueles tanto, que aquí está Beatriz; yo soy la que tantas deshonras y desdichas ha padecido, y por quien tus ojos estan vertiendo esas lágrimas. Apenas la reina dijo esto, cuando se vió, y la vieron todos con los reales vestidos que sacó de palacio cuando la llevaron á sacar los ojos, y que se habian quedado en la cueva, sin faltar ni una joya de las que le quitaron los monteros, tan entera en su hermosura como ántes, sin que el sol ni el aire, aunque estuvo ocho años en la cueva, la hubiesen ajado un punto de su belleza; observando todos cuantos en la sala estaban, que eran muchos (por cuanto al llanto que el rey hacia habian entrado todos los caballeros que fuera estaban, creyendo que Federico habia muerto), como la Madre de Dios, Reina de los ángeles y Señora nuestra, tenia puesta su divina mano sobre el hombro derecho de la hermosa reina Beatriz; á cuya celestial y divina vista el doctor, que sentado en una silla estaba cerca de la cama de Federico, dando un grande estallido, como si un tiro de artillería se disparara, daba grandes voces, diciendo: Venciste, María, venciste; ya conozco la sombra que amparaba á Beatriz, que hasta ahora estuve ciego; y desapareció, dejando la silla llena de espeso humo; siendo la sala un asombro y un caos de confusion; porque á la parte que estaba Beatríz con su divina Defensora era un resplandeciente paraíso, y á la que el falso doctor y verdadero demonio, una tiniebla y obscuridad. Arrodillóse el rey, y Federico, que ya habia saltado de la cama, á los piés de Beatriz, y todos cuantos estaban en la sala de la misma suerte, besándola los piés y la tierra en que los tenia. ¡Quién oyera á Ladislao las ternezas que la decia, pidiéndola perdon del descrédito que contra su virtud habia tenido! ¡Quién viera á Federico, suplicándola le perdonase, confesando á voces su traicion! ¡Quién mirara á sus damas, que á las voces y tronidos del demonio habian salido con tiernas lágrimas, besándola unas las manos, y otras las ropas; y todos con tanto contento, cuanto habia sido la pena que habian tenido de sus desdichas! No hay que decir sino que parecia un género de locos de contentos.

Levantó Beatriz á su esposo y cuñado juntos, abrazándolos de la misma suerte, y luego á todos los demas, uno por uno. Salió la voz de la venida milagrosa de la reina, sabiéndose como era el doctor que habia dado la vida á todos, y corrian como fuera de juicio á palacio, tanto que fué necesario que saliese donde de todos fuese vista, porque daban voces que les dejasen ver su reina; y así como la dejó entre el concurso dicho la Reina del cielo, habia desaparecido. Bien quisiera Ladislao tornar á gozar entre los hermosos brazos de su esposa las glorias que habia perdido en su ausencia; mas ella no lo consintió, diciéndole que ya no habia reino ni esposo en el mundo para ella, que al Esposo celestial y al reino de la gloria solo aspiraba; que no la tratase de volver á ocasionarle mas desdichas de las padecidas: y como esta debia de ser la voluntad divina, no la replicó

mas el rey, ni trató de persuadirla lo contrario; porque inspirado de Dios, se determinó á seguir los pasos y camino de Beatriz, que sin querer hacer noche en palacio, llevando consigo todas las damas que quisieron ser sus compañeras, se fué á un convento, donde tomaron todas el hábito de religiosas, dándola licencia el rey para ello, donde vivió santamente hasta que fué de mucha edad. El rey Ladislao envió luego á Inglaterra las nuevas con embajadores fidedignos, enviando por la infanta Isabela para mujer de Federico, quien era hermana de Beatriz, y muy niña cuando ella vino á Ungría, y no menos hermosa que su hermana, á la que los reyes sus padres quisieron traer ellos mismos, por ver de camino á Beatriz; y venidos se celebraron las bodas de Federico y la infanta Isabela con grandes fiestas de los dos reinos, y acabadas, ántes que los reyes de Inglaterra se volviesen, el rey Ladislao traspasó y cedió el reino á su hermano; y habiéndole dado la investidura, y jurádole los vasallos, tomó el hábito del glorioso san Benito, donde siguiendo los pasos de su santa esposa, fué á prevenirse el lugar en el cielo. Habiendo vivido santamente, murió muchos años ántes que Beatriz, la cual ántes de su muerte escribió ella misma su vida como aquí se ha dicho, con nombre de desengaño; porque en él ven las damas lo que deben temer, pues por la crueldad y porfía de un hombre ¿padeció tantos trabajos la reina Beatriz, la que en toda Italia es tenida por santa, donde ví su vida manuscrita, estando allá con mis padres. Y advierto esto, porque si alguno hubiere oido algo de esta reina, será como digo, mas no impresa, ni manoseada de otros ingenios; y como se ha propuesto que estos desengaños han de ser sobre casos verdaderos, fuerza es que alguno los haya oido en otras partes, mas no como aquí va referido.

Con tanto gusto escuchaban todos el desengaño que doña Estefanía refirió, que aunque largo, no causó hastío al gusto, ántes quisieran que durara mas: y si bien don Diego, por llegarse á ver dueño de la belleza de Lisis, deseada tan largo tiempo, quisiera que los desengaños de aquella noche fueran mas cortos, las dos desengañadoras, como era la penúltima, de propósito los previnieron mas largos, y no le hacian poco favor en dilatarle la pena que en lugar de gusto le estaba prevenida por fin de la fiesta, pues en esta penosa vida no le hay cumplido; porque como nos vamos acercando mas al fin, como el que camina, que andando un dia una jornada, y otro dia otra, viene á llegar al lugar adonde enderezó su viage; así este triste mundo va caminando, y en las desdichas que en él suceden, parece que se va acercando á la última jornada. Pues viendo doña Isabel que la discreta Lisis trocaba asientos con doña Estefanía, por ser la penúltima que habia de desengañar, cantó sola este soneto, de un divino entendimiento de Aragon, hecho á una dama, á quien amaba por fama sin haberla visto, y ella se excusaba de que la viese, por no desengañarle del engaño que podia padecer en su hermosura; si bien le desengañaba por escrito, diciéndole que era fea, por quitarle el deseo que tenia de verla; y se le habia dado Lisis á doña Isabel para que le cantase en esta ocasion, por no darle fin trágico, aunque el héroe que lo hizo le merecia por haberse embarcado en el Letéo.

Amar sin ver, facilidad parece,
  Que contradice efectos al cuidado;
  Pero quien del ingenio se ha pagado,
  De mas amante crédito merece.
El que á la luz que el tiempo desvanece
  Solicita lascivo el dulce agrado,
  Apetito es su amor, que desdichado
  Con el mismo deleite descaece.
Amarilis, si viendo tu hermosura,
  Rindiera su beldad tiernos despojos,
  Sujetara á los años mis sentidos.
Mi amor, porcion del alma se asegura,
  Y huyendo la inconstancia de los ojos,
  Se quiso eternizar en los oidos.

NOCHE DÉCIMA.

DESENGAÑO DECIMO.

ESTRAGOS QUE CAUSA EL VICIO.

Ya cuando doña Isabel acabó de cantar estaba la divina Lisis sentada en el asiento del desengaño, habiéndola honrado todos cuantos habia en la sala, damas y caballeros, como á presidente del sarao, con ponerse en pié, haciéndola cortés reverencia, hasta que se sentó, y todo lo merecia su hermosura, su entendimiento y su valor; y habiéndose vuelto todos á sentar, con gracia nunca vista empezó de esta suerte.

Estaréis, hermosas damas y discretos caballeros, aguardando á oir mi desengaño con mas cuidado que los demas, por esperarle mejor sazonado, mas gustoso, con razones mas bien dispuestas, y habrá mas de dos que dirán entre sí: ¿Cuándo ha de desengañar la bien entendida, ó la bachillera, que de todo habrá; la que quiere defender á las mujeres, la que pretende enmendar á los hombres, y la que pretende que no sea el mundo el que siempre ha sido? Porque los vicios nunca se envejecen, siempre son mozos y en los mozos de ordinario hay vicios; los hombres son los que se envejecen en ellos, y una cosa á que se hace hábito jamas se olvida; y yo como no traigo propósito de canonizarme por bien entendida, sino por buena desengañadora, es lo cierto que ni en lo hablado ni en lo que hablaré he buscado razones retóricas ni cultas; porque ademas de ser un lenguage que con el extremo posible aborrezco, querria que me entendiesen todos, el culto y el lego, porque como todos estan ya declarados por enemigos de las mujeres, contra todos he publicado la guerra; y así he procurado hablar en el idioma que mi natural me enseña, y aprendí de mis padres; que lo demas es una sofistería en que han dado los escritores por diferenciarse de los demas; y dicen á veces cosas que ellos mismos no las entienden, y cómo las entenderán los demas, si no es diciendo, como algunas veces me ha sucedido á mí, que cansando el sentido por saber qué quiere decir, y no sacando fruto de mi fatiga, digo: Muy bueno debe de ser, pues yo no lo entiendo. Así, noble auditorio, yo me he puesto aquí á desengañar á las damas, y á persuadir á los caballeros que

no las engañen; y ya que esto sea por ser ancianos en este vicio, pues ellos son los maestros de los engaños, y han sacado en las que los militan buena disciplina, no digan mal de la ciencia que ellos enseñan. De manera que aquí me he puesto á hablar sin engaño, y yo misma he de ser el mayor desengaño, porque seria morir del engaño, y no vivir del aviso, sí desengañando á todas me dejase yo engañar. Animo, hermosas damas, que hemos de salir vencedoras. Paciencia, discretos caballeros, que habeis de quedar vencidos, y habeis de juzgar á favor que las damas os venzan. Este es el desafío de una á todos, y de cortesía por lo menos me habeis de dar la victoria, pues tal vencimiento es quedar mas vencedores. Claro está que siendo como sois nobles y discretos, por mi deseo, que es bueno, habeis de alabar mi trabajo, aunque sea malo, no embote los filos de vuestro entendimiento este parto pobre y humilde mio; y así, pues no os quito, y os doy, ¿qué razones habrá para que entre las grandes riquezas de vuestros heróicos discursos no halle lugar mi pobre jornalejo? Y supuesto que, aunque moneda inferior, es moneda, y vale algo, por humilde no la habeis de pisar: luego si merece tener lugar entre vuestro grueso caudal, ya os venceis, y me haceis vencedora.

Ved aquí, hermosas damas, como quedando yo con la victoria de este desafío, le habeis de gozar todas, pues por todas peleo. ¡O quién tuviera el entendimiento como el deseo, para saber defender á las hembras, y agradar á los varones! Y que ya que os diera el pesar de venceros, fuera con tanta erudicion y gala, que le tuviérades por placer, y que obligados de la cortesía, vosotros mismos os rindiérades mas. Si es cierto que todos los poetas tienen parte de divinidad, quisiera que la mia fuera tan del empíreo, que os obligara sin enojaros; porque hay pesares tan bien dichos, que ellos mismos se diligencian el perdon. De todas estas damas habeis llevado la reprehension, aunque con temor, porque creo que no estan aun bien desengañadas de vuestros engaños; y de mí la llevaréis, saliendo triunfadora, porque pienso que no os habré menester sino para decir bien ó mal de este sarao; y en eso hay poco perdido, si no le vale, como he dicho, vuestra cortesía; porque si fuere malo, no ha de perder el que le sacare á luz, pues le comprarán siquiera para decir mal de él; y si bueno, él mismo se hará lugar, y se dará el valor. Si le tuvieren por bachillería, no me negaréis que no va bien perfeccionado, y mas no habiéndome ayudado del arte, que es mas de estimar, sino de este natural que me dió el cielo. Yo os advierto que escribo sin temor; porque como jamas me han parecido mal las obras agenas, de cortesía se me debe que parezcan bien las mias, y no solo de cortesía, mas de obligacion. Doblemos aquí la hoja, y vaya de desengaño, que al fin se canta la gloria, y voy segura de que me habeis de cantar la gala.

Estando la católica y real magestad de Felipe tercero el año de mil seiscientos diez y nueve en la ciudad de Lisboa, en el reino de Portugal, sucedió que un caballero, gentilhombre de su real cámara (á quien llamarémos don Gaspar, bien fuese así su nombre, ó bien lo sea supuesto, pues así lo oí, ó á él mismo, ó á personas que le conocieron, que en esto de los nombres pocas veces se dice el mismo), fué á esta jornada acom-

pañando á su magestad. Era galan, noble, rico, y con todas las prendas que se pueden desear, y mas en un caballero, pues como la mocedad trae consigo los accidentes de amor, miéntras dura su flor no tratan los hombres de otros ministerios, y mas cuando van á otras tierras extrañas de las suyas, quienes por ver si las damas de ellas se adelantan en gracias á las de su tierra, luego tratan de calificarlas, haciendo empleo de su gusto en alguna que los saque de esta duda. Así don Gaspar, que parece iba solo á esto, á muy pocos dias que estuvo en Lisboa hizo eleccion de una dama, sino de lo mas acendrado en calidad, por lo menos de lo mas lindo que para sazonar el gusto pudo hallar; y esta fué la menor de cuatro hermanas, que con recato (por ser en esto las portuguesas muy miradas) trataban de entretenerse y aprovecharse, pues ya que las personas no sean castas, es gran virtud ser cautas, porque en lo que mas pierden los de nuestra nacion, tanto hombres como mujeres, es en la ostentacion que hacen de los vicios, y es el mal que apenas hace una mujer un yerro, cuando ya se sabe, y á muchas que no lo hacen se le acumulan. Estas cuatro hermanas que digo vivian en un cuarto tercero de una casa muy principal, y los demas de ella estaban ocupados de buena gente, y ellas no en muy mala opinion: tanto que para que don Gaspar no se la quitase, no la visitaba de dia, y para entrar de noche tenia llave de un postigo de una puerta trasera; de forma que aguardando á que la gente se recogiese y las puertas se cerrasen, que de dia estaban entrambas abiertas, por mandarse los vecinos por la una y la otra, abria con su llave, y entraba á ver á su prenda sin nota ni escándalo de la vecindad.

Poco mas de quince dias habia gastado don Gaspar en este empleo, sino enamorado, á lo menos satisfecho de la belleza de esta dama; cuando una noche, que por haber estado jugando fué algo mas tarde que las demas, le sucedió un portentoso y raro caso, que parece fué anuncio de los que en aquella ciudad le sucedieron despues, y fué que habiendo despedido un criado que siempre le acompañaba, por ser de quien fiaba entre todos los que le asistian á las travesuras de sus amores, abrió la puerta, y parándose á cerrarla por de dentro, como hacia otras veces, en una cueva que en el mismo portal estaba, no trampa en el suelo, sino puerta levantada en arco, con unas berjas menudas, y que siempre estaba sin llave, por ser para toda la vecindad que en aquel cabo de la casa moraban, oyó unos ayes dentro tan bajos y lastimosos, que no dejó de causarle por primera instancia algun horror, si bien ya mas recobrado juzgó seria algun pobre, que por no tener donde albergarse aquella noche se habia entrado allí, y que se lamentaba de algun dolor que padecia. Acabó de cerrar la puerta, y subiendo al cuarto de su dama (por satisfacerse de su pensamiento, ántes de hablar una sola palabra en razon de su amor), pidió una luz, y con ella tornó á la cueva, y con grande ánimo, al fin como quien era, bajó los escalones, que no eran muchos, y entrando en ella, vió que no era muy espaciosa, porque desde el fin de los escalones se podia bien señorear lo que habia en ella, que no era mas de las paredes; y espantado de verla desierta, y que no estaba en ella el dueño de los penosos gemidos que habia oido, mirando por todas par-

tes, como si hubiera de estar escondido en algun agujero, advirtió á una parte de ella mullida la tierra, como que habia poco tiempo que la habian cavado, y habiendo visto de la mitad del techo colgado un garabato, que debia de servir de colgar en él lo que se ponia á remediar del calor, tirando de él le arrancó y empezó á arañar la tierra para ver si acaso descubria alguna cosa; y á poco trabajo que puso, por estar la tierra muy movediza, vió que uno de los hierros del garabato habia hecho presa, y se resistia de tornar á salir; puso mas fuerza, y levantándolo hácia arriba, asomó la cara de un hombre, por haberse clavado el hierro por debajo de la barba, no porque estuviese apartada del cuerpo, que á estarlo la sacara de todo punto.

No hay duda sino que tuvo necesidad don Gaspar de todo su valor para sosegar el susto, y tornar la sangre á su propio lugar, que habia ido á dar favor al corazon, que desalentado del horror de tal vista, se habia enflaquecido Soltó la presa, que se tornó á sumir en la tierra, y allegando con los piés la que habia apartado, se tornó á subir arriba, dando cuenta á las damas de lo que pasaba, que cuidadosas de su tardanza le esperaban, de que no se mostraron poco temerosas, tanto que aunque don Gaspar quisiera irse luego, no se atrevió, viendo su miedo, á dejarlas solas; mas no pudieron acabar con él que se acostase como otras veces, no de temor del muerto, sino de empacho y respeto, que cuando nos alumbran de nuestras ceguedades los sucesos agenos, y mas tan desastrados, demasiada desvergüenza es no atemorizarse de ellos, y por respeto del cielo, pues á la vista de los muertos no es razon pecar los vivos. Finalmente la noche la pasaron en buena conversacion, dando y tomando sobre el caso, pidiéndole las damas modo y remedio para sacar de allí aquel cuerpo, que estaba lamentándose como si tuviera alma. Era don Gaspar noble, y temiendo no les sucediese á aquellas mujeres algun riesgo, obligado de la amistad que tenia con ellas, á la mañana cuando se quiso ir, que fué luego que la aurora empezó á mostrar su belleza, les prometió que á la noche daria órden para sacarlo de allí, y que se le diese tierra sagrada, que eso debia de pedir con sus lastimosos gemidos; y como lo dispuso, fué irse al convento mas cercano, y conferenciando con el superior de los religiosos, en confesion le contó todo cuanto le habia sucedido, que acreditó con saber el religioso quién era, porque la nobleza trae consigo el crédito; y aquella misma noche del siguiente dia fueron con don Gaspar dos religiosos, y traida luz, que la mayor de las cuatro hermanas trajo, por ver el difunto, á poco que cavaron, pues apenas seria vara y media, descubrieron el triste cadáver, y sacándolo fuera, vieron que era un mozo que aun no llegaba á veinte y cuatro años, vestido de terciopelo negro y ferreruelo de bayeta; porque nada le faltaba del arreo, pues hasta el sombrero tenia allí, con su daga y espada, y en las faltriqueras, en la una un lienzo, unas horas, y el rosario, y en la otra unos papeles, entre los cuales estaba la bula; mas por los papeles no pudieron saber quién fuese, por ser letra de mujer, y no contener otra cosa mas de finezas amorosas, y la bula aun no tenia asentado el nombre, por parecer tomada aquel dia, ó por descuido que es lo mas cierto. No tenia herida alguna, ni pa-

recia estar muerto de mas de doce ó quince dias. Admirados de todo esto, y mas de oir á don Gaspar que le habia oido quejar, le acomodaron en una caja, que para esto llevaba el criado de don Gaspar, y habiéndose la dama vuelto á subir á su cuarto, se le cargó al hombro uno de los religiosos, que era lego, y caminaron con él al convento, haciéndoles guarda don Gaspar y su confidente, donde le enterraron, quitándole el vestido y lo demas, en una sepultura que ya para el caso estaba abierta, supliendo don Gaspar este trabajo de los religiosos con alguna cantidad de doblones, para que se dijesen misas por el difunto, á quien habia dado Dios lugar de quejarse para que la piedad de este caballero le hiciese este bien.

Bastó este suceso para apartar á don Gaspar de aquella ocasion en que se habia ocupado; no porque imaginase que tuviesen las hermanas culpa, sino porque juzgó que era aviso de Dios, para que se apartase de casa donde tales riesgos habia, y así no volvió mas á ver las hermanas, aunque ellas lo procuraron, diciendo se mudarian de la casa: y asimismo atemorizado de este suceso, por algunos dias resistió los impulsos de la juventud, sin querer emplearse en lances amorosos, en donde tales peligros hay, y mas con mujeres que tienen por renta el vicio, y por caudal el deleite, pues de estas no se puede sacar sino el motivo que han tomado los hombres para no decir bien de ninguna, y sentir mal de todas; mas al fin, como la mocedad es caballo desenfrenado, rompió las ataduras de la virtud, sin que estuviese en manos de don Gaspar dejar de perderse, si así se puede decir; pues á mi parecer, ¿qué mayor perdicion que enamorarse? Fué el caso que en uno de los suntuosos templos que hay en aquella ciudad, un dia que con mas devocion y descuido de amar y ser amado estaba, vió la divina belleza de dos damas, de las mas nobles y ricas de la ciudad, que entraron á oir misa en el mismo templo donde don Gaspar estaba, tan hermosas y niñas que á su parecer no se llevaban un año la una á la otra; y si bien habia suficiente caudal de hermosura en las dos para amarlas á entrambas, como el amor no quiere compañía, escogieron los ojos de nuestro discreto caballero la que le pareció de mas perfeccion, y no escogió mal, porque la otra era casada. Estuvo absorto, despeñándose mas y mas en su amor miéntras oyeron misa, que acabada, viendo se querian ir, las aguardó á la puerta; mas no se atrevió á decir nada, por verlas cercadas de criados, y porque en un coche que llegó á recibirlas venia un caballero portugués, galan y mozo, aunque robusto, y que parecia segun su presencia no ser hombre de burlas.

La una de las damas se sentó al lado del caballero, y la que don Gaspar habia elegido por dueño á la otra parte, de que no se alegró poco en verla sola, y deseoso de saber quién era, detuvo un page, á quien le preguntó lo que deseaba, y le respondió que el caballero era don Dionis de Portugal, y la dama que iba á su lado su esposa, y que se llamaba doña Magdalena, que habia poco que se habia casado; que la que se habia sentado en frente se llamaba doña Florentina, y era hermana de doña Magdalena. Despidióse con esto el page, y don Gaspar muy contento de que fuesen personas de tanto valor, ya determinado de amar, servir y agradar á doña Florentina, y de diligenciarla para esposa (con

tal rigor hace amor sus tiros cuando quiere herir de veras), mandó á su fiel criado y secretario que siguiese el coche, para saber la casa de las dos bellísimas hermanas. En tanto que el criado fué á cumplir, ó con su gusto, ó con la fuerza que en su pecho hacia la dorada saeta con que amor le habia herido dulcemente (que este tirano enemigo de nuestro sosiego tiene unos repentinos accidentes, que si no matan, privan del juicio á los heridos de su dorado harpon), estaba don Gaspar entre sí haciendo muchos discursos: ya le parecia que no hallaba en sí méritos para ser admitido de doña Florentina, y con esto desmayaba su amor, de tal suerte que se determinaba dejarle morir en su silencio; y ya mas animado, haciendo en él la esperanza las fuerzas que con sus engañosos gustos promete, le parecia que apenas la pediria por esposa, cuando le fuese concedida, sabiendo quién era, y cuan estimado vivia cerca de su rey: y como este pensamiento le diese mas gusto que los demas, se determinó á seguirle, enlazándose mas en el amoroso enredo, con verse tan valido de la mas que mentirosa esperanza, que siempre promete mas que da, y somos tan bárbaros que conociéndola vivimos de ella. En estas quimeras estaba cuando llegó su confidente, y le informó del cielo donde moraba la deidad que le tenia fuera de sí, y desde aquel mismo punto empezó á perder tiempo, y gastar pasos tan sin fruto, porque aunque continuó muchos dias la calle, era tal el recato de la casa, que en ninguno alcanzó á ver, no solo á las señoras, mas ni criada alguna, con haber muchas, aunque buscaba las horas mas dificultosas como las mas fáciles. La casa parecia encantada, en las rejas habia menudas y espesas celosías, y en las puertas fuertes y seguras cerraduras; y apenas era una hora de noche, cuando ya estaban cerradas y todos recogidos; de manera que si no era cuando salian á misa, no era posible verlas, y aun entónces pocas veces iban sin ir acompañadas de don Dionis: con que todos los intentos de don Gaspar se desvanecian; solo con los ojos en la iglesia daba á entender su cuidado á la dama; mas ella no hacia caso, ó no atendia á ellos.

No dejó en este tiempo de ver si por medio de algun criado podia conseguir algo de su pretension, procurando con oro asestar tiros á su fidelidad; mas como era castellano, no halló en ellos lo que deseaba, por la antipatía que esta nacion tiene con la nuestra, que con vivir entre nosotros son nuestros enemigos. Con estos estorbos se enamoraba mas don Gaspar, y mas el dia que veia á Florentina, que no parecia sino que los rayos de sus ojos hacian mayores suertes en su corazon, y le parecia que quien mereciese su belleza habria llegado al *non plus ultra* de la dicha, y que podria vivir seguro de celosas ofensas, estando bien triste, sin saber qué hacerse, ni qué medios poner en su cuñado para que se la diese por esposa, temiendo la oposicion que hay entre portugueses y castellanos. Poco miraba Florentina en don Gaspar, aunque habia bien que mirar en él, porque aunque, como he dicho, en la iglesia podia haber notado su asistencia, le debia de parecer que era deuda debida á su hermosura; que pagar el que debe no merece agradecimiento. Mas de dos meses le duró á don Gaspar esta pretension, sin tener mas esperanzas de salir con

ella que las dichas. ¿Y si la dama no sabia la enfermedad del galan, cómo podia aplicar el remedio? y creo que aunque lo supiera no se le diera, porque llegó tarde. Vamos al caso, que es como sigue: una noche, poco ántes que amaneciese, venian don Gaspar y su criado de una casa de conversacion, pues aunque pudiera con la ostentacion de señor traer coche y criados, como mozo y enamorado picaba en muy esforzado, y gustaba mas de andar asi, procurando con algunos entretenimientos divertirse de sus amorosos cuidados, cuando pasando por la calle donde vivia Florentina, que ya que no veia la perla se contentaba con ver la caja, al entrar por la calle, por ser la casa á la salida de ella, con el resplandor de la luna, que aunque iba alta, daba claridad, vió tendida en el suelo una mujer, á quien el oro de sus atavíos, cuyos vislumbres con los de divina competencia la calificaban de porte, que con desmayados alientos se quejaba, como si ya quisiera despedirse de la vida. Mas sustos creo que le dieron estos á don Gaspar, que no los que oyó en la cueva, no de pavor, sino de compasion, y llegándose á ella para informarse de su necesidad, la vió toda bañada en sangre, de que todo el suelo estaba hecho un lago, y su macilento y hermoso rostro, aunque desfigurado, daba muestras de su divina belleza, y tambien de su cercana muerte.

Tomóla don Gaspar por sus hermosas manos, que parecian de mármol en lo blanco y elevado; y estremeciéndola la dijo: ¿Qué teneis, señora mia, ó quién ha sido el cruel que así os puso? A cuya pregunta respondió la desmayada señora, abriendo los ojos, y conociéndole castellano, y alentándose mas con esto de lo que podia, en lengua portuguesa le dijo: ¡Ay, caballero! por la pasion de Cristo, y por lo que debeis á ser quien sois, y á ser castellano, que me lleveis adonde procureis antes que muera darme confesion, que ya que pierdo la vida en la flor de mis años, no querria perder el alma, que la tengo en gran peligro. Tornóse á desmayar dicho esto, lo que visto por don Gaspar, y que la triste dama daba indicios mortales, entre él y el criado la levantaron del suelo, y acomodándosela á este en los brazos, de manera que la pudiese llevar con mas alivio, para quedar él desembarazado, por si encontraban gente, ó la justicia, caminaron lo mas aprisa que podian á su posada, que no estaba muy lejos, donde llegados sin estorbo alguno, fueron recibidos de los demas criados y una mujer que cuidaba de su regalo, y poniendo el desangrado cuerpo sobre su cama, envió uno por un confesor, y otro por un cirujano; y hecho esto, entró donde estaba la linda dama, á quien tenian cercada los demas, y la criada con una bujía encendida en la mano, que á este punto habia tornado en sí, y estaba pidiendo confesion, porque se moria: á quien la criada consolaba, animándola á que tuviese valor, pues estaba en parte donde cuidarian de darla remedio al alma y cuerpo. Llegó pues don Gaspar, y poniendo los ojos en el ya casi difunto rostro, quedó como los que ven visiones ó fantasmas, sin pestañear, ni poder con la lengua articular palabra alguna, porque no vió menos que á su adorada y hermosa Florentina; y no acabando de dar crédito á sus mismos ojos, los cerraba y abria, y tornándolos á cerrar, los tornaba de nuevo á abrir, por ver si se engañaba; y viendo que no

era engaño, empezó á dar lugar á las admiraciones, no sabiendo qué decir de tal suceso, ni qué causa podria haber dado para que una señora tan principal, recatada y honesta, estuviese del modo que la veia, y en la parte que la habia hallado; mas como vió que por entónces no estaba para saber de ella lo que tan admirado le tenia, porque la herida dama ya se desmayaba y ya tornaba en sí, puso treguas á sus deseos, callando quién era, por no advertir á los criados de ello.

Vino en esto el criado con dos religiosos, y de allí á poco el que traía al cirujano, y para dar primero remedio al alma, se apartaron todos; mas Florentina estaba tan desfallecida y desmayada de la sangre que habia perdido y perdia, que no fué posible confesarse; y así por mayor, por el peligro en que estaba, haciendo el confesor algunas prevenciones, y prometiendo, si á la mañana se hallase mas aliviada, confesarse, la absolvió; y dando lugar al médico del cuerpo, acudiendo todos, y los religiosos, que no se quisieron ir hasta dejarla curada, la desnudaron y pusieron en la cama, y hallaron que tenia una estocada entre los pechos de la parte de arriba, que aunque no era penetrante, mostraba ser peligrosa, y lo fuera mas á no haberla defendido algo las ballenas de un justillo que traia: y debajo de la garganta, casi en el hombro derecho otra, tambien peligrosa, y otras dos en la parte de las espaldas, dando señal que teniéndola asida del brazo se las habian dado, que lo que la tenia tan sin aliento era la perdida sangre, que era mucha, porque habia tiempo que estaba herida. Hizo el cirujano su oficio, y al revolverla para hacerlo, se quedó de todo punto sin sentido. En fin, habiéndola tomado la sangre, y don Gaspar contentado al cirujano, avisándole no diese cuenta del caso hasta ver si la dama no moria, contándole de la manera que la habia hallado; por ser el cirujano castellano, de los que habian ido en la tropa con S. M., pudo conseguir lo que pedia, y con órden de que volviese en siendo de dia, se fué á su posada, y los religiosos á su convento. Recogiéronse todos, menos don Gaspar, que no quiso cenar, quedándose en una cama en la misma cuadra en que estaba Florentina. Se fueron los criados á acostar, dejándole allí algunas conservas, bizcochos, agua y vino, por si la dama cobraba el sentido, darla algun socorro.

Idos, como digo, todos, don Gaspar se sentó sobre la cama en que estaba Florentina, y teniendo cerca de sí la luz, se puso á contemplar la casi difunta hermosura, y viendo medio muerta la misma vida con que vivia, haciendo en su enamorado pecho los efectos que amor y piedad suelen causar, con los ojos humedecidos del amoroso sentimiento, tomándola las manos, que tendidas sobre la cama tenia, ya la registraba los pulsos, para ver si acaso vivia; otras, tocándola el corazon, y muchas poniendo los claveles de sus labios en los nevados copos que tenia asidos con sus manos, decia: ¡Ay, hermosísima y malograda Florentina, que quiso mi desdichada suerte que cuando soy dueño de estas deshojadas azucenas, sea cuando estoy tan cerca de perderlas! Desdichado fué el dia que ví tu hermosura y la amé; pues despues de haber vivido muriendo tan dilatado tiempo, sin valer mis penas nada ante tí, que lo que se ignora pasa por cosa que no es, quiso mi desesperada y desdichada

fortuna que cuando te hablé, fuese cuando te tengo mas perdida, y estoy con menos esperanzas de ganarte; pues cuando me pudiera prevenir con el bien de haberte hallado algun descanso, te veo ser despojo de la airada muerte. ¡Qué podré hacer, infelice amante tuyo, en tal dolor, sino serlo tambien en el punto que tu alma desampare tu hermoso cuerpo, para acompañarte en esta eterna y última jornada! ¡Qué manos tan crueles fueron las que tuvieron ánimo para sacar de tu cristalino pecho, donde solo amor merecia estar aposentado, tanta púrpura como los arroyos que te he visto verter! Dímelo, señora mia, que como caballero te prometo de hacer en él la mas rabiosa venganza que cuanto ha que se crió el mundo se haya visto. ¡Mas ay de mí, que ya parece que la airada parca ha cortado el delicado estambre de tu vida, pues ya te admiro mármol helado, esperando verte fuego y blanda cera derretida al calor de mi amor! Pues ten por cierto, ajado clavel y difunta belleza, que te he de seguir, cuando no acabado con la pena, muerto con mis propias manos, con el puñal de mis iras.

Diciendo esto, tornaba á hacer experiencia de los pulsos y del corazon, y tornaba de nuevo y con mas lastimosas quejas á llorar la malograda belleza. Así pasó hasta las seis de la mañana, que á esta hora tornó en sí la desmayada dama, con algo de mas aliento, pues como se le habia restriñido la sangre, tuvo mas fuerza su ánimo y desanimados espíritus; y abriendo los ojos miró, como despavorida, los que la tenian cercada, extrañando el lugar donde se veia, estando ya todos allí, y el cirujano y los dos piadosos frailes; mas volviendo en sí, y acordándose cómo la habia traido un caballero, y lo demas que habia pasado por ella, con debilitada voz pidió que la diesen alguna cosa para cobrar fuerzas, y la sirvieron con unos bizcochos mojados en oloroso vino, por ser alimento mas blando y sustancioso; y habiéndolos comido, dijo que la señalasen el caballero á quien debia el no haber muerto como gentil bárbara; y hecho, le dió las gracias como mejor supo y pudo: y habiéndose ordenado la sacasen una sustancia, la quisieron dejar un rato sola, para que no teniendo con quien hablar, reposase, y se previniese para confesarse; mas ella, sintiéndose con algo mas aliento, dijo que no, sino que se queria confesar luego, por lo que pudiese suceder; y ántes de eso, volviéndose á don Gaspar, le dijo: Caballero, que aunque quisiera llamaros por vuestro nombre, no le sé, aunque me parece que os he visto ántes de ahora, ¿acertareis á ir á la parte donde me hallásteis? Que si es posible acordaros, en la misma calle preguntad por las casas de don Dionis de Portugal, que son bien conocidas en ella; y abriendo la puerta, que no está mas que con un cerrojo, poned en cobro lo que hay en ella, tanto de gente como de hacienda; y porque no os culpen á vos de las desventuras que hallareis en ella, y por hacer bien os venga mal, llevad con vos algun ministro de justicia, que ya es imposible, segun el mal que hay en aquella desdichada casa (por culpa mia) encubrirse, ni menos cautelarme yo, sino que sepan dónde estoy; y si mereciere mas castigo del que tengo, me le den. Señora, respondió don Gaspar, diciéndola primero cómo era su nombre, bien sé vuestra casa, y bien os conozco,

pues aunque no decis sino que muchas veces me habeis visto, aunque no me habeis mirado, yo á vos sí, que os he mirado y visto; mas no estais en estado de saber por ahora dónde, ni menos para que, si de esas desdichas que en vuestra casa sois vos la causa, andeis en lances de justicia. No puede ser menos, respondió Florentina, haced, señor don Gaspar, lo que os suplico, que yo no temo mas daño del que tengo; demas que vuestra autoridad es bastante para que por ella me guarden á mí alguna cortesía.

Viendo pues don Gaspar que esta era su voluntad, no replicó mas; ántes mandando poner el coche, entró en él, y se fué á palacio, y dando cuenta de lo sucedido con aquella dama, sin decir que la conocia ni amaba, á un deudo suyo, tambien de la cámara de su magestad, le rogó le acompañase para ir á dar cuenta al gobernador, porque no le imaginasen cómplice en las heridas de Florentina, ni en los riesgos sucedidos en su casa; y juntos don Gaspar y don Miguel, fueron á casa del gobernador, á quien dieron cuenta del estado en que habia hallado la dama, y lo que decia de su casa; y como el gobernador conocia muy bien á don Dionis, y vió lo que aquellos señores le decian, al punto entrándose en el coche con ellos, haciendo admiraciones de tal suceso, se fueron cercados de ministros de justicia á la casa de don Dionis, y llegados á ella, abrieron el cerrojo que Florentina habia dicho, y entrando todos dentro, lo primero que hallaron fué, á la puerta de un aposento que estaba al pié de la escalera, dos pages en camisa, dados de puñaladas; y subiendo por la escalera, una esclava blanca, herrada en el rostro, á la misma entrada de un corredor, de la misma suerte que los pages, y una doncella sentada en el corredor, atravesada de una estocada hasta las espaldas, que aunque estaba muerta, no habia tenido lugar de caer, como estaba arrimada á la pared; junto á esta estaba una hacha caida, como que á ella misma se la habia caido de la mano: mas adelante, á la entrada de la antesala, estaba don Dionis atravesado en su misma espada, que toda ella se le salia por las espaldas, y él caido boca abajo, pegado el pecho con la guarnicion, que bien se conocia haberse arrojado sobre ella desesperado de la vida, y aborrecido de su misma alma: en un aposento que estaba en el mismo corredor, correspondiente á una cocina, estaban tres esclavas, una blanca y dos negras, la blanca en el suelo en camisa en la mitad del aposento; y las negras en la cama tambien muertas á estocadas; entrando mas adentro en la puerta de una cuadra, medio cuerpo afuera y medio adentro, estaba un mozo de hasta veinte años poco mas ó menos, de muy buena presencia y cara, traspasado de una estocada; este estaba en camisa, cubierto con una capa, y en los descalzos piés unas chinelas: en la misma cuadra donde estaba la cama, echada en ella doña Magdalena, tambien muerta de crueles heridas, mas con tanta hermosura que parecia una estatua de márfil, salpicada de rosicler: en otro aposento detras de esta cuadra otras doncellas en la cama, tambien muertas como las demas. Finalmente en la casa no habia cosa viva: mirábanse los que veian esto unos á otros, tan asombrados que no sé cual podia en ellos mas, si la lástima ó la admiracion; y bien juzgaron ser don Dionis el au-

tor de tal estrago, y que despues de haberlo hecho, habia vuelto su furiosa rabia contra sí: mas viendo que solo Florentina, que era la que tenia vida, podia decir cómo habia sucedido tan lastimosa tragedia, sabiendo de don Gaspar el peligro en que estaba su vida, y que no era tiempo de averiguarla, hasta ver si mejoraba, suspendieron la averiguacion, y dieron órden de enterrar los muertos con general lástima, y mas de doña Magdelena, que como la conocian por una señora de tanta virtud, y tan honrada, y la veian con tanta mocedad y belleza, se dolian mas de su desastrado fin que de los demas.

Dada pues tierra á los lastimosos cadáveres, y puesta por inventario la hacienda, depositándola en personas abonadas, se vinieron todos juntos á casa de don Gaspar, donde hallaron reposando á Florentina, la que despues de haberse confesado y dádola una sustancia, se habia dormido; y que un médico, de quien se acompañó el cirujano, que la asistian por órden de don Gaspar, decia que no era tiempo de desvanecerla, por cuanto la confesion habia sido larga, y la habia dado calentura; que aquel dia no convenia que hablase mas; porque temian con la falta de tanta sangre como habia perdido, no enloqueciese, y así la dejaron depositada en poder de don Gaspar y su primo, quienes siempre que se la pidiesen darian cuenta de ella. Se volvió el gobernador á su casa, llevando bien qué contar él y todos de la destruccion de la casa de don Dionis, y bien deseosos de saber el motivo de tan lastimoso caso. Mas de quince dias se pasaron que no estuvo Florentina para hacer declaracion de tan lastimosa historia, llegando muchas veces á término de acabar la vida, tanto que fué necesario darla todos los sacramentos, en cuyo tiempo por consejo de don Gaspar y don Miguel habia hecho declaracion delante del gobernador, cómo don Dionis habia hecho aquel lastimoso estrago, zeloso de doña Magdalena y aquel criado, de quien injustamente sospechaba mal, que era el que estaba en la puerta de la cuadra, y que á ella habia tambien dado aquellas heridas; mas que no la acabó de matar por haberse puesto de por medio aquella esclava que estaba en la puerta del corredor, donde pudo escaparse mientras la mató, y que se habia salido á la calle, y cerrado tras sí la puerta, y con perder tanta sangre cayó donde la halló don Gaspar: que en cuanto á don Dionis, que no sabia si se habia muerto ó no; mas que pues le habian hallado como decian, que él de rabia se habria muerto.

Con esta confesion ó declaracion que hizo, no culpándose á sí, por no ocasionarse el castigo, cesaron las diligencias de la justicia; antes desembargando la hacienda, y poniendo á ella en libertad, la dieron posesion, la parte de su hermana por herencia, y la de don Dionis en pago de las heridas recibidas de su mano, para que si viviese la gozase, y si muriese pudiese testar á su voluntad; con que pasado mas de un mes, y viéndose quieta y rica, se consoló y mejoró (ó por disposicion de Dios, que ordena las cosas conforme á su voluntad, y para utilidad nuestra) de tal suerte que en poco tiempo estaba ya tan fuera de peligro, y tan agradecida del agasajo de don Gaspar, y reconocida del bien que de él habia recibido, que no fuera muy dificultoso el amarle, pues fuera de

esto lo merecia por su gallarda y afable condicion, ademas de su nobleza y muchos bienes de fortuna de que le habia engrandecido el cielo de todas maneras; y aun estoy por decir que le debia de amar: mas como no se hallaba inferior en la buena sangre, en la riqueza y en la hermosura, que esa sola bastaba, sino en la causa que originó el estar ella en su casa, no se atrevia á darlo á entender; ni don Gaspar, mas atento á su honor que á su gusto, aunque la amaba, como se ha dicho, y mas como se sabe del trato, que suele engendrar amor donde no le hay, no habia querido declararse con ella hasta saber en qué manera habia sido la causa de tan lastimoso suceso; porque mas queria morir amando con honor, que sin él vencer y gozar, supuesto que Florentina, para mujer, si habia desman en su pureza, era poca, y para dama mucha: y deseoso de salir de este cuidado, y determinar lo que habia de hacer, porque la jornada de su magestad para Castilla se acercaba, y él habia de asistir á ella, viéndola con salud, y muy cobrada en su hermosura, y que ya se empezaba á levantar, la suplicó le contase cómo habian sucedido tantas desdichas como por sus ojos habia visto; y Florentina obligada y rogada de persona á quien tanto debia, estando presente don Miguel, que deseaba lo mismo, y aun no estaba menos enamorado que su primo, aunque temiendo lo mismo no queria manifestar su amor, empezó á contar su prodigiosa historia de esta manera.

Nací en esta ciudad (nunca naciera, para que no hubiera sido ocasion de tantos males), de padres nobles y ricos, siendo desde el primer paso que dí en este mundo causa de desdichas, pues se las ocasioné á mi madre, quitándola en acabando de nacer la vida, con tierno sentimiento de mi padre, por no haber gozado de su hermosura mas de los nueve meses que me tuvo en su vientre; si bien se le moderó, como hace á todos, pues apenas tenia yo dos años, se casó con una señora viuda y hermosa, con buena hacienda, que tenia asimismo una hija que le habia quedado de su esposo, de edad de cuatro años, y esta fué la desdichada doña Magdalena. Hecho pues el matrimonio de mi padre y su madre, nos criamos juntas desde la infancia, tan amantes la una de la otra, y tan amadas de nuestros padres, que todos entendian que eramos hermanas; porque mi padre, por obligar á su esposa, queria y regalaba á doña Magdalena como si fuera hija suya; y su esposa, por tenerle á él grato y contento, me amaba á mí mas que á su hija; que esto es lo que deben hacer los buenos casados, y que quieren vivir con quietud; pues del poco agrado que tienen los maridos con los hijos de sus mujeres, y las mujeres con los de sus maridos, nacen mil rencillas y pesadumbres. En fin dijo que si no eran los que muy familiarmente nos trataban, que sabian lo contrario, todos los demas nos tenian por hermanas, y aun nosotras mismas lo creimos así, hasta que la muerte descubrió este secreto, pues llegando mi padre al punto de hacer testamento para partir de esta vida, por ser el primero que la dejó, supe que no era hija de la que reverenciaba por madre, ni hermana de la que amaba por hermana; y por mi desdicha hubo de ser por mí por quien faltó esta amistad. Murió mi padre, dejándome muy encomendada á su esposa; mas no pudo mos-

trar mucho tiempo en mí el amor que á mi padre tenia, porque fué tan grande el sentimiento que tuvo de su muerte, que dentro de cuatro meses le siguió, dejándonos á doña Magdalena y á mí bien desamparadas, aunque bien acomodadas de bienes de fortuna, que acompañados con los de naturaleza, nos prometiamos buenos casamientos, porque es bien cierto que no hay diez y ocho años feos.

Dejónos nuestra madre (que en tal lugar la tenia yo) debajo de la tutela de un hermano suyo, de mas edad que ella, el cual nos llevó á su casa, y nos tenia como á hijas, no diferenciándonos en razon de nuestro regalo y aderezo á la una de la otra, porque era con tan gran extremo lo que las dos nos amábamos, que el tio de doña Magdalena, pareciéndole que hacia lisonja á su sobrina, me queria y acariciaba de la misma suerte que á ella; y no hacia mucho, pues no estando él muy sobrado, con nuestra hacienda no le faltaba nada. Ya cuando nuestros padres murieron andaba don Dionis de Portugal, caballero rico y poderoso, y de lo mejor de esta ciudad, muy enamorado de doña Magdalena, deseándola para esposa, y se habia dilatado el pedirla por su falta, paseándola y galanteándola de lo ternísimo y cuidadoso, como tiene fama nuestra nacion. Y ella, como tan bien entendida, conociendo su logro, le correspondia con la misma voluntad, en cuanto á dejarse servir y galantear de él, con el decoro debido á su honestidad y fama, supuesto que admitia su voluntad y finezas con intento de casarse con él. Llegaron pues estos honestos y recatados amores á determinar doña Magdalena casarse sin la voluntad de su tio, conociendo en él la poca que mostraba á darla estado, temeroso de perder la comodidad con que con nuestra buena y lucida hacienda pasaba; y así gustara mas de que fueramos religiosas, y aun nos lo proponia muchas veces: mas viendo la poca inclinacion que teniamos á este estado; ó por desvanecidas con la belleza, ó porque habiamos de ser desdichadas, no apretaba en ello, mas dilataba el casarnos; que todo esto pueden los intereses á los que quieren vivir con descanso: lo que visto por doña Magdalena, determinada, como digo, á elegir por dueño á don Dionis, empezó á engolfarse mas en su voluntad, escribiéndose el uno al otro, y hablándose muchas noches por una reja. Asistíala yo algunas noches (¡así primero muriera, pues tan cara me cuesta esta asistencia!) al principio contenta de ver á doña Magdalena empleada en un caballero de tanto valor como don Dionis, medio envidiosa de que fuese suyo, y no mio, y al fin enamorada y perdida por él. Oíle tierno, escuchéle discreto, miréle galan, y consideréle ageno, y dejéme perder sin remedio, con tal precipicio, que vine á perder la salud, donde conozco que acierta quien dice que el amor es enfermedad, pues se pierde el gusto y se huye el sueño, y se apartan las ganas de comer. Pues si todos estos accidentes caen sobre el fuego que amor enciende en el pecho, no me parece que es el menos peligroso tabardillo; y mas cuando da con la modorra de no poder alcanzar, y con el frenesí zeloso de ver lo que se ama empleado en otro cuidado; y mas rabioso fué este mal en mí, porque no podia salir de mí, ni consentia ser comunicado, pues todo el mundo me habia de infamar de que amase yo lo que mi amiga ó hermana amaba; yo queria

á quien no me queria, y este amaba á quien yo tenia obligacion de no ofender. ¡Válgame Dios, y qué intrincado laberinto! Pues solo mi mal era para mí, y mis penas no para comunicarlas.

Bien notaba doña Magdalena mi melancolía y perdido color, y demas accidentes, mas no imaginaba la causa, que creo, de lo que me amaba, que dejara la empresa porque yo no padeciera; y cuando considero esto, no sé cómo mi propio dolor no me quita la vida: ántes juzgaba que mi tristeza debia de ser porque no me habia llegado á mí la ocasion de tomar estado como á ella, como es este el deseo de todas las mujeres de sus años y de los mios; y si bien algunas veces me persuadia á que la comunicase mi pena, yo la divertia, dándola otras precisas causas, hasta llegarme á prometer que casándose me casaria con quien yo tuviese gusto. ¡Ay malograda hermosura, y qué falsa y desdichadamente te pagué el amor que me tenias! Cierto, señor don Gaspar, que á no considerar que si dejase aquí mi lastimosa historia, no cumpliria con lo que estoy obligada, os suplicara me diérades licencia para dejarla, porque no me sirve de mas sino de añadir nuevos tormentos á los que padezco en referirla: mas pasemos con ella adelante, que justo es que padezca quien causó tantos males, y así pasaré á referirlos. Las músicas, las finezas y los extremos con que don Dionis servia á doña Magdalena, ya lo podreis juzgar de la opinion de enamorados que nuestra nacion tiene, ni tampoco las rabiosas bascas, los dolorosos suspiros y tiernas lágrimas de mi corazon y ojos el tiempo que duró este galanteo, pues lo podreis ver por lo que adelante sucedió. En fin, puestos los medios necesarios para que el tio de doña Magdalena no se opusiese, viendo conformes las dos voluntades, aunque de mala gana, por perder el interés que se le seguia en el gobierno y administracion de la hacienda, doña Magdalena y don Dionis llegaron á gozar lo que tanto deseaban, tan contentos con el felicísimo y dichoso logro de su amor, como yo triste y desesperada, viéndome de todo punto desposeida del bien que adoraba mi alma. No sé cómo os diga mis desesperaciones y rabiosos zelos, mas mejor es callarlo, porque así saldrán mejor pintados, porque no hallo colores como los de la imaginacion. No digo mas, sino que á este efecto hice un romance, que si gustais le diré, y sino le pasaré en silencio. Antes me agraviaréis, dijo don Gaspar, en no decirle, que sentimientos vuestros serán de mucha estima. Pues el romance es este, que canté á una guitarra el dia del desposorio, mas que cantando, llorando:

Ya llego, Cupido, al ara,
  Ponme en los ojos el lienzo,
  Pues solo por mis desdichas
  Ofrezco al cuchillo el cuello.
Ya no tengo mas que darte;
  Que pues la vida te ofrezco,
  Niño cruel, ya conoces
  El poco caudal que tengo.
Un cuerpo sin alma doy,
  Que es engaño, ya lo veo;

Mas tiéneme Fabio el alma,
Y quitársela no puedo.
Que si guardaba la vida,
Era por gozarle, en premio
De mi amor; mas ya la doy
Con gusto, pues hoy le pierdo.
No te obliguen las corrientes
Que por estos ojos vierto,
Que no son por obligarte,
Sino por mi sentimiento.
Antes, si me has de hacer bien,
Acaba, acábame presto;
Para que el perder á Fabio
Y el morir lleguen á un tiempo.
Mas es tanta tu crueldad,
Que porque morir deseo,
El golpe suspenderás,
Mas que piadoso, severo.
Ejecuta el golpe, acaba,
O no me quites mi dueño;
Déjame vivir con él,
Aunque viva padeciendo.
Bien sabes que solo una hora
Vivir sin Fabio no puedo,
Pues si he de morir de espacio,
Mas alivio es morir presto.
Un año, y algo mas ha,
Que sin decirlo padezco,
Amando sin esperanzas,
Que es la pena del infierno.
Ya su sol se va á otro oriente,
Y á mí como á ocaso negro,
Quedándome sin su luz,
¿Para qué la vida quiero?
Mas si tengo de morir,
Amor, ¿para qué me quejo?
Que pensarás que descanso,
Y no descanso, que muero.
Ya me venda amor los ojos;
Ya desenvaina el acero;
Ya muero, Fabio, por tí;
Ya por tí la vida dejo.
Ya digo el último á Dios;
¡O permita, Fabio, el cielo,
Que á tí te dé tantas dichas,
Como yo tengo tormentos!
En esto decir quiero,
Que muero, Fabio, pues que ya te pierdo,
Y por tí, con gusto, Fabio, muero.

Casáronse en fin don Dionis y doña Magdalena, y como me lo habia prometido, me trajo cuando se vino á su casa en su compañia, con áni-

mo de darme estado, pensando que traia una hermana y verdadera amiga, y trajo la destruccion de ella: pues ni el verlos ya casados, ni cuán ternísimamente se amaban, ni lo que á doña Magdalena de amor debia, ni su misma pérdida, nada bastó para que yo olvidase á don Dionis, ántes crecia en mí la desesperada envidia de verlos gozarse y amarse con tanta dulzura y gusto, con lo que yo vivia tan sin él, que creyendo doña Magdalena que nacia de que se dilataba el darme estado, trató de emplearme en una persona que me estimase y mereciese; mas nunca ella ni don Dionis lo pudieron acabar conmigo, de lo que doña Magdalena se admiraba mucho, y me decia que me habia hecho de una condicion tan extraña, que la traia fuera de sí, ni me la entendia. Y á la cuenta debia de comunicar esto mismo con su esposo; porque un dia que ella estaba en una visita, y yo me habia quedado en casa, como siempre lo hacia, pues estando tan desabrida á todo divertimiento me negaba, vino don Dionis, y hallándome sola, y los ojos bañados de lágrimas, pues pocos ratos dejaba de llorar el mal empleo de mi amor, sentándose junto á mí, me dijo: Cierto, hermosa Florentina, que á tu hermana y á mí nos trae cuidadosísimos tu melancolía, haciendo varios discursos de qué te puede proceder, y ninguno hallo mas á propósito. ni que lleve color de verdadero, sino que quieres bien en parte imposible, que á no ser así, no creo que haya caballero en esta ciudad, aunque sea de gerarquía superior, que no estime ser amado de tu hermosura, y se tuviera por muy dichoso en merecerla, aun cuando no fueras quien eres, ni tuvieras la hacienda que tienes, sino que fueras una pobre aldeana, pues con ser dueño de tu sin igual belleza, se pudiera tener por el mayor rey del mundo. Y si acaso sucediese, repliqué yo (no dejándole pasar adelante; tan precipitada me tenia mi amorosa pasion, ó lo mas seguro, dejada de la divina mano), que fuera asi, que amara en alguna parte difícil de alcanzar correspondencia, ¿qué hiciérades vos por mí, señor don Dionis, para remediar mi pena? Decírsela, y solicitarle para que te amase, respondió don Dionis. Pues si es así, respondí yo, dítela á tí mismo, y solicítate á tí, y cumplirás lo que prometes; y mira cuán apurado está mi sufrimiento, que sin mirar lo que debo á mí misma, ni que profano la honestidad y joya de mas valor que una mujer tiene, ni el agravio que hago á tu esposa, que aunque no es mi hermana la tengo en tal lugar, ni con saber que voy á perder, y no á ganar contigo, pues es cierto que me has de desestimar, y tener en menos por mi atrevimiento, y despreciarme por mirarme liviana, y de mas á mas, por el amor que debes á tu esposa, tan merecedora de tu lealtad como yo de tu desprecio; nada de esto me obliga, porque he llegado á tiempo que es mas mi pena que mi vergüenza, y así ténme por libre, admírame atrevida, ultrájame deshonesta, aborréceme liviana, ó haz lo que fuere de tu gusto, que ya no puedo callar. Y cuando no me sirva de mas mi confesion, sino que sepas que eres la causa de mi tristeza y desabrimiento, me doy por contenta y pagada de haberme declarado, y supuesto esto, ten entendido que desde el dia que empezaste á amar á doña Magdalena, te amo

mas que á mí, pasando las penas que ves y no ves, y de que á ninguna persona en el mundo he dado parte, resuelta á no casarme jamas, porque si no fuere á tí, no he de tener otro dueño.

Acabé esta última razon con tantas lágrimas, ahogados suspiros y sollozos, que apenas la podia pronunciar. Lo que resultó de esto fué que levantándose don Dionis, creyendo que se iba huyendo por no responder á mi determinada desenvoltura, cerró la puerta de la sala, y volvió donde yo estaba, diciendo: No quiera amor, hermosa Florentina, que yo sea ingrato á tan divina belleza, y á sentimientos tan bien padecidos y tan tiernamente dichos; y anudándome al cuello los brazos, me acarició de modo que ni yo tuve mas que darle, ni él mas que alcanzar ni poseer. En fin, toda la tarde estuvimos juntos en amorosos deleites, y en el discurso de ella me hizo saber, y no sé que fuese verdad, pues los amantes á peso de mentiras nos compran, que desde otro dia de casados me amaba, y que por no atreverse no me lo habia dicho, y otras cosas, con que yo creyéndole, me tuve por dichosa, y me juzgué no mal empleada, y que si se viera libre fuera mi esposo. Rogóme don Dionis con grandes encarecimientos que no descubriera á nadie nuestro amor, pues teniamos tanto lugar de gozarle, y yo le pedí lo mismo, temerosa de que doña Magdalena lo conociese. En fin, de esta suerte hemos pasado cuatro años, estando yo desde aquel dia la mujer mas alegre del mundo: cobréme en mi perdida hermosura, restituíme en mi donaire, de manera que ya era el regocijo y alegría de toda la casa, porque yo mandaba en ella; lo que yo hacia era lo mas acertado; lo que mandaba lo obedecido; era dueña de la hacienda y de cuya era; por mí se despedian y recibian los criados y criadas; de manera que doña Magdalena no servia mas que de hacer estorbo á mis empleos.

Amábame tanto don Dionis, grangeándole yo la voluntad con mis caricias, que se vino á descuidar en las que solia y debia hacer á su esposa, con que se trocaron las suertes: primero Magdalena estaba alegre, y Florentina triste; y ya Florentina era la alegre, y Magdalena la melancólica, llorosa, desabrida y desconsolada; y si bien entendia que por andar su esposo en otros empleos se olvidaba de ella, jamas sospechó en mí: lo uno por el recato con que andábamos, y lo otro por la gran confianza que tenia de mí, no pudiéndose persuadir á tal maldad; si bien me decia que en mí las tristezas y alegrías eran extremos que tocaban en locura. ¡Válgame el cielo, y qué ceguedad es la de los amantes, pues nunca me alumbré de ella, hasta que á costa de tantas desdichas se me han abierto los ojos! Llegó á tal extremo y remate la de mis maldades, que nos dimos palabra de esposos don Dionis y yo para cuando muriera doña Magdalena; como si estuviera en nuestra voluntad el quitarla la vida, ó tuviéramos las nuestras mas seguras que ella la suya. Llegóse en este tiempo la semana santa, en que nos es fuerza acudir al mandamiento de la Iglesia; y si bien algunas veces en el discurso de mi mal estado me habia confesado, habia sido de cumplimiento; y yo que sabia bien dorar mi yerro, no debí de haber encontrado confesor tan escrupuloso como este

que digo, ó yo debí de declararme mejor. ¡O infinita bondad, y lo que sufres! En fin, tratando con él del estado de mi conciencia, me la apuró tanto, y me puso tantos temores de la perdicion de mi alma, no queriéndome absolver, y diciéndome que estaba, como acá, ardiendo en los infiernos, que volví á casa bien desconsolada, y entrando en mi retraimiento, empecé á llorar, de suerte que lo sintió una doncella mia que se habia criado conmigo desde niña; que es la que, si os acordais, señor don Gaspar, hallásteis en aquella desdichada casa, sentada en el corredor, arrimada á la pared, pasada de parte á parte por los pechos: esta pues con grandes instancias, ruegos y sentimientos, me persuadió á que la dijese la causa de mi lastimoso llanto, y yo (ó por descansar con ella, ó porque ya la fatal ruina de todos se acercaba, advirtiendo lo primero el secreto y disimulacion delante de don Dionis, porque no supiese que ella lo sabia, por lo que importaba) la dí cuenta de todo, sin faltar nada, contándola tambien lo que me habia pasado con el confesor.

La doncella, haciendo grandes admiraciones, y mas de cómo habia podido tenerlo tanto tiempo encubierto sin que ninguno lo entendiese, me dijo, viendo que yo la pedia consejo, estas razones: Cierto, señora mia, que son sucesos los que me has contado de tanta gravedad, que era menester para dar salida á ellos mayor entendimiento que el mio; porque pensar que has de estar en este estado presente hasta que doña Magdalena se muera, es una cosa que solo esperarla causa desesperacion; ¿ porque cómo sabemos que se ha de morir ella primero que tú; ni don Dionis decirte que te apartes de él amándole? Es locura, porque ni tú lo has de hacer, ni él, si está tan enamorado como dices, menos; tú sin honor y amando, aguardas milagros, que las mas de las veces en estos casos suceden al reves, porque el cielo castiga estas intenciones, y acontece morir primero los que agravian que el agraviado, acabar el ofensor y vivir el ofendido. El remedio que hallo cruel es, mas ya es remedio; porque llagas tan ulceradas como estas quieren curas violentas. Roguéla me le dijese, y respondióme: Que muera doña Magdalena, que mas vale que lo padezca una inocente, que irá á gozar de Dios con la corona del martirio, que no que tú quedes perdida. ¡Ay, amiga, y no será mayor horror que los demas, dije yo, matar á quien no lo debe; y que Dios me castigará á mí, pues haciendo yo el agravio, le ha de pagar el que le recibe! David, me respondió mi doncella, se aprovechó de él, matando á Urías porque Bersabé no padeciera ni peligrara en la vida ni en la fama; y tú me parece que estás cerca de lo mismo, pues el dia que doña Magdalena se desengañe, ha de hacer de tí lo que yo te digo que hagas de ella. Pues si con solo el deseo, respondí yo, me ha puesto el confesor tantos miedos, ¿ qué será con la ejecucion? Hacer lo que hizo David, dijo la doncella; matemos á Urías, que despues harémos penitencia: en casándote con tu amante, restaurar con sacrificios el delito, que por la penitencia se perdona el pecado, y así lo hizo el santo rey.

Tantas cosas me dijo, y tantos ejemplos me puso, y tantas leyes me alegó, que como yo deseaba lo mismo que ella me persuadia, reducida á

su parecer, dimos entre las dos la sentencia contra la inocente y agraviada doña Magdalena, que siempre á un error sigue otro, y á un delito muchos: y dando y tomando pareceres cómo se ejecutaria, me respondió la atrevida mujer, en quien pienso que hablaba y obraba el demonio: Lo que me parece mas conveniente para que ninguna de nosotras peligre, es que la mate su marido, y de esta suerte no culparán á nadie. ¿Cómo será eso, dije yo, pues doña Magdalena vive tan honesta y virtuosamente, que no hallará jamas su marido causa para hacerlo? Eso no es del caso, dijo la doncella, ahí ha de obrar mi industria; calla; y déjame hacer, sin darte por entendida de nada; y si ántes de un mes no te vieres desembarazada de ella, tenme por la mas ruda y boba que hay en el mundo. Dióme parte del modo, apartándonos las dos, ella á hacer oficio de demonio, y yo á esperar el suceso, con lo que cesó nuestra plática: y la mal aconsejada moza, y yo mas que ella, pues que ambas seguiamos lo que el demonio nos inspiraba, hallando ocasion como ella la buscaba, dijo á don Dionis que su esposa le quitaba el honor, porque miéntras él no estaba en casa, tenia trato ilícito con Fernandico. Este era un mozo de hasta edad de diez y ocho á veinte años, que habia en casa nacido y criádose en ella, porque era hijo de una criada de los padres de don Dionis, la que habia sido casada con un mayordomo suyo: y muertos ya sus padres, el desdichado mozo se habia criado en casa, heredando el servir, mas no el premio, pues fué muy diferente del que ellos habian tenido; que este era el que hallásteis muerto á la puerta de la cuadra donde estaba doña Magdalena: era galan y de buenas prendas, y muy virtuoso, por lo cual á don Dionis no se le hizo muy fácil el creerlo, si bien la preguntó que cómo lo habia visto. A lo que ella respondió que al ladron de casa no hay nada oculto, que piensan las amas que las criadas son ignorantes. En fin, don Dionis le dijo que cómo haria para satisfacerse de la verdad. Haz que te vas fuera, y vuelve al amanecer, ó ya pasando de media hora, y hazme una seña para que yo sepa que estás en la calle, dijo la criada, que te abriré la puerta, y los cogerás juntos. Quedó concertado para de allí á dos dias, y mi criada me dió parte de lo hecho, de que yo algo temerosa me alegré, aunque por otra parte me pesaba; mas viendo que ya no habia remedio, hube de pasar, aguardando el suceso. Vamos al endemoniado enredo que voy diciendo, por la pena que me da referir tan desdichado suceso.

Al otro dia dijo don Dionís que iba con unos amigos á ver unos toros que se corrian en un lugar tres leguas de Lisboa, y apercibido su viage, aunque Fernandico le acompañaba siempre, no quiso que esta vez fuera con él, ni otro ningun criado, que para dos dias los criados de los otros le asistirian; y con esto se partió el dia, á quien siguió la triste noche que me hallásteis. En fin, él vino solo, pasada media noche, y hecha la seña, mi doncella, que estaba alerta, le dijo se aguardase un poco, y tomando una luz, se fué al aposento del malogrado mozo, y entrando alborotada, le dijo: Fernando, mi señora te llama que vayas allá muy apriesa. ¿Qué me quiere ahora mi señora? replicó Fernando. No sé, dijo ella, mes de que me envia muy apriesa á llamarte. Levantóse, y queriendo

vestirse, le dijo : No te vistas, sino ponte esa capa, y enchanclétate esos zapatos, y ve á ver qué te quiere, que si despues fuere necesario vestirte, lo harás. Hízolo así Fernandico, y miéntras él fué donde su señora estaba, la cautelosa mujer abrió á su señor. Llegó Fernando á la cama donde estaba durmiendo doña Magdalena, y despertándola, la dijo : Señora, ¿qué es lo que me quieres? A lo que doña Magdalena asustada, como despertó, y le vió en su cuadra, le dijo : Vete, vete, mozo, con Dios, ¿qué buscas aquí? que yo no te llamo : que como Fernando la oyó, se fué á salir de la cuadra cuando llegó su amo al tiempo que él salia, y como vió que estaba desnudo, y qué salia del aposento de su esposa, creyó que salia de dormir con ella, y dándole con la espada que traia desnuda dos estocadas, una tras otra, le tendió en el suelo, sin poder decir mas de *Jesus sea conmigo*, con tan doloroso acento, que yo que estaba en mi aposento, bien temerosa y sobresaltada (como era justo estuviese quien era causa de un mal tan grande, y autora de un testimonio tan cruel, y motivo de que se derramase aquella sangre inocente, que ya empezaba á clamar delante del tribunal supremo de la divina justicia), me cubrí con un sudor frio; y queriéndome levantar para salir á estorbarlo, ó ya que mis fuerzas estuviesen enflaquecidas, ó que el demonio que estaba ya señoreado en aquella casa lo estorbase, me hallé de suerte que no pude verificarlo.

En tanto don Dionis, ya de todo punto ciego, entró donde estaba su inocente esposa, que se habia vuelto á quedar dormida con los brazos sobre la cabeza, y llegando á su puro y casto lecho, á sus airados ojos y engañada imaginacion sucio, deshonesto y violado con la mancha de su deshonor, le dijo : ¡Ah traidora, y cómo descansas en mi ofensa! Y sacando la daga, la dió tantas puñaladas, cuantas su indignada cólera le pedia, sin que pudiese ni aun formar un ay, con lo que desamparó aquella alma santa el mas hermoso y honesto cuerpo que conoció el reino de Portugal. Ya á este tiempo habia yo salido fuera de mi estancia, y estaba en parte que podia ver lo que pasaba, bien perdida de ánimo y anegada en lágrimas; mas no me atreví á salir, y ví que don Dionis pasó adelante á un retrete que estaba consecutivo á la cuadra de su esposa, y hallando dos desdichadas doncellas que dormian en él, las mató, diciendo : Así pagaréis, dormidas centinelas de mi honor, vuestro descuido, dando lugar á vuestra alevosa señora para que velase á quitarme el honor; y bajando por una escalera excusada que daba á un patio, salió al portal, y llamando los dos pages que dormian en un aposento cerca de allí, que á su voz salieron despavoridos, les pagó su puntualidad con quitarles la vida : y como un leon encarnizado y sediento de humana sangre volvió á subir por la escalera principal, y entrando en la cocina, mató las tres esclavas que dormian en ella, que la otra habia ido á llamarme, oyendo la revuelta y llanto que hacia mi criada, que sentada en el corredor estaba, la que, ó porque se arrepintió del mal que habia hecho cuando no tenia remedio, ó porque Dios quiso que le pagase, porque el honor de doña Magdalena no quedase manchado, sino que supiese el mundo que ella y cuantos allí habian muerto iban sin culpa, y que solo ella y yo la

teniamos, que es lo mas cierto, arrimando una hacha que ella propia habia encendido á la pared, pues tan descaradamente siguió su maldad, que para ir á abrir la puerta á su señor la pareció poca luz la de una vela, que en dejándonos Dios de su divina mano, pecamos como si hiciéramos algunas virtudes, sin vergüenza de nada se sentó, y empezó á llorar, diciendo: ¡Ay desdichada de mí, qué he hecho! ¡Ya no hay perdon para mí en el cielo ni en la tierra; pues por apoyar un mal con tan grande y falso testimonio, he sido causa de tantas desdichas! A este mismo punto salia su amo de la cocina, y yo por la otra parte, y la esclava que me habia ido á llamar con una vela en la mano; y como la oí, me detuve, y ví que llegando don Dionis á ella, la dijo: ¿Qué dices, moza, de testimonio y de desdichas? ¡Ay, señor mio! respondió ella, ¿qué tengo de decir, sino que soy la mas mala hembra que ha nacido, que mi señora doña Magdalena y Fernando han muerto sin culpa con todos los demas á quienes has quitado la vida? Sola yo soy la culpada, y la que no merezco vivir; que yo hice este enredo, llamando al triste Fernando, que estaba en su aposento dormido, diciéndole que mi señora le llamaba, para que viéndole tú salir de la forma que le viste, creyeses lo que yo te habia dicho, para que matando á mi señora doña Magdalena, te casaras con doña Florentina mi señora, restituyéndola y satisfaciendo con ser su esposo el honor que la debes. ¡O falsa traidora! si eso que dices es verdad, dijo don Dionis, poca venganza es quitarte una vida que tienes, que mil son pocas, y que á cada una se te diese un género de muerte. Verdad es, señor, verdad es, señor, y lo demas mentira; yo soy la mala, y mi señora la buena; la muerte merezco, y el infierno tambien. Pues yo te daré lo uno y lo otro, respondió don Dionis, y restauraré la muerte de tantos inocentes con la de una traidora; y dicho esto, la atravesó con la espada por los pechos contra la pared, dando la desdichada una grande voz, diciendo: Recibe, infierno, el alma de la mas mala mujer que crió el cielo, y aun allá pienso que no hallará lugar; y diciendo esto la rindió á quien la ofrecia.

A este punto salí yo con la negra, y fiada en el amor que me tenia, entendiendo amansarle y reportarle, le dije: ¿Qué es esto, don Dionis, qué sucesos son estos? ¿Hasta cuando ha de durar el rigor? Él, que ya á este punto estaba de la rabia y dolor sin juicio, embistiendo conmigo, me dijo: Hasta matarte y matarme, falsa, traidora, liviana, deshonesta, para que pagues haber sido causa de tantos males; pues no contenta con los agravios que con tu deshonesto apetito hacias á la que tenias por hermana, no has parado hasta quitarla la vida; y diciendo esto, me dió las heridas que habeis visto y acabárame de matar si la negra no acudiera á ponerse en medio, que como la vió don Dionis, asió de ella, y mientras la mató tuve yo lugar de entrarme en un aposento y cerrar la puerta, toda bañada en mi sangre. Acabando pues don Dionis con la vida de la esclava, y que ya no quedaba nada vivo en casa si no era él, porque de mí bien creyó que iba de modo que no escaparia; é instigado del demonio, puso el pomo de la espada en el suelo, y la punta en su cruel corazon, diciendo: No he de

aguardar á que la justicia humana castigue mis delitos, que mas acertado es que sea yo el verdugo de la justicia divina, se dejó caer sobre la espada, pasando la punta á las espaldas, llamando al demonio que le recibiese el alma. Yo viéndole ya muerto, y que me desangraba, si bien con el miedo que podeis imaginar de verme en tanto horror y cuerpos sin alma, que de mi sentimiento no hay qué decir, pues era tanto que no sé cómo no hice lo mismo que don Dionis, mas no lo debió de permitir Dios, porque se supiese un caso tan desdichado como este; con mas ánimo del que en la ocasion que estaba imaginé tener, abrí la puerta del aposento, y tomando la vela que estaba en el suelo, me bajé por la escalera, y salí á la calle con ánimo de ir á buscar, viendome en el estado que estaba, quién me confesase, para que ya que, perdiese la vida, no perdiese el alma. Con todo, tuve advertimiento de cerrar la puerta de la calle con aquel cerrojo que estaba, y caminando con pasos desmayados por la calle, sin saber adónde iba, me faltaron con la sangre las fuerzas, y caí donde vos, señor don Gaspar, me hallásteis, donde estuve hasta aquella hora, y llegó vuestra piedad á socorrerme, para que, debiéndoos la vida, la gaste el tiempo que me durare en llorar, gemir, y hacer penitencia de tantos males como he causado, y tambien en pedir á Dios guarde la vuestra muchos siglos.

Calló con esto la linda y hermosa Florentina: mas sus ojos con los copiosos raudales de lágrimas no callaron, que á hilos se desperdiciaban por sus mas que hermosas mejillas, en que mostraban bien la pasion que en el ama sentia, que forzada de ella, se dejó caer con un profundo y hermoso desmayo, dejando á don Gaspar suspenso y espantado de lo que habia oido; y no sé si mas desmayado que ella, viendo que entre tantos muertos como el muerto honor de Florentina habia causado, tambien habia muerto su amor, porque ni Florentina era ya para su esposa, ni para dama era razon que la procurase, pues que la veia con determinacion grande de tomar mas seguro estado, que la librase de otras semejantes desdichas como las que por ella habian pasado, y se alababa en sí de muy cuerdo en no haberle declarado su amor hasta saber lo que entónces sabia: y así acudiendo á remediar el desmayo con que estaba, ya vuelta de él la consoló, esforzándola con algunos dulces y conservas, y diciéndola cariñosas razones, la aconsejó que en estando con mas entera salud, el mejor modo de adquirir su reposo era entrarse en religion, donde viviria segura de nuevas calamidades; que en lo que tocaba á allanar el riesgo de la justicia, si hubiese alguno, él se obligaba al remedio, aunque diese cuenta á su magestad del caso, si fuese menester: á lo que la dama, agradeciendo los beneficios que habia recibido y recibia, con nuevas caricias le respondió que ese era su intento, y que cuanto ántes se negociase y ejecutase, le haria mayor merced: que ni sus desdichas, ni el amor que al desventurado don Dionis tenia le daban ya lugar á otra cosa. Acabó don Gaspar con esta última razon de desarraigar y olvidar el amor que la tenia; y en menos de dos meses que tardó Florentina en cobrar fuerzas, sanar de todo punto, y negociarse todo, pues que

fué necesario que se diese cuenta á su magestad del caso, quien dió piadoso el perdon de la culpa que Florentina tenia en ser culpada de lo referido; se consiguió su deseo, entrándose religiosa en uno de los suntuosos conventos de Lisboa, sirviéndole de castigo su mismo dolor, y las heridas que le dió don Dionis, supliendo el dote y demas gastos la gruesa hacienda que habia de la una parte y de la otra, donde hoy vive santa y religiosísima vida, carteándose con don Gaspar, á quien siempre agradecida no olvida, ántes con muchos regalos que le envia, agradece la deuda en que le está; el cual vuelto con su magestad á Madrid, se casó en Toledo, donde hoy vive, y de él mismo supe este desengaño que habeis oido.

Apenas dió fin la hermosa Lisis á su desengaño, cuando la linda doña Isabel, como quien tan bien sabia su intencion, mientras descansaba para decir lo que para dar fin á este entretenido sarao faltaba, porque ya Lisis habia comunicado con ella su intento, dejando el harpa, y tomando una guitarra, cantó sola lo que se sigue:

Al prado, en que espinas rústicas
Crian mil humores sálicos,
Que de ausencias melancólicas
Es fruto que da mi ánimo:
Salgo á llorar de un cruelísimo
Olvidos de un amor trágico;
Que si fuera dichosísimo,
Cantara en estilo jácaro.
Que como vision fantástica,
Ni aun de mis ojos los párpados
Vieron, pues voz armónica
Ganó en el alma habitáculo.
Con solo acentos científicos
Goza de mi amor el tálamo,
Si bien con olvido fúnebre
Le quito á mi vida el ámbito.
Acentos congojadísimos
Escuchan aquestos álamos;
Que pena sin culpa acérrima
Le dan al alma estos tártagos.
No canto como oropéndola,
Ni cual jilguerillo orgánico;
Mas lamento como tórtola,
Cuando está sola en el páramo.
Como fué mi amor platónico,
Y en él no fué el fuego tácito,
No quiso con fino anhélito
Ser trueno, sino relámpago.
Amó solo por teórica,
Pagándome con preámbulos,
Y olvidando cruelísimo
Un amor puro y magnánimo.
¡Ay prados y secos céspedes,
Montes y frios carámbanos!
Oid en bascas armónicas
Aquestos suspiros lánguidos.
Con mil lágrimas ternísimas,
Vuestros arroyos cristálicos
Serán rios caudalísimos
Con que crezca amor hispánico.
Y si de mi muerte acérrima
Vieres los temblores pálidos,
Y mi vida cansadísima,
Dejaré su vital tráfago.
Decidle al pájaro armónico,
Que con mal sentidos cánticos,
Las aves descuidadísimas
Cautiva al modo mecánico;
Cómo siendo ilustre héroe
Y de valor tan diafano,
Engaña siendo ilustrísimo,
Fingiendo fuegos seráficos.
Que hay que esperar de los comunes
Sino desdichas y escándalos,
Que mire á Teseo infelice,
Atado en el monte Caucaso.
Que sin razones históricas,
Con estilo dulce y práctico
Pone por culto á las tórtolas,
Que vive con libre ánimo.
¿Qué milagro que oyéndole,
Se descuelguen de los pámpanos?

¿Ni qué milagro que ardiéndose
Quede aturdida cual tábano?
Que si la mira benévola,
Es estilo fiero y áspero,
Que volando ligerísimo,
La deje en amargo tártago.
Que aunque á su bella oropéndola
Amase, es estilo bárbaro,
Siendo este amor tan castísimo,
Darle pago tan tiránico.
Que en tiempo dilatadísimo
No se ha visto en mi habitáculo
De su memoria mortífica,
Ni en su voluntad un átomo.
Que si amara lo inteléctico,
No le pesara ser Tántalo,
Ni olvidara facilísimo
Tiernos y dulces diálogos.
Esto cantaba una tórtola
Con ronco y fúnebre cántico,
Sentada en un ciprés fúnebre,
Que estaba en un seco páramo.

Bien ventilada me parece que queda, nobles y discretos caballeros, y hermosísimas damas (dijo la bien entendida Lisis, viendo que doña Isabel habia dado fin á su romance), la defensa de las mujeres, por lo que me dispuse á hacer esta segunda parte de mi entretenido y honesto sarao; pues si bien confieso que hay muchas mujeres que con sus vicios y yerros han dado motivo á los hombres para la mucha desestimacion que hoy hacen de ellas, no es razon que hablando en comun las midan á todas con una misma medida; que lo cierto es que en una máquina tan dilatada y extendida como la del mundo, ha de haber buenas y malas, como asimismo hay hombres de la misma manera, que eso ya fuera negar la gloria á tantos santos como hay ya pasados en esta vida, y que hoy se gozan con Dios en ella, y la virtud á millares de estos que se precian de ella; mas no es razon que se alarguen tanto de la desestimacion de las mujeres, que sin reservar á ninguna, como pecado original, las comprehenden á todas: pues como se ha dicho en varias partes de este discurso, las malas no son mujeres, y no pueden ser todas malas, que ya esto fuera no haber criado Dios en ellas almas para el cielo, sino monstruos que consumiesen el mundo.

Bien sé que me dirán algunos cuales son las buenas: supuesto que hasta en las de alta gerarquía se hallan hoy travesuras y embustes. A eso respondo que estas son mas bestias fieras que las comunes, porque olvidando las obligaciones, dan así motivo á desestimacion: pues ya que su mala estrella las inclina á esas travesuras, tuvieran mas disculpa si se valieran del recato. Esto es, si acaso á las deidades comprehende el vicio, que yo no lo puedo creer, ántes me persuado que algunas de las comunes, pareciéndoles ganan estimacion con los hombres, se deben (fiadas de un manto) de vender por reinas, y luego se yuelven á su primer ser, como las damas de las farsas; y como los hombres estan dañados contra ellas, luego creen cualquiera flaqueza suya, y para apoyar su opinion, dicen mal hasta de las de mayores obligaciones; y aquí se ve la malicia de algunos hombres, que no quiero decir todos, aunque en comun han dado todos en tan noveleros, que por ser lo mas nuevo el decir mal de las mujeres, dicen que lo que se usa no se excusa. Lo que me admira es que los nobles, los honrados y virtuosos se dejen ya llevar de la comun voz, sin que obre en ellos ni la nobleza de que el cielo los dotó, ni las muchas vir-

tudes de que ellos se pueden dotar, ni de las ciencias que siempre estan estudiando, pues por ellas pudieran sacar, como tan estudiosos, que hay y ha habido en las edades pasadas y presentes muchas mujeres buenas, santas, virtuosas, estudiosas, honestas, valientes, firmes y constantes. Yo confieso que en parte tienen razon en creer que hay hoy mas mujeres viciosas y perdidas que ha habido jamas, pero no que falten tantas buenas que no excedan el número de las malas. Y tomando de mas atras el apoyo de esta verdad, no me podrán negar los hombres que en las antigüedades no haya habido mujeres muy celebradas, porque esto fuera negar las innumerables santas, de quien la Iglesia canta tantas mártires, tantas vírgenes, tantas viudas y continentes, tantas que han muerto y padecido en la crueldad de los hombres; que si esto no fuera así, poco paño hubieran tenido estas damas desengañadoras en que cortar sus desengaños, todos tan verdaderos como la misma verdad, tanto que las debe muy poco la fábula, pues hasta para hermosear no han tenido necesidad de ella. ¿Pues qué ley humana ó divina hallais, nobles caballeros, para precipitaros tanto contra las mujeres, que apenas se halla uno que las defienda, cuando veis tantos que las persiguen? Quisiera preguntaros si cumplis en esto con la obligacion de serlo, y lo que prometeis cuando os poneis en los pechos las insignias de serlo. Y si es razon, que lo que jurais cuando os las dan no lo cumplais. Mas pienso que ya no las deseais sino por gala, como las medias de pelo y las guedejas. ¿De qué pensais que procede el poco ánimo que hoy todos teneis, que sufris que esten los enemigos dentro de España, y nuestro rey en campaña, y vosotros en el prado y en el rio, llenos de galas y trages femeniles, y los pocos que le acompañan, suspirando por las ollas de Egipto? De la poca estimacion que haceis de las mujeres, que á fé que si las estimárais y amárades como en otros tiempos se hacia, por no verlas en poder de vuestros enemigos, vosotros mismos ofreciérades, no digo yo ir á la guerrra á pelear, sino á la muerte, poniendo la garganta al cuchillo, como en otros tiempos, y en particular en el del rey don Fernando el católico, se hacia, donde no era menester llevar los hombres por fuerza, ni maniatados como ahora (infelicidad y desdicha de nuestro católico rey), sino que ellos mismos ofrecian sus haciendas y personas, el padre por defender la hija, el hermano por la hermana, el esposo por la esposa, y el galan por la dama; y esto era por no verlas presas y cautivas; y lo peor es, deshonradas, como me parece que vendrá á ser si vosotros no os animais á defenderlas; mas como ya las teneis por la alhaja mas vil y de menos valor que hay en vuestra casa, no se os da nada de que vayan á ser esclavas de otros, y en otros reinos; y si los plebeyos os vieran á vosotros con valor para defendernos, á vuestra imitacion lo hicieran todos; y si os parece que en yéndoos á pelear os han de agraviar y ofender, idos todos, seguid á vuestro rey á defendernos, que quedando solas seremos Moisenes, que orando vencerá Josué.

¡Es posible que nos veais ya en poder de contrarios, pues desde donde estan adonde estamos no hay mas defensa que vuestros heróicos cora-

zones y valerosos brazos, y no os corrais de estaros en la corte ajando galas y criando cabellos, hollando coches, y paseando prados, y que en lugar de defendernos, nos quiteis la opinion y el honor, contando cuentos que os suceden con damas, que creo que son mas invenciones de malicia que verdades, alabándoos de cosas que es imposible sea verdad que lo puedan hacer ni aun las públicas rameras, solo por llevar al cabo vuestra dañada intencion, todo efecto de la ociosidad en que gastais el tiempo en ofensa de Dios y de vuestra nobleza! ¡Que esto hagan pechos españoles, que esto sufran ánimos castellanos! Bien dice un héroe bien entendido, que los franceses os han hurtado el valor, y vosotros á ellos los trages: estimad y honrad á las mujeres, y vereis cómo resucita en vosotros el esfuerzo y valor perdidos; y si os parece que las mujeres no os merecen esta fineza, es engaño, que si dos os desobligan con sus malos tratos, hay infinitas que los tienen buenos: y si por una buena merecen perdon muchas malas, merézcanle las pocas que hay, por las muchas buenas que goza este siglo, como lo vereis si os dais á visitar los santuarios de Madrid y de otras partes, que son mas en número las que vereis frecuentar todos los dias los sacramentos, que no las que os buscan en los prados y rios. Muchas buenas ha habido y hay, caballeros; cese ya, por Dios, vuestra civil opinion, y no os dejeis llevar del vulgacho novelero, pues cuando no hubiera habido otra mas que nuestra serenísima y virtuosa reina doña Isabel de Borbon (que Dios llevó, porque no la merecia el mundo, la mayor pérdida que ha tenido España) solo por ella merecian buen nombre las mujeres, alabándose las malas en él, y las buenas adquiriendo gloriosas alabanzas. Dádselas vosotros de justicia; porque os aseguro que si cuando los plebeyos hablan mal de ellas, supieran que los nobles las habian de defender, es cierto que de miedo por lo menos las tratáran bien; pero ven que vosotros escuchais con gusto sus oprobrios, y son como los truanes, que añaden libertad á libertad, desvergüenza á desvergüenza, y malicia á malicia: y digo que ni es caballero, ni noble, ni honrado, el que dice mal de las mujeres, aunque sean malas, pues las tales se pueden librar en virtud de las buenas. Y en forma de desafío digo que el que dijere mal de ellas, no cumplé con su obligacion; y como he tomado la pluma habiendo tantos años que la tenia arrimada, en su defensa, tomaré la espada para lo mismo, que los agravios sacan fuerzas donde no las hay; no por mí, que no me toca, pues me conoceis por lo escrito, y no por la vista, sino por todas, por la piedad y lástima que me causa su mala opinion. Y vosotras, hermosas damas, de toda suerte de calidad y estado, ¿qué mas desengaño aguardais que el desdoro de vuestra fama en boca de los hombres? ¿Cuándo os desengañaréis de que no procuran mas de derribaros y destruiros, y luego decir aun mas de lo que con vosotras les sucede? ¿Es posible que con tantas cosas como habeis visto y oido, no reconoceréis que en los hombres no dura mas la voluntad que mientras dura el apetito, y concluido este se acabó? Y sino, conocedlo en el que mas dice que ama una mujer; hállela en una niñería, á ver si la perdonará como Dios, quien

como nos ama tanto nos perdona cada instante y cada momento las infinitas ofensas que le hacemos.

¿Pensais ser vosotras mas dichosas que las referidas en estos desengaños? Ese es vuestro mayor engaño; porque cada dia, como el mundo se va acercando al fin, va todo de mal en peor, porque quereis por veleta tan mudable como la voluntad de un hombre, aventurar la opinion y la vida en las crueles manos de ellos; y es la mayor desdicha de todo esto, que quizá las inocentes, y las que no tienen culpa alguna mueren, y las maliciosas, y que estan culpadas, viven. Pues no he de ser yo así, que en mí no ha de faltar de ninguna manera el conocimiento que en todas las demas; y así vos, señor don Diego (prosiguió la sabia y entendida Lisis, vuelta al que aguardaba verla su esposa), advertid que no será razon que deseando yo desengañar me engañe, no porque en ser vuestra esposa pueda haber ningun engaño, sino porque no es justo que yo me fie de mi dicha, pues no me siento mas firme que la hermosa y entendida doña Isabel, á quien no le aprovecharon tantos trabajos como en el discurso de su desengaño nos refirió, de lo que mis temores han tenido principio. Considero á Camila, á quien no bastó para librarse de una desdicha ser virtuosa, sino que por no avisar á su esposo, sobre morir, quedó culpada. Roseleta, que le avisó, tampoco se libró del castigo; Elena sufrió inocente, y murió atormentada. A doña Ines no la valió el privarla el mágico con sus enredos y encantos el juicio; ni á Laurela el engañarla el traidor; ni á doña Blanca tampoco la sirvió de nada su virtud ni candidez; ni á doña Mencía el ser su amor sin culpa; ni á doña Ana el no tenerla, ni haber pecado, pues solo por ser pobre vino á perder la vida. Beatriz hubo menester todo el favor de la Madre de Dios para salvar la vida, acosada con tantos trabajos, y este no todas le merecemos. A doña Magdalena no la sirvió ser honesta y virtuosa para librarse de la traicion de una infame sierva, de que ninguna en el mundo se puede librar; porque si somos buenas, nos levantan un testimonio, y si ruines, descubren nuestros delitos, porque los criados y criadas son animales caseros, y enemigos no excusados, á quienes estamos regalando, y despues de gastar con ellos nuestra paciencia y hacienda, son al cabo como el leon, que harto el leonero de criarle y sustentarle, se vuelve contra él y le mata: así ellos, al cabo matan á sus amos, diciendo lo que saben de ellos, y tambien lo que no saben, sin cansarse de murmurar de su vida y costumbres; y es lo peor que no podemos pasar sin ellos, por la vanidad y por la honrilla. Pues si una triste viuda tiene tantos adversarios, y el mayor es un marido, ¿quién me ha de obligar á que entre yo en lid de que tantas han salido vencidas, y saldrán mientras durare el mundo, no siendo mas valiente ni mas dichosa? Vuestros méritos son tantos, que hallareis esposa mas animosa y menos desengañada, pues aunque no lo estoy por experiencia, lo estoy por ciencia; y como en el juego es el que mejor juzga quien mira, que el que juega; yo viendo, no solo en estos desengaños, mas en los que todas las casadas me dan, unas lamentándose de que tienen los maridos jugadores, otras amancebados, y

muchas de que no atienden á su honor, y por excusarse de dar á su mujer una gala, sufren que se la dé otro; y mas que por esta parte en vez de desentenderse se dan á entender con quitarles la vida, que fuera mas bien empleado quitársela á ellos, pues fueron los que dieron la ocasion, como he visto en Madrid, que desde el dia que se dió principio á este sarao, que fué mártes de carnestolendas de este presente año de mil seiscientos cuarenta y seis, han sucedido muchos casos escandalosos, estoy tan cobarde, que como el que ha cometido algun delito, me acojo á sagrado, y tomo por amparo el retiro de un convento, desde donde pienso (como en talanquera) ver lo que sucede á los demas; y así con mi querida doña Isabel, á quien pienso acompañar miéntras viviere, me voy á salvar de los engaños de los hombres. Y vosotras, hermosas damas, si no os desengaña lo escrito, desengáñeos lo que me veis hacer. Y á los caballeros por despedida suplico muden de intencion y lenguage con las mujeres, porque si mi defensa por escrito no basta, será fuerza que todas tomemos las armas para defendernos de sus malas intenciones, y defendernos asimismo de los enemigos; aunque no sé qué mayores enemigos que ellos, pues nos ocasionan ya mayores ruinas que estos.

Dicho esto, la discreta Lisis se levantó, y tomando por una mano á la hermosa doña Isabel, y á su prima doña Estefanía por la otra, haciendo una cortés reverencia, sin aguardar respuesta, se entraron todas tres en otra cuadra, dejando á su madre, como ignorante de su intencion, confusa, á don Diego desesperado, y á todos admirados de su determinacion. Don Diego descontento, con bascas de muerte, sin despedirse de nadie, se salió de la sala; dicen que se fué á servir al rey en la guerra de Cataluña, donde murió, porque él mismo se ponia en los mayores peligros. Toda la gente, despidiéndose de Laurela, y dándola repetidos parabienes del grande y sublimado entendimiento de su hija, se fueron á sus casas, llevando unos que admirar, todos que contar, y muchos que murmurar del sarao; porque hay en la corte grande número de sabandijas legas, que su mayor gusto consiste en decir mal de las obras agenas; y es lo mejor, que no las saben entender.

Otro dia Lisis y doña Isabel, con doña Estefanía, se fueron á su convento: con mucho gusto doña Isabel tomó el hábito, y Lisis se quedó seglar; y en poniendo Laura la hacienda en tal órden, que les rentase lo que habian menester, se fué con ellas, por no apartarse de su amada Lisis, avisando á la madre de doña Isabel, quien como supo donde estaba su hija, se vino tambien con ella, tomando el hábito de religiosa, donde tuvieron noticias de que don Felipe habia muerto en la guerra. A pocos meses se casó Lisarda con un caballero forastero muy rico, dejando mal contento á don Juan, el cual confesaba que por ser desleal á Lisis le habia dado Lisarda el pago que merecia, de que le sobrevino una peligrosa enfermedad, y de ella un frenesí, con que acabó la vida.

Yo he llegado al fin de mi entretenido sarao, y por último pido á las damas que se reporten en los atrevimientos si quieren ser estimadas de los hombres; y á los caballeros, que muestren serlo, honrando á las

mujeres, pues les está tan bien; ó que se den por desafiados porque no cumplen con la ley de caballería, no defendiendo á las mujeres. Vale.

Ya, ilustrísimo Fabio, por cumplir lo que pediste, de que no diese trágico fin á esta historia, la hermosa Lisis queda en clausura, temerosa de que algun engaño la desengañe, no escarmentada de desdichas propias. No es trágico fin, sino el mas felice que se pudo dar, pues codiciosa y deseada de muchos, no se sujetó á ninguno. Si os duran los deseos de verla, buscadla con intento casto, que así la hallareis tan vuestra, y con la voluntad tan firme y pundonorosa como tiene prometido, y tan servidora vuestra como siempre, y como vos mereceis, porque hasta en conocerlo ninguna la hace ventaja.

DOÑA MARIA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR.

FIN.

C 74

TABLA.

PRIMERA PARTE.

Pag.

Introduccion. 1
Aventurarse perdiendo. 5
La burlada Aminta, y venganza del honor. 29
El Castigo de la miseria. 50
El Prevenido engañado. 70
La Fuerza del amor. 97
El Desengañado amado, y premio de la virtud. 108
Al fin se paga todo. 126
El imposible vencido. 141
El Juez de su causa. 158
El Jardin engañoso. 172

SEGUNDA PARTE.

Pag.

Introduccion. 182
La Esclava de su amante. 186
La mas infame Venganza. 214
La Inocencia castigada. 233
El Verdugo de su esposa. 255
Tarde llega el desengaño. 272
Amar solo por vencer. 292
Mal presagio casar léjos. 319
El Traidor contra su sangre. 338
La Perseguida triunfante. 359
Estragos que causa el vicio. 402

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE FAIN Y THUNOT,
Calle Racine, 28, cerca del Odéon.

LBFe'27

Deacidified using the Bookkeeper proc
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: July 2008

Preservation Technolog

A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVA
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

THE LIBRARY OF CONGRESS

WERT
BOOKBINDING
Grantville, PA
Mar. - April 1987
We're Quality Bound

LIBRARY OF CONGRESS
0 023 818 469 1